
LEWIS WALLACE
BEN-HUR
Lectulandia

La trama básica se desarrolla entorno a la vida de Judá Ben-Hur, un coetáneo y compatriota del Nazareno. Pese a su amistad con el romano Messala, el antagonismo entre estos personajes y un desafortunado accidente llevan a la acaudalada familia de los Hur a la desgracia.

Lewis Wallace

Ben-Hur (Tr. Consuelo González Blanco)

Colección Reno - 25

ePub r1.0
Titivillus 04.12.2023

Título original: *Ben-Hur. A Tale of the Christ*
Lewis Wallace, 1880
Traducción: Consuelo González Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

EN EL DESIERTO

La cordillera Jebel-es-Zubleh tiene una longitud aproximada de unos noventa y dos kilómetros, pero es tan estrecha que vista en un mapa semeja un gran reptil que se arrastra de Norte a Sur. Desde sus peñascosas cimas, de un colorido entre blanco y rojizo, mirando hacia Levante sólo se vislumbra el desierto de Arabia, arenosa y gran llanura azotada por los vientos del Norte que desde los tiempos del Génesis ya eran temidos por los viñadores de Jericó. Las arenas que el simún arrastra desde el Éufrates, quedan depositadas al pie de sus laderas, sirviendo así estas montañas de protección a las tierras de pastos de Moab y Amón que, situadas más al Occidente, eran en otro tiempo parte del desierto.

La lengua árabe se habla hasta en las comarcas limítrofes al sur y al este con Judea. El Jebel es cómo el padre de numerosos torrentes y barrancos cuyos cauces, atravesando la vía romana (convertida hoy en sendero polvoriento que utilizan los peregrinos sirios para ir a La Meca) y aumentando su profundidad en el avance, llegan a las hendeduras por donde se precipitan las aguas de aluvión. En la estación de las lluvias estas aguas las recoge el Jordán para verterlas, luego, en el Mar Muerto. Por uno de dichos torrentes secos, el que naciendo en la cúspide del Jebel se dirige al Nordeste para convertirse después en lecho del río Jabbok, ascendía un viajero.

Representaba tener unos cuarenta y cinco años. Sobre el pecho caía abundante barba salpicada de hilos blanquecinos y que en otro tiempo debió ser de color de ébano. Tenía la tez morena como el café tostado, pero sus facciones quedaban casi ocultas bajo el rojo *kufiyeh* (así denominan al turbante actualmente los naturales del desierto). Al alzar de vez en cuando la vista, permitía ver sus grandes ojos negros. Se cubría con las ropas usuales en

Oriente, mas sería difícil detallarlas, pues iba sentado en unas andas, a lomos de un gran camello blanco, y cubierto por un toldo.

Ver un camello equipado para un viaje a través del desierto produce en los occidentales una impresión difícil de reprimir en el primer momento. Esa atracción no la provoca la figura, puesto que ni en estado de ofuscación se puede considerar bella, ni sus pausados movimientos, ni los silenciosos pasos de sus amplios cascos. Parece como si el desierto se complaciera en reservar toda su benevolencia para su criatura, haciéndola partícipe de todos sus misterios y acogiéndola con la amorosa solicitud con que el Océano sostiene al navío. En ésto se condensa todo su encanto.

El animal que subía a la meseta era digno de admiración por su tamaño y color, la anchura de sus pezuñas, su voluminoso cuerpo musculoso, el delgado y largo cuello, curvado con la gracia del de un cisne, la cabeza amplia por arriba y tan estrecha en el hocico como el brazalete que rodea un delicado brazo femenino. Todo ello, unido a su paso largo y elástico de marcha firme y segura, denotaba su origen sirio. Esta raza pura proviene de la época de Ciro y tiene un valor incalculable en el desierto.

Le cubría la frente una cabezada corriente, de fleco escarlata, guarneciéndole el cuello cadenillas de bronce de las que pendían argentíferos y sonoros cascabeles. No llevaba riendas ni correa para el guía.

De no haber vivido en Oriente el inventor de aquellas andas o palanquín se habría inmortalizado por la originalidad de su creación. Estaba formado por una especie de cajones de madera de unos cuatro pies de largo que pendían a ambos lados del lomo. Su interior, perfectamente forrado, permitía permanecer sentado e incluso reclinarse bajo el verde toldo que lo cubría. Estaba asegurado al camello con anchas cinchas y correas, convenientemente anudadas.

En las primeras horas de la mañana el camello dejó atrás el último recodo del torrente, llegando a la frontera de Belka, el antiguo Amón.

Aunque no había indicio de camino, el animal seguía adelante sin que el amo se preocupara de dirigirle. En el cielo campeaban alondras y golondrinas, y pardas perdices emprendían el vuelo con su peculiar silbido.

El camello prosiguió la marcha al mismo trote durante dos horas, encaminándose siempre hacia el Este y el viajero seguía en la misma posición sin mover los ojos a derecha o izquierda.

Con el sol ya alto, las nubes se habían, disipado, secado el rocío y templado la brisa que acariciaba al viajero. La luz del astro rey envolvía la tierra con dorados destellos.

Pasaron dos horas más ante la inercia absoluta del hombre. Ya no había vestigios de vegetación; sólo la arena que, endurecida, se rompía bajo el peso del rumiante. El Jebel había quedado atrás y nada interrumpía la igualdad de la gran llanura.

A las doce en punto del día y por su propia voluntad, cesó el camello de andar y lanzó el lastimero quejido con que expresan su protesta por una carga exagerada o solicitan la atención de su amo.

Éste se incorporó entonces, como quien despierta de un sueño; levantó las cortinas del *houdah*[1] para contemplar el sol y la tierra en que se hallaba, como intentando reconocerla, y quedando al parecer, satisfecho de su examen aspiró profundamente, al tiempo que movía la cabeza como diciéndose: «¡Por fin! ¡Por fin!» Luego, cruzó las manos sobre el pecho y oró en silencio.

CAPÍTULO II

SE ENCUENTRAN LOS MAGOS

El hombre que ahora se hallaba de pie junto al camello, estaba perfectamente proporcionado. No tenía gran estatura, pero sí una complexión robusta. El rostro era enérgico, de tez oscurísima, frente despejada, nariz aguileña y ojos ligeramente almendrados. Las trenzas de su cabello lacio, fuerte y brillante, contribuían a denunciar su origen. Todos estos rasgos sobresalen en las representaciones de los Faraones, los Ptolomeos y Mizraín[2], padre de los egipcios.

Vestía un *kamis* que es una especie de camisa de algodón, la prenda exterior, de mangas cortas y larga falda, llamada aba, con un forro tejido en seda y algodón y calzaba sus pies con sandalias que ataban al tobillo con flexibles tiras de cuero. Se ceñía el *kamis* al talle con una faja, mas no se veía en ella arma alguna a pesar de que las alimañas no faltan en el desierto. Por tanto, su misión debía ser pacífica.

Había iniciado un enérgico frote con las manos al tiempo que pisaba fuertemente en el suelo, sin duda para desentumecer sus miembros, después de aquella penosa y larga jornada. El animal entornaba sus brillantes ojos, satisfecho por el alimento y reposo obtenidos. El hombre con frecuencia se interrumpía y poniendo una mano sobre sus ojos para protegerlos del potente sol, oteaba todos los confines del horizonte.

Por lo visto, el extranjero estaba seguro de que no había de faltarle compañía en el desierto. Prueba de ello fueron los preparativos que inició. De la litera opuesta a la que él ocupara sacó una calabaza con agua y una esponja para lavar los ojos y hocico del animal. Del mismo sitio extrajo un lienzo de gran tamaño a rayas rojas y blancas, unas estaquillas y trozos de caña encajados entre sí. Después de una habilidosa operación, formó con las cañas una vara de más altura que la de un hombre de talla media. Sobre este mástil,

a cuyo alrededor colocó las estaquillas, extendió el lienzo. Con una alfombra cubrió el suelo y completó el arreglo de la improvisada casa, barriendo la parte exterior.

Cuando hubo acabado miró al camello y en lengua extranjera le dijo en voz baja:

—Lejos nos hallamos de nuestra tierra, ¡oh, competidor de los más veloces vientos! Pero tengamos paciencia que Dios está con nosotros.

Colgó bajo el hocico del rumiante un saco con habas secas y después de comprobar que las saboreaba con deleite, oteó de nuevo la arenosa extensión que le rodeaba. El sol, en su cénit, le dejó deslumbrado.

—No dejarán de venir —se dijo convencido—. El que a mí me guió, les guiará. He de estar preparado para recibirles.

Y sacó algunos alimentos de las bolsas. Colocó unos recipientes de un tupido tejido de palma y unos pequeños odres de vino, lonjas de carnero curadas al humo, exquisitos dátiles del Nakhil o huerto de palmeras del Selebi, Arabia Central, granadas de Siria, queso blando como «las rebanadas de cuajada leche» de David y pan con levadura. Todo ello quedó depositado sobre la alfombra de la tienda, en los platos de palma.

Siguiendo la costumbre oriental, colocó tres pedazos de seda que sirven para cubrir las rodillas de los comensales.

Una vez todo dispuesto salió fuera. Y entonces, hacia el Este, allá en la lejanía, vislumbró un punto negro. Se quedó inmóvil, con los ojos dilatados, mientras un escalofrío le recorría el cuerpo, como si hubiese recibido un toque sobrenatural. El punto negro aumentaba en dimensiones hasta ir tomando forma. Al poco parecióle contemplar la reproducción de su propio camello, alto y blanco, con el *houdah* en sus lomos. El egipcio elevó los ojos al cielo, cruzando las manos sobre el pecho.

—¡Sólo Dios es grande! —dijo con vehemencia mientras las lágrimas invadían sus pupilas y un santo temor su pecho.

Por fin, el viajero se detuvo, observando todo como si despertase. Tras contemplar a los seres que estaban ante él, inclinando la cabeza oró en silencio. Después saltó de su camello y avanzó hacia el egipcio que ya iba a su encuentro. Miráronse y luego se abrazaron, posando cada uno su brazo derecho sobre el hombro izquierdo del otro y el brazo izquierdo rodeando el talle ajeno. Después posaron la barbilla en el hombro siniestro primero y luego en el diestro del compañero.

—La paz sea contigo, ¡oh siervo del Dios verdadero! —deseó el recién llegado.

—Bienvenido seas, ¡oh hermano de la buena fe y que la paz sea contigo también! —fue la fervorosa respuesta del egipcio.

El nuevo personaje era alto, huesudo y de hundidos ojos; su tez bronceada y blancos el cabello y la barba. Tampoco llevaba armas y vestía al estilo del Indostán. Sus ropas se parecían a las del egipcio, pero él «aba» era más corto, dejando ver unos amplios calzones, ceñidos al tobillo. Protegía sus pies con babuchas rojas. Su cabeza estaba cubierta con un gran pañuelo, recogido en dobleces, formando un turbante. Todas sus prendas, a excepción de las babuchas, eran de lino blanco. Por su apariencia pudiérasele comparar con Visvamitra, el magnífico héroe de la Ilíada oriental**[3]**. Sólo en sus ojos, que, al levantarlos del hombro del egipcio, estaban llenos de lágrimas, se hallaban muestras de humildad.

—¡Tan sólo Dios es grande! —dijo, tras el saludo.

—¡Y alabados quienes les sirven! Pero… aguardemos, pues, el que falta viene por allí.

Efectivamente, por el Norte avanzaba, majestuoso, otro camello, blanco como los suyos. Aguardaron en pie a que el jinete desmontase.

—La paz sea contigo, ¡oh, hermano! —dijo al indio, el cual repuso:

—¡Cúmplase siempre la voluntad de Dios!

En nada se parecía a sus amigos el que acababa de aparecer. Tenía la piel blanca y más delicada su complexión; el cabello rubio y crespo, enmarcaba la pequeña cabeza y en la viveza de sus ojos azules se adivinaba un carácter entusiasta y cordial. Su túnica, sujeta a la cintura por una faja, dejaba al descubierto brazos, piernas y garganta; el manto tirio caía sobre la túnica en graciosos pliegues; calzaba sandalias. Los años (debía tener unos cincuenta) habían pasado por él sin dejar otra huella que cierta severidad en su semblante y un modo de expresarse reflexivo y claro.

Se adivinaba fácilmente que pertenecía a la estirpe de Atenea.

El egipcio, después del abrazo, dijo, con voz entrecortada por la emoción:

—Puesto que el Espíritu me ha conducido aquí el primero, he de reconocer que me ha escogido para siervo de mis hermanos. He colocado la tienda y dispuesto el alimento. Voy a cumplir con mi deber.

Y llevándoles al interior les descalzó para ungirles los pies. Vertió agua en sus manos y secóselas con un paño blanco.

—Debemos cuidar el cuerpo si queremos cumplir bien nuestra misión —dijo, después de lavarse él mismo las manos—. Comamos para estar fuertes y de paso, enterémonos de quién es y de dónde viene cada uno de nosotros, y por quién ha sido llamado.

Les hizo sentar ante los alimentos preparados. Todos inclinaron la cabeza, cruzaron las manos sobre el pecho y al unísono, elevaron a Dios, en voz alta, una acción de gracias: ¡Oh, Dios, Padre de cuanto vive! Gracias te damos por lo que tenemos delante que es tuyo, y pedimos tu bendición para poder seguir cumpliendo tu voluntad.

Terminada la plegaria se miraron con asombrados ojos, pues cada uno había orado en su lengua natal, desconocida de los otros y, no obstante, cada cual entendió perfectamente las palabras de los otros. Sus almas se inundaron de fervorosa emoción, adivinando en aquel milagro la Mano Divina.

CAPÍTULO III

PALABRAS DEL ATENIENSE. LA FE

En el mes de diciembre el frío es bastante intenso en las tierras orientales del Mediterráneo, y despierta el apetito de todo aquel que en esa época viaja por el desierto. Lo mismo les ocurrió a los tres viajeros que bajo la tienda comieron alegremente y después del vino iniciaron la conversación.

—Es un placer para el hombre que se halla en país extraño tener un amigo que le llame por su nombre —opinó el egipcio—. A nosotros nos aguardan muchos días de vida en común. Creo, por tanto, que debemos conocernos si os parece bien, que sea el que llegó último quien hable primero.

El griego inició su relato con lentitud:

—Es tan singular lo que tengo que contaros, ¡oh, hermanos!, que no sé ni cómo empezar. Aún no comprendo lo que me ocurre y sé solamente, que ansío cumplir la voluntad del Señor y que esta idea me tiene obsesionado. Pensar en la misión que Él me ha encomendado me proporciona un goce indecible, en el que veo la voluntad de Dios.

Se detuvo emocionado. Los ojos de sus compañeros estaban brillantes de lágrimas.

—En lejanas tierras de Occidente —prosiguió— existe un país que nunca podrá olvidarse, porque, además de haber realizado grandes hechos, el hombre le debe los goces más puros. No voy a hablaros, hermanos míos, de las Artes o la Filosofía, la Poesía o la Elocuencia. La gloria de este país, que será imperecedera, se le debe a Aquél a quien nosotros venimos a buscar y proclamar. Os estoy hablando de Grecia; yo soy Gaspar, hijo de Cleanto, el ateniense. De mi pueblo, amante siempre del saber, he heredado yo una gran afición por el estudio. Por dos de nuestros más gloriosos filósofos he conocido la existencia de un solo Dios, infinitamente justo y la inmortalidad del alma. De todas las doctrinas que se discuten en las escuelas sólo estas dos

me parecieron dignas de atención y creo firmemente que ambas se hallan estrechamente relacionadas. La mente humana, en sus razonamientos sobre este asunto, llega a un punto del que no puede pasar, pues se encuentra ante una muralla inaccesible. Entonces no queda otra solución que pedir socorro, mas, aunque yo así lo hice, nadie acudió en mi ayuda. Por eso, desesperado, huí de escuelas y ciudades.

En el rostro del indio resplandecía una sonrisa de aprobación.

—El Olimpio es una famosa montaña situada al norte de Grecia, en la Tesalia, donde viven los dioses, cuyo rey es Zeus. —El griego proseguía su relato—. Al pie de esa montaña me encaminé y busqué una caverna para entregarme a la meditación o más bien, a la esperanza que alimentaba en mi interior de recibir una revelación. Clamé al Dios invisible y supremo, pidiéndole se apiadara de mí y diese una respuesta a mi alma atribulada.

—¿Y Él te escuchó? ¿Te escuchó? —inquirió con impaciencia el indio, alzando las manos.

—Prestad atención, hermanos —replicó el griego reprimiendo difícilmente su excitación—. Mi retiro tenía su entrada frente al golfo Termaico. Cierto día vi que desde un barco que surcaba las aguas del golfo, un hombre se lanzaba al exterior. A nado llegó a la orilla, donde yo le ayudé a salir y le presté ayuda. Era judío y por él, muy conocedor de las leyes y hechos de su pueblo, comprendí que realmente existía el Dios que yo imaginara y que había sido siempre el legislador, libertador y rey del pueblo judío. ¿Cabía poner en duda que era ésta la revelación qué esperé? Dios premiaba mi fe, dándome una respuesta.

—Dios obra de ese modo con todo aquel que cree en Él —volvió a hablar el indio.

—Cierto es, pero… ¡ay!, ¡cuántos insensatos no saben escucharle cuando Él les habla! —lamentóse el egipcio.

—Y aún dijo más el hombre que Dios me enviaba —continuó el que narraba—. Me aseguró que los profetas que después de la primera revelación hablaron con Dios, afirmaron que Él ha de venir a la tierra y que su llegada no se hará esperar mucho. Dijo que en Jerusalén le están esperando con anhelante impaciencia.

El entusiasmo pareció nublarse repentinamente del rostro del griego, que, tras una pausa, añadió:

—También es cierto que me dijo que todos aquellos acontecimientos se referían únicamente a los judíos y que sólo para ellos Él volvería a la tierra, ya que había de ser su Rey. «¿Será posible que no se acuerde del resto del

mundo?». «Naturalmente, pues sólo nosotros somos el pueblo elegido», repuso con orgullo. No obstante, conservé la esperanza. ¿Cómo podría ser que Dios prodigase todo su amor y bondades a un solo pueblo, olvidando a todos los demás? Me dediqué al estudio y conociendo el orgullo del hombre, comprendí la verdad: El pueblo judío había sido elegido para conservar la verdad a través del tiempo y para que, dándola a conocer algún día, el mundo pudiera salvarse. A la marcha del judío volví a quedar solo y purifiqué mi alma con fervientes ruegos, en los que pedía: ¡Oh, si el Altísimo me permitiera ver al Rey cuando llegue para poder adorarle…! Una noche, cuando sentado a la puerta de la caverna, meditaba sobre los misterios de la existencia y la Divinidad, vi, allá a lo lejos, una estrella luminosa, surgida al parecer del seno de las tinieblas. Se remontó lentamente y posándose sobre mi cabeza, iluminó mi frente con su haz luminoso. Caí de rodillas, extasiado y quedé en un estado de sopor. Una voz me llamó, diciéndome: «¡Oh, Gaspar! ¡Bienvenido seas, pues tu fe ha vencido! A ti y otros dos hombres que llegarán de los más apartados lugares de la tierra, os ha sido concedido ver a Aquel que ha sido anunciado y ser testimonio suyo. Levántate y ve a encontrarlos. El Espíritu te guiará». Desperté por la mañana y el Espíritu que me iluminaba me hacía más resplandeciente que el sol. Cambié mi traje cenobita por el de otros tiempos. Recogí el tesoro que llevé de la ciudad y guardaba oculto, e hice señales a un barco que pasaba, a bordo del cual me trasladé a Antioquía. Con el camello que allí compré he atravesado los huertos que riega el Orontes, llegué a Emesa, cruzando Damasco, Bosra y Filadelfia hasta encontrarme en este lugar. Ésta es toda mi historia. Explicad, ahora, la vuestra, hermanos.

CAPITULO. IV

LA NARRACIÓN DEL INDIO. EL AMOR

El egipcio miró al indio en señal de invitación y éste, inclinándose, empezó:

—¡Haga Dios que mis palabras sean tan sabias como las de nuestro hermano!

Y tras una corta reflexión, prosiguió:

—Hermanos, podéis llamarme Melchor. La lengua en que os estoy hablando es la primera que tuvo una literatura. Nací en la India y hablo por tanto, el sánscrito. Los cuatro Vedas, joyas literarias de mi pueblo, en los que recopilaron y engrandecieron los frutos de la sabiduría, son el principio de la religión y la inteligencia y perdurarán siempre. Los *Ved-Angas* de Brahma que tratan de Medicina, Arquitectura y artes mecánicas derivan de los Vedas, lo mismo que los Ved-Angas que enseñan Astronomía, Gramática y sortilegios y ritos religiosos y los Up-Angas que el sabio Vyasa[4] dedicó a la Cronología, Geografía y Cosmogonía. Éstos grandes Shastras o libros de las disposiciones sagradas, cuentan también con los poemas heroicos de nuestros dioses que se condensan en el Mahabarata y el Ramayana. Mas todos estos libros que eran promesas de perfección en el porvenir, ya no significan nada para mí, puesto que todas sus ideas resultaban falsas al ser ellos mismos los que ponen trabas al progreso. Sus autores aseguran que el hombre no debe procurar descubrir o inventar cosa alguna, puesto que el Cielo ya nos ha proporcionado cuanto necesitamos. Desde que esta ley llegó a considerarse sagrada la inteligencia se hundió en un negro pozo y no tiene más horizontes que las angostas paredes y las negras aguas de la Pagoda. Os explicaré cómo representan a Brahmā estos libros sagrados. El dios consta de tres seres: Brahmā, Visnú y Siva. El primero pobló los mundos y los cielos; al crear la tierra sacó de su propia boca a los Brahmānes, dotados de toda perfección y

conocimientos útiles. De los brazos del dios salieron los Sehatryas o guerreros. Del pecho los agricultores y productores que se llaman Vaisyas; y de sus pies los de más baja condición, es decir, los siervos, que reciben el nombre de *sudras*. Según la ley no pueden mezclarse las castas y si un Brahmāán entra en una casta inferior se convierte en un paria por haber violado la ley.

Imaginando las consecuencias de aquella injusta degradación, el griego exclamó indignado:

—Estando así las cosas, ¡cuánto se necesita un Dios paternal y amoroso!

—Sí —añadió el egipcio—. Es muy necesario un Dios como el nuestro.

—Pertenezco a la casta Brahmāánica y desde mis primeros días todos mis actos fueron regidos conforme a los sagrados textos y a las más estrictas ceremonias. Incluso al andar o hablar, si bebía o comía sentía el temor de violar alguna sagrada disposición. Y tened en cuenta, ¡oh, hermanos, que el castigo recaía siempre en el alma! Y toda la recompensa a la perfecta observancia era la beatitud, la absorción en el seno de Brahmā, el reposo absoluto, la nada.

Tras una pequeña pausa, el indio prosiguió:

—En la vida del Brahmāán se llama la orden primera a su vida de neófito o estudiante. Estaba yo preparado para entrar en la segunda orden, o sea en la época en que me era permitido casarme y ser cabeza de familia, cuando empecé a manifestar mis dudas y me trataron de hereje. Ansiaba vislumbrar una luz en las alturas y conocer lo que brillaba sobre mí. Por fin, después de largos años llegó el feliz día en que contemplé el principio de la vida, el lazo entre el alma y Dios, aquello en que se funda la religión: el amor.

El arrugado rostro del santo varón resplandecía de amor. Siguió un silencio, durante el cual los otros le contemplaban. En los ojos del griego brillaban las lágrimas.

El indio prosiguió su relato:

—La felicidad del amor se basa en lo que uno hace espontáneamente en bien de otros. Brahmā había llenado el mundo de maldades y, no pudiendo gozar de sosiego, me trasladé a la isla de Ganga Lagor en busca de reposo para mi espíritu. Me dediqué a la oración a la sombra del templo erigido al sabio Kapilat[5], en comunión sublime con los discípulos que guardan la agrada memoria del santo hombre. ¡Triunfó el amor! Exulté a los discípulos en el templo y me expulsaron de allí. Hablé a los peregrinos fuera y fui arrojado de la isla a pedradas. Intenté predicar en medio de los caminos y los oyentes se alejaron o atentaron contra mí. Llegó un día en que no había lugar

seguro para mí en toda la India, ni aun entre los parias, pues éstos eran creyentes y adoradores de Brahmā. Entonces decidí ocultarme a los ojos de todos, excepto a los de Dios y siguiendo el curso del Ganges hasta su nacimiento, me oculté en el corazón del Himalaya. En el paso de Hurdwar, donde el río, de inmaculada pureza, precipita sus aguas en los fangosos países inferiores, oré por mi raza y me creí perdido para siempre. Proseguí mi camino a través de desfiladeros, peligrosos riscos y altos picachos que parecían llegar a las estrellas, hasta encontrar el maravilloso lago Lang Tso, que se halla al pie del Tise Gangri, del Gurla y del Kailas Parbot, gigantes que yerguen sus cabezas coronadas de sempiternas nieves. Allí, en el centro del mundo, donde inician su curso en diversas direcciones el Indo, el Ganges y el Brahmāputra, donde tuvo su origen el género humano, allí fui a habitar sólo con Dios. Esperaba la muerte orando y ayunando.

Su voz se entrecortó y volvió a unir las manos fervorosamente.

—Paseaba una noche por la orilla del lago, inquiriendo a la soledad que me envolvía: «¿Cuándo se dignará Dios llamar a su siervo? ¿No mereceré yo la redención?». De improviso vi resplandecer las aguas con un extraño fulgor que en seguida tomó la forma de estrella de resplandor extraordinario. Deslumbrado, caí en tierra, en tanto que el brillante cuerpo iba ascendiendo y una voz dulcísima me decía: «Bienaventurado hijo de la India, tu amor ha salido vencedor. La redención está próxima y tú y otros dos creyentes de lejanas tierras habéis sido elegidos para ver y dar testimonio de que el Redentor ha llegado. Mañana levántate para salir a su encuentro. Confía en que el espíritu que te ha de guiar». Y desde entonces no ha cesado de brillar la luz en mis ojos y por ella conozco la presencia del Espíritu. Emprendí el camino por el mismo lugar en que llegué allí y en la grieta de una roca encontré una piedra preciosa. La vendí en Hurdwar y compré el camello en Ispahan, desde donde me dirigí a Bagdad sin esperar la caravana. Aunque he viajado solo, ningún temor me ha asaltado, pues el Espíritu estaba conmigo. ¡Cuánta alegría nos proporciona Dios, oh, hermanos, haciéndonos merecedores de ver al Redentor, de hablarle, de adorarle…! Ya os he dicho cuanto era necesario.

CAPITULO V

EL EGIPCIO CUENTA SU HISTORIA:
BUENAS OBRAS

Alegráronse todos con las palabras del indio y se felicitaron calurosamente. Luego, y con su habitual gravedad, inició el egipcio su relato:

—Yo gozo contigo en tu triunfo, ¡oh, hermano!, qué bien te hiciste merecedor de él, después de tanto sufrimiento. Y ahora, permitid que os diga quién soy y como he sido llamado. El Espíritu que ha inspirado vuestras palabras me las ha hecho comprender a mí. Cada uno ha hablado de su propio país y yo veo en rilo un profundo designio que voy a explicar. Mas antes os diré a qué raza pertenezco. Soy Baltasar, el egipcio.

Había tal tono de dignidad en las últimas palabras, que los dos oyentes se inclinaron ante el que hablaba.

—Muchos son los privilegios que me atrevo a reconocer en mi raza, mas sólo de uno os hablaré. En nosotros, que fuimos los primeros en levantar monumento, imperecederos para perpetuar los acontecimientos dignos de recuerdo, empieza la Historia. Nosotros Inscribimos los nombres de nuestros reyes y sus hechos en las fachadas de nuestros palacios y templos, en los obeliscos y en las tumbas. Todos los misterios de nuestra religión menos uno que es del que quiero hablaros, los conservamos en delicados papiros, que también dan fe de la sabiduría de nuestros filósofos. Anterior a los Vedas, ¡oh, Melchor!, y más lejanos que los poemas de Homero, ¡oh, Gaspar!, son los escritos de nuestro primer rey, Menes.

Y fijando sus ojos almendrados en el griego, inquirió dulcemente:

—Dime, Gaspar, ¿quiénes sirvieron de maestros a los maestros de la joven Hélade[6]?

El griego inclinó su cabeza con una sonrisa.

—Gracias a los recuerdos que he nombrado, sabemos que nuestros antepasados trajeron de la región de los tres ríos sagrados, del centro de la tierra que es el antiguo Irán, trajeron, como os digo, la historia del mundo, que los hijos de Noé transmitieran a los arios. Ellos creían en un Dios. Creador y Principio de todo y en un alma inmortal como el mismo Dios. Mizraín comprendió la existencia de este Dios y esta alma y tales ideas se propagaron por las orillas del Nilo de una manera sencilla para el entendimiento, como todo lo que Dios revela para nuestra felicidad. De ahí que el primer culto divino fuese un cántico, la adoración más candorosa y natural de un alma que rebosa esperanzado amor por su Creador.

Las manos del griego se alzaron al cielo.

—¡La luz ilumina mi alma! —exclamó.

—¡Y la mía! —añadió el indio ardientemente.

—La religión no es otra cosa que el lazo de unión entre el hombre y su Creador —continuó el egipcio—. Consta concretamente, de estos elementos: Dios, él alma y su identificación. De la práctica de estas ideas nacen el culto, el amor y la recompensa. Así concibió la religión la primera familia, la de nuestro padre Mizraín, que supo apreciar claramente la fórmula de la creación, más evidente que nunca en las primeras creencias y culto. Dios es la perfección y la perfección es sencillez. La peor maldición es que el hombre no sepa admitir estas verdades en su pureza de origen.

Se interrumpió unos momentos, meditando en lo que iba a decir.

—Muchos son los pueblos que han probado el agua del Nilo: los etíopes, los *pali-puthras*[7], hebreos, asirios, persas, macedonios y romanos, y todos, menos los hebreos, lo dominaron durante algún tiempo. La primitiva fe *mizraímica*[8] se corrompió por el paso y la mezcla con estos pueblos. Así, el Valle de las Palmeras se convirtió en Valle de los Dioses; el Supremo Hacedor quedó suplantado por ocho, representando cada uno un principio creador de la naturaleza, siendo Amón-Ra el primero. Se adoró después a Isis y Osiris que con su ciclo representaba las fuerzas naturales. Tanto se han multiplicado los dioses con el tiempo, que se ha llegado a la adoración de cosas tan abstractas, como la Fortaleza, el Amor o el Deseo.

¡La misma locura en todas partes! —gritó exasperado Gaspar, el griego—. Sólo permanece intacto como al principio aquello que no está a nuestro alcance.

El egipcio, tras un signo de asentimiento, prosiguió:

Según las crónicas, el Nilo estaba en poder de los etíopes, procedentes del desierto africano, cuando Mizraín llegó a él. El pueblo etíope es de espíritu

fantasioso y fecundo y se dedica enteramente al culto de la Naturaleza. Los persas adoraban al sol, representado por Ormuz[9]. Esculpieron sus divinidades en madera y marfil los hijos del lejano oriente y los etíopes, que no conocían libros ni escritura, se consagraron a la adoración de los animales. Para ellos el gato era Ra, el toro Isis y el escarabajo Pthah. Después de una dina lucha se estableció la supremacía de la religión del nuevo Imperio. Erigiéronse entonces los poderosos monumentos que hoy admiramos a orillas del río y en el desierto: el obelisco, el laberinto, las pirámides y las tumbas de los reyes que se mezclaron con las de los cocodrilos. ¡A tan humillante estado descendieron los hijos de la raza aria, hermanos míos!

Aunque su rostro permanecía impasible, el egipcio por primera vez perdió su calma habitual.

—Mas no debéis despreciar demasiado a mis compatriotas, pues no todos olvidaron a Dios —su voz sonaba entrecortada—. Ya os dije antes que en los papiros encontramos todos los secretos de nuestra religión, a excepción de uno. De éste voy ahora a hablar. En cierta época tuvimos un Faraón gustoso de toda clase de innovaciones. Eran entonces los hebreos, esclavos en mi país y cuando su situación se les hizo insoportable, ayudados por su Dios, alcanzaron la libertad de la manera más extraordinaria. Moisés, en nombre de los esclavos, que se contaban por millones, solicitó del Faraón permiso para abandonar el país. Hacía la petición en nombre del Dios de Israel, mas el Faraón les negó el permiso. Y vais a saber lo que ocurrió: el agua de los lagos, ríos, pozos y tinajas quedó transformada en sangre. No obstante, siguió negándose el monarca a acceder. Entonces, una plaga de sapos invadió el país. Mas tampoco cedió. Sopló enlomes Moisés sobre unas cenizas y una epidemia **mortal** atacó a las gentes, matando a todo el ganado, excepto el de los hebreos. Luego hubo una plaga de langostas. Al mediodía las tinieblas invadieron al país de tal forma que ni las lámparas lograban disipar tanta oscuridad y, por fin, en una sola noche murieron los primogénitos de todos los egipcios, incluso el del Faraón. Fue entonces cuando éste dio permiso a Moisés para que marchase con su pueblo. Mas luego, salió con su ejército en persecución de los hebreos y Dios salvólos de tal peligro separando las aguas del mar que los fugitivos atravesaron con toda facilidad. Y cuando los perseguidores llegaron a las aguas, las olas precipitáronse sobre ellos, anegándolo todo. Ahogáronse allí caballos, soldados y el propio rey. Tú hablabas de revelación, ¡oh, Gaspar…!

—Esa historia me la contó a mí el judío —respondió el griego con un centelleo de sus azules ojos—. Celebro que tú me la confirmes, Baltasar.

—No hablo por boca de Moisés, sino por lo que en Egipto interpreté en los mármoles y jeroglíficos. En mi país, hermanos (y ahora voy a referirme a ese misterio que no registran las crónicas), desde los tiempos de aquel Faraón tenemos dos religiones: una secreta y otra pública. Ésta, que adora muchos dioses, la practica el pueblo; la primera, la de un Dios Único, la profesan los sacerdotes. ¡Alegrémonos, hermanos, porque todas las corrupciones y leyes tiránicas han sido en vano! Del mismo modo que la semilla inmortal oculta bajo un monte, aguarda impertérrita su germinación, ¡así la verdad gloriosa ha perdurado hasta ahora, en que ha llegado la época de su triunfo!

El indio sintió que un escalofrío de gozo recorría su enjuto cuerpo y el griego alzó la voz, exclamando:

—Oigo como si todo el desierto cantase en mis oídos alabanzas a Dios.

Bebió el egipcio agua de una calabaza y siguió:

—Nací en Alejandría y se me educó de acuerdo a mi categoría de príncipe y sacerdote, mas no tardé en sentirme inquieto y descontento. Según nuestra religión, el alma inicia una trayectoria desde el más bajo nivel, cambiando de cuerpo a la muerte de éste, hasta llegar a la existencia de más alto linaje y morir después, sin que se haya concedido valor alguno a su conducta moral. Cuando en Persia oí hablar del Reino de la Luz, que acoge a los buenos, esas ideas me hicieron meditar profundamente. Comparé la transmigración de las almas con la vida perdurable en el cielo y me dije que la justicia de Dios ha de hacer distinción entre lo bueno y lo malo después de la muerte. Llegué por tanto a la verdad. La muerte es el momento de separación en que los malos se pierden y los buenos alcanzan una vida superior. Y no es esa vida la que Buda promete en el Nirvana, ni el reposo de Brahmā, ¡oh, Melchor!, ni el descanso que los dioses del Olimpo, ¡oh, Gaspar!, prometen en los Campos Elíseos al virtuoso. La vida que os digo es plena, activa, bienaventurada y eterna por los siglos de los siglos. ¡Es vivir con Dios! Tras esta averiguación, seguí investigando. ¿Por qué, verdad tan maravillosa la ocultaban al pueblo celosamente los sacerdotes? Yo no veía razón para que tal ocultación siguiera en pie y empecé a predicar. La primera vez lo hice en el Bruchéium, el barrio más rico y populoso de Alejandría. Tuve oyentes de Oriente y Occidente. Los haraganes que salían del Museo, los sacerdotes a su regreso del Serapeum[10] los estudiantes que se encaminaban a la Biblioteca y en fin, me escuchó mucha y variada multitud. Yo les hablaba de Dios, del alma, del bien y del mal, del cielo y la recompensa para los espíritus sanos. A ti, Melchor, te lapidaron, pero yo, que les maravillé al principio, fui luego centro de sus despiadadas burlas Cuando insistí, hube de ver cómo ridiculizaron a nuestro

Dios, escarneciendo y llenando de oprobio al paraíso con que hemos de ser premiados. Cesé en mis intentos, sabiéndolos inútiles.

El suspiro que dejó escapar el indio parecía querer decir: «El enemigo del hombre es el hombre mismo».

Baltasar guardó silencio unos momentos.

—Cuando comprendí la causa de mi fracaso, remonté el río hasta llegar a una aldea de hortelanos y pastores. Por la tarde hablé a los hombres y mujeres más pobres del lugar. Les prediqué como lo hiciera en Bruchéium, pero los aldeanos no se comportaron del mismo modo que los otros. Volví a predicarles a la noche siguiente y la fe llegó a sus corazones, que se alegraron, dispuestos a transmitir la buena nueva por todo el contorno. Después de que les hablé por tercera vez, quedó formada una sociedad dedicada a la oración. Volvíme entonces a la ciudad, siguiendo el curso del río. Contemplaba las estrellas que me parecían más brillantes que nunca y reflexionaba: «No acudas a las gentes ricas y dichosas si quieres iniciar una reforma; para eso ve allí donde el pobre y el humilde tiene vacía la copa de la felicidad». Y tras esta idea me formé una norma de conducta y consagré mi vida a practicarla, empezando por colocar mi enorme fortuna de manera que su renta me fuese útil para aliviar a desvalidos y enfermos. Desde entonces, mi vida fue un peregrinaje continuo a lo largo del Nilo, por pueblos y aldeas, para darles a conocer la existencia del Dios único, de la vida santa y la recompensa en el Paraíso. Procuré hacer el bien y comprobé en aquellas gentes la predisposición para recibir a Aquel que esperamos.

Las mejillas del orador se habían congestionado, mas dominando la emoción, siguió:

—Entonces sólo un pensamiento me atormentaba, hermanos míos. ¿Se esfumaría con mi muerte la doctrina que yo defendía? La organización que yo soñara como remate de mi obra, fracasó, porque el mundo, ¡oh, hermanos!, se halla hoy en tal estado, que restaurar la ley de Mizraín es obra propia de alguien más que humano. No es suficiente hablar en nombre de Dios y presentarse como su profeta, sino que se han de confirmar con hechos las palabras; hay que dar pruebas de lo que dice. Hoy, tantos mitos y divinidades falsas ocupan la mente humana que volver a la religión primitiva, a la natural, sólo será posible atravesando el camino sangriento de la persecución. Es necesario que el neófito se deje matar antes que renegar. Mas sólo Dios, en los tiempos actuales, es capaz de mostrar tan firme fe. Por eso ha de ser Él quien, manifestándose de nuevo, redima al hombre; Él debe venir en persona.

Una temblorosa emoción sobrecogió a los tres.

—Pues, ¿no hemos nosotros de encontrarle? —inquirió el griego.

—¿Sabéis el motivo de mi fracaso, en mi deseo de organizar la fe? —preguntó Baltasar, pasado el momento de intensa emoción—. Me atormentaba pensar que mi obra se acabaría a mi muerte, porque no contaba con la fortaleza que de Él proviene. Temía que mis plegarias fuesen inútiles y para hacerlas más puras y eficaces, al igual que vosotros, ¡oh, hermanos míos!, me alejé de los caminos en que de continuo me hallaba con los hombres, hasta hallar un lugar sólo conocido por Dios. Llegué a África y en la montaña que se yergue sobre el desierto, y da sombra al lago que con sus nieves fundidas alimenta, hallé refugio. Pasé más de un año allí, sirviéndome de cobijo las cavernas de la montaña, de alimento para el cuerpo los dátiles y de reconfortante para el espíritu la oración. Una noche, a orillas del oasis, oraba yo a Dios con ardientes palabras: «El mundo perece, ¡oh, Dios! ¿Cuándo llegarás? ¿Por qué no seré yo digno de presenciar tu redención?». De improviso, una de las estrellas que se reflejaban en las transparentes aguas, pareció subir a la superficie, desprendiendo un brillo deslumbrador y colocóse sobre mi cabeza. Póstreme de hinojos, mientras escuchaba una voz sobrenatural que decía: «Tus buenas obras han salido victoriosas, ¡oh, hijo bendito de Mizraín! La redención está próxima y tú, con otros dos extranjeros, verás al Salvador y darás testimonio de Él. Mañana saldrás en su busca y cuando lleguéis a Jerusalén pregunta al pueblo: ¿En dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Nosotros hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a postrarnos ante Él. Confía por completo en el Espíritu, que te guiará constantemente». Y la luz iluminó mi interior, orientándome. Con ella seguí la corriente del Menfis, donde me dispuse a atravesar el desierto. En el camello que compré, vine por el camino de Suez y Kufileh hasta las tierras de Moab y Amón. Dios es nuestro compañero, ¡oh, hermanos míos!

Reinó el silencio y de repente, una extraña sensación les impulsó a ponerse en pie, mirándose.

—Antes os dije que en la manera con que cada uno ha descrito a sus magnos países se adivinaba un designio ocultó —continuó Baltasar—. Aquél a quien buscamos será llamado Rey de los judíos y así se nos manda preguntar por Él. Mas Él ha de ser el Redentor, y no sólo de los judíos, sino del orbe todo.

Cediendo al mismo extraño impulso, los tres juntaron sus manos.

—Cuando después de encontrar al Señor, vuelva cada cual, a su patria, el mundo habrá sabido la buena nueva, es decir: «Que puede alcanzarse el Cielo,

sin la espada o la sabiduría humana, por medio de la fe, el amor y las obras buenas».

Separaron las manos y salieron al silencioso desierto. Los camellos dormían y el sol se ocultaba.

Recogieron la tienda, guardándola, con los demás enseres, en el cajón; montaron los tres hombres en sus camellos y en fila, iniciaron la marcha, guiados por el egipcio que los condujo hacia el Oeste. Todos guardaban ahora silencio.

La luna hizo lentamente su aparición y bajo su luz, los tres jinetes semejaban espectros huyendo de las tinieblas. De entre ellas abrióse paso, de pronto, un brillo, parecido a un fuego fatuo que fue adquiriendo un deslumbrante fulgor. El latido de sus corazones se aceleró y los tres exclamaron extasiados:

—¡La estrella, la estrella! ¡Dios nos acompaña!

CAPITULO VI

LA PUERTA DE JAFFA

En la parte occidental de las murallas de Jerusalén, abríanse las sólidas hojas de encina de la puerta llamada de Jaffa. Ante ella se extendía uno de los más curiosos lugares de la ciudad. Había sido ciudadela mucho antes de que David aspirase a dominar Sión[11], y cuando el hijo de Jessé, tras la expulsión de los jebusitas[12], edificó allí, convirtióse en el ángulo noroeste de la muralla, defendida por una torre soberbia, muy superior a la primera. La puerta, no obstante, continuaba en el mismo lugar porque no se podían desviar los caminos que desde allí partían. Y aquel amplio terreno se dedicó siempre a mercado de contratación. En los días de Salomón acudían a él comerciantes de diversos lugares (Egipto, Tiro y Sidón), y tres mil años después sigue siendo una plaza de gran tráfico.

Allí pueden encontrarse las más variadas cosas: frutos, armas, animales, prestamistas, intérpretes… A veces, la escena es muy animada y entonces piensa el espectador: «¡Qué gran mercado debió ser en tiempo de Heredes el Constructor!». Pues a esta época y a este período vamos a trasladar al lector.

El encuentro de los tres magos, según el calendario hebreo, tuvo lugar en la tarde del vigésimo quinto día del tercer mes del año, es decir, el 25 de diciembre. Era el año II de la cien *managésima* tercera olimpiada, 747 de la fundación de Roma; el sexagésimo séptimo de Herodes el Grande y el trigésimo quinto de su reinado; o sea el año IV antes de principiar la Era Cristiana. Según la costumbre judía, las horas del día se empiezan a contar con la aparición del sol.

Durante la primera hora del día a que nos referimos, el mercado de la puerta de Jaffa estaba en plena actividad. El tráfico había invadido una estrecha y no muy larga callejuela y un patio situado junto a las murallas de la gran torre.

Junto a un borriquillo somnoliento, agobiado bajo los cestos cargados de lentejas, cebollas, habas y pepinos recién cogidos en las huertas de Galilea, su propietario pregona la mercancía. Muy cerca de él, y mucho más imponente y grotesco, pero no tan paciente como el borriquillo, está arrodillado un camello de fuerte osamenta, de pelaje áspero y gris, cargado de cajas y cestos. Pertenece a un egipcio pequeño, delgado y de atezado rostro. Viste un descolorido *tarbush*[13], túnica suelta y sin mangas ni cinturón, que le cae desde el cuello a las rodillas. Sus pies van descalzos. El camello, fatigado por la carga, gime y muestra de vez en cuando los dientes, pero el hombre, indiferente, se mueve de un lado para otro ensalzando la frescura de sus frutos recién cogidos en los vergeles de Cedrón. Mocetones de desnudas piernas, túnicas sucias y largas barbas, circulan acá y allá con grandes botas pendientes a la espalda y gritando: «¡Miel de vino! ¡Uvas de Egandi!». Cuando un parroquiano detiene a uno de ellos, éste descuelga el bote, lo inclina hacia delante con el pulgar sobre la espita y deja caer en una copa un vino de color rojo oscuro y sabor dulzón.

No menos mugrientos, los vendedores de palomas, patos y ruiseñores, muestran a los posibles compradores, las aves que llevan metidas en redes.

Mezclados con los comerciantes de brujerías, trajinan hombres envueltos en jaiques de color rojo y azul, con enormes turbantes blancos y plena conciencia del poder que les presta el brillo del oro; pasan vendedores de utensilios de cocina, comerciantes de ropas hechas, perfumistas, buhoneros de menudos objetos de fantasía, confundidos con los demás vendedores que, ora gritando al pasajero, ora engatusando al parroquiano se esfuerzan en despachar su mercancía. Los tratantes de toda clase de animales domésticos, burros, caballos, becerros, carneros, baladores cabritos y torpes camellos, exaltan las cualidades de las bestias. Todas están representadas, excepto el despreciable puerco.

día del tercer mes del año, es decir, el 25 de diciembre. Era el año II de la cien managésima tercera olimpiada, 747 de la fundación de Roma; el sexagésimo séptimo de Herodes el Grande y el trigésimo quinto de su reinado; o sea el año IV antes de principiar la Era Cristiana. Según la costumbre judía, las horas del día se empiezan a contar con la aparición del sol.

Durante la primera hora del día a que nos referimos, el mercado de la puerta de Jaffa estaba en plena actividad. El tráfico había invadido una estrecha y no muy larga callejuela y un patio situado junto a las murallas de la gran torre.

Junto a un borriquillo somnoliento, agobiado bajo los cestos cargados de lentejas, cebollas, habas y pepinos recién cogidos en las huertas de Galilea, su propietario pregona la mercancía. Muy cerca de él, y mucho más imponente y grotesco, pero no tan paciente como el borriquillo, está arrodillado un camello de fuerte osamenta, de pelaje áspero y gris, cargado de cajas y cestos. Pertenece a un egipcio pequeño, delgado y de atezado rostro. Viste un descolorido «Taarbusche»: túnica suelta y sin mangas ni cinturón, que le cae desde el cuello a las rodillas. Sus pies van descalzos. El camello, fatigado por la carga, gime y muestra de vez en cuando los dientes, pero el hombre, indiferente, se mueve de un lado para otro ensalzando la frescura de sus frutos recién cogidos en los vergeles de Cedrón. Mocetones de desnudas piernas, túnicas sucias y largas barbas, circulan acá y allá con grandes botas pendientes a la espalda y gritando: «¡Miel de vino! ¡Uvas de Egandi!». Cuando un parroquiano detiene a uno de ellos, éste descuelga el bote, lo inclina hacia delante con el pulgar sobre la espita y deja caer en una copa un vino de color rojo oscuro y sabor dulzón.

No menos mugrientos, los vendedores de palomas, patos y ruiseñores, muestran a los posibles compradores, las aves que llevan metidas en redes.

Mezclados con los comerciantes de brujerías, trajinan hombres envueltos en jaiques de color rojo y azul, con enormes turbantes blancos y plena conciencia del poder que les presta el brillo del oro; pasan vendedores de utensilios de cocina, comerciantes de ropas hechas, perfumistas, buhoneros de menudos objetos de fantasía, confundidos con los demás vendedores que, ora gritando al pasajero, ora engatusando al parroquiano se esfuerzan en despachar su mercancía. Los tratantes de toda clase de animales domésticos, burros, caballos, becerros, carneros, baladores cabritos y torpes camellos, exaltan las cualidades de las bestias. Todas están representadas, excepto el despreciable puerco.

CAPITULO VIl

TIPOS DE LA PUERTA DE JAFFA

Tomemos un punto de observación junto a la puerta y prestemos atención al espectáculo.

He aquí dos hombres de una clase digna de ser conocida.

—¡Oh, dioses! ¡Qué frío hace! —dice uno, moretón cubierto de hierro.

Sobre la cabeza ostenta casco de bronce y brillante coraza sobre su busto.

—Sí, hace frío. ¿Te acuerdas, Cayo, de la bóveda de los Comicios en nuestra Roma, aquella que los *flamigios* aseguraban era la entrada del mundo inferior? ¡Por Plutón! Algo daría por hallarme allí para calentarme un poco.

Su interlocutor echó a la espalda el capuchón de su capa militar, dejando al descubierto la cabeza y replicó con irónica sonrisa:

—Los cascos de las legiones que venció Marco Antonio estaban cubiertos de nieve de las Galias, pero tú, ¡oh, amigo mío!, tú, como acabas de llegar de Egipto, traes la fiebre del estío en las venas.

Y con estas palabras desaparecieron por la puerta. Aunque no hubieran hablado, la armadura habría delatado a dos soldados romanos.

Ahora se distingue entre el gentío un judío flaco, de hombros redondeados y con túnica de color moreno sucio, cubriéndole la frente hasta los ojos; por la espalda le cuelga larga y enmarañada cabellera. Viene solo y quienes se cruzan con él se ríen. Es un nazarita, uno de esa secta despreciable que rechaza los libros de Moisés y se consagra a cumplir el voto repugnante de no cortarse el pelo durante más o menos tiempo.

De pronto, se produce cierta alteración entre la multitud, que se divide prontamente a derecha e izquierda con exclamaciones de desprecio. Por la calle así formada aparece un hombre, hebreo a juzgar por las facciones y por el vestido. Lleva un manto de lienzo blanco que, recogido alrededor de su frente por un cordón de seda amarilla, flota sobre sus hombros, regia túnica,

bordada y una faja roja rodeando su cintura. Sonríe con gestos obscenos, mostrando gran serenidad ante los que parecen temer su contacto. ¿Será un leproso? No; es un samaritano, un mestizo que contamina; un hombre de quien un israelita moribundo no aceptaría ni la salud.

Por la puerta de Jaffa, que acaba de trasponer el samaritano, entran tres hombres, diferentes por completo a los que hemos visto hasta ahora y que por eso llaman más la atención. Son altos, de vigorosa musculatura, ojos garzos y piel transparente; un cabello claro y corto enmarca la pequeña cabeza que se asienta sobre un sólido cuello. Se cubren con túnicas de lana apenas ceñidas y abiertas por el pecho, que dejan al descubierto los brazos y piernas de tal desarrollo que su aspecto sugiere la idea del Circo. Estamos contemplando a los gladiadores, atletas, équites y púgiles cuyas profesiones eran ignoradas en Judea antes de la llegada de los romanos. Estas gentes, cuando no están dedicados a ejercitar sus habilidades, se dejan ver por doquier. Habrán venido al mercado desde Antioquía o Jericó, en donde hay circos y escuelas de luchadores, sostenidas por Heredes que, más griego que judío, es aficionado a los espectáculos sangrientos.

—Por Baco, que sus cabezas no son más sólidas que las cáscaras de huevo —exclamó uno de ellos, alzando el puño cerrado.

Es tan bestial la mirada con que acompaña sus palabras, que uno aparta la vista con desagrado. Por suerte tenemos algo más armonioso en qué fijarnos. Estamos ante un puesto de fruta cuyo propietario tiene el cráneo pelado, cara alargada y nariz como el pico de un milano. Está de espalda a la muralla, sentado sobre un tapiz y resguarda su cabeza un pequeño toldo. A su alrededor tiene cestos de mimbre llenos de almendras, uvas, higos y granadas. Allí se acerca el que atrajo nuestra atención. Es un griego a quien no le falta belleza.

Ciñe sus sienes una corona de mirto, de flores recién cogidas, que sujeta su cabello flotante. Viste túnica escarlata de suave lana primorosamente tejida, ceñida al talle por un cinturón de piel de búfalo, que se abrocha con una caprichosa hebilla de oro. La túnica llega hasta sus rodillas formando pliegues, rematados por un ancho bordado en oro; por la espalda, pendiendo del cuello, una banda de lana a rayas blancas y amarillas. La piel de brazos y piernas, a pesar de estar expuesta al aire, se conserva tersa y blanca, gracias a masajes, baños y ungüentos.

Inclinóse el vendedor a su paso y extendió las manos como llamándole.

—¿Qué tienes hoy, ¡oh!, hijo de Pafos[14]? —preguntó el joven, sin mirar al chipriota, sino al contenido de sus cestos—. Tengo apetito. ¿Qué me

ofreces cómo desayuno?

—Legítimas frutas del Pedius, tan exquisitas como las que toman los cantores de Antioquía para conservar la voz.

—Una higa de mala clase merecen esos cantores —repuso despectivo el griego—. Te aseguro, por el mirto que demuestra mi culto, ¡oh, adorador de Afrodita!, que sus voces son heladas como el viento del Cáucaso. ¿Has visto esta banda? Me la ha regalado la poderosa Salomé…

—¡La hija del rey! —se admiró el vendedor.

—La misma. Tiene un gusto exquisito y es más griega que el mismo rey. Bueno, mi desayuno. Cóbrate en rojo cobre de Chipre y dame uvas.

—¿Dátiles también?

—No. Yo no soy árabe.

—¿Ni higos?

—Tampoco soy judío. Sólo quiero uvas. Jamás dos zumos se mezclaron con tanta armonía como la sangre del griego y el zumo de la uva.

No es demasiado común ver al adorador de Venus, con su aspecto cortesano, en un sucio y bullicioso mercado, pero no causa menos admiración la persona en quien ahora nos fijamos. Camina lentamente, con los ojos fijos en el suelo y deteniéndose a intervalos, cruza las manos sobre el pecho, adopta un continente más severo y vuelve los ojos al cielo como para orar. Sólo en Jerusalén es posible ver un hombre semejante. En su frente se ve la filacteria, un cuadrado de piel, que se sostiene con la misma banda que ciñe el manto; otro cuadrado semejante, sujeto por una correa lleva en el brazo izquierdo y la fimbria del manto está adornada con anchos flecos. Todo esto y el aspecto de fervorosa devoción que aparenta toda su persona, son los distintivos por los que se reconoce al fariseo, hipócrita y poderoso, que no tardará en sumir al mundo en el dolor.

En el camino que va a Jaffa desde las puertas de la ciudad la multitud es numerosa. Vemos ahora un hombre de tez clara, ojos negros, barba ondulante y excesivamente perfumada, y vestido ricamente de acuerdo con la estación del año. Su porte es distinguido. Lleva un bastón y pendiente del cuello por un cordón de seda, un gran sello’ de oro. Los criados que le rodean, armados algunos con espadas cortas, cuando le dirigen la palabra le muestran gran deferencia.

Cierran el séquito, dos árabes del desierto, bronceados, delgados y musculosos que conducen caballos para vender. Se acercan al chipriota para comprarle frutas y si, cuando el grupo ha traspasado las puertas, preguntamos al vendedor la identidad de aquel señor, nos dirá que acabamos de contemplar

a uno de los príncipes de la ciudad. Es judío, ha viajado mucho y nunca confundiría las vulgares uvas de Siria con las exquisitas de Chipre.

Este constante movimiento que vemos por la puerta de Jaffa se prolonga en el mercado, hasta después del mediodía.

Las tribus de Israel, perdida su integridad y fraccionadas, están representadas ahora por gentes ruines y aventureras, artistas y sacerdotes del placer con quienes Herodes es pródigo.

Jerusalén, arca de recuerdos sagrados, testigo de tantas profecías, la Jerusalén de Salomón, donde era la plata más vulgar que las piedras y los cedros abundaban más que los sicómoros del valle, era ahora la viva representación de Roma, dedicándose a las prácticas paganas y gobernada por los gentiles.

En otros tiempos, el judío que envolviéndose, en las vestiduras sacerdotales, entró en el Tabernáculo del Templo para ofrecer incienso, salió cubierto de lepra, pero en la época que describimos, Pompeyo profanó el Santuario de los Santuarios y pudo salir ileso, porque ya no era la morada de Dios, sino un ámbito vacío, donde no había señales de la Presencia Divina.

CAPITULO VIII

JOSÉ Y MARÍA SE ENCAMINAN A BELEN

Aunque aparentemente el tráfago era el mismo, a la hora tercera del día era mucha la gente que había abandonado Jerusalén.

Un hombre y una mujer detuviéronse al pie de la muralla meridional. Él se apoyaba en un bastón que servía también para aguijonear al burro sobre el que la mujer cabalgaba. Su indumentaria, aunque semejante a la ordinaria de los judíos, era más limpia y nueva. El manto y la túnica debían ser los que se ponía los sábados para ir a la sinagoga. Aparentaba unos cincuenta años, su barba era canosa y tenía el aspecto del aldeano que en la ciudad lo observa todo con esa mirada entre curiosa y distraída.

El borrico consumía un manojo de hierbas compradas en el mercado. El animal, satisfecho y somnoliento, ni prestaba atención al barullo, ni parecía sentir fatiga por el peso de la mujer.

Ésta vestía una túnica de ordinaria lana que ocultaba por completo su cuerpo y un velo blanco cubríala la cabeza. De vez en cuando la curiosidad de enterarse de alguna cosa la hacía levantarlo un poco, mas no se podía distinguir su cara.

Un hombre se dirigió al grupo, preguntando:

—¿Eres tú José de Nazaret?

—Ése es mi nombre. ¿Y tú…? ¡Ah, ya! La paz sea contigo, rabino Samuel.

—Y también contigo —repuso el rabino, que al fijarse en la mujer añadió —: Paz a ti, a tu familia y a tus servidores.

Y colocóse una mano sobre el pecho, inclinándose hacia la mujer que, para mirarle había separado el velo, dejando ver el rostro de una mujer que, poco tiempo antes, era aún niña.

Los hombres se dieron la mano derecha, haciendo intención de llevársela a los labios, y al separarlas, cada cual besó su propia mano acercándola luego a la frente.

—Por el escaso polvo que tiene tu túnica adivino que has pasado la noche en la ciudad de tus padres —comentó el rabino.

—No. Como se nos hizo de noche en Betania, estuvimos en la posada y hemos remprendido el camino al amanecer.

—La jornada que vas a emprender es larga, puesto que te diriges a Jaffa, ¿no?

—No. Vamos sólo a Belén.

Las muestras de amistad y franqueza que diera hasta entonces el rabino, tornáronse en suspicacia. Carraspeó, dejando escapar un gruñido, y dijo:

—Ya veo. Has nacido en Belén y vas allí con tu hija a inscribirte en el censo, según la orden del César. Ahora los descendientes de Jacob están como lo estuvieron las tribus en Egipto. Pero los fuertes han desaparecido. Ni Moisés ni Josué existen ya.

Repuso José, sin alterarse lo más mínimo:

—Esta mujer no es mi hija.

Mas el rabino, preocupado por sus ideas, sin atenderle, prosiguió:

—¿Qué nuevas hay por Galilea? ¿Qué dicen los fieles?

—Nazaret es una aldea y yo sólo un carpintero —repuso José con prudencia—. La calle donde tengo mi tienda no es camino de ninguna ciudad y mi trabajo no me deja tiempo libre para mezclarme en discusiones sobre los partidos.

—Pero siendo judío y de la estirpe de David, dudo que veas con agrado pagar otro impuesto, que no sea el siclo que según la ley debe tributarse a Jehová.

Como José guardase silencio, el rabino siguió:

—Para mí no tiene importancia la tasa, porque un denario poco vale. Pero, ¿no es una vejación está sanción que viene a ser el reconocimiento de la tiranía? Tú que habitas entre los discípulos de Judas, ¿sabes si es verdad que se ha proclamado Mesías?

—A sus prosélitos he oído decir que él era el Mesías.

El velo que cubría a la mujer se separó, entonces un momento de su rostro. Miróla el rabino, comprobando la singular belleza que la adornaba. Ella, ruborizándose, volvió a ocultarse tras el velo.

—Tienes una hija muy hermosa —dijo el rabino olvidando su primer tema y en voz más baja.

—No es mi hija.

Samuel demostró gran curiosidad y el nazareno, aclaró con premura:

—Es hija de Joaquín y Ana, de Belén. Habrás oído hablar de ellos porque son muy conocidos.

—Sí. —El judío se expresó con deferencia—. Los conozco. Son descendientes directos de David.

—Los dos han muerto en Nazaret. Joaquín no era muy rico, pero ha dejado una casa y un huerto para repartirlos entre sus dos hijas. Ésta es María, una de ellas y para asegurar la propiedad, la ley exige que se case con el pariente más cercano. María es ahora mi mujer.

—¿Y qué parentesco te unía a ella?

—Era su tío.

—Sí, claro. Habéis nacido en Belén y tenéis que ir los dos a empadronaros porque el romano lo manda.

Las manos del rabino se crisparon y mirando al cielo, gritó con indignación:

—¡El Dios de Israel sigue viviendo! Él hará caer su venganza.

Y volviendo la espalda, se alejó bruscamente.

Un extranjero que había contemplado la escena, dijo al asombrado José:

—Judas no se exalta tanto como Samuel. Éste es un entusiasta.

Como no tenía ganas de entablar conversación con aquel hombre, José fingió no oírle y se puso a juntar la hierba esparcida por el borrico; después, apoyándose en el bastón esperó.

Al cabo de una hora los esposos cruzaban la puerta, tomando el camino hacia Belén. En la bajada al valle Hinnón surgieron dificultades creadas por la gran cantidad de olivos silvestres que entorpecían sus pasos.

El nazareno caminaba junto a su mujer, llevando el ronzal del animal. Erguíanse a su derecha abruptas alturas y a su izquierda las murallas de la ciudad, rodeando el Monte Sión.

Dejaron atrás el pozo inferior de Gihon y avanzaron en línea paralela al acueducto de los pozos de Salomón, cerca de la alquería situada en lo que hoy se llama Colina del Mal Consejo. Luego, iniciaron la ascensión a la llanura de Refaín.

El sol lucía esplendoroso y María retiró el velo de su rostro, mientras su esposo le narraba la historia de los filisteos a quienes sorprendió David en aquel lugar.

La imaginación del hombre siempre fue atraída pollas descripciones; dando a las peculiaridades del antepasado cierta aureola poética, nos

representamos a Salomón de hermosa fisonomía, de cabello y barba castaños a la sombra y de áureos matices al sol.

A falta de datos auténticos, la tradición ha derramado toda suerte de encantos sobre aquélla a quien ahora seguimos hasta la ciudad natal del Sabio Rey.

Apenas si tendría los quince años y su voz, su figura y los ademanes eran, sin duda, los de ese período de transición entre la niñez y la pubertad. El óvalo de su rostro era perfecto y su tez pálida. Los labios gruesos y húmedos daban a su boca ardor, ternura y firmeza. Los ojos azules y rasgados, sombreados por largas pestañas; y en deliciosa armonía una cabellera de ondas doradas que caía libre por la espalda; pero todo era incomparable al encanto que emanaba de su persona: un algo indefinido de belleza incorpórea.

A menudo, cruzando las manos, alzaba los ojos tan azules como el cielo y con los labios temblorosos parecía orar o más bien escuchar ávidamente una dulcísima voz que bajaba de los ámbitos celestes. José se volvía a mirarla y viendo su rostro resplandeciente se olvidaba de sí mismo y, admirado, inclinaba la cabeza meditabundo.

Al fin llegaron a la altura del Mar de Elias, desde donde divisaron las blancas murallas de Belén. Detuviéronse a descansar, mientras José mencionaba los sitios célebres por sus recuerdos sagrados. Bajaron, después, al valle a contemplar el pozo, testigo de una maravillosa hazaña de las huestes de David.

El numeroso gentío que hallaron alarmó a José, que temió no poder encontrar refugio para que pudiera descansar su dulce María.

Sin detenerse y muy aprisa, pasó el pilar de piedra que marcaba la tumba de Raquel y, sin saludar a las muchas personas conocidas, caminó hasta la posada, que entonces estaba fuera de la ciudad, en el cruce de caminos.

CAPITULO IX

LA CUEVA DE BELEN

Debemos recordar, para comprender lo que ocurrió al nazareno en la llamada posada, que los albergues orientales diferían mucho de los nuestros. Se llamaban *khans* y de construcción primitiva, eran simplemente unos cercados de piedras, sin casa ni cobertizo alguno e incluso, a veces, hasta sin puerta, no obstante, en las vías que unían a ciudades importantes como Jerusalén y Alejandría había algún establecimiento magnífico, edificado bajo la tutela real.

Mas, de ordinario, era la casa de un *sheik*[15] la utilizada como posada, aunque no servía precisamente, sólo para estos fines; en realidad eran mercados, factorías, sitios en que se reunían mercaderes y artesanos o bien lugares de refugio contra las fieras y malhechores. Allí tenían lugar las diarias y múltiples transacciones del comercio de la ciudad.

No había en estos albergues ni patrón, ni criado ni cocina, sólo un guardián que, haciendo de portero, permanecía en la entrada. Así que llegaban los viajeros iban acomodándose sin tener que dar explicaciones a nadie, llevando sus provisiones y útiles de cocina o bien los compraban a los vendedores que había en el mismo *khan*.

El *khan* de Belén, ante el que se detuvieron José y María era un buen modelo en su clase. Constaba de un edificio cuadrangular de piedra tosca y de un solo piso, techo plano y sin ventanas al exterior, con una única puerta cochera para hombres, carros y animales y un cercado de piedras sin cemento que rodeaba parte del edificio.

En Belén había un solo *sheik*, por lo tanto, había un solo *khan*. El nazareno que, aunque nacido en el pueblo, hacía tiempo residía fuera de él, no tenía derecho a la hospitalidad dentro de la ciudad. Además, la resolución del asunto que le había llevado allí podía prolongarse mucho tiempo, no era,

pues, discreto que él y su esposa fueran a instalarse a casa de un pariente o amigo.

Mientras José subía la cuesta, arreando al pollino, iba temiendo no encontrar sitio en el *khan*; lo que le producía gran ansiedad. El camino estaba lleno de hombres y muchachos que recogían sus ganados con gran vocerío, para llevarlos, unos al abrevadero, otros para encerrarlos en los socavones vecinos. Ya junto a la puerta, vio gran tropel de gente que forcejeaba por entrar y el cercado contiguo, parecía estar lleno de animales.

—No llegaremos ni a la puerta —dijo José con su lento hablar—. Detengámonos aquí y veamos lo que pasa.

Ella se apartó el velo sin responder. La fatiga de su rostro mudóse en curiosidad. Había viajeros a pie, hablando a gritos en todas las lenguas de Siria, jinetes que vociferaban, hombres indecisos que no sabían qué hacer con sus pequeños rebaños de vacas o atolondradas ovejas; vendedores de pan y vino y, entre toda esta mezcla de gentes, una turba de chiquillos entregados a la persecución de los perros.

María estaba demasiado cansada para prestar un interés sostenido a esta escena y así lo demostraba, suspirando de vez en cuando, acomodándose a menudo sobre la albarda y como si buscara la paz y el reposo, o esperase algo con impaciencia, miraba a veces hacia el sur las altas cimas peñascosas del Monte del Paraíso, teñidas débilmente de púrpura por el sol de poniente.

En tanto, un hombre, deteniéndose junto al burro contemplaba el *khan* con aire de contrariedad. El nazareno le dirigió la palabra:

—Según parece eres, amigo, un hijo de Judá como yo. ¿Puedes decirme qué significa toda esta muchedumbre?

El aludido se volvió altivamente, pero al observar el solemne aspecto de José, levantó su mano en ademán de saludo y replicó:

—¡La paz sea contigo! Soy, en efecto, hijo de Judá. Habito en Bet Dagón que, como sabes, está en el país que ocupa la tribu de Dan.

—En el camino de Modín**[16]** a Jaffa —añadió José.

—¡Ah! ¿Estuviste en Bet Dagón? —preguntó el hombre, dulcificando su rostro—. ¡Cuánto viajamos los hijos de Judá! Yo estaba lejos del collado del viejo Efrat, como lo llamaba nuestro padre Jacob. Cuando se esparció la noticia de que obligaban a los hebreos a ser empadronados en las ciudades de nacimiento, me puse en marcha, y ése es el objeto de mi venida.

—Yo he venido para lo mismo que tú. Yo y mi mujer.

El extranjero miró a María y guardó silencio, mientras ésta miraba la pelada cima del Gedor. El sol iluminaba su rostro, llenando de una sombra

morada sus párpados y de sus labios entreabiertos parecía exhalar un hálito sobrenatural. Toda su humana belleza había adquirido un algo tan sublime, que hacía pensar en los que habitan en el Paraíso. El extranjero miraba admirativo a la que siglos más tarde habría de aparecerse a Sanzio[17] el divino para hacerle inmortal.

—¿Qué estaba diciendo? ¡Ah! Sí. Os iba a decir que al enterarme de que había orden de venir aquí, me sentí disgustado. Pero acordándome de la antigua montaña, del valle hundido en el Cedrón y las huertas, viñas y campos de trigo que nunca han defraudado las esperanzas del agricultor, desde los tiempos de Booz y Ruth, me olvidé de los opresores y he venido con Raquel, mi mujer, y nuestras dos hijas.

Miró a María, que le escuchaba atentamente, y preguntó:

—¿Por qué no va tu mujer a ver a la mía? La encontraréis allá abajo, al pie de aquel copudo árbol. Te aseguro que es inútil que preguntes en la posada, porque está llena.

José, tras vacilar un momento, replicó:

—Tu invitación es amable. Encontremos o no, sitio en el *khan*, iremos a ver a tu familia. Pero voy primero a preguntar al guardián.

Dejó al forastero el ronzal del borrico y abriéndose paso entre la enorme multitud, llegó hasta la’ puerta donde, sentado en un tronco de cedro, estaba el guardián. Tenía a su espalda una jabalina y a sus pies se acurrucaba un perro.

—Sea contigo la paz de Jehová —deseó José.

—Busca tú, mismo lo que desees. Si lo encuentras, que se multiplique para ti y los tuyos —repuso el otro gravemente, pero sin moverse.

—Soy de Belén. ¿No hay habitación para…?

—No la hay.

—Soy José de Nazaret, de la casa de David. ¿No has oído hablar de mí? Aquí está la casa de mis padres.

En aquellas palabras cifraba José toda su esperanza; si no daban resultado, incluso el ofrecimiento de muchos siclos sería inútil. Para un hombre de las Tribus tenía mucha importancia ser hijo de Judá y más aún, pertenecer al linaje de David, pues era el mayor mérito que podía concedérsele a un individuo. Habían transcurrido más de mil años desde que el sucesor de Saúl fundase una dinastía y el paso del tiempo, con guerras y calamidades, había empobrecido a sus descendientes. Mas, aunque tenían que ganarse el sustento en los más humildes trabajos, conservaban intactos los recuerdos de su historia. En todo Israel se les conocía y tributaba un respeto, rayano en

veneración. Por eso, perteneciendo a tal linaje, podía esperarse un privilegio en el *khan* de Belén. Y José no podía ser más exacto al decir: «Aquí está la casa de mis padres», porque aquella casa era la misma que gobernase la mujer de Boaz, y donde ella y sus diez hijos (el más joven de ellos David) habían nacido. Allí entró Samuel en busca de un rey y lo encontró, y allí Jeremías había rescatado con sus oraciones, los restos de su raza que huían de los babilonios. La apelación causó cierto efecto, pues el guardián levantóse y echándose mano a la barba, dijo con todo respeto:

—Hace ya más de mil años que esta puerta se abre para dar cobijo al pasajero y nunca se dejó de dar entrada a un hombre bueno, a no ser por falta de sitio. Si se ha procedido así con los extraños, ¿cómo podría un guardián negar la entrada a un descendiente de David? Vuelvo a saludarte y si te dignas venir conmigo, podrás comprobar que no hay un solo rincón libre en la casa. Están ocupados, además de las habitaciones, sótanos, patio y azotea. ¿Puedo saber cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

—«El extranjero que está contigo será como el que ha nacido en tu casa y le amarás como a ti mismo». ¿No manda eso la ley? —inquirió el guardián, sonriente.

José guardó silencio.

—Siendo ésta la ley, no voy a decir a uno que llegó hace tiempo aquí: «Sigue tu camino porque ha llegado otro a ocupar tu puesto».

Tampoco repuso nada José.

—Pero si lo dijera, ¿te correspondería a ti ese puesto? Mira. Todos esos están esperando; algunos desde el mediodía.

—¿Y quiénes son esas gentes? ¿A qué han venido a esta hora? —preguntó José, indicando a la multitud.

—A lo mismo, sin duda que a ti te trajo, ¡oh, rabino! A cumplir lo decretado por el César. La mayor parte de los que buscan posada vinieron a cumplir la orden del César. Los otros llegaron en la caravana que va desde Damasco a la Arabia y al Bajo Egipto.

—En el patio hay mucho espacio —insistió José.

—Sí, es grande, pero está lleno de mercancías, fardos de tejido de seda, bolsas de especias y mil cosas más.

Perdió José por un momento, su impasibilidad y con los ojos brillantes, exclamó:

—Por mí no me preocuparía, pero ha venido conmigo mi esposa y las noches son frías: más frías en estas alturas que en Nazaret y ella no resistiría

una noche al aire libre. ¿No podré encontrar algún refugio en la ciudad?

—Todas esas gentes que ves ahí —respondió el hombre, señalando a la multitud que se agolpaba a la puerta— han buscado, inútilmente, asilo en la ciudad.

—¡Es tan joven! —exclamó José, como hablando para sí—. Si ha de dormir en el monte morirá de frío. Puede que conocieras a sus padres, Joaquín y Ana, de Belén. También eran, como yo, de la casa de David.

—Sí. Los conocí en mi juventud. Eran buena gente.

El guardián miró al suelo, como reflexionando. Por fin, levantando la cabeza, dijo:

—Aunque no me es posible proporcionarle habitación, tampoco voy a despedirte. Haré por ti lo único que está en mi mano. ¿Cuántos sois?

Después de reflexionar un instante, José dio la respuesta:

—Mi mujer y mi amigo y su familia, que viene de Bet Dagón, una ciudad cercana a Jaffa. Seis en total.

—Está bien. Pues no dormiréis a la intemperie. Trae a tu gente. Y date prisa que el sol ya se pone y ya sabes que en cuanto traspone la montaña la noche está muy cerca.

—Recibe mi bendición, ahora de errante viajero y de agradecido huésped, luego.

Lleno de alegría acercóse José a donde estaba su mujer y el *betdagonita*. Fue éste a buscar a su familia y volvió en seguida con su esposa, ya matrona, y las hijas que debían ser el vivo retrato de lo que fuera ella en su juventud. Las tres montaban en burros. Al verlos llegar, comprobó el guardián que eran gente humilde.

—Ésta es mi mujer y éstos nuestros amigos —díjole José.

—Ojos azules y cabellos de oro —murmuró para sí el guardián al mirar a María que llevaba el velo subido—. Era así el Rey cuando vino a cantar ante Saúl.

Y cogiendo el ronzal que sujetaba José, dijo a su esposa:

—La paz contigo, ¡oh, hija de David!, ¡y con todos vosotros! Rabino, sígueme —dijo a José.

Todos siguieron a José por un corredor pavimentado en piedra, saliendo al patio del *khan*. Para un extranjero la escena habría sido curiosa, pero ellos sólo miraban por todas partes para convencerse de cuán repleto estaba de gentes.

Pasando por entre montones de mercancías y luego por una galería similar a la de la entrada, salieron al cercado adyacente a la casa que servía para

alojar camellos, caballos y burros que dormitaban en apretados grupos. Entre ellos estaban sus respectivos guardianes que también dormían o yacían silenciosos.

Como estaba todo lleno se encaminaron a una especie de establo que miraba hacia el *khan* por el Oeste.

—Vamos a la cueva —dijo José, lacónicamente.

El guía aflojó el paso hasta que María le alcanzó.

—La cueva a la que vamos —dijo—, debió ser un refugio de tu antecesor David Acostumbraba a traer sus rebaños para guardarlos aquí; luego, cuando llegó a ser Rey volvió a su antigua casa, buscando el descanso. Mejor es una cama en el suelo donde él durmió, que quedarse allá en el patio o en el camino. Bueno. Esto podrá serviros de habitación. He aquí la entrada.

No había necesidad de ensalzarla. Aquel lugar era lo único que se les podía ofrecer. Además, los huéspedes, eran gentes sencillas que se contentaban fácilmente. Para el judío de aquella época era algo muy familiar habitar en cavernas, a consecuencia de las frecuentes sublevaciones. ¡Cuántos hechos de la historia judía y cuántos acontecimientos interesantes de aquella época tuvieron por escenario una cueva! Y éstos eran judíos de Belén a quienes la idea de vivir en una cueva no les espantaba, porque los alrededores de su pueblo abundaban en cuevas grandes y pequeñas, algunas habitadas desde el tiempo de Emín y Horites[18]. El que la cueva a la que se les había conducido sirviese de establo, les era indiferente por no ser afrentoso para ellos. Descendían de una raza de pastores, cuyos rebaños ocupaban, habitualmente, la propia estancia del amo. Conservando una antiquísima costumbre, la tienda del beduino abrigaba aún hoy igualmente a sus hijos y a sus caballos.

Así, pues, acogieron alegremente las palabras del guardián y examinaron la estancia con manifiesta curiosidad. Cada objeto asociado a la historia de David, era altamente interesante para ellos.

La construcción era baja y estrecha, desprovista de ventanas. En su blanca fachada sólo había la puerta de entrada, que giraba sobre enormes bisagras y estaba pintada con espesa capa de ocre. Descubrieron que el edificio no era más que fachada, máscara que cubría la entrada de una caverna, que quizá tendría más de cuarenta pies de largo, nueve o diez de altura y quince de ancho. La luz no tenía otra entrada que la puerta, iluminando un piso desigual en el que había por doquier montones de grano, de heno y de vasijas de tierra para los usos domésticos.

En las paredes laterales veíanse pesebres muy bajos para el ganado lanar, formados de piedras unidas con cemento y sin división de ninguna clase. El polvo y la paja alfombraban el suelo, lleno de hoyos y de grietas. Del techo, como largos jirones de ropa sucia, pendían mugrientas telarañas; en fin, era tan cómoda como cualquiera de los sótanos que servían de dormitorios en el *khan*.

—Entrad —dijo el guía—. Los montones de paja y las cazuelas son para uso de los viajeros Tomad, pues, lo que necesitéis. Y dirigiéndose a María, le dijo:

—¿Podrás descansar aquí?

—¡El lugar está santificado! —respondió ella.

—Os dejo, pues. ¡La paz sea con vosotros!

Al marcharse el guardián, todos se ocuparon de hacer habitable la cueva.

CAPITULO X

LA ESTRELLA EN EL CIELO

Dentro y fuera del *khan* se hacía el silencio y volviéndose’ hacia Jerusalén, cada israelita puesto en pie y con devoción, cruzaba las manos sobre el pecho, orando. Era la hora nona, la hora en que en el monte Moría se ofrecían sacrificios a Dios.

Después, de nuevo, reinaba la animación al buscar cada cual su cena y preparar su camilla. Más tarde se iban apagando las luces y todo quedaba tranquilo.

* * *

Algunos de los que dormían en el terrado, gritaron hacia la medianoche:

—¡Despertad, hermanos, despertad y ved esa luz que nos viene del cielo[1]!

Las gentes, medio adormecidas, miraban y entre medrosas y asombradas, acababan por espabilarse. La conmoción llegó al patio y de allí pasó a los sótanos; momentos después todos dirigían sus miradas al cielo.

Un rayo de luz que provenía de la altura infinita, caía oblicuamente sobre la tierra, iluminando muchos estadios de anchura. El fenómeno parecía verificarse en la montaña más cercana, al sudeste de la ciudad, formando en su cima una pálida aureola. El resplandor de aquella luz llegaba al *khan* de tal modo, que las gentes podían verse perfectamente el rostro, en el que se pintaba el asombro.

Luego, corrió la luz hasta iluminar el *khan* durante unos minutos y el asombro se convirtió en terror para los tímidos, mientras los más atrevidos hablaban en voz entrecortada y baja.

—¿Habéis visto algo semejante? —preguntaba uno.

—Parece que esté sobre esa montaña. No sé decir lo que pueda ser, pues nunca en mi vida vi cosa igual —fue la respuesta.

—¿No será que ha caído una estrella? —preguntaba otro, con balbuciente acento.

—Cuando cae una estrella se apaga su luz.

—¡Ya di con ello! —decía uno confidencialmente—. Los pastores deben haber visto un león y encienden hogueras para defender sus rebaños.

El hombre, sentado junto al que así hablaba, exhaló un suspiro como para tranquilizarse y añadió:

—Sí, eso es. Los rebaños han estado paciendo hoy por ese valle.

Mas alguien destruyó su confianza, diciendo:

—Aunque se recogiera toda la leña de los valles de Judea y formando una pira ardiera íntegramente, no daría un fulgor tan intenso y prodigioso.

Tras estas palabras reinó el silencio, que sólo interrumpió una voz, diciendo.

—¡Hermanos! Lo que vemos es la misteriosa escala que nuestro padre Jacob vio en su sueño. ¡Bendito el Señor, Dios de nuestros padres!

CAPITULO XI

NACIMIENTO DE CRISTO

En el valle, resguardado de los vientos del Norte, que hay a unas dos millas al sudeste de Belén, abundan los sicómoros encinas enanas y pinos, y en las cañadas y barrancos muchos olivos y moreras, donde pastan ovejas, cabras y vacas.

En una de las vertientes había un antiquísimo y extenso redil, desde largo tiempo olvidado, con un cobertizo medio demolido y sin techumbre.

El cercado colindante permanecía intacto, lo que para los pastores que llevaban allí sus bestias era de mayor importancia que la misma casa. En cuanto al redil, a pesar del muro que lo rodeaba, una pantera o un león hambrientos hubieran podido penetrar en él. Como defensa adicional al constante peligro, hacía tiempo que habían plantado setos de espinos y tuvo tanto éxito en esa época, que ni los gorriones podían penetrar por entre sus entrelazadas ramas.

El día de tan extraordinarios hechos, varios pastores habían conducido sus rebaños a estos llanos y desde por la mañana temprano resonaron en la espesura los gritos y los hachazos de los que abatían árboles, el balido de las ovejas y cabras, el retiñido de las esquilas, el mugido de las vacas y el ladrido de los perros. A la puesta del sol todos se dirigieron al redil y a la caída de la noche, hombres y rebaños, estaban bien resguardados y seguros. Encendieron un gran fuego junto a la puerta y preparando su modesta cena, sentáronse para descansar y charlar, habiendo quedado uno de ellos de centinela.

Aquellos seis hombres, sin contar al guardián, tenían un tema favorito; los rebaños, tema insulso para las gentes de la ciudad y que para ellos era lo único que en el mundo existía. En sus narraciones no omitían ni el más insignificante detalle; no olvidemos que ellos y sus ovejas hacían vida en común y desde que éstas lanzaban su primer balido, eran ellos quienes las

cuidaban; si había que vadear un río, sus hombres sustentaban a las más débiles y las llevaban a pacer y se desvelaban por ellas como un rey celoso de la prosperidad de sus súbditos. A su vez, los animales eran sus compañeros, animando y haciendo metros triste la soledad y el aburrimiento de las largas excursiones. A veces, también ocurría que un pastor perdía la vida por querer defender su rebaño ante el ataque de un león o bandido.

Cualquier acontecimiento histórico era una fruslería para ellos, si acaso llegaba a su conocimiento. Vagamente llegaron a oír algunos que en la ciudad había un rey que se llamaba Herodes y que se entretenía en construir palacios y circos donde practicaba coas prohibidas.

Roma no aguardó a que una gente tan atrasada se enterase de su existencia en el mundo y fue a buscar al pastor al pie de los escollos por donde éste pasaba con sus perezosos rebaños y penetró con sus centurias en las propias majadas.

A veces el pastor, alarmado por el inusitado toque de clarines, acechaba desde un peñasco el paso de una cohorte o una legión entera en marcha, y cuando los centelleantes cascos habían desaparecido y el deslumbramiento causado a la vista de estos intrusos cesaba, su ruda inteligencia se esforzaba en descifrar el significado de aquellas águilas y aquellos dorados adornos de la soldadesca, envidiando quizás, secretamente, los encantos de una vida tan opuesta a la suya. Mas estos hombres, rudos y sencillos, tenían conocimientos y sabiduría propios.

Acostumbraban a purificarse todos los sábados para asistir a la sinagoga, sentándose después, en el banco más apartado del Arca Cuando el *chazan* llevaba el Torá**[19]** por toda la asamblea, nadie lo besaba con tanto fervor como ellos, cuando el *seliach* leía el texto sagrado, nadie escuchaba con más fe; y nadie, al volver a casa, llevaba grabada en su alma tan profundamente la doctrina del sermón, ni reflexionaba con más seriedad sobre lo oído. En un versículo del Sema encontraban todo el saber y la ley de su vida humilde; su Señor era un Dios único, y ellos debían amarlo con toda su alma. Y lo amaban, en efecto. Ésta era toda su sabiduría, muy superior a la de los reyes.

Ya antes del relevo de la primera guardia, los pastores se iban durmiendo en el mismo sitio en que se hallaban. La noche, como la mayor parte de las noches en la montaña, era clara y fría, centelleando en el cielo millones de estrellas. Todo en la naturaleza estaba silencioso; nunca hubo tal sensación de paz. Era un santo reposo, un aviso inefable de que el cielo quería comunicar algo extraordinario a la tierra y ésta esperaba regocijada y silenciosa.

El guardián paseaba por delante de la puerta. A veces detenía sus pasos, atraído por un rumor cualquiera que le parecía provenir de donde dormía su rebaño. Ahora que la guardia había terminado podía entregarse a un sueño reparador y tranquilo. Se encaminó hacia la hoguera, pero se detuvo de pronto porque se vio envuelto por una claridad suave y blanca, semejante a la de la luna. Esperó, casi sin aliento, y la luz fue haciéndose más intensa. El miedo paralizó sus miembros hasta dejarle clavado en el sitio en que se hallaba; entonces, lleno de un terror loco, gritó:

—¡Despertaos!, ¡despertaos!

Los perros corrieron al exterior ladrando. Los pastores se levantaron somnolientos, con las armas en las manos.

—¿Qué pasa? —preguntaron a coro.

—¡Mirad! —gritó el guardián—. ¡Está ardiendo el cielo!

De pronto, la luz se hizo deslumbradora y tuvieron que taparse los ojos para que no les cegase: se les doblaron entonces las rodillas y como sus almas se estremecían de terror, cayeron con el rostro contra el suelo, sintiéndose ciegos y desmayados y hubiesen muerto, si una voz celeste no les hubiera gritado:

—¡No temáis! Aquí os traigo la buena nueva que ha de causar alegría a todos los pueblos de la tierra.

Aquella voz, llena de dulzura y suavidad, penetraba por todo su ser, llenándoles de confianza. Se enderezaron y con mirada de veneración, contemplaron en el centro de un gran nimbo, la aparición de una forma humana, vestida con túnica de deslumbradora blancura; por encima de sus hombros asomaban las alas que estaban plegadas. Una estrella resplandecía en su frente, brillante como el lucero de la mañana; sus manos se dirigían hacia ellos como en una bendición y su rostro sereno era divinamente hermoso.

Los pastores habían oído y repetido a menudo, en su sencillo lenguaje, lo que sabían de los ángeles y ahora no dudaron, sino que dijeron en sus corazones:

—Viene a nosotros la gloria de Dios, y éste es el que antiguamente se apareció al Profeta por el río de Ulai[20].

El ángel continuó:

—Entre vosotros ha nacido hoy, en la ciudad de David, el Redentor, que es Cristo, vuestro Señor.

Una nueva pausa, mientras las palabras iban penetrando en sus almas.

—Vosotros le reconoceréis —continuó diciendo el ángel—, porque encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

La buena nueva estaba anunciada; de repente, la luz, de la que el ángel parecía ser el centro, se convirtió en rosada y en lo alto, allí donde podía alcanzar la vista, hubo un revoloteo de alas blanquísimas, una legión • de formas radiantes apareció en los aires y se oyeron las voces de un coro celestial que cantaba:

—Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Esta alabanza no fue dicha una sola vez sino repetida largamente.

El mensajero celestial levantó los ojos, sus alas se estremecieron, y luego, majestuosas, se abrieron cuan grandes eran, blancas como la nieve por fuera y multicolores por la parte interior después, se alzó sin ningún esfuerzo, alejándose hasta perderse de vista, llevándose la esplendorosa luz. Mucho tiempo después aún bajaba del cielo el celeste cántico, atenuado por la distancia.

—Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Al fin dejó de oírse y cuando los pastores recobraron su presencia de espíritu, se miraron unos a otros estúpidamente, hasta que uno de ellos dijo:

—Era Gabriel, el mensajero del Señor entre los hombres.

Ninguno respondió.

—Ha nacido Cristo. Señor nuestro. ¿No lo dijo así?

Recobrando la voz, otro replicó:

—Eso es lo que ha dicho.

—¿Y no dijo también, que estaba en la ciudad de David, nuestra Belén, que está allí?

—Y que lo encontraríamos como un niño envuelto en pañales.

—Y echado en un pesebre.

Con aire pensativo el primero de los que habían hablado se puso a contemplar el fuego y dijo al fin, como quien de súbito se siente arrastrado por un impulso irrefrenable:

—En Belén sólo hay un sitio donde haya pesebres: la cueva del antiguo *khan*. ¡Hermanos! Vayamos corriendo a ver lo ocurrido. Los sacerdotes y los doctores han esperado durante largo tiempo al Cristo. Ahora ya ha nacido y el Señor nos ha dado la señal por la que le reconoceremos. Vayamos y adorémosle.

—Pero ¿y los rebaños?

—El Señor cuidará de ellos. Vayamos aprisa.

Entonces se levantaron y abandonaron el *marah*[21].

* * *

Rodearon el monte y pasaron a través de la ciudad, llegando a la puerta del *khan*.

—¿Qué queréis? —les preguntó el guardián.

—Hemos visto y oído grandes cosas esta noche.

—Bueno; nosotros también las vimos, pero no hemos oído nada. ¿Qué oísteis vosotros?

—Baja con nosotros al establo de la cueva y mira con tus ojos.

—Así sólo contestan los tontos.

—No El Cristo ha nacido.

—¿El Cristo? ¿Cómo lo sabéis?

—Déjanos ir o ven con nosotros.

Pero el guardián se rió desdeñosamente.

—¿De veras? ¿El Cristo? ¿Quiénes sois vosotros para anunciarlo?

—Ha nacido esta noche y está acostado en un pesebre. En Belén sólo hay un sitio que tenga pesebres.

—¿La cueva?

—Sí. Ven de una vez con nosotros.

Entonces cruzaron el patio sin ser notados por las gentes que estaban hablando de la luz maravillosa. La puerta de la cueva estaba abierta. Dentro había una luz y entraron sin ceremonias.

—Yo os doy la paz —dijo el guardián a los reunidos—. Aquí hay gentes buscando a un niño nacido esta noche, que ellos han de reconocer por encontrarlo envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Por un instante, la cara del nazareno se alteró algo, y señalando un pesebre, dijo:

—Aquí está el niño.

Se acercaron al pesebre, trajeron luz para verle y los pastores le contemplaron enmudecidos. El pequeño permaneció inmóvil Acababa de nacer como cualquier otro niño.

—¿Dónde está la madre? —quiso saber el guardián.

Cogió el niño una de las mujeres y se lo entregó a María, que estaba tumbada junto al pesebre. Todos se agruparon ante ellos.

—¿Será éste el Cristo?

—¡El Cristo! —exclamaron todos, postrándose de hinojos en adoración.

—Éste es el Señor y su gloria está más allá de los cielos y de la tierra —repitió uno de ellos varias veces. Y todos, con la alegría iluminando sus semblantes, besaron la orla del vestido de la madre. Luego se alejaron.

Todos los que se encontraban en el *khan* se habían levantado y, saliéndoles al paso, quisieron saber lo que ocurría; y los sencillos pastores contaron lo que sabían, allí y en toda la ciudad. Por los caminos que les conducían al redil iban entonando el cántico que oyeron a los ángeles:

—Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

El acontecimiento se extendió por todos los lugares, confirmado por la luz que todos habían visto.

Muchos curiosos visitaron después la cueva, pero más de uno sólo para burlarse.

CAPITULO XII

LLEGADA DE LOS MAGOS A JERUSALÉN

Hacia la media tarde del undécimo día, siguiente al nacimiento del Señor, acercábanse a Jerusalén, por el camino de Siquem, los tres magos. Una vez pagado el torrente de Cedrón, cruzábanse ya con mucha gente, y todos, sin excepción, se paraban a mirarles, movidos por la curiosidad.

Judea era paso internacional y hombres de diversos países y razas habían de pisar aquellas tierras; sobre la alta cadena montañosa que la depresión del desierto marcó al Este, y el mar por el Oeste, la Naturaleza había marcado el punto de tránsito entre el Este y el Sur. De los derechos de tránsito provenían todas las riquezas de Jerusalén Aparte de Roma, no había otro lugar donde se pudieran encontrar muchedumbres tan mezcladas y pueblos tan diversos. Y no obstante, los tres viajeros causaban la admiración de quienes les veían.

Uno de los hijos de las mujeres que se hallaban al lado opuesto del camino, palmoteó con alegría, gritando:

—¡Mirad que campanillas tan bonitas! ¡Oh, qué camellos tan grandes!

Los magníficos camellos, de rara blancura, caminaban con gran majestuosidad. Las campanillas de plata y las ricas guarniciones hacían suponer que sus propietarios no carecían de fortuna. No era, sin embargo, las campanillas, los camellos ni el severo continente de los extranjeros lo que más llamaba la atención; lo más singular era la pregunta que, de vez en cuando, hacía el jinete que abría el paso.

Si se llega a Jerusalén por el Norte hay que atravesar un llano que se prolonga en suave pendiente, hasta la puerta de Damasco. Es un camino hondo y estrecho, y de difícil tránsito en ciertos lugares, debido a los peñascos que la lluvia ha dejado al descubierto. En tiempos pasados, extendíanse a ambos lados, verdes campiñas y olivares, que sin duda parecían muy hermosos a los viajeros que acababan de dejar atrás el árido desierto.

Allí se detuvieron los tres forasteros, ante unas mujeres que se hallaban junto a las tumbas de los reyes.

—Decidnos, buena gente —inquirió Baltasar, pasando la mano por su trenzada barba y con una inclinación—, ¿estamos cerca de Jerusalén?

—Sí —repuso la mujer, que sostenía en sus brazos al niño que antes palmeteara y que se había asustado ahora—. Si aquellos árboles que rodean el pozo fueran más bajos, podríais ver las torres de la Plaza del Mercado.

Baltasar dirigió una mirada al griego y al indio, y preguntó de nuevo:

—¿En dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

La mujer, asombrada, se quedó mirando a uno y a otro.

—¿No oísteis hablar de Él?

—No.

—Pues di a cuantos encuentres que nosotros hemos visto su estrella en Oriente y que venimos a adorarle.

Dichas estas palabras, prosiguieron su camino, y a cuantos encontraron les fueron preguntando, siempre con el mismo resultado. Encontraron un grupo de gente que se dirigía a la gruta de Jeremías, que se quedó tan asombrada de la pregunta y del aspecto de los viajeros que, volviendo atrás, los siguió hasta la ciudad.

Iban tan absortos los tres en la idea de su misión, que ni siquiera repararon en el soberbio paisaje que les rodeaba. Primero, el lindo arrabal por el que habrían de cruzar luego Bezeth; hacia su izquierda Mizpah y Olívete, al otro lado del arrabal se alzaban las murallas con sus cuarenta torres altas y sólidas. Hacia la derecha, seguían la misma muralla, formando ángulos y mostrando sus puertas almenadas; allá arriba los tres grandes y blancos edificios: el Faselo, Mariamno y el Hípico; luego venía Sión, el más elevado de los cerros, coronado de palacios de mármol. Igualmente se divisaban los brillantes techos del templo sobre el Moría, considerado como una de las maravillas del mundo.

En cuanto llegaron al pie de la torre, ante la puerta que hoy se llama de Damasco, saludaron al centinela que guardaba la entrada:

—La paz sea contigo —dijo el egipcio con clara voz.

Entretanto, la gente que les seguía formaba un grupo bastante numeroso para llamar la atención de los curiosos y cuando Baltasar hablaba con el centinela los tres se encontraron en el centro de un círculo de gente, ávida por oírles.

—Venimos de remotos países en busca del Rey de los judíos que acaba de nacer. ¿Puedes decirnos dónde está?

El soldado alzó la vista y llamó en alta voz. De una estancia, a la derecha del pasaje, surgió un centurión.

—¡Paso! —gritó éste a la turba que cada vez los oprimía más.

Al parecerle que no obedecían con la rapidez que deseaba, se adelantó haciendo vibrar con tal vigor su jabalina que al momento se abrió Camino.

—¿Qué deseáis? —preguntó a Baltasar en el idioma de la ciudad.

Y Baltasar respondió en el mismo lenguaje:

—¿En dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

—¿Herodes? —preguntó el confundido centurión.

—La majestad de Herodes procede del César; no es a Herodes a quien buscamos.

—Los judíos no tienen otro Rey.

—Nosotros hemos visto brillar su estrella en Oriente y venimos a adorarle.

El romano se mostraba perplejo.

—Id —les dijo al fin—, más lejos. Yo no soy judío. Preguntad a los doctores en el templo o a Anás, el sacerdote, pero mejor aún, a Herodes en persona. Si hay algún otro Rey de los judíos ya cuidará él de buscarlo.

Entonces se les dejó paso a los extranjeros, pero antes de entrar, Baltasar dijo a sus compañeros:

—Ya nos hemos dado a conocer bastante. Esta noche la ciudad entera hablará de nosotros y de nuestra misión. Vayamos al *khan*.

CAPITULO XIII

LOS TESTIGOS ANTE HERODES

Aquella misma tarde varias mujeres estaban lavando, en sus respectivos barreños, sobre la escalera que desciende a la piscina de Siloán, mientras una alegre canción brotaba de los labios de una joven muchacha que iba suministrándoles el agua que necesitaban.

Mientras retorcían y restregaban las ropas, llegaron otras dos mujeres con grandes cántaros vacíos sobre el hombro.

—La paz sea con vosotras —dijo una de ellas.

Interrumpieron su tarea las lavanderas, sentáronse y escurriendo el agua de sus manos, contestaron al saludo:

—La paz sea contigo.

—Ya es casi de noche. Es preciso terminar la tarea.

—El trabajo nunca se acaba.

—Pero hay que descansar y…

—Enterarse de lo que pasa —interrumpió otra.

—¿Sabéis algo nuevo?

—¿Acaso no lo sabéis vosotras?

—No.

—Dicen que ha nacido el Cristo —prosiguió la recién llegada, lanzándose de lleno a su historia.

Los rostros de las lavanderas brillaban de curiosidad y esperaban con interés el desarrollo de la noticia.

Otras que llegaron, descargaron sus cántaros, utilizándolos como asiento.

—¿El Cristo? —preguntaron las mujeres.

—Así lo dicen.

—¿Quiénes?

—Todos; nadie habla de otra cosa.

—Esta tarde han pasado tres hombres el torrente de Cedrón, camino de Siquem —continuó la narradora—. Cada uno de ellos cabalgaba sobre un camello blanco como la nieve y tan grande como nunca se ha visto en Jerusalén.

Los ojos y las bocas de las oyentes se iban abriendo por la sorpresa.

—Habéis de saber —prosiguió—, que debían ser ricos y poderosos, pues iban bajo doseles de seda, tos adornos de sus arneses eran de oro, lo mismo que los flecos de las bridas; las campanillas de plata y formaban una bonita música. Nadie los ha reconocido; según parece vienen desde muy lejos. Sólo hablaba uno de los tres y a todos los que encontraba, fueran mujeres o niños, les hacía la misma pregunta: «¿En dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?». Nadie les daba respuesta clara ni entendían lo que quería decir y así fueron por todas partes diciendo, al despedirse: «Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle». Preguntaron al romano de la puerta y como tampoco sabía nada, los envió a Heredes.

—¿Y en dónde están ahora?

—En el *khan*. Muchas gentes han ido allí a verles y otros muchos irán mañana.

—¿Quiénes son?

—Nadie lo sabe. Dicen que persas; sabios que hablan con las estrellas, profetas quizá, como Elias y Jeremías.

—¿Y qué quieren decir con eso del Rey de los judíos?

—El Cristo que acaba de nacer.

Una de las mujeres se echó a reír y volvió a su trabajo, diciendo:

—Bueno, cuando lo vea lo creeré.

Otra siguió su ejemplo:

—Y yo, cuando vea que resucita a un muerto.

—Hace mucho tiempo —dijo otra—, que ha sido prometido a las gentes. A mí me bastará verle curar un leproso.

En el grupo continuaron las charlas hasta llegar la noche, que, con su soplo helado, las llevó a sus hogares.

* * *

En la primera guardia de aquella noche había gran reunión en el palacio de Monte Sión. La componían unas cincuenta personas que jamás se hallaban

juntas, sino por orden expresa de Herodes, cuando éste deseaba esclarecer algún profundo misterio de la Historia o de la ley de los judíos.

Era una reunión de maestros de los colegios de príncipes, de sacerdotes y de doctores eminentes de la ciudad. Había representantes de las diferentes creencias, los príncipes de los saduceos, los polemistas fariseos y los apacibles filósofos estoicos.

La sesión se celebraba en una habitación que daba a uno de los patios interiores de palacio, muy amplia y de estilo romano. Estaba pavimentada con grandes losas de mármol y las paredes, sin ventana alguna, pintadas al fresco en color amarillo de azafrán. En el centro del salón veíase un diván en forma de U, forrado de paño amarillo claro. En el arco del diván se elevaba un trípode vistosamente incrustado de oro y plata, y sobre él, pendiente del techo, un candelabro con una lámpara encendida en cada uno de sus siete brazos.

Los asistentes se hallaban sentados sobre el diván, según la costumbre oriental, y todos vestidos en traje, uniforme en todo, excepto en el color. Eran, en su mayor parte, hombres de avanzada edad. Largas barbas cubrían sus mejillas, y a su prominente nariz aguileña había que agregar el efecto que producían sus grandes ojos negros, profundamente sombreados por unas cejas salientes. Su continente era severo, digno, casi patriarcal. Era la reunión del Sanedrín.

El que estaba sentado ante el trípode, teniendo a los demás a su derecha y a su izquierda era, sin duda el presidente, un anciano singular; su carne y su piel se habían contraído y arrugado, dándole la apariencia de un espectro. Su blanca túnica, que pendía de sus hombros en muchos pliegues, parecía no cubrir más que un esqueleto. Sus manos, medio ocultas en las mangas de seda a rayas de blanco y rojo, descansaban sobre sus rodillas. Al hablar, levantando a veces su trémula mano, con el dedo índice extendido, daba la impresión de que fuera incapaz de hacer ningún otro ademán. En cambio, la cabeza era soberbia; unos cuantos cabellos, más blancos que la plata, la cubrían en finísimas hebras; su cima era un ancho cráneo cuya piel brillaba a la luz cual bruñido marfil; las sienes estaban profundamente hundidas y la frente se destacaba como una gran cima abrupta. Los Ojos los tenía turbios y sin expresión; la nariz aguileña y comprimida; el mentón desaparecía bajo una barba flotante y venerable como la de Aarón. Así era Hillel, el babilonio[22].

Interrumpido durante largo tiempo el linaje de los profetas, habíanle sucedido ahora, en Israel, una serie de sectarios escolásticos, entre los que era el primero en sapiencia. A la edad de ciento sesenta años aún regía el Gran Colegio.

En una mesa, situada frente a él, veíase un rollo de pergamino, escrito en caracteres hebreos; a su espalda, y esperando órdenes, permanecía un paje ricamente vestido.

En este momento y después de haber discutido largamente, la asamblea había llegado a una conclusión. El venerable Hillel llamó al paje.

—Ve y dile al Rey que estamos dispuestos a darle una respuesta.

El niño salió apresuradamente.

Transcurrido algún tiempo entraron dos centuriones, que se colocaron a ambos lados de la puerta; tras ellos avanzó lentamente un anciano, envuelto en túnica de púrpura, ceñida a la cintura por una taja de hilos finos de oro delicadamente tejidos; las hebillas de sus zapatos brillaban, cuajadas de piedras preciosas; una estrecha corona trabajada en filigrana sobresalía del *tarbush* del más suave terciopelo carmesí. Del tahalí, en vez de pender el sello pendía una daga. Caminaba cojeando y se apoyaba pesadamente en un bastón. Hasta que no llegó a la abertura del diván no se detuvo, ni levantó la mirada del suelo; una vez allí, como si advirtiera por primera vez la presencia de aquellos doctores, se irguió cuanto pudo, dirigiendo en torno suyo una mirada entre altanera y desafiante. Éste era Herodes el Grande, cuerpo quebrantado por las enfermedades conciencia disecada por los crímenes, espíritu capaz de magnas empresas, un alma dotada para hermanarse con los césares; de unos sesenta y cinco años de edad, defendiendo con celo un poder cada vez más despótico, más cruel e inexorable.

Un movimiento general alteró la reunión, y los jóvenes, en prueba de profundo acatamiento, inclináronse respetuosamente, mientras los ancianos permanecían sentados. Después de recibir este saludo, Herodes se acercó al trípode, situado frente al venerable Hillel, que recibió la fría mirada del soberano, inclinando la cabeza y moviendo ligeramente los brazos.

—¡Dadme la respuesta! —exigió Herodes a Hillel.

Levantó la cabeza el patriarca y, mirándole fijamente, con una dulce expresión en sus ojos, repuso, mientras sus colegas le escuchaban con la mayor atención:

—Sea contigo, ¡oh Rey!, la paz de Dios, de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

Parecía dirigir una invocación. Después, cambiando el tono de su voz, dijo:

—Querías saber en qué lugar nacería Cristo.

Hizo el rey una inclinación, sin apartar sus perversos ojos del sabio.

—Eso pregunté.

—En tal caso, ¡oh, Rey!, en nombre mío y en el de todos mis hermanos aquí presentes, te aseguro que ha de ser en Belén de Judea.

Señaló Hillel con trémulos dedos, el pergamino puesto sobre el trípode y continuó:

—Así está escrito por el profeta: «Y tú, Belén, en el país de Judea, no eres la menor entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un gobernante que regirá el pueblo de Israel».

Alteráronse las facciones de Herodes y sus ojos contemplaron el pergamino, pensativamente. Los que le observaban, casi ni osaban respirar. Ni éstos ni el soberano hablaban. Al fin, irguiéndose, abandonó el rey la estancia.

—Hermanos —dijo Hillel—, podéis marchar cuando os plazca.

Levantáronse todos y, en grupos, se fueron marchando.

—Simeón —llamó Hillel.

Y un hombre de unos cincuenta años, con aspecto de vitalidad y vigor, se acercó a él.

—Hijo mío, recoge el pergamino sagrado y enróllalo con cuidado.

Cuando su petición fue obedecida, volvió a decir:

—Voy a mi litera. Dame tu brazo.

Simeón sé agachó para que el anciano pudiese asirse a él con sus escuálidas manos. Hillel se levantó con un esfuerzo y con suma lentitud se encaminó a la puerta. Quien le prestaba su apoyo era su hijo, que le sucedería en ciencia, sapiencia y en la dignidad del cargo.

A altas horas de la noche, los magos, en un sótano del *khan*, todavía permanecían despiertos. Apoyábanse en piedras que les servían de almohadas, manteniéndoles la cabeza en alto, lo que les permitía ver por el arco abierto, las profundidades del cielo.

Mirando las rutilantes estrellas, meditaban sobre la próxima y esperada manifestación divina. ¿Cómo llegaría? ¿En qué habría de consistir? Así estaban pues, cuando la sombra de un hombre interpúsose entre ellos y la claridad que entraba por el arco del sótano.

—Oíd el mensaje que os traigo. Despertad.

Sentáronse los tres en sus lechos.

—¿De quién es ese mensaje? —inquirió el egipcio.

—De Herodes, el Rey.

Los tres sintiéronse sobrecogidos.

—¿No eres tú el guardián del *khan*?

—Sí. Yo soy.

—¿Qué desea el Rey de nosotros?

—Allí fuera está el mensajero que ha enviado. Él os lo dirá.

—Dile que espere, que ahora salimos.

—Teníais razón, ¡oh, hermanos míos! —dijo el griego cuando el guardián se alejó—. La pregunta que hicimos a las gentes en las calles nos ha hecho ya populares. Démonos prisa, que estoy impaciente.

Tras ponerse las sandalias y ceñirse los mantos, salieron.

—La paz sea con vosotros. Os saludo y os pido perdón, pero el Rey, mi señor, ha ordenado que os id vite a Palacio —explicó el mensajero.

A la luz de la lámpara de la entrada, miráronse los magos, conociendo que el Espíritu estaba con ellos. El egipcio, entonces, se acercó al guardián del *khan* y, en voz baja, para que no fuera oída por los otros, le dijo:

En el patio, junto con los camellos que están reposando, se encuentran nuestras cosas. Mientras estemos fuera nosotros, prepáralo todo por si nos es preciso marchar.

—Id tranquilos que yo haré lo que me pides.

—Los deseos del Rey son nuestros deseos —dijo Baltasar al mensajero—. Vamos contigo.

Las calles de la Ciudad Santa, aunque estrechas, no eran tan empinadas ni ásperas como ahora, pues el gran constructor, además de embellecer la ciudad, procuraba la comodidad de sus habitantes.

Tras el guía, caminaban en silencio los tres. Iluminados por la luz de las estrellas, pasaron las murallas y los puentes que unían los tejados e iniciaron la ascensión por la pendiente de una colina. Llegaron a la entrada de una calle, frente a un gran pórtico, 66 y cruzando las arcadas, no siempre alumbradas, llegaron a una amplia galería que les condujo a una alta torre. Detúvose el guía ante una puerta abierta y les dijo:

—Entrad. Ahí está el Rey.

La atmósfera de la estancia estaba sumamente cargada por el derroche de sándalo que se había hecho; los muebles eran de gusto oriental pero afeminados. Sobre el pavimento y cubriendo sólo el espacio central, había una espesa alfombra, y encima de ella se alzaba el trono. Los visitantes apenas tuvieron tiempo para echar una ojeada a la sala, donde se veían divanes y otomanas esculpidos y dorados, grandes abanicos y ricos jarrones, instrumentos de música de extrañas formas, valiosos candelabros y pinturas al fresco, reproduciendo, al estilo de la voluptuosa Grecia, escenas que habrían hecho cubrirse los ojos a un fariseo.

Sentado en el trono y con el mismo vestido que antes estuviera en el Sanedrín, Herodes parecía magnífico y soberano.

Los tres se prosternaron al llegar a la alfombra. El Rey hizo sonar una campanilla y mandó al servidor que se presentó, poner tres asientos frente al trono.

—Sentaos —dijo el monarca benévolamente—. De la puerta del Norte he recibido un informe esta tarde sobre la llegada de tres extranjeros que parecen venir de lejanas tierras. ¿Sois vosotros esos hombres?

El egipcio miró al griego y al indio y respondió tras profunda zalema:

—Si otros fueran, ¿habría el poderoso Herodes enviado a buscarnos? Nosotros somos esos hombres.

Herodes hizo un ademán con la mano y prosiguió:

—¿Quién sois? ¿De dónde venís? —y añadió—: Que cada uno hable sólo de él.

Fueron explicando, cada cual por su parte, a que país pertenecían y qué ruta habían seguido, pero sin añadir nada de particular interés… …

Algo contrariado, Herodes inquirió más directamente:

—¿Qué le preguntasteis al centurión en la puerta?

—Le preguntamos: «¿En dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?».

—Ahora comprendo la curiosidad del pueblo, pues la mía no es menor. ¿Hay, acaso, otro rey de los judíos?

El egipcio dijo sin titubear:

—Acaba de nacer.

Una dolorosa expresión frunció la oscura fisonomía del monarca, como si un recuerdo perturbador le atormentara.

Quizá la idea del asesinato de los inocentes niños flotaba en su conciencia, mas recobrándose preguntó severamente:

—¿En dónde se halla el nuevo Rey?

—Eso es lo que nosotros preguntamos, señor.

—Decid cuanto sepáis y os honraré como un rey honra a otro rey; pero provocáis mi asombro y me ofrecéis un enigma más oscuro que los de Salomón. No os burléis de mi curiosidad; hablad y os ayudaré a buscar a ese recién nacido, y cuando lo hayamos encontrado, haré lo que queráis; lo traeré a Jerusalén y lo instruiré en el arte de gobernar e influiré cerca del César para que lo adopte. Juro que no habrán celos en mí. Pero decidme, ¿cómo estando tan alejados unos de otros habéis oído a la vez hablar de Él?

—Yo te lo diré, ¡oh, rey!

—Habla.

—Hay un Dios omnipotente —dijo Baltasar solemnemente.

Herodes estaba visiblemente sobresaltado.

Él fue quien nos impulsó a venir, prometiéndonos que encontraríamos al Redentor del Mundo, que le habríamos de ver y adorar dando testimonio de su ^venida y como anuncio de su promesa nos permitió ver una estrella. Su espíritu nos ha guiado, su espíritu aún está con nosotros.

La mirada penetrante de Herodes fue rápidamente de uno a otro, lleno de sospechas y más desconfiado que nunca.

—¿Acaso os burláis de mí? —dijo—. Si no, decidme: ¿Con qué objeto viene el nuevo Rey?

—Viene para salvar a los hombres.

—¿Salvarlos? ¿De qué?

—De su propia maldad.

—¿De qué forma?

—Por medio de la fe, el amor y las buenas obras.

—Entonces —dijo Herodes haciendo una breve pausa—, entonces sois vosotros heraldos de Cristo, ¿no es así?

—Somos sus siervos, señor.

Hizo sonar una campanilla el monarca y dijo al criado que apareció:

—Los regalos.

El criado volvió al cabo de unos momentos y arrodillándose ante los tres huéspedes, dio a cada uno un manto escarlata azul y un cinturón de oro. Aceptaron los tres dones y dieron las gracias, haciendo genuflexiones al uso de Oriente.

—Una palabra aún —dijo Herodes levantando la mano—. Habéis dicho, hace un momento, que visteis una estrella en el Este.

—Sí —contestó Baltasar—. La estrella del recién nacido.

—¿Cuándo volverá a aparecer?

—Cuando se nos invite a ir en busca del Niño.

Herodes se levantó, dando a entender que había terminado la audiencia. Bajó del trono y avanzando hacia ellos, dijo gentilmente:

—Si como creo, ¡oh ilustres varones!, sois heraldos del Cristo que acaba de nacer sabed que he consultado esta noche a los judíos más sabios y me han dicho que vendrá al mundo en Belén de Judea. Yo os digo: id allá y buscad con diligencia al Niño y cuando lo hayáis encontrado, traedme la noticia a fin de que pueda ir yo a adorarle. No encontraréis obstáculos en vuestro viaje. ¡La paz sea con vosotros!

Y recogiéndose el manto, abandonó la estancia.

El guía les condujo a la calle por el mismo camino que habían recorrido a la ida, y de allí al *khan*. Cuando llegaron, exclamó el griego sin poder contenerse:

—¡Hermanos! Vayamos a Belén como el rey nos ha ordenado.

—Sí —dijo el indio—. El Espíritu arde en mí.

—Y en mí —respondió Baltasar con igual ardor—. Los camellos están listos.

Dijeron algunos regalos al guardián, montaron en sus cabalgaduras, pidieron la dirección de la puerta de la Jaffa y partieron.

Las grandes hojas de encina se abrieron, prontamente y los tres salieron al campo por el mismo camino que antes siguieran José y María. Subieron por el Hinnon y cuando llegaron al llano de Rephaim, se les apareció una luz, al principio difusa, que hizo latir sus corazones con violencia: luego, la claridad se acrecentó rápidamente, al extremo de tener que cerrar los ojos ante el esplendoroso fulgor. Cuando se atrevieron a mirar de nuevo, vieron una estrella semejante a cualquier otra, pero mucho más baja, que avanzaba delante de ellos. Los tres juntaron sus manos, mientras sus almas se regocijaban hasta lo indecible.

—¡Dios está con nosotros! —repetían por todo el camino, siguiendo a la estrella que se remontó más allá del Mar de Elías y se detuvo, al fin, en la vertiente del cerro más próximo a la ciudad.

CAPITULO XIV

LOS MAGOS ENCUENTRAN AL NIÑO

Empezaba a vislumbrarse la aurora en el firmamento. El vigilante guardián que estaba en el terrado del *khan*, tiritaba de frío, mientras escuchaba atentamente los ruidos, esos rumores que anuncian el despertar del día, saludando a la alborada. De pronto, divisó una luz que desde la cima del cerro se acercaba. Al principio creyó que alguien traía una antorcha enarbolada, luego pensó que era un meteoro, pero se intensificó tanto su brillo que al fin comprendió que era una estrella. Atemorizado, dio grandes voces y pronto estuvieron a su lado todos los que se encontraban en el *khan*. «Aquello» continuaba avanzando de un modo insólito, inundando de fulgurante blancura las rocas, los árboles y el camino, pero llegó un momento en que el brillo se hizo deslumbrador.

Los tímidos, cayendo de rodillas, oraban con la faz en tierra; los atrevidos, cubriéndose los ojos, echaban, de vez en cuando, una ojeada temerosa.

Durante algún tiempo, el *khan* y sus contornos permanecieron bañados por aquella irresistible luz. El que se atrevió a contemplar la estrella vio que se cernía precisamente sobre la cueva donde el Niño había nacido.

LIBRO SEGUNDO

Hay un fuego y una tensión que impide.
que el alma se amolde a hallar en su estrecha.
morada y ta hace aspirar a algo más.
de lo que los sentidos pueden desear.
Ese fuego inextinguible, una vez encendido.
se recrea en un porvenir mas sano.
y no le causa ya, más que el reposo.

CHILDE HAROLD.

CAPITULO I

JERUSALÉN BAJO EL DOMINIO ROMANO

Transcurrieron veintiún años. Valerio Graco, cuarto gobernador imperial de Judea, hacía poco que ejercía su cargo. Fue aquel período de la Historia, recordado como el más turbulento de las agitaciones políticas en Jerusalén y la época en que se inició, realmente, la lucha definitiva entre judíos y romanos.

Muchos cambios había experimentado Judea, pero ninguno la había afectado tanto como las variaciones de su situación política. El primer año del nacimiento de Cristo murió Herodes el Grande, tan miserablemente, que el mundo cristiano opina, no carente de razón, que cayó sobre él la cólera divina.

Ambicionando fundar una dinastía, tuvo la idea de dividir el territorio, para sus hijos, en tres sectores, y dio uno a Antipas, otro a Filipo y otro a Arquelao, dejando el título de rey a este último. Augusto sancionó el testamento, ratificando sus disposiciones, excepto una: privó del título de rey a Arquelao, mientras no diese pruebas de capacidad y sumisión, confiriéndole, en cambio, el cargo de *etnarca* durante nueve años; al fin, por su mala conducta y escasa habilidad para reprimir las turbulencias que crecían a su alrededor, fue desterrado a la Galia.

Luego, el César humilló al pueblo de Jerusalén y redujo la Judea a provincia romana, agregándola a la prefectura de Siria, La ciudad fue gobernada por un oficial de segundo grado que se comunicaba con la corte imperial, por mediación del legado de Siria, residente en Antioquía. Cesárea fue la capital de su gobierno, y Samaría la ciudad más despreciada de los judíos, fue agregada a Judea como parte de la misma provincia.

En medio de estas pesadumbres, sólo quedaba al pueblo caído el consuelo de ver que el Gran Sacerdote ocupaba aún el palacio de Herodes en la Plaza

del Mercado. El procurador había reivindicado para sí el derecho de pronunciar las sentencias de muerte, y la justicia era administrada en nombre y conforme a las leyes de Roma. Sin embargo, a los que soñaban en la futura libertad de su patria aún les quedaba la pequeña satisfacción de que el jefe nominal de palacio fuera un judío. Su presencia les recordaba cada día los antiguos pactos con Jehová y las promesas de los profetas; aquella época en que Dios gobernaba al pueblo por medio de los hijos de Aarón. Con esta esperanza y dominando su impaciencia, ansiaban la llegada del Hijo de Judá, que sería su libertador.

Durante el largo período en que Judea fue provincia romana, los Césares pudieron conocer la idiosincrasia de este pueblo y convencerse de que los judíos, con todo su orgullo, podían ser fácilmente gobernados si se respetaba su religión. Siguiendo esta política, los predecesores de Graco se habían abstenido cuidadosamente de intervenir en las sagradas ceremonias del culto de sus súbditos. No obstante, el primer acto oficial del nuevo gobernador, fue deponer a Anas del Sumo Sacerdocio, dando esta dignidad a Ismael, hijo de Fabo.

Si esta decisión provenía directamente de Augusto o simplemente de Graco, el caso fue que procedió muy a la ligera y con poco tacto. Pocas palabras sobre el asunto ilustrarán para comprender estos hechos.

Había en Judea dos partidos políticos: uno, el de los nobles o saduceos, y otro el de los separatistas, o partido popular. A la muerte de Herodes se unieron ambos, contra Arquelao y éste fue depuesto. A la caída de Arquelao le sucedió el Sumo Sacerdote Joazar; y entonces los nobles eligieron al hijo de Set, Anás, rompiendo esta elección el pacto de los dos partidos aliados.

Los nobles, hábilmente, se unieron a Roma para derribar al etnarca sugiriendo a César la idea de convertir Judea en provincia romana. Este hecho exasperó a los separatistas, y cuando Samaría fue agregada a la nueva provincia, el partido de los nobles cayó en minoría, pero con la llegada de Valerio Graco consiguieron mantenerse dueños del Palacio y del Templo durante quince años.

Anás, el líder del partido, usó el poder fielmente en interés de su imperial aliado. La guarnición de Torre Antonia, el juez, la guardia de Palacio, la tributación que esquilmaba la ciudad y el campo… todo era romano.

El pueblo, explotado, pronto aprendió la diferencia que hay entre la vida independiente y un estado de sumisión, pero a pesar de todo, Anás mantuvo a pueblo en relativa quietud y fue amigo incondicional: de Roma. Después de

entregar las insignias sacerdotales a Ismael, se pasó a los conciliábulos de los separatistas, poniéndose a su cabeza.

Graco, el procurador, se quedó así, aislado, sin partido que lo apoyara, viendo como el rescoldo que durante quince años había permanecido entre cenizas, empezaba a avivarse con tanto y tan buenos combustibles. Un mes después de entrar Ismael en funciones juzgaron los romanos oportuno ir a visitarles a Jerusalén.

Los judíos, al verles desde las murallas, les insultaban y silbaban, pero una vez entraron por la puerta Norte hacia la Torre Antonia, comprendieron, ya muy tarde, el propósito principal de la visita. Ahora, el procurador podría imponer su autoridad.

CAPÍTULO II

BEN-HUR Y MESALA

Dos muchachos, uno de diecinueve años y el otro de diecisiete, aproximadamente, estaban sentados conversando animadamente, sin cuidarse del sol abrasador que hacía irrespirable la atmósfera aquel mediodía de mediados de julio.

A su alrededor había frondosas alamedas, alfombras de césped, bosquecillos de arbustos, palmeras, algarrobos, albaricoqueros y nogales. Eran los jardines del palacio de Monte Sión.

A los dos se les podía considerar bellos, tenían los ojos y el cabello negro; casi parecían hermanos. El mayor llevaba la cabeza al descubierto. Una túnica suelta hasta las rodillas y un manto azul claro componían toda su indumentaria. Los brazos y las piernas, de un color tan atezado como la cara, los llevaba descubiertos. Cierta gracia en sus maneras, cierta finura en sus facciones y el culto lenguaje en que se expresaba revelaban su rango. La túnica, de la más fina lana estaba franjeada de rojo en la fimbria, en el cuello y en las cortas mangas, y ceñida a la cintura por un cordón de seda con borlas a sus extremos. Su aspecto delataba a un romano, y si en medio de su diálogo dirigía alguna vez una mirada altiva a su compañero, casi podía excusarse, pues pertenecía a una familia, notable aún en la misma Roma, circunstancia que en aquella época justificaba toda arrogancia.

Un Mésala había sido amigo y partidario de Bruto durante las luchas entre el primer César y sus enemigos, pero después de la batalla de Filipos[23], sin sacrificar su honor, se había reconciliado con el conquistador. Más tarde, cuando Octavio luchaba por alcanzar el Imperio, Mésala le apoyó y el augusto emperador no olvidó este servicio, por lo cual colmó a la familia Mésala de honores. Al ser reducida Judea a provincia romana, envió al hijo de su compañero de armas a Jerusalén como administrador de los impuestos, y en

tal concepto compartió el Palacio con el Sumo Sacerdote. El joven de qué hablamos era precisamente su hijo, cuyo orgullo se cimentaba en conservar las relaciones estrechas entre su abuelo y los grandes personajes de la época y en jactarse de ellas.

El compañero del joven Mésala era más delicado en su estructura. Vestía de suave lino blanco, al uso ordinario en Jerusalén. Un lienzo, sujeto por un cordón amarillo, ceñido alrededor de sus sienes, cubría u cabeza, cayendo suelto hasta la mitad de la espalda. Un conocedor de razas, al estudiar sus facciones, pronto hubiera descubierto un individuo de pura sangre hebrea. La frente del romano era alta y estrecha, la nariz delgada y aguileña los labios finos, rectos, y los ojos hundidos. La frente del israelita, en cambio, era inclinada y ancha; la nariz larga, con aletas muy dilatadas; el labio superior ligeramente saliente sobre el inferior, más corto y a manera de arco de Cupido; estos rasgos, agregados a un mentón redondo con hoyuelo, ojos algo salientes y mejillas regordencas de vivo color, daban a su rostro esa suavidad severa y esa belleza peculiares a su raza. La gracia del romano era grave y sobria y la del judío óptima y voluptuosa.

—¿No decías que el nuevo procurador ha de llegar mañana? —inquirió el más joven de los dos en lengua griega, que era entonces la más corriente y preferida en los círculos ilustrados de Judea.

—Sí, mañana —repuso Mésala.

—¿Quién te ha informado?

—Se lo decía a mi padre ayer, en Palacio, Ismael, el nuevo gobernador, o Sumo Sacerdote, como vosotros le llamáis. Si lo supiera sólo por un egipcio, esa raza que ha olvidado lo que es la verdad, o por un idumeo, que nunca supo lo que era, no le daría gran crédito, pero un centurión de la Torre me ha dicho que estaban haciendo preparativos para recibirle. Se están reparando algunos departamentos deshabitados para alojar a la guarnición que escoltará al gran hombre. Los armeros se encargan de bruñir los cascos y escudos y volver a dorar las águilas y globos.

El joven dio la respuesta matizada de una finísima ironía, imposible de describir en toda su extensión. Hay que recordar que el respeto hacia los dioses había dejado de ser una cualidad romana o al menos, ya no estaba de moda; si alguien conservaba cierto hábito religioso, eran los sacerdotes que encontraban en el templo su único medio de vida y los poetas que hacían a menudo mención de las divinidades en sus versos. La sátira se enseñoreaba de los sentimientos de la fe y la piedad del mismo modo, que la religión había sido sustituida por la filosofía. Para el latino era, ahora, la ironía como la sal

para los alimentos y el aroma para el vino. Por ello, Mésala, educado en Roma de dónde había vuelto poco tiempo antes, había adquirido ese hábito y modo de pensar. Hablaba de una manera lánguida y pausada, entornaba los párpados y dilataba las aletas de la nariz, cuando quería dar una impresión de infinita indiferencia, deseando que para el oyente no pasara desapercibido el virus de sus epigramas mordaces.

La alusión que el joven hiciera respecto al egipcio y al idumeo hicieron enrojecer al judío, que distraído y en silencio, miraba la laguna.

—¿Recuerdas que fue en este jardín donde nos despedimos? «Que la paz del Señor sea siempre contigo», fueron tus últimas palabras. Y yo te respondí: «Los dioses te conserven». ¿Cuántos años hace de esto?

—Cinco —repuso el judío, continuando con su obstinada observación del agua.

—Tú tienes motivos de agradecimiento a… ¿A quién diría? ¿Al Señor o a los dioses? Lo mismo da. El caso es que eres muy apuesto. En Grecia te llamarían hermoso. ¡Feliz edad! Si para Júpiter fue bastante un Ganimedes[24], ¡qué gran copero serías tú para el emperador! Y dime, Judá, ¿por qué te interesa tanto la venida del procurador?

La grave y reflexiva mirada de los ojos del judío, clavóse en el romano, mientras respondió:

—Me acuerdo de nuestra despedida hace cinco años. Al verte marchar a Roma, lloré, porque te quería. Ahora has vuelto más gallardo y hermoso… No, no me burlo. Pero yo… Yo preferiría que fueses el Mésala de entonces.

Una vibración de su nariz, alteró ligeramente el semblante del latino que, lentamente, como quien atiende a sus propias palabras, contestó:

—Me equivoqué. Más que con Ganimedes, debí compararte con un oráculo. Puedes tomar lecciones de mi maestro de retórica y Delfos[25] te recibirá como al propio Apolo. La Pitia[26], al conjuro de tu voz, descendería de su trípode y te otorgaría su corona… Hablemos en serio, amigo mío. ¿En qué consiste mi cambio? Escuché una vez al lógico más grande del mundo. Recuerdo que, disertando «Sobre la Discusión», nos aconsejó: «Intentad comprender a vuestro antagonista antes de responderle». Yo estoy tratando de entender tus palabras.

Su cínica mirada envolvió al israelita que, aunque enrojeciendo, repuso con firmeza.

—Has adquirido mucha habilidad y conocimientos y te vales de ellos, ya lo veo. Tus palabras parecen las de un maestro, pero llevan siempre un

aguijón. Cuando marchaste, Mésala, no tenías ese poder venenoso y hubieras sido incapaz de herir los sentimientos de un amigo.

La sonrisa del romano parecía ser de agradecimiento a una lisonja; echó hacia atrás su cabeza y pronunció estas palabras:

—Deja ese tono de oráculo, ¡oh solemne Judá! y hablemos con sencillez que no estamos en Dodona o Delfos. ¿Quieres decirme es qué te he ofendido?

Suspiró el aludido, mientras jugueteaba con el cordón que pendía de su cintura.

—Yo también he aprendido alguna cosa. Quizá Hillel no sea comparable al gran lógico que tú escuchaste y Simeón[27] y Shammai puede que no lleguen a la altura de tu maestro de retórica, pero en cambio la sabiduría de mis maestros sigue los caminos lícitos, Quienes se sientan a sus pies adquieren grandes conocimientos sobre Dios, la ley y el patriotismo, lo que da como resultado el amor y la reverencia a sus doctrinas. Mis pobres estudios me han enseñado que Judea no es lo que antaño. Es grande la diferencia entre un país independiente y la pequeña provincia que es ahora. No sería comparable ni a un samaritano, si no comprendiera la degradación de mi patria. Ismael no es Sumo Sacerdote de acuerdo con la ley, mas es justo. Es un creyente como los que desde hace miles de años sirven al Señor de nuestra fe. Su…

Con una amarga sonrisa, Mésala le interrumpió.

—¡Ah! Ya te entiendo. Para ti, Ismael es un usurpador y, no obstante, el que yo crea a un idumeo más que a él te ha dolido como si hubieras recibido un dardo emponzoñado o te hubiera mordido un basilisco. ¡Por vida del borracho, hijo de Sémele[28]! ¡A lo que llegáis los judíos! Todo cambia, incluso los cielos y la tierra, menos Judea. Para vosotros no hay regresión ni progreso. Sois lo que fueron vuestros progenitores. ¿Ves este círculo que trazo en la arena? Pues dime, ¿es algo más que esto la vida del judío? Un pequeño círculo sin salida alguna. Aquí Abrahán, Issac y Jacob allí y Dios en el centro. Y este círculo resulta aún demasiado ancho…

Calló unos momentos, mientras trazaba otro círculo más pequeño, utilizando el pulgar como eje.

—Mira. Donde tengo el pulgar es el lugar del Templo y los dedos Judea. ¿Hay algo fuera de este pequeño círculo que tenga algún valor? ¿Las artes, por ejemplo…? Heredes era constructor y por eso se le consideró maldito. ¿La pintura o la escultura…? ¡Pero si el hecho de contemplar sus obras ya es pecado! ¿La poesía? Sólo la dedicáis a Dios. ¿Quién aspira a la elocuencia en otro sitio que no sea la Sinagoga? Guerreando, cuanto hubieses ganado en los

seis días de una semana lo perdéis en el séptimo. Ésa es vuestra vida. ¿Quién me condenará si me burlo de vosotros? ¿En qué puede compararse vuestro Dios a nuestro Júpiter que nos presta sus águilas y ha puesto en nuestras manos a todo el universo? Qué importancia tiene Hillel, Simeón, Shammai o Abtalión, al lado de los maestros que enseñan cómo cosa baladí, lo más ignorado.

Judá se puso en pie con las mejillas encendidas de indignación y vergüenza.

—No. No te muevas. Espera —gritó Mésala con la mano extendida como para detenerle.

—¡Te estás burlando de mí!

—Aún he de decirte otra cosa —dijo el romano con burlona sonrisa— y el mismo Júpiter, con toda su familia, vendrá, según su costumbre, a dar un final ostentoso a mi discurso. No olvidaré nunca tu buena voluntad al venir a darme la bienvenida para reanudar la amistad de nuestra infancia… si puede ser. Mi maestro, en su última lección, nos dijo: «Id y engrandeced vuestra vida. Y no olvidéis que Marte impera y Eros ha recuperado sus ojos». Con eso nos dio a entender que la tuerza lo es todo y el amor no tiene valor alguno. La virtud es una mercancía Cleopatra, como venganza póstuma, legó sus sortilegios y ahora, cada hogar romano es un digno sucesor de ella. Todos seguimos el camino que Roma traza y nuestro lema es: ¡Abajo Eros! ¡Viva Marte! Yo seré soldado, pero a ti. Judá, te compadezco. ¿Qué puedes ser tú?

El judío pudo darse cuenta de que Mésala medía cuidadosamente sus palabras.

—Sí, hermoso Judá. Eres digno de lástima. Del Colegio a la Sinagoga; después al Templo, luego un puesto en el Sanedrín. ¡Qué glorioso porvenir! Una vida sin accidentes. ¡Que los dioses se apiaden de ti…! Yo en cambio…

Judá advirtió que el orgullo inflamaba el rostro del romano.

—Yo… ¡El mundo aún no está conquistado por completo! Todavía hay islas desconocidas y naciones en el Norte, en las que nuestras legiones no han entrado. Alguien ha de acabar la gloriosa expedición de Alejandro al Extremo Oriente. Tales son los horizontes que puede vislumbrar un romano.

Tras una pausa, siguió, con lánguida entonación:

—Una campaña en Escitia[29]… otra en África… Y luego ¡una legión! Ésa suele ser la coronación de todas las carreras. Pero para mí no ha de ser así. ¡Por Júpiter! Nada me disgustaría cambiar mi legión por una prefectura. Piensa en lo que es la vida en Roma y comprenderás por qué sueño yo en esa vida. ¡Oro, mujeres, el vino, el juego y el deseo insaciable! Con una buena

prefectura podría saciar esa aspiración. Judea es rica y Antioquía una capital digna de los dioses. Pienso suceder a Cirenio. Tú participarás de mi fortuna.

Estas ideas, vinculadas por lo visto a la propia sangre de los romanos, eran aprobadas por los sofistas y retóricos que instruían a los jóvenes patricios. Mas para el judío, acostumbrado a las plásticas solemnes, era aquello muy nuevo y opuesto a su modo de pensar. Su raza era enemiga de la sátira y la ironía.

Por ello, mientras escuchaba al romano, se agitaban en su interior encontrados sentimientos, indignándose unas veces y vacilando otras. El aire de superioridad que su amigo adoptaba ofendióle al principio, llegando a convertirse en tormento insoportable. Estaba muy próximo a la cólera que el satírico sabía provocar por diversos motivos. Para el judío de la época herodiana el patriotismo era una pasión casi salvaje que ocultaba bajo una aparente humildad, pero que estaba tan relacionado con su Dios, su religión y su historia que si alguien se burlaba de sus sentimientos se exaltaba hasta lo indecible.

Por tal motivo las palabras de Mésala atormentaban a su oyente, que dijo con una forzada sonrisa:

—Dicen que algunos hacen escarnio de su propio porvenir, pero gracias a ti, me he convencido de que yo no soy uno de ésos.

Mirándole atentamente, repuso el romano:

—¿No crees posible hallar la verdad en una chanza, tanto como en una parábola? Una vez que la gran Fulvia[30] fue a pescar sacó más peces que ninguno de los que la acompañaban y ellos se consolaron diciendo que el anzuelo de ella era dorado.

—Entonces, ¿no lo decías por mera chanza?

—Querido Judá, ahora veo que no te ofrecí bastante —contestó el romano —. Cuando yo sea prefecto en Judea para enriquecerme, te haré, te haré… ¡Sumo Sacerdote!

El judío se alejó lleno de cólera.

—No te vayas —dijo Mésala.

El otro se detuvo, irresoluto.

—¡Dioses! ¡Cómo quema el sol! Pongámonos a la sombra.

Judá respondió fríamente:

—Mejor haríamos en separarnos. ¡Ojalá no hubiera venido! Buscaba a un amigo y encuentro un…

—Un romano —terminó Mésala vivamente.

Las manos del judío crispáronse con rabia, pero dominándose, partió. Mésala recogió su manto, se lo echó sobre sus hombros y le siguió; cuando estuvo a su lado, le dijo, colocándole la mano sobre el hombro:

—Así íbamos cuando éramos niños, por este camino y con mi mano sobre tu hombro. Déjame ir así hasta la puerta.

Mésala hacía evidentes esfuerzos para aparecer grave y afectuoso, pero en su fisonomía seguía su gesto habitual de ironía.

Judá toleraba aquella familiaridad.

—Tú eres un niño. Yo soy un hombre; permite que te hable como tal.

La benevolencia del romano era tan sólo soberbia. Mentor, dando lecciones a Telémaco[31], no debió mostrar tanta suficiencia.

—¿Crees en las Parcas? ¡Ah! Olvidaba que eres saduceo. Los esenios son gentes más sencillas; al menos creen en las tres hermanas, lo mismo que yo. Durante toda nuestra vida nos acechan por el camino que creemos recorrer libremente. Voy adonde me llaman mis apetitos. ¡Por Pólux! En el momento en que creo tener el mundo en mis manos siento detrás el chirrido de sus tijeras. Me vuelvo, y allí está la maldita Atropos[32]… Pero, Judá, ¿por qué te exasperas cuando hablo de suceder al viejo Cirenio? Supones que pretendo enriquecerme saqueando Judea. Bueno, como quieras. Cualquier otro romano lo habría hecho. ¿Por qué no he de hacerlo yo?

Judá acortó el paso.

—Judea ha tenido muchos dominadores extranjeros anteriores al romano. ¿En dónde están hoy? Mi patria los ha sobrevivido. Lo mismo os sucederá a vosotros.

Mésala recobró su tono irónico.

—Las Parcas tienen creyentes fuera de los esenios. ¡Enhorabuena, Judá! ¡Bien venido seas a mi fe!

—No, Mésala; no me encuentro entre ellos. Mi fe es tan firme como la roca que asentó la fe de mis padres más allá de Abrahán, sobre los pactos de Nuestro Señor Dios de Israel.

—¡Demasiado fuego, Judá, demasiado apasionamiento! ¡Cómo me hubiera reprendido mi maestro si llego a incurrir en semejante vehemencia! Tenía otras cosas que decirte, pero ya no me atrevo.

Anduvieron algunos pasos en silencio y el romano continuó:

—Creo que aún me puedes oír, tanto más que sólo a ti concierne cuanto tengo que decirte. Deseo serte útil, deseo servirte con toda mi buena voluntad. Te quiero… cuanto yo puedo querer. Dije que aspiraba a ser soldado. ¿Por qué no serlo tú también? ¿Por qué no salir del estrecho círculo que, como he

demostrado antes, es todo lo que permiten a un alma ambiciosa vuestras leyes y costumbres?

Ben-Hur guardó silencio.

—¿Quiénes son los sabios actuales? —siguió Mésala—. No los que desperdician su vida discutiendo sobre cosas muertas: Baal, Júpiter o Jehová, o sobre filosofías y religiones. Cítame algún personaje célebre; no importa de dónde sea; de Egipto, Roma, Oriente o de aquí mismo, de Jerusalén ¡Que Plutón me lleve si encuentras un hombre célebre que haya ganado su fama con el material que ofrecen la fe y la religión y que no se haya burlado de las creencias del rebaño humano! ¿Quién era Heredes? ¿Quiénes los Macabeos? ¿Quiénes el primer y el segundo César? Dedícate a imitarlos desde ahora. Roma te prestará su ayuda como se la prestó al idumeo Antipater.

Temblando de ira, él israelita apretó el paso, deseando alcanzar la cercana puerta del jardín y escapar.

—¡Oh! ¡Roma, Roma! —musitó.

—Actúa con cordura —aconsejó Mésala—. Olvida las viejas tonterías de Moisés y de la tradición y mira las cosas como son en realidad. Si te atreves a mirar a las Parcas cara a cara, comprenderás que el mundo es Roma. Si las preguntas por Judea te responderán que no es más que lo que Roma quiere que sea.

Estaban, ya ante la puerta de la ciudad. Judá se detuvo para desprenderse suavemente de la mano que se apoyaba en su hombro. Cuando miró a Mésala las lágrimas nublaban sus pupilas.

—Yo te comprendo, aunque soy israelita, pero tú no puedes entenderme porque eres romano. Me has ofendido tanto que creo que ya no podremos volver a ser amigos como, antes. La paz del Dios de mis padres quede contigo.

Aunque Mésala le tendió la mano, Judá traspuso la puerta sin estrechársela.

El romano permaneció pensativo un rato, viéndole marchar; después atravesó la entrada de la ciudad, diciéndose orgullosamente:

—*¡Eros ha muerto! ¡Marte impera!*

CAPITULO III

UN HOGAR JUDÍO

De la entrada a la Ciudad Santa que hoy llamamos Puerta de San Esteban, partía hacia el Oeste una calle paralela a la fachada norte de la Torre Antonia; luego, a la altura del valle del Tiropeión, volvía hacia el sur y recobraba su dirección primitiva, pasada la Puerta del Juicio. Al poco torcía bruscamente hacia el Sur.

El camino descrito es parte de lo que hoy conocemos por el nombre de Vía Dolorosa, que tiene para un cristiano más interés que cualquier otra calle del mundo.

En el ángulo de dicha calle, últimamente mencionado, se levantaba un edificio de dos fachadas, una al Norte y otra al Oeste y compuesto por dos pisos, como la mayoría de las construcciones orientales de cierta categoría. Su apariencia era grosera e imperfecta, pero sólida e imponente. Estaba construida con grandes sillares sin labrar y un crítico actual la habría juzgado fortaleza, de no ser por las ventanas y por sus delicados ornamentos.

Cuatro ventanas daban al Occidente y dos al Norte. Las puertas del piso bajo estaban tan reforzadas por clavos y chapas de hierro que parecían preparadas para resistir los arietes de guerra. La parte superior quedaba rematada por cornisas de hierro, artísticamente trabajadas. Los bien informados aseguraban que era la morada de un saduceo rico.

Poco después de separarse del romano, el joven hebreo detúvose ante la puerta de la fachada Oeste de dicha casa. Uno de los postigos de la puerta se abrió y el muchacho entró apresuradamente. Atravesó una estrecha galería de techo artesonado y paredes divididas en paneles. A los lados veíanse bancos de piedra sucios y lustrosos por el uso. Desembocaba la galería en un patio central cuadrangular. El piso bajo estaba dividido en *lewens* o habitaciones y el superior estaba rodeado por una sólida balaustrada. Las idas y venidas de

los criados por las galerías, el ruido de las piedras de moler el grano, las ropas puestas a secar, los pollos y palomas que correteaban libremente, las cabras, vacas, burros y caballos en los sótanos y el enorme depósito de agua, daban a entender que aquella parte de la casa estaba dedicada a la servidumbre. Un muro la separaba de la parte oriental a la que se entraba por una galería igual que la primera.

Atravesando este segundo pasillo, penetró el joven en otro patio cuadrado y espacioso, lleno de arbustos y parras, que debían su verdor y hermosura a la fuente cercana al porche del lado norte. Los *lewens* aquí, eran altos y ventilados y protegidos de la luz por cortinas rayadas en rojo y blanco. Los arcos de estos departamentos se apoyaban en hacecillos de columnas. Una escalera conducía a los terrados del piso superior, sobre los cuales se extendían grandes toldos. Desde estas azoteas, una escalera llevaba al tejado, cuyos aleros estaban ornados por una cornisa y una barandilla de pequeñas losas hexagonales de vivo color rojo.

La más escrupulosa limpieza se observaba en todas partes. Ni una brizna, ni una hoja amarilla en las plantas hacía desmerecer el delicioso conjunto. Él ambiente fresco y oloroso denotaba el gusto refinado de la familia que allí vivía.

Tomando un sendero de la derecha, lleno de flores, llegó el joven a la escalera y subió a la galería, pavimentada con grandes losas blancas muy desgastadas. Atravesando la galería, llegó a una puerta que daba paso a una habitación. Después de entrar en ella corrió la cortina y la estancia quedó en la sombra. El muchacho se tendió en un diván boca abajo, con la frente apoyada en los brazos cruzados.

Al oscurecer llamaron a la puerta. Judá respondió y entró una mujer.

—Ya es de noche y tú no has cenado. ¿No tienes apetito, hijo mío?

—No —repuso él.

—¿Es que estás enfermo?

—No. Tengo sueño.

—Tu madre me ha preguntado por ti.

—¿En dónde está?

—En la azotea. En las habitaciones de verano.

—Tráeme algo de comer —pidió el muchacho, incorporándose en el diván.

—¿Qué te apetece?

—Lo que tú prefieras, Amrá. Estoy un poco indispuesto, aunque no enfermo. Ya no me parece la vida tan hermosa como esta mañana. Tú que me

conoces bien, sabrás lo que me hace falta para una pequeña indisposición. Tráeme lo que tú creas conveniente. Alimentos, medicinas o ambas cosas juntas.

La conversación entre ambos por el tono de voz y la solicitud de la mujer, demostraba que les unía un tierno afecto. Amrá tocó la frente al muchacho y se alejó, satisfecha, diciendo:

—Voy a ver.

Volvió al poco con una gran bandeja en la que llevaba leche, bollos de pan blanco, una delicada pasta de trigo, ave cocida, miel y sal; un vaso de plata lleno de vino y una lámpara de bronce encendida.

A la' luz de dicha lámpara se podía apreciar la estancia. El estucado de las paredes era suave y brillante y el techo estaba sostenido por vigas ennegrecidas por el tiempo y la humedad; las losas hexagonales del suelo, azules y blancas, muy unidas y resistentes. Su mobiliario consistía en unas cuantas sillas, de patas rematadas en formas de garras de león, un diván torrado en paño azul y cubierto, en parte por una gran manta de lana blanca. Era, en fin, un elegante dormitorio hebreo.

Dejó Amrá la bandeja sobre una silla, qué acercó al diván y se arrodilló junto al joven, dispuesta a servirle. Era una mujer de unos cincuenta años, de tez oscura y ojos negros en los que ahora resplandecía una mirada casi maternal. Se cubría la cabeza con un turbante blanco que, dejándola al descubierto las orejas permitía ver el signo de su condición: un agujero hecho con una gruesa lezna. Se trata de una esclava egipcia que ni en el año sagrado, el quincuagésimo, había obtenido la libertad, libertad que desde luego no habría aceptado por no abandonar al muchacho a quien servía Ella le crió y atendió en la infancia y había de llegar Judá a hombre sin que para Amrá fuese más que un niño.

Él la habló una vez, mientras comía.

—Querida Amrá, ¿te acuerdas de Mésala, aquel amigo que hace años, solía venir, a verme?

—Claro que me acuerdo.

—Se marchó a Roma hace tiempo y ahora ha regresado. Hoy he ido a verle —mientras hablaba, el muchacho se estremeció de pesar.

—Adivino que te ha sucedido algo con él —Amrá mostraba gran interés por la explicación—. Nunca me agradó Mésala. Cuéntame, cuéntame.

Mas Judá, abstraído, no la oía y hubo de repetir a pregunta varias veces para que la contestase:

—Ha cambiado tanto que ya no volveré a tratar con él.

Cuando la esclava se llevó la bandeja también él alió a la azotea.

En todos los países el clima gobierna sus costumbres. En Siria, el que puede buscar su bienestar físico a la hora matutina de calor abrasador, busca efugio en las alcobas o *lewens* en las que nunca penetra el sol y al llegar la noche sale a la azotea, ésta sirve lo mismo de lugar de recreo, como de dormitorio, tocador y punto de reunión de la familia. Es decir, que allí se habla, se baila, se sueña y se reza, disfrutando, a la vez, del estrellado cielo y la frescura nocturna.

Por el mismo motivo que el occidental que ha de aportar inviernos rigurosos, se esfuerza en la decoración del interior de sus viviendas, el oriental embellece particularmente la parte superior de sus casas.

Judá atravesó la azotea a paso lento hasta llegar a una torre que se alzaba en el ángulo noroeste del palacio. Levantó una cortina y penetró. Junto a una de las ventanas, tendida sobre un diván, se advertía una figura de mujer que se reclinaba en una almohada. Al oír los pasos del muchacho dejó de abanicarse se incorporó, llamándole:

—¡Judá, hijo mío!

—Ya voy, madre.

Cuando llegó al lado de su madre se arrodilló a su lado y ella le abrazó y besó oprimiéndole contra su corazón.

CAPITULO IV

LAS COSAS DESCONOCIDAS QUE BEN-HUR HA DE SABER

Volvió a reclinarse la madre sobre el diván y él sentóse a su lado, apoyando la cabeza en el seno de ella Miraron ambos a través de la ventana, contemplando los terrados vecinos y en la lejanía la negra barrera de las montañas, bajo el estrellado cielo. Reinaba el silencio. Sólo se oía él siseo del viento.

—Según me ha dicho Amrá te ha sucedido algo —dijo la madre, acariciándole—. Mientras mi Judá fue niño he hecho lo posible por evitarle disgustos, pero ahora es ya un mozo y no debe olvidar que ha de ser mi héroe algún día.

Prenunció las últimas palabras con un tono dulcísimo, se expresaba con una corrección olvidada casi por el pueblo. Los israelitas de noble estirpe conservaban con todo cariño la pureza de su idioma, deseando diferenciarse por completo de los gentiles. Era la lengua en que la amada Rebeca y la tierna Raquel cantaron a Benjamín.

Al oír a su madre, el muchacho volvió a sumirse en honda reflexión; luego, oprimiendo la mano en que ella sostenía el abanico, explicó:

—Madre mía, hoy me han hecho pensar en cosas que nunca se me habían ocurrido. Te ruego que me digas qué he de ser.

—¿Tú? ¿Pero no te lo he dicho? Tú serás mi héroe.

Aunque la oscuridad le impedía ver el rostro de su madre, comprendió Judá que le estaba hablando en tono de cariñosa chanza.

—¡Qué buena eres conmigo, madre mía! Nadie me quiere como tú —díjola, besando su mano repetidamente. Creo que sé por qué no has querido contestar en serio a mi pregunta. ¡Con cuanta dulzura has sabido dirigirme, mientras mi vida te ha pertenecido por completo! Yo querría que esto pudiese

durar siempre, pero no puede ser, porque Dios ha dispuesto que un día yo sea dueño de mí mismo y ha de llegar el triste momento de la separación. Hemos de ser animosos y hablar en serio. Deseo ser tu héroe, pero tú me has de indicar el camino. La ley ordena que todo hijo de Israel tenga una ocupación. Yo soy israelita y por eso pregunto: ¿tengo que guardar mis ovejas y cultivar la tierra o ser escriba o abogado…? ¿A qué debo dedicarme? Respóndeme, madre mía.

—¿Ha dado hoy Gamaliel[33] su lección pública? —inquirió la madre, mientras reflexionaba.

—Yo no le he oído. No lo sé.

—¿Es que estuviste paseando con Simeón? Dicen que ha heredado la inteligencia de la familia.

—Tampoco he visto a Simeón. Fui a la plaza del Mercado, no al Templo. He ido a ver al joven Mésala.

La madre advirtió el cambio de tono en la voz de su hijo y un presentimiento aceleró los latidos de su corazón. Dejó de abanicarse.

—¿Y qué pudo decirte Mésala para preocuparte así?

—Ha cambiado mucho.

—¿Es que se ha hecho un buen romano?

—Sí.

—¡Romano! —exclamó ella, hablando consigo misma—. Ese nombre es para todos sinónimo de dominador. ¿Ha estado fuera mucho tiempo?

—Cinco años.

Alzó ella la cabeza, observando la profunda oscuridad de la noche.

—Para Alejandría o Babilonia no resulta mal la atmósfera del Foto, pero nuestra Jerusalén sigue siendo la morada de Jehová.

Y pensando en esto, permaneció un rato meditabunda. Por fin, dijo Judá:

—¡Oh madre mía, no sabes las cosas que ha dicho Mésala! Las palabras, aunque duras, no lo han sido tanto como su tono y maneras. Ha sido insoportable.

Me hago cargo, hijo, porque en Roma tanto poetas, como oradores, senadores y cortesanos, se esfuerzan por afectar lo que ellos llaman sátira.

—Me parece que todo gran pueblo es orgulloso, pero el orgullo del pueblo romano no es comparable a nada. Ha llegado a tanto su poder que ni a los mismos dioses respeta.

—¿Cómo va a respetar a los dioses si más de un romano ha reclamado para sí honores divinos?

—No cabe duda de que Mésala ha absorbido bien esa doctrina llena de soberbia. De niño ya se burló, a veces, de algunos a quienes recibió Herodes con grandes honores, pero al menos respetaba la Judea. Pero hoy se ha burlado delante de mí de nuestras costumbres y de Dios. Yo me he marchado en seguida de su lado, como sé que tú me hubieses aconsejado, pero ahora querría saber, madre mía, si ese romano tiene algún fundamento para despreciarnos así. ¿En qué soy inferior a él? Nuestro pueblo no es menos digno que el suyo. ¿Por qué habría de sentir yo, ni aun en presencia del mismo César, el temor del esclavo? ¿Crees tú que teniendo un alma y una voluntad no puedo alcanzar los honores del mundo en todas las esferas? Si siento pasión por la guerra nada ha de impedirme que empuñe la espada. ¿No habría de saber ensalzar lo bello si me sintiese llamado por las musas? Lo mismo que puedo ser forjador de metales, pastor o comerciante, podría ser artista como un griego o un romano. ¿Sabes, madre mía, lo que me aflige? Que no comprendo por qué un hijo de Israel no puede hacer lo mismo que un romano.

Irguióse la madre y con voz vehemente y sonora, sintiendo en su corazón la ofensa que el hijo había recibido, le repuso:

—Si Mésala no se hubiera marchado habría llegado a ser un prosélito, pues de niño era casi judío. ¡Influye tanto en los hombres el ambiente que nos rodea…! Pero esos cinco años de ausencia le han transformado por, completo. No me extraña tal cambio, pero confío en que te habrá tratado con miramiento. Es triste pensar que un joven sea tan malvado que llegue a olvidar los afectos de la infancia.

Sus manos acariciaron la frente del muchacho y los dedos se hundieron en los cabellos, mientras sus ojos contemplaban las estrellas. Sentía la ofensa recibida por el hijo, más que si hubiera sido dirigida a ella. Había de darle una respuesta, pero la detenía el temor de que aquella respuesta pudiera desalentar su espíritu joven e impresionable. Había que evitar que el muchacho aceptase, ni un solo instante, su inferioridad, pues en tal caso su porvenir quedaría deshecho. Titubeaba, dudosa de sus facultades persuasivas.

—Tu pregunta, Judá, no puede resolverla una mujer. Si te parece lo dejaremos para mañana. Veré al sabio Simeón…

—No me hagas ir a él, madre.

—Le pediré que venga aquí.

—Yo no deseo más que una simple respuesta que nadie mejor que tú puede darme. Tú, madre mía, puede hacer algo que él no podría. Sólo tú puedes dar el valor y el aliento a mi alma.

Dirigió ella una ojeada al estrellado firmamento, intentando medir todo el alcance de la cuestión.

—Sería absurdo que no hiciéramos justicia al prójimo, cuando la pedimos para nosotros y tener en poco el valor del enemigo que nos oprime, sería, además, menospreciar nuestra victoria. Y si ese enemigo sabe mantenernos a raya o vencernos —siguió tras una Vacilación— el respeto a nosotros mismos nos hace buscar una explicación a tal desgracia, que no sea la de nuestra vileza o cobardía.

Parecía que más que con su hijo, hablase con ella misma.

—¡Animo, Judá! La familia Mésala es ilustre desde hace varias generaciones. En los lejanos tiempos de la República romana sus hombres se distinguieron tanto guerreando unos, como gobernando otros. Recuerdo que uno de ellos fue cónsul. Se afirma que su origen es tan antiguo como la fundación de Roma. Y no obstante, si tu amigo alardeaba esta tarde de ascendencia antigua, tú pudiste humillarle, hablándole de la tuya.

Hizo una pausa para reflexionar, antes de decir:

—La antigüedad constituye en gran parte, la nobleza de las familias. Un romano, comparándose, en este aspecto, con un israelita, tendría que darse siempre por vencido; el romano de origen más noble no puede hablar de una ascendencia anterior a la fundación de Roma y todas sus pruebas no pasan de pertenecer a la mera tradición oral. Veamos, ahora, nosotros.

De haber estado algo iluminada la estancia, Judá se habría dado cuenta que el orgullo de raza inflamaba el rostro de su madre.

—Nosotros, sin la menor jactancia, podríamos aceptar el reto de cualquier romano en cuanto a la pureza del linaje. —Las palabras siguientes sonaron más suaves, alterada su voz por un dulce recuerdo—. Hace tiempo, ¡oh querido Judá!, que tu padre descansa junto a sus mayores, pero aún recuerdo como si fuese hoy, el día en que él y yo, con nuestra familia, te presentamos en el Templo al Señor. Sacrificamos palomas; yo di tu nombre al sacerdote y él escribió delante de mí: «Judá, hijo de Ithamar, de la casa de Hur». En el registro tu nombre quedó inscrito en un libro destinado a perpetuar los recuerdos de las santas familias. No sé desde cuando existe tal costumbre, pero antes de la salida de Egipto ya se hacía así. Dice Hillel que Abraham fue el primero que empezó este registro, inscribiendo su propio nombre y el de sus hijos, movido por las promesas del Señor, que les separó de las demás razas y les hizo los más nobles, los más altos, los elegidos de la tierra. El pacto de Dios con Jacob tuvo el mismo efecto. «En tu semilla serán bendecidos todos los pueblos de la tierra»; así dijo el ángel a Abraham en el

lugar de Jehová Jired. «Y la tierra donde descanses te la daré a ti y a toda tu descendencia», dijo el Señor mismo a Jacob en un sueño que tuvo junto a Betel, en el camino de Harán. Cuando más tarde procuraron los ancianos hacer un reparto justo de la tierra de promisión, a fin de que el día de la división se supiese quién era el titular de cada porción, instituyeron el Libro de las Generaciones, aunque no con este objeto solamente. La promesa de una bendición de todas las gentes por medio del patriarca se extendía a toda su descendencia. Un sólo nombre se mencionaba en cada familia en conexión con esa bendición; y para que apareciera claro en el futuro, y pudieran dar la gloria a quien perteneciera, era preciso conservarlo con absoluta certeza en los sagrados archivos.

—¿Es ese registro absolutamente cierto?

—Hillel dice que si y mejor que él no lo sabe nadie. Nuestro pueblo descuidó a veces la observancia de la ley en alguna de sus partes, pero jamás en este punto. El Libro de las Generaciones ha continuado durante tres períodos: desde las promesas hasta la erección del Templo; de éste hasta la Cautividad, y de la Cautividad al presente. Sólo en una ocasión se interrumpieron estos registros y fue al final del segundo período; pero cuando la Nación volvió del largo destierro, Zorobabel[34] restauró los Santos Libros que permitían remontar los linajes de las familias judías, sin interrupción alguna, hasta dos mil años antes. Ahora…

La madre hizo una pausa como si quisiera permitir al hijo formarse una idea de la magnitud de la.

—Ahora —prosiguió—, ¿a qué se reducen las lactancias de las familias romanas sobre su sangre depurada por las edades? Por este testimonio, los hijos de Israel que guardaban los rebaños del viejo Rephaim, eran ya más nobles que los últimos descendientes de la «gens». Marcia.

—Y yo, madre ¿quién soy según los Libros?

—Todo lo que te he dicho es una preparación para que puedas comprender tu propio origen. Si Mésala estuviera aquí, quizá objetaría que las genealogías quedaron interrumpidas cuando los asirios tomaron Jerusalén y devastaron el Templo con todos sus preciosos depósitos; pero nosotros podemos alegar la piadosa diligencia de Zorobabel, que los restauró, y oponer a nuestra vez que todas las genealogías romanas no llegan más allá de la toma de Roma por los bárbaros de Occidente que acamparon seis meses sobre sus ruinas. ¿Conservó la República esas genealogías? Si es así, ¿qué fue de ellas en tan horribles días? No, no: es en nuestros Libros de las Generaciones donde reposa la certeza, y remontándonos a la cautividad, y ascendiendo

luego hasta la construcción del Templo, llegando por fin, a la salida de Egipto, tenemos la absoluta certeza de que tú procedes en línea recta de Hur, el compañero de Josué. En materia, pues, de descendencia santificada por el tiempo, ¿no es perfecta nuestra nobleza? ¿Quieres ir aún más lejos? Toma el Torá y busca en el libro de los Números; en las setenta y dos generaciones después de Adán puedes encontrar el progenitor mismo de tu casa.

Tras una pausa, el joven dijo:

—Te doy las gracias, ¡oh madre mía!, te las doy con todo mi corazón. Ya ves cómo tenía razón en no acudir al buen rector; él no hubiera podido satisfacerme mejor que tú. Mas para hacer noble una familia, ¿es suficiente, acaso, el tiempo?

—¡Ah! Olvidas lo principal; nuestras pretensiones no descansan meramente en el tiempo; la gloria especial está en la preferencia que nos ha demostrado el Señor.

—Hablas de nuestra raza, y yo, madre, te pregunto por la familia; nuestra familia. En las edades transcurridas desde el padre Abraham, ¿qué ha hecho? ¿Qué grandes empresas pueden elevarse sobre el nivel de las demás?

Ella titubeó. La información que él buscaba debía servir para algo más que para satisfacer su vanidad herida.

—Presiento —dijo ella dándole unos golpecitos en las mejillas— que cuarto he dicho ha sido en vano, y que he luchado con una antagonista, más que real, imaginario. Si es realmente Mésala el enemigo, déjame que le combata a la luz. Cuenta lo que te ha dicho.

CAPITULO V

ISRAEL Y ROMA

El joven refirió su conversación con Mésala, especialmente el menosprecio que éste sentía hacia los judíos, sus costumbres y su Dios.

La madre escuchaba sin interrumpirle, procurando dar su valor efectivo a los hechos. Judá fue al Palacio atraído por el afecto hacia el camarada de la infancia, al que se figuraba encontrar como cinco años atrás. Pero encontró a un hombre que en vez de las inocentes alegrías de la infancia le habló del futuro, de las riquezas, del poder y de los placeres. Inconsciente de sus sentimientos, Judá se retiró, herido en su orgullo y tocado en su ambición; pero ella, madre celosa, lo había visto claro, y sintióse temerosa del sesgo que pudiese tomar aquello. ¿Qué sucedería si la ambición le arrastraba lejos de la fe patriarcal? Sólo tenía un camino para impedir las derivaciones nefastas, y lo emprendió resueltamente. Su amor maternal la ayudó en tal grado que sus palabras adquirieron severidad casi varonil y a ratos, fervor altamente poético.

—Nunca hubo pueblo que se creyera inferior a otro pueblo y cada nación se ha tenido siempre por única y señora entre todas las demás. Cuando Roma mira a Israel y se burla de nosotros, no hace sino repetir la antigua locura del egipcio, del asirio y del macedonio y como su risa es contra Dios, el resultado siempre es el mismo.

Su voz adquirió más firmeza.

—No hay ley que pueda medir la superioridad o vaha de una nación, por ello es inútil vanidad disputar sobre ello. El pueblo que hoy se levanta y sigue una gloriosa carrera, puede morir mañana, naturalmente o a manos de otro pueblo que, ocupando su lugar, le sucede en el poder y en sus monumentos inscribe nuevos nombres. La historia es así. Yo simbolizaría a Dios y al hombre de esta manera: Trazaría una línea recta sobre un círculo; la recta representa a Dios, pues sólo Él se mueve siempre en Enea recta, y el círculo

es la imagen del hombre y sus progresos. No es que quiera medir a todas las naciones por el mismo rasero, pues no hay dos que sean iguales, pero la diferencia entre ellas no está en la amplitud del círculo que describen o del espacio de tierra que abarcan, sino en la esfera de su acción, que es siempre más alta, cuanto más inmediata a Dios. Y no es difícil medir el radio de acción en que se desenvuelva cada pueblo. El medio más fácil es observar la vida cotidiana de las gentes. Y partiendo de esta base, se puede asegurar que, si Israel ha olvidado a veces a Dios, el romano no lo ha conocido jamás, Por tanto, entre ellos no hay punto de comparación. Por lo visto tu amigo insinuaba que no tenemos poetas, artistas, ni guerreros, negando, pues, que contemos con grandes hombres, que es como negar la grandeza de una nación. Un gran hombre, hijo mío, prueba con su vida haber sido reconocido por Dios. Un persa castigó la falta de fe de nuestros padres, haciéndolos cautivos; otro persa devolvió a sus hijos a Tierra Santa; pero más grande que ellos fue el macedonio, por quien fue vengada la desolación del Templo y de Judea. La prerrogativa especial de los hombres consiste en que el Señor les elija para un objeto divino y no es menor su gloria, aunque sean gentiles. Está muy extendida la idea de que la ocupación más noble del hombre es dedicarse a guerrear y que la grandeza está en relación con el número y la importancia de las batallas ganadas, mas, aunque todo el mundo comparta tal idea, no hemos de dejarnos engañar por las apariencias. Es ley natural que todos creamos en algo superior e incomprensible para nosotros. El bárbaro ora cuando siente miedo y dirige sus súplicas a la fuerza, única cualidad divina que él puede concebir con claridad; por eso deifican a sus héroes. Los primeros que antepusieron la sabiduría a la fuerza fueron los griegos; de ahí su gloria inmortal. El orador y el filósofo eran, en Atenas, más reverenciados que los guerreros. Aún cuando éstos, según sus cualidades físicas podían ser los ídolos de la arena, la inmortalidad sólo era alcanzada por el cantor más melodioso. Siete ciudades se disputaron el honor de haber sido cuna de cierto poeta. ¿Pero han sido los griegos los primeros en negar las viejas creencias de los bárbaros? No Juan querido. Esa gloria nos fue reservada a nosotros. Contra la brutalidad, nuestros padres erigieron a Dios; el lamento del miedo fue sustituido por el salmo y el hosanna. De este modo el hebreo y el griego habrían llevado a la humanidad un progreso indefinido. Pero, desgraciadamente el gobierno del mundo, presupone la guerra, y, debido a ellas, el romano nos ha impuesto a sus Césares, que son los dueños de todo poder, pero también la negación de toda grandeza. El genio tuvo su período floreciente bajo la dominación griega. ¡Cuántos pensadores hubo en aquella

época de libertad…! Toda grandeza tenía su justa recompensa, alcanzándose la plenitud en las artes. Y hasta en eso han querido imitarles los romanos. Cuanto un romano pueda decir sobre moral, metafísica o física o es un plagio, o viene de una escuela griega. Hasta el acento imitan. ¿En qué puede alardear Roma de originalidad, exceptuando las guerras? Los juegos y espectáculos son de invención griega, teñidos con sangre para satisfacer la ferocidad de la plebe. Su religión, si así puede llamarse, está basada en las creencias de diversos pueblos. Cuantos dioses venera son los del Olimpo. Únicamente Israel puede disputar la superioridad al griego y la palma de genio original. El romano ignora voluntariamente las cualidades de los demás pueblos y a su paso la tierra se estremece. Confieso con dolor que nosotros, como los demás, también hemos caído. Todos los cargos, hasta el más santo, son para ellos; pero… ¿cuál será el final? Judea puede quedar aplastada como entre yunque y martillo y Jerusalén devorada. Mas la gloria de los hombres de Israel perdurará siempre, como luz en los cielos, por encima del alcance del tirano, porque su historia es la de Dios y Dios es su legislador y Rey. Quién más de una vez habló a los hombres para indicarles lo que es justo, cuál el camino de la sabiduría y el modo de llevar una vida santa. ¿Cómo puede ser, hijo querido, que aquéllos con quienes así departía Jehová, no hayan ganado su divina gracia? Sus cualidades humanas, ¿no habrán adquirido algo de sublime y divino y su genio no será algo celestial?

Cuando calló la mujer, tan sólo el vaivén del abanico interrumpía el silencio reinante.

—Es verdad que Israel no ha tenido ningún artista en la pintura y la escultura —añadió.

Reconoció aquello, no sin cierta añoranza, pues ella pertenecía a los saduceos, cuya fe, distinta en esto a los fariseos, no condenaba el amor a lo bello en todas sus manifestaciones y cualquiera que fuese su origen.

—Mas deben hacernos justicia —prosiguió— recordando que nuestra habilidad manual está reprimida por la prohibición: «No concebirás en ti imagen ninguna, ni la grabarás a semejanza de nadie», que el Sopherim[35] extendió más allá de su tiempo. Tampoco debían olvidar que dos israelitas, Bezaleel y Aholiab[36], constructores del primer tabernáculo demostraron habilidad para todos los oficios e hicieron los dos querubines del Arco mucho antes de que Dédalo[37] apareciese en Ática. ¿Habrá quien niegue que aquellos querubines eran bellos? Eran estatuas de oro macizo, de forma divina y humana al mismo tiempo… «Y tendrán extendidas sus atas en alto… y sus

caras se mirarán una a otra». ¿Habrá quien niegue que fueron las primeras esculturas?

—¡Oh! Ahora comprendo por qué nos aventajaron los griegos —exclamó Judá, que había escuchado con sumo interés—. ¡Malditos babilonios que destruyeron el Arca…!

—Ten fe, Judá. Nadie destruyó el Arca. Se extravió y quizá está oculta en las entrañas de alguna montaña. Hillel y Shammai aseguran que cuando llegue el tiempo del Señor se encontrará y será traída de nuevo para que Israel dance ante ella como en aquellos tiempos. Quienes entonces puedan ver a los querubines, aun cuando hayan contemplado la faz de Minerva, de Fidias[38], se extasiarán, admirando la obra del genio de nuestra raza, que se halla aletargada desde hace años.

El entusiasmo le había hecho adoptar el tono conciso y vehemente de un buen orador. Hizo, entonces, una pausa para recobrarse.

—¡Qué buena eres, madre mía! —el acento del muchacho rebosaba gratitud—. No me cansaría nunca de escucharte. Ni Shammai, ni Hillel pueden hablar mejor. Ahora ya sé que soy un verdadero hijo de Israel.

—¡Eres un adulador! ¿Es que no sabes que me he limitado a repetir lo que Hillel dijo en mi presencia a un sofista de Roma?

—Pero la vehemencia y el calor con que te explicas son espontáneos.

Recobrando su seriedad, siguió la madre:

—¿En dónde estaba? ¡Ah, sí! Hablaba de la habilidad con qué hicieron los querubines nuestros antepasados, para los cuales reclamaba el honor de las primeras esculturas. Y su obra fue más que arte, porque revelaba grandeza. Yo suelo representarme a los grandes hombres, marchando a través de los siglos en grupos separados, según sus nacionalidades; el indio aquí, más allá el egipcio, luego el asirio… y sobre ellos hermosos estandartes y la música de los clarines. Y todas las generaciones, desde el principio del mundo, a derecha e izquierda en reverente expectación. El griego dice, orgulloso: «Mirad a la Hélade abriendo la marcha», y el romano replica: «Apartad. Nosotros venimos a ocupar vuestro puesto». Mas desde las más remotas generaciones hasta lo más ignoto del porvenir flota una luz esplendorosa, por la que todos se sienten arrastrados eternamente. Es la luz de la revelación. ¡La luz que siempre ha existido para el pueblo judío! ¡Bienaventurados tres veces nuestros padres, servidores de Dios y siempre fieles a Él! Vosotros sois los guías de la humanidad, a vosotros os corresponde la vanguardia y nunca perderéis vuestro puesto, aunque cada romano fuese un Cesar.

—Prosigue, te lo ruego —dijo Judá, muy excitado, hablando a gritos a su madre—. Me parece oír las panderetas y espero ver aparecer a Mana, la profetisa y a las demás mujeres danzando tras ella.

Sugestionada la madre por la idea del muchacho.

—Si eres capaz de oír la pandereta de la profetisa, también serás capaz de hacer lo que voy a Pedirte. Con la imaginación puedes ver desfilar a los elegidos de Israel; primero los patriarcas, luego los ancianos de las tribus. ¿No oyes las campanillas de sus camellos y la algarabía de los rebaños? ¿Ves a aquel que va solo entre tanta gente? Es un anciano, pero sus ojos son tan vivos y ardientes como los de un joven. Fué guerrero, poeta, legislador y profeta; su grandeza lo embarga todo como el sol del mediodía que ahoga cualquier otra luz. El más grande de los Césares es sólo polvo si se le compara con él. ¡Este hombre vio al Señor cara a cara! Tras él van los jueces; luego los reyes, el hijo de Jessé, héroe en la guerra y cantor; y después su hijo, que gracias a su riqueza y sabiduría hizo habitable el desierto, poblándolo de ciudades. Salomón no olvidó nunca que el Señor había elegido Jerusalén para su morada terrena. ¡Arrodíllate hijo mío! Los que ahora veo llevan el rostro levantado hacia el cielo, como si oyeran una voz. Tuvieron una vida llena de pesadumbre. Entre ellos se oye a una mujer que dice: «¡Cantad al Señor porque triunfó gloriosamente!». Hunde tu frente en el polvo ante ellos. Supieron leer el porvenir a través de los cielos y lo revelaron y lo dejaron escrito para que fuera manifestado por el tiempo; fueron lenguas de Dios. Estos profetas hacían palidecer a los reyes y las naciones temblaban al conjuro de su voz; eran obedecidos pollos elementos, tenían en sus manos lo mismo la plaga asoladora que un sinnúmero de dichas. ¡Observa al Tisbita[39] y su criado Elisá! ¿Ves al triste hijo de Hilkia[40]? ¡Mírale ahora, absorto en sus visiones, en la ribera del Chebar! Y ésos son los tres hijos de Judá que se negaron a adorar al babilonio. Y aquél es quien confundió a los astrólogos en el banquete de los mil. ¡Vuelve a besar el polvo, hijo mío, que aquél es el tierno Amós, que prometió al pueblo la venida del Mesías!

Cesó la madre de abanicarse y se oscureció el tono de su voz:

—Debes de estar cansado.

—No, madre. Ahora escuchaba el nuevo cántico de Israel.

—He procurado presentar a tus ojos, de la manera más clara, a nuestros grandes hombres: patriarcas, legisladores, guerreros, cantores y profetas. Volviendo la vista a Roma, coloquemos al César frente a Moisés y a Tarquino[41] frente a David; pon a los cónsules más eminentes ante los jueces;

¿se puede comparar a Augusto con Salomón? Recuerda a los gloriosos profetas…

Una burlona sonrisa iluminó su rostro.

—Olvidaba al adivino que previno al César contra los idus de marzo. ¿Te lo imaginas observando los auspicios y presagios funestos en el interior de un pollo…? Contempla a Elisá en el camino de Samaría, entre los humeantes cuerpos de los capitanes y sus cincuenta, anunciando al hijo de Ahab la cólera de Dios. Y por último, si ello no hubiera de representar una irreverencia, ¿cómo podríamos comparar a Jehová y a Júpiter más que por las obras de sus siervos…? Respecto a lo que tú habrás de dedicarte…

Sus últimas palabras fueron lentas y el acento inseguro.

—Cuanto debes hacer, hijo mío, es servir al Señor, Dios de Israel y nunca a Roma. No existe la gloria para un israelita más que en los caminos del Señor. En ellos encontrarás glorias inmensas.

—En ese caso, ¿puedo ser soldado? —inquirió Judá.

—Si nunca has de servir al César, sino únicamente al Señor, tienes mi permiso.

Demostró el muchacho su aprobación por aquel requisito. Luego, lentamente, fue apoderándose de él el sueño.

Entonces la madre se puso en pie, colocó un almohadón bajo la cabeza del que dormía, y tras besarlo con ternura, abandonó el aposento.

CAPITULO VI

EL ACCIDENTE DE GRACO

Es cierto que lo mismo mueren los buenos que los malos, mas nuestra fe nos dice del bueno que: «No importa porque ha de abrir los ojos en el cielo». Y lo que más puede parecerse a esta imagen de la muerte es despertar de un sueño sano y profundo, con conciencia plena de una vida feliz, llena de luz, música y colores.

Cuando despertó Judá, el sol estaba ya muy alto. Bandadas de palomas surcaban el aire y hacia el Oeste se erguía el Templo como una aparición dorada, sobresaliendo en el horizonte azul. Para el muchacho era aquello tan familiar que no hizo sino echarles una ojeada. Sentada en el mismo diván ocupado por él, una niña que apenas contaría quince años, tocaba con donaire la nabla que apoyaba en sus rodillas. Al mismo tiempo cantaba.

No despiertes, mas óyeme, amor mío.
Flotante sobre un piélago de ensueños.
Intenta tu espíritu escucharme.
No despiertes, mas óyeme, amor mío.
Un don del sueño, el dios del reposo.
Te traigo en bellos ensueños.
No despiertes, mas óyeme, amor mío.
En el mundo ideal de los ensueños.
Tú puedes escoger el más divino.
Escoge, pues, y duerme, amor mío.
Mas pon cuidado en tu elección.
De no ser que prefieras soñar conmigo.

Al finalizar esta estrofa dejó el instrumento, cruzó sus manos sobre el regazo, y aguardó a que él, que la había escuchado con deleite, le hablase.

Hagamos una pausa para conocer algunos pormenores de esta familia.

La magnanimidad de Herodes había enriquecido a muchas familias. Cuando a dicha riqueza podía añadirse una genealogía aristócrata, procedente de los famosos patriarcas o cabeza de familias judías, en particular de la tribu de Judá, podía considerarse al agraciado como príncipe de Jerusalén, cuya distinción le bastaba para atraer los homenajes de sus conciudadanos y el de los gentiles con quienes se había de relacionar para el comercio o trato social.

A esta nobleza judía perteneció el padre de Judá, que fue uno de los más respetados y considerados. Sin olvidar su nacionalidad, sirvió lealmente a Herodes, prestándole servicios tanto en el interior del país, como en las regiones apartadas. Enviado por el rey a cumplir importantes misiones, estuvo en Roma, donde atrajo la atención de Augusto, que se esforzó por ganar su amistad. Por ello, en su casa veíanse por todas partes objetos valiosos que habrían satisfecho la vanidad de un rey: pretextas de púrpura, sillones de marfil, páteras de oro, cuyo principal valor estaba en la mano de quien provenía, que lo había regalado como prueba de consideración y aprecio. Quien tales cosas poseía había de ser rico.

Aceptó la ley que le abría un camino, y en vez de uno encontró muchos medios de enriquecerse. Centenares de pastores le reconocían por dueño. Fundó casas de comercio en muchas ciudades; sus buques traían plata de España, cuyas minas eran entonces las más ricas, y dos veces al año llegaban sus caravanas de Oriente cargadas de telas de seda y especias. Fiel a su fe hebrea, su puesto en la sinagoga y en el templo era bien conocido; estaba muy versado en las Escrituras y se deleitaba en el trato con los maestros de los colegios, llevando su respeto por Hillel hasta el más alto grado de veneración, casi de culto; sin embargo no era en ningún sentido separatista, su hospitalidad se extendía, pródiga, a los extranjeros de todos los países. Los fariseos llegaron a acusarle de admitir a su mesa hasta a los samaritanos. El mundo habría oído hablar de él como un rival de Herodes Ático si hubiera sido un gentil. Sea como fuere, pereció en alta mar unos diez años antes de estos acontecimientos, en la flor de su vida y fue llorado en toda Judea. Conocemos a la viuda y a su hijo, ahora conoceremos a su hija:

Se llamaba Tirza y era de facciones semejantes a su hermano, con el mismo encanto infantil e inocente expresión. Una sencilla camisa abotonada sobre el hombro derecho, que pasaba muy floja sobre el pecho y bajo el brazo izquierdo, a la espalda, cubría apenas su busto desde la cintura, dejando sus

brazos enteramente al descubierto. Un cinturón recogía los pliegues de esta túnica, marcando el principio de la falda. El tocado era de buen gusto y sencillo: un gorro de seda color púrpura de Tiro, y sobre éste una banda rayada de la misma clase, bellamente bordada y recogida en pequeños pliegues, que terminaba en una borla pendiente por la espalda. Ostentaba anillos en los dedos y arracadas en las orejas, todo ello de oro. Un collar del mismo metal le rodeaba el cuello, guarneciéndolo con una especie de red de delicadas cadenillas, al extremo de cada una de las cuales pendía una perla. Llevaba pintado el borde de sus párpados y las puntas de los dedos. El cabello estaba recogido en dos largas trenzas que pendían por la espalda y dos graciosos bucles adornaban sus mejillas. Toda ella era un conjunto de gracia, finura y belleza.

—Muy bien, Tirza, muy bonito —dijo Judá alegremente.

—¿El canto?

—El canto y la cantora. Posee toda la delicada fantasía de una canción griega. ¿Quién te la ha enseñado?

—¿Te acuerdas del griego que cantó en el teatro el mes pasado? Dicen que solía cantar en la corte para Herodes y Salomé. Salió a escena cuando el teatro estaba lleno de voces y ruido, pero a la primera nota todo quedó en silencio. De él aprendí la canción.

—Pero él cantó en griego.

—Y yo en hebreo.

—Estoy orgulloso de mi hermanita. ¿Sabes alguna otra linda canción?

—Muchas. Pero no hablemos ahora de eso. Me envía Amrá para que te diga que no te muevas de aquí, pues te traerá el almuerzo. Te cree enfermo. Según parece ayer te ocurrió alguna terrible desgracia: ¿qué era? Dímelo y ayudaré a curarte. Amrá conoce todas las curas de los egipcios; caría bastante estúpida a mi juicio, pero yo tengo muchas recetas de los árabes que…

—Que son aún, más estúpidas que las de los egipcios —le interrumpió el hermano.

—¿Crees tú? Entonces —replicó sin casi hacer pausa y llevando la mano a su oreja izquierda—, no habrá necesidad de ellas. Yo tengo algo mejor. El amuleto que dio como precioso regalo a nuestra familia, no sé cuándo, un mago persa. Mira la inscripción; está casi borrada.

Le presentó un pendiente que él tomó y después de mirarlo, lo devolvió riendo.

—Aunque estuviera muriéndome, Tirza, no podría usar este amuleto. Esto es una reliquia de idolatría y está Prohibía a todo aquel que crea en su padre

Abrahán. Tómala, pero no la uses.

—¿Prohibido? No lo creo —dijo Tirza—. La madre de nuestro padre la llevó muchos sábados. Ha curado a no sé cuántas gentes. Está probado… Mira, aquí está el sello de los rabinos.

—No tengo fe en los amuletos.

—¿Qué diría Amrá?

—Los padres de Amrá eran pobres e ignorantes labradores de orillas del Nilo.

—¿Y Gamaliel?

—Dice que son invenciones impías de los infieles y de los *sequemitas*[42].

Tirza miró el pendiente con aire de duda.

—¿Qué haré con él?

—Úsalo. Te sienta muy bien y te hace muy guapa, aunque lo eres ya sin su ayuda.

Volvió a prender la arracada de su oreja, satisfecha por el elogio, precisamente en el momento en que entraba Amrá con una jofaina, agua y toallas.

La ablución de Judá, por no ser fariseo, fue corta y sencilla. Salió la criada dejando a Tirza el cuidado de peinarle.

Cuando lograba peinar un bucle a su gusto, apresurábase a soltar de su cintura el pequeño espejo metálico, que según la moda, llevaba colgando, y se lo daba para que pudiese admirar su habilidad en el arte de embellecerle. Entretanto, seguían la conversación.

—Tirza, voy a marcharme muy lejos de aquí.

Ella dejó caer sus manos con asombro.

—¿Marchar? ¿Cuándo? ¿Adónde?

Él se echó a reír.

—¡Cuántas preguntas a la vez! No puedo estar sin tener ocupación. Nuestro buen padre me dio el ejemplo. Tú también me despreciarías si gastara en la ociosidad lo que él ganó con su trabajo. Quiero ir a Roma.

—¡Yo iré contigo!

—Tú debes permanecer aquí. Si los dos abandonamos a nuestra madre se moriría de pena.

El rostro de la niña se puso triste.

—Pero, ¿necesitas ir allá? Aquí, en Jerusalén también aprenderías lo que necesita saber un comerciante.

—No, no pienso ser comerciante.

—Pues, ¿qué piensa ser?

—Soldado —replicó con cierto orgullo.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de su hermana.

—¿Quieres que te maten?

—Sólo si Dios lo quiere. Pero, Tirza, no todos los soldados mueren.

Ella le echó los brazos al cuello como para retenerle.

—¡Tan felices como somos! Quédate en casa, hermano mío.

—Algún día cambiará todo; no podemos seguir siempre igual. Tú misma no tardarás mucho en irte.

—¡Nunca!

Él se sonrió de su apresuramiento al responder.

—Algún príncipe de alguna tribu o de la misma Judá, vendrá a pedir a mi Tirza para que sea la alegría de otro hogar. ¿Qué sería entonces de mí?

Ella sólo sollozaba.

—La guerra también es una profesión y para instruirse en ella hay que ir a la escuela, ¿por qué no ir a un campamento romano?

—¿Combatirás por Roma? —preguntó ella, conteniendo su aliento.

—Tú también la aborreces, el mundo entero la odia. Sí, combatiré por ella… para aprender a combatir contra ella.

—¿Cuándo marcharás?

En aquel momento se oyeron los pasos de Amrá que regresaba.

—¡Calla! No la digas ni una palabra de lo que quiero hacer.

La esclava volvía con el almuerzo, que colocó en una silla ante ellos; después, con una blanca servilleta al hombro, se dispuso a servirles. En aquel preciso instante un ruido procedente de la calle les llamó la atención. Al escuchar, oyeron una música marcial cerca de la casa.

—¡Los soldados del Pretorio! Voy a verlos —gritó Ben-Hur saltando del diván y corriendo por el terrado.

Un momento después estaba apoyado en el antepecho que guarnecía la azotea por el norte; Tirza se puso a su lado, apoyando su mano en el hombro de él.

La calle, no más de diez pies de ancha, tenía de trecho en trecho un puente que lo mismo que los terrados, se empezaban a llenar de gentes atraídas por la música.

El destacamento apareció poco después, a la vista de los dos hermanos.

Primero avanzaba la vanguardia de tropas ligeras, después un cuerpo de infantería, luego los músicos y tras éstos, un oficial que cabalgaba aislado, pero inmediatamente seguido por una escolta de caballería, tras la cual venía otra columna de infantería que ocupaba la calle de un extremo a otro y parecía

no tener fin. El cadencioso movimiento de los escudos, el centellear de mallas, corazas y yelmos, todo perfectamente bruñido; las plumas ondeando al viento sobre las altas cimeras; el bosque de lanzas en medio del cual se destacaban los estandartes, el porte de los soldados, la unidad de toda la masa, que daba la apariencia de una máquina en marcha, todo esto hizo sobre Judá una impresión indescriptible.

Dos objetos llamaron su atención: el águila de la legión —una efigie dorada con las alas desplegadas—, y el oficial que cabalgaba aislado en medio de la legión. Llevaba la cabeza descubierta, y el cuerpo completamente oculto por las piezas de su armadura. Cabalgaba sobré empurpurada gualdrapa en vez de silla. La brida, con el bocado de oro y las riendas de seda con largos flecos, completaban los arneses del caballo.

Estando aún distante, Judá pudo comprobar que su presencia bastaba para excitar la cólera del pueblo. Las gentes, apoyadas en sus parapetos o saltando atrevidamente fuera de ellos, le mostraban sus cerrados y amenazadores puños, le perseguían con sus gritos y le escupían, cuando pasaba bajo los puentes que unían los terrados de las casas; las mujeres le arrojaban sus sandalias, a veces con tanto acierto que le tocaban. Al estar más próximo el oficial pudieron discernirse los gritos:

—¡Ladrón! ¡Tirano! ¡Fuera, Ismael! ¡Perro romano!

Ahora ya más cercano. Judá pudo observar que el oficial no participaba de la confianza e indiferencia que experimentaban sus soldados. Su rostro estaba sombrío y cargadas de amenazas sus miradas, que a más de uno hacían estremecer de miedo.

Siguiendo una costumbre empezada por el primer César, el comandante en jefe de la tropa llevaba una corona de laureles en las sienes; por este signo Judá conoció que aquél era el jefe supremo. En efecto, era Valerio Graco, el nuevo procurador de Judea.

Al ir a pasar la esquina de la casa del israelita, éste, para verle mejor, se apoyó con más fuerza, sacando la cabeza para no perder detalle y se aferró a una loseta que hacía tiempo estaba suelta, pero en apariencia, unida a las demás; la fuerza que hizo fue suficiente para hacerla desprender y caer a la calle. Un grito de horror brotó de los labios del joven y extendió la mano para alcanzar la loseta desprendida; este movimiento pareció exactamente igual al del que acaba de lanzar un proyectil. Los soldados de la escolta miraron a lo alto; el jefe miró también en el momento en que la loseta caía sobre su cabeza e inmediatamente quedó derribado en tierra.

Los soldados de la escolta apresuráronse a cubrir a su jefe con sus escudos. El pueblo, que no dudaba que el hecho había sido adrede, vitoreaba al joven, cuando aún éste se inclinaba sobre el parapeto a la vista de todos.

Judá quedó aterrado de lo que veía y todas las consecuencias, que podría acarrearle aquel hecho involuntario pasaron como un relámpago por su mente.

El espíritu de revuelta corrió por los terrados a lo largo de la calle y arrastrados todos por la misma furia fueron arrancando las tejas que con ciego furor lanzaban a los legionarios detenidos en la calle. Fue una verdadera batalla, pero como era natural la fuerza disciplinada triunfó. Describir la lucha, la matanza, Ja habilidad de un bando o la desesperación del otro, es del todo innecesario. Fijémonos en el joven israelita que, con el rostro pálido, se retiró del parapeto.

—¡Oh, Tirza, Tirza! ¿Qué será de nosotros?

Ella, que no pudo presenciar lo ocurrido por no estar apoyada en el antepecho del terrado, oía ahora el tumulto y veía la loca actividad de las gentes en los terrados vecinos. Algo terrible pasaba.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

—He matado al gobernador romano. La losa ha caído sobre su cabeza.

En un instante Tirza se puso pálida y echó los brazos alrededor del cuello de su hermano, mirándole con firme fijeza, sin pronunciar palabra. El miedo de Judá había contagiado a su hermana, pero él, ante et aspecto de ella, recobró su fortaleza.

—No lo hice adrede, Tirza, fue por casualidad.

—¿Qué te harán? —preguntó ella intranquila.

Judá dirigió una mirada a las masas amotinadas, que aumentaban en número por momentos en las calles y terrados y, para eludir una respuesta, atisbo de nuevo por el parapeto, precisamente en el momento en que la escolta ayudaba al romano a montar a caballo.

—¡Está vivo, Tirza! ¡Bendito sea el señor!

Serenóse su rostro y al retirarse del parapeto, contestó a la pregunta de Tirza.

—Daré una explicación de cómo ha ocurrido, y como ellos se acordarán de nuestro padre y sus servicios, no nos harán ningún mal; no tengas miedo, Tirza.

Se dirigían, a la estancia de verano, cuando un estampido hizo retemblar todo el piso bajo sus pies. Acababan de echar abajo las sólidas puertas de la casa. Al estruendo siguieron gritos de sorpresa y agonía que provenían del patio primero. Detúvose Judá a escuchar y volvió a oír los gritos desesperados

y un grao ruido de pasos acelerados. Una mezcla de aullidos de rabia y peticiones de auxilio, se unía a los lamentos de las pobres mujeres. La puerta del Norte estaba derribada y los soldados dentro. La idea de que iban en su busca aturdió al muchacho. Sintió deseos de huir, pero ¿a dónde? Sólo habría podido escapar teniendo alas. Su hermana, con los ojos aterrorizados, le sujetó por un brazo.

—¡Judá, Judá! ¿Qué es todo esto?

¿Dónde estaría su madre? ¿No era la suya una de las voces que habían oído? Los soldados hacían una espantosa matanza entre los criados.

—Espérame aquí, Tirza. Veré lo que pasa abajo y vuelvo en seguida —dijo Judá, intentando parecer animoso, aunque su voz no sonaba con la firmeza que él hubiera deseado.

En aquel instante se oyó un grito de la madre. Esta vez no había lugar a dudas. Era ella y Judá no vaciló.

—Vamos de prisa.

La galería estaba llena de soldados. Muchos de ellos con las espadas desnudas, entraban y salían apresuradamente de las habitaciones. En una de ellas, varias mujeres arrodilladas y abrazadas unas a otras, suplicaban misericordia. Más allá, otra, con el cabello caído por la espalda y las ropas desgarradas, forcejeaba con un hombre que intentaba sujetarla fuertemente. Hasta el terrado llegaron perceptibles, sus agudos gritos.

—¡Madre! ¡Madre! —exclamó Judá, abalanzándose hacía ellos.

Mas cuando estaba a punto de llegar junto a ella, alguien le sujetó con fuerza, obligándole a permanecer inmóvil; oyó una voz que decía:

—¡Es ése!

Miró Judá y vio a… Mésala.

—¿Éste es el asesino? ¡Pero…! —se asombró un alto legionario—. ¡Si no es más que un niño!

—¡Dioses! ¿Qué nueva filosofía es ésa? —repuso Mésala, sin olvidar su tono de ironía—. Cómo se asombraría Séneca de haber oído la suposición de que un hombre tiene que ser viejo para matar por aborrecimiento. Ya le tenéis. Además, está toda la familia completa. Esa es su madre, y aquélla su hermana.

Pensando en ellas, Judá olvidó su enojo hacia su antiguo amigo.

—Ayúdalas, Mésala. En nombre de la amistad que nos unió de niños yo te ruego que las socorras.

Pero el romano fingió no oírle.

—Aquí no puedo serte útil —dijo al oficial—. En la calle hay también una buena complicación. ¡Abajo Eros! ¡Viva Marte!

Y tras estas palabras, se alejó. Judá, con el alma llena de amargura, suplicó al Señor:

—Haz, Dios mío, que en la hora de tu venganza sea mi mano la que caiga sobre él.

Haciendo un esfuerzo, se acercó al oficial.

—Esta mujer es mi madre. Yo te suplico que la perdones; perdona también a mi hermana. Dios es justo. Él te protegerá por tu misericordia.

Estas palabras afectaron al hombre y tras breve vacilación ordenó:

—¡A la torre con las mujeres! Pero… Vosotros me respondéis de ellas.

Después volvióse a los que sujetaban a Judá, diciendo:

—Traed cuerdas y atadle bien las manos.

A pesar de la resistencia que opuso se llevaron a la madre y la pequeña Tirza, atolondrada por el miedo, seguía pasivamente a su guardián. Judá las miró intensamente, como para grabar en el fondo de su alma aquella desgarradora escena, y, tapándose los ojos, vertió ardientes lágrimas.

Fue entonces cuando sus ojos se abrieron a la realidad de la existencia, que le causó asombro. En aquel momento dejaba de ser niño para convertirse en hombre…

Una trompeta sonó en el patio y, cuando cesó, la galería quedó libre de soldados. Al bajar Judá a la calle ya estaban en perfecta formación, mientras el oficial esperaba que fuesen cumplidas sus últimas órdenes.

La madre y la hija, lo mismo que toda la servidumbre, fueron sacadas de la casa y algunos de los criados que habían nacido en el palacio, daban gritos que inspiraban compasión. Luego, sacaron los caballos y ganado y Judá empezó a comprender qué clase de venganza preparaba el gobernador. La venganza llegaría hasta el mismo edificio y así el recuerdo perduraría vivo en la mente de cualquier vecino para que no volviese a repetirse semejante locura.

De repente, del lugar en que había estado como muerta, se levantó una mujer y corriendo hacia Judá se dejó caer a sus pies, abrazando sus rodillas.

—¡Oh, Amrá! Dios te ayude, pues yo no puedo.

Ella no tuvo aliento para hablar. Judá le susurró:

—Vive Amrá, por Tirza y por mi madre. Ellas volverán…

Un soldado la arrastró lejos, pero ella se escapó y de un salto, penetró a través de la destrozada puerta.

—Dejadla. Vamos a sellar la casa. Si quieren morirse de hambre…

Los soldados prosiguieron su trabajo y, cuando hubieron concluido, el palacio de los Hur quedaba decomisado por Roma. El pergamino lo decía bien claro: «Esta casa es propiedad del Emperador».

CAPÍTULO VII

UN GALEOTE

Un día después, un decurión, con sus diez hombres a caballo, salía de Jerusalén en dirección a Nazaret E=te pueblo estaba enclavado fuera de ruta y asentado en la ladera de un cerro. Su única calle no era más que una senda hollada por el paso de ganados y pastores en su ir y venir.

Por el lado sur se extendía el gran llano de Esdración y desde las alturas del Oeste se podían divisar, a lo lejos, las playas del Mediterráneo.

Cuando la cabalgata se acercó a la villa sonó una trompeta y todos los habitantes asomáronse a las puertas ávidos de saber lo que significaba aquella visita tan inusitada.

Nazaret, no sólo estaba alejada de toda carretera, sino que, olvidada en aquel perdido rincón, sentíase sometida a la influencia de Judas de Gamala[43]; por tanto no será difícil imaginar los sentimientos que agitaban a sus habitantes al recibir a los legionarios. Cuando éstos pasaban por la calle, las gentes fingían estar ocupadas en sus faenas, hasta que la curiosidad venció al odio, y sabiendo que el destacamento haría alto en el pozo del Nordeste, abandonaron sus casas y lo siguieron.

Su curiosidad fue atraída por un prisionero que llevaban medio desnudo y con las manos atadas a la espalda, tras un caballo. El polvo que levantaban las patas de la cabalgadura lo envolvía en amarillenta neblina. Caminaba arrastrándose, con los pies llagados y debilitado. Los aldeanos pudieron ver que era muy joven.

Llegados al pozo, el decurión hizo alto y, con la mayor parte de sus hombres echó pie a tierra. El prisionero se dejó caer sobe el polvo del camino; al parecer se hallaba completamente exhausto. Los aldeanos hubieran socorrido al infeliz muchacho, pero temían la cólera de los legionarios.

—¡Mirad! Allí viene el carpintero —dijo una mujer, señalando el camino de Seforis.

El aludido, un viejo de aspecto venerable, avanzaba despacio, porque, además del peso de la edad, iba cargado con un hacha, una sierra y un cepillo, instrumentos pesados y toscos, y se adivinaba que venía de muy lejos sin descansar.

Al llegar junto al grupo se detuvo para enterarse de lo que ocurría.

—¡Oh, rabino, buen José! —dijo la mujer, adelantándose hacia él—. Aquí hay un prisionero, pregunta a los soldados quién es, qué ha hecho y qué harán con él.

José miró al prisionero con cara impasible y se acercó al decurión.

—La paz del Señor sea contigo —dijo con su eterna gravedad.

—Y la de los dioses te acompañe a ti —replicó el decurión.

—¿Venís de Jerusalén?

—Sí.

—Es muy joven el prisionero.

—En años, sí.

—¿Puedo preguntar qué ha hecho?

—Es un asesino.

La gente repitió la palabra con asombro, pero José prosiguió.

—¿Es hijo de Israel?

—Es judío —contestó secamente el romano—. Yo no sé nada de vuestras tribus —continuó el decurión—, pero puedo hablar de su familia. ¿Habéis oído hablar de un príncipe de Jerusalén llamado Hur?

—Le conocí —dijo José.

—Bien pues éste es su hijo.

Las exclamaciones se hicieron generales y el decurión tuvo que hacerles callar.

—Anteayer, en una calle de Jerusalén estuvo a punto de matar al nuevo procurador Valerio Graco. Desde el terrado de su palacio le arrojó una loseta a la cabeza.

—¿Lo mató? —preguntó José.

—No.

—Y ahora, ¿va a cumplir condena?

—Sí; la galera para toda su vida.

—¡El señor le asista! —exclamó el rabino, perdiendo esta vez su impasibilidad.

En aquellos momentos, un muchacho que acompañaba a José y que se había mantenido a su espalda sin llamar la atención, acercóse a una piedra que había al lado del pozo y tomó de encima un jarro de agua. La acción fue tan natural y tan silenciosa que antes de que ningún soldado pudiese intervenir, él había dado de beber al prisionero. Después, puso su mano tiernamente sobre el hombro del infortunado Judá y éste, al mirar, vio un rostro que jamás olvidaría; un rostro casi infantil, con unos ojos tan llenos de amor que sintió fundirse sus ansias de venganza.

La mano que había reposado sobre su hombro se posó luego sobre su cabeza y se detuvo allí, entre sus empolvados cabellos, el tiempo justo para murmurar una bendición. El Niño volvió a dejar el jarro sobre la piedra y se fue tras los pasos de José.

Todos se volvieron a mirarle, tanto les sorprendió.

Cuando hubieron bebido montaron todos los soldados y emprendieron de nuevo la marcha. Pero el humor del decurión ya no era el mismo; levantó al prisionero y le ayudó a montar tras un jinete. Los nazarenos se volvieron a su casa y entre ellos José y su aprendiz.

De esta forma se encontraron, por vez primera, el hijo de María y Judá.

LIBRO TERCERO

CLEOPATRA.— …la intensidad del sufrimiento, debe ser proporcionada a la causa que lo origina. (Entrando, pregunta a Diomedes en voz baja): ¿Cómo va? ¿Ha muerto?

DIOMEDES.— La muerte se cierne sobre él, pero aún no ha dejado de existir.

«Antonio y Cleopatra». (Acto IV, escena XIII).

CAPÍTULO I

QUINTO ARRIO SE HACE A LA MAR

Todo lo que queda hoy de Misénum y su promontorio es un montón de ruinas, pero en el año del Señor, esta plaza era una de las más importantes de la costa occidental italiana.

Misénum era en verdad el punto más apropiado para que al encontrarse allí tres grandes capitanes pensaran en repartirse el mundo a su antojo.

Antiguamente había una puerta en la muralla, en el plinto más cercano al mar; en el interior era una calle poco frecuentada, pero saliendo fuera de las murallas se convertía en un muelle que se adentraba en el mar algunos estadios.

Un frío amanecer de setiembre el centinela, que estaba de guardia sobre esta puerta, vio llegar por la calle un grupo en ruidosa conversación. Les echó una mirada y volvióse a quedar amodorrado.

Serían unas veinte o treinta personas, la mayor parte esclavos, que portaban antorchas. Sus amos iban delante asidos del brazo. Uno de ellos, de unos cincuenta años, ligeramente calvo y que ocultaba su defecto llevando una corona de laurel, era objeto de veneración por parte de los demás.

Lucían amplias togas de lana blanca con ancha franja de púrpura en la fimbria. Una mirada bastó al centinela para conocer el alto rango a que pertenecían y el objeto que les traía: escoltar a un amigo que embarcaba tras una noche de orgía.

—No, Quinto Arrio —decía uno al que llevaba la corona—. No debemos gran cosa a la fortuna que así nos priva tan pronto de ti. Viniste ayer de más allá de los Pilares y ya vuelves a la mar.

—¡Por Cástor[44]! —dijo otro, algo aturdido por el vino—. Nuestro Arrio va a buscar al mar lo que acaba de perder. Los dados sobre el barco ondulante no son igual que en tierra. ¿Eh, Quinto Arrio?

—¡No quieras tentar a la fortuna! —exclamó un tercero—. No es ni ciega ni voluble. En Actium, donde nuestro Arrio la interrogó, le respondió con cortesía, y a bordo se puso a su lado con la mano en el timón. Nos lo quita ahora, ¿pero nos lo devolverá victorioso?

—Son los griegos quienes nos lo arrebatan —interrumpió otro—. Acusemos a ellos y no a los dioses.

Dialogando en esta forma traspuso el grupo la muralla y entró en el muelle. La bahía dilatábase hermosísima a la temprana luz de la mañana. Para el veterano marino, el azotar de las olas fue como un saludo de amigo, y absorbió el aire en amplia aspiración, cual si el olor de las brisas marinas fuera para él más embriagador que el perfume del nardo.

—En Preneste[45] triunfé y no en Actium[46], y mirad, ¡viento del Oeste! ¡Gracias, oh, fortuna, madre mía! —exclamó ardientemente—. ¡Allí viene! —continuó señalando una galera que se acercaba. ¿Qué necesidad de otra amante tiene un marino? ¿Es acaso más graciosa tu Lucrecia, Cayo mío?

Echó una mirada al barco que justificaba su orgullo. Los remos caían al compás, se levantaban, se mantenían fuera del agua un momento y volvían a hundirse en las olas, todos a un tiempo, como si fueran alas.

—Olvidas, ¡oh, Léntulo mío!, que los piratas a quienes voy a castigar son griegos; una victoria sobre ellos es de mucha más importancia que cientos sobre los africanos.

—Entonces, tu ruta es hacia el Egeo.

El marino estaba absorto, contemplando su navío.

—¡Qué gracia en su balanceo! Una gaviota no pone más esmero al volar rasando las olas. ¡Mira…! —pero añadió inmediatamente—: Perdóname, Léntulo… Voy al Egeo, en efecto, y como mi partida está tan próxima, te diré el motivo; pero guárdalo secreto. No quisiera que os burlarais del *duunviro*[46a] la primera vez que lo encontréis. Es amigo mío. Ya habéis oído hablar de los piratas del Quersoneso, que anidan en el Ponto Euxino. Ayer llegó aviso a Roma de que venían por el Bósforo con una flota; que habían echado a pique las galeras de Bizancio y Calcedonia, arrasado la Propóntide, y que, insaciables aún, navegaban por el mar Egeo. Los negociantes de grano que tienen sus navíos en el oriente, están llenos de espanto. Pidieron audiencia al Emperador, y de Rávena salen hoy cien galeras y de Misénum… —hizo aquí una pausa para excitar la curiosidad de sus amigos, y terminó con énfasis— …una.

—¡Feliz tú. Quinto Arrio! Te damos la enhorabuena.

—Este nombramiento presagia tu futura elevación. Te saludamos ya, *duunviro*.

—Quinto Arrio, *duunviro*, suena mucho mejor que Quinto Arrio, el tribuno.

—Me alegro como los demás —dijo el amigo báquico—. Pero debo ser práctico, ¡oh, mi *duunviro*! Y mientras yo no sepa si el ascenso te enseña a mejorar tus conocimientos sobre el vino, no quiero manifestar mi opinión; a ver si Baco te Concede sus favores divinos sobre este punto.

—¡Gracias, muchas gracias! —replicó Arrio, dirigiéndose a todos—. ¡Ojalá fuerais augures! Por mi parte, no quiero retroceder; deseo mostrar al mundo qué buenos adivinos sois. Mirad y leed.

De los pliegues de su toga sacó un papiro, diciendo:

—Lo he recibido esta noche. Es de Sejano[47].

—¿Sejano? —exclamaron todos, agrupándose para leer.

Sejano a. C. Cecilio Rufo, Duunviro.
Roma, XIX Kal. Sept.

César tiene muy buenos informes de Quinto Arrio, el tribuno. Sobre todo ha oído celebrar su valor, puesto a prueba en el mar occidental; en virtud de esto es su voluntad que dicho Quinto Arrio se traslade en seguida a Oriente.

Quiere, además nuestro César, que cien trirremes[48] *de primera clase, con todo el material y personal necesario, salgan sin demora contra los piratas que han aparecido en el Egeo y que Quinto Arrio asuma el mando de la flota.*

Los pormenores para la ejecución de esta orden son de tu incumbencia, Cayo Cecilio. La expedición es urgente, como podrás ver por los informes adjuntos, que debes leer y comunicar después a Quinto Arrio.

Sejano.

Escasa atención prestó Arrio a la lectura. Cada vez se mostraba más atraído por la galera que se acercaba. Al fin, agitó en el aire los sueltos pliegues de su toga en contestación a la señal que les hicieron en la popa del navío, desplegando una flámula escarlata.

—¡Por las ninfas! —exclamó uno de los amigos, devolviendo el rollo de pergamino—. No podemos decir que nuestro amigo será grande; lo es. ¿Qué más deseas de nosotros?

—Nada —repitió Arrio—. Es historia ya vieja en Roma todo lo que sabéis de este asunto, especialmente en el Palacio y en el Foro. Lo que tengo que hacer y el punto de reunión con la flota, no lo sabré hasta subir a bordo, en donde me espera una orden sellada. Rogad a los dioses por un amigo que navega rumbo a Sicilia. Pero por fin voy a embarcar —dijo volviéndose al navío—. Me interesa mucho conocer a sus patrones, pues han de bogar y combatir conmigo.

—¿Es, acaso, nuevo para ti el navío?

—Jamás lo había visto y no sé si habrá a bordo algún conocido.

—¿Es algún inconveniente?

—No. Los marinos pronto llegamos a conocernos. Nuestro amor o nuestro odio nace en los peligros inminentes.

Era un navío de los llamados *naves liburnice*[49], largo, estrecho y bajo; dispuesto para una marcha rápida y fácil de maniobrar.

En estas naves lo principal eran los remos. El puente era visible por encima de las bordas.

Desde el muelle sólo se veía un hombre sobre cubierta, manteniéndose junto a la proa, con escudo al brazo y yelmo a la cabeza.

Llegaba tan rápida e imprudente, en apariencia, la nave, que los que estaban en el muelle con el tribuno se alarmaron. De repente, el hombre que estaba en la proa levantó la mano en una señal y en el mismo instante todos los remos se alzaron un momento en el aire y cayeron después simultáneos. Borbotó el agua bajo ellos y la galera, estremecida en toda su estructura, se detuvo como espantada. Otro ademán del hombre, y los remos se alzaron y cayeron de nuevo, mas ahora los de la derecha remaban a la inversa que los de la izquierda. Por tres veces hicieron los remos esta maniobra. El navío viró sobre sí mismo y fue a atracar suavemente al muelle.

Sonó a bordo una trompeta con sonido breve y penetrante y entonces salieron de las escotas los marinos de guerra, todos con soberbio armamento, cubierta la cabeza con bruñidos yelmos de bronce y armados de escudos y largas jabalinas. Mientras formaban sobre cubierta, los marineros trepaban a los obenques para alinearse sobre la verga. Músicos y contramaestres ocuparon sus puestos. Los remos tocaron el muelle y se tendió un puente por donde estaba el timonel. Entonces el tribuno se volvió a sus amigos para decirles con gravedad que nunca habían visto en él hasta entonces.

—¡Oh, amigos míos! El deber me llama.

Quitándose la corona de laurel, se la dio al adorador de Baco.

—Guarda esta corona, ¡oh, solícito adorador de las ánforas llenas! —le dijo—. Si vuelvo, vendré a recobrar el sestercio que me ganaste a los dados. Si no salgo vencedor, no me esperéis. Cuélgala en el atrio de tu casa.

Abrazó efusivamente a cada uno de sus amigos, que le desearon:

—Que los dioses te acompañen, Quinto.

—Hasta la vuelta —repuso él.

Saludó con la mano a los esclavos que blandían las antorchas, y se dirigió a la nave que le esperaba, espléndida con sus hileras de yelmos relucientes, de escudos y jabalinas. Resonaron las trompetas cuando él pisó el puente y sobre el *aplustro*[50] se elevó el *vexillum purpureum*[51], pabellón del comandante de la flota.

CAPITULO II

AL REMO

Con la orden del *duunviro* en su mano, el tribuno, de pie junto al timonel, preguntaba al cómitre, jefe de los remeros, llamado el *hortador*[52]:

—¿Con cuántos hombres cuentas?

—Tengo doscientos cincuenta y dos remeros: diez supernumerarios.

—¿Cuántos de relevo?

—Ochenta y cuatro cada turno.

—¿Cuánto dura el turno?

—Dos horas.

—Es demasiado —dijo, reflexivo, el tribuno—. El trabajo es duro. Más adelante debemos reformarlo, sin que los remos descansen de día ni de noche.

Luego se dirigió al contramaestre:

—Como el viento es favorable, puedes dejar que la vela ayude a los galeotes.

Una vez se hubieron marchado los dos con quienes habló, se volvió hacia el piloto jefe.

—¿Hace muchos años que estás sirviendo?

—Treinta y dos años.

—¿En qué mares?

—Principalmente, en los que hay entre Roma y el Oriente.

—Eres el hombre que yo buscaba.

Releyó nuevamente el tribuno las órdenes que aún tenía en la mano.

—Después de pasar el cabo Campanella, te dirigirás a Mesina; luego seguirás la costa de Calabria hasta dejar Melito a tu izquierda… ¿Conoces las estrenas que nos han de orientar en el mar Jónico?

—Sí. Perfectamente.

—Desde Milito pondrás proa a Citerea. Si lo permiten los dioses, no echaremos el ancla hasta la bahía de Antímona. Es un servicio urgente; confío en ti.

La prudencia era una de las cualidades de Arrio Aunque enriquecía los altares de Preneste y Actium no por ello dejaba de pensar que el favor de los ciegos dioses dependía más de la diligencia y el juicio del devoto que de sus ofrendas. Había pasado la noche anterior bebiendo y jugando, como anfitrión de sus amigos, mas ahora, el olor del mar le hizo recordar que era, ante todo, un marino, y no tuvo descanso hasta que inspeccionó a fondo su navío. Da más triunfos el saber que el valor. Una vez vistos el cómitre, el contramaestre y el piloto, pasó revista al comandante de los soldados, al jefe de provisiones, al director de máquinas y al vigilante de las cocinas; inspeccionó, luego, los cuarteles bajo cubierta. Cuando terminó su minucioso examen, sólo él conocía perfectamente el material con que contaba, para el viaje y cualquier eventualidad. Considerando que todo estaba en orden, pensó que sólo le quedaban por conocer los hombres a su mando. Era ésta la tarea más difícil, y había de prepararse de antemano.

El viento, que seguía soplando del Oeste, hinchaba la vela y el contramaestre sonreía contento. Era mediodía y la galera se encontraba a la altura de Paestum[53]. Se acababa de hacer el relevo. Habíase erigido un altar sobre la proa de cubierta, rociándolo con sal y vinagre y el tribuno ofreció ante él solemnes votos a Neptuno, a. Júpiter y a las Oceánidas, derramando, después el vino y quemando el incienso.

Con ánimo de conocer mejor a sus hombres, se aposento luego en la cámara grande, que, situada en la *trirreme*, era el departamento central de la galera, recibiendo la luz por tres anchas escotillas. Una hilera de puntales que sostenían la cubierta, se extendía de un extremo a otro, y en el centro el mástil se veía erizado de hachas, jabalinas y lanzas. Las dos escaleras de cada escotilla estaban dispuestas de tal forma que, haciendo girar la parte superior, podía levantarse la interior para colgarlas. Así el departamento parecía un gran salón iluminado por el techo.

Sobre una plataforma situada en un extremo, el cómitre, con un niazo, batía el gong que daba el compás 1 los remeros. La clepsidra o reloj de agua de la izquierda, le servía para medir el tiempo de las guardias y relevos. Otra plataforma más alta y protegida por doradas celosías estaba destinada al tribuno, que desde allí podía vigilarlo todo.

Sentado en su sillón de brazos o «cathedra», mecido por el movimiento del navío, espada al pinto y medio cubierto con su capa militar, Arrio vigilaba

a su gente, que al propio tiempo le vigilaba a él. Contemplábalos a todos con mirada crítica, dedicando especial interés a los remeros, en los que veía tan sólo una fuerza de la que él necesitaba.

Contemplaba las hileras de bancos escalonados, en cada una de las cuales el segundo asiento estaba por encima del primero. Gracias a esta posición de los bancos, cada remero tenía amplio espacio para regularizar sus movimientos de acuerdo con los demás, siguiendo el mismo ritmo que los soldados en marcha uniforme; cabía además la posibilidad de aumentar el número de bancos.

Sólo los remeros que ocupaban los primeros y segundos bancos podían sentarse, pues los otros, teniendo los remos más largos, habían de ir de pie. Los remos iban cargados de plomo en los astiles y en su punto de rotación se sujetaban por correas flexibles que daban facilidad a los movimientos, pero exigían mayor destreza, pues cualquier descuido podía precipitar de su asiento a un remero descuidado. Los agujeros del remo semejaban respiraderos por donde recibía el galeote su ración de aire puro. La luz caía sobre sus cabezas, a través del enrejado que formaba el piso del pasaje entre la cubierta y las bordas.

Les estaba prohibido comunicarse entre sí; un día tras otro ocupaban sus puestos sin decir una sola palabra y sin ni siquiera verse la cara durante las horas de trabajo; para comer y dormir se les concedían cortos relevos. Jamás reían ni cantaban, llevando una existencia semejante a la de una corriente subterránea que trabaja lenta y penosamente para encontrar su salida… más, ¿la encontrarían aquellos pobres seres?

La cautividad en aquellos tiempos, exigía un trabajo superior a las fuerzas humanas, tanto en las murallas, caminos y minas, como en las galeras de guerra o comercio. En la primera batalla que Duilius[54] ganó para su patria, los romanos habían empuñado los remos con entusiasmo y la victoria se debió lo mismo al soldado que al remero. Mas con el cambio que sobrevino en Roma después de la conquista, lo que era un honroso servicio se convirtió en degradante castigo.

En los bancos de las galeras había representantes de casi todos los países, siempre escogidos entre los más robustos y membrudos: al lado de un bretón un libio, y tras éste un escita o un galo. Los *convicti*, o galeotes romanos, se mezclaban con los godos y lombardos, etíopes y judíos.

El remero, ocupado en tan ruda faena, no tenía ocasión de emplear su inteligencia. Aquellos cuatro movimientos que su trabajo requería, eran más perfectos y uniformes cuanto más automáticos. Por eso embrutecíase,

convertido en máquina inconsciente. No era sino una criatura musculosa de corto entendimiento, cuya vida moral se reducía a algunos añorados recuerdos y el tiempo se encargaba de sumirles en tal estado de degradación que su alma se hacía indiferente al dolor.

Mientras les contemplaba, pensaba el tribuno en las posibilidades del futuro, pensaba en Roma, pensaba en todo, menos en la triste condición de aquellos hombres que remaban. La monotonía de sus movimientos precisos, exactos y uniformes, le resultaba insoportable al cabo de un tiempo y entonces se entretenía en observar a alguno de ellos en particular. Anotaba cuantas observaciones hacía con su estilo o punzón, pensando que alguno de ellos podría sustituirlo ventajosamente entre los piratas.

El esclavo no tenía otro nombre que el número pintado en su asiento correspondiente. Cuando la penetrante mirada del tribuno posóse en el número sesenta, que pertenecía al último banco del lado izquierdo, pero que se encontraba en el asiento primero del primer banco, por carecer de espacio a popa, sus ojos le contemplaron largo rato.

La abundante luz permitía ver su cuerpo desnudo, sin otro adorno que el cinturón que ceñía sus riñones; poseía cualidades personales que le distinguían del resto de los esclavos.

Era un muchacho de menos de veinte años. Sabía Arrio, visitante asiduo de los gimnasios a los que asistían atletas famosos, que el vigor físico depende más de la calidad que de la cantidad de músculo y que la superioridad al efectuar ciertos actos requiere un determinado grado de inteligencia y de fuerza.

Más de una vez había sentido interés por un hombre en el que buscaba la perfección, pero en raras ocasiones quedó complacido por completo y menos veces aun, había contemplado a un individuo tan largo rato. Observaba como el remero se inclinaba hacia atrás en cada movimiento de impulsión, mostrando su perfil, torso y cara. Era tal la gracia y facilidad con que se movía que hacían dudar al principio de que su trabajo le costase esfuerzo alguno; mas la firmeza con que mantenía el remo al impulsarlo y la flexión de aquél bajo su empuje demostraban la tuerza empleada. Y esta fuerza de vigor y agilidad dio motivos al observador para pensar en la combinación armónica del vigor y la destreza.

La juventud del esclavo no provocó en Arrio el menor sentimiento de ternura; consideró que debía tener buena estatura y que sus extremidades inferiores y superiores eran extraordinariamente perfectas. Si los brazos pecaban un poco de largos, aquel defecto que’ daba disimulado por la masa

de los músculos que quedaba visible a cada movimiento. Podía apreciarse, cada una de las costillas y esta flacidez era la vigorosa reducción que tanto buscaban los que frecuentaban la palestra.

Esperando una ocasión para observar su rostro, miraba la cabeza simétrica, asentada sobre un cuello ancho, pero flexible y armonioso. Su perfil era de corte oriental con una delicadeza de expresión, demostrativa de un temperamento sanguíneo y sensitivo. Tales observaciones aumentaron el interés del tribuno por el esclavo.

«¡Dioses! —dijo para si—. Ese mozo me impresiona. Quiero saber quién es, porque parece que promete».

Volvió en ese momento el rostro el remero y el observador se asombró:

—¡Un judío! ¡Un chiquillo!

Al sentir una mirada clavada en él, los rasgados ojos del esclavo se desorbitaron, agolpóse su sangre en la frente y en sus manos vaciló el remo; mas el golpe del *hortador* le recordó su obligación. Aparto su rostro y reanudó el compás. Cuando volvió a mirar hacia el mismo lugar se quedó asombrado; el tribuno le sonreía con dulzura.

El navío atravesó el estrecho de Mesma y pasada la ciudad del mismo nombre, siguió hacia el Este.

Arrio, cada vez que se instalaba en su plataforma de la cámara, no perdía ocasión de estudiar al remero. Por fin decidió:

—Quiero saber quién es. Ese muchacho tiene alma. Un judío no es un bárbaro.

CAPITULO III

ARRIO Y BEN-HUR EN CUBIERTA

La «Astrea», éste era el nombre del navío, cortaba las azules aguas del mar Jónico. Era el cuarto día de navegación. Estaba el cielo límpido y sereno; el viento parecía traer en sus alas la benevolencia de los dioses.

Creía Arrio posible alcanzar a la flota antes de avistar la bahía oriental de Citera, que habían designado como punto de reunión, y la impaciencia hacía que el tribuno pasase largas horas sobre cubierta. Solía encontrar en orden todo lo concerniente al gobierno de su buque y pensaba a menudo en el remero número sesenta.

—¿Sabes quién es ese hombre que se levanta ahora de su banco? —preguntó un día al cómitre—. Ese que acaban de relevar.

—¿El número sesenta?

—Sí.

—Ya sabes —respondió el cómitre, observando atentamente al muchacho— que no hace más que un mes que se acabó de construir este navío y por ello desconozco a los hombres que sirven en él.

—Parece judío —dijo pensativamente, Arrio.

—Muy sagaz es el noble Arrio.

—Y es muy joven.

—Y no obstante, es el mejor remero —aseguró el otro—. A su impulso el remo se inclina como un junco.

—¿Y su carácter?

Es muy dócil. Es todo lo que sé. Sólo una vez me hizo una petición.

—¿Cuál fue?

—Quería que alternase su puesto de babor a estribor.

—¿Por qué razón?

—Dijo que había observado que los hombres situados siempre en un mismo costado se deformaban con el tiempo. Que si en un día de tormenta o batalla era conveniente cambiarlo de puesto quizá no podría cumplir bien con su obligación si no se había accedido a su petición de entonces.

—«¡Por Pólux[55]!». El mozo es inteligente. ¿Qué otra cosa más has observado en él?

—Es muy limpio.

—En eso es romano —dijo Arrio satisfecho—. ¿No sabes nada de su vida?

—Ni una palabra.

Tras reflexionar un rato, el tribuno iba a sentarse, pero antes dijo al cómitre:

—Si estoy sobre cubierta cuando acabe su relevo, mándamelo y que venga solo.

Dos horas más tarde Arrio vio acercarse al joven remero, de quien ya no se acordaba.

El cómitre me ha dicho que el noble Arrio quena que me presentara a él. Aquí me tienes.

Éste le examinó atentamente, y viendo su elevada talla, su aspecto robusto y su tez, brillante al sol, pensó involuntariamente en el Circo. Era de admirar su’ soberbia apostura.

El cómitre me ha dicho que eres el mejor remero.

—Es una opinión que me favorece —respondió—. ¿Cuánto tiempo hace que estás de servicio?

—Tres años.

—¿Siempre a los remos?

—No recuerdo haberlos dejado ni un solo día.

—Es un trabajo muy pesado. Pocos hombres lo soportan durante un año seguido, y tú… ¡Pero si tú sólo eres un muchacho!

—El noble Arrio olvida la fuerza que da al alma el sufrimiento. A veces hace que triunfe el débil donde fracasa el fuerte.

—Por tus Palabras comprendo que eres judío.

—Hebreos eran mis antepasados mucho antes de que existiese el primer romano.

—Sigue en ti el tenaz orgullo de tu raza —exclamo Arrio al observar el ligero rubor que cubría el rostro del joven.

—El orgullo no habla nunca tan alto como estando privado de libertad.

—¿En qué fundas ese orgullo?

—Soy judío.

Arrio se sonrió.

—No he estado en Jerusalén, pero he oído hablar de sus príncipes y tuve ocasión de conocer a uno de ellos, un comerciante que bogaba por nuestros mares. Era digno de haber sido rey. ¿Qué rango es el tuyo?

—Mi padre… fue un príncipe de Jerusalén y un comerciante que tenía innumerables barcos navegando por todos los mares. Era honrado por el Gran Augusto, que le trataba y recibía como amigo.

—¿Cómo se llamaba?

—Ithamar, de la casa de Hur.

Un gesto de asombro dibujóse en el rostro del tribuno.

—¿Tú un hijo de Hur?

Hizo una pausa y preguntó luego:

—¿Qué es lo que te ha traído aquí?

Judá inclinó la frente, y su ancho pecho se hincho con una ola de pasión reprimida. Cuando logró dominarse, mirando al tribuno cara a cara, contestó:

—Me acusaron de haber querido asesinar a Valerio Graco.

—¿Tú? —gritó Arrio, aun más asombrado y retrocediendo un paso—. ¿Asesino tú? Roma entera se conmovió con tu historia.

Los dos se miraron en silencio, luego Arrio dijo:

—Yo creía a la familia Hur extirpada de la tierra.

Una oleada de tristes y tiernos recuerdos empaño la altivez del joven y las lágrimas inundaron sus ojos.

—¡Tribuno, noble tribuno! Si sabes algo de mi madre y mi dulce Tirza, dímelo —y juntó sus manos en tono suplicantes—. Dime si viven y donde están. Te lo suplico. ¡Dímelo! Hace ya tres años —siguió diciendo—, tres años, ¡oh, tribuno!, y cada hora es para mí como un siglo de tormentos. En esta eternidad ni un solo rumor de su existencia… ¡Dime si viven!

—¿Reconoces tu crimen?

Un cambio extraordinario se operó en Ben-Hur. Sus ojos se inflamaron, su cuerpo se estremeció y juntando sus manos su voz se hizo más profunda y solemne.

—Tú has oído hablar del Dios de mis padres. ¡Por su omnipotencia y por su infalible verdad, por el amor que le tengo, te juro que soy inocente!

El tribuno sintióse conmovido.

—¡Oh, noble romano! —proseguía Ben-Hur—, dame una pequeña esperanza en medio de mis tinieblas.

Arrio paseaba por el puente.

—¿No te sometieron a juicio?

—No.

El romano levantó la cabeza asombrado.

—¿Y fuiste juzgado sin las formalidades de la ley y sin testigos? ¿Quién pronunció tu sentencia?

—Me ataron para encerrarme en un calabozo de la Torre. Nadie me interrogó. Unos soldados me llevaron a la costa y desde aquel día soy galeote.

—¿Hubieras podido probar tu inocencia?

—Tan sólo era un niño entonces. ¿Cómo iba a conspirar? Si hubiese deseado asesinar a Graco, no hubiera esperado a que éste fuera en medio de una legión. Ni el sitio ni la ocasión eran oportunos. Sosteníamos relaciones con los romanos y teníamos grandes riquezas que perder. No, no soy un asesino.

—¿Quién estaba contigo al ocurrir el hecho?

—Mi hermana Tirza. Los dos estábamos en la azotea de nuestro palacio, apoyados en la balaustrada para ver desfilar a la legión. Una losa en la que se afirmaba mi mano, se desprendió y… cayó sobre Graco.

—Y tu madre, ¿en dónde estaba?

—En sus habitaciones.

—¿Qué hicieron con ella?

Ben-Hur estrujábase las manos, conteniendo los sollozos.

—No lo sé. Sólo vi que la arrastraban. Sacaron los animales de casa y sellaron las puertas…

Arrio escuchaba con gran interés, pero pasó por su mente la sospecha de que estuviera fingiendo.

Si cuanto afirmaba era cierto, y así se inclinaba el tribuno a creerlo, su inocencia no podía dudarse. ¡Cuánta inconsiderada precipitación; qué arbitrariedad irritante! Por un momento quedó Arrio perplejo, sin saber qué resolver. Tenía poderes amplios. Sus predisposiciones se inclinaban a la clemencia. Creía en la inocencia del judío, pero se dijo que convenía esperar, o más bien que debía, ante todo, cumplir con su deber, apresurándose a llegar a su destino. No podía prescindir del mejor remero. Quería, además, asegurarse bien de que, en realidad, era el príncipe Ben-Hur y no un vulgar impostor.

—Bien —dijo al fin—; vuelve a tu puesto.

Ben-Hur se inclinó y, mirando al rostro de su jefe, no pudo descubrir en él la menor señal de esperanza. Abatido dijo tristemente:

—Si alguna vez piensas en mí, ¡oh tribuno!, acuérdate que sólo he suplicado por mi familia.

Se volvió lentamente y, cabizbajo, se alejó.

Arrio le siguió con la vista, lleno de admiración.

—¡Qué piernas! —se dijo—. ¡Qué brazos para el cesto y la espada! Con buena educación, ¡qué hombre para el Circo…! ¡Espera! —le gritó.

—En el caso de que estuvieras libre, ¿qué querrías ser?

—El noble Arrio se burla de mí —exclamó Judá, temblorosos los labios por la emoción.

—¡Por los dioses! No me burlo.

—Pues… si estuviera libre haría lo imposible porque mi madre y Tirza volvieran a casa. Daría mi vida porque ellas recobrasen la felicidad que tuvieron. Velaría por ellas y mi Dios me permitiría ganar más de lo que ellas perdieron.

El romano, ante aquella respuesta ambigua, tan incomprensible para él, quedó algo decepcionado.

—Querría conocer tus ambiciones. Si tu madre y tu hermana hubiesen muerto o no pudieses encontrarlas, ¿qué harías?

Una palidez mortal cubrió las mejillas de Ben-Hur y contempló el mar con los ojos sombríos. Luchaba con los encontrados sentimientos de su alma; por fin, dominándose, repuso:

—¿Te interesa saber en qué me ocuparía?

—Sí.

—Te hablaré con franqueza. Da la casualidad de que la noche anterior al triste accidente, mi madre me había dado su permiso para ser soldado. Ahora sigo deseando lo mismo y la escuela que yo quisiera es la mejor del mundo.

—¿La palestra? —interrogó Arrio.

—No. Un campamento romano.

—Antes habrías de adiestrarte en el manejo de las armas…

En aquel instante dijose Arrio que un amo no debe opinar respecto al destino del esclavo. Intento disimular su indiscreción bajo una fría indiferencia.

—Vuelve a tu puesto; y no des gran importancia a esta conversación que has tenido conmigo; quizá sólo bromeaba… No obstante, si te dejas arrastrar por la esperanza, recuerda la diferencia que hay entre e gladiador y el oscuro soldado. Incluso al favor imperial puede aspirar el primero, el otro, en cambio, casi nunca obtiene recompensa y…, tú no eres romano. Bueno. A tu puesto.

Ben-Hur había vuelto a su banco. Parecíale, ahora, menos rudo su trabajo. Cuando la alegría anida en el corazón los quehaceres se efectúan con ligereza, y el alma del joven estaba iluminada por la esperanza, infundida por las palabras del tribuno. Todo parecíale de pronto más luminoso y alegre; todo estaba lleno de promesas. Recogiéndose, oró.

—¡Oh, Señor! ¡Ayuda a este hijo de Israel, la tierra que tanto amas! ¡Socórreme, Dios mío!

CAPITULO IV

EL NUMERO SESENTA

Las cien naves quedaron ancladas en el golfo Antémona, situado al este de la isla de Citera. Después de emplear un día entero inspeccionando su flota, el tribuno zarpó para Naxos, la mayor de las Cíclades[56], equidistante de Grecia y Asia Menor. Dicha isla podía ser utilizada como base de operaciones contra los piratas, tanto si llegaban por el mar Egeo, como por el Mediterráneo.

Remaba la flota hacia las escarpadas costas isleñas, cuando los vigías señalaron una galera que llegaba del Norte. Poniéndose al habla con ella, se enteró Arrio de que era un transporte procedente de Bizancio y de otros detalles que deseaba conocer con respecto a los piratas.

Procedían éstos de las distintas playas de Euxino, a veces incluso de Tanais, ciudad asentada en la embocadura del río que hoy llamamos Don y que alimenta al mar Azof, que los griegos llamaron Laguna Meótides. La primera noticia que de ellos que se tuvo fue su aparición a la entrada del Bósforo de Tracia en donde destruyeron la flota allí estacionada. Desde este lugar hasta el estrecho de Helesponto (actuales Dardanelos) se habían apoderado de cuantos navíos encontraron al paso.

Tenían una escuadra de unas sesenta galeras bien equipadas. Unas cuantas eran *birremes*[57] y las otras sólidas *trirremes*. Tanto el que las mandaba como los pilotos eran griegos, buenos conocedores de aquellos mares.

Habían hecho presas de inmenso valor y no conformes con saquear ciudades marítimas, entraron también en las del interior, bien amuralladas. El tráfico se había interrumpido casi por completo.

—¿Se sabe en dónde están ahora?

El capitán mercante pudo satisfacer la pregunta que con tanto Interés le hacía Arrio.

Habían estado en Hefestia[58], situada en la isla de Lemos y según los últimos informes, penetraron luego en los golfos que se encuentran entre Úbea y Hélade.

Desde la costa, los habitantes de Naxos pudieron presenciar el extraordinario espectáculo de una flota de cien galeras, que navegaban en orden de combate; la división de vanguardia viró luego hacia el Norte y las otras divisiones, cual los escuadrones de caballería de una columna, siguieron el mismo rumbo. Conociendo las incursiones de los piratas, los isleños vieron renacer sus ánimos y sintiéronse agradecidos por la llegada de las blancas naves romanas. Roma exigía fuertes tributos a aquéllos a quienes sometía, mas su diestra victoriosa velaba siempre por la seguridad de sus posesiones.

Sentíase satisfecho Arrio de que el enemigo se encontrase en aquellas aguas, en donde su destrucción era segura. Calculó que entonces estarían hacia el sur de las Termópilas, es decir, en mitad del canal, y resolvió cortarles la retirada por el Norte y el Sur. Mas para ello debía apresurarse y renunciar a los placeres de Naxos: la fruta, el vino y las mujeres. Navegaron, pues, sin descanso y hacia el atardecer el piloto anunció la costa de Eubea.

Detúvose la flota a una señal de Arrio, que deseaba adoptar ciertas disposiciones. Luego, reanudaron la marcha. Con rumbo a la entrada meridional del canal marchó el tribuno conduciendo cincuenta galeras, en tanto que las otras se dirigían a la parte Norte.

Ninguna de las dos divisiones sería comparable en número a la de los piratas, pero contaban, en cambio, con una gran ventaja: la disciplina, que con seguridad no existía en una horda desenfrenada. Además, si la mala fortuna hacía que una de las flotas romanas fuese destruida, la otra división encontraría al enemigo ya quebrantado y no sería difícil dominarlo.

Mientras, Ben-Hur seguía con el remo. Se le relevaba cada seis horas, mas el descanso en la isla de Antémona habíale permitido recuperar sus fuerzas y se sentía animoso.

El remar, ignorando el lugar en que se encontraba, había hecho olvidar a Judá las diversas sensaciones que se experimentan en el transcurso de una travesía. Mas ahora, esperanzado con la idea de un cambio de vida, prestaba atención a cuantos ruidos llegaban hasta él y contenía la respiración como en espera de oír una feliz noticia.

Después del largo tiempo de su cautiverio había aprendido a conocer la dirección en que bogaban por la proyección de los rayos del sol; y desde la salida de Citera su corazón se ensanchó, calculando que aquélla era la dirección de Judea.

Mas el camino hacia el Norte que se hizo en la isla de Naxos decepcionóle amargamente. No podía adivinar el motivo de aquella desviación, pues los galeotes ignoraban el motivo de la expedición.

Llegó la puesta del sol sin que Judá apreciara cambio alguno de dirección. Entonces notó el aroma del incienso.

—El tribuno está ante el altar —pensó—. ¿No podría ser que se preparara una batalla?

Había estado en muchas batallas sin poder presenciar ninguna. Solía oír el estruendo de la lucha por encima de él.

Por consiguiente, conocía los preliminares de una acción de guerra, uno de los cuales, indispensable para un griego o un romano, era el sacrificio a los dioses.

Para los galeotes, las batallas adquirían un interés contrario al del soldado o el marino; los peligros eran mucho menores y, en caso de derrota, su situación podía mejorar si sobrevivían; hasta les quedaba la esperanza de ser libres.

Encendieron las linternas, las colgaron junto a las escalas y el tribuno se recogió bajo cubierta. A una orden suya los marinos se encajaron la armadura y examinaron y dispusieron las lanzas, jabalinas y flechas, en grandes haces en el suelo, repararon anchas vasijas de aceite inflamable y cestos de pelotas de algodón, y por último el tribuno preparó su armadura, su yelmo y su escudo. Ben-Hur conocía todos estos preparativos y sabían que ahora pasaría el cómitre para amarrar sólidamente a los galeotes, uno a uno, a una cadena con pesados grilletes que les imposibilitaba el sublevarse durante la lucha; si el navío se hundía… no había posibilidad de escapar.

Un gran silencio se produjo en la cámara; sólo se oía el chasquido de los hierros al cerrarse. ¿No le ahorraría el tribuno aquella suprema afrenta?

Ben-Hur esperaba ansiosamente. A cada golpe de remo miraba al tribuno, quien, hechos los preparativos, se había acostado, dispuesto a descansar. El rechinar de hierros sonaba horriblemente en sus oídos. Al fin llegó hasta él. Había perdido toda esperanza, sus dientes crujieron y manteniendo en alto su remo, alargó el pie al oficial.

Entonces, el tribuno se incorporó en el lecho e hizo una señal al cómitre.

Una violenta emoción se apoderó de todo su ser; el tribuno le miraba y algo decía, que no pudo entender, al cómitre, que instalándose en su plataforma empezó a batir el gong para unificar la acción de los remos.

¡Suelto! De momento era bastante. Las notas monótonas del gong llegaban a sus oídos como deliciosa música e impulsó con tal ímpetu el remo

que se dobló como un junco. El cómitre se inclinó hacia el tribuno diciendo:

—¡Qué vigor!

—¡Y qué espíritu! —contestó el tribuno—. Vale más sin los hierros. No se los vuelvas a poner.

Navegaban sólo a fuerza de remo, pues apenas hacía viento. La gente libre de servicio pudo dormir tranquila; Arrio en su lecho, los soldados en el suelo.

Poco antes del amanecer, un hombre descendía silenciosamente de la cubierta y dirigióse a la plataforma en que dormía el tribuno, despertándole.

Arrio se caló el yelmo, ciñó la espada, embrazó el escudo y dirigiéndose al comandante de los soldados dijo:

—¡Estad dispuestos! Los piratas están a la vista.

CAPITULO V

COMBATE NAVAL

Ocuparon sus puestos los oficiales. Tomaron los soldados sus armas y dispusiéronse en orden de batalla sobre el puente. Grandes haces de jabalinas y manojos de flechas estaban sobre cubierta al alcance de los soldados. En el centro veíanse los depósitos de aceite y las pelotas inflamables. Los galeotes libres de servicio fueron reunidos y rodeados de una guardia. Sentíase el sordo rumor de los preparativos sobre el puente. Al fin reinó el silencio, un silencio preñado de vagos temores y ansiosa expectación.

Todo estaba dispuesto.

A una señal, todos los remos se detuvieron de golpe. ¿Qué significaba tal maniobra?

Ninguno de los ciento veinte galeotes amarrados a los bancos se hizo esta pregunta; no mostraban el más pequeño interés.

Nada podía tener incentivo en su alma. La victoria sólo servía para remachar sus hierros, y en caso de desgracia, su suerte sería la del navío; incendiado o echado a pique, perecerían con él.

¿Qué sucedía en el exterior? ¿Quién era el enemigo? De nada podían enterarse. ¿Serían amigos, hermanos o compatriotas? En tales circunstancias se comprende la cruel necesidad que tenían los romanos de tomar sus precauciones inmovilizando en sus bancos a aquellos míseros esclavos.

Un sordo ruido producido por el remar de muchas galeras atrajo la atención de Ben-Hur por el lado de popa. La idea de la proximidad de una flota enemiga que en este momento se formaba en línea para el ataque, asaltó su imaginación y enardeció su sangre.

A una nueva orden llegada de cubierta, los remos quedaron inmóviles sobre las aguas y la galera se estremeció Todo permanecía en silencio; ningún rumor llegaba del exterior y, no obstante, el instinto hacía precaverse a todos

contra un violento choque. El buque pareció recogerse, preparándose, como un tigre, a saltar sobre su presa.

En ocasiones como ésta se pierde la noción del tiempo y Ben-Hur no podía hacerse una idea de las horas y el espacio recorrido. Por fin resonó en cubierta un prolongado toque de corneta. La maza del cómitre cayó pesadamente sobre el resonador y el vigoroso movimiento de los remos hizo saltar hacia delante a la galera. El sonido de otras trompetas se unía al clamor de la del «Astrea». Llegaba desde las galeras que iban a retaguardia.

El rumor de voces se acrecentaba por momentos. Un choque violento conmovió todo el barco, haciendo tambalearse a los remeros, algunos de los cuales cayeron al suelo. Tras un ligero retroceso, lanzóse la nave hacia adelante con una fuerza irresistible. Los gritos agudos y preñados de terror se mezclaban con el tañir de las trompetas y el estruendo de los barcos que crujían tenebrosamente en cada colisión. Oyóse entonces un fragor bajo las aguas; algo crujió y rompiéndose, cayó pesadamente al fondo del mar. Todos los hombres con quienes estaba Ben-Hur se miraron aterrorizados. En la cubierta resonó un alarido de triunfo; los romanos habían vencido, pero… ¿y los hombres que el inmenso mar se había tragado? ¿De qué raza y país serían los que estaban pereciendo?

Sin reposar un momento la «Astrea» volvía a lanzarse con renovados ímpetus. Bajaron algunos marinos a empapar en aceite las pelotas de algodón que las recibían al vuelo desde lo alto de la escala. Un incendio había de ser el complemento de aquel trágico combate.

La galera dio, entonces, un tumbo hacia un costado, con tal fuerza que los remeros apenas podían continuar en los bancos. Transcurrieron unos momentos de ansiosa expectación hasta que un nuevo y alegre clamoreo de los romanos anunció otra victoria. Se acababa de apresar a una nave enemiga, que sujeta en los garfios de la grúa de proa, fue levantada en el aire. Luego fue volcada y echada a pique.

Aumentaba el clamoreo. Crujidos pavorosos y gritos desesperados anunciaban el naufragio de otras naves. La muerte se cebaba en ambos bandos. A menudo bajaba por la escotilla algún romano, tiñendo el suelo con su sangre y habían de tenderle en el suelo, agonizante.

De vez en cuando invadían la cámara densas humaredas, cargadas de nauseabundos olores a carne humana carbonizada.

Ben-Hur comprendió que pasaban a través de la nube de humo del barco incendiado, y unos deseos ansiosos de huir de aquella atmósfera irrespirable se apoderaron de él.

De pronto recibió la «Astrea» un terrible golpe; los remos de una banda se escaparon de las manos de los remeros, que fueron derribados de sus bancos. Crujían violentamente los dos navíos y se oía gran ruido de pisadas en cubierta. Por primera vez el martilleo del cómitre no fue audible. Todos se aterrorizaron. Unos cayeron al suelo incapaces de sostenerse sobre sus temblorosas piernas; otros, buscaban un lugar donde esconderse. Un cuerpo cayó desde la escotilla al lado de Ben-Hur. El rostro del hombre quedaba oculto bajo sus enmarañados y negros cabellos. Era un bárbaro de raza blanca, perteneciente a algún país del norte; la muerte había interrumpido su carrera de devastación y pillaje. Pero, y ¿cómo se encontraba allí? ¿Le había trasladado desde su propio navío una mano de hierro? No era eso, sino que la «Astrea» había sido abordada. El judío se sintió estremecido. Los romanos tenían que combatir con los enemigos que habían penetrado en el navío y probablemente Arrio estaría en peligro. ¿Consentiría Dios que muriera su protector? Si eso ocurriera, todas las esperanzas y sueños forjados en el último tiempo volverían a hundirse en la nada. ¿Perdería para siempre madre, hermana, religión, fortuna…, todo…?

El fragor de cubierta iba en aumento. El joven miró a su alrededor. La confusión reinaba por doquier; los remeros estaban paralizados en sus bancos, los marinos corrían a ciegas de un lado a otro; sólo el cómitre, impertérrito, seguía golpeando el gong inútilmente. En espera de las órdenes del tribuno, permanecía impávido dando muestras de aquella disciplina que había hecho a Roma conquistar el mundo.

Ben-Hur, observando a aquel hombre, recobró su presencia de ánimo y se dijo: «Son el honor y deber lo que mantienen a ese romano en su puesto». Mas, ¿cuál era su propio deber? Vivir. Debía huir de aquel banco indigno y procurar conservar su vida que pertenecía a su familia y a su pueblo. Se imaginaba a los suyos sufriendo, en espera de su ayuda y como si fuera a acudir a prestársela saltó del banco. Mas se contuvo, meditando Sería inútil huir mientras pesase sobre él una condena de Roma, pues en toda la tierra no hallaría un lugar seguro para librarse de la justicia imperial.

Mientras no le absolvieran no podía volver a Judea y vivir tranquilo, procurando la felicidad a su familia. Además, él no podía ni quería tampoco habitar en otro país. Muchas habían sido las súplicas que dirigiera a Dios en solicitud de la absolución y cuando, después de larga espera, parecía haber encontrado una posibilidad de conseguirla, Arrio, su posible bienhechor, estaba en trance de perder la vida. ¡No! Arrio no debía morir. Y si esto

ocurría, Judá prefería morir a su lado que conservar la vida para pasarla eternamente como esclavo en una galera.

Miró de nuevo a su alrededor. La sangrienta lucha continuaba en cubierta; los esclavos se desesperaban inútilmente por soltarse de las cadenas; los guardias que les vigilaron se habían marchado; el pánico se imponía a la disciplina. El cómitre, sin embargo no se había movido de su puesto. Ben-Hur se decidió. Iría a cubierta, no para huir, sino para velar por la vida de Arrio.

Corrió a la escala de la escotilla y cuando ya llegaba al final, el piso se hundió bajo sus pies y cayó al fondo. Acababa de abrirse la parte posterior del casco del navío.

Gracias a su vigor y a la fuerza que la naturaleza parece reservar para esos peligros supremos, pudo, haciendo enormes esfuerzos, aferrarse a un madero y al poco, elevarse y salir a flote. Parecióle que el tiempo que permaneciera bajo el agua había sido una eternidad. Aspiró profundamente y se aseguró en el madero que le sostenía.

Observó entonces que el humo del incendio de las naves cubría la superficie del mar, amenguando el brillo del fuego de los buques. Proseguía la batalla, más ignoraba quién sería el vencedor. Veía desfilar sin cesar los barcos que semejaban negros fantasmas.

El peligro era inminente. Las naves seguían chocando. La «Astrea» se había ido a pique con toda su tripulación y la de dos navíos enemigos que la abordaron a un tiempo. El mar se los había tragado a todos. Los que asidos a maderos, lograban salir a la superficie, • continuaban combatiendo como antes del naufragio. Las negras olas tornábanse rojizas al reflejo de las llamas.

Para el judío todos eran sus enemigos y de ambos bandos podía temer que quisieran apoderarse de la tabla que le sostenía; por ello se apresuró a alejarse.

Oyó entonces ruido de remos y vio que una galera enfilaba hacia él con rapidez. Parecióle la proa de una altura extraordinaria y la luz roja que se reflejaba en sus dorados y esculturas daba al navío la apariencia de un dragón que fuese a devorar al galeote. Bajo ella hervían las aguas, espumosas.

Era cuestión de segundos; el tiempo era precioso y Judá empujó su madero haciendo un supremo esfuerzo. La galera pasó rozándole.

Acababa de escapar de aquel peligro cuando muy cerca de él vió emerger un yelmo; luego, aparecieron dos manos con los dedos engarriados. Ben-Hur se aterrorizó, pensando que la presión de aquellas manos le habría sido fatal. De nuevo vio aparecer las manos, agitándole con el furor salvaje de quien huye de la muerte; en aquéllos desesperados esfuerzos el yelmo se fue hacia

atrás y quedó al descubierto un rostro mortalmente pálido. Pero Ben-Hur dejó escapar una exclamación de alegría y alargando la mano, cuando el yelmo volvía a desaparecer, lo cogió por el *barbuquejo*[58a] y tiró de él hacia el madero.

Acababa de evitar que se ahogase Arrio, el tribuno. El romano estaba ávido de aire e hizo una prolongada aspiración.

Al sonido de un sordo crujido, seguido de un furioso clamoreo, volvió Ben-Hur la cabeza. Su corazón se alegró; la «Astrea» quedaba vengada.

Parecía que la victoria se inclinaba a favor de uno de los contendientes, mas ¿quiénes serían al final los vencedores? La relación entre la victoria y la salvación de Arrio hacía que Ben-Hur sintiese un enorme interés por aquellos acontecimientos. Con grandes esfuerzos había conseguido poner a flote al tribuno.

Empezaba a clarear. ¿Quién conseguiría la victoria? Si ganaban los piratas su protector estaba perdido.

Por fin llegó el día, claro y sereno.

A la izquierda vio tierra, pero les separaba demasiada distancia para intentar alcanzarla. Por doquier flotaban hombres que como él, habían conseguido asirse a maderos y esperaban ayuda. Fragmentos de madera, humeantes aún muchos de ellos, invadían las aguas. Algo distante pudo ver una goleta medio sumergida, con los remos ociosos y la desgarrada vela pendiente de la verga. En la lejanía se divisaban diminutas manchas blancas que podían ser lo mismo galeras que huían, que águilas que volasen sobre las aguas.

Había transcurrido más de una hora sin que llegase auxilio alguno y si éste tardaba mucho Arrio moriría. Tan inmóvil estaba que a veces parecíale ya muerto. Quitóle el yelmo y no sin dificultades, la coraza. Aún latía el corazón, aunque muy débilmente. No quería perder las esperanzas, y no pudiendo hacer otra cosa, esperó, orando fervorosamente a Dios.

CAPITULO VI

ARRIO ADOPTA A BEN-HUR

El que ha estado a punto de perecer ahogado, tras su salvación, ha de soportar unos dolores más penosos todavía que los experimentados criando se ahoga. Al disminuir tales molestias, pudo Arrio, con gran satisfacción de Ben-Hur, hablar un corto rato. Las primeras palabras fueron incoherentes, pero en cuanto adquirió plena conciencia, sus pensamientos se encaminaron a lo que más le importaba; el resultado de la batalla.

—Del final de la lucha depende que nos salvemos o perezcamos. Veo que me has salvado con riesgo de tu vida y, pase lo que pase, te has ganado mi agradecimiento. Si los dioses permiten que salgamos de estos peligros, te daré la recompensa digna de un romano que tiene poder y desea probar su gratitud. Mas todo depende de que podamos conservar la vida. Ahora… —vaciló unos momentos antes de continuar— desearía que me prometieras, por si se realiza cierto suceso, hacerme el favor más grande que un hombre puede hacer a otro. Pero antes de seguir necesito tu juramento de que lo harás.

—Prometo hacerlo, siempre que no se trate de algo prohibido.

—¿Eres realmente hijo de Hur, el judío?

—Ya te dije que lo soy.

—Yo conocí a tu padre…

Acercóse a él Judá ansiosamente, para escuchar las palabras que salían con dificultad de los labios de Arrio. ¡Le hablaba de su padre!

—Le conocí y le quería —siguió el romano.

El pensamiento del hombre pasó a otro punto que debía interesarle sobre manera.

—Siendo tú, hijo de Ben-Hur, has tenido que oír hablar de Catón y de Bruto. Su vida estuvo llena de proezas, pero nunca fueron tan grandes como a

la hora de su muerte. De ellos heredamos la consigna de que «Un romano no debe sobrevivir a su derrota». ¿Oyes?

—Te oigo.

—Los caballeros, en Roma, suelen llevar un anillo. Yo lo llevo; cógelo.

Y alargo la mano para que Judá hiciese lo que él pedía.

—Colócalo en tu dedo.

Y Ben-Hur así lo hizo.

—Tengo grandes propiedades y mucho dinero. Incluso en Roma se me tiene por un hombre rico; y no poseo familia. Este anillo tiene mucha importancia. Se lo enseñas a mi mayordomo, que es mi representante en mi ausencia, y explícale cómo ha llegado a tu poder. Le encontrarás en mi quinta de Misenum y no te negará nada de lo que le pidas. Si vivo te daré la libertad, te restituiré a tu familia y tu fortuna y podrás dedicarte a aquello que más te guste.

—¿Me oyes?

—¡Claro que te oigo!

—Pues ahora… hazme una promesa. Jura por los dioses…

—Por los dioses, no, buen tribuno. Yo soy judío.

—Promete, entonces, por tu Dios y de la forma más sagrada, lo que voy a decirte… Decídete que estoy esperando tu promesa.

—Tu modo de hablar me hace suponer que vas a pedirme algo gravísimo. Dime antes lo que deseas.

—¿Vas a hacer o no la promesa?

—Si no sé de qué se trata no puedo comprometerme y… ¡Bendito sea el Dios de Israel! ¡Allí viene una nave!

—¿Qué dirección lleva?

—Norte.

—¿Sabes distinguir su nacionalidad por sus características?

—No. Ya sabes que mi servicio se limitaba a llevar el remo.

—¿Lleva bandera?

—No veo ninguna.

Permaneció Arrio un rato inmóvil, reflexionando.

—¿Aún conserva la misma dirección? —preguntó.

—Aún la conserva.

—Mira si lleva alguna bandera.

—No tiene ninguna.

—¿Algún otro signo?

—Lleva las velas izadas; tiene tres órdenes de bancos y se aproxima con rapidez. Es todo cuanto puedo decirte.

—Si fuese una galera romana triunfante iría llena de banderas; por tanto, debe de ser enemiga. Escúchame. Si se trata de una galera pirata tu vida no peligra. Lo peor que puede ocurrirte es que vuelvan a ponerte a los remos. Pero yo… —dijo en un balbuceo—. ¡Por Pólux! —exclamó con resolución—. A mi edad no quiero someterme a la deshonra. Deseo que digan que Quinto Arrio se hundió en su navío, combatiendo al enemigo. Si ves que se trata de una galera pirata, tírame al mar para que me ahogue. ¿Has oído? ¡Júrame hacerlo!

—No quiero hacer lo que me pides —dijo Judá con firmeza—. Por eso no lo juro. Mi ley me haría responsable de tu muerte. Ten tu anillo. Te lo devuelvo con todas tus promesas. Una condena me impuso la esclavitud, pero tú sabes que soy tan esclavo como tú liberto. Soy hijo de Israel y dueño de mí mismo. Coge tu anillo.

Arrio no se movió.

—¿Es que no lo quieres? En ese caso lo tiraré al mar, no por cólera o desprecio hacia ti, sino para librarme de esa odiosa obligación. ¿Lo ves, tribuno?

E hizo lo que decía. Aunque no pudo verlo, Arrio oyó el ligero choque que produjo al caer al agua.

—Acabas de cometer una locura. Para morir no te necesito, pues el hilo de la vida puedo romperlo sin tu ayuda. El hombre decidido a morir prefiere perder la vida a manos de otros porque el alma que, según Platón, tenemos todos, es rebelde a su propia destrucción. Si el buque es pirata procuraré escaparme de este mundo. Mi resolución es firme. Soy romano. Quisiera haber hecho algo por ti, pero tú no has querido. El único testimonio de mi voluntad que hubiera podido serte útil, era el anillo. Ahora los dos estamos perdidos. Moriré con la pena de verme arrebatar la victoria y si tú vives lamentarás la locura de haberte privado de los medios para realizar tus piadosos designios con tu familia.

Ben-Hur comprendió las consecuencias de su acto irreflexivo.

—Durante mis años de esclavitud, tú fuiste, ¡oh tribuno!, el único que me miraste bondadosamente, pero no, antes hubo otro.

Entonces recordó la cara dulce de aquel niño que le dio de beber junto al antiguo pozo de Nazaret.

—En todo caso —prosiguió—, tú fuiste el primero que se dignó preguntarme quién era, y si bien es cierto que al sacarte del agua pensé que

me podías ayudar de mil maneras, no fui interesado del todo, te ruego que lo creas. Creo un deber de conciencia decirte que prefiero morir contigo que contribuir a tu muerte, y mi resolución es tan firme como pueda serlo la tuya.

—Pero yo te suplico… te exijo…

—Tu mandato sería de más peso, pero no me forzaría tampoco.

Ambos quedaron silenciosos.

Ben-Hur miraba al navío que se acercaba, mientras Arrio permanecía indiferente y con los ojos cerrados.

—¿Estás seguro que es una nave enemiga? —preguntó Ben-Hur.

—Así lo creo.

—Ahora se detiene y echa un bote al mar.

—¿Divisas la bandera?

—No, pero, ¿no hay otro signo por el que pueda reconocer si es romana?

—Todas las galeras romanas llevan un yelmo en la punta del mástil.

—Entonces, regocíjate, tribuno. Veo el yelmo.

Arrio aún no estaba seguro.

—Ahora los marinos recogen los náufragos que encuentran. Los piratas no serían tan humanitarios.

—Quizá necesitan remeros —replicó Arrio, recordando que a veces él había sido humanitario por el mismo motivo.

Ben-Hur vigilaba los movimientos de los hombres del bote.

—El barco se aleja.

—¿Hacia dónde?

—A la derecha hay una galera al parecer abandonada. La nave que venía hacia aquí y hacia ella… Ahora está a su costado… Ahora manda a bordo algunos hombres.

Arrio abrió los ojos y perdió la calma.

—Da gracias a Dios —dijo a Ben-Hur, después de mirar a la galera—, da gracias a tu Dios como yo las doy a los míos. Los piratas la echarían a pique. Por este acto y por el yelmo en el mástil reconozco que la nave es romana; la victoria es mía. La fortuna no me ha abandonado. Haz señales. ¡Hazles venir pronto! ¡Yo seré un *dunviro* y tú…! Conocí y aprecié a tu padre que era un gran príncipe. Él me hizo comprender que un judío no es un bárbaro. Vendrás conmigo como si fueras mi hijo. Pero llama a esos marinos. ¡De prisa! Tengo que seguir la persecución de esos bandidos para aniquilarlos a todos. Diles que no pierdan tiempo.

De pie sobre el madero en que ambos se sostenían, agitó Judá la mano y llamó con todas sus fuerzas, hasta hacer atender a los marineros del bote, que

no tardaron en recogerles.

En la galera se recibió a Arrio con todos los honores de que era merecedor un héroe tan afortunado. En el puente, tendido en un lecho, porque estaba muy débil, escuchó Arrio cuanto se refería al final de la lucha.

Después de recoger a los supervivientes y poner en seguro las presas, izó su pabellón de comandante y puso rumbo al Norte para reunirse con el resto de la flota y coronar su victoria. Bajaron las cincuenta naves por el canal y persiguieron a los piratas hasta acabar con ellos. Ni uno tan solo, pudo escapar.

El tribuno se apoderó de veinte galeras, como victorioso trofeo.

En el muelle de Misénum se recibió a Arrio con clamoroso entusiasmo, al regreso de la expedición. El joven judío llamó en seguida la atención de los amigos del romano quien se complació en explicar que era aquél su salvador, omitiendo, sin embargo, la parte anterior de la historia de Judá.

—Amigos míos —dijo al final, apoyando afectuosamente una mano sobre el hombro de Ben-Hur—, os presento a mi hijo y heredero. Él gozará de toda mi fortuna si los dioses permiten que deje algo al morir. Deseo que le améis como a mí.

El honrado tribuno adoptó a Ben-Hur según los trámites legales y le introdujo en la corte imperial, pagando así la deuda que con el joven tenía.

En el teatro de «Scauro», un mes después de la vuelta de Arrio, se celebró el «armilustrium[59]», al que acudieron ochenta mil espectadores. Toda una pared estaba ocupada por los trofeos militares, destacándose principalmente las veinte proas con sus respectivos «aplustres», separados de las galeras apresadas. En una inscripción se leía: «Tomadas a los piratas en el golfo de Euripo por Quinto Arrio, *duunviro*».

LIBRO CUARTO

ALBA.— *¿Y si el monarca no se mostrase justo…? ¡Y en esta ocasión…!*

LA REINA.— *Entonces deberé esperar a que llegue la Justicia. ¡Felices aquéllos cuya conciencia les permite aguardar tranquilamente…!*

Schiller.

Don Carlos. (Acto IV, escena XV).

CAPITULO I

BEN-HUR MARCHA A ORIENTE

Es una costumbre muy extendida atribuir a Roma cuantas extravagancias y disoluciones hubo en aquella época, costumbres que se esparcían luego por todos los países que el mundo romano abarcaba. Pero debe tenerse en cuenta que en Grecia y Egipto encontró Roma grandes focos de corrupción. Y es más acertada la idea de que aquella corrupción fue desde Oriente a Occidente y de que Antioquía, unos de los emporios más antiguos del poder asirio, fue el principal foco.

Corría el mes de julio del año veintinueve de Nuestro Señor. Una galera mercante acababa de abandonar el mar y entraba en la desembocadura del Orontes. Eran las doce del día; hacía un calor abrasador y todos los que podían estar en cubierta, aprovechaban las sombras de las velas.

Ben-Hur era uno de los pasajeros. Habían transcurrido cinco años y el joven estaba en la plenitud de su virilidad. Su figura, cubierta por una túnica de blanco lino, tenía un gran atractivo. Durante la hora que permaneció a la sombra de una vela, muchos compatriotas suyos quisieron trabar conversación con él, sin conseguirlo. Respondía a todas las preguntas con brevedad y acrecentaban la curiosidad la pureza del idioma latino que empleaba, sus maneras cultas y su grave reserva. También llamaba la atención el contraste de su porte patricio y ciertos detalles de su persona que lo contradecían. Por ejemplo, sus largos brazos y la magnitud de sus manos. Todo su continente, en fin, hacía pensar que aquel hombre tenía una historia muy interesante.

En uno de los puertos de Chipre había subido a bordo un hebreo de venerable aspecto, al que Ben-Hur hizo algunas preguntas que les condujeron a una animada conversación.

Otras dos naves que se habían visto en alta mar¯ alcanzaron a la que transportaba a Judá, en la desembocadura del Orontes. Ambas lucían banderolas de color amarillo, brillante. Sentían todos curiosidad por saber el significado de aquello y uno de los pasajeros interrogó al anciano hebreo al respecto.

—Esas banderolas —explicó— no dan a conocer la nacionalidad, sino el propietario de la galera.

—¿Ese naviero tiene muchos barcos?

—Muchos.

—¿Sabes quién es?

—Hemos navegado juntos.

Miraron los pasajeros al hebreo, como rogándole una explicación. Ben-Hur atendía también interesado.

—Vive en Antioquía —prosiguió el anciano con parsimonia—. Es muy rico y por ello muy conocido, aunque no demasiado apreciado, pues se cuentan de él algunas cosas… Dicen que hace años había en Jerusalén un príncipe de la antiquísima familia de los.

Aunque se esforzaba por conservar la calma, el corazón de Judá latía apresuradamente.

—Era un comerciante muy hábil para los negocios. Sus expediciones mercantiles abarcaron de Oriente al extremo Occidente y estableció sucursales en las grandes ciudades, una de ellas Antioquía. Dicha sucursal estaba a cargo de Simónides, una familia de esclavos, de origen judío, a pesar de su nombre griego El príncipe Hur murió en el mar, pero el negocio siguió prosperando muchos años. Un día, el hijo del príncipe, casi un niño atentó contra la vida del procurador Graco. Aunque éste quedó ileso, el joven cavó en poder de los romanos y jamás se ha vuelto a oír hablar de él. Ni un miembro de la familia quedó vivo; el palacio hoy palomar, fue sellado y confiscadas las posesiones; cuanto teman los Hur pasó a manos de los romanos. La herida del procurador sanó con ungüento de oro.

Rieron los pasajeros y uno de ellos dijo:

—Es decir, que se quedó con todos los bienes.

Eso es lo que dicen. Yo me limito a repetir lo que me contaron. Simónides continuó el tráfico por su cuenta y en poco tiempo se convirtió en el mercader más rico de la ciudad. Hoy tiene barcos suficientes para flotar una flota real. Todo le sale a medida de sus deseos. Nunca naufragan sus navíos, sus sólo se mueren de vejez y una piedrecita que arroje al río, la recupera convertida en pepita de oro.

—¿Hace mucho que emprendió su comercio?

—Unos diez años.

—Debió empezar con un capital inmenso.

—Dicen que todas las investigaciones del procurador no sirvieron más que para apoderarse de los caballos, ganados, tierras, casas y navíos del príncipe. Del dinero no se pudo averiguar nada.

—Puedo asegurar que yo no lo tengo dijo un viajero, con ironía.

—Eso que tú insinúas —respondió el hebreo es la opinión general. Se cree que la base de base de la fortuna de Simónides fue aquel dinero. También el Probador suponía lo mismo, puesto que dos veces, en el transcurso de cinco años, hizo apresar al comerciante y someterle a tormento.

Judá en el colmo de la excitación, retorcía furiosamente el cable en que apoyaba su mano.

—Aseguran que Simónides no tiene un hueso sano en todo su cuerpo. La última vez que le vi estaba peor que un inválido, convertido en una masa informe.

—¿Fue debido a la tortura?

Tal estado no podía atribuirse ni a los años ni a enfermedad alguna. Mas todo lo soportó sin amedrentarse, limitándose a decir que lo que poseía era suyo y podía emplearlo legalmente a su antojo. Por fin le han dejado en paz y tiene licencia para comerciar, firmada por el propio Tiberio.

—Muy cara tendría que pagarla.

—Estos barcos son suyos —prosiguió el anciano, sin atender a la interrupción—. Los marineros acostumbran a saludarse con esas banderas amarillas cuando se encuentran dos navíos en la mar.

Con esto terminaron las explicaciones del hebreo. Cuando el barco mercante entró en el río, Judá le preguntó:

—¿Puedes decirme el nombre del príncipe a que te has referido antes?

—Ithamar de la casa de Hur, príncipe de Jerusalén.

—¿Y qué le ocurrió a la familia?

—Es casi seguro que el niño haya muerto, pues le enviaron a galeras y tal castigo no se puede soportar más de un año. De la viuda y la hija no se volvió a saber nada; desaparecieron.

Absorto en sus pensamientos, paseo Judá por el puente, sin mirar siquiera las deliciosas riberas con bellos huertos y vergeles y las frondosas espesuras, pobladas con los árboles de fruta más exquisitas de Siria que rodean las hermosas villas, sombreadas con parras y jazmines. Tampoco llamaron su atención el infinito número de navíos que subían o bajaban por el río,

transportando riquezas de Oriente y Occidente; ni atendió al alegre canto de los marineros que al pasar se saludaban, ni admiró el esplendoroso cielo. En medio de tan diáfana belleza, una densa niebla entenebrecía su alma.

Un sólo momento salió de su abstracción, al llegar a la altura del bosquecillo de Dafne[60], pero tan sólo le dirigió una mirada carente de interés.

CAPITULO II

EN EL ORONTES

Cuando al doblar un recodo del río, quedó a la vista la ciudad, todos los pasajeros subieron a cubierta, deseosos de contemplar el magnífico espectáculo que se ofrecía a su vista.

El venerable hebreo, por conocer bien la ciudad, era el principal cicerone.

—Aquí toma el río la dirección Oeste. Antes sus aguas bañaban el pie de las murallas, pero ahora el tío pasa encauzado entre muelles por toda la ciudad; esto es una ventaja para el comercio que, gracias a la paz que reina aquí, desde que Roma impera en Antioquía, es muy próspero. Allí abajo —y el anciano señaló hacia el Sur—, está el Monte Casio, que las gentes llaman Montañas del Orontes, paralelas a la cordillera del Amnus en el Norte; el llano de Antioquía se extiende entre ellas. Más lejos están las Montañas Negras, desde donde el Acueducto de los Reyes, conduce el agua más pura a la ciudad. Todavía al pie de aquellos montes hay bosques poblados de fieras y pájaros.

—Y el lago, ¿dónde está? —quiso saber uno.

—Hacia el Norte. A caballo o en una barca se puede ir a verlo. Entre el lago y el río hay un canal que los comunica.

—¿Que hable del bosquecillo de Dafne? —decía, a otro curioso—. No es posible describirlo; hay que contemplarlo. Apolo lo prefería al Olimpo. El que lo contempla una sola vez, no quisiera alejarse nunca de sus mágicas riberas. Dice cierto proverbio que «Es preferible ser gusano alimentado por las moras de Dafne que huésped mimado de un rey».

—¿Es decir que me aconsejas que no vayamos a verlo?

—¡No, por Dios! Si va todo el mundo; filósofos cínicos, jóvenes viriles, dulces doncellas, sacerdotes respetables… Todos van allí. No puedo aconsejar porque estoy seguro de que irás. Ve directamente a la aldea más cercana al

bosque, pues si te alojas en la ciudad perderás tiempo. El camino de la aldea que digo está bordeado de cristalinas fuentes. Los adoradores del dios y de la doncella Penaea construyeron la ciudad con pórticos y alamedas y retiros deliciosos, donde se encuentran dulzuras y placeres que no pueden hallarse en ningún otro rincón de la tierra. Te asombrará la muralla de la ciudad, construida por Xeraeus, célebre constructor.

Todos seguían con la mirada el dedo índice del narrador, que les señalaba cuanto iba nombrando.

—Al primero de los *seléucidas*[61] se debe la construcción de esta parte. Han pasado trescientos años que la han endurecido y hoy parece formar parte del peñón en que se asienta.

Señalaba una alta fortaleza judía, sólida, imponente, que se perdía de vista hacia el Sur.

—Cada una de sus cuatrocientas torres es un depósito de agua. Mirad. Detrás de la muralla hay dos montañas que rivalizan con las simas del Sulpius. La Ciudadela donde hay todo el año una legión romana, está construida en la más lejana. El templo de Júpiter está enfrente y debajo de la fachada la residencia del Legado.

Recogían velas los marineros'y el hebreo dijo alegremente:

—¡Animo! Vosotros, los que odiáis el mar, cesad en vuestras plegarias por llegar sanos a puerto. ¿Veis aquel puente sobre el que pasa el camino de Seleucia? Aquél es el final del viaje. Respecto a la ciudad, sólo tengo que deciros que seréis felices toda la vida recordando que la habéis visto.

Viró lentamente el navío para acercarse al muelle, en donde el movimiento y tráfico eran extraordinarios.

Ben-Hur buscó al respetable hebreo y le dijo:

—Perdona que te distraiga un momento antes de despedirme de ti.

El hombre se inclinó atento.

—La historia del comerciante ha excitado mi curiosidad y deseo verlo. ¿Dices que se llama Simónides?

—Sí. Es un judío con nombre griego.

—¿Dónde podré bailarle?

El viejo le dirigió una mirada escrutadora antes de contestar.

—Quiero ahorrarte una molestia. Nunca da dinero a nadie.

—Ni yo pienso pedírselo.

—Cualquiera diría —prosiguió, tras reflexionar un momento— que el comerciante más rico de Antioquía ha de tener una mansión adecuada a su fortuna, pero no es así; vive en un edificio que más bien parece pertenecer a

las torres de las murallas. Ante la puerta, se extiende un desembarcadero que siempre está repleto de mercancías. Todos los navíos que están anclados allí, le pertenecen.

—Te doy mis más sinceras gracias.

—La paz de nuestros padres vaya contigo.

—Y contigo.

Ben-Hur llamó a dos faquines para que cargaran al equipaje que habrían de conducir a la Ciudadela.

Dos grandes calles, cortadas en ángulos rectos, dividían en cuatro barrios la Ciudadela. Al comienzo de la que iba de norte a sur se levantaba el *Nymphaeum*[62]. El joven judío, aunque venía directamente de Roma, quedó deslumbrado por la magnificencia de esta avenida. A un lado y otro se alzaban imponentes palacios, extendiéndose entre ellos una doble hilera de columnas que dividían la calle en tres vías destinadas a los viandantes, a las caballerías y a los carros. Por todas par tes se disfrutaba de sombra y habían muchas y armoniosas fuentes.

Ben-Hur no tenía humor para disfrutar del espectáculo. La historia de Simónides llenaba su alma. Al llegar al Onfalo[63], especie de arco de triunfo de cuatro arcadas en el cruce de las calles, magníficamente decorado y que se había erigido a sí mismo Epífanes, cambió de pronto de propósito y dijo a los faquines:

—Prefiero no ir esta noche a la Ciudadela. Llevadme al *khan*[64] más próximo al puente del camino de Seleucia.

Cambiando de dirección, le llevaron a un establecimiento público de construcción primitiva, pero amplio y cómodo, a poca distancia de donde vivía Simónides. Ben-Hur se acomodó, según la costumbre siria, en el terrado para pasar la noche, y no le abandonó ni un instante el pensamiento de volver a ver a su familia.

—Ahora sabré si mi madre y mi querida Tirza viven.

CAPITULO III

LA PETICIÓN DE SIMONIDES

Muy temprano, sin haber pensado siquiera en visitar la ciudad, se encaminó Ben-Hur a casa de Simónides. Atravesó una puerta almenada y entró en los muelles, mezclándose con una afanada multitud.

Se detuvo al llegar al puente de Seleucia, donde se encontraba la casa del comerciante: una sólida construcción de sillares sin labrar qué parecía una dependencia de la muralla en que se apoyaba. Las dos grandes puertas de la fachada daban al muelle. Hacían las veces de ventanas unos agujeros, cercanos al tejado, protegidos por barrotes de hierro. En las hendeduras de los sillares y las junturas de las losas crecían un negruzco musgo.

Por una de las puertas salían las mercancías expedidas y por la otra entraban las que llegaban. Era un movimiento continuo y acelerado. Los numerosos grupos de esclavos semidesnudos no cesaban de ir y venir, transportando pesados fardos.

Una flotilla de navíos se hallaba a un lado del puente, con una bandera amarilla ondeando en cada mástil. El constante ajetreo de los cargadores bulliciosos aturdía al espectador.

Ben-Hur apenas prestó atención a la muralla bañada por el agua, y en la que se erguían las caprichosas torrecillas de un palacio imperial. Su interés estaba ahora puesto en los pensamientos que embargaban su alma. Se enteraría de si era cierto que Simónides había sido esclavo de su padre, aunque… ¿querría aquel hombre reconocerlo? Eso presupondría, para el que hasta entonces era rey de aquel mundo mercantil, además de renunciar a todas sus riquezas volver a su ínfima categoría de esclavo. Atreverse a exigirle tal cosa parecía algo monstruoso.

Mas Ben-Hur sabía cuáles eran sus derechos y la esperanza hendía su corazón. Ciertamente, si la historia que le habían referido era verdadera, a él

le pertenecían todas las riquezas de Simónides, mas no eran dichas riquezas las que obligaban a Judá a hacer aquella visita.

—Con tal que me diga en dónde están mi madre y Tirza puede quedarse con su libertad y su riqueza —se decía. Y penetró resueltamente en la casa.

A pesar de la escasa luz y la atmósfera sofocante de aquel inmenso almacén repleto de mercancías, los empleados se movían vivamente; otros con sierras y martillos, construían embalajes. Abrióse paso entre los fardos y cajones y avanzó lentamente, mientras se hacía mil preguntas respecto al hombre a quien iba a visitar. ¿A qué clase habría pertenecido? Sería hijo de un siervo, de un deudor…

Sus consideraciones no amenguaban el respeto que el desconocido comerciante le inspiraba.

—¿Qué deseas? —preguntóle uno de los hombres—. Necesito ver a Simónides, el comerciante.

—¿Quieres acompañarme?

Cruzando entre montañas de mercaderías empaquetadas, llegaron a una escalera que les condujo al terrado. Ben-Hur contempló con asombro el edificio que se ofrecía a sus ojos. Era una casa construida sobre el almacén y quedaba invisible desde el muelle y desde el lado oeste del puente. El terrado, rodeado de una pequeña valla, estaba lleno de flores, que le prestaban la apariencia de un jardín; al fondo estaba la vivienda en cuya fachada no había otra abertura que la de la puerta de entrada, a la que se llegaba por un sendero bordeado de grandes rosales persas. Un suave y penetrante perfume se aspiraba por doquier.

Siguiendo al guía, Ben-Hur entró.

—Un extranjero desea ver al amo —dijo el hombre que le acompañaba, al llegar al final de un corredor.

—¡Pues, que entre, en nombre de Dios! —dijo una voz bien timbrada, que salía de detrás de una cortina.

La habitación en que entró Judá parecía un atrio romano. Las paredes estaban divididas en paneles, en los cuales había repisas y departamentos llenos de libros, grandes y oscurecidos por los años y el uso. Los marcos de dichos paneles eran de madera blanca y estaban cincelados en maravillosos dibujos del gusto más caprichoso.

El techo, levantado sobre una cornisa que parecía formada por huevos dorados, estaba coronado por una cúpula baja, formada por centenares de hojas de mica de tono violado que permitían el paso de la luz proporcionándola un suave y delicioso matiz.

Una gruesa alfombra que amortiguaba el rumor de los pasos cubría todo el suelo.

En la habitación había dos personas: un hombre sentado en un sillón de alto respaldo y una hermosa doncella.

Sintió Ben-Hur que la sangre se agolpaba en sus mejillas y más que por respeto, para ocultar su embarazo, hizo una profunda reverencia. Por ello no pudo observar la turbación del anciano que reprimió inmediatamente. Al levantar los ojos, vió Judá que las dos personas ante quienes se hallaba conservaban la misma actitud.

—Si eres Simónides, el comerciante judío, que la paz del Dios de Abrahán sea contigo y los tuyos.

—Yo soy Simónides: judío de nacimiento. Te devuelvo el saludo y te pido que me digas quién eres.

Le escuchaba Ben-Hur, mientras contemplaba aquel cuerpo hundido entre los almohadones y sintió por él una profunda piedad. La cabeza de aquel cuerpo deforme era soberbia, digna de un conquistador o un hombre de estado. Su cráneo abovedado semejaba el del César modelado por Miguel Angel. Sobre su frente caían blancos bucles que aumentaban la negrura de sus ojos. El rostro estaba cubierto de infinitas arrugas. De aquel hombre no podía apreciarse otra cosa que sus ojos y la cabeza. La cabeza que permitía adivinar a un hombre capaz de conmover al mundo. Un hombre que había quedado reducido a una masa informe sin arrancarle una confesión. Un hombre que podía considerarse invulnerable y cuyo punto flaco era la lealtad de sus sentimientos.

Tendiéndole las manos abiertas con las palmas hacia arriba, como ofreciéndole la paz, le dijo Ben-Hur:

—Soy Judá, hijo de Ithamar, cabeza de la casa de Hur y príncipe de Jerusalén.

La rugosa y deforme mano del comerciante estrechó la de Judá sin dar muestras de efusión o interés.

—En mi casa siempre son bien recibidos los príncipes de Jerusalén de pura sangre. Sé, pues, bienvenido. Ester, trae un asiento a este joven.

—Siéntate, descansa y que la paz del Señor sea contigo —dijo la joven acercándole un escabel. Y volvió al lado de su padre sin haber podido adivinar el motivo de la visita del judío; de lo único que se dio cuenta fue de que el alma del visitante estaba herida y necesitaba ser curada.

—Suplico al buen Simónides que no me tenga por un intruso —dijo Ben-Hur sin decidirse a sentarse y con la mayor deferencia—. Al llegar aquí me

enteré de que conociste a mi padre.

—Conocí y fui socio del príncipe Hur. Hicimos grandes beneficios en los países que hay más allá del mar y del desierto Pero… te ruego que te sientes; y tú, Ester, trae vino para este joven. Es una familia muy antigua la de los Hur. Nehemías[65] ya habla de un hijo de Hur que gobernó medio Jerusalén y en los tiempos de Moisés y de Josué Dios favoreció a muchos miembros de esta casa y merecieron los honores de los hombres. Un descendiente directo no va a rehusar en mi casa una copa de vino de Sorek, cercano a las vertientes meridionales del Hebrón.

Ya Ester llenaba una copa de plata con el vino de un jarrón que cogió de una mesa cercana. Se la entregó con la vista baja. Ben-Hur pudo apreciar que la muchacha, de poca estatura, pues apenas le llegaba al hombro, era graciosa y afable y de sus delicadas facciones, resaltaba la inefable dulzura de sus ojos.

—Así sería Tirza si viviera. Linda y buena —se dijo el joven, y en voz alta añadió—: No. Tu padre… Es decir; no sé si es tu padre.

—Sí, lo es. Yo soy Ester, hija de Simónides —repuso ella con dignidad.

—Espero, hermosa Ester, que tu padre, cuando haya oído lo que tengo que decirle, varíe de opinión respecto a mí; aunque tarde en aceptar su vino de noble solera, espero no perder por ello su favor. Ten la bondad de permanecer un momento a mi lado.

Y ambos se volvieron hacia el comerciante.

—Simónides, cuando mi padre murió tenía un siervo de tu mismo nombre; me han dicho que ese siervo eres tú.

—Ester, Ester —llamó el anciano severamente, estremeciéndose—. Ven aquí, no ahí. Tú eres hija mía. ¡Ven aquí!

Miró la doncella alternativamente a su padre y al visitante y tras colocar la copa sobre la mesa, situóse junto a su padre. El asombro y la preocupación se pintaba en su rostro.

Alzó Simónides la mano y la puso entre las de su hija que se apoyaba cariñosamente en su hombro.

—Me ha envejecido antes de tiempo el tratar y comerciar —su tono era tranquilo e indiferente—. Es pero que la persona que te ha hablado de mí conoce mi vida y te haya persuadido de que no soy un hombre falto de afecto para mi familia. ¡El Dios de Isaac ayude a aquel que al fin de sus días se ve obligad a agradecerle tanto! Tengo pocos afectos, pero son muy firmes. Uno es el de ella —y besó, tiernamente, las manos que oprimía con la suya—. Siempre me ha querido de la manera más desinteresada. Si me faltara su compañía moriría de pena.

Bajó Ester la cabeza, rozando suavemente con sus mejillas las de su padre.

—Después de mi hija todo mi afecto lo tengo entregado a un recuerdo que abarca a toda una familia si… —su voz se debilitó— si supiera qué le ocurra.

Sin poderlo evitar y enrojeciéndose por la emoción, avanzó Ben-Hur hacia Simónides, exclamando:

—¿De quién hablas? ¿De mi madre y de mi hermana?

Aunque Ester alzó la cabeza, asombrada, su padre permaneció tranquilo y contestó con toda calma:

—Acaba de oírme. Antes de que yo prosiga y te hablaré de mis relaciones con el príncipe. Hur debes de demostrarme quién eres. ¿Tienes alguna prueba, algo escrito?

Ben-Hur, comprendiendo lo justificado de aquella petición, enrojeció más aún y cuando quiso hablar, de su boca salió sólo un balbuceo.

—¡Las pruebas! Necesito esas pruebas —le instó Simónides—. Preséntamelas; que yo pueda verlas.

Pero el joven seguía sin saber qué responder. Ni había pensado en aquella exigencia tan lógica y que ahora le anonadaba. En los tres años en galeras per dió cuanto servía para identificarle y muertas su madre y hermana, nadie le había de reconocer. ¡Si hubiera estado allí Quinto Arrio! Pero, ¿qué otro comprobante podía el romano presentar que no fuese la historia de cómo encontró al judío y su creencia de que era Ben Hur? Además, el noble tribuno había muerto y Judá, se sintió en aquel momento más solo y afligido que nunca. Con las manos unidas y los ojos fijos en el cielo, guardaba silencio. Simónides respetó su sufrimiento, permaneciendo también callado.

—Sólo puedo contarte mi historia —dijo al fin Judá—. Te ruego que te dignes oírla con buena voluntad.

—Habla, que te escucho de buen grado, y ten e: cuenta que no he negado que seas quien dices.

Con apresuramiento y elocuencia, fue explicando Ben-Hur toda su vida. Cuando llegó a la época que conoció a Arrio, dijo:

—Mi bienhechor era apreciado por el Emperador, que le llenó de honores y recompensas; recibía también magníficos regalos de los comerciantes de Oriente agradecidos, y llegó a ser considerado uno de los más ricos de Roma. El noble Arrio me adoptó como hijo y yo hice cuanto pude por corresponder a sus bondades, portándome como el mejor y más obediente de los hijos. Él habría querido convertirme en un filósofo, un maestro en las artes, en la retórica o en la oratoria y para ello me proporcionó los mejores maestros.

Pero un judío no puede renegar de su patria y su religión. Yo no olvidé a nuestro Dios, ni la gloria de los profetas, ni la ciudad fundada por David y Salomón y no obstante, acepté los beneficios del romano; ¿sabes por qué? En primer lugar porque le amaba y, además, porque deseaba con su ayuda, tener influencias que pudieran ayudarme a descubrir el paradero de mi madre y mi hermana. Por otra parte, ciertos motivos, que ahora no hacen al caso, me impulsaban a consagrarme a las armas y adquirí pericia en el arte de la guerra. Tanto en el campamento, como en las palestras y circos de la ciudad, gladié y trabajé con empeño. Adquirí pronto fama, mas no con el nombre de mis padres, sino como hijo de Arrio, el *duunviro*. Las coronas que obtuve pueden verse en las paredes de la villa de Misénum. Pendiente siempre de conseguir mi objetivo, salí de Roma para venir a Antioquía con el cónsul Majencio, y seguir la campaña que organiza contra los partos. Ahora, maestro ya, en el manejo de las armas, deseo conocer cuánto se refiere al mando y gobierno de un gran ejército en campaña. He sido admitido por el cónsul como agregado y familiar suyo. Ayer, cuando entrábamos en el Orontes, al cruzarnos con unos barcos en los que ondeaban banderas amarillas, un compañero de viaje dijo que pertenecían a Simónides y relató tu historia, sin omitir que fuiste siervo del príncipe Hur, y que Graco te sometió a martirios y crueldades.

Inclinó la cabeza el anciano al oír aquello y su hija ocultó su rostro en el cuello de su padre. Mas éste no tardó en alzar la vista, diciendo:

—Prosigue. Fe escucho.

—Veo buen Simónides, que mi explicación no acaba de convencerte; aún recelas.

Las acciones del comerciante permanecían inalterables, frías cómo el mármol y su lengua, pesada como el bronce, guardó silencio.

—Veo con claridad mi difícil posición —prosiguió Ben-Hur—. Me resultaría sencillísimo demostrar mis conexiones con los romanos, pero me veo en la imposibilidad de demostrar que soy hijo de mi padre. Cuantos pudieron ser testigos, o han muerto o han desaparecido. —Y se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

Tomó Ester la copa que antes le había rechazado y se acercó a él, diciendo:

—Es vino de la tierra que tanto amamos. Te ruego que bebas.

Ben-Hur vio las lágrimas que brillaban en los ojos de la doncella y se dijo que su voz era tan dulce como la de Rebeca al ofrecer agua junto al pozo de Nahor. Y no pudo negarse a aceptarlo.

—Tu corazón está lleno de bondad, hija de Simónides, y grande es tu misericordia al permitir participar de ella a un desconocido.

Volvióse luego al anciano para decirle:

—Retiro mis palabras, Simónides, puesto que ninguna prueba puedo darte de que soy hijo de Hur, y no he de volver a turbar tu reposo. Quiero que sepas de todos modos, que no te he buscado para hacerte volver a la servidumbre, ni ansiaba tu fortuna. Cuanto con tu genio y tus manos has sabido ganar te pertenece; guárdalo, pues, en buena hora, pues a mí no me hace falta. Mi padre adoptivo, al fallecer, me dejó una fortuna digna de un rey. Si piensas alguna vez en mí, recuerda que he jurado por los profetas y por Jehová, nuestro Dios, que me ha traído hasta ti, que tan sólo fue el propósito de averiguar algo de mi madre o de Tirza. ¡Pobre hermana mía! Podía ser ahora una doncella tan bella y graciosa como tu dulce hija. ¿No puedes darme noticias de ellas…?

Ester dejó escapar las lágrimas, pero el anciano se mantenía obstinado y respondió con voz clara:

—He dicho que conocía al príncipe Hur. Me enteré de la desgracia que afligió luego a la familia; el causante de tal desgracia me torturó también a mí. Quise averiguar el paradero de la familia e hice cuantas pesquisas estuvieron en mi mano…, mas nada pude saber. Han desaparecido.

—Eso… quiere decir que acabo de perder otra esperanza —dijo Judá, sollozando—. Te pido que perdones mi atrevimiento; dispensa cuantas molestias haya podido causarte, teniendo en cuenta el sufrimiento que aflige mi alma. Mi vida ya no tiene otro objeto que la venganza. Adiós.

Lentamente llegó a la salida, diciendo al llegar allí:

—Os doy las gracias a los dos.

—Que la paz sea contigo —deseóle el mercader.

Los sollozos impidieron a Ester dirigir a Ben-Hur una palabra de despedida.

CAPÍTULO IV

SIMONIDES Y ESTER

No hizo más que salir el visitante, cuando Simónides pareció despertar de un sueño; coloreóse su tez, brillaron sus ojos con intenso fulgor y dijo animadamente:

—¡En seguida, Ester, llama!

Ella agitó la campanilla que había sobre la mesa.

Uno de los paneles de la pared se descorrió, para dar paso a un hombre que, tras una profunda reverencia, fue a situarse delante del comerciante.

—Acércate, Malluch. ¡Aquí! —dijo con tono imperativo—. ¡Óyeme! La misión que voy a confiarte no debe fracasar, aunque el sol tuviera que dejar de alumbrar al mundo. Acaba de estar en el almacén un hermoso joven con traje de israelita. Debes seguirle como si fueras su sombra y darme un informe todas las noches sobre lo que hace y qué clase de personas frecuenta. Si oyes algo de lo que habla debes repetírmelo textualmente; me interesa saber todo lo que se refiera a ese joven; sus propósitos, sus costumbres, su vida. Tienes que intentar convertirte en su amigo, y puedes decirle lo que te parezca oportuno, excepto que estás a mi servicio. Date prisa; no pierdas ni un instante.

Después de saludar, se alejó Malluch del mismo modo que apareció; Simónides sonrió, frotándose las descarnadas manos.

—Dime qué día es hoy, hija mía. Dímelo, que necesito saberlo para recordarlo como una fecha feliz. Y ríe, Ester, ríe.

—¡Ah, padre mío, yo quisiera olvidar este día!

El rostro de Simónides cambió bruscamente. Cayeron sus brazos a lo largo de su cuerpo, nublándose su semblante; luego dijo sin levantar la cabeza:

—Cierto, hija mía. Hoy es día veinte del cuarto mes. Hace cinco años que en un día como hoy tu madre murió. Era para mí como un bosquecillo perfumado en los viñedos de Ein-Guedi. Quedó lejos, en una tumba excavada en la montaña. Sin embargo, me dejó una lucecita en mis tinieblas que los años han convertido en esplendoroso sol.

Al decir esto levantó su mano y la posó en la cabeza de su hija; luego prosiguió:

—Amado Señor, te doy las gracias porque en mí Ester ha revivido mi querida Raquel —y levantando la cabeza repentinamente, preguntó:

—¿Hace buen tiempo?

—Hasta hace un rato lo hacía.

—Si lo sigue haciendo, que venga Abimelech y me lleve al jardín para que pueda contemplar el río y las naves y quiero decirte, querida Ester, por qué mi boca ríe y está llena de alegres cantos.

Acudió el criado a quien Ester mandó empujara el sillón de ruedas de su padre, trasladándolo a la azotea, lugar al que el viejo llamaba su jardín.

Entre rosas y macizos de flores diversas, condujeron el sillón hasta un espacio desde donde se pudieran contemplar la azotea y las torrecillas del palacio de la isla, el puente tendido hasta la otra orilla y el río cuajado de naves.

Sentada sobre el brazo del sillón de su padre, Ester esperaba con curiosidad sus palabras.

—Cuando el joven hablaba, ¡oh Ester!, te estaba observando y vi que su causa te había ganado.

Ella bajó los ojos al responder:

—Si te refieres a lo que pienso de él te diré que, en opinión mía, no te ha mentido.

—¿Crees que es el hijo del príncipe Hur?

—Si no lo es… —dijo vacilando.

—¿Si no lo es, Ester?

—Desde que mi madre, respondiendo al llamamiento del Señor, nos dejó, he sido tu amanuense. Te he visto tratar con toda clase de hombres que buscan su medio lícito o ilícito y en verdad te digo que si ese joven no es el príncipe, jamás la falsedad representó mejor su papel.

—¡Por la gloria de Salomón! ¡Tienes razón! ¿Crees a tu padre siervo del suyo?

—Entendí que hablaba de eso como de algo que él había oído.

Simónides deslizó la mirada por el bosque de mástiles de sus navíos, aunque sin verlos, pues sus pensamientos se hallaban muy lejos.

—Eres una buena hija, Ester. Voy a contarte una penosa historia de mí y de tu madre y cosas pasadas que oculté a los romanos y que tú desconoces… Nací en una tumba del valle de Hinnón. Mi padre y mi madre eran siervos hebreos encargados del cultivo de los olivos higueras y viñas en el jardín del rey. Siendo niño les ayudé en sus faenas. Eran de la clase de siervos obligados a la esclavitud para toda la vida. Me vendieron al príncipe Hur, muy amigo entonces del rey Herodes y el hombre más rico de Jerusalén. Desde el jardín de palacio me trasladó mi nuevo amo a su almacén, en Alejandría de Egipto, en donde estuve hasta hacerme hombre. Le serví seis años, y al séptimo, según la Ley de Moisés fui libre.

Ester palmoteó alegremente.

—¡Oh, entonces no eres siervo de su padre!

—Escucha, hija, escucha. Por aquellos días habían abogados que discutían en los claustros del Templo, arguyendo que los hijos de los siervos, obligados por siempre a la servidumbre, tomaban la condición de los padres. El príncipe Hur era un hombre justo, y fiel intérprete de la Ley. Sostuvo que yo era un siervo comprado en el legítimo sentido del gran Legislador y con su escrito sellado, que aún conservo, me declaró libre.

—¿Y mi madre?

—Ten paciencia, todo lo sabrás. Cuando terminó mi servidumbre el príncipe me pagó todos los gastos para venir por la Pascua a Jerusalén. Como le tenía gran afecto le rogué me retuviera a su servicio y estuve con él otros siete años como hebreo asalariado. Me encargué de las expediciones marítimas y de los viajes por tierra de las caravanas que se dirigían hacia el Este, a Susa Persépolis, o a los países de la seda, situados mucho más allá. Eran empresas peligrosas, pero el Señor bendijo todo lo que emprendía. Traje enormes ganancias para el príncipe y un rico caudal de conocimientos para mí Cierto día, estando de paso y como huésped en su casa de Jerusalén, una criada me trajo sobre una bandeja unas tostadas. Me servía por primera vez. Era tu madre y yo la amé. Me llevé su imagen grabada en el corazón. Trascurrido algún tiempo pedí al príncipe me la diera por esposa. Era una sierva para toda la vida, pero si ella lo deseaba, la haría libre para acceder a mi deseo. Tu madre me dio su amor, pero era feliz donde estaba y rehusó a la libertad. La rogué y supliqué en mis espaciadas visitas y aunque ella consentía en ser mi mujer me invitaba a que fuese su compañero de servidumbre. Nuestro padre Jacob sirvió siete años más por su Raquel. ¿No podía hacer yo

otro tanto por la mía? Pero tu madre quería que yo sirviese como ella, para toda la vida. Me marché desesperado, pero volví. Mira. Ester.

Se tiró un poco del lóbulo de la oreja izquierda, y preguntó:

—¿No ves la cicatriz de la lezna?

—¡Sí, sí! ¡Ahora veo cuanto querías a mi madre!

—¡Mucho, Ester, mucho! Era más para mí que la *sulamita*[66] para el rey del Cantar de los Cantares; más bella y más pura; fuente de los jardines, pozo de aguas vivas, manantial del Líbano. El príncipe me condujo ante los jueces, y detrás de su puerta me atravesó la oreja con la lezna clavándola en la puerta según la ley; y yo fui su siervo para siempre. Así conquisté a mi Raquel.

Ester se inclinó para besarle, y ambos quedaron silenciosos, pensando en la muerta.

—Mi amo —prosiguió Simónides—, se ahogó en el mar y ésta fue la primera pesadumbre seria que amargó mi vida Yo para entonces, era el representante general; todo lo que le pertenecía estaba bajo mi dirección. ¡Considera cuanto me amaba y que confianza tenía en mí! Fui a Jerusalén a rendir cuentas a la viuda y ella me confirmó en mi empleo, en el que le serví con igual celo y diligencia que a su esposo. Los negocios prosperaban de año en año y así pasaron diez. En esta época sucedió el fatal golpe de que has oído hablar al joven: un accidente, como él dice, que estuvo a punto de matar al procurador Graco. El romano lo declaró como premeditado intento de asesinato. Con este pretexto y con la aprobación de Roma, confiscó para sí la inmensa fortuna de la viuda y los niños y no contento con esto, para que no pudiera haber casación de sentencia, se deshizo de todas las partes interesadas. Y la familia Hur se perdió. El hijo, a quien veía cuando era niño, fue enviado a galeras. La viuda y la hija fueron confinadas en algunos de los muchos torreones de Judea, que una vez cerrados tras los cautivos son como sepulcros sellados. Todos se olvidaron de ellos y ahora no se sabe ni tan siquiera si están muertos.

Los ojos de Ester no podían contener las lágrimas.

—Ester, tu corazón es bueno, bueno como el de tu madre. Y ruego a Dios que no tengas que sufrir la suerte de los tiernos corazones: la de ser pisoteados por los despiadados. Corrí a Jerusalén para proteger a mi bienhechora, pero fui apresado a la entrada de la ciudad y llevado a una profunda mazmorra de la Torre Antonia. Graco acudió en persona para pedirme el dinero de la casa de Hur, que según nuestra costumbre de cambios, dependía de mí en diferentes plazas. Me exigió que firmara una letra a su orden y yo me negué. Él se había apoderado ya de las casas, tierras,

mercancías, y navíos que pertenecían a mis amos, sólo le faltaba el dinero contante y sonante. Me negué, pues, a las exigencias del tirano y él me puso al tormento, mas mi voluntad triunfó y tuvo que darme la libertad; no pudo arrancarme ni un sido. Me volví a casa y empecé a trabajar para rehacer la quebrantada fortuna, pero en vez de hacerlo con el nombre del príncipe de Hur, trabajé con el nombre de Simónides de Antioquía. Ya sabes cómo he prosperado, conoces el aumento maravilloso de los millones del príncipe en mis manos, sabes, también, como al cabo de tres años, cierto día que entré en Cesárea fui apresado y torturado por segunda vez por Graco para obligarme a confesar que mis bienes y mi dinero habían sido del príncipe y por lo tanto confiscables; ya sabes que también fracasó esta vez. Volví a casa quebrantado y encontré a mi Raquel muerta de susto y pena Compré al Emperador una licencia para traficar libremente por todo el mundo y hoy, hoy Ester, lo que estaba en mis manos como depósito, se ha multiplicado tanto que enriquecería a un César.

Levantó orgullosamente la cabeza y sus ojos se encontraron con los de su hija.

—¿Qué debo hacer de estos tesoros. Ester?

—Padre mío —respondió en voz baja—, ¿no ha venido su legítimo dueño a buscarlos? —respondió sosteniendo la mirada.

—¿Y debo dejarte a ti pobre, hija mía?

—Sí, padre mío. ¿Siendo hija tuya, no soy también sierva, como tú? Recuerda que está escrito: «La fuerza y el honor son sus vestiduras y ella se regocijará en el tiempo que ha de venir».

El rostro del mercader resplandecía alegría y amor.

—El Señor ha querido siempre otorgarme su favor y le debo infinidad de cosas, pero tú, hija mía, eres el mejor de los dones.

Y estrechó a Ester contra su pecho, besándola tiernamente.

—Ahora voy a decirte por qué reía esta mañana. Cuando llegó este joven creí ver a su padre en los tiempos de su juventud; mi espíritu se alegró lo indecible y me dije que los días de prueba y trabajo habían acabado. Me costó gran esfuerzo no gritar y mostrarle mi regocijo al saludarle. Habría deseado presentarle todo lo ganado, dictándole: «Todo esto es tuyo y yo sigo siendo como siempre, tu siervo». Pero tres pensamientos me contuvieron; tenía que estar seguro de que era el hijo de mi amo y si lo era, debía conocer algo de su carácter y sus inclinaciones. Ten en cuenta Ester, que para muchos la riqueza es como una maldición. —Detúvose, alzando los puños y su voz resonó apasionada al proseguir—. Considera los sufrimientos que he soportado a

manos de los romanos no sólo de Graco, sino de aquellos miserables, faltos de misericordia, que obedecieron sus órdenes las dos veces. Todos eran romanos; todos esperaban con regocijo oírme gritar de dolor. Considera mi cuerpo destrozado y los años que he pasado en este sillón. Recuerda que tu madre murió, con el alma tan torturada como mi cuerpo. Piensa en las amarguras y miserias de la familia de mi amo, si es que conservan la vida y si han muerto, en la crueldad de su desaparición. ¿Crees, hija mía, que todo esto ha de suceder sin que caiga un cabello, ni se derrame una gota de sangre como expiación? Me dirás que la venganza no es del Señor, pero ¿no se venga también su celeste cólera, aniquilando a sus enemigos? Sus hombres de guerra son más numerosos que sus profetas. Recuerda la ley del ojo por ojo, mano por mano, diente por diente. Todos estos años me han servido para pensar en mi venganza y cuando veía aumentar mi fortuna, me decía que con ella podría comprar alguna vez el castigo de los malvados. Al oír al joven decir que se había adiestrado en el manejo de las armas con cierto propósito que no deseaba nombrar, yo me dije inmediatamente: ¡venganza! Y fue ésta la última idea que me hizo callar ante sus súplicas y me hizo reír cuando él se marchó.

Su hija le acarició las escuálidas y deformes manos.

—Se ha ido. ¿Tú crees que volverá? —le preguntó.

—He enviado a su lado al fiel Malluch que le hará volver cuando me parezca oportuno.

—¿Cuándo crees que será eso, padre?

—No ha de pasar mucho tiempo, no. El creé que han muerto todos los que pueden atestiguar quién es, pero hay uno que vive y no dejará de reconocerle si es realmente hijo de mi amo.

—¿Su madre?

—No. Ester. Yo haré que ese testigo le vea. Entretanto dejemos en manos del Señor el asunto. Estoy fatigado. Llama a Abimelech.

Llamó la joven al criado y entraron en el interior de la casa.

CAPITULO V

EL BOSQUE DE DAFNE

Al salir Ben-Hur del gran almacén, iba convencido de que tenía un nuevo fracaso que añadir a los muchos experimentados en la búsqueda de su familia. Y esta idea era sumamente dolorosa, ya que los objetos de sus pesquisad eran lo más querido para él. Sentía como si espesas tinieblas le aislasen del mundo, sintiéndose solo en la tierra. La soledad, más que ninguna otra cosa, ahoga en un alma abatida, el último interés que pueda sentir por la vida.

Entre la numerosa y atareada multitud, se abrió paso, cabizbajo, hasta la orilla del río, donde tentado por la sombra fresca se detuvo. La tranquila corriente parecía llamarle y ofrecerle su seno, mas como para hacerle olvidar aquella tentación, sonaron en su oído, como por encanto, las palabras del viajero: «Más vale ser gusano alimentado con las moras de Dafne que huésped mimado de un rey». Dio media vuelta y se encaminó directamente al *khan*.

—¿Quieres saber el camino de Dafne? —respondió a su pregunta el asombrado guardián del *khan*—. ¿Pero, es que no has estado antes allí? Bueno. En tal caso hoy es el día más feliz de tu vida. El camino no tiene pérdida. Tomas la dirección sur por la primera calle de la izquierda, que te conducirá en línea recta hasta el Monte Sulpius, coronado por el altar de Júpiter y el Anfiteatro; continúa hasta la tercera bocacalle, donde volverás hacia la izquierda y una vez en la ciudad de Selenco, la atraviesas hasta llegar a las puertas de bronce de Epífanes. Allí empieza el camino de Dafne. Que los dioses te acompañen.

Después de dar instrucciones relativas a su equipaje, Ben-Hur partió.

Llegó, sin detenerse, hasta las puertas de bronce bajo un soberbio y larguísimo porche de mármol. Gentes de todas las nacionalidades seguían el mismo camino que él, encaminándose hacia el famoso lugar de delicias.

Serían las cuatro cuando traspuso la puerta en que empezaba el camino, dividido en varias avenidas, cuya separación eran bajas balaustradas interrumpidas a trechos por pedestales con estatuas. A ambos lados del camino se veían hileras de casas de recreo, rodeadas de frondosos bosquecillos de encinas y sicómoros, y sombreadas por parras.

Las avenidas destinadas a los peatones estaban pavimentadas con piedra rojiza y las que utilizaban los coches y caballos perfectamente enarenadas. Era incalculable el número de fuentes, debidas a los reyes que les dieron sus nombres, y cuyos abundantes chorros refrescaban el ambiente.

La magnífica vía se estrechaba un poco al alejarse unas cuatro millas de la ciudad, tomando la dirección Sudoeste hasta llegar al famoso bosque de Dafne.

Ben-Hur no intentó siquiera formarse una idea aproximada de las singulares sumas que se emplearon en la construcción de tan espléndida vía, ni prestó atención a la masa de regocijadas gentes que llenaban las avenidas.

Sumido en sus pensamientos, no dejaba de sentir la íntima complacencia del romano que acaba de llegar de la capital del mundo y acostumbrado a las diarias fiestas que tenían lugar en el áureo pilar, erigido como centro del mundo por Augusto, visita las provincias convencido de que nada nuevo ni superior a lo conocido pueden ofrecerle.

Ninguna curiosidad sentía por las gentes entre las que cruzaba indiferente, adelantándose a los grupos distraídos que caminaban demasiado lentos para su impaciencia.

Cuando llegó a Heraclia, suburbio situado a mitad del camino, para distraerse de sus penas y olvidar su fatiga, prestó alguna atención a los que seguían su misma dirección. Una matrona conducía un par de cabras, adornadas con brillantes cintas de colorines y guirnaldas de flores. Un corpulento y blanquísimo loro, cubierto de pámpanos frescos, llevaba en su grupa una cesta con un niño desnudo; era la imagen de Baco exprimiendo el zumo de las uvas maduras en una copa para apurarlo luego. Detrás seguía un jinete con soberbio atavío, a lomos de un caballo de cola recortada, según la costumbre de entonces.

También llamaban su atención el continuo rodal de coches engalanados y el paso de los caballos.

Individuos de todas las edades, sexo y condición marchaban hacia el bosquecillo, con el atavío festivo y la cara regocijada. Llevaban banderas e incensarios, cantaban himnos, tañían instrumentos musicales… Era el de aquel soberbio camino, un extraordinario espectáculo que no se interrumpía

en todo el año. Había, pues, que suponer que el sagrado recinto encerrase inefables delicias para sus devotos.

La multitud estalló de pronto en un alegre palmoteo y Ben-Hur, siguiendo la dirección que señalaban las manos de todos, pudo ver una puerta monumental. Era la entrada al sagrado bosque de Dafne.

Redobláronse los himnos, se aceleró el compás de las músicas y Ben-Hur, romanizado ya su gusto y dejándose arrastrar por la curiosidad, sintióse influido por el espíritu de pagana adoración que inflamaba a la multitud.

Pasado el Arco de Triunfo, de puro estilo griego, penetró en una amplia plaza, pavimentada con piedra bruñida. Observó a la multitud ataviada con trajes de vivos colores; brotaban los impetuosos surtidores de innumerables fuentes; las irisadas columnas de agua daban frescor al ambiente. Frondosas alamedas se abrían hacia el Sudoeste, donde se encontraba el bosque, tras una tenue cortina de vapor ligeramente azulado. No sabiendo qué camino tomar, Ben-Hur se detuvo. A su lado exclamaba una matrona:

—¡Qué bello es todo! ¿Adónde iremos?

Su acompañante, tocado con una corona de laurel, le repuso, riendo:

—Adelante sin temor y sin volver atrás los ojos. En Antioquía dejamos todas las miserables preocupaciones de la vida ordinaria y sus pueriles miedos. Los céfiros de aquí son el vivificante soplo de los dioses. Déjate conducir por esa corriente que te promete al final inefables goces. No temas seguir adelante.

—Pero podemos perdernos…

—¡Qué puerilidad! En el bosque de Dafne no se perdieron jamás más que aquellos tras los cuales se cerraron para siempre sus puertas.

—Y esos ¿quiénes son? —inquirió la mujer, temerosa.

Los que se dejaron seducir por los encantos de estos parajes y desearon encerrarse aquí para toda la vida Ahora te los enseñaré.

Abrióse la multitud para dejar paso a un grupo de hermosas jóvenes, que llegaban cantando y bailando al compás de las panderetas que agitaban sobre sus cabezas. La alarmada mujer, se apretó a su compañero que, asiéndola por la cintura, se lanzó con ella entre la corriente al compás de la música.

Los perfumados cabellos de las bailarinas flotaban al viento y sus torneados brazos y las sonrosadas piernas se adivinaban a través de las túnicas de gasa que apenas las cubrían. La danza que ejecutaban era de una dulce voluptuosidad. Después de una corta ronda, cogidas de las manos, se lanzaban nuevamente hacia la multitud que les abría paso, alborozada.

—¿Qué te parece? —preguntó el hombre a su compañera.

—¿Quiénes son?

—Sacerdotisas consagradas al culto de Apolo. Ellas son las que forman los coros en la celebración de los misterios y viven aquí, aunque suelen hacer excursiones a las ciudades vecinas para buscar presentes y prosélitos que enriquezcan la casa del músico divino. No te detengas. Vamos.

Y ambos desaparecieron.

Siguiendo el ejemplo de los demás y ya sin temor a perderse, Ben-Hur empezó a andar al azar. Atrajo su mirada una estatua erigida a la entrada del jardín. Se trataba de un centauro y en la inscripción leía el pasajero que era la santa imagen de Quirón[66a] y a sus Dríadas[66b], favorito de Apolo y Diana, por quienes fue instruido en los secretos de la medicina, la música y la adivinación del futuro, enseñándole, también, el arte de la caza. La inscripción invitaba, a todo el que entrase allí, a mirar a determinada hora de una noche clara, hacia el cielo, donde vería al héroe entre las estrellas. Aquel sabio centauro, el más sabio de ellos, continuaba aún en la tierra para servicio del género humano. En un pergamino que tenía en la mano se podía leer en griego lo siguiente:

¡Oh, viajero! ¿Eres extranjero?

I. Escucha el canto de las fuentes, no temas el rocío de los surtidores y las Náyades te amarán.

II. Las brisas que obedecen a Dafne son Céfiro y Austro, apacibles ministros de la vida que te traerán la dulzura de sus almas. Cuando Euro sopla, caza Diana; y si zumba Bóreas ocúltate, pues Apolo está irritado.

III. Las sombras del bosque sagrado son tuyas durante el día, pero durante la noche pertenecen a Pan[66c] *y a sus Dríadas. No perturbes su reposo.*

IV. Come con moderación el loto de las orillas de los manantiales, pues de otro modo podrías perder la memoria y convertirte en un hijo de Dafne.

V. No molestes a la araña tejedora; apártate a un lado del camino. Aracne[67] *trabaja para Minerva.*

VI. Si quieres ver las lágrimas de Dafne, rompe el capullo de un laurel y…, muere.

Ten cuidado.

No lo toques y se feliz.

Dejando que los otros que se habían agolpado junto al cartel, se encargasen de interpretarlo, Ben-Hur se hizo a un lado en el momento en que llegaba el toro blanco. El niño continuaba en la cesta y le seguía una larga procesión. Tras ésta apareció la mujer de las cabras; luego las tañedoras de flauta y tamboril y por último el séquito de los que llevaban ofrendas para el dios.

—¿Adónde van? —quiso saber uno.

—Al padre Júpiter el toro; la cabra…

—¿Apolo no apacentó los rebaños de Admeto? —Sí. La cabra es para Apolo.

Nace siempre cierta tolerancia en lo que se refiere a religión, en aquel que mantiene largo trato con gentes de otras creencias. Acaba uno convenciéndose de que toda fe tiene adoradores honrados y dignos de respeto, lo que nos hace ser tolerantes hacia sus creencias.

Era eso lo que le ocurría a Ben-Hur. En su fe no habían hecho mella ni los años pasados en Roma, ni la larga época de las galeras. Seguía siendo judío y no consideraba impiedad gozar de las bellezas de Dafne, aunque si hubiera sentido escrúpulos habría sabido desecharlos. Estaba irritado, mas su ira no se debía a una insignificancia cualquiera. Se encolerizaba su naturaleza ardiente por ver aniquilada una de sus esperanzas. Sería un gran alivio, en momentos semejantes, que el hado se materializara para poderlo anonadar con una mirada o un golpe, o que al menos se convirtiese en una persona a quien poder dirigir agrios reproches; sería la única manera de que el mortal desgraciado no concluya siempre por martirizarse a sí mismo.

De no haberse encontrado tan excitado su ánimo, Ben-Hur no habría ido solo al bosque de Dafne. Podía haber aprovechado su posición oficial junto al cónsul y evitarse el desagradable papel de vagar sin conocer a nadie y sin ser respetado. Pudo haber llevado un guía que le mostrase los lugares más interesantes. En cambio ahora, era tan sólo un mirón más de los que componían aquel nutrido rebaño, aunque se diferenciaba de ellos en que no le infundían el menor respeto y veneración las divinidades del bosque. Se encontraba invadido por una amarga desilusión, y vagaba, sin esperar nada bueno del azar, sino más bien buscándolo como un encarnizado enemigo.

CAPITULO VI

LAS MORAS DE DAFNE

Sin preguntar siquiera a dónde iban, Ben-Hur penetró con los demás en el bosque. Suponía que se visitarían directamente los templos, principales centros de atracción de Dafne.

Oyendo a un coro de cantores, acompañados por una música lánguida y soñadora, Judá se repitió a sí mismo: «Vale más ser gusano alimentado por las moras de Dafne, que huésped mimado de un rey». Y este proverbio le provocó una serie de interrogantes cuya solución le fatigaba. ¿Tan dulce sería la vida en el bosque de Dafne? ¿En qué podían consistir sus encantos? ¿Quizá en la profunda y enrevesada metafísica? ¿O en algún hecho físico, fácil de advertir con los sentidos? Miles de individuos renunciaban cada año al mundo y se encerraban allí para consagrarse al culto del dios. ¿Aquellos placeres les estarían reservados sólo a ellos? ¿Y bastarían éstos para olvidar los terrenales, renunciando a toda actividad? ¿Qué motivos les inclinaban a privarse voluntariamente de los afectos y esperanzas que embellecen la vida con la esperanza de un risueño futuro? Y si tan dulce era permanecer allí, ¿por qué no había de poder hacerlo él? ¿O es que estaría vedado ese privilegio tan sólo a los hijos de Abrahán? Y quedó sumido en honda abstracción, intentando resolver tantas preguntas.

Le envolvió una suave brisa que traía perfume de rosas mezclado con el del incienso y los aromas que se quemaban en los altares.

—¿Qué hay en el jardín? —preguntó a un hombre que estaba a su lado.

—Deben estar celebrando alguna ceremonia religiosa. Estarán haciendo sacrificios a Diana, a Pan o a cualquier otro dios.

El hombre le contestó en hebreo, lengua nativa de Ben-Hur que le miró asombrado.

—¿Eres hebreo?

—Nací en Jerusalén, a un tiro de piedra de la plaza del Mercado.

Iba Ben-Hur a hacer algunas preguntas, cuando una oleada de la multitud le alejó a un lado, arrastrando lejos al desconocido.

Iba vestido aquél, con el traje habitual de los hebreos, de paño azul oscuro, sujeto a la cabeza con un cordón amarillo se apoyaba en un báculo y su fisonomía poseía todas las características del hebreo. Estos detalles quedaron grabados en la mente de Ben-Hur para poder reconocer al extranjero.

Ansioso por huir del tumulto, llegó a un tranquilo sendero de la entrada del bosque, por el que no transitaban las ruidosas procesiones. El joven penetró en la espesura, en la que aparentemente no podían penetrar sino los pájaros que fabricaban sus nidos allí. Incluso en aquel lugar se adivinaba la mano del hombre. Arbustos en flor y otros cuajados de fruto, se inclinaban sobre las lindas flores que esmaltaban el césped, y los jazmines tejían en los árboles caprichosas guirnaldas. La juguetona brisa transportaba el aromático polen de los lirios, las rosas, las lilas, los tulipanes, las fresas que le recordaba a Ben-Hur los jardines y valles de la ciudad de David. Un arroyo de curso serpenteante era el delicioso complemento de aquel dulce refugio de las ninfas y náyades. Se oía en el fondo el arrullo de las palomas y tórtolas, y los mirlos le miraban, como saludándole osadamente.

Un ruiseñor que se mecía en una rama al alcance de su mano, no se asustó ni trató de huir. Una codorniz cantaba ante él. Al oír un ligero ruido se detuvo Judá y vio que una figura humana se desplazaba entre las madreselvas.

Sintió un escalofrío al preguntarse si habría tenido el privilegio de sorprender a un sátiro en su guarida. Aquel ser humano le miró; entre sus dientes llevaba una podadera corvada, de lo que se deducía que era un jardinero. Rió Ben-Hur de su propio miedo, mientras en su mente nacía la solución que buscaba. La paz no turbada por temores, la paz completa como condición de la completa felicidad humana… Tal era el misterio de las delicias de Dafne.

Se sentó a la sombra de un limonero, cuyas raíces se extendían hasta la fuente. De una de las ramas pendía el nido de un pájaro; el animal le miró fijamente.

—Realmente parece que este pajarillo haya entendido mis pensamientos y me responda: «No te temo porque le ley suprema de este lugar feliz es el amor» —se decía Ben-Hur, enternecido.

Creía ver ahora, con toda claridad el misterio del bosque sagrado y decidió ser uno más de los que se perdían en Dafne. ¿No podría él, como el

hombre de la podadera, alejarse de todas las inquietudes de su vida, olvidar el pasado y vivir apartarlo del mundo? No tardó en iniciarse una lucha en su interior. A algunos les parecerían bastantes esas dichas, mas ¿a quiénes?

El amor es una delicia y más cuando se presenta en una vida de dolorosas pruebas, como la suya, pero ¿constituye el objeto de la vida? ¿Cómo limitar al amor todas sus aspiraciones, deseos e instintos?

Ninguna comparación podía establecerse entre los que allí se enterraban y él. Judá hijo de Hur. Aquéllos no debían tener ningún deber que cumplir; él…

—Dios de Israel —dijo a gritos, y se puso en pie con las mejillas encendidas—. ¡Madre mía! ¡Tirza! ¡En qué mal momento y lugar pensé ser feliz sin vosotras!

Salió apresuradamente de la espesura y llegó a la orilla de una caudalosa corriente, encauzada por un canal, labrada en piedra y cortado de trecho en trecho por compuertas y esclusas.

Vio un puente y muchos más, todos de formas diferentes; ninguno se parecía a los otros. El agua formaba bajo ellos un tranquilo remanso, mas al poco caía, rompiéndose estrepitosamente en las peñas. Luego aparecía un nuevo puente y un nuevo remanso y tras éste, otro puente y así sucesivamente.

Pasado el puente se halló en un lugar de altos valles y alturas irregulares, espesas selvas, lagos, lindas casitas unidas por blancas sendas y bulliciosa corriente. El suave descenso de los valles permitía que el río llevase a todas partes frescor en los días de sequía; parecían verdes alfombras cuyos dibujos los formaban los macizos y bancos de flores. Se oían lejanas voces de pastores y en el verdor de las praderas destacaban las blanquísimas ovejas.

Sacerdotes de blanca vestidura servían en los infinitos altares erigidos al aire libre; interminables profesiones desfilaban por los senderos que unían entre sí los altares, invadidos por las nubecillas de humo le los sacrificios y los perfumes.

—¿Qué coronamiento tendrá una escena tan bella? —se preguntaba Ben-Hur, maravillado de cuanto le rodeaba y observando las procesiones—. ¿Qué misterios extraordinarios se ocultarán tras esta magnífica decoración?

No lograba persuadirse de que el resumen de cuando veía era la paz y el amor que el bosque entero brindaba en todas partes. Una idea surgió en su alma, le pareció que todo el bosque, con sus altares abiertos al cielo, sus prados y sus puentes, era un vastísimo templo al aire libre y en el que reverberaba, espléndida, la luz del sol.

Era incomparable su majestuosa belleza.

El genio creador, no queriendo limitar el espacio por columnas, pórticos, murallas ni bóvedas, se había servido de la propia naturaleza. Del mismo modo se había construido en otro tiempo la vieja Arcadia y tanto ésta como el sagrado bosque se debían al arte el genio griego…

En un valle cercano se internó el judío. Pasó junto a un rebaño, cuyo pastor era una muchacha que le dijo: «Ven conmigo». Más allá había un altar con pedestal de negro basalto, cubierto por un blanco mármol, sobre su tersa y pulimentada superficie un brasero de bronce encendido. Lo Cuidaba una mujer que al verle, agitó una rama de sauce y le pidió: «Detente». Tenía la sonrisa y la seductora mirada de una joven apasionada.

Una procesión de muchachas, sin otro vestido que guirnaldas de flores, se cruzó en su camino; entonando una canción amorosa con sus voces agudas.

Les seguía un grupo de niños desnudos también, y con la piel tostada por el sol; bailaban al compás del canto de las jóvenes. Tras ellos una procesión de mujeres llevaban a los altares, cestas con aromas, especias y dulces. Sus ligeros vestidos apenas tapaban sus formas.

Al acercarse el judío, extendieron todas sus manos, diciéndole: «Ven con nosotras». Una de ellas cantaba un idilio de Anacreonte que invitaba a gozar del momento presente: «¿A qué preocuparse de mañana?» 4as él siguió su camino imperturbable. Al llegar al imite de un frondoso bosque se sintió atraído por las frescas profundidades y decidió visitarlo. A través del follaje vio una blanca estatua.

Pisó el fresco y mullido césped; el bosque estaba poblado de árboles de todos los países de Oriente que se mezclaban con otros traídos de lejanas tierras. Veíanse palmeras, sicómoros, laureles, encinas de eterno verdor y cedros del Líbano, de enorme tamaño, así como los hermosos terebintos a los que se supone transplantados del paraíso.

Se acercó a la estatua, de admirable belleza, que representaba a Dafne. Mas poca atención pudo prestarla, pues en seguida, observó que una muchacha dormía sobre una piel de tigre, en brazos de un joven; veíanse a su lado el hacha y la guadaña de él y la cesta de ella.

Se sublevó ante semejante espectáculo. Le había subyugado la idea de encontrar la paz en’ el perfumado encanto de aquel silencioso retiro, mas en aquel lecho nupcial leyó toda la verdad. Una verdad a la que sólo vagamente podemos aludir. El amor era la ley de aquel recinto, pero se trataba de un amor sin ley.

¿Y a eso se limitaba la dulce paz de Dafne? ¿Sus sacerdotes no tenían otro fin? Y príncipes y reyes empleaban sus rentas en sostener «aquello». Los

sacerdotes habían sacrificado a la Naturaleza para santificar un amor desenfrenado.

Y las sacerdotisas del bosque, ¿cómo habían llegado a aquella condición? No cabía duda de que algunas se dejaron seducir por la idea de una paz perdurable, debido a su espíritu propenso al temor y la esperanza. No obstante, el núcleo principal de fieles no era el que formaban aquellas mujeres, sino el compuesto por los sibaritas y mayor aún, era el inmenso rebaño de los que profesaban el desenfrenado sensualismo al que estaba entregado el Oriente. Aquellas gentes acudían allí, no por amor a ninguna divinidad. Ningún interés sentían por el dios-cantor o por su desgraciada compañera, ni les atraía la filosofía que requiere para su satisfacción un tranquilo retiro, ni el colaborar por una religión consoladora. El amor en su concepción más pura y santa no existía en aquel recinto.

Debe reconocerse que en aquella época en todo el orbe terrestre no había más que dos pueblos que sintiesen las exaltaciones ideales: los que se sujetaban a la ley de Moisés y los que seguían la de Brahmā. Ellos podían haber dicho: «Más vale una ley sin amor, que un amor sin ley».

Judá andaba rápidamente, con la cabeza alta y sin dejar de contemplar cuanto le rodeaba. La indignación impide que sintamos muchas emociones que un estado de satisfacción espiritual nos permitiría apreciar, pero en los momentos de satisfacción es cuando se está más cerca de ser engañado. El judío examinaba su conciencia sin poder olvidar lo cerca que había estado de dejarse apresar por aquellas engañosas redes.

CAPITULO VII

EN EL ESTADIO DEL BOSQUE

Un bosque de cipreses, tan altos como mástiles y rectos como columnas, se levantaba ante Ben-Hur. Cuando había penetrado en él, una trompeta resonó alegremente y al poco advirtió que sentado sobre la hierba, estaba el hombre que llamó su atención en el camino que conducía a los altares.

Al ver a Judá se levantó para salir a su encuentro.

—Vuelvo a desearte la paz —dijo amablemente.

—Gracias. ¿Sigues mi camino?

—Me dirijo al estadio. ¿Es ese tu camino?

—¿Al estadio? —preguntó Ben-Hur con asombro.

—Sí. Esa trompeta que acabamos de oír llamaba a los que han de presentarse como campeones.

—He de confesar, amigo mío, que ignoro cuanto se refiere a estos parajes y si me permites que te acompañe, te quedaré muy agradecido.

—Con mucho gusto. ¿No oyes? Es el ruido de las ruedas de los carros que ensayan en la pista.

Apoyó Ben-Hur una mano en el hombro de su compatriota e hizo su presentación.

—Yo soy hijo de Arrio, el *duunviro*. ¿Y tú?

—Yo soy Malluch, comerciante de Antioquía.

—Muy bien, Malluch. El resonar de la trompeta, el ruido de las ruedas y la perspectiva de esa diversión me atraen. Entiendo algo de eso pues he frecuentado las palestras de Roma. Vamos al campo de carreras.

—El *duunviro* era romano. ¿Cómo su hijo viste de hebreo? —inquirió el comerciante.

—Porque el noble Arrio era sólo mi padre adoptivo.

—¡Ah, ya! Te pido que me perdones.

El estadio del bosque era exacto de forma y dimensiones a cualquier otro. La tierra fina estaba delimitada por cuerdas que pendían algo flojas de las jabalinas, clavadas de trecho en trecho. Los espectadores se situaban bajo los cobertizos o toldos, que daban sombra a los asientos de gradería de los extremos de la pista. En uno de ellos se colocaron los hebreos.

Según pasaban ante ellos, contaba Ben-Hur los carros; eran nueve.

—Buen gusto el de estas gentes —comentó Ben-Hur de buen humor—. Suponía yo que aquí, en Oriente, se conformaban con carros de dos caballos, pero por lo visto prefieren las cuadrigas reales. A ver cómo se portan.

Contemplando la novena cuadriga que iba al galope, Ben-Hur exclamó asombrado:

—Aunque he estado en las caballerizas del Emperador, te aseguro, Malluch, por nuestro padre Abrahán, que nunca vi caballos como éstos.

Entonces oyeron un alboroto a sus espaldas. Puesto de pie, un espectador gritaba furiosamente. Ben-Hur, volviéndose, vio que se trataba de un viejo que mostraba sus puños, amenazador y cuyos ojos brillaban de indignación; su larga barba se agitaba convulsivamente y algunos espectadores se reían de él.

—¿Quién es? Debían respetar su barba blanca —opinó Ben-Hur.

—Es un poderoso árabe del desierto. Viene de más allá de Moab y posee rebaños enteros de camellos y caballos que por lo visto descienden de los corceles del primer Faraón. Se llama *sheik* Ilderín.

Entretanto, el conductor de la cuadriga intentaba dominar a los caballos y cada intento inútil excitaba doblemente al *sheik*.

—¡Ojalá te lleve Abadón**[68]**! —chillaba el anciano—. Apresuraos. ¿No me oís, hijos míos? —decía a sus siervos—. ¿Me oís? Han nacido en el desierto igual que vosotros. ¡Corred o detenerlos!

Cada vez se encabritaban más los caballos, coceando indómitamente.

—¡Maldito romano! —aulló el *sheik*, mostrando los puños cerrados al conductor—. ¿Y ése fue quien me juró por todos esos dioses bastardos que sabía conducirlos? Baja esas manos te digo Mis caballos saben correr como águilas y mira lo que ahora parecen. ¡Maldito tú y maldita la madre de un embustero como tú! ¡Esos animales no tienen precio y pobre de ti si levantas el látigo sobre uno de ellos!

Y siguió mascullando algo que nadie pudo entender, porque le rechinaban furiosamente los dientes.

—Salid alguno de vosotros a conducirlos. Si les decís una sola palabra del canto conque os mecieron vuestras madres será suficiente. ¡Qué imbécil, qué

loco he sido poniendo mi confianza en un romano!

Valiéndose de una estratagema, algunos amigos del árabe consiguieron detenerles.

Comprendía Ben-Hur el motivo de la indignación del anciano y sintió por él gran simpatía. Por encima de su orgullo de propietario y de su interés por el resultado de la carrera, estaba el cariño que profesaba a sus caballos.

Eran cuatro bayos de brillante color, sin mancha alguna todos iguales y tan proporcionados que aparentaban ser menores de lo que eran La testuz ancha y llena sobre los ojos y las aletas de la nariz al dilatarse, permitían ver la membrana, de un rojo tan subido como el fuego. Formaba el cuello un gracioso arco, coronado por abundantes crines, lisas y suaves desde las cernejas, estaban marcadas con poderosos músculos a partir de las rodillas. Sus cascos semejaban copas de ágata pulida y las colas, negrísimas y abundantes azotaban el aire o barrían la tierra, cuando los animales se encabritaban.

No era errada la opinión del *sheik* al considerarlos inestimables.

Debieron nacer y crecer bajo su vigilancia y se ocupó de ellos al mismo tiempo que de su familia, desde la tienda plantada en el desierto sin límites. Seguramente, para que pudieran conseguir un triunfo indudable, habría llevado los mejores de aquellos animales, por los que debía sentir un amor casi paternal.

Pero no tuvo la suerte de encontrar una mano experta y en vez de conducirse con la reserva y discreción de un occidental, deshaciéndose cortésmente del inútil conductor, prorrumpía en un alboroto para mostrar su justa indignación. Y continuaba dando grandes voces cuando ya varias manos sujetaban con destreza a sus animales.

Entonces apareció otro carro que, en contraste con los demás, llegaba equipado como para la carrera decisiva. Era aquel vehículo un clásico carro de ruedas muy bajas y ancho eje sobre el que descansaba la caja abierta por detrás. Éste era el modelo primitivo que el arte se encargó de reformar, convirtiendo este grosero artefacto en un objeto bello. Los conductores para las carreras olímpicas u otras competiciones similares, solían llevar a dichos carros cuatro caballos, como si se tratase de una cuadriga.

Se les enganchaba, puestos en una sola fila, es decir, los cuatro de frente y uno junto a otro, y se llamaban a los que iban junto a la lanza caballos de yugo y a los que iban por fuera, a derecha e izquierda, caballos de tiro o guías. Sus arneses eran sencillísimos, para permitir a los brutos alcanzar la máxima velocidad Aparte de las riendas y el bocado, todos los arneses consistían en el

collar del cuello, del que partía la correa-guía. Un estrecho travesaño de madera con cuatro anillas en sus bordes, y situada en el extremo posterior de la lanza, servía para pasar cuatro tirantes que se afirmaban a los collares con hebillas. Las guías de los caballos de yugo iban sujetas al eje y las de los exteriores al borde superior de la caja del carro. En el extremo anterior de la lanza una amplia anilla se utilizaba para afirmar los extremos de las cuatro riendas que partían desde allí a cada uno de los caballos.

El último contendiente acaparó la atención de todos los espectadores, que le recibieron con palmas y vítores. Los caballos ofrecían un magnífico contraste; eran negros los del centro y blanquísimos los de los extremos. Sus colas cortadas, se recogían en un muñón y las crines recortadas también, formaban pequeños grupos adornados con cintas amarillas y rojas.

Las muestras de admiración las había provocado el carro de maravillosa construcción. El cubo estaba reforzado por fuertes aros de bronce bruñido, los radios eran fragmentos de colmillos de elefante con la curva natural hacia afuera, para que la concavidad fuese perfecta. Las bruñidas pinas de ébano se ajustaban a la rueda mediante aros de bronce.

Guarnecían la conjunción del eje con la rueda, cabezas de tigre vaciadas en bronce y la caja del carro había sido tejida con varas de sauce dorado.

Ben-Hur miraba con insistencia, preguntándose quién sería el conductor.

Aún no había podido verle la cara, pero su apariencia y maneras tenían para el judío algo familiar que le recordaba su infancia.

Por aquella magnificencia era de pensar que se trataba de un oficial de alto rango o incluso un príncipe. Entonces, las más altas jerarquías solían salir al circo por ganar la corona de laurel, premio que obtenía el victorioso. Los emperadores Nerón y Conmodo se habían consagrado a conducir la cuadriga.

Ben-Hur, con el semblante grave y lleno de ávido interés, se abrió paso hasta la primera fila.

Aproximábanse los caballos al trote y el conductor no tardó en ofrecerse a su vista. Le acompañaba el *Myrtilus*, que ayudaba a los hombres de elevado rango en su pasión por las carreras. El judío no veía nada más que al conductor, de pie sobre el carro, con las riendas enrolladas al cuerpo, cuya hermosa figura quedaba casi al descubierto a pesar de la túnica de lana roja. Llevaba la fusta en la mano derecha y en la izquierda las cuatro riendas. Su figura no carecía de gracia y prestancia y aceptaba los vítores y aclamaciones, impasible como una estatua. Ben-Hur le miraba sin hacer un movimiento, como si hubiese quedado clavado en aquel lugar. Antes que su memoria, el instinto ya le había advertido que aquel conductor era… Mésala.

Se adivinaba por la magnificencia de la cuadriga, el esplendor de los caballos, el continente del hombre, pero sobre todo, por la fría expresión de sus duras facciones, tan imperiosas como las de la mayoría de aquellos que durante tantas generaciones dominaron al mundo. Resultaba fácil reconocer a Mésala más altivo, más confiado, con su misma ambición, suficiencia y cinismo.

CAPITULO VIII

LA FUENTE DE CASTALIA

Iba a descender Ben-Hur por las gradas de la pista, cuando un hombre se levantó, gritando:

—¡Escuchadme, hombres del Este y del Occidente! El *sheik* Ilderín os saluda. Ha traído cuatro caballos, hijos de los que más estimaba el rey Salomón, para luchar con los mejores, pero necesita un hombre que sepa dirigirlos. Promete enriquecer para toda su vida al hombre robusto y diestro que sepa guiarlos a satisfacción de su dueño. Decid esto aquí, en las ciudades, en los circos de Antioquía y en cualquier lugar que se reúnan los fuertes Propagad esta oferta del generoso *sheik* Ilderín, mi amo.

Aquellas palabras que alborotaron a los espectadores, fueron repetidas por la noche en todos los círculos de deportes de Antioquía.

Al escucharlas, Ben-Hur miró vacilante al heraldo del *sheik*. Creyó Malluch que su compañero iba a aceptar la oferta, pero quedó defraudado al oírle decir, indiferente al parecer:

—Bien, Malluch. ¿Ahora, adónde vamos?

—No eres como los que suelen visitar por primera vez el bosque de Dafne —le repuso su compañero, sonriente—, pues de otro modo habrías creído que te acaban de ofrecer la fortuna.

—¿La fortuna dices? No confiemos en esa diosa.

—Eres sensato, hijo de Arrio. Los adoradores de Apolo no acuden para saber su suerte, a una Pitia o Una Sibila, sino que te venden una sencilla hojita de papiro y te aconsejan que la bañes en determinada fuente. Entonces podrás leer en ella unos versos que anunciarán tu fortuna.

—Estas gentes no necesitan preocuparse por su suerte —opinó Ben-Hur con acento melancólico.

Viendo que aquello no despertaba el interés ni la curiosidad de su compañero, el compatriota de Ben-Hur propuso:

—¿Quieres visitar los templos?

—¿No son de estilo griego?

—Eso creen aquí.

—Poca variación tienen sus templos. Los helenos eran maestros en todas las artes, pero en la arquitectura sacrificaban la variedad a la belleza. ¿Cómo se llama la fuente de que hablaste?

—Castalia.

—Es muy nombrada en todo el mundo. Vamos a verla.

Observando al hijo de Arrio, cuando se dirigían a la fuente, se convenció Malluch de que el joven había perdido su buen humor. No prestaba atención a las gentes, ni demostraba admiración ninguna por las maravillas que encontraban de camino.

Andaba lentamente, cabizbajo y triste. Se mostraba pensativo desde que había visto a Mésala. Volvía a revivir aquellas horas terribles en que le apartaron de su madre y sellaron las puertas de su casa paterna. Recordó también aquellos interminables días de su vida de galeote, cuando en los intervalos de su ruda labor no tenía otra cosa que hacer más que pensar en madurar una venganza que había de caer sobre Mésala, principalmente.

«Puede ser que llegue a perdonar a Graco, pero a Mésala, jamás», solía decirse a menudo.

Y robustecía su decisión, repitiéndose.

«¿Quién nos denunció a los perseguidores? Mésala. ¿Quién se burló de mí despiadadamente y cuando le imploré piedad, me volvió la espalda, riendo? Mésala».

Y siempre acababa por suplicar:

«¡Oh, Dios de mi pueblo! Permite que un día le encuentre y sea mi mano la que le hiera, vengándome de él».

Quizá los sentimientos de Ben-Hur habrían cambiado de encontrar a Mésala pobre o enfermo, pero volvía a verle próspero y glorioso, más insoportable aún, con su insolente orgullo de patricio romano.

Por eso, lo que Malluch juzgaba mal humor pasajero, lo provocaban las hondas reflexiones sobre el momento y manera en que podría encontrarse con él para consumar su venganza.

Por la alameda de encinas en que habían penetrado, circulaban en todas direcciones gentes a pie y a caballo, mujeres transportadas en literas por esclavos y algún carro que rodaba con estrépito.

Descendía, luego, el camino en suave declive hasta una gran llanura, a cuya izquierda veíase un alto peñón, cortado a pico y una arboleda y fresca pradera a la derecha. Desde allí pudieron ver la fuente de Castalia.

Pasando entre la multitud, llegó Ben-Hur hasta el manantial de agua dulce que brotaba de una roca, precipitándose en un mármol negro en el que', después de hervir a borbotones, desaparecía como por encanto.

Bajo un pequeño pórtico, en una hornacina de la sólida muralla, cercana a la fuente, se sentaba un sacerdote, viejo y arrugado, con larga barba y capucha a la cabeza. Tenía todas las características de un eremita.

Le miraban todos con tanta atención que cabía pensar si acudían al lugar, más atraídos por él que por la fuente. Él, observaba y permitía que le mirasen, mas no pronunciaba una palabra. Algunos visitantes le entregaban una moneda y recibían a cambio, un papiro que se apresuraban a sumerger en la fuente.

En aquella hoja, expuesta luego al sol, surgía una inscripción en verso que, a pesar de su pobre mezquindad, no llegaba a desacreditar a la famosa fuente. No había leído Ben-Hur ninguna de las predicciones, cuando unos viajeros llamaron la atención general.

Cruzaba la pradera un camello muy alto y blanquísimo, conducido por un hombre a caballo. Llevaba sobre el lomo un *houdah* de oro y carmesí, extraordinariamente espacioso. Dos jinetes más, provistos de largas lanzas, iban tras el camello.

—¡Excepcional ejemplar! —comentó uno de los espectadores, señalando el camello.

—Ése es un príncipe de tierras lejanas —opinó otro.

—Su porte es majestuoso.

—Si montase un elefante, creería que es un rey. Otro curioso dio su opinión.

—Es un camello y además, blanco —dijo con tono autoritario—. ¡Por el dios Apolo! Estoy seguro de que no son reyes ni príncipes los que se acercan, sino mujeres.

Antes de que acabase aquella discrepancia, se aproximaron los extranjeros.

El camello, visto de cerca, no perdía en absoluto su soberbia apariencia. Ninguno de los que se hallaban junto a la fuente había visto jamás un animal más alto y magnífico. Tenía unos grandes ojos negros; un pelaje extraordinariamente suave y blanco. ¡Y qué pezuñas tan pequeñas y contraídas, cuando se levantaban y anchas, al apoyarse! ¡Qué silenciosas en la

marcha! También se admiraron todos del dosel de seda y pasamanería, de flecos y borlones de oro. Al paso del animal retiñían las campanillas de plata.

¿Quiénes serían el hombre y la mujer que ocupaban el lujoso *houdah*?

Todos sentían curiosidad por saberlo. Y cuando pudieron distinguir la escuálida faz que parecía perdida bajo el enorme turbante y su piel momificada, no dejaron de pensar que el tiempo hace los mismos estragos en grandes y pequeños y que en aquel viajero no había más cosa envidiable que el espléndido manto.

Envuelta en velos y encajes sutiles iba la mujer, sentada a la manera oriental. Llevaba brazaletes de figura de áspid enroscado. Esto era lo único que cubría sus brazos, delicadamente torneados, rematados en unas deliciosas manos, semejantes a las de un niño.

La que apoyaba sobre el borde del palanquín permitía ver sus dedos largos y afilados, adornados con deslumbrante pedrería y coloreados en las puntas con un rojo parecido al de la madreperla. Cubría su cabeza una redecilla de ancha malla con cuentas de coral en cada nudo y de cuyos cabos libres pendían monedas de oro, que caían sobre su frente y espalda, donde se perdían en la espesura de sus cabellos de un negro azuloso. Contemplaba a las gentes desde su altura, con interés, como ignorando la curiosidad que ella despertaba. Lo más insólito de aquella mujer era que, en contra de las costumbres de las mujeres de alta posición, que ocultaban su rostro al presentarse en público, ella lo llevaba descubierto.

Aunque no demasiado joven, era muy bella. Su rostro de óvalo delicado, tenía un matiz intermedio entre la blancura de la griega y el tono moreno de la romana. El sol debía haber atezado su piel, tan transparente, que la sangre se traslucía, dando a sus mejillas color d fuego Los grandes ojos, ligeramente pintados en el borde de las pestañas con la tintura negra, inmemorial de todo Oriente. A través de sus labios escarlata se adivinaban sus dientes de deslumbrante blancura. La pequeña cabeza de forma clásica y gráciles movimiento, se asentaba en un cuello algo largo y flexible, como el de un cisne. Ofrecía toda su persona un conjunto de graciosa majestuosidad. Uno de los espectadores aseguró que tenía aire de reina.

Complacida, por lo visto, por el aspecto de aquellas gentes y del lugar, la hermosa extranjera habló con el conductor, un musculoso etíope, desnudo hasta la cintura, que se apresuró a acercar el camello a la fuente, haciéndole arrodillarse, cogió luego, de manos de ella un copa que llenó de agua.

El silencio que había provocado la belleza de la desconocida se vio truncado por la trepidación de un carro y el rápido galopar de caballos. Huyó

la multitud en todas direcciones y Malluch, intentando también ponerse a salvo, exclamó:

—Parece que el romano tiene la intención de aplastarnos. ¡Mira!

Volvióse Ben-Hur, mirando al lugar de donde provenía el estruendo y vio a Mésala que en su carro, corría voluntariamente hacia la multitud.

Estaba ya muy próximo. El camello no se mostró mucho más ágil que sus congéneres, pues estaban a punto de alcanzarle los cascos de los caballos y él continuaba rumiando su alimento, con los ojos semicerrados, con aquella seguridad que presta el favoritismo. El asustado etíope se retorcía las manos. El hombre del *houdah* no pudo intentar la huida, paralizado por la edad, y el peligro le hizo olvidar su habitual dignidad. No había tiempo para que la mujer pudiese escapar, y Ben-Hur que presenciaba de cerca la escena, gritó a Mésala.

—¿No ves adónde vas? ¡Detente! ¡Atrás!

Pero el patricio reía de buena gana y el judío no encontrando otra solución, saltó a la cabeza de los caballos, sujetando a los de la izquierda por el bocado.

—¿Es eso lo que te importa la vida de los demás, perro romano? —gritó, en medio de sus esfuerzos por empujar a los animales.

Éstos, al retroceder, arrastraron a sus compañeros y el brusco retroceso de la lanza repercutió en el carro, haciendo vacilar a Mésala, mientras el *myrtilus* rodaba bajo el vehículo como una bola. Viendo solucionado el inminente peligro y a los romanos en ridículo, los circunstantes soltaron una estrepitosa y burlona carcajada.

El romano, entonces, soltó las riendas que rodeaban su cuerpo y apeándose, mientras observaba a Ben-Hur, se dirigió a la mujer y al anciano.

—Os pido a los dos perdón. Yo soy Mésala y os juro por la vieja madre de la tierra que no me había dado cuenta de vuestra presencia, ni de la del camello. Por lo que se refiere a estas buenas gentes, seguramente confiaba más de lo debido en mi habilidad. Me debían, pues, una carcajada, y puesto que ya quedan satisfechos, que buen provecho les haga.

Y dedicó a los presentes una bonachona y distraída mirada, muy en consonancia con el sentido de las palabras. Permanecieron todos en silencio con el fin le, oír sus disculpas. Seguro de no tener por qué dar más explicaciones, ordenó a su compañero que aparase el carro y se dirigió a la mujer, osadamente.

—He aquí un hombre que está deseando obtener u perdón. Si no me lo concedes ahora, me apresuraré a pedírtelo luego. ¿Eres hija de este hombre?

Ella no dio respuesta alguna.

—¡Por Palas! Qué hermosa eres. Ten cuidado no vaya Apolo a tomarte por amante. Dichoso el país que puede alardear de ser tu patria, mas no vuelvas a él y ten compasión de mí. Arde en tus ojos el sol de la India y en sus labios ha puesto Egipto todos sus hechizos de amor. No te fijes ahora en ese esclavo, bella señora: «¡Por Pólux!». Sé más piadosa conmigo y otorga tu perdón.

Entonces ella volvióse a Ben-Hur.

—¿Quieres acercarte? —inquirió con una sonrisa e indicando a Ben-Hur con una graciosa inclinación de la cabeza—. Te ruego que llenes esta copa. Mi padre tiene sed.

—Pide lo que quieras a tu humilde siervo.

Al adelantarse para coger la copa, Ben-Hur quedó rente a Mésala, y sus miradas se cruzaron; la del judío era provocativa, la del romano, tan sólo, divertida.

—Eres, bella extranjera, tan cruel como hermosa —dijo Mésala saludándola—. Volverás a verme, de no ser que Apolo te robe. No conozco tu país y no puedo encomendarte a tus dioses, por tanto, en nombre de los, dioses del Olimpo, te dejo encomendada a…, mí mismo.

El *myrtilus* tenía ya el carro dispuesto y el romano se dispuso a montar. Sólo cuando volvió la espalda, se dignó ella mirarle, aunque en sus ojos no se leía el desagrado. Dio a beber a su padre el agua, levantó luego la copa hasta sus labios e, inclinándose, ofrecióla a Ben-Hur con un gracioso ademán.

—Ten. Te suplico que la conserves. Está llena de bendiciones y son todas para ti.

Se levantó el camello y ya iba a alejarse Ben-Hur, cuando le llamó el anciano. El judío se acercó con todo respeto.

—Hoy has servido bien al extranjero y, en nombre del único Dios, te doy las gracias. Soy Baltasar, el egipcio Somos huéspedes de *sheik* Ilderín, que tiene sus tiendas a la sombra de las palmeras del gran Huerto de las Palmas, más allá de Dafne. Ve a buscarnos, que tendrás una buena acogida con el sabor del agradecimiento.

Admiró Ben-Hur la voz clara y el venerable aspecto del anciano, que tan amablemente le hablaba. Mientras les veía alejarse, divisó a lo lejos a Mésala que se marchaba, igual que llegó, con su sonrisa burlona de alegre indiferencia.

CAPITULO IX

LA CARRERA DE LAS CUADRIGAS

Obrar bien en donde otro ha obrado mal suele ser el medio más seguro de desagradar, pero Malluch no se contaba entre los que pudieran provocar tal axioma La escena de que acababa de ser testigo elevaba a Ben-Hur a sus ojos, y le admiró por su valor y destreza.

«Si consiguiera algún dato de la historia de este joven no habría perdido el día y quizá sería provechoso para mi joven amo Simónides» —se decía Malluch.

Hasta ahora veía dos cosas evidentes: la primera, que se trataba de un judío; y la segunda, que era el hijo adoptivo de un romano de fama. Creyó también adivinar que entre Mésala y el hijo de Arrio había una relación. ¿Cuál sería y cómo averiguarlo con certeza? No era cosa que pudiese solucionar con dinero.

Mas no tardó en resolver su problema el mismo Ben-Hur. Tomándole por un brazo, se alejó con él de la multitud, que volvía a rodear al sacerdote y la mítica fuente, ansiosa de conocer su porvenir.

—¿Tú crees, buen Malluch, que puede un hombre olvidar a su madre?

Aquella incoherente e inesperada pregunta confundió a Malluch, que no supo qué responder. Buscó una explicación, mirando a Ben-Hur, mas no apreció en él otra cosa que sus mejillas enrojecidas y una infinita ternura en sus ojos, que se esforzaban en reprimir las lágrimas. Repuso maquinalmente:

—No. Nunca. —Recobróse un tanto y añadió con fervor—: Jamás, si uno es israelita. En la Sinagoga mi primera lección fue el Sema y la segunda el dicho del hijo de Sirach: «Honra a tu padre con toda tu alma y no olvides las penas de tu madre».

Las mejillas del joven tornáronse aún más rojas.

—Con esas palabras que me recuerdan mi infancia, demuestras que eres un judío de verdad. Puedo tener confianza en ti.

Soltando el brazo de su amigo, Judá recogió los pliegues de su túnica y llevó una mano a su pecho, oprimido por la pena.

—Soy hijo de un hombre ilustre, que tenía una elevada posición en Jerusalén. Él murió cuando mi madre, que era buena y hermosa, estaba en la flor de la juventud. Cuanto hacía era alabanza para el prójimo, en su lengua estaba la ley de la verdad y miraba al futuro siempre sonriendo. Mi hermana menor y yo constituíamos toda su familia y éramos tan dichosos que yo juzgo acertado el dicho del anciano rabino: Dios, «no pudiendo estar en todas partes, creó a las madres». Un día en que pasaba un romano con toda su cohorte, por delante de casa, ocurrió un accidente. Los legionarios allanaron nuestra morada, se apoderaron de nosotros y desde entonces no he vuelto a ver a mi madre y hermana, ni sé si murieron o viven. El romano del carro presenció toda aquella tragedia. Fue él quien nos denunció, oyó las súplicas de una madre por sus hijos y reía, cuando se la llevaron arrastrando. Hoy, Malluch, he reconocido a ese hombre desde el primer instante.

Volvió a coger por el brazo a su compañero.

—Yo daría la vida por saber el secreto que él conoce. Si viven, en dónde están, cuál es su condición… si una… En fin, si es que esos seres queridos han muerto, él podría decirme dónde reposan sus huesos…

—¿Es que no quiere decirlo?

—No.

—¿Por qué?

—Él es romano y yo soy judío.

—Pero, a pesar de lo mucho que se nos desprecia, los judíos tenemos habilidad para hacer hablar a un romano, y ellos tienen lengua para responder.

—Pero éste es un secreto de Estado, porque todos los bienes de mi padre los confiscó el procurador.

Malluch movió la cabeza, comprensivo. Luego volvió a preguntar:

—¿Y él, te ha reconocido?

—Me parece que no. Fui condenado casi a muerte… Ya hace tiempo que se me considera lejos de este mundo.

—Me causa asombro ver que aún no le has aniquilado —exclamó Malluch, arrastrado por la pasión.

—Con eso habría perdido para mí su utilidad. Mi deseo era matarle, pero ya sabes que la muerte guarda cualquier secreto mejor que un romano criminal.

Malluch se sentía cada vez más interesado, diciéndose que mucho ha de confiar en su suerte quien, teniendo tanto que vengar, aguarda con calma a que llegue una ocasión más oportuna. Ya no sentía por Ben-Hur el interés de un emisario, sino que estaba dispuesto a servirle con toda su alma, admirándole sinceramente.

—No me interesa quitarle la vida —siguió diciendo Ben-Hur—. Hasta ahora le salva de ella la posesión del secreto. Pero puedo castigarle, y si cuento con tu ayuda lo intentaré.

—Se trata de un romano —respondió el otro sin vacilar— y yo pertenezco a la tribu de Judá. Te ayudaré. ¿Quieres que lo jure? Lo haré solemnemente.

—Dante tu mano; eso basta.

Apretáronse las manos en señal de alianza y Ben-Hur dijo, lleno de satisfacción:

—Buen amigo, no voy a darte un encargo difícil ni que alarme tu conciencia. Vamos.

Se encaminaron por el sendero de la derecha que atravesaba la pradera, ya desierta y mientras andaban, preguntó Ben-Hur:

—Conoces al *sheik* Ilderín, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y dónde está el Huerto de las Palmas, o mejor dicho, qué distancia le separa de Dafne?

Recordó entonces Malluch la atención que con su / amigo tuviera la bella extranjera y se dijo si no estaría a punto de olvidar el recuerdo de las penas de su madre, cediendo paso al amor.

—Él. Huerto de las Palmas está más allá del pueblo. Yendo a caballo se llega en dos horas y con un buen camello en una.

—Muchas gracias. ¿Sabes algo de los juegos circenses? ¿Se han anunciado ya? ¿Cómo son y cuándo se verificarán?

Aquellas preguntas eran lógicas y estimularon la curiosidad de Malluch.

—Los juegos serán magníficos, pues el prefecto es rico y ahora tiene ocasión de asegurar su posición y aumentar sus riquezas, ya que su amor al dinero no disminuye con la edad. Le interesa provocar así el interés para distraer al cónsul Majencio, que ha venido a ultimar los preparativos de la campaña contra los partos. Los pregones que anunciaban a los cuatro vientos la apertura del circo con motivo de los juegos, se dieron ya hace un mes Tratándose de algo preparado por el prefecto, es de suponer que sean espléndidos y variados, pero además, Antioquía ha prometido añadir los suyos y, como a ese país le interesa mantener las buenas relaciones con el

gran hombre, es de esperar un éxito asombroso Vendrán gentes de todas las islas y ciudades de la costa y serán enviados los más famosos maestros del deporte, que percibirán regios honorarios.

—¿Tú qué opinas del circo? Se dice que es el segundo, después del de Máximo.

—¿Te refieres al circo «Máximo de Roma»? En el nuestro caben doscientos mil espectadores; sólo setenta y cinco mil menos que en el de Roma. El de allí es de mármol como el de aquí y en todo lo demás son exactos.

—¿También tienen el mismo reglamento?

—Si Antioquía osara ser original —repuso Malluch con una sonrisa—, Roma no la dominaría. Sólo se diferencia en que en el «Máximo» no parten a la vez más de cuatro carros y de aquí salen cuantos quieren a un tiempo.

—Siguen la costumbre griega.

—Es que Antioquía es más griega que romana.

—En ese caso puedo escoger un carro.

—Carro y caballos sin restricción alguna.

El aspecto meditabundo de Ben-Hur se tomó en una visible satisfacción al oír aquellas palabras.

—Dime otra cosa más, Malluch. ¿Sabes la fecha de la celebración de, esos juegos?

—Si los dioses del mar, como ellos dicen, les son propicios, el cónsul llegará mañana o pasado, y seis días más tarde se celebrarán.

—No queda demasiado tiempo, pero me bastará —aseguró Ben-Hur decidido—. Volveré a empuñar las riendas. ¡Por los profetas de nuestro antiguo Israel! Aunque… ¿se sabe con seguridad que Mésala sea uno de los competidores?

Comprendió entonces Malluch el plan de su amigo, considerando la buena oportunidad que se le ofrecía para humillar al romano, pero como buen descendiente de Jacob no dejó de sopesar las posibilidades que tendría de salir victorioso. Por eso, preguntó con voz indecisa:

—¿Tienes alguna práctica…?

—No hay que temer nada. En los tres últimos años los vencedores del circo «Máximo», han conseguido coronas, sólo cuando a mí me ha parecido oportuno. Pregúntalo. El mejor de ellos puede confirmártelo. En los últimos grandes juegos el propio Emperador me preguntó si quería encargarme de sus caballos para correr el campeonato del mundo.

—¿Aceptaste?

—Aunque ahora lleve un nombre romano, soy judío y no quiero hacer profesión de lo que pueda mancillar el nombre de mi padre en el Templo. Los ejercicios que puedo permitirme en la palestra, llevados al circo constituirían para mí una abominación. Te juro, Malluch, que si tomo parte en esta carrera no lo haré por las recompensas que pueda obtener.

—No lo jures —apostrofó Malluch—. Ese premio de diez mil sestercios constituye una fortuna para toda la vida.

—No para mí; aunque la triplicaran cinco veces más No deseo participar en esa carrera más que para humillar a mi enemigo. Y la venganza no tiene sanción en la ley.

Asintió Malluch con la cabeza, mientras pensaba: «Nadie mejor que un judío para comprender a otro judío».

—No dejará Mésala de correr, pues se ha comprometido en todas partes, haciéndolo público en el palacio y las palestras, en las calles y los baños. Además, en las tablillas de los elegantes casquivanos de Antioquía está ya apuntado su nombre.

—¿Te refieres a las apuestas?

—Eso es. Y como has visto, viene a diario con toda ostentación a ejercitarse.

—¿De manera que son ésos los caballos y el carro con que ha de correr? Muchas gracias, Malluch. Me has hecho un buen servicio y estoy contento. ¿Te place conducirme al Huerto de las Palmas y presentarme al *sheik* Ilderín?

—¿Cuándo?

—En este instante, no sea que mañana sus caballos estén comprometidos.

—¿Serán de tu agrado?

—Pude contemplarlos en la pista —repuso animadamente Ben-Hur— y aunque los vi sólo un instante, porque desde que llegó Mésala no me fijé en nada más, creo que son de esa sangre que es asombro y gloria del desierto. No los conocía hasta que tuve ocasión de ver uno en las caballerizas del César, pero cuando has visto uno, al caballo árabe lo distingues entre mil. Si es real su fama y puedo dominarlos, conseguiré…

—Ganar los sestercios —concluyó Malluch, socarrón.

—No. Me comportaré como cabe esperar de un heredero de Jacob. Deseo humillar a mi enemigo en el sitio más público. Pero no perdamos tiempo —añadió con impaciencia—. ¿Por dónde llegaremos antes a las tiendas del *sheik*?

Reflexionó el otro un instante y propuso:

—Sigamos la dirección de la villa que, por fortuna, no está lejos. Si nos alquilan dos buenos camellos, dentro de una hora podremos estar en el Huerto de las Palmas.

—Pues, vamos.

Un conjunto de palacios y magníficos *khans* de regia apariencia, rodeados de lindos jardines, constituía el pueblo de Dafne.

Sin dificultad encontraron dos camellos, en los que se trasladaron al famoso Huerto de las Palmas.

CAPITULO X

BEN-HUR TIENE NOTICIA DE LA EXISTENCIA DE CRISTO

Pasado Dafne, el terreno era ondulado, pero cultivado con esmero. Podía llamarse aquella parte la huerta de Antioquía, donde ni un palmo de terreno estaba inculto Semejaban terrazas las vertientes de los cerros y las parras trepadoras de los setos ofrecían, aparte de su atractiva sombra, soberbias cosechas de vino. Las casas de los labradores, recién blanqueadas, se destacaban en medio de los melonares y a través de la enorme cantidad de albaricoqueros, higueras, naranjos y limoneros. La abundancia, feliz hermana de la paz, se manifestaba en todas partes. En la lejanía podían verse, a trechos, las cimas del Tauro y del Líbano, entre los cuales el plácido curso del Orontes semejaba un hilo de plata.

Cuando los dos amigos llegaron a su orilla, siguieron río abajo, hasta llegar a un lago profundo y tranquilo que alimentaba el propio río. En la embocadura se veía una vieja palmera y Malluch, al llegar al pie del árbol, gritó:

—¡Mira! Éste es Huerto de las Palmas.

Un espectáculo similar sólo podría disfrutarse en alguno de los deliciosos oasis de Arabia o en las casas de campo que bordean el Nilo y la sensación que produjo en Ben-Hur fue más intensa cuando alcanzaron la llanura perfectamente nivelada, cubierta por fresca hierba la más rara y bonita de la tierra.

Las anchas copas de las palmeras, viejas, numerosas, corpulentas, eran tan altas y frondosas que el pálido azul del cielo casi quedaba oculto por ellas.

Todo tenía un especial encanto; tanto el césped que matizaba la atmósfera de verdor, como el lago, frío y transparente, que conservaba aquella frescura gracias a la cual tenían tan larga vida los árboles.

¿Podía considerarse superior al bosque de Dafne?

El camino era paralelo a la orilla del lago, que semejaba un brillante espejo, limitado a no muy larga distancia por la otra orilla, en lo que no crecían como en ésta, otros árboles más que palmeras.

—¿Ves? —inquirió Malluch, señalando la vieja palmera de la embocadura—. Cada anillo de su tronco representa un año de vida Si el *sheik* te dijera que este bosque fue plantado antes de que en Antioquía se oyera hablar de los *seléucidas*, no lo pongas en duda.

—Hoy en la pista, el *sheik* Ilderín me ha parecido un hombre vulgar. Un rabino de Jerusalén le miraría con desprecio y puede que le tratase como al hijo de un perro de Edom. ¿Cómo logró adueñarse de este huerto y conservarlo, a pesar de la codicia de los romanos?

—Si para la nobleza de la sangre tiene importancia el tiempo, el viejo Ilderín es un hombre de valía, aunque sea un *edonita* sin circuncidar —aseguró Malluch, poniendo en sus palabras caluroso entusiasmo—. Todos sus ascendientes fueron *sheiks*; y uno de ellos salvó cierta vez a un rey. Cuentan que le prestó mil jinetes, tan buenos conocedores del desierto y sus refugios, como lo son los pastores de los montes donde habitan con sus rebaños. Aquellos jinetes hicieron gran número de bajas entre el enemigo y repusieron al monarca en su trono. En recompensa, el rey trajo al hijo del desierto a este lugar, invitándole a que levantase en él sus tiendas con su familia y sus rebaños, y desde entonces todo el país, desde el río a las montañas cercanas, pertenece a aquel *sheik* y sus descendientes. No se les ha molestado nunca, pues los gobernadores de Antioquía han preferido conservar la buena armonía con la tribu a la que Dios ha permitido crecer en hombres caballos, camellos y riquezas. Son los dueños de muchas vías de comunicación, por lo que tienen importancia para el comercio, pues en ese sentido ha de hacerse lo que ellos permiten. El propio prefecto tiene buen cuidado cuando Ilderín, llamado el «Generoso» por sus liberalidades con todo el mundo, se pone en camino con sus mujeres, hijos, rebaños de todas clases y el acompañamiento de los que le obedecen como *sheik*. Suele venir del desierto algunas temporadas a vivir entre estas bellezas.

—¿Cómo se le ocurrió al buen hombre mesarse los cabellos y maldecir de su suerte por haber puesto su confianza en un romano? Si el César le hubiese oído estoy seguro de que habría dicho: «Amigos de esta clase no me gustan. Echadle de aquí».

—El *sheik* no es muy amigo de Roma, porque ha recibido ofensas de ella Hace tres años los partos, que dominaban la parte que limita con Bosra y

Damasco, asaltaron una caravana que llevaba el producto de los impuestos de todo aquel distrito. Los administradores del impuesto acudieron al César, quien cargó el pago a Herodes y éste embargó a Ilderín, acusándole de traidor y negligente en el cumplimiento de su deber. Apeló el anciano al César, más no recibió otra respuesta que la que podría esperarse de una esfinge. Aquella afrenta dolió en lo más profundo al buen hombre, que desde entonces siente hacia los, romanos un odio que se acrecienta día a día.

—Nada conseguirá con ello.

—Ya volveremos a hablar de eso en otro momento. ¡Mira! El *sheik* inicia sus demostraciones de hospitalidad. Los niños van a dirigirte la palabra.

En efecto, varias niñas, vestidas como las hijas de las labradoras de Siria, iban a ofrecerle sus cestos, llenos de suculentos dátiles recién cogidos. Ben-Hur se detuvo para aceptarlo, cuando un hombre les gritó:

—Sed bienvenidos. La paz sea con vosotros.

Ellos dieron las gracias a las niñas y reanudaron la marcha al paso tranquilo de los camellos.

—Quiero que sepas —dijo Malluch, que de vez en cuando hacía una pausa para comerse un dátil— que Simónides, el comerciante, me otorga su confianza y a veces incluso pide mi consejo. En su casa he trabado conocimiento con muchos de sus amigos que, conociendo mis relaciones con él, le hablan con libertad en mi presencia. Por ese motivo he tenido trato con el *sheik* Ilderín.

La imaginación de Ben-Hur vagó muy lejos durante unos momentos, al recordar la imagen virginal, seductora y graciosa de Ester, la hija del comerciante. Volvía a ver sus ojos negros, con aquel brillo peculiar de la raza hebrea, entornándose modestamente al cruzarse con los de él, y creyó escuchar otra vez su voz, llena de dulzura y simpatía.

Cuando Malluch volvió a hablar, la agradable visión se esfumó.

—No hace muchas semanas que el anciano *sheik* visitó a Simónides, cuando yo me encontraba en su casa. Al observar que estaba muy excitado, por discreción, quise retirarme, pero él lo impidió, diciéndome: «Eres también un israelita, así que quédate a escuchar la extraña historia que voy a contar». Te haré un resumen de dicha historia. Hace muchos años se presentaron en el desierto, en la tienda de Ilderín, tres extranjeros; un indio, un griego y un egipcio. Montaban todos camellos singularmente grandes y blancos. El árabe les dio la bienvenida y les ofreció hospitalidad. Y al siguiente día pudo oír que aquellos huéspedes recitaban una plegaria, completamente nueva para él, dirigida a Dios y a su Hijo. Le explicaron luego, quiénes eran y de dónde

venían. Cada uno ellos había visto una estrella de la que provenía una voz que les ordenaba ir a Jerusalén y preguntar; «¿En dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos?». Ellos obedecieron y desde Jerusalén fueron conducidos por la estrella a Belén, donde en una cueva, hallaron a un niño recién nacido, a cuyos pies se postraron para adorarle; hiciéronle luego ricos presentes y volvieron a emprender la marcha, sin detenerse, hasta que encontraron la tienda del *sheik*, pues si Heredes el Grande les hubiese alcanzado, les habría dado muerte con toda seguridad. El generoso árabe, hizo honor una vez más a su renombre y les acogió, teniéndoles escondidos un año entero. Cuando marcharon le dejaron regalos de gran valor y cada uno emprendió un camino distinto.

—Realmente, es una extraña historia. ¿Qué has dicho que buscaban?

—Iban preguntando por todas partes: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?».

—¿Sólo eso?

—Lo demás no lo recuerdo.

—¿Y dices que encontraron al Niño?

—Y le adoraron.

—Fue un milagro, Malluch.

—Aunque irritable como todos los árabes, Ilderín es un hombre serio. La mentira en su lengua es imposible.

Habían olvidado dirigir a los camellos que, a su libre albedrío, se separaron del camino para pastar la verde hierba.

—¿Y no supo Ilderín nada más de aquellos hombres? —inquirió Ben-Hur —. ¿Qué fue de ellos?

—Precisamente eso era el motivo de su visita a casa de Simónides. La noche anterior había vuelto a su tienda el egipcio.

—¿Adónde dices?

—Aquí. A la puerta de la tienda a donde nos encaminamos ahora.

—¿Y cómo le reconoció?

—Con la misma facilidad que dices tú que reconoces a los caballos. Por sus maneras y signos peculiares.

—¿Sólo por eso?

—Montaba además, el mismo camello blanco y le dijo el mismo nombre: Baltasar, el egipcio.

—Es un milagro del Señor —exclamó Ben-Hur, muy excitado.

—¿Por qué? —y Malluch le miraba admirado.

—¿Has dicho Baltasar?

—Sí. Baltasar el egipcio.

—El mismo nombre nos ha dado el anciano de la fuente.

Al recordarlo, Malluch participó de la excitación de su compañero.

—Y he salvado a la mujer —decía Ben-Hur, como hablando para sí—. La mujer era su hija.

Y quedó largo rato abstraído.

—Oye —preguntó por fin—. ¿Preguntaban los tres: «Dónde está el que ha de ser Rey de los judíos»?

—No decían eso, sino «el que ha nacido Rey de los judíos». Ésas fueron las palabras que dieron en el desierto al viejo *sheik* que desde entonces espera la venida de ese Rey con fe inquebrantable.

—¿Rey dices?

—Sí. El árabe opina que vendrá para destruir el poder de Roma.

—Ese anciano es uno más de los miles de gentes que tienen algún agravio que vengar y esa extraña fe les viene como anillo al dedo. ¿Quién sino Herodes, puede ser rey de Israel, mientras exista Roma? Pero prosigue. ¿Qué dijo Simónides?

—Si Ilderín es serio, Simónides es un sabio. Le dijo que… Pero, ¿no oyes? Parece que quieren alcanzarnos.

Aumentaba el rumor y no tardaron en distinguir el ruido de ruedas y el galopar de caballos. A los pocos momentos apareció el *sheik* y unos cuantos acompañantes. La larga barba del anciano caía sobre su pecho y su cabeza se inclinaba hacia delante, pero al ver a los forasteros levantó la vista y les habló así:

—La paz sea con vosotros. Bienvenido, amigo Malluch. ¿Traes algo para mí del buen Simónides? El Señor de tus padres conserve su vida muchos años. Bueno; soltad ya las riendas y seguidme. Puedo ofreceros pan y vino, o «arrack» si lo preferís, y carne tierna de cabrito. Acompañadme.

Una vez a la puerta de la tienda les obsequió con un espeso licor.

—Bebed —les invitó cordialmente—. La bebida es lo único que ahuyenta las penas de los hombres del desierto.

Apuró cada cual el contenido de su copa y el árabe volvió a hablar.

—Ahora, entrad en nombre de Dios.

Haciéndose a un lado con el anciano, Malluch le habló en secreto y cuando acabaron se acercó a Ben-Hur para disculparse.

—He hablado de ti al *sheik* y mañana permitirá que hagas la prueba de los caballos. De ti depende lo demás Yo regreso a Antioquía, pues necesito ver

esta noche sin falta a una persona. Mañana, si todo va bien, volveré, dispuesto a permanecer junto a ti hasta el fin de los juegos.

Deseóle Ben-Hur mil bendiciones y Malluch emprendió la marcha hacia Antioquía.

CAPITULO XI

EL SIERVO PRUDENTE Y SU HIJA

La mayor parte de la población de Antioquía se recreaba a aquella hora en las azoteas de sus casas con la fresca brisa nocturna. La luna, en su cuarto creciente, re veía sobre los almenados edificios del Monte Sulpius, y Simónides, aposentado en aquel sillón que formaba ya parte de su persona, contemplaba desde la azotea el río y los navíos que sujetos a las amarras, se balanceaban en él. La sombra de la muralla del recinto se proyectaba hasta la ribera opuesta, y se escuchaba la sorda y constante trepidación del puente, bajo los pies de los pasajeros.

En una bandeja que sostenía Ester, se veía la frugal cena de su padre, unos bollos tan ligeros comí obleas, miel y una taza de leche en la que mojaba lo bollos, untados con la miel.

—Mucho se retrasa Malluch esta noche.

—¿Supones que aún vendrá? —preguntó su hija.

—Sí. De no ser que se haya internado en el desierto o tomado el camino del mar.

Simónides hablaba demostrando una ciega confianza.

—Habría escrito —sugirió la hija.

—Sí, Ester. Pero de no poder venir ya habría recibido su carta. Al no haber llegado ningún aviso suyo es que Malluch ha de venir.

—Eso espero —repuso la joven con dulzura.

Creyó Simónides que en la frase de su hija había algo inusitado.

El más pequeño de los pájaros, al posarse en la rama de un árbol vigoroso, comunica una vibración que percibe hasta la fibra más lejana. Y muchas veces la mente no es menos sensible para captar el matiz de las expresiones.

—¿Deseas que venga, Ester?

—Sí.

—¿Puedes decirme el motivo?

—Por qué… —y se detuvo como sin atreverse a concluir—. Porque ese joven…

—Es nuestro amo —acabó Simónides—. ¿No ibas a decir esa palabra?

—Sí.

—Y a ti te parece que yo no debo consentir que se aleje de Antioquía, sino que debo llamarle para que, si lo considera conveniente, se quede aquí se apodere de todo lo que tenemos, de todo absolutamente. Ester: mercancías, dinero buques, esclavos y del enorme crédito que me ha proporcionado el éxito.

Ester guardó silencio.

—¿No te afectan mis palabras? ¿En absoluto? —y en su tono se adivinaba cierta amargura—. Está bien Me he convencido de que la realidad más triste y torturante se soporta con facilidad si proviene de un hecho que desde el principio le traía en su seno. Eso es lo que debe suceder con la muerte. Y según esta filosofía la esclavitud que pronto habremos de soportar, nos resultará más dulce después. Casi me alegra pensar que nuestro amo es un hombre atortujado Se apoderará de una inmensa riqueza sin que le cueste una gota de sudor, ni una cavilación. Le llega sin haberla soñado siquiera. ¿No te parece, Ester, que puedo envanecerme un poco por la parte que yo he tomado en ello? Le he preparado un tesoro que con todo el oro del mundo no podría adquirir en ningún mercado… ¡Hija mía querida, eres el retrato de mi difunta Raquel!

Y atrayéndola hacia él la besó dos veces, una por él y otra por la madre.

—No hables de ese modo, padre mío. ¿Por qué no pensar mejor de él? Ese joven ha conocido las penas y evitará las nuestras cuanto pueda.

—Sé que tus sentimientos son puros, Ester, y por ellos me guío en los casos dudosos, más, cuando debo pronunciar un fallo sobre una persona como la que tú debes juzgar. Pero ten en cuenta que aparte de las riquezas, no son únicamente estos miembros inútiles y este quebrantado cuerpo que apenas si tiene apariencia humana, lo que le va a pertenecer de mi persona.

—¡No! Va a ser también mi alma un alma que ha triunfado del tormento y de la maldad de los romanes. Y una inteligencia perspicaz que ve el oro a distancias mayores que las recorridas por las naves de Salomón; y mi inteligencia tiene poder para traerlo a mis manos, cuyos dedos saben agarrarlo y retenerlo hasta que vuele a…, manos más diestras. —Sonrió e hizo una pausa—. ¡Oh… Ester! Antes de que la luna nueva ilumine los patios del Templo, allá en el monte santo, antes de que acabe el próximo cuarto, yo

podría estremecer al mundo y sobresaltar al mismo César, porque poseo esa facultad superior a las demás, mejor que el cuerpo más perfecto y que el valor y la voluntad, mayor aún que la experiencia, que es corrientemente, el producto de una larga vida; poseo el mejor don que puede tener un hombre, pero que… —rió y nuevamente se adivinó la amargura en aquella risa—, que no siempre saben apreciar los grandes. Esa facultad es la de saber atraer a los hombres a mis proyectos y mantenerlos fieles, gracias a lo cual me multiplico y soy capaz de realizar diversas cosas a un tiempo. Por eso los capitanes que surcan los mares con mis navíos, traen fielmente las mercaderías; por lo mismo Malluch sigue ahora al joven… a nuestro amo; y por ello… —Se interrumpió, al oír pasos en la azotea—. ¿Ves, Ester? ¿No te lo decía yo? Ya está aquí. Ahora nos dará noticias. Nunca dejo de rogar por ti, hija mía, a nuestro Dios, que no olvidó nunca al rebaño errante de Israel. Vamos a saber si Él permitirá la libertad, a ti con toda tu belleza, a mí con todas mis facultades.

Malluch llego hasta ellos.

—Sea contigo la paz buen amo —deseó, haciendo una profunda reverencia— y también contigo, Ester, la mejor de las hijas.

Por la actitud que manifestaba de pie ante ellos, era difícil saber si se mostraba como un criado, o con la familiaridad de un amigo.

Después de corresponder al saludo, Simónides, como buen negociante, se fue directo al asunto que le interesaba.

—¿Qué hay del joven, Malluch?

Con toda sencillez y en pocas palabras relató el emisario los acontecimientos del día, sin que se le hiciera la menor interrupción. Simónides, inmóvil, habría parecido una estatua de no ser por el brillo de sus ojos y algún suspiro de alivio que de vez en cuando dejaba escapar.

—Muchas gracias, Malluch —dijo al final, cordialmente—. No podías haberte portado mejor ni más diestramente. ¿Cuál opinas que es la nacionalidad del joven?

—Buen amo, se trata de un israelita de la tribu de Judá.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Por lo visto no te ha referido gran cosa de su vida.

—Ha aprendido a ser prudente; a mí me parece desconfiado. Hasta que abandonamos la fuente de Castalia supo burlar todos mis intentos de captarme su confianza.

—Esa fuente es un lugar abominable. ¿A qué fue allí?

—Yo creí que por simple curiosidad, pero comprobé que no sentía interés alguno por nada de lo que observaba. Sólo me preguntó si el templo era griego. No cabe duda de que ese joven tiene un hondo pesar del que busca alivio, y ha ido al bosque de Dafne como vamos nosotros a los sepulcros a enterrar a nuestros muertos.

—Eso ya me complace. Pero la prodigalidad, Malluch, es la maldición de nuestros días. Por imitar a los ricos, que quieren llevar vida de príncipes, los pobres se empobrecen más voluntariamente. ¿Has comprobado si el joven tiene ese defecto? ¿Alardeó de dinero?

—No. En absoluto, buen amo.

—¿Ni tan sólo bebió y comió opíparamente en ese lugar tan a propósito para incitar a cometer locuras? ¿No te hizo ninguna invitación generosa? Su edad habría hecho disculpable esa libertad.

—Mientras estuvo conmigo ni comió ni bebió.

—Y por sus palabras o acciones, Malluch, ¿conseguiste adivinar cuál es su idea dominante?

—¿Puedes explicarme mejor esa pregunta?

—Cuando se trata de resolver cualquier cuestión grave, ya sabes que nadie habla y obra sino es guiado por un determinante motivo. En ese aspecto ¿cuál es el motivo dominante?

—A eso puedo responder con toda seguridad. Ante todo desea encontrar a su madre y su hermana. Después le preocupa el agravio de Roma y como Mésala parece el responsable, tiene gran interés en humillarle. Para eso tuvo ocasión en la fuente, pero ese encuentro no ha sido suficiente. Desea hacer una humillación pública.

—Mésala tiene gran influencia —dijo pensativo Simónides.

—Pero cuando vuelvan a encontrarse será en el circo.

—¿Y qué?

—Que el hijo de Arrio saldrá vencedor.

—¿Cómo lo sabes?

—Juzgando por lo que él me ha dicho —sonrió Malluch.

—¿Sólo por eso?

—No. Hay un signo más expresivo: su espíritu.

—Dime, Malluch, ¿esa idea de venganza hasta dónde se extiende? ¿La limita sólo a los que le ofendieron o la aplica a toda la casta? ¿Se trata de un capricho propio de un joven sensible o tiene la seriedad y madurez de la edad viril? La idea de venganza que asienta su raíz en el entendimiento no es más que un sueño que se derrite el primer día de sol, mientras que el verdadero

espíritu de venganza es pasión del corazón que sube al cerebro y corroe insistentemente los dos órganos.

Por primera vez dio pruebas Simónides de apasionarse; se expresaba con calor, apretando los puños.

—Uno de los motivos que me impulsan a creer que el joven es judío, buen amo, se basa en la intensidad de su odio. Sabiendo el tiempo que ha vivido bajo la influencia romana, me mantuve siempre en guardia y, sin embargo, en dos ocasiones he podido comprender lo fuerte que es su odio. La primera vez fue cuando quiso conocer los sentimientos del *sheik* hacia Roma y la otra cuando al hablarle de los magos, le repetí la pregunta; «¿En dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?».

Volvió a insistir Simónides.

—Repíteme sus palabras, Malluch. Permíteme que juzgue la impresión que causó en él el misterio.

—Deseaba saber las palabras exactas. Si dijeron «para ser Rey de los judíos» o «nacido Rey…». Por lo visto encontraba gran diferencia en las dos frases.

Simónides seguía atentamente sus palabras.

—Le dije —siguió Malluch— lo que opina Ilderín sobre este misterio: que el Rey vendrá a abolir el poder de Roma La sangre afluyó al rostro del joven y dijo gravemente: «Mientras Roma exista, ¿quién, sino Herodes, puede ser rey de Israel?».

—¿Qué quiso decir con eso?

—Que debe ser destruido el Imperio antes de que pueda advenir otro poder.

Meditaba Simónides, contemplando las sombras de los bosques. Cuando levantó la cabeza, fue para poner término a la entrevista.

—Bueno, Malluch. Ve a comer y no demores el volver al Huerto de las Palmas, para ayudar al joven en la prueba que intenta. Por la mañana te daré una carta para Ilderín *y yo* mismo me encargaré del asunto del circo.

Cuando Malluch se alejó Simónides parecía más reposado y tranquilo. Bebió un largo trago de leche y pidió a su hija:

—Llévate la bandeja, Ester, que ya he acabado.

Hízolo así la joven.

—Ahora, ven aquí.

Sentóse ella en el brazo del sillón de su padre, que la dijo con fervor:

—Dios es bueno, muy bueno conmigo. Aunque obra en el misterio, a veces permite creer que le vemos y le comprendemos. Soy viejo, hija querida,

y no tardaré en abandonar este mundo, pero cuando se desvanecía ya toda esperanza, el Señor me ha enviado a ese joven que es para mí como una promesa que me hace resucitar. Veo una vida de salvación tan grande que será como un renacimiento del mundo. Ahora tengo una razón para que le ceda las riquezas, que están destinadas a un fin muy grande. Realmente, siento renacer mi vigor.

Acercóse aún más a él Ester, como temerosa de que los pensamientos de su padre se remontaran demasiado altos.

—Ha nacido el Rey, que ahora debe estar en la mitad del curso de su vida. Cuando Baltasar le vio y adoró era un niño y según los cálculos de Ilderín de eso hizo veintisiete años en diciembre. Por tanto no ha de tardar mucho en aparecer. Hoy, quizá mañana. ¡Qué felicidad siento sólo al pensarlo! ¡Santos padres de Israel! ¡Parece que oigo el estruendo de las murallas que se derrumban y el clamor con que se acoge el nuevo cambio! Se abre la tierra, se traga a Roma y todos, mirando al cielo, ríen y cantan, porque ya no existe la dominadora y nosotros sí.

Y se detuvo, riendo para sus adentros.

—¿Has oído alguna vez cosa parecida? Seguramente no, Ester. Siento el arrebato de un cantor y la conmoción de Miriam o de David. Parece que resuenan en mí, címbalos y arpas, unidos al griterío de las gentes en torno a un tronco recién levantado. He de aplicar mis facultades al presente, porque sé que el Rey necesitará dinero y hombres, pues lo mismo que nació de una mujer y era un niño como cualquier otro, será ahora un hombre sujeto a las condiciones de la vida humana, lo mismo que tú y yo. Tendrá necesidad de banqueros y tesoreros, y capitanes para sus guerreros. ¿Te haces cargo de mis aspiraciones y del ancho camino que se abre en la carrera de nuestro joven? Y como fin, la venganza y la gloria. Y además…

Se interrumpió como si le avergonzase su egoísmo, al hacer proyectos que no diesen ningún fruto para Ester y besándola, añadió:

—Además, la felicidad para la hija de tu madre.

Ella seguía silenciosa y el padre se dio cuenta de que quizá no participase de sus ideas, pues la diferencia de sexo hace que no siempre nos deleitemos o aflijamos con aquello que preocupa o aflige a nuestro prójimo. Se hizo cargo, entonces, de que no era sino una doncella.

—Dime qué piensas, Ester —preguntóla con la familiaridad y sencillez que empleaba siempre con ella—. Si es que sientes algún deseo, manifiéstamelo, pequeña, que aún conservo poder y ya sabes que el poder siempre tiene preparadas sus alas para volar.

La respuesta de Ester fue rápida y de infantil ingenuidad.

—Padre mío manda a buscarlo. Envía por él esta misma noche y no permitas que salga al circo.

—¡Ah! —exclamó el padre y dirigió su vista al río.

Acababa de lacerar su corazón el agudo tormento de los celos. ¿Se habría enamorado su hija del joven amo? ¡No! Era imposible Ester tenía aún muy pocos años. Mas aquella idea se había apoderado de él, enfriando su corazón y sumiéndole en el silencio Acababa ella de cumplir los dieciséis años. El día de su aniversario fueron los dos al astillero donde celebraron un banquete y se botó una nueva galera cuya amarilla bandera llevaba el nombre de su pequeña.

Hay realidades que sobreviven muy a pesar nuestro Por ejemplo, que nos vamos haciendo viejos o que hemos de morir.

Un pensamiento tenebroso para el anciano, se deslizó en su corazón No bastaba con que su hija, llena de juventud, entrara en los dominios del amo, sino que otorgaría al amo sus afectos y sinceridad, la ternura y delicadeza qué tan bien conocía su padre, puesto que hasta entonces tenías habían sido para él.

Sin embargo, con gran esfuerzo, logró dominarse y preguntar con aparente tranquilidad:

—¿No quieres que vaya al circo? ¿Y por qué, niña mía?

—No me parece un lugar a propósito para un hijo Israel.

—¡Rabínica Ester! ¿Es eso todo?

El tono tan inquisitivo de la pregunta hizo latir con fuerza el corazón de la muchacha, que no supo contestar. Se sintió turbada por una extraña y nueva sensación.

—Ese joven recibirá toda la fortuna, toda, Ester. —Estrechóla la mano, mientras la hablaba con toda dulzura—. Poseerá los barcos, el dinero, todo… Pero yo no me consideraré pobre, porque te tendré a ti y tu amor, que sustituye al de la pobre Raquel. Dime, ¿también me lo arrebatará?

Ella se inclinó y acercó su mejilla a la de su padre, pero sin pronunciar una palabra.

—Contesta. Seré más fuerte sabiéndolo.

La respuesta de Ester fue como la palabra de la Verdad Santa.

—Nunca te abandonaré, padre mío. Consuélate, pues, aunque él obtenga mi amor, yo seré siempre tu sierva. —E inclinándose le besó la frente—. El aspecto de ese joven me agrada, su voz me arrebata y me estremece imaginar que está en peligro. Es cierto, padre, que me agradaría mucho volver a verle.

Pero un amor no correspondido no puede ser perfecto y por tanto he de aguardar, sin olvidar de quién soy hija.

—¡Ester querida! Eres una bendición del Señor. Esa bendición me mantendría rico, aunque perdiese toda ni riqueza. Por el Señor y por su eterna existencia te juro que no has de sufrir.

A) poco un criado trasladaba en su sillón a Simónides hasta su aposento, donde, durante un rato, meditó sobre el advenimiento del Rey mientras su hija, que ya se había despedido de él, dormía el sueño de la inocencia.

CAPITULO XII

UNA ORGIA ROMANA

El palacio de la isla, cuya terminación se atribuye a Epífanes[69], y que estaba situado trente a la casa de Simónides era todo lo suntuoso que la mente puede imaginar, aunque predominaba en él lo inmenso sobre lo que ahora llamamos clásico; es decir, que su estilo era más parecido al persa que al de los griegos.

La mura la que rodeaba toda la isla fue construida para que sirviese de malecón contra la corriente y al mismo tiempo de baluarte contra las revueltas del pueblo. Los legados romanos argüían que la muralla hacía que el palacio no fuese apropiado para habitarlo de continuo y se trasladaban a otra residencia, levantada en la falda Occidental del Monte Sulpius. Y eran muchos los que opinaban que el motivo de aquellos traslados no se debía a buscar un lugar más saludable, sino por la seguridad que ofrecían los cuarteles o ciudadelas, situados en el camino que conducía a dicho palacio. Aquella opinión tenía muchos visos de verosímil.

El palacio estaba siempre en disposición de ser habitado y era la residencia que se designaba a todo cónsul, general, rey o potentado que llegaba a Antioquía.

Una de las estancias de este palacio, el que hoy llamaríamos salón, era un recinto espacioso, pavimentado con losas de mármol pulimentadas y alumbrado durante el día por la luz que entraba ampliamente por las claraboyas del techo, cubiertas por mica, que hacía las veces de cristales.

Las diversas estatuas de atlantes que adornaban las paredes, sostenían una cornisa de arabescos de complicado dibujo, pero hermosa por el colorido; un conjunto de azul, verde púrpura de Tiro y oro. Un diván forrado de seda india y lana de casimir se extendía a lo largo de las paredes. Completaban el mobiliario mesas y sillas de modelo egipcio, extrañamente trabajadas.

Cinco grandes candelabros que penden del techo por cadenas de bronce, alumbran esta noche la estancia entera Una en cada ángulo de la estancia y otra en el centro iluminan con sus innumerables lámparas lo mismo las demoníacas figuras de Atlante, que los más diminutos detalles de la cornisa. Hay unas cien personas jóvenes, de alegre rostro, que se sientan a las mesas o van de acá para allá, en incesante movimiento. Algunos de ellos apenas han salido de la adolescencia.

No cabe duda de que son peninsulares y la mayoría romanos. Su lengua es el latín puro y visten como los habitantes de la ciudad del Tíber en la intimidad. Una túnica de falda y mangas cortas, de un género adecuado para el clima de Antioquía.

Sobre el diván se ven desparramadas las togas y *lacernas*[70] que llevaban sus dueños al entrar, el festoneado de púrpura de muchas, muestra la categoría del propietario. Sobre el diván yacen algunos, quizá agotados por el calor asfixiante o por haber abusado del licor, tan grato para Baco.

Aquel estruendo de voces y el continuo movimiento, aturdían a quien no estuviese acostumbrado a aquellas orgías. Continuamente resonaban risotadas ruidosas y exclamaciones de indignación o alegría. Al mirar hacia las mesas se observa que la reunión se entrega apasionadamente a sus juegos favoritos: el ajedrez y los dados.

—Amigo Flavio —decía uno de los jugadores—. Mira aquella *lacerna* del diván, acaba de salir de la tienda y tiene una hebilla de oro en el hombro, tan grande como la palma de mi mano.

—Ah, ya la he visto —repuso su interlocutor, sin mostrar gran interés, preocupado sólo por el juego—. Siendo tuya no podía ser vieja; pero ¿qué quieres hacer con ella?

—La regalaría por encontrar un hombre que lo supiera todo.

—Ja, ja, ja. Sin salir de aquí los encontraría yo más baratos y de los que gastan púrpura… Anda, juega…

—Ya va… ¡jaque mate!

—¿Cómo? ¡Por los dioses! ¿Otra vez?

—Sí. Otra vez.

—¿Y la apuesta?

—Un sestercio.

Sacando cada uno sus tabletas y estilo hicieron su apuntación; luego colocaron nuevamente las fichas.

Flavio recordó la observación de su amigo.

—¡Nada menos que un hombre que lo sepa todo! ¡Hercle[71]! Menuda envidia sentirían los oráculos. ¿Y para qué necesitas un monstruo semejante?

—Tan sólo para hacerle una pregunta, Flavio, y luego… le cortaría el cuello.

—¿Qué pregunta?

—Le preguntaría la hora… no, el minuto en que Majencio ha de llegar mañana.

—¡Magnífica jugada! Ya te tengo… ¿Y por qué el minuto?

—¿No has estado nunca con la cabeza descubierta en el muelle donde ha de desembarcar? Las hogueras de Vesta[72] no queman tanto como el sol de Siria. Y si he de morir, ¡por el Estátor de nuestro padre Rómulo[73]!, que sea en Roma. Este país es el Averno. En el Foro de nuestra ciudad se puede estar y con levantar tan sólo un poco la mano, casi se alcanza la morada de los dioses. Pero, Flavio, tú me estás engañando. ¡Por Venus! He perdido. ¡Oh fortuna!

—¿Vamos al desquite?

—Quiero recuperar mi sestercio.

—Sea.

Y empezaron otra vez. Ya la luz del día hacía palidecer el resplandor de las lámparas y ambos continuaban jugando. Eran, como la mayoría de aquellos jóvenes, dos agregados militares del cónsul, al que esperaban, procurando divertirse entretanto.

Mientras los dos amigos sostenían aquella conversación, entró en el salón un grupo en quien nadie se fijó hasta que llegaron a la mesa central. No cabía duda de que habían estado celebrando alguna orgía, pues muchos de ellos apenas lograban mantenerse en pie. Las sienes del que parecía anfitrión de la fiesta estaban ceñidas por una corona de laurel. Llevaba la cabeza erguida orgullosamente y la sangre proporcionaba un encendido color a sus labios y mejillas. El vino no le había hecho otro efecto que aumentar el natural atractivo de su varonil tipo latino. Envuelto en blanca toga de amplios pliegues, avanzó hasta el centro del salón con la prestancia de un César.

Se acercó a la mesa e hizo sitio para él y sus compañeros sin miramiento alguno. Al verle, todos le recibieron con expresiones que podían juzgarse de aclamación.

—¡Mésala! ¡Mésala!

Los más apartados, al oír pronunciar este nombre a los demás, también lo repitieron y todos interrumpieron sus juegos para acercarse al recién llegado.

Éste, aunque halagado por su popularidad, se mostraba indiferente.

—Se te saluda, amigo Druso —dijo al jugador que tenía más cerca—. ¿Son éstas tus tabletas? —y echó una ojeada a las apuntaciones—. Sólo denarios —dijo luego, arrojándolas desdeñosamente—; moneda digna de carniceros y carreteros. ¡Por la borracha Sémele! ¡A lo que ha llegado Roma! ¡Un César que se pasa toda una noche perdiendo cuanto tiene y rogando a la fortuna que le permita ganar un mísero denario!

Enrojeció Druso, pero los gritos de «Mésala, Mésala» impidieron qué tuviera oportunidad de dar una respuesta.

—¡Hijos del Tíber! —siguió, arrebatando de las manos de un jugador cercano, el cubilete con los dados—. ¿Quién es el favorecido por la suerte? El romano. ¿Quién impone sus leves a todas las naciones? El romano. ¿Quién es el amo universal por el derecho de la espada?

Y esta vez todos se apresuraron a repetir el estribillo tan halagüeño para ellos:

—¡El romano! ¡El romano!

—A pesar de ello —aquí se interrumpió para captarse toda la atención—, hay alguien mejor que el romano.

E irguiendo su cabeza patricia, contempló a todos con burlona sonrisa.

—¿Me habéis oído? Hay alguien mejor que el romano.

—Es verdad. ¡Hércules!

—¡Baco! —gritó otro.

—¡Júpiter! ¡Júpiter! —exclamaron varios.

—No. Me he referido a los hombres.

—Di a quién te refieres. Nómbralo —solicitaron todos.

—Ahora. Aquel que a la perfección de Roma ha añadido la perfección del Este; quien al brazo conquistador, que es occidental ha agregado el arte, que es oriental…

—¡Por Pólux! No deja de ser romano quien ha unido a los dos —opinó alguien, causando gran hilaridad entre los demás.

—Nosotros, en el Este —siguió Mésala—, no tenemos más dioses que el vino, las mujeres y la fortuna Nuestra divisa es: «¿Quién se atreve a lo que yo me atrevo?», muy apropiada en los comicios, en los campos de batalla y aplicable, sobre todo al que buscando lo mejor, desprecia todo lo demás.

Bajó el tono de su voz, que adquirió un tono de familiaridad, aunque no por ello perdió la ascendencia que había obtenido.

—Allá arriba, en el arca grande de la ciudadela tengo cinco talentos en moneda corriente en todo; los mercados y éstos son Los recibos que lo justifican.

Sacó un rollo de pergamino que echó sobre la mesa, bajo las expectantes miradas de todos.

—Esta suma es muestra de lo que os digo. ¿Hay quién Ose aventurar tanto? Vuestro silencio demuestra que os parece demasiado. Disminuyo un talento. ¿Tampoco así? Está bien. ¿Hay quién tire conmigo por sólo tres talentos? Sólo tres… Por dos. Por uno. Por uno al menos, por el honor del río a cuyas orillas habéis nacido. ¡La Roma oriental contra la Roma occidental! ¡El bárbaro Orontes contra el sagrado líber!

—¡El Orontes contra el líber! —remedó un burlón.

Nadie se había movido y Mésala, riendo, arrojó el cubilete a la mesa y recogió sus recibos.

—¡Por el padre del Olimpio! Por lo visto no tenéis fortuna o necesitáis restaurarla. Cecilio… —llamó.

—¡Estoy aquí Mésala! Entre esta chusma, pidiendo por caridad un dracma para jugarlo con el andrajoso Aquerón. Pero ¡por Plutón!, todos estos juntos no pueden reunir una limosna.

Todos rieron la ocurrencia, menos Mésala, que dijo a Cecilio:

—Haz que los criados traigan ánforas y cráteras del lugar que hemos venido. ¡Por Baco! Veremos si estos compatriotas sin bolsa, que buscan la fortuna, tienen por lo menos, buenos estómagos.

Volvióse luego a Druso y le dijo entre carcajadas:

—Amigo mío, no te ofendas porque te rebajara a un denario, a ti que vales tanto como un César. Sólo quería probar a estos desplumados de Roma. Ven, Druso.

Y alzó el cubilete, agitando alegremente los dados.

—Probemos suerte. ¿Cuánto pones?

Su simpatía y cordialidad ganaron a Druso.

—¡Por las ninfas! —repuso riendo—. Voy a jugar contigo Mésala. Echaré un denario.

—Y tú, ¿quién eres? —inquirió de pronto Mésala a un joven, casi un niño, que contemplaba la escena.

El muchacho se hizo atrás.

—¡Por Cástor y su hermano! No quiero ofender a nadie, pero es regla entre los hombres, en asuntos que nada tienen que ver con los dados, conservar un documento, debidamente registrado, cuando se cierra un trato. Me hace falta un secretario. ¿Quieres tú serlo?

Dispuesto a hacer las anotaciones que le indicaran, preparó el jovencito sus tabletas. Sus donosas maneras atraían a todos.

—¡Un momento, Mésala! ¡Un momento! —gritó Druso—. Quizá sea de mal agüero tener dos dados en la mano para hacer una pregunta, pero se me acaba de ocurrir y no dejo de hacerla, aunque Venus me azote con su cinturón.

—¡Suerte tendrías, Druso! Venus, sin cinturón, es Venus amante. Tiraré y luego pregunta. —Y volcó el cubilete sobre la mesa, aunque reteniéndolo con los dedos, boca abajo.

—¿Has visto alguna vez a Quinto Arrio? —preguntó Druso.

—¿Te refieres al *duunviro*?

—No. A su hijo.

—No sabía que tuviera un hijo.

—Lo decía porque Pólux no era tan parecido a Cástor como Arrio lo es a ti.

Mil voces aseveraron aquella observación.

—Es exacto. Los mismos ojos. Su cara.

—¡Bah! —dijo uno con disgusto—. Mésala es romano y Arrio judío.

Se inició una disputa que Mésala intentó cortar.

—No llega tu vino, Druso, y yo estoy como perro en traílla. Referente a Arrio, creeré cuanto me decís, pero he de saber algo más de él.

—¡Por el dios Pan que no lo digo por ofenderte! Pero Arrio, sea judío o romano, es guapo, animoso y diestro. Él Emperador le ofreció su patrocinio, pero él lo rehusó. Llegó a Roma como salido del misterio y se ha mantenido apartado de nosotros, bien porque le agradase más o por sentirse inferior a los demás. No tiene rival en la palestra: luchó con los gigantes de ojos azules del Rhin y con los toros sin cuerno de la Sarmacia[74], como si se tratase de tiernos vástagos del sauce. Heredó la inmensa fortuna del *duunviro*. Le apasionan las armas y la guerra. Fue admitido por Majencio en su escolta y debió haber embarcado con nosotros, pero en Rávena lo perdimos. Ha llegado sin novedad, pues he oído hablar de él esta mañana. Ha preferido ir al *khan*, en vez de venir a palacio o a la ciudadela.

Al principio, Mésala se mostró indiferente, pero a medida que hablaba Druso, su interés aumentaba.

—¡Tú, Cayo! ¿Estás ahí?

Llamaba a su *myrtilus*, que estaba tras él.

—Si no me encontrase aquí no sería tu amigo.

—¿Te acuerdas del hombre que hoy te ha hecho •caer?

—¡Por la melena de Baco! ¿Cómo no voy a recordarle si tengo el brazo magullado, para conservar mi memoria? —y levantó el brazo cuanto pudo

para atestiguar sus palabras.

—Pues da gracias a los hados, porque he encontrado a tu enemigo Atiende.

Mésala volvióse a Druso y pidió:

—¡Por Febo[75]! Háblanos de ese que es judío y romano al mismo tiempo. ¡Graciosa mezcla para un centauro! Di, Druso, ¿cómo viste?

—Como hebreo.

—¿Has oído, Cayo? —preguntó Mésala—. Se trata de un hombre joven, además, prefiere vestir de hebreo y por último debe fama y fortuna a sus puños, con los que lo mismo puede derribar a un caballo que detener una cuadriga a la carrera; tiene además facciones romanas. Apuesto a que debe conocer perfectamente el latín, pues en otro caso no pasaría tan pronto por judío como por romano. ¿También habla el idioma de Atenas?

—Lo habla, y con tanta perfección que debe haber sido uno de los campeones ístmicos.

—¿Te das cuenta, Cayo? También puede saludar a un Aristómaca en griego. Según mi cuenta ya son cinco cualidades.

—¡Has dado con él, Mésala! Estoy seguro —exclamó Cayo.

—Perdona por todo, Druso, especialmente porque te hable en enigmas. ¡Por los dioses! No deseo apurar tu cortesía, pero permíteme otra pregunta —y riendo, Mésala, volvió a poner su mano sobre el cubilete, invertido todavía sobre los dados—. ¿Ves que seguro tengo a Pitias y su secreto? Has hablado de cierto misterio, referente a la llegada de Arrio. ¿Quieres aclarar ese punto?

—Es algo sin importancia, Mésala. Lo que ocurrió es que cuando Arrio, el *duunviro*, zarpó en persecución de los piratas, no tenía esposa ni familia y cuando volvió le acompañaba el muchacho de quien hablábamos, al que adoptó en seguida.

—¡Por los dioses, Druso! Me estás intrigando de verdad. ¿En dónde podría encontrar Arrio a ese muchacho? ¿Quién era?

—Nadie más que Arrio podría responder. El *duunviro* había perdido el navío durante el combate. Sólo dos fueron los supervivientes, que estuvieron flotando sobre un madero, hasta que un navío les recogió: uno era Arrio, dicen que el otro era un judío…

—¡Judío! —repitió Mésala, enormemente asombrado.

—Y esclavo, además.

—Pero Druso, ¿has dicho esclavo?

—Dicen que, al izarlos a cubierta, uno llevaba armadura y el otro iba vestido de remero.

Un repentino estremecimiento recorrió a Mésala.

—¡Una galera! —dijo a media Voz y por primera vez en su vida pareció desconcertado.

Apareció entonces en el salón una larga hilera de esclavos llevando ánforas de vino, cestas con frutas y fiambres, y copas y jarros de plata en su mayoría. Tras ellos entraron danzarinas, cuyos cuerpos apenas quedaban velados por transparentes gasas, y efebos portadores de pebeteros de nardo, cinamomo, mirra y benjuí. El cortejo obligado en una fiesta de patricios era completo, sin que faltasen los prestidigitadores y adivinos.

Ante aquella irrupción todos se alborotaron. Mésala se subió a su escabel para decir con voz clara:

—Hombres del Tíber, las horas que empleamos en aguardar a nuestro jefe convirtámoslas en una fiesta a Baco. ¿A quién escogéis por anfitrión?

—¿Quién, sino el que paga, debe ser el anfitrión? —preguntó Druso—. ¿Qué decís, romanos?

La respuesta fue una aclamación a Mésala. Quitóse éste la corona de laurel y entrególa a Druso, quien, trepando a la mesa y a la vista de todos, volvió a colocarla solemnemente sobre la cabeza de Mésala, como muestra de que se le convertía en director del festín.

—Conmigo vinieron unos amigos que salían de otra fiesta. Para cumplir con la costumbre consagrada en los festines, traedme al que esté más ebrio.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —gritaron muchos al unísono.

Y levantaron del suelo donde se había derrumbado, a un joven tan afeminadamente hermoso, que podía haber pasado por el dios de los bebedores, aunque en el estado en que se encontraba no habría logrado sostener la corona en la cabeza ni el tirso en las manos.

—Subidlo a la mesa —pidió el anfitrión.

Hiciéronlo así, pero el joven ni sentado podía sostenerse.

—Druso, ayúdale tú y que la hermosa Nyone pueda ayudarte a ti cuando te llegue el turno.

Le sostuvo Druso entre sus brazos y Mésala en medio del mayor silencio, habló así al borracho:

—¡Oh Baco, el mayor de los dioses! Senos propicio esta noche. Esta corona —dijo, quitándosela reverentemente— te la consagro en nombre mío y de todos éstos, tus devotos. Te la iré a ofrecer a tu altar del bosque de Dafne.

E inclinándose, volvió a colocar la guirnalda sobre su cabeza. Levantó luego el cubilete, dejando los dados al descubierto y dijo, riendo:

—¡Por el asno del silencio! Te he ganado el denario.

Se estremeció la estancia ante las frenéticas aclamaciones de la concurrencia; incluso los atlantes parecieron cobrar vida. Empezaba la orgía con furiosa animación.

CAPITULO XIII

ILDERIN ENCUENTRA CONDUCTOR PARA SUS CABALLOS

En las ciudades el *sheik* Ilderim tenía fama de ser uno de los personajes más ricos de Oriente y como, en efecto, era hombre rico se esforzaba en' rodearse de cierto fausto que realzaba su dignidad para con los extraños y contribuyendo a mantener su autoridad ante los suyos, halagaba su orgullo.

En el Huerto de las Palmas tenía tres grandes tiendas: una para él solo, otra para los visitantes y otra para su esposa favorita y sus mujeres: seis u ocho tiendas más pequeñas estaban destinadas a sus criados y los componentes de su escolta personal, que encogía entre los individuos de su tribu, hombres de valor reconocido, vigorosos, diestros en el manejo del arco y de la lanza e intrépidos jinetes.

Aunque en aquel lugar sus propiedades no corrían peligro alguno, como las costumbres acompañan siempre al hombre, vaya a la ciudad o al campo, el interior del aduar lo dedicaba el árabe a las cabras, camellos vacas y a todo cuanto pudiera representar una tentación para un león o un ladrón vulgar.

En el huerto la vida de su tribu era una continuación de la vida que llevaban en el desierto. Parecía una hermosa reproducción de las costumbres patriarcales con la genuina vida pastoril del Israel primitivo.

El anciano recordaba todavía la mañana en que fue a establecer la caravana a aquel lugar. Deteniendo su caballo y clavando en tierra la lanza, ordenó:

—Plantadla aquí, con la puerta hacia el mediodía y el lago ante ella, para que los caballos, mis hijos del desierto, puedan descansar a su sombra.

Arrancaron la lanza y en su lugar colocaron el mástil de la tienda.

Más tarde plantaron ocho más. Las mujeres desplegaron los lienzos y las esteras que protegían las paredes y cuando todo estuvo acabado, aguardaron

con impaciencia el juicio aprobatorio del buen hombre.

Él entró para contemplarlas, salió luego a echar una ojeada al conjunto rodeado de árboles e inundado de sol y frotándose las manos, les dijo, alegre y efusivo:

—¡Muy bien! No esperaba menos de vosotros. Hacedlo todo como de costumbre y esta noche regaremos nuestro pan con «arrack» y endulzaremos la leche con miel. Para cada hogar habrá un cabrito. ¡Dios sea con vosotros! Aquí no podremos quejarnos de sequía, pues el lago será nuestra fuente de agua dulce y la hierba fresca que en este lugar no falta nunca, alimentará a nuestro ganado. Id; hijos, id. ¡Dios está con nosotros!

Con grandes aclamaciones sus fieles súbditos se dispusieron a plantar sus propias moradas.

En las tiendas del *sheik* colgaron una cortina de la hilera central de mástiles, dividiéndolas en dos departamentos: el de la derecha dedicado a Ilderín, el otro para los caballos, sus joyas predilectas, a los que instaló él mismo con besos y palmaditas.

En el suelo, ante el pilar central, clavaron el astillero repleto de lanzas, jabalinas, arcos, flechas y escudos. En otro lugar se destacaba la espada del amo, corva como media luna y de hoja tan brillante como la pedrería que adornaba la empuñadura Las gualdrapas de los caballos, tan vistosas muchas, como las libreas de la casa de un rey, se colgaron a un lado del astillero y al otro las prendas de vestir del árabe: sus prendas de lana, túnicas de lienzo, diversos calzones y paños para la cabeza. Y el trabajo no cesó hasta que el buen *sheik* dijo:

—¡Basta!

El diván tan imprescindible para el *sheik* como la barba que flotaba sobre su pecho, fue colocado por las mujeres. Armaron una especie de bastidor de tres lados iguales, con la abertura hacia la puerta y lo rodearon de cortinillas bajas y almohadones con tundas a rayas grises y amarillas. Alfombraron el interior de la tienda cuidadosamente y en todos los rincones colocaron cojines de paño azul y carmesí. Por último, extendieron una ancha tira de alfombra desde el diván hasta la puerta y aguardaron en pie a que su amo les diera su aprobación.

No faltaba otra cosa sino llevar cántaros de agua y poner las botas de «arrack» al alcance de la mano.

¿No tenía motivos Ilderín para ser feliz y mostrarse generoso, pudiendo vivir junto al lago de dulces aguas y a la sombra de las viejas palmeras?

Ben-Hur se había detenido junto a la tienda que se ha descrito Varios servidores esperaban las órdenes del amo. En seguida le descalzaron y cambiaron el polvoriento manto del viajero por otro más fresco de lienzo blanco.

—En nombre de Dios entra y descansa —dijo cordialmente Ilderín en el dialecto del mercado de Jerusalén. Y le condujo hasta el diván.

—Yo me siento a un lado y los extranjeros aquí.

Una sierva arregló con destreza los almohadones para que se recostaran en ellos. Cuando se hubieron sentado, con agua fresca recién traída del lago, les bañaron los pies.

—Dice un proverbio del desierto —comentó Ilderín, atusando su larga barba—: «El buen apetito es la mejor promesa de una larga vida». ¿Tú lo tienes?

—En ese caso, buen *sheik* yo viviré cien años, porque al llegar a tu puerta he sentido más hambre que un lobo famélico.

—Pero tú no serás despedido como un lobo, sino que te ofreceré lo mejor de mis rebaños.

Dando unas palmadas Ilderín llamó a un servidor.

—Ve a decir al extranjero que está en la tienda de mis huéspedes, que yo, Ilderín, le envío mis votos, deseándole que su paz sea tan eterna como el correr de las aguas. —El servidor hizo una profunda reverencia—. Le dices, también, que hay otro huésped para almorzar. Si el sabio Baltasar quiere compartir el pan, bien pueden comer tres de él sin que los pájaros se queden sin su parte.

El criado se alejó.

—Ahora descansemos —aconsejó Ilderín, acomodándose en el diván como lo hacen ahora los comerciantes de los bazares de Damasco. Cuando se encontró cómodo, cesando de acariciarse la barba, preguntó gravemente—: Puesto que como huésped mío has bebido mi vino y pronto probarás mi sal, no debes negarte a responder a mi pregunta. ¿Quién eres?

—Yo te suplico, *sheik* Ilderín, que creas que no deseo defraudar tu justa petición, pero, ¿no ha habido nunca en tu vida un momento en qué responder a eso, hubiera representado un crimen contra ti mismo?

—¡Sí! Por el esplendor de Salomón. Hacerse traición a uno mismo es a veces tan bajo como traicionar a su tribu.

—Gracias, buen Ilderín. Ninguna otra respuesta puede honrarte más. No obstante, sé que debo ofrecerte una garantía para que me otorgues la confianza que he venido a solicitar de ti.

El *sheik* asintió con la cabeza. Ben-Hur se esforzaba por captarse su simpatía.

—En primer lugar, me complace comunicarte que no soy romano, como mi nombre te habrá hecho creer.

Retorciendo su barba, Ilderín contempló a su huésped con los ojos apenas entreabiertos, bajo sus espesas cejas fruncidas.

—En segundo lugar, soy un israelita de la tribu de Judá.

Desarrugó su entrecejo el árabe.

—Y no es eso todo; soy un judío a quien Roma ha ofendido de tal manera que tu indignación contra ellos es, al lado de la mía, el enfado de un niño.

El anciano se atusaba la barba nerviosamente.

—Además, ¡oh Ilderín!, te juro por la alianza que hizo el Señor con mis padres, que si me proporcionas la venganza que busco, la gloria y el dinero de las carreras han de ser para ti.

Las cejas del *sheik* se enarcaron, sus facciones cobraron animación, e irguiéndose dijo satisfecho:

—¡Basta! Si la mentira se ocultase en tu lengua, ni el propio Salomón podría adivinar tus artificios. Te creo en lo referente a tu nacionalidad y los agravios contra Roma, pero ¿qué experiencia tienes en Tas carreras de cuadrigas? ¿Sabes someter fácilmente a un caballo para que te obedezca hasta el último extremo y conseguir, aun a costa de un esfuerzo supremo, el triunfo? Lo que pides, hijo mío, no es para el primero que llega Conocí un rey que gobernaba millones de hombres que le obedecían como esclavos y, sin embargo, no podía hacerse respetar por un caballo. No me refiero a esas pobres bestias que trabajan a las órdenes de un esclavo degenerado, sino a caballos como los míos Su genealogía se remonta a los sementales del primer Faraón; son ellos mis amigos, viven en mi tienda, participan de mis odios y afectos y unen sus sentidos a nuestras pasiones. ¡Eh venid! A la llamada acudió un servidor.

—¡Que vengan mis caballos!

Levantó el criado un extremo de la cortina que dividía la tienda, dejando a la vista el grupo de caballos que esperaron a que se les invitase a aproximarse.

—¡Acercaos! —decía Ilderín—. ¿No es vuestra casa el lugar en que estoy yo? ¡Ea, acercaos!

Los animales se acercaron dócilmente.

—Grande era tu Moisés, hijo de Israel, pero permite que me ría de que al recomendar a tus antecesores sus torpes y tardos jumentos les prohibiera

cuidarse con los caballos. ¿Tú crees que lo habría hecho de haber conocido a éste, a aquél, o a ese otro?

Y mientras hablaba acariciaba a uno de ellos con ternura y orgullo.

—Esa preocupación es injusta, *sheik* —respondió ardorosamente el judío —. Moisés, además del legislador amado de Dios, era un guerrero y quien ama la guerra, ¿deja de amar a sus servidores de combate, entre los cuales están en primera fila los caballos?

Alargó uno de ellos la hermosa cabeza, de ojos rasgados, dulces como los de la gacela y de pequeñas orejas puntiagudas que se inclinaban hacia delante, fue casi a apoyarla sobre su pecho, con las narices dilatadas y el labio superior vibrante, como si preguntara «¿quién eres tú?», con la misma claridad que un hombre hablara Ben-Hur reconoció a uno de los que había visto en las carreras y lo acarició con su mano abierta.

—Dios concedió al primer árabe —el *sheik* hablaba calurosamente—, la ilimitada soledad arenosa rodeada de montes sin bosques, con alguna fuente de aguas saladas acá o allá y le dijo: «Éste es tu país».

Y cuando el pobre hombre se quejó, el Todopoderoso tuvo compasión de él y le dijo: «No te entristezcas, porque te bendeciré doblemente que a los demás hombres». El árabe oyó esta promesa y dando las gracias salió, lleno de fe, a buscar las bendiciones. Viajó por todo el desierto y no encontró nada, pero al llegar al corazón de la vasta soledad encontró una isla de delicioso verdor, y sus ojos vieron un rebaño de camellos y más lejos una familia de caballos Apoderóse de ellos y los cuidó con amor, porque eran los mejores dones de Dios. De aquel oasis provienen todos los caballos de la tierra, todos, hasta los que pacen en los prados de Nesea, en Persia y, más hacia el norte, los que gimen bajo su carga en los helados valles. No pongas en duda mi historia, te demostraré que no miento.

De nuevo llamó a sus servidores.

—Traed los registros de la tribu —les dijo.

Mientras esperaba se cumpliese su orden, jugaba el *sheik* acariciando a sus caballos, peinando sus crines con los dedos y dando a cada cual sus muestras de cariño. Al fin, aparecieron seis hombres con sendos cofrecillos de cedro, reforzados con chapas de bronce y goznes y cerraduras del mismo metal.

—No los necesito todos —dijo Ilderín, cuando los tuvo ante sí—. Únicamente éste, el de los caballos. Llevaos los otros.

Una vez abierto apareció repleto de paquetes de hojas de marfil, sujetas por anilinas de plata.

—Sé —dijo Ilderín, tomando algunas de estas hojas— el celo con que los escribas del[4] Templo en la Ciudad Santa registran los nombres de los recién nacidos, de esta forma cada hijo de Israel conserva su árbol genealógico, hasta más allá de los Patriarcas. Mis padres no creyeron pecar aplicando este mismo sistema a sus mudos servidores. ¡Mira estas tablillas!

Ben-Hur, tomando un paquete y abriendo sus hojas, vio que estaban llenas de caracteres arábigos.

—¿Sabrás leerlos, oh hijo de Israel?

—No. Tú me dirás su contenido.

—Cada hoja lleva el nombre de un potro de pura sangre y los nombres del padre y la madre. Examínalos. Se han ido registrando desde hace muchos centenares de años.

En efecto, algunas de las tablillas estaban casi gastadas y amarilleaban por lo antiguas que eran.

—Aquí tengo la historia, una historia como pocas, que refiere de qué tronco han nacido todos; y así como éstos se han acercado solicitando nuestras caricias, así sus antepasados se acercaron a mis progenitores. Si me los quitas me dejas desamparado como un pobre inválido a quien una caravana deja abandonado en pleno desierto. Gracias a ellos sostengo mis dominios en los caminos que unen las grandes ciudades. ¡Ja, ja, ja! Podría contarte maravillas de sus antecesores, pero lo haré otro día de momento te bastará saber que nunca han sido alcanzados en la fuga, y ellos en cambio, te lo juro por la espada de Salomón, nunca dejaron de alcanzar al enemigo. Naturalmente, te hablo de las arenas del desierto y ensillados, pero ahora no sé como se comportarán con el yugo de la cuadriga y la diversidad de las condiciones de las carreras. Tienen orgullo, velocidad y resistencia. Si logro encontrar un conductor apropiado, te aseguro que vencerán. ¡Hijo de Israel! Si tú has de ser ese conductor, te juro que el día en que has venido será el más feliz de mi vida. Ahora, habla.

—Comprendo —dijo Ben-Hur— el amor de un árabe por sus caballos, parecido al que siente por sus hijos, y por qué sus caballos son los mejores del mundo, pero no quisiera, buen *sheik*, que me juzgaras solamente por las palabras, ya sabes que éstas suelen ser vanas. Hagamos una prueba por cualquier llano de aquí cerca.

Se iluminó de alegría la cara del *sheik* y fue a hablar, pero se lo impidió Ben-Hur.

—Un momento, buen *sheik* un momento Permíteme que acabe Mi maestro de Roma me enseñó muchas cosas que nunca pensé pudieran serme

útiles en una ocasión como ésta. Debes tener en cuenta que, aunque cada uno de tus caballos de por sí, alcance la velocidad del águila y posea la resistencia de un león estos hijos del desierto pueden fracasar si no están adiestrados para correr juntos, unidos al yugo. Piensa que de esos cuatro siempre habrá uno más ligero y otro menos que los demás. Por eso haré la prueba y si no logro armonizarlos te juro que te lo diré con toda franqueza. Mas si consigo reducirlos a mi voluntad, como si fuera un sólo animal, la corona y los sestercios serán para ti y para mí la venganza. ¿Qué te parece?

Acariciaba Ilderín su barba, escuchándole. Por fin dijo riendo:

—Ha mejorado mi opinión respecto a ti, hijo de Israel, porque en el desierto tenemos un proverbio que dice; «Si intentas cocer tu comida con palabras yo te prometo un océano de manteca». Los caballos estarán mañana a tu disposición.

Oyóse entonces, rumor de personas que se acercaban.

—Ya nos traen la cena Y podrás conocer a mi amigo Baltasar, que puede contar una historia que ningún israelita debía cansarse de oír.

Luego se dirigió a los servidores qué entraron, para decirles:

—Poned mis joyas en mi habitación y llevaos este registro.

Su orden se cumplió inmediatamente.

CAPITULO XIV

EL ADUAR DEL HUERTO DE LAS PALMAS

Ilderín ofreció a sus huéspedes una cena copiosa, servida en regia vajilla.

En el reducido espacio, limitado por el diván, colocaron tres tapices sobre la alfombra y en el centro una mesa de un pie de altura, cubierta con un mantel. Un poco apartado se veía un hornillo portátil de barro y una mujer, encargada de prepararles los bollos recién cocidos, de harina de trigo, que molían en una tienda cercana.

Ilderín y Ben-Hur se pusieron en pie al ver llegar a Baltasar. Vestía una túnica negra y caminaba con el paso vacilante y los movimientos inseguros, pero cautos, de un anciano que necesita siempre el apoyo de un báculo y de un servidor.

—La paz sea contigo, amigo mío —dijo respetuosamente Ilderín—. Te doy la bienvenida.

La mirada del anciano se posó entonces en Ben-Hur, que se sintió invadido por una misteriosa emoción. Queriendo el joven desentrañar tal misterio, contempló al anciano repetidas veces durante la cena, mas no pudo observar otra cosa que la dulce y plácida expresión, tan confiada como la de un niño. El judío se mostró reverente.

—¡Oh, Baltasar! Éste es —dijo el árabe, apoyando su mano en el brazo de Ben-Hur— quien compartirá con nosotros el pan de esta noche. Le he prometido mis caballos para que mañana los pruebe y si todo va bien, él los conducirá en el circo.

Baltasar no apartaba del joven su mirada.

—Me lo han recomendado muy bien —dijo Ilderín algo turbado, al observar la insistencia con que miraba a Ben-Hur el egipcio—. Puede que tú le conozcas como hijo del noble *duunviro* Arrio, pero él asegura que es israelita de la tribu de Judá. Y yo… ¡Por el esplendor de Dios! Yo le creo.

—¡Oh generoso *sheik*!, he estado a punto de per; der la vida y sólo un joven que se parece a éste, si no es el mismo corrió a salvarme del peligro, mientras los demás huían.

Entonces, preguntó directamente a Ben-Hur:

—¿Has sido tú?

—No fue gran cosa —repuso el aludido, reverentemente—. Yo me limité a detener a los caballos de aquel insolente romano, cuando temí que atropellasen a tu camello, junto a la fuente de Castalia. Tu hija me ofreció esta copa. —Y sacándola de su túnica, la mostró a los dos hombres. El rostro del egipcio había cobrado animación.

—Fue el Señor quien te envió a la fuente —dijo con voz entrecortada, extendiendo hacia el joven los brazos— y ahora te envía a mí de nuevo.

—¡Cómo! —exclamó el *sheik*, dirigiéndose al judío—. No me has hablado de esto, que habría sido la mejor recomendación. ¿Es que no sabes que soy árabe *sheik* con una tribu de dos mil almas? ¿Y no es éste mi huésped? Pues el bien o el mal que le hayas hecho es el bien o el mal que a mí me haces. ¿Dónde ir a buscar la recompensa, sino aquí? ¿Y de qué mano recibirla sino de la mía?

Su voz sonaba penetrante y con cierto acento de reproche.

—Te suplico que me perdones, *sheik*. No vengo en busca de recompensa alguna y satisfágate saber que el bien o auxilio que haya prestado a este venerable anciano lo hubiera prestado también al más humilde de tus servidores…

—Pero este anciano es mi amigo y mi huésped, y no mi servidor.

Y, dirigiéndose a Baltasar, el árabe agregó:

—Por el esplendor de Dios, te repito que este hombre no es romano.

Y, pronunciadas tales palabras, se acercó a sus criados que terminaban los preparativos para la cena.

Ante Baltasar las palabras de Ben-Hur sonaron como un eco de su pensamiento, porque para él no existía distinción entre los hombres, y la redención que esperaba tenía un alcance universal.

Acercóse a él y dijo:

—¿Cómo ha dicho el *sheik* que debo llamarte? Me parece que era un nombre romano.

—Arrio, hijo de Arrio.

—¿Y no eres romano?

—Mi familia era judía.

—¿Era? ¿No existe?

La pregunta rayaba en abrumadora por su misma sencillez, pero Ilderín llegó a tiempo de salvar a Ben-Hur de su embarazo.

—La cena espera —dijo, apareciendo.

Ben-Hur dio el brazo a Baltasar para llevarle hasta la mesa, a la que se sentaron sobre sendas alfombrillas, según modo oriental Diéronles aguamanos y se secaron con finos lienzos. A una señal del árabe los servidores permanecieron inmóviles mientras la voz del egipcio sonaba, trémula de sentimiento.

—Dios Señor y Padre del Universo, cuanto aquí tenemos a ti se debe. Gracias y haz que con tu bendición sigamos cumpliendo siempre tu voluntad.

Era la misma acción de gracias que aquel hombre pronunciara con sus hermanos Gaspar, el griego y Melchor, el indio, y análogas palabras milagrosas habían testimoniado la Divina Presencia en el festín del desierto años atrás.

Todos tenían apetito y hablaron poco durante la comida. Con los postres y tras lavarse de nuevo las manos los criados alzaron los manteles y todos se dispusieron a platicar.

En aquélla época, reunidos un árabe, un judío y un egipcio, los tres, creyentes en un solo Dios, no podían tener otro tema de conversación que aquélla. ¿Y quién había de hablar primero, sino el que había visto manifestada la divinidad en el movimiento de una estrella y había oído luego su voz en el camino, cuando de manera milagrosa el Señor le guiaba en espíritu? ¿Y de qué hablaría, sino de lo que fuera llamado a testificar?

CAPITULO XV

LA IMPRESIÓN QUE BALTASAR CAUSO A BEN-HUR

Las sombras descendieron sobre el huerto al ponerse el sol tras las montañas. El tránsito del día a la noche fue muy rápido.

Los servidores pusieron en cada uno de los cuatro ángulos de la mesa un candelabro de bronce, de cuatro brazos en cada uno de los cuales ardía una llama sobre el aceite en un recipiente de plata. Y los tres amigos hablaron en sirio lengua común a todos los frecuentadores de la región.

Baltasar refirió otra vez la marcha de los ti es sabios por el desierto, y él y el *sheik* convinieron en que debían de haber transcurrido desde entonces veintisiete años. Ben-Hur le oyó con la atención del que comprendía la transcendencia de un hecho fundamental para la humanidad y que a nadie importaba tanto como al pueblo de Israel. Poco a poco cristalizaba en su alma una idea que no tardaría en absorberle por completo Cuanto más progresaba la narración del egipcio, más impresionado se sentía Ben-Hur y al final no tenía la menor duda de lo que sentía No dudaba de la certeza del hecho, pero hubiera deseado garantías sobre la posibilidad de su alcance.

Para Ilderín la historia de Baltasar no era nueva. La había escuchado y participado en sus resultados en días que desafiar la cólera de Herodes podía considerarse muy peligroso.

Y ahora uno de los tres, entonces fugitivo, se sentaba a su mesa como respetadísimo huésped.

Ilderín creía ciegamente la historia, aunque su hecho fundamental no podía ejercer sobre él la misma irresistible influencia que sobre Ben Hur. Para él como árabe aquello afectaba a la humanidad entera, pero Ben Hur encontraba en el suceso un interés especial e incluso personal, en cuanto judío.

En la infancia había oído hablar del Mesías, y en el colegio se familiarizó con la promesa de su glorioso advenimiento. Todos los profetas lo habían anunciado y en templos y sinagogas los rabinos discutían la llegada del Mesías con más vehemencia que nunca En los días de ayuno y en las festividades, en púbico y en privado los maestros infundían en el corazón de los hijos de Abrahán aquella inquebrantable esperanza Todos vivían en aquella espera tanto más viva cuanto más aumentaban sus tribulaciones, y por ella guiaban y a ella conformaban su vida.

Entre los judíos surgían grandes disputas sobre el Mesías, pero todos coincidían en un punto: ¿cuándo había de venir?

Pero, fuera de las discusiones todos estaban unánimemente convencidos en que el Mesías. Rey de los judíos y jefe político sería el equivalente del César entre los romanos.

Gracias a él los israelitas conquistarían el mundo por las armas y en nombre de Dios y el propio, conservarían eternamente el dominio del mundo Fundándose en este principio, los fariseos o aislacionistas (hombre privativo, en el orden social-político de la secta) edificaron una idea fantástica que, con los altares del templo como centro, abarcaría toda la Tierra, sobrepujando las conquistas de Alejandro, el Macedonio. Las conquistas de éste sólo aspiraban a la tierra conocida pero los sueños de grandeza de los fariseos abarcaban cielos y tierra En sus locas y desenfrenadas fantasías y en su egoísmo, rayano en lo blasfemo. Dios Todopoderoso era sólo un instrumento a su servicio, un agente que como a los siervos judíos, clavaban por las orejas a la puerta en signo de perenne esclavitud.

En la vida de Ben-Hur habían sobrevenido dos circunstancia que en cierto modo le mantuvieron apartado de los fariseos judíos.

Su padre seguía las teorías de los saduceos, que podían considerarse los judíos liberales de la época y que, si bien, en sus doctrinas, negaban hasta cierto punto la existencia del alma, eran intérpretes y observantes estrictos de la ley mosaica y miraban con desdén la enorme masa de los comentarios rabínicos. Formaban una secta, más filosófica que creyente. No rechazaban las dulzuras y placeres de la vida y apreciaban lo que de bueno y bello había en las costumbres de los gentiles. En el orden político eran vigorosos oponentes de los aislacionistas.

Como era natural, todas aquellas opiniones habían pasado del padre al hijo, pero una segunda circunstancia impidió a Ben Hur abrazarlas plenamente.

En un joven del carácter de Ben Hur la influencia de los cinco años de vida espléndida, pasados en Roma, han de examinarse a luz del hecho de que la gran ciudad era entonces el centro de reunión de todas las naciones y, además de foco político y comercial, emporio del más desenfrenado libertinaje. Al áureo pilar miliario erigido en el Foro afluían todas las corrientes activas de la humanidad. Y si los esplendores que rodeaban el patriciado, las exquisiteces de la vida, las conquistas de la inteligencia y la gloria de las armas no impresionaron su alma, era obvio, no obstante, que no podían dejar de influir en él.

Viviendo, como hijo de Arrio, entre su magnífica villa de Misénum y la corte del César, no siempre pudo ver con indiferencia aquellos interminables cortejos de monarcas, príncipes, embaladores y legados de todas las regiones del mundo conocido.

En el sentido de simples aglomeraciones humanas, aquello no podía compararse con las muchedumbres congregadas en Jerusalén durante la Pascua, pero, cuando se sentaba bajo la púrpura velaría del «Circo Máximo» entre otros trescientos cincuenta mil espectadores, debió comprender que entre las diversas razas humanas debían existir algunas dignas de la misericordia y consideración divinas, aunque no estuviesen circuncidadas y que por sus desgracias e infortunios, merecieron participar de las promesas divinas hechas a los compatriotas de Ben Hur.

Estas ideas podían parecer naturales, pero una reflexión serena le obligaba a establecer ciertas distinciones Los contratiempos y la desesperada condición de muchos pueblos no tenían relación con sus religiones y si se quejaban de sus dioses no podía ser, en verdad porque no los reconocieran. En los encinares bretones eran numerosos los secuaces de la religión duída; Odín[76] y Freya[77] conservaban su supremacía en la Galia, Germania y países hiperbóreos; Egipto se contentaba con la adoración de sus cocodrilos y sus Anubis; los persas respetaban por igual a Ormuz y Arimán; los indios se sometían sin discusión a las minuciosas e inflexibles prescripciones de Brahmā; la luminosa inteligencia griega, en sus horas de solaz, cantaba todavía a los dioses heroicos de Homero; y en Roma nada era tan común y corriente como el culto de múltiples dioses. Los dueños del universo llevaban indiferentemente sus tributos de un altar a otro, ufanos del caos moral que producía su tolerancia. El descontento, si cabía que existiera, sólo dimanaba de la multiplicidad de dioses, ya que, después de haber tomado prestadas sus deidades al mundo entero, los romanos pasaron a divinizar sus Césares, elevándoles aras y rindiéndoles culto como a los dioses.

La infelicidad y mísera condición de los humanos no provenían de las religiones, sino del mal gobierno, con sus usurpaciones y arbitrariedades. El averno en que el hombre se había precipitado y del que esperaba que le sacasen, era esencialmente de tipo político. Las esperanzas de conseguir la manumisión eran en todas partes análogas, tanto en Lodinum como en Alejandría, tanto en Atenas como en Jerusalén, y se fundaban en tener un rey guerrero y no un nuevo Dios a quien adorar.

Ben-Hur, de acuerdo con la generalidad de los hombres de su tiempo, si no procedían de Roma, creían posible cambiar la faz del mundo abatiendo a los romanos. Los cinco años que pasó en la capital del orbe le sirvieron para examinar y estudiar las miserias de los pueblos subyugados, y, en la plena convicción de que los males que los afligían eran de orden político, se adiestraba para el día en que hubiera que remediarlos con el método heroico de la espada.

Por eso son fáciles de comprender los sentimientos que en él suscitaba Baltasar. Aquella historia tocaba dos de los puntos de su ser que más pudieran considerarse en carne viva.

Su corazón, al convencerse de que no había duda sobre la verosimilitud del relato del egipcio, ni sobre el hecho de que el Niño tan milagrosamente hallado fuera el Mesías, se maravillaba de que Israel permaneciera mudo e indiferente a tal revelación y que él, hasta entonces, no hubiera tenido noticia de ella; dos cosas se le planteaban como fundamentales. ¿Dónde estaba ahora el Niño y cuál era su misión?

Muchas veces Ben-Hur. No sin pedir perdón, expuse aquellas preguntas, interrumpiendo a Baltasar. El egipcio no se mostró remiso en la respuesta.

CAPITULO XVI

CRISTO VA A VENIR

—Si supiera dónde el Niño está —dijo Baltasar, con grave sencillez—, iría a buscarlo, sin que tierras ni mares me detuviesen.

—¿Has intentado buscarle? —preguntó Ben-Hur.

El egipcio sonrió.

—Cuando salí de mi seguro refugio en el desierto —dijo, mirando con gratitud a Ilderín—, resolví averiguar lo que había sido del Niño. No había transcurrido un año todavía y no osé ir a Judea, donde seguía el sanguinario reinado de Herodes. De regreso a Egipto algunos creyeron las noticias de lo que yo había visto y se regocijaron conmigo al saber el nacimiento del Redentor. Me propusieron que buscáramos al Niño. Fueron varios a Belén y encontraron el *khan* y la cueva, pero el guardián que velaba la noche del nacimiento, cuando la estrella nos precedió, no estaba ya. Herodes le había hecho desaparecer.

—Algunas pruebas se encontrarían —dijo Ben-Hur, con ansiedad.

—Sí, escritas con sangre. Todo un pueblo en duelo y madres que lloraban a sus hijos. Cuando Herodes se enteró de nuestra desaparición, dio orden de degollar a todos los recién nacidos de Belén. Ni uno se libró. La fe de mis mensajeros se afirmó aún más, pero dieron por hecho que Cristo había sido degollado con los demás inocentes.

Ben-Hur exclamó, con espanto:

—¿Muerto, dices?

—No, hijo mío, no lo digo. Lo creyeron mis enviados. Mas yo no creí sus informes, ni los creo.

—¿Te fundas en algún indicio?

Baltasar bajó la vista.

—En ninguno. El Espíritu nos guió en la busca del recién nacido, pero, al salir de la cueva, la estrella había desaparecido y supusimos que lo demás debíamos hacerlo por propia inspiración. Y la última que recuerdo, proviniendo del Muy Alto, fue la de que buscáramos seguridad en la tribu de Ilderín.

—Bien recuerda —intervino el *sheik*, acariciándose nerviosamente la barba— que dijisteis que el Espíritu os dirigía a mí.

Baltasar, adviniendo el desaliento de Ben-Hur, continuó:

—No tengo informe particular ni noticia concreta de lo que puede haber sucedido en estos años, pero, si me escucháis, os diré por qué pienso que el Niño sigue vivo.

Ilderín y Ben-Hur inclinaron la cabeza, concentrando todas sus facultades en lo que iba a expresarles el anciano. Los criados, no menos interesados, se acercaron a los tres hombres y prestaron oído. Reinaba en la tienda un profundo silencio.

—Los tres creemos en Dios —dijo Baltasar, humillando la cabeza—. Él es la Verdad. Pueden pulverizarse las montañas y secarse los mares al soplo de los abrasadores vientos del mediodía, pero las palabras de Dios permanecerán, porque Él es la Verdad.

La expresión del anciano era inefablemente radiante. Prosiguió:

—Su Voz, pues, era la suya, me dijo, al hablarme junto al lago: «Bienaventurado tú, hijo de Mizraín. La Redención se acerca. Con otros dos, llegados de los más remotos lugares de la tierra, verás al Salvador». Y he visto, en efecto, al Salvador, y bendigo su nombre, pero la Redención no se ha producido todavía. Y si el Niño hubiese muerto, ¿quién había de realizar la Redención? La promesa habría sido vana y Dios…

Alzó las manos horrorizado.

—No me atrevo a blasfemar. El Niño nació para la obra de la Redención y hasta que él la cumpla o ponga a la humanidad en camino de realizarla, ni la misma muerte puede atravesarse en su camino. Ese razonamiento confirma mi creencia, pero habéis de seguir escuchándome.

El egipcio hizo una pausa.

—Debes fortalecer tus ánimos con vino —dijo respetuosamente Ilderín, ofreciéndoselo.

Baltasar bebió y, ya confortado, reanudó sus explicaciones.

—El Salvador nació de una mujer y con nuestra naturaleza misma, estando, por lo tanto, sometido a males y dolencias, incluso a la muerte. Pero, dada la obra que le ha sido asignada, ha de llegar a hombre para poder

ejecutarla. Mucho ha debido estar expuesta su vida desde la infancia hasta la madurez. El poder constituido era enemigo suyo, y Herodes le detestaba. ¿Qué hubiera sido de él en Roma? Y en Israel pueden no aceptarlo y obligarle a alelarse. ¿Qué medio mejor para salvaguardarle que hacerle vivir en la oscuridad? Así, creo (y mi fe, qué raras veces se exalta sino si pienso en él, me lo confirma) que en Niño reaparecerá, hombre ya, para cumplir su misión. En esas razones fundo mis creencias. ¿No os parecen legítimas?

Los ojos vivos y pequeños de Ilderín lanzaban inteligentes destellos. Ben-Hur, venciendo su pasajera depresión, dijo:

—No hallo argumentos para oponerme a ellas. ¿Puedes aducir más?

—¿No te bastan, hijo mío?

Y Baltasar siguió, en tono más reposado:

—Entendiendo que mis razones son buenas y la voluntad de Dos quiere que todavía no se encuentre al Niño; he resuelto que mi fe se acomode a mi paciencia y por tanto espero.

Alzó sus ojos, llenos de beatífica esperanza, y concluyó simplemente:

—Aguardo. Sé que el Niño vive ocultando su maravilloso secreto. ¡Si pudiera ir hasta él y conociera el nombre del lugar en que habita! Pero sé que vive, porque confío en la promesa de Dios.

Un escalofrío de santo temor agitó a Ben-Hur. Sus incertidumbres se habían disipado, como la niebla de la mañana.

—¿Dónde crees que está? —preguntó en voz baja e insegura.

Baltasar le miró con afecto y repuso, contagiado de la emoción del joven:

—Mi casa está tan cercana a las aguas del Nilo, que los viajeros de las barcas ven su imagen reflejada en ellas. Hace días sentado yo a mi puerta, pensaba que un hombre de treinta años debe haber labrado ya todo el campo de su vida y, a punto de llegar el estío, ha de aprestar a recoger la mies El Niño tiene veintisiete años y debe proceder a preparar sus plantíos. Cuando me has preguntado dónde debía aparecer, me he respondido que no debe de ser sino en Judea. ¿Quién gozará primero sus bendiciones sino los hijos de Abrahán, Isaac y Jacob? Si yo fuere llamado en su busca, visitaría los caseríos y poblaciones de Galilea y Judea, junto al Jordán. Allí, desde su puerta o en la cumbre de una colina, habrá contemplado esta misma puesta de sol, pensando que se ha acortado en un día la fecha en que debe salvar al mundo.

El egipcio, alzando la mano, señaló el punto del horizonte donde debía encontrarse Judea. Hasta los más toscos criados sentían la impresión de que presidía la tienda una presencia superior. Los comensales callaban pensativos. Ben-Hur fue el primero en hablar.

—Baltasar —dijo—, has sido muy favorecido y en insólito modo Te tengo por sabio y prudente y te agradezco cuanto me has narrado Informado de los grandes acontecimientos que han de sobrevenir, me siento imbuido de tu fe. Complétame tus informes sobre Aquel que ha de advenir y a Quien espero como buen hijo de Judá. ¿Será Salvador y Rey de los judíos?

—Hijo —respondió Baltasar benévolo—, su misión es un misterio que sólo Dios conoce. Sólo sé lo que me indicaron las palabras de la Voz en respuesta a mis súplicas. ¿Debo hablar otra vez de eso?

—Tú eres el maestro aquí.

—Lo que me hizo predicar en Alejandría y riberas del Nilo —dijo serenamente Baltasar—, llevándome luego a la soledad donde encontré el Espíritu, fue pensar en la decaída condición del hombre a causa de su pérdida del conocimiento de Dios. Tanto habían degenerado los hombres, que sólo en Dios mismo esperaba la Redención y le rogué que viniera y te viese. Y la Voz me dijo: «Tus buenas obras han triunfado. La Redención se acerca, tú verás al Salvador». Fui, gozoso, a Jerusalén y ahora me pregunto: «¿Para quién será la Redención?». Sólo hay una respuesta: para todos. Fortifica tu fe, hijo mío Como todos, creo que no habrá dicha posible en este mundo, mientras Roma no sea arrasada en sus siete colmas Los males del tiempo provienen principalmente del mal gobierno de los hombres. Ya sabemos que los gobiernos humanos no se han fundado hasta, ahora en la religión. ¿Has sabido de muchos reyes que fueran mejores que sus pueblos? No, no. La Redención no puede tener el propósito de derrocar un gobierno para sustituirlo por otro. La infinita sabiduría de Dios no puede limitarse a eso. Ciego soy y a ciegas hablo, pero Él, que ha de venir, será Salvador de almas y la Redención significará que Dios ha de venir a la tierra para establecer la justicia.

Una expresión de contrariedad se reflejó en el rostro de Ben-Hur. Inclinó la cabeza, sin osar contradecir al egipcio. Ilderín exclamó, irritado:

—¡Por el esplendor de Dios, que eso anula todas las creencias admitidas! Las normas establecidas en el mundo, ¿cómo van a cambiarse? ¿Qué reforma cabe sin un jefe poderoso en cada comunidad?

Baltasar no se inmutó.

—Tu sabiduría, buen *sheik* es mundana, y olvidas que hemos de ser redimidos de los errados caminos del mundo. Si tener súbditos es ambición de rey, salvar almas es aspiración de Dios.

Ilderín, desconcertado, movió la cabeza con incredulidad. Ben Hur argumentó:

—Padre, permite que te llame así, ¿por quién te ordenaron que preguntaras en las puertas de Jerusalén?

El *sheik* le miró con expresión de reconocimiento.

—Debía preguntar al pueblo —dijo Baltasar, con calma— dónde estaba el que había nacido Rey de los judíos.

—¿Y le viste en la cueva de Belén?

—Le vimos, adoramos y ofrecimos presentes: Gaspar, oro; Melchor, incienso, y yo, mirra.

—Hablas de tal modo, padre, que ha de creérsete, pero no entiendo cómo, siendo rey, se pueden separar los poderes y deberes del gobernante.

—Hijo —respondió Baltasar—, no solemos mirar más que lo inmediato y no lo lejano y grande. Tú sólo ves las palabras «Rey de los judíos», pero detrás de eso se encuentra un insondable misterio. Tu Israel ha visto mejores días, cuando Dios le llamaba su pueblo y le trataba bondadosamente, entendiéndose con él por medio de los profetas. Si os prometió al Salvador como Rey de los judíos, debe hacer honor a la palabra dada. Pero, si tú quisieras rodear de grandezas al Niño, ¿quieres decirme de qué vale ser sucesor de Herodes? ¿No hallará Dios nada mejor para su predilecto? Si al Omnipotente le faltaba un título para su hijo, ¿por qué no me mandó preguntar por un césar, si quería ceñirse a los usos de los hombres? Eleva la mirada, hijo. Pregunta en qué ha de reinar el que esperamos, porque ésa es la clave del misterio.

Baltasar levantó la vista al cielo.

—En la tierra hay un reino que no es de la tierra y sus límites son tan amplios que rebasan montes y mares, aunque todo se fundiera en un tenuísimo polvillo de oro. Desde que nacemos avanzamos hacia ese reino, que no hallaremos sin conocer nuestra alma, pues para ella se creó y no para el cuerpo. En poseer ese reino existe tal gloria, que la imaginación apenas puede concebirla, porque es incomparable.

—Me dejas confuso, padre —dijo Ben Hur—. Nunca me hablaron de semejante reino.

—Ni a mí —confirmó Ilderín.

Baltasar bajó humildemente la cabeza.

—No hablaré más de esto. Nadie sabrá nada de eso hasta que el Niño entre en posesión de su reino Traerá la llave de la puerta invisible, que abrirá para quienes le amen, porque sólo ellos serán redimidos.

Siguió un largo silencio. Baltasar dio La plática por terminada.

—Buen *sheik* —dijo plácido—. Hablaremos antes de que vaya a la ciudad. Mi hija desea ver los preparativos de los juegos. Y a ti, volveré a verte otra vez. Paz sobre vosotros.

Se levantaron y el árabe y Ben-Hur contemplaron como el egipcio era conducido a la puerta de la tienda.

—Extrañas cosas he oído hoy. Ilderín —dijo Ben-Hur—. Con tu permiso, me acercaré a la orilla del lago para meditar.

—Vete Luego iré a buscarte.

Volvieron a lavarse las manos y, a una señal del *sheik* un criado acercó las sandalias a Ben-Hur. Este calzóse y salió.

CAPITULO XVII

EL REINO DE DIOS

Cerca del aduar se alzaba un apiñado palmeral que reflejaba sus hojas en el lago. Un ruiseñor entonaba en la espesura sus tiernos arpegios.

Ben-Hur se detuvo para escuchar. En otra ocasión aquel canto le hubiera embelesado, pero ahora las palabras del egipcio abrumaban su alma como a un operario una tarea difícil. La música no tenía hechizo para él, mientras no encontrara descanso para su alma y su cuerpo.

En la noche serena, ni una sola ondulación se estrellaba en las arenas de la orilla. Titilaban las estrellas del cielo oriental y sobre tierra, lago y cielo se extendía la dulce placidez del verano.

La sobrexcitada imaginación de Ben-Hur y su alterada voluntad le hacían creer que palmeras, aire y firmamento pertenecían a otro mundo Parecíale estar allí donde Baltasar llegara antes, desesperando de los hombres. La tensa e inmóvil superficie del lago le recordó las aguas egipcias ante las que Baltasar había rogado al Espíritu que se expresase.

Ben Hur tenía la vaga expresión de que a él mismo le habían sucedido aquellas maravillas o de que acaso ahora iba a manifestársele el Espíritu. Por un momento, esperó, medroso, hallarse ante su Divina Presencia. Al fin se calmó y dióse a reflexionar.

Empezaba a percibir con claridad en la intrincada trama de su vida. Hasta entonces, en cuanto hacía parecíale hallarse ante un vasto abismo cuya otra orilla no columbraba. Cuando ya fuese capitán experto, como era soldado consumado, ¿a qué fin consagraría sus esfuerzos? Preveía una revolución, pero, como los procedimientos no varían nunca, necesitaba levantar una bandera y brindar a los hombres una causa definida. En general, siempre es buen combatiente quien ha de reivindicar injusticias, pero lo es mucho mejor

quien tiene un propósito definido que, de sucumbir, le merezca el recuerdo y la gratitud de su patria.

Ben-Hur tenía que estudiar a sus futuros partidarios, que, naturalmente, habían de ser sus compatriotas. Los agravios de Israel eran los de todos los hijos de Abrahán, y cada uno encontraba en ellos motivo bastante para sentirse inflamado y deseoso de combatir. La causa, pues, existía, pero ¿y su finalidad?

Muchas horas y días había dedicado a pensar en aquello, y todo se resolvía en la vaga idea de la libertad nacional. No tenía la convicción de que Israel y él solos, pudiesen vencer a Roma. Conocía el poder de su enemiga y le constaba que su ciencia superaba los recursos que él pudiera aportar. Habría que buscar una alianza universal, pero eso era imposible, salvo que apareciese un héroe en una de las naciones subyugadas y, con sus éxitos militares, alcanzara un nombre que llenase la tierra. ¡Si Judea alumbrase un nuevo Alejandro! Pero con los rabinos cabía el valor y no la disciplina. Aún resonaban en sus oídos los sarcasmos de Mésala en el jardín de Herodes: «Lo que vosotros conquistáis en seis días, lo perdéis el séptimo».

Eso le pasaba a él con sus meditaciones: cuando se aproximaba al borde de su sima moral, presto a franquearla, se sentía rechazado e impotente. No hallaba objetivo ni término y respecto al héroe sólo Dios sabía cuándo podría descubrirse.

Puede, pues, comprenderse como le impresionó e relato de Malluch acerca de la historia de Baltasar Inmediatamente satisfecho, creyó encontrar el héroe requerido en el rey de los judíos, de la tribu del León de Judá. Tras aquel héroe, Ben-Hur creía ver al mundo entero en armas.

Sería un guerrero glorioso como David, un monarca sabio y magnífico como Salomón, y su reino una potencia en la que Roma se estrellaría. Habría una guerra formidable, con todas las angustias de muerte y la devastación, y a ella seguirían la paz y la hegemonía de Judea sobre la tierra.

A Ben-Hur se le aceleraban los latidos del corazón cuando imaginaba a Jerusalén capital del mundo y a Sión, cabeza y sede de la monarquía universal.

Había juzgado suerte excepcional que el hombre que pudo contemplar al Rey del universo estuviese en la tienda a que se dirigía. Aquel hombre podría instruirle de todo lo relativo al cambio que habría de operarse. Abandonaría la campaña que iba a emprender a las órdenes de Majencio e iría a Palestina a organizar y armar las tribus, a fin de disponer a Israel para el día de la gran restauración.

Pero, después de oír a Baltasar, ¿estaba satisfecho?

Pesaba sobre él en aquel instante una sombra más espesa que la del palmeral: la sombra de la incertidumbre y de una duda cruel que, mucho más que al Rey, se refería al reino. «¿Qué sería de éste?», se preguntaba Ben-Hur. En su mente hervían mil preguntas referentes al Niño. ¿Qué objeto propondría y seguiría hasta el fin? ¿Qué organización sobreviviría la creencia del joven en un rey político? Cosas incomprensibles todas para él enigma insoluble para Ben-Hur, como para todo el que no reconoce que el hombre se compone de dos partes: cuerpo perecedero y alma inmortal.

«¿Y qué sucederá?», se preguntaba.

Para Ben-Hur sólo quedaban las palabras de Baltasar: «En la tierra no para ella; no para los hombres, sino para sus almas. Y, con todo, un reinado de inefable gloria».

Aquellas expresiones asombraban y turbaban al joven y le sumían en las tinieblas de un insondable enigma «El Rey de tal reino —se dijo desesperado — no necesita sellados, ni consejeros, ni trabajadores. ¿Perecerá la tierra para renacer con un gobierno fundado en nuevos principios? ¿Qué sustituirá a los guerreros y a la fuerza?».

En medio de aquellas meditaciones le sorprendió una mano que se apoyó en su hombro.

—Salud a ti hijo de Arrio —dijo la voz de Ilderín—. He de comunicarte una palabra breve y dejarte, porque ya la hora es muy avanzada.

—Bienvenido seas, *sheik*.

—De lo que has oído esta noche dijo, sin rodeos, Ilderín —cree lo referente al nacimiento del Niño, pero no atiendas a esa clase de reino de que te hablan. Por lo menos reserva tu juicio hasta que conozcas a Simónides, el mercader, a quien quiero presentarte. El egipcio pretende hacer pasar por hechos lo que son puros sueños, irrealizables en la tierra Peto Simónides, hombre más discreto podrá citarte las palabras de los profetas, indicando los libros y capítulos pertinentes. No dudes que el Niño será, real y verdaderamente, Rey de los judíos. ¡Por el esplendor de Dios que así lo creo! Un rey como Herodes, pero mejor y magnífico. Entonces conoceremos la dulzura de la venganza. Nada más. La paz sea contigo.

—Espera, *sheik*, espera…

Pero Ilderín se alejó, sin atenderle.

—¡Otra vez Simónides! —exclamó Ben-Hur con amargura— Simónides por aquí, Simónides por allá… Simónides esta mañana y Simónides ahora. ¿Quién me librará de una vez de la sabiduría de ese antiguo siervo de mi

padre? Por lo menos, bien sabe aprovecharse de lo mío. No obstante, será más rico que el egipcio, pero más sabio no. ¡Por el arca de la alianza! ¿Qué fe puede inspirarme ese hombre desleal e infiel? No iré a verle, no quiero ir…

Se detuvo.

—¿Qué es eso? ¿Una voz de mujer? ¿O la de un ángel? Y ya llega.

Desde la orilla opuesta del lago, dirigiéndose hacia el campamento, se aproximaba, sin duda, una mujer cantando Su voz flotaba melodiosa sobre el dormido lago, con la dulzura del sonido de un rabel.

Ben Hur oyó a la vez un acompasado batir de remos. El canto se hacía más perceptible a cada instante y al fin Ben-Hur pudo discernir las palabras. La mujer cantaba en griego puro, la mejor de las lenguas para expresar la congoja de una pasión contrariada.

Y era su cantar como un lamento.

Cruzando el mar de Siria.
canto y suspiro al recordar mi patria.
Eran soplo de vida para mí.
las brisas que mecían' la áurea palma.
Y no cruzaré el Nilo.
cuando tiemble la luna entre las aguas.
cuyo dulce suspiro.
no escucharé en la playa.
de Memfis. Aún el río, mi dios, veo.
querer, en sueños, suavizar mis plantas.
Y en sueños juego con la flor del loto.
y rimo en su loor viejas cantatas.
El bramido de Memnón[78] *suena a lo lejos.*
y del amor de mi Simbel me habla.
Mas me despierto en medio de mi pena.
de la pena que nunca declarada.
me hace decirte adiós, adiós por siempre.
con un adiós salido de mi alma.

Concluía la balada, cuando la barca pasó delante del bosquecillo de palmeras. La postrera frase de adiós quedó flotando en el aire como una melancolía despedida. La barca se perdió como una sombra en el profundo silencio de la noche.

Ben-Hur exhaló un hondo suspiro.

—Conozco por la voz que es la hija de Baltasar. ¡Qué bella canción y qué hermosa cantora!

Recordó los rasgados ojos de la joven, sombreados por sus largas pestañas. Y sus rosadas mejillas, y sus labios gordezuelos, y los hoyuelos de sus mejillas, y toda la gracia de tu esbelto cuerpo.

—¡Qué hermosa es!

Y los latidos de su corazón se aceleraron; mas al instante, otro rostro más hermoso, tierno, infantil, aunque menos apasionado invadió su mente. Era una imagen muy joven, blanca y vaporosa que parecía frotar sobre el lago.

—¡Ester! —pronunció el nombre con una dulce sonrisa—. Deseaba una estrella y el cielo me la ha enviado. —Y apenado levantóse para volver lentamente a la tienda.

Su vida, hasta entonces, había transcurrido llena de amarguras, entenebrecida por los proyectos de venganza y tales circunstancias no habían sitio las más apropiadas para despertarle al amor. Mas ahora parecía iniciarse una transformación. ¿Quién habría de habitar bajo su tienda? De Ester había recibido una copa, otra de la egipcia. Ahora, bajo las palmeras, las dos se le aparecieron al mismo tiempo. ¿Cuál triunfaría de las dos…?

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

LIBRO QUINTO

Sólo las acciones del justo aroman y fructifican.

Shirley

En el calor del combate atente a lo que en la paz aprendiste.

Wordswordth

CAPITULO I

MESALA SE DESPOJA DE SU CORONA

El diván del salón del palacio estaba cubierto de jóvenes patricios a la mañana siguiente a la bacanal.

Toda la ciudad se agolpaba por las calles para recibir a Majencio; del Monte Sulpius bajaría la legión completamente armada y vestida de gala; desde el Ninfeón hasta el Onfalos se celebrarían fiestas y ceremonias que harían olvidar cuanto se conocía de espléndido en el fausto Oriente; mas la juventud romana seguía durmiendo en el diván, donde se habían desplomado o al que fueron arrojados con indiferencia por algún esclavo.

La luz del día penetraba por las claraboyas del salón, cuando se incorporó Mésala y quitando de su cabeza la guirnalda, como demostración de que pensaba ocuparse de cosas serias, arregló su desordenado atavío y tras echar una ojeada a su alrededor, se alejó sin decir una palabra. Ni Cicerón, después de pasar una noche debatiendo en el Senado, se habría alejado con mayor dignidad.

Tres horas después enviaba por dos correos un mensaje para Valerio Graco, el procurador residente en Cesárea. Parecía dar eran importancia a aquella misiva, que debía llegar a su destinatario con gran rapidez. Adoptó las mayores precauciones, haciendo ir a uno de los correos por mar y al otro por tierra.

En el mensaje decía:

Antioquía, XII Kal. Jul.

Mésala a Graco.

¡Oh Midas! Te ruego, ante todo, que no te ofendas por el apelativo que nace de mi cariño y gratitud y por la certeza que tengo de que eres el más

afortunado de los hombres. Por lo demás, no hay temor de que tus orejas pierdan la adecuada proporción con que salieron cuando tu madre te dio a luz.

¡Oh Midas de mi vida!

Voy a referirte un suceso asombroso, que aunque hasta el momento está medio oculto entre los velos de la conjetura, no dejará de atraer, y con justificado motivo, toda tu atención.

Refrescaré primero tu memoria. Supongo que a pesar de los muchos años transcurridos, recordarás a la familia de un príncipe de Jerusalén, extraordinariamente antigua e inmensamente rica, cuyo nombre era Ben-Hur. Si flaquea tu memoria, cierta cicatriz que aún debe haber en tu cabeza contribuirá a mejorarla despertando tu interés.

El castigo del atentado contra tu vida —¡los dioses no permitan que se considere simple accidente, aunque sólo sea para tranquilidad de tu conciencia!— digo, pues, que el castigo fue apresarles para juzgarles sumariamente y se les confiscaron sus propiedades.

Como el asunto, ¡oh Midas querido!, obtuvo la aprobación del César —¡que nunca falten las flores en su altar!— no hay inconveniente, ni nos debe avergonzar el recordar las sumas que a ambos nos correspondieron.

Según convinimos, dispusiste además de la familia Hur de manera que el hecho quedase oculto y que la muerte, que había de parecer como muerte natural, zanjase toda complicación para el futuro. No habrás olvidado lo que hiciste con la madre y la hermana del malhechor. Pues bien, uno de los motivos de esta carta es preguntarte si viven aún o ya han muerto. Perdona, ¡oh Graco querido!, esta curiosidad de quien procura corresponder a tus amabilidades.

Te recuerdo, y esto es algo esencial en el asunto presente, que el criminal fue enviado a galeras para toda la vida; al menos eso es lo que decía el mandato que yo mismo leí, como leí también el recibo firmado por el tribuno que mandaba cierta galera y en el que constaba que se había hecho cargo de ella. Por ello no salgo de mi asombro, ante el hecho que voy a relatarte.

Éste es el punto en que debes prestarme toda tu atención, ¡oh el más excelente de los frigios!

Calculando en un año el límite de vida que puede tener un galeote debían haber transcurrido lo menos cinco desde que aquél dejó de existir o, mejor dicho, desde que alguna de las tres mil Oceánides[79] *cargó con él. Excusa mi debilidad, ¡oh, tú, el más Virtuoso y tierno de los hombres! y ten*

en cuenta lo mucho que yo le quería en mi infancia, cuando le llamaba mi Ganimedes, y no te asombres de que haya rogado a los dioses que hubiera caído en los brazos de la más hermosa de la familia Oceánide.

En la creencia pues, de que no existía, he vivido cinco años gozando de la fortuna que, en parte, debo agradecerte…

Y ya llega el punto culminante.

Anoche celebré un banquete con unos amigos recién llegados de Roma, y cuando iban a nombrarme anfitrión, pues su juventud e inexperiencia precisaban mis luces me contaron una historia asombrosa. Majencio llega hoy a hacer los preparativos de la campaña contra los partos y entre los ambiciosos que han de acompañarle hay uno que se dice hijo del duunviro Quinto Arrio. He obtenido informes sobre el joven y te los retransmito.

Cuando emprendió Arrio la campaña contra los partos, gracias a la cual se hizo digno de todos los honores y del, duunvirato no tenía familia y al final de la lucha regresó con un heredero. Prepárate ahora a recibir, con la compostura y dignidad propia de quien posee tantos talentos en buenos sestercios, la asombrosa noticia. Ese heredero de quien te hablo es aquel jovenzuelo al que tú enviaste a galeras, es decir el propio Ben-Hur ha hecho su reaparición con una enorme fortuna una noble posición y seguramente como ciudadano romano, lo que le permite estar fuera de nuestro alcance… Tú estás en una situación muy elevada y no te asustarás demasiado, más yo, ¡oh Midas mío!, estoy en peligro. De sobra sabes de dónde proviene y quizá te ataña también a ti, aunque puede ocurrir que a ti no te preocupe esa idea. Pero, atiéndeme.

La galera en que Arrio —el padre adoptivo de este Ganimedes al que yo creía en brazos de la más bella de las Oceánides— navegaba, se fue a pique al acometer a un navío pirata y del naufragio sólo se salvaron dos personas: Arrio y el que ha sido su heredero. Los que les recogieron de la tabla en que flotaban, contaron que el salvador del tribuno era un joven, vestido de galeote.

Esto ya es bastante convincente, pero por si has vuelto a pensar: «¿Y a mí qué me importa?», has de saber, ¡oh hijo de Midas!, que ayer tuve la buena suerte —aún estoy en deuda con la fortuna por el voto que le hice— de encontrarme con ese misterioso hijo de Arrio. No es que al momento le reconociera mas ahora estoy seguro de que es el mismo Ben-Hur, mi amigo querido de la infancia. Y si Ben-Hur es hombre, aunque de baja estofa, estará pensando en la venganza, pues eso es lo que haría yo de encontrarme en su caso Dicha venganza no será sólo por su vida, sino por su madre, por

su hermana, por su patria, por su seguridad futura y por lo que tú hubieras juzgado lo primero, que para él es lo último: por su perdida fortuna.

¡Oh, amigo y bienhechor mío! Por el peligro que corren tus sestercios, cuya pérdida sería lo peor que puede ocurrirle a un hombre de tan alta alcurnia como tú confío en que ya no dirás: «Y a mí qué me importa», sino que te mostrarás dispuesto a pensar en la solución.

Inmediatamente haré salir dos mensajeros, cada uno con un original de esta carta Uno irá por mar y otro por tierra, de lo cual puedes deducir el enorme interés que tengo de que te enteres pronto y bien de la Iterada a estas tierras, de nuestro enemigo.

Él permanecerá aquí el mismo tiempo que el cónsul, el cual, aunque activa los preparativos sin descansar un momento no podrá solucionarlo todo antes de un mes. No ignoras el gran trabajo que representa reunir y aprovisionar un ejército, máxime cuando la operación se ha de llevar a cabo en país despoblado y asolado.

En el bosque de Dafne vi ayer al judío y hoy tampoco debe andar muy lejos, lo que representa una ventaja para poder vigilarle. Podría decirte casi con toda seguridad que hoy se encuentra en el Huerto de las Palmas, bajo la tienda del traidor sheik Ilderín el cual no ha de estar mucho tiempo sin que caiga sobre él nuestra mano poderosa. No debes sorprenderte si te enteras de que Majencio, como medida preventiva, embarca al árabe, camino de Roma.

Me extiendo a detalles tan minuciosos porque es de suma importancia para ti, ¡oh, ilustre hombre!, tomar una rápida resolución respecto al judío y como no ignoro que en todo proyecto son tres los elementos más dignos de consideración, a saber: el tiempo, el lugar y el agente, espero que, si juzgas que éste es el lugar de la acción, no dejarás de confiar el asunto en manos de quien es al mismo tiempo tu más afectuoso amigo y tu discípulo más aventajado.

Mesala

CAPITULO II

LOS CABALLOS DE ÍLDERIN UNCIDOS AL YUGO

A primera hora de la mañana, al mismo tiempo que salían los despachos de Mésala, entraba Ben-Hur en la tienda de Ilderín Ya había tomado un frugal almuerzo. Se había bañado en el lago y aparecía con una ligera túnica sin mangas y que apenas le llegaba a las rodillas.

—Te doy la paz, ¡oh hijo de Arrio! —saludó el *sheik* desde su diván, mientras se decía admirado, que nunca había visto un tipo tan perfecto de varonil belleza de fuerza y viril confianza.

—Los caballos están preparados y yo también. ¿Y tú?

—Yo también te deseo la paz, buen *sheik*. Gracias por tus buenos deseos. Estoy preparado.

Ilderín dio una palmada para que acudiera algún criado.

—En seguida traerán los caballos. Siéntate.

—¿Se les ha uncido el yugo?

—No.

—Pues si lo permites, yo mismo los enjaezaré Es indispensable que me conozcan y que yo les llame por sus nombres, a fin de darme cuenta de su temperamento, pues tanto a los caballos como a los hombres, debe reñírseles si se propasan y acariciarles y mimarles si son tímidos. Pide que traigan los arneses.

—¿Y la cuadriga? —preguntó el árabe.

—Por hoy solamente, dejaremos el carro. Si tienes otro caballo que lo preparen y lo montaré sin silla, la de ser tan veloz como los demás.

La admiración de Ilderín aumentó, mas volvió a llamar a los criados.

—Que traigan los arneses para cuatro y la brida sólo para *Sirio* —Después de dar esta orden se levantó y dijo a Ben-Hur—. Hijo de Arrio, *Sirio* es ni

amor y yo el suyo. Hemos sido camaradas inseparables durante veinte años, en la tienda, en el campo de batalla y en todas las jornadas del desierto. Te o voy a enseñar.

Alzando la cortina que dividía la tienda, invitó al joven a que pasase al otro lado Todos los caballos se acercaron a su amo. Uno de ellos, de cabeza muy pequeña y ojos brillantes, con el pecho robusto, y gracioso el cuello arqueado cubierto de abundantes crines, tan finas y sedosas como los cabellos de una doncella, empezó a relinchar en señal de alegría.

—Magnífico caballo —aseguró el *sheik*, acariciando la oscura cabeza de su favorito—. Buenos días. —Y añadió volviéndose a Ben Hur—: Éste es *Sirio*, padre de los otros cuatro. La madre es *Mira*, que nos aguarda en el desierto. Considero tan preciosa su posesión que no me atrevo a traerla aquí, donde hay manos más poderosas que las mías. Y además —añadió, riendo—, dudo mucho que mi tribu me permitiera traerla. *Mira* es su gloria y su culto y hasta creo que, si galopara sobre ellos mismos, aún se mostrarían satisfechos Todos los días, diez mil jinetes, hijos del desierto, preguntan: «¿Cómo está *Mira*?». Y cuando se les dice que sigue bien, responden: «¡Dios es bueno, bendito sea!».

—*Mira* y *Sirio* son nombres de estrellas, ¿no es cierto, *sheik*?

—Así es. ¿No has pasado nunca una noche en el desierto, hijo de Arrio?

—No.

—En ese caso no puedes comprender la confianza *que* los árabes tenemos en las estrellas. Sus nombres se los ponemos a nuestros bienhechores como prueba de gratitud y como muestra de amor, a nuestros protegidos, todos mis antepasados tuvieron un favorito, como yo tengo a *Mira* Cada uno de sus hijos lleva un nombre de estrella. Éste es *Rigel*, aquel *Antarés*, ese otro *Altair y Aldebarán* es ése al que te diriges, que es el más joven de la yeguada, pero no el peor. Te aseguro que puede llevarte en su lomo con más ligereza que el viento, hasta que el aire rugiera en tus oídos como un huracán, irá a donde quieras, hijo de Arrio. Y por la gloria de Salomón que te arrancaría de las mismísimas garras del león.

Cuando llevaron los arneses, Ben-Hur equipó los caballos, les sacó de la tienda y les puso las bridas.

—Traedme a *Sirio* —pidió.

Luego saltó sobre el corcel con tal destreza que ningún árabe habría podido aventajarle.

—Ahora las riendas —dijo, tomándolas y separando cuidadosamente las de cada uno—. Estoy dispuesto buen *sheik*. Haz que un guía me acompañe

basta el campo y luego envíame a alguno de tus hombres con agua.

La prueba se inició sin dificultad alguna. Los caballos no se asustaron y no tardó en establecerse un tácito acuerdo entre ellos y su conductor. Ben-Hur ejecutaba sus ejercicios con esa tranquila seguridad que acaba por inspirar fe aun a los animales. Habíalos dispuesto en el mismo orden que habían de conservar en la carrera, a excepción de que Ben-Hur montaba a *Sino* en lugar de ir en el carro. Ilderín se llenó de esperanza y mientras se atusaba la barba y sonreía satisfecho, murmuraba:

—No es romano, no, ¡por el esplendor de Dios!

Lo mismo que los hombres, mujeres y niños del aduar, él también le siguió hasta el campo. Cuando llegaron allí, Ben-Hur hizo correr despacio a los cuatro juntos y en línea recta por aquel ancho espacio, tan apropiado para esas pruebas; aceleró el paso hasta ponerlos al trote, que no tardó en convertirse en galope; luego, fue estrechando gradualmente los círculos que describían y finalmente les impulsó de un modo arbitrario de aquí para allá, a izquierda y derecha sin interrupción. En aquellos trabajos empleó una hora; luego, fue retrasándolos hasta ponerlos al paso.

—Ya se ha hecho cuanto se debía hacer —dijo al fin a Ilderín—. Ahora sólo falta un poco de práctica Te felicito por tener servidores como éstos. Mira —añadió, desmontando—. Mira la tersura de su piel; ni la más ligera gota de sudor lo ha empañado. Su respiración es tan sosegada como al empezar. Muy mal se habrían de poner las cosas para que no consiguiéramos la victoria y nuestra… —se interrumpió enrojeciendo e hizo una inclinación. Junto al árabe acababa de ver a Baltasar, apoyado en su báculo y acompañado por dos mujeres envueltas en velos. En seguida reconoció a una de ellas y se dijo, con el corazón palpitante:

«Es ésta la egipcia. Sí, es ella».

Mientras, Ilderín había completado la frase del judío.

—¡La victoria y nuestra venganza! Ya no tengo miedo, hijo de Arrio; eres el hombre que me hacía falta. Si el fin es igual que el principio, verás de qué paño está forrada la mano de un árabe en estado de dar.

—Muchas gracias, buen *sheik*. Pide que traigan agua para los caballos.

Y el mismo Ben-Hur les dio de beber.

Después, a lomos nuevamente de *Sirio*, reanudó las pruebas. La manera de conducirlos excitó el ánimo de todos y se prodigaron tantos aplausos a la habilidad del’ joven como a la docilidad de los animales. Éstos corrían como uno solo, tanto en línea recta, como en círculo con toda unidad y gracia y sin aparentar el menor esfuerzo.

Como la atención de todos estaba fija en el desarrollo de la prueba, nadie observó que llegaba Malluch.

—Te traigo un mensaje, ¡oh, *sheik*! —dijo, cuando tuvo una oportunidad —. Es de Simónides, el comerciante.

—¿De Simónides? Muy bien. ¡Ojalá Abadón se lleve a todos sus enemigos!

—Me dio el encargo de desearte toda la santa paz del cielo y de entregarte este despacho, con la súplica de que lo leas en cuanto lo recibas.

Sin perder tiempo, rompió Ilderín el sello del pliego y de un envoltorio de lienzo sacó dos cartas que empezó a leer.

N.° I. Simónides al sheik Ilderín:

¡Oh, amigo mío! Puedes estar seguro de que ocupas un lugar en lo más íntimo de mi corazón.

Tienes en tu aduar un joven de hermosa presencia que es hijo de Arrio por adopción y que me es muy querido.

Su vida es una historia muy maravillosa, que ya te contaré y además te pediré un consejo cuando vengas.

Atiende, entretanto, a sus peticiones, que han de ser razonables. Pues yo salgo fiador de todo.

Cuídate de mantener secreto el interés que me inspira y saluda de mi parte a tu otro huésped y a su hija. Lo mismo tú que ellos y los que tú elijas de tu séquito habréis de estar dispuestos a acompañarme al circo el día de los juegos, pues ya tengo los asientos comprometidos.

La paz para ti y los tuyos.

¿Qué serio yo si tú no fueras mi amigo?

Simónides.

N.° II. Simónides al sheik Ilderín.

¡Oh, amigo mío! Mi experiencia te manda hoy una palabra. Un signo que aceptan como aviso todas las personas no romanas con dinero u otros bienes que perder, es la llegada de algún dignatario romano de categoría. El cónsul Majencio llega hoy. ¡Atención!

Otra cosa te advierto:

Se conspira contra ti y están incluidos dos Heredes en esa conspiración; como tú tienes grandes propiedades en sus dominios, no dejes de estar

alerta.

No te demores en mandar a servidores fieles hacia el sur de Antioquía, encargándoles que detengan a todo correo que vaya o venga por esos caminos; y si les encuentran algo en los mensajes, que tenga relación contigo o tus asuntos, «es preciso que los veas tú mismo».

Hubiera sido conveniente que recibieses ayer esta carta, pero aún no será demasiado tarde si te apresuras.

En el supuesto de que los correos salieran esta mañana, tus mensajeros sabrán adelantarse a ellos con tus órdenes, puesto que conocen mejor que nadie los caminos.

Quema esta carta sin vacilar, ¡oh, amigo mío!

Tu amigo.

Simónides.

Después de leer las cartas por segunda vez. Ilderín las volvió a guardar en el lienzo y puso el paquete bajo su cinturón.

Prosiguieron los ejercicios, que duraron dos horas. Al final Ben-Hur puso los caballos al paso y se dirigió a Ilderín.

—Te pido permiso, ¡oh, *sheik*!, para llevar los caballos a la tienda y volverlos a sacar nuevamente esta tarde.

—Hijo de Arrio, te los dejo para que hagas con ellos lo que creas oportuno hasta después de los juegos Qué diferencia entre lo que tú has conseguido de ellos en dos horas y lo que habría hecho el romano, al que ojalá los chacales roan hasta el último hueso. ¡Por el esplendor de Dios, ganaremos! Ya lo creo.

Mientras los criados atendían a los caballos en la tienda, Ben-Hur permaneció junto a ellos; después se marchó al lago a bañarse, bebió una copa de «arrack» y se puso el traje hebreo El árabe se mostraba radiante de alegría. Ben-Hur y Malluch dieron un paseo por el huerto. Tenían muchos asuntos de qué hablar. Una de las cosas que el joven judío pidió a su amigo, fue:

—Tengo que hacerte un encargo Mi equipaje está en el *khan* que hay junto al puente de Seleucia**[80]** a este lado del río Si te es posible y no ha de representarte demasiado trabajo, buen Malluch, desearía que me lo trajeras.

Protestó Malluch cordialmente, ofreciéndose incondicionalmente para cuanto necesitase.

—Muchas gracias. Malluch, gracias Te cojo la palabra. Somos hermanos de una misma tribu y tenemos un enemigo común: un romano Ante todo como eres un hombre de negocio, y tengo mis dudas de que Ilderín lo sea…

—Los árabes raras veces lo son.

—Por eso. Malluch, aunque yo no puedo tacharles de torpes, no estará de más que, en este caso, no se les pierda de vista Para anular todo estorbo o dificultad que pueda presentarse en contra mía en las carreras me harías un señalado favor y me tranquilizarías, yendo a la oficina del circo a enterarte si va se ha cumplido con todas las formalidades preliminares: un gran servicio será, obtener una copia del reglamento. Me interesa saber qué colores debo llevar y el número de la cripta que ocuparé al salir. Me alegraría que no fuese lejos de Mésala. Si no lo está, procura solucionarlo para que me encuentre cerca del romano. ¿Tienes buena memoria?

—No me ha fallado nunca, hijo de Arrio, y menos, cuando pongo el corazón en el asunto; y éste es el caso de ahora.

—Pues entonces me atrevo a confiarte otro encargo. Observé a ver que Mésala mostraba gran orgullo por su carro como si sólo fuese digno de ser montado por un César. ¿Te sería posible averiguar sus dimensiones y peso aproximado para saber si es pesado o ligero? Entérate por lo menos, de la altura exacta de su eje sobre la superficie del suelo. ¿Me has entendido? No quiero que tenga ninguna ventaja sobre mí. Si le venzo quisiera conseguir que la derrota sea lo más dura posible y mi victoria completísima. Si puede existir una ventaja realmente considerable, quiero que sea para mí.

—Me hago cargo. Lo que te interesa, sobre todo, es la línea vertical desde el centro del cubo hasta el suelo.

—Eso es; y alégrate porque ése es mi último encargo. Vámonos al aduar.

Un criado estaba a la puerta, llenando odres ahumados, con un vino de palma recién hecho, y lo probaron para refrescarse.

Malluch no tardó en regresar a la ciudad.

En ausencia de los dos judíos, un mensajero, preparado según las recomendaciones de Simónides, había partido hacia el sur de Antioquía. El árabe no llevaba ninguna orden escrita.

CAPITULO III

LAS ARTES DE CLEOPATRA

—Te traigo un saludo y un mensaje de Iras, la hija de Baltasar —dijo un siervo a Ben-Hur, que estaba descansando en la tienda.

—¿Qué es ello?

—Quiere saber si te agradaría acompañarla en su paseo por el lago.

—Dile que iré yo mismo a darle una respuesta.

Trajéronle las sandalias y antes de un minuto ya estaba dispuesto para ir en busca de la hermosa egipcia Ya se extendían por el Huerto de las Palmas las sombras de las montañas, anunciadoras de la cercana noche. Se oía entre la arboleda el lejano tintineo de cencerrillos, mugidos de vacas y las voces de los pastores conduciendo sus rebaños al aprisco.

Ilderín, después de presenciar los ejercicios de la tarde, que no fueron otra cosa que una repetición de los de la mañana, había marchado a la ciudad a ver a Simónides, y aunque tema intención de volver por la noche, no era probable que le diera tiempo, teniendo en cuenta lo mucho que habían de comunicarse.

Encontrándose solo. Ben-Hur se entretuvo en cuidar a los caballos; después se bañó en el lago y cambió la túnica que llevaba para los ejercicios, por su traje habitual, adecuado a un saduceo de pura sangre, cenó temprano y pronto se encontró descansando, gracias a su fortaleza y vigor, de los violentos ejercicios del día.

No se puede negar la influencia que la belleza tiene sobre el hombre, pues todo espíritu selecto se siente atraído por ella Era la belleza la que arrastraba a Ben Hur en aquellos momentos.

La egipcia era una mujer maravillosa, bella de cuerpo y de cara. En su imaginación a Ben-Hur siempre se le aparecía como la viera en la fuente y con aquella voz tan dulce y llena de gratitud hacia él. Se acordaba de sus grandes y negros ojos rasgados, tan característicos de su raza, y que expresan

tantas cosas, imposibles de traducir en palabras Alta, esbelta, llena de gracia, envuelta elegantemente en su rico y sutil manto, lo único que no sabía de ella era si tendría espíritu inteligente que, como a la *sulamita*, pudiera hacerla tan terrible para él como un ejército en batalla, según el Cantar de los Cantares. Y era que cuando la egipcia aparecía en su fantasía, vibraba en el corazón de Ben-Hur el canto apasionado de Salomón, inspirado por aquella imagen sensual.

Ahora iba a convencerse de si ella merecía su admiración, ya que sólo admiración y curiosidad sentía hacia ella; pero por estas dos cosas se empieza a amar.

Cuando Ben-Hur llegó a las gradas que conducían a la plataforma del embarcadero, se detuvo a contemplar el espectáculo que se ofrecía a su vista. Una lancha, ligera como una cáscara de huevo, se mecía en las diáfanas aguas. El etíope que conducía el camello junto a la fuente Castalia, llevaba los remos. En la popa, el bote estaba alfombrado y cubierto de almohadones y telas de los más brillantes colores de púrpura de Tiro. Envuelta en chales de la India y en vaporosos encajes, la egipcia se sentaba al timón. Los brazos desnudos unían a la perfección de su forma, la gracia de sus movimientos. Una ancha banda protegía de la brisa nocturna sus hombros y cuello, cubriéndolos sólo en parte.

Estos pormenores no podría haberlos enumerado Ben-Hur, pues al mirarla sintió una impresión total, como la que puede provocar una luz esplendorosa.

—Acércate —le invitó ella al observar que se detenía—, o me harás creer que eres un marino miedoso.

Él enrojeció. ¿Estaría ella enterada de su vida de galeote? Al fin decidióse a bajar.

—Es que temí echar a pique el bote —dijo, mientras se sentaba junto a la mujer.

—Vayamos a aguas más profundas —dijo la mujer, e hizo una señal al etíope que, dejando caer los remos, empezó a alejarse de la orilla.

Parecía haber llegado el momento en que el Amor y Ben-Hur dejaban de estar desunidos. No podía dejar de contemplar a la egipcia a la que comparaba con la *sulamita*, y se decía que para él no hacían falta las estrellas, ni le asustaba la noche, mientras los ojos de ella le iluminasen. El lugar en que se encontraban y la compañía de aquella mujer habrían exaltado la imaginación de cualquier joven.

—Dame el timón —pidióla.

—No. No invirtamos los papeles. ¿No he sido yo quien te invitó a dar este paseo? Estoy en deuda contigo y quiero pagarte. Puedes hablar que yo te escucharé y cuando yo hable tú me atenderás a mí, pero escoger el camino y el lugar a donde hemos de ir es de mi sola incumbencia.

—¿Y a dónde iremos?

—¿Ya vuelves a alarmarte?

—No hago más que hacerte la primera pregunta que haría un esclavo, hermosa egipcia.

—Llámame Egipto.

—Prefiero llamarte Iras.

—Puedes pensar en mí dándome ese nombre, pero llámame Egipto.

—Egipto es un país y representa mucha gente.

—Ya lo sé. ¡Y qué país!

—¿Es que vamos a Egipto?

—¡Ojalá! No sabes lo feliz que yo sería entonces —dijo con un suspiro.

—Ya no tendrías ningún recuerdo para mí.

—Veo que no has estado nunca allí.

—Nunca, en efecto.

—Pues en esa tierra no puede haber nunca un desgraciado, es un país deseado por el resto de la tierra, la patria de todos los dioses y por ello, el más bendecido. ¡Oh, hijo de Amo! Allí el que es feliz lo es doblemente y el desgraciado, cuando bebe por primera vez las dulces aguas del Nilo, ríe y canta y juega como un niño.

—Por lo que dices, parece que allí no haya pobres como en otros sitios.

—En Egipto son pobres los muy sobrios en sus necesidades. No tienen otro deseo más allá de lo indispensable. Y se contentan con tan poco… Nunca podría imaginarse un griego o un latino.

—Pero yo no soy ni lo uno ni lo otro.

Ella rió.

—Tengo un jardín de rosales y el más frondoso y florido de todos, ¿sabes de dónde fue llevado?

—¿De Persia, que es el país del rosal?

—No.

—¿De la India?

—Tampoco.

—En tal caso, sería de alguna de las islas de Grecia.

—Te lo diré —dijo por fin ella—. Un viajero lo encontró marchito en un lado del camino, en la llanura de Rafaín y lo recogió.

—¡Oh! ¡En Judea!

—Lo planté en la tierra que las aguas del Nilo acababan de abandonar y el sol y los blandos céfiros del Sur, lo curaron y no tardó en crecer y florecer. Ahora me ofrece su sombra y perfume como muestra de gratitud. Lo mismo que con los rosales sucede con los hijos de Israel. ¿En dónde alcanzarían mayor perfección que en Egipto?

—Moisés es un ejemplo entre muchos miles.

—Probablemente. Pero, ¿has olvidado al intérprete de los sueños?

—Es que ahora los faraones buenos y humanos han muerto.

—Es cierto. El río, a cuya margen reposan, los arrulla pero la atmósfera sigue siendo la misma y la respira el mismo pueblo.

—Pero en cambio Alejandría es tan sólo una ciudad romana.

—Lo único que ha hecho es cambiar de cetro. Con la espada le quitó César el cetro del poder y dejó el del saber. Acompáñame al Bruqueio y te mostrare la escuela de las naciones; en el Sarapeo[81] podrás ver la perfección en la arquitectura; en la biblioteca leerás los libros de todos los inmortales; en el teatro oirás las hazañas heroicas de los griegos y los indios; en el muelle observarás los éxitos del comercio Baja conmigo a las calles, ¡oh, hijo de Arrio!, y cuando se hayan marchado los filósofos, llevando consigo a los maestros de todas las artes, y los dioses hayan atraído a sus templos a los devotos, y no quede otra cosa del día más que sus placeres, oirás las historias que han regocijado a los hombres desde el principio del mundo y los cantos que nunca han de morir.

Mientras la escuchaba recordó el judío la noche en que, en su casa de Jerusalén, su madre le declamaba con el mismo entusiasmo patriótico y el mismo acento poético, las glorias de Israel.

—Ya comprendo por qué deseas que te llame Egipto. Anoche te oí cantar: ¿Si te llamo por ese nombre me cantarás una canción?____.

—Cantaba el himno al Nilo. Lo entono siempre que me parece respirar el aire del desierto y oír el murmullo de las olas de mi amado río. Pero, ahora, prefiero dedicarte un canto indio. Cuando vayamos a Alejandría te mostraré en la esquina de una calle, a la hija de Ganges que me lo enseñó. Ya sabes que Kapila[82] fue uno de los sabios más venerados por todos los otros sabios.

Y después de esta aclaración, empezó a cantar sin transición.

KAPILA.

I.

Kapila tan joven y tan sincero, Kapila.
Yo ansió una gloria como la tuya.
Y lejos del campo de batalla te llamo para preguntarte:
¿Cómo en valor podré igualarte?

Cabalga Kapila en su corcel bruno.
Héroe más digno no se vio ninguno:
Quien todo lo ama todo lo avasalla.
Toda mi bravura la debo al amor.

Una mujer me dio una vez su alma.
para ser por siempre alma de mi alma.
de eso me viene el valor.
Probadlo, probadlo y veréis.

II.
Kapila tan viejo y canoso.
Kapila, pregunta la reina por ti.
mas antes de partir desea que me digas.
cómo alcanzaste la sabiduría.

Kapila estaba a la puerta del templo.
como un sacerdote, en traje de eremita:
No me vino como a los hombres les llega su saber.
a mí me hizo sabio la fe.

Una mujer me dio su corazón un día.
para que fuera el corazón del mío.
De eso me vino mi sabiduría.
Probadlo, probadlo y veréis.

Antes de que Ben-Hur agradeciera la gentileza de su cantora, la proa del bote se hundió en la arena.

—¡Oh Egipto, qué viaje tan corto!

—Más corta es la parada —replicó ella, al tiempo que un vigoroso empuje del negro, les volvió a trasladar a mitad del lago.

—Dame ahora el timón.

—Eso no. Para ti la cuadriga y para mí el bote. Estamos todavía en el extremo del lago, lo que demuestra que no debo cantar mucho si hemos de

avanzar más. Puesto que ya hemos estado en Egipto, traslademonos al bosque de Dafne.

—¿Sin una canción? —preguntó él suplicante.

—Quisiera que me contases aleo sobre el romano Je quien nos has salvado esta mañana.

—Yo desearía que fuese éste el Nilo —repuso Ben-Hur, evadiendo la pregunta que le había desagradado sobremanera—. Reyes y reinas abandonarían sus tumbas para bogar con nosotros.

—Como todos eran colosos nos harían zozobrar. Son preferibles los pigmeos. ¿Verdad que el romano es muy malo? Háblame de él —volvió a pedir Iras.

—Nada puedo decirte.

—¿Es noble y rica su familia?

—Tampoco puedo hablarte de sus riquezas.

—Sus caballos eran hermosos, y la caja de su caro era de oro y de marfil sus ruedas. ¡Y qué audaz! Cuando marchó todos reían, incluso aquellos que estuvieron a punto de ser aplastados bajo sus ruedas. —Y también ella rió al recordarlo.

—Fue una salvajada —repuso ásperamente él.

—Supongo que se trata de uno de ésos monstruos que dicen salen ahora de Roma —y aguardó ansiosa, la respuesta. Como no la obtuviera, añadió—: Apolos voraces y codiciosos como Cerberos. ¿Reside en Antioquía?

—Tiene mucho de oriental.

—Más le convendría Egipto que Siria.

—Lo dudo Cleopatra ya ha muerto.

Entonces pudieron ver unas lámparas ante la puerca de la tienda.

—¡El aduar! —exclamó Iras.

—¡Oh! Y no hemos estado en Egipto ni visto Karnak, ni a File[83], ni a Abidos. Ni es éste el Nilo. Y tan sólo he oído un canto de la India, mientras *bógala*[84] en sueños.

—No te quejes de no haber visto a File o Karnak. Sino de no poder contemplar el templo de Ramsés[85] en Abu Simbel. Al mirarlo se piensa en el Dios, creador del cielo y la tierra. Mas, ¿a qué quejarte? Permite que nos acerquemos a la orilla, y ya que no voy a cantar, pues ya te he dicho que no quería hacerlo, te contaré algunas historias de Egipto.

—Pues empieza y sigue hasta la mañana, y luego la noche y el día siguiente —pidió Ben-Hur con vehemencia.

—¿Sobre qué han de versar mis historias? ¿Sobre matemáticas?

—¡No, no!

—¿Sobre los filósofos?

—No. Tampoco.

—¿Sobre los magos y genios?

—Si te parece…

—¿Sobre la guerra?

—Bueno.

—¿Prefieres algo de amor?

—Sí.

—Entonces te narraré la que habla de un remedio para curar el amor. Es la historia de una reina. El papiro del que fue tomada por los sacerdotes de File, se arrebató de las mismas manos de la heroína. Por su forma correcta parece verdadera.

NE-NE-HOFRA

I

No hay paralelismo en las vidas humanas.

Ninguna vida recorre una línea derecha.

La existencia más perfecta desarrolla como un círculo y termina donde empezó, siendo imposible decir luego: «Éste es el principio; aquél es el fin».

Las vidas perfectas son los tesoros de Dios; en los grandes días se adorna Dios con esas sortijas el dedo anular de la mano del corazón.

II

Ne-Ne-Hofra vivía en una casa cercana a Asuán y, tan próxima a la primera catarata, que desde allí oía continuamente el estruendo de la eterna batalla entre el río y las rocas.

Aumentaba tanto su belleza, que solían decir de ella, como de las amapolas del jardín de su padre: «¿Y qué no será cuando esté en plena floración?».

Cada nuevo año de su existencia era como el comienzo de un canto, cada vez más delicioso que el precedente.

Nacida en aquel lugar, limitado al Norte por el mar y al Sur por el desierto, recibió del uno la pasión y del otro el genio; así, cuando ambos la

contemplaban, sonreían, diciendo dulcemente: «Es mía». Mas en seguida añadían generosos: «No. Es nuestra».

Los dones de la Naturaleza contribuían a su perfección y se regocijaban en su presencia. Cuando ella paseaba por el jardín, la saludaban los pájaros con alegre aleteo; la prestaban los vientos sus brisas acariciadoras; para contemplarla salían de las profundidades del agua los blancos lotos; retardaba el río su curso para que ella pudiese mirarse en su cristal y las palmeras batían sus alas a su paso.

Tanto el agua como las flores y las aves parecían jactarse de la belleza de ella, diciendo: «Yo le di mi gracia»; «yo le di mi transparencia»; «yo mi pureza».

Cuando tenía doce años, Ne-Ne-Hofra era la delicia de Asuán, a los dieciséis la fama de su belleza era universal; a los veinte no transcurría día sin que llegase a su puerta algún príncipe del desierto, montando veloz camello, o señores de Egipto que bogaban en doradas barcas. Y todos se alejaban, diciendo con desconsuelo: «No es una mujer, más parece la propia diosa Ator[86]».

III

El buen rey Menes[87] tuvo trescientos treinta sucesores, y dieciocho de ellos fueron etíopes. Uno de ellos fue Oretes, que contaba a la sazón ciento diez años de edad; había reinado setenta y seis años, haciendo prosperar a su pueblo y procurando la plena fertilidad de los campos.

Practicaba la sabiduría. Tenía el palacio, arsenales y tesoros en Menfis, donde habitaba, mas iba frecuentemente a Butos para conversar con Latona.

Cuando su esposa murió, ya demasiado vieja para un embalsamiento perfecto, el buen rey, que la quería, estaba inconsolable y se vistió de luto, y por ello un habitante de Colquide se atrevió a decirle:

—¡Oh. Oretes! Mucho me asombra que un rey tan sabio y grande no sepa curarse de esa pena.

—Dame tú el remedio.

Después de besar tres veces el suelo, sin temor ya a que la muerta le oyese, respondió:

—Vive en Asuán Ne-Ne-Hofra tan hermosa como la bella Ator Ve a buscarla. Aunque ha rehusado a señores, príncipes y reyes, ¿cómo ha de decir «no» a Oretes?

IV

En una barca de extraordinaria magnificencia, bajaba Ne-Ne-Hofra por el Nilo; una flota de barcas le servía de escolta. En las márgenes del río se agolpaban gentes de Nubia, Egipto y Libia una hueste de *trogloditas*[88] y no pocos *macrobianos*[89], ansiosos todos por observar el maravilloso cortejo.

La condujeron por una larga avenida de esfinges y leones alados, hasta Orestes, que se hallaba sentado en un alto trono, esculpido en el Pylón de palacio Él la sentó a su lado, abrochó en su brazo el *ureus*[90] y la besó y Ne-Ne-Hofra se convirtió en reina de las reinas.

El anciano necesitaba amor. La trató tiernamente, la mostró cuanto poseía y por fin la enseñó las cuevas de sus tesoros, pidiéndola «¡Oh. Ne-Ne-Hofra! Dame un beso de amor y todo será tuyo».

Y a pesar de los cientos diez años de él, ella le besó repetidas veces, creyendo ser feliz.

El primer año transcurrió con dicha, pero fue muy corto, el tercero desgraciado y muy largo Comprendió que el amor que la inspirara Oretes no fue sino deslumbramiento por su poderío. ¡Ojalá nunca hubiera salido de su error! Perdió su ánimo y tuvo muchos accesos de lágrimas Ya no recordaban haberla visto reír y las rosadas mejillas fueron tornándose grises.

La reina se agotaba gradualmente y sin remisión.

Decían unos que la perseguía Ennias por ser cruel con su amante; otro que la había herido algún dios, envidioso de Oretes. El hecho fue que de nada le sirvieron los encantamientos de los magos y las prescripciones de los médicos.

Ne-Ne Hofra estaba condenada a morir.

En la tumba de las reinas escogió Oretes una cripta para ella e hizo trabajar a los mejores escultores y pintores de Menfis. A pesar de sus ciento trece años no se habían amenguado sus ardores amorosos y solía clamar ante la reina:

—¡Oh reina mía, tan bella como la misma Ator! Yo te suplico me digas cuál es la enfermedad que te hace languidecer.

—Si te lo dijese ya no me amarías —repúsole temerosa.

—¿No amarte? Más todavía te amaré. Lo juro por los genios de Amentor y por el ojo de Osiris. ¡Habla!

—Escúchame, pues Hay un santo y viejo anacoreta que habita en una cueva cerca de Asunán Se llama Menofa y fue mi maestro. Manda por él y

podrá decirte lo que te interesa y te ayudará a buscar remedio.

Oretes marchó regocijado, sintiendo su espíritu cien años más joven.

V

—¡Habla! —ordenó Oretes a Menofa, en el palacio.

—Poderosísimo señor —respondió Menofa—. Si fueras joven temería responder, porque aún estoy satisfecho de la vida; pero voy a decir que la reina, como cualquier mortal, está pagando su crimen.

—¿Un crimen? —vociferó Oretes, indignado.

—Sí —asintió Menofa con una profunda inclinación—. Un crimen contra ella misma.

—No estoy de humor para enigmas.

—Cuando te lo explique no lo considerarás un enigma Ne-Ne Hofra ha crecido bajo mi dirección y me confiaba todos los incidentes de su vida Por eso sé que amaba al hijo del jardinero de su padre, que se llamaba Barbee.

Cosa insólita; el ceño de Oretes empezó a desarrugarse.

—Y ahora, ¿en dónde está el hijo del jardinero?

—En Asuán.

El rey salió para dar órdenes. Habló con un siervo.

—Marcha a Asuán para traerme a un joven que hallarás en el jardín del padre de la reina.

—Tú —ordenó a otro siervo—, busca trabajadores, animales e instrumentos para construir en el lago Chemmis una isla que, llevando encima un templo, un palacio y un jardín lleno de árboles frutales, pueda no obstante, flotar al capricho de los vientos. Todo ello ha de quedar acabado para cuando empiece a menguar la luna.

Luego fue a decirle a la reina:

—Lo sé todo. Alégrate, porque he enviado a buscar a Barbee.

Ella besóle las manos.

—Tú le tendrás a él y él a ti y durante un año nadie turbará vuestros amores.

Ne-Ne-Hofra le besó los pies; él, haciéndola levantar, la besó a su vez. Y las mejillas de ella tornáronse nuevamente rosas, escarlata sus labios y la risa brotó en su corazón.

VI

Ne-Ne-Hofra y Barbee vivieron durante un año en la isla flotante de Chemmis, que fue una de las maravillas del mundo. Jamás ha existido un retiro de amor tan delicioso. Durante dicho año no vieron a nadie, existiendo tan sólo el uno para el otro.

Al acabar el tiempo señalado, Ne-Ne-Hofra retornó como reina al palacio de Menfis.

—Dime ahora a quién amas más —dijo el rey.

—¡Oh, buen rey! Tómame de nuevo —respondió ella, besándole— porque ya estoy curada.

—Así pues, ¿es acertada la opinión de Menofa? —dijo Oretes, riendo—. ¿Es verdad que el remedio contra el amor es el amor?

—Es verdad.

—Pues yo no lo considero así —respondió el rey, cuyas facciones se habían alterado hasta darle un horrible aspecto.

Ella, aterrada, retrocedió.

—Tu ofensa puede perdonártela Oretes como hombre, mas no como rey. Por ella debes ser castigada.

Ella se echó a sus plantas, suplicante.

—¡Silencio! ¡Muere!

Dio unas palmadas luego, y una procesión de embalsamadores apareció en la cámara.

Señaló el rey a Ne-Ne-Hofra y dijo:

—Está muerta. Cumplid vuestra obligación.

VII

Setenta y dos días después se condujo a la hermosa Ne-Ne-Hofra a la cripta que se escogiera para ella un año antes, mas, aunque se la depositó junto a sus antecesores, no se celebró en el lago sagrado ningún funeral en su honor.

Cuando la egipcia terminó su historia, Ben-Hur estaba sentado a los pies de ella, que apoyaba una mane en las de él.

—Menofa estaba equivocado —aseguró el judío.

—¿Sí?

—Sí. El amor vive amando.

—En tal caso no existe remedio para et.

—Sí. Oretes halló remedio.

—¿Cuál?

—La muerte.

—Hijo de Arrio, sabes escuchar bien.

Siguieron hablando y las horas transcurrieron insensiblemente. Cuando volvieron a la orilla, dio ella:

—Mañana vamos a la ciudad.

—¿Piensas asistir a los juegos?

—Desde luego.

—Pues te enviaré mis colores.

Luego se separaron.

CAPITULO IV

MESALA ESTA EN GUARDIA

Era casi la hora tercia cuando Ilderín regresó al aduar. Un hombre, al que reconoció como de su tribu, se le acercó cuando iba a desmontar.

—Se me ha ordenado, ¡oh, *sheik*!, que te entregue este papiro y te suplique que lo leas en seguida. Esperaré el tiempo que te plazca, si me has de dar respuesta.

Con toda rapidez se dispuso Ilderín a leer el contenido: el sello ya estaba roto y la dirección era:

«A Valerio Graco, en Cesárea».

—¡Así cargue con él Abadón! —gruñó el *sheik* al comprobar que estaba escrita en latín. En griego o en árabe la habría entendido, pero así tan sólo descifró la firma «Mésala», que hizo relampaguear sus ojos.

—El joven judío ¿en dónde está? —preguntó a un siervo.

—En el campo con los caballos —le respondió.

Guardando la carta en su cinturón, el *sheik* volvió a montar y en ese momento apareció un extranjero diciendo.

—Busco al *sheik* Ilderín, llamado el generoso.

Era un romano por su lengua y atavío, y el anciano que, aunque no sabía leer el latín, sí lo hablaba, repuso con dignidad:

—Yo soy el *sheik* Ilderín.

Inclinó el otro la cabeza para volverla a levantar en seguida y decir con fingida gravedad:

—Me he enterado de que necesitas un conductor para tus caballos en los próximos juegos.

—Puedes seguir tu camino —dijo Ilderín desdeñoso—. Ya tengo conductor. —E hizo intención de alejarse, pero el otro volvió a decir:

—Me gustan tus caballos, *sheik*. Me han dicho que son los mejores del mundo.

Aquella lisonja ablandó al anciano, pero, no obstante, replicó:

—En cualquier otra época te los enseñaría, pero ahora estoy muy ocupado —y se encaminó al campo.

El extranjero regresó risueño a la ciudad. Había cumplido su misión.

Desde aquel día hasta la fecha de los juegos, todos los días llegaba algún hombre al Huerto de las Palmas preguntando por Ilderín y mostrando deseos de ser admitido como conductor de la cuadriga.

Era así como Mésala’ procuraba vigilar a Ben-Hur.

CAPITULO V

ILDERIN Y BEN-HUR DELIBERAN

El árabe aguardó a que Ben-Hur retirase del campo a tos caballos para volver a la tienda. Se sentía muy satisfecho, pues en pocos días el joven había conseguido ejercitarlos en todos los pasos. Les hacía correr a toda velocidad sin que pudiera distinguirse cuál era el más veloz o el más lento. Corrían los cuatro como uno solo.

—Esta tarde te devolveré a «Sirio» —dijo el joven, acariciando al viejo caballo—. Te lo devolveré y engancharé el carro.

—¿Tan pronto?

—Buen *sheik* con caballos como los tuyos es suficiente un día. Nada les espanta, tienen la inteligencia de una persona y les gusta el ejercicio. Éste —añadió, señalando al más joven de los cuatro—, éste al que llamas «Aldebarán», es el más veloz. En una sola vuelta al estadio sacaría a los otros lo menos un cuerpo de ventaja.

—Sí —asintió Ilderín, que jugueteaba con su barba—. Pero, ¿qué me dices del más lento?

—Es éste —y sacudiendo las riendas, señaló Ben-Hur a «Antarés»—. Pero será él quien gane, pues será capaz de correr todo el día y a la puesta del sol alcanzar al caballo más ligero.

—También en eso tienes razón.

—Sólo una cosa me atemoriza.

El rostro del *sheik* se ensombreció.

—Un romano, codicioso del triunfo, no se atiene a las leyes del honor Ten en cuenta que emplea infinitos ardides en todos los juegos, y en las carreras de cuadrigas sus bribonadas no perdonan ni al caballo, ni al conductor, ni al dueño. Por ello te aconsejo que vigiles extraordinariamente a tus caballos hasta después de la prueba final. Que ningún extraño los vea siquiera y que

guardianes a mano armada les vigilen noche y día Sólo así puedo asegurarte el triunfo.

—Haré exactamente lo que dices —aseguró el *sheik*, desmontando a la puerta de la tienda—. ¡Por el esplendor de Dios! Ninguna mano que no sea la de un fiel los ha de tocar. Mas ahora, mira esto, hijo de Arrio —y sacando el pliego, Ilderín lo abrió, mientras se dirigían al diván—, y ayúdame a descifrar este latín. Toma y lee en voz alta, traducido a la lengua de tus padres, lo que ahí diga. El latín es abominable.

Muy animado, Ben-Hur inició la lectura con negligencia: «Mésala a Graco». Un presentimiento le hizo detenerse, y la sangre afluyó a su corazón. Ilderín, observándolo, le dijo:

—Estoy esperando.

Pidióle excusas el judío y siguió leyendo la carta, que con tantas precauciones enviara Mésala al día siguiente de la bacanal. Comprobó que no había perdido sus hábitos satíricos y, cuando llegó al párrafo «Recuerdo, además, que dispusiste de la familia de Hur» —la voz del lector temblaba y la emoción le paralizaba— «de manera que el hecho quedase oculto y que la muerte que había de aparecer como muerte natural, zanjase toda complicación para el futuro». Sin poder soportar más. Ben-Hur dejó caer de sus manos el papel y se cubrió con ellas el rostro.

—Han muerto. ¡Han muerto! —gimió—. Sólo yo he salvado la vida.

—Hijo de Arrio —dijo el árabe, que había presenciado en silencio el sufrimiento del joven y se sintió conmovido—. Ahora soy yo el que te pide perdón. Lee a solas ese papel y cuando seas dueño de tu corazón para decirme el resto, avísame.

Y salió de la tienda Nunca en su vida fue más oportuno pues apenas se vio solo, Ben-Hur se arrojó sobre el diván, dando rienda suelta a su dolor.

Cuando logró recobrarse un poco, recogiendo el papel del suelo, prosiguió la lectura.

«No habrás olvidado lo que hiciste con la madre y la hermana del malhechor. Pues bien, uno de los motivos de esta carta es preguntarte si viven aún o si ya han muerto».

Sobresaltóse Ben-Hur y, después de releer el párrafo, exclamó:

—¡No han muerto! Todavía hay esperanza. Y luego de una segunda lectura, más cuidadosa, hizo llamar al *sheik*.

—Cuando acepté tu hospitalidad, ¡oh, *sheik*! —dijo a Ilderín, cuando ambos se acomodaron en el diván— no tenía intención de hablarte de mí, más que lo necesario para que creyeras en mi competencia para conducir caballos.

La casualidad ha hecho que hoy sienta impulsos de confiarte la historia que el otro día me negué a contarte. Y a ello me induce doblemente el deducir por este escrito que a ambos nos amenaza el mismo enemigo. Voy a leerte la carta y darte las oportunas explicaciones, y supongo que comprenderás entonces mi excitación; si por el contrario me crees débil o pueril, te ruego que me dispenses.

Escuchando la lectura de la carta, Ilderín guardó silencio hasta el párrafo en que se le nombraba particularmente, aludiendo a la estancia de Ben-Hur en el Huerto de las Palmas.

—¡*Aaah*! —vociferó Ilderín en un tono del que no se podía deducir si había más cólera que sorpresa, mesándose la barba.

… en el Huerto de las Palmas bajo la tienda del traidor sheik Ilderín…

—¿Traidor? ¿Yo? —gritó el anciano, estremecido por la cólera, mientras les venas de su frente y cuello parecían a punto de estallar.

Recomendóle calma Ben-Hur y prosiguió:

… del traidor sheik Ilderín, el cual no ha de estar mucho tiempo sin que caiga sobre él nuestra mano poderosa. No debes sorprenderte si te enteras de que Majencio, como medida preventiva, embarca al árabe, camino de Roma.

—¡A mí a Roma! ¡Al *sheik* de diez mil jinetes con lanza! ¡A Roma yo…! —se puso de pie de un salto, sus dedos se crisparon y brillaron sus ojos como los de un reptil—. ¡Oh, Dios! ¡Por todos los dioses, excepto los de Roma! ¿Cuándo se acabarán estas insolencias? Un hombre libre como yo y como mi pueblo, ¿debe morir como esclavo? ¿O vivir peor que un perro, arrastrándome a los pies del amo, lamiendo las manos del que me fustigue? ¿No es mío lo mío…?

—Yo no soy amo de mí mismo. Todavía habré de agradecer a los romanos que me dejen respira. ¡Si tuviese veinte años menos…; o diez o cinco…! —Se interrumpió e, impulsado por otra idea, asió enérgicamente por un brazo a Ben-Hur.

—Hijo de Arrio, si yo fuera tan joven y experto como tú en las armas, teniendo un motivo grande para la santa venganza… Bueno. ¡Basta de disimulos, hijo de Hur! Sí, hijo de Hur. Te aseguro que yo en tu lugar y con la mitad de los agravios que te han inferido a ti y después de soportar tantas amarguras, no podría ni querría estarme quieto. —Sin detenerse iba pronunciando atropelladamente aquel torrente de palabras—. Añadiría a las

mías todas las ofensas que se han hecho al mundo entero y me consagraría a la venganza. Iría encendiendo el odio en todo el género humano y tomaría parte en todas las batallas por la libertad y contra los romanos. Y si me faltaran hombres… ¡Por el esplendor de Dios!, sería capaz de aliarme con los leones y los tigres para levantarlos contra Roma. Emplearía toda clase de armas y alardearía de todas mis víctimas romanas. No daría cuartel. ¡Al fuego todos los romanos…! ¡Al hierro todo lo nacido en Roma! No cesaría de rogar a los dioses, buenos y malos, que me prestasen sus terribles instrumentos: tempestades, diluvios, calor, frío, plagas… ¡Yo no podría dormir! Yo, yo…

Falto de aliento y tembloroso, se detuvo Ilderín, retorciéndose las manos. Mas Ben-Hur, de toda aquella apasionada explosión no había captado gran cosa. Oía por fin, un hombre que le llamaba por su nombre verdadero sin ponerlo en duda, ni pedir pruebas que demostrasen su identidad. ¡Y ese hombre era un árabe, salido del desierto!

Pero, ¿cómo se había enterado de su secreto? ¿Por la carta? No. Aquella carta hablaba de él y su familia, mas no decía que él fuese la víctima que se había salvado por milagro. Se sentía satisfecho y esperanzado, pero conservaba su aspecto tranquilo.

—¿Cómo ha llegado a tus manos esta carta, buen *sheik*?

—He mandado a mis gentes rondar por los caminos que unen las ciudades. Se la han quitado a un correo.

—¿Y se sabe que son gentes tuyas?

—No Todos creen que son ladrones a los que yo tengo la obligación de exterminar, pero…

—Acabas de llamarme hijo de Hur, que es mi verdadero nombre. Yo creí que nadie en la tierra lo sabía. ¿Cómo me has reconocido tú?

La pregunta hizo titubear al árabe. Por fin, repuso:

—Te reconozco, mas no puedo decirte otra cosa —y sin más se dispuso a marchar; pero observando el disgusto del joven, volvió a decirle—: De momento no hablemos del asunto. Me marcho ahora a la ciudad y a mi regreso, quizá pueda hablarte abiertamente. Dame la carta.

Y después de recoger el pergamino y envolverlo, dijo:

—¿Qué contestas? Ya te he dicho lo que yo haría en tu lugar y no me has dado contestación alguna.

—Mi intención era contestarte y lo haré, *sheik* —y entonces la voz y el gesto de Ben-Hur adquirieron la misma pasión, que se había apoderado antes del árabe—. Pienso hacer cuanto tú has indicado. Todo lo humanamente posible. Ya hace tiempo que me consagré a la venganza y los últimos cinco

años pasados en Roma no he tenido otro pensamiento. Sólo para la venganza deseaba educarme, buscando, por ello, los mejores maestros, no de retórica filosofía, sino los de las artes esenciales para un guerrero. Me enseñaron gladiadores y triunfadores del circo y en los campamentos donde aprendí táctica y disciplina, se mostraron orgullosos de mí. Ahora soy soldado, ¡oh, *sheik*!, pero mis aspiraciones exigen que sea capitán y por ello estoy interesado en tomar parte en la campaña contra los partos. Si conservo la vida y las fuerzas al terminar… —levantó los puños, añadiendo con violencia— seré un implacable enemigo de Roma. He de hacer que Roma pague con la sangre de sus hijos todas sus maldades Esa es mi respuesta, *sheik*.

Apoyó Ilderín una mano sobre el hombro del joven y lo besó, diciendo:

—Habría de estar muerto tu Dios, si no te apoyara, hijo de Hur. Cuenta con todo lo que tengo; si ^quieres te haré un juramento. Puedes disponer de mis brazos, mis hombres, mis caballos, mis camellos. El desierto es un buen campo de preparación. Ve allí. Y basta ya. Antes de la noche sabrás de mí.

Y tras la despedida, se encaminó a la ciudad.

CAPITULO VI

LAS PRUEBAS DE LA CUADRIGA

Para Ben-Hur la carta interceptada, que descubría los propósitos homicidas y la trama ideada para perderles a él y su familia, era un aviso de los peligros que le amenazaban y una confesión del crimen de su enemigo. El joven se daba cuenta de que debía meditar sobre el asunto y proceder a una acción inmediata y enérgica.

Si sus enemigos le tenían miedo, también él tenía grandes motivos para temerles, pues eran de los más hábiles y poderosos de Oriente Se esforzaba en reflexionar fríamente sobre su situación, pero se lo impedían los sentimientos que le dominaban al retornar a su familia La posibilidad de que su madre y hermana viviesen le llenaba de satisfacción, esperanzado al saber que existía una persona que podía decirle su paradero, creía haber llegado al término de sus investigaciones Mas al profundizar en sus sentimientos, hubo de confesarse que le animaba el supersticioso sentimiento de que Dios le había de prestar su particular ayuda y que era ésta fe la que le permitía permanecer tranquilo.

Al mismo tiempo le preocupaba otra cuestión. ¿Quién había informado a Ilderín de su origen? ¿Malluch? Era seguro que no. ¿Acaso Simónides? Tampoco, pues le convenía mantener oculto aquel secreto. ¿Quizá Mésala? No. Menos que nadie. Todas las conjeturas eran vanas, pero a Ben-Hur le consolaba pensar que quien había revelado su secreto era persona amiga, que esperaba el momento oportuno para descubrirse a él. Paciencia, pues. Era posible que el *sheik* hubiera marchado a ver a esa persona y acaso la carta precipitase la revelación.

Para acallar las acusaciones de su conciencia por ciertas negligencias para con su madre y Tirza, salió a dar un paseo por el Huerto de las Palmas. Se detuvo junto al lago, recordando a la egipcia que, con su belleza

extraordinaria, sus cantos e historias, le había proporcionado unas horas deliciosas e inolvidables. De ella no tardó su pensamiento en pasar a su padre, Baltasar, y los extraños acontecimientos de que el anciano había sido testigo… El Rey de los judíos que el buen egipcio aguardaba con paciente devoción. ¡Un reinado de almas! Era una idea incompatible con la fe de saduceo que la juzgaba abstracta y salida de una devoción demasiado soñadora y tierna.

En cambio, un reino de Judea era cosa comprensible y clara, puesto que tal reino ya había existido. Se avenía perfectamente a su orgullo la idea de un nuevo reino, más poderoso y extenso que el antiguo. Si el nuevo rey era más magnífico y sabio que Salomón, a su lado hallaría ocupación y podría satisfacer su venganza. Así pensando regresó al aduar.

Después de comer se ocupó en examinar minuciosamente la cuadriga. Se sintió complacido al comprobar que el modelo era griego, para él, preferible por todos los conceptos al romano, más ancho entre ambas ruedas, más bajo y más sólido, aunque algo más pesado; esta desventaja quedaba compensada por la gran resistencia de sus cuatro corceles árabes. Los constructores de carros solían sacrificar la seguridad por la belleza de los vehículos y la duración por la gracia, mientras que los carros de Aquiles y del «Rey de hombres», destinados a la guerra, eran los preteridos por aquellos que en los juegos olímpicos o ístmicos, aspiraban a conquistar la corona.

Tras el examen enganchó los caballos al carro y se entregó a ejercitarse.

Al regresar por la noche del campo, sentía fortalecido su espíritu y se había hecho el firme propósito de diferir, hasta después de las carreras el asunto con Mésala. Saboreaba la idea de su triunfo sobre él sin preocuparse de los demás competidores, absolutamente confiado y seguro de su habilidad y de la competencia de sus fieles compañeros, los caballos.

—Sí, «Antarés», ya verá, ya… ¿Verdad, «Aldebarán»? ¿Vamos a dejarle la victoria «Rigel»? Y tú, «Altair», ¿habrás de consentir que nos derrote…? —así hablaba a los animales en los ratos de descanso, lo mismo que si fueran sus hermanos menores.

A la caída de la tarde, después del baño y la abundante cena, sentóse Ben-Hur a la puerta de la tienda, a esperar a Ilderín. Se sentía confiado y alegre, seguro de que, por fin, la Providencia le brindaba su ayuda.

Oyó de pronto el galope de un caballo y en seguida apareció Malluch.

—Te saludo, hijo de Arrio —dijo alegremente— en nombre de Ilderín, que te ruega montes inmediatamente a caballo y vayas a la ciudad, donde te espera.

Sin hacer preguntas, Ben-Hur fue a elegir un caballo, que no fue ninguno de los destinados a la carrera. Al poco, los dos amigos cabalgaban velozmente y en silencio hacia la ciudad.

Antes de llegar al puente de Seleucia hicieron varios rodeos, hasta entrar en la ciudad por el Oeste. Ben-Hur no hizo objeción alguna a aquellas precauciones, conociendo los motivos que había para adoptarlas.

Al llegar ante la casa de Simónides, Malluch le dijo:

—Ya hemos llegado. Apéate.

—Pero, ¿dónde está el *sheik*? —preguntó Ben-Hur, reconociendo el lugar.

—Sígueme. Ya te guiaré.

Acercóse un criado a hacerse cargo de los caballos y ellos se encaminaron al piso superior. Ante la puerta que daba al jardín-terraza, se detuvieron. Ben-Hur oyó que le decían:

—Entra, en nombre del Señor.

CAPITULO VII

SIMONIDES RINDE CUENTAS

Malluch se detuvo a la puerta. Ben-Hur entró solo.

La estancia era la misma donde otra vez conferenciara con Simónides. Apenas había cambiado nada. Sólo al lado de una especie de vasto butacón veíase, sobre un pedestal de madera, un elegante espigón de bronce que, llegando a más de la estatura media de un hombre, sostenía media docena de lámparas de plata a la sazón todas encendidas sobre sus brazos movibles. La blanca claridad permitía distinguir los complicados dibujos de zócalos y cornisas y los cristales de mica, de color violeta, del *lucernario*[91].

Ben-Hur dio unos pasos y quedó parado. En la habitación estaban tres personas que le miraban atentamente, y eran Simónides, Ilderín y Ester.

El joven les dirigió una mirada que consecutivamente se fijó en cada uno de los tres circunstantes, y que venía a querer significar: «¿Qué deseará esta gente de mí?». Y, aunque en seguida se tranquilizó, no dejaba de haber pensado, por un instante, si tenía delante amigos o enemigos.

Al fin sus ojos se fijaron en Ester.

Los dos hombres le miraban con simpatía. En sus rostros había más que afabilidad y que, sin poder concretarse en palabras, ni necesitar análisis ni razonamientos, llegó en seguida al ánimo de Ben-Hur.

No necesitamos decir que, al contemplar a Ester, sintió levantarse en su interior el recuerdo de la egipcia, y que, sin querer, hubo de comparar a la hebrea. Pero aquello sólo duró Un instante y, como suele suceder corrientemente, la imagen se desvaneció sin que produjese en la mente del joven efecto alguno.

—¡Hijo de Hur!

El joven se volvió a quien le dirigía la palabra.

—Hijo de Hur —dijo Simónides, repitiendo la expresión, en tono distinto, como para imprimir la importancia del apelativo sobre quien más interesado debía estar en escucharlo—. Recibe la paz del Señor, Dios de nuestros padres, recíbela, porque así te la deseo.

Hizo una pausa y al cabo agregó:

—Yo y los míos.

Simónides erguía sobre su asiento su cara exangüe y el perfil imperial de su cabeza. Su talante autoritario hacía olvidar a los que le veían los quebrantados miembros del anciano israelita. Bajo las blancas cejas, los negros ojos tenían una expresión grave y benigna.

Simónides cruzó las manos sobre el pecho. No cabía duda sobre su significado. Ben-Hur correspondió al saludo y habló con voz conmovida.

—Simónides, acepto la santa paz que me ofreces. Y como un hijo a su padre, te la ofrezco a mi vez. Te pido que haya entre nosotros perfecto acuerdo e igualdad.

Así trataba discretamente de dejar de lado la humildad del mercader y suprimir las relaciones de señor a sirviente, en aras de otras superiores.

Simónides abrió los brazos y, volviéndose a Ester, dispuso:

—Trae un asiento para el amo, hija mía.

Ella se apresuró a traer un taburete, y quedó en pie al lado, muy sonrojada, mirando alternativamente a su padre y al joven. Como la prolongación del silencio se hacía embarazosa, Ben-Hur se adelantó, tomó de manos de Ester el taburete y, dirigiéndose al mercader, lo colocó a sus pies, diciendo:

—Quiero sentarme aquí.

Sus ojos se cruzaron por un momento con los de Ester y los dos se sintieron emocionados. Ella comprendió que Ben-Hur era agradecido y magnánimo.

Simónides se inclinó, como apreciando la merced.

—Ester, hija mía, trae los documentos —dijo, con un suspiro de alivio.

Ella, abriendo una portezuela disimulada en la pared, sacó un rollo de pergamino, que entregó a su padre. Éste, mientras lo desplegaba, dijo:

—Hijo de Hur, comencemos por aclarar la situación. Anticipándome a la cuestión del dinero, que yo habría planteado, aunque tú la dejases pasar por alto, aquí está el estado de cuentas de tu fortuna. Lo esencial es que conozcas el capital de que me hice cargo y las ganancias obtenidas mientras lo administré Aquí encontrarás todos los datos pertinentes. ¿Quieres leerlos ahora?

Ben-Hur tomó el cuaderno y miró a Ilderín.

—El *sheik* —dijo Simónides— no te impedirá que leas en su presencia La cuenta requiere un testigo y, cuando llegues a la firma, verás el nombre de Ilderín, que está al corriente de todo. Además, es amigo tuyo. Él ha de ser para ti lo que para mí ha sido.

Simónides miró al árabe, quien devolvió con la cabeza el amistoso saludo del judío.

—Has hablado —dijo.

Ben Hur repuso:

—Sé cuánto vale la amistad del *sheik* y pienso ser digno de ella. Los documentos, ¡oh, Simónides!, los leeré después, más detenidamente Mejor es que ahora los conserves y me digas sólo su resumen.

Simónides empuñó el rollo.

—Ponte a mi lado Ester, y procura no poner en mal lugar los pliegos según te los vaya yo entregando.

Ester se colocó junto al sillón de su padre y pasó ligeramente el brazo sobre sus hombros.

Simónides sacó el primero de los documentos.

—Del dinero que del príncipe Hur logré salvar de la codicia de los romanos no pudo escapar más que una parte merced a la costumbre hebrea de extendernos mutuas letras de cambio Así salvé sumas colocadas en Alejandría. Roma, Valencia. Cartago Damasco y algunos otros puntos Esa parte ascendía a ciento veinte talentos de nuestra moneda.

Dio un documento a Ester y tomó otro.

—Sobre esos ciento veinte talentos que quedan aparte, voy a darte cuenta de las ganancias.

Examinó diversas hojas y llegó a este balance definitivo:

ACTIVO:

En barcos	60	talentos
Mercancías en almacén	100	"
Mercancías en circulación …	75	"
Camellos, caballos, etc.	20	"
Valores en almacén …	10	"
Efectos a cobrar en cartera	54	"
Efectivo en caja y en poder de corresponsales	234	"
Total	553	talentos

Simónides añadió:

—Sumando a esos quinientos cincuenta y tres talentos de beneficios el capital inicial recibido de tu padre, tendrás un total de seiscientos sesenta y tres talentos. Todos son tuyos y con ellos, hijo de Hur, puedes considerarte el hombre más rico de la tierra.

Tomó en seguida el rollo de manos de Ester y, reservándose un solo documento, ofreció los demás a Ben-Hur.

—Ahora —dijo, bajando la voz y clavando una penetrante mirada en Ben-Hur— tú puedes hacer todo lo que te complazca.

Y, en el solemne ambiente que les rodeaba, Simónides cruzó otra vez las manos sobre el pecho. Ester estaba desasosegada e Ilderín nervioso. Nunca hombre alguno se sintió sometido a tal prueba bajo el peso de fortuna tan colosal.

Ben-Hur al recoger el rollo, se levantó presa de intensa excitación.

—Todo esto es para mí como una luz de los cielos y disipa la noche que temí que no concluyera. Doy gracias al Señor, que no me ha abandonado, y después a ti, Simónides. Tu fidelidad sobrepuja la crueldad de tantos otros. Tú eres la única persona que me reconcilia con el género humano. En el instante en que adquiero esta fortuna y con ella un eficaz privilegio, ¿puede otro ser tan generoso como yo? Sírveme de testigo, Ilderín. Escucha mis palabras literalmente; óyelas y recuerda. Y tú. Ester, ángel bueno de este hombre honrado, oye también.

Extendió su mano, con el rollo, hacia Simónides, y le dijo:

—Las cosas de que estos documentos me dan cuenta, con buques, casas, mercancías, camellos, caballos y moneda todo ello, de lo más chico a lo más grande, te lo devuelvo, ¡oh, Simónides!, y lo declaro tuyo y de los tuyos desde ahora y para siempre.

Ester lloraba y sonreía. Ilderín se acariciaba la barba nerviosamente y brillaban sus ojos como cuentas de azabache. Únicamente Simónides mantenía su imperturbabilidad.

—Al cederte eso para ti y tus sucesores —continuó Ben-Hur— sólo pongo una condición. Y es que me devolverán los ciento veinte talentos de mi padre.

El rostro de Ilderín se iluminó.

—Además deberás ayudarme a buscar a mi madre y hermana, con todos tus recursos, así como yo con los míos.

Simónides, conmovido, extendió la mano.

—Comprendo tu intención, hijo de Hur. Como serví a tu padre he de servirte a ti. Pero te advierto que falta algo para el finiquito de cuentas. Toma este pliego.

Ben-Hur lo tomó y leyó:

Estado de los siervos de Ben-Hur, que le presenta su administrador Simónides:

Primero: Amrá, egipcia, que guarda el palacio de Jerusalén.

Segundo: Simónides, administrador en Antioquía.

Tercero: Ester, hija de Simónides.

Ni siquiera se le había ocurrido a Ben-Hur que, según la ley, la hija debe seguir la condición del padre. Había siempre pensado en la bella Ester como rival de la egipcia. La miró, sonrojado, cuando ella, no menos sonrojada, inclinaba la frente.

—Quien posee seiscientos talentos —dijo— es rico, en verdad. Tú, Simónides y tú hermosa Ester, sabed que os declaro libres en el momento en que confesáis vuestra servidumbre. ¿Necesito establecerlo por escrito?

—Ligera haces la servidumbre, hijo de Hur —dijo Simónides—. Pero no puedes contrariar la ley. Un día fui con tu padre a la puerta de su casa, él me agujereó la oreja con una lezna y siervo seré siempre.

—¿Eso hizo mi padre?

—No le condenes. Él me aceptó como siervo a petición mía, porque yo quería ser esposo de Raquel, madre de la Ester que ves aquí.

—¿Y era esclava para siempre?

—Lo era.

Ben-Hur, desalentado, paseaba por la habitación.

—Yo era rico —dijo, deteniéndose—. Ya era rico con la fortuna de Arrio y ahora cae sobre mí esta riqueza y el espíritu de la reunión. Un propósito de Dios veo en ello. Ayúdame a ser digno de’ mis bienes, y lo que tú eres para mí según la ley, lo pienso ser siempre yo de ello.

El rostro de Simónides irradiaba felicidad.

—Hijo de mi difunto señor, más que ayudarte te serviré con cuanto valgo con el cuerpo y con el corazón. En tu servicio perdí mis músculos, pero mi inteligencia y voluntad son tuyas y con ellas te serviré. Sólo deseo que me confirmes en el cargo que he ejercido hasta ahora espontáneamente.

—¿Cómo? —dijo Ben-Hur.

—Que me sigas considerando tu administrador.

—Desde ahora, y, si quieres, lo ratificaré por escrito.

—Bastaba la palabra de su padre y basta la de su hijo Si nuestro acuerdo es perfecto…

—Lo es.

—Hija de Raquel, habla.

Simónides había separado de sus hombros el brazo de su hija. Ester, demudada, se adelantó hacia Ben-Hur y le dijo con dulce tono:

—Te pido que me permitas seguir cuidando a mi padre, porque mi madre no existe y soy como ella.

Ben-Hur, apretándole la mano, la llevó hasta el sillón de Simónides, diciendo:

—Eres una buena hija. Hágase tu voluntad.

Simónides colocó otra vez sobre su cuello la mano de su hija. Por un momento reinó en la estancia un profundo silencio.

CAPITULO VIII

¿ESPIRITUAL O POLÍTICO, SEGÚN SIMONIDES?

Simónides alzó la cabeza. Su talante conservaba su imperiosidad anterior.

—Avanzada está la noche, Ester —dijo—, y aún nos quedan cosas que tratar. Manda que nos sirvan un refrigerio.

Ester agitó una campanilla. Un criado llegó y ofreció a los presentes vino y pan.

—El acuerdo alcanzado, señor —dijo Simónides, cuando todos se hubieron servido—, aún no es perfecto a mis ojos. En adelante nuestras vidas irán unidas como ríos que mezclan sus aguas. Pero ha de alejarse toda nube que oscurezca la claridad de su corriente. Saliste el otro día de mi casa, creyendo que no te reconocía. Pero Ester sabe que no fue así, y es testigo Malluch.

—¡Malluch! —exclamó Ben-Hur.

—Un hombre que, como yo, no puede moverse de un sillón ha de contar con manos que lleguen a todas partas. Malluch es uno de los que mejor me sirven.

Dirigió una mirada a Ilderín.

—Y a veces cuento con otros cuyo corazón es generoso y leal. Él dirá si te he negado u olvidado alguna vez.

Malluch miró al árabe.

—¿Es ésta, buen Ilderín, la persona de que me hablabas?

Ilderín, cuyos ojos centelleaban, hizo un signo afirmativo.

—¿Cómo podemos —dijo Simónides— saber lo que es un hombre sin ponerlo a prueba? Al verte me pareciste como tu padre, pero ignoraba lo que eras. Para algunas personas la fortuna es una maldición. Malluch obró contigo

como si fuera mis oídos y mis ojos. Me dio informes favorables de ti. No le censures.

—Mucha sabiduría hay en tu bondad —repuso efusivamente Ben-Hur.

—Muy gratas son tus frases a mis oídos —dijo, conmovido, el mercader —. Ya se disipó el temor que tenía de no poder entenderme contigo. Que nuestras vidas corran como dije, y Dios les dé finalidad y objeto.

Tras un silencio, continuó:

—La verdad, me impulsa a hablarte en nombre de Dios. Mucho ha crecido en mis manos la fortuna y mil veces me he preguntado la causa. Alguien superior a mí me protegía. El *simún*[92] que barría otras caravanas pasaba, sin hacer daño, sobre las mías. Los vendavales no hacían sino acelerar la marcha de mis buques. Y yo, que, inmóvil en un sillón, debo depender de los demás, nunca he tenido que quejarme de los elementos ni de la deslealtad de mis dependientes.

—Extraño es —opinó Ben-Hur.

—Dios ha debido intervenir en todo. Ahora te encuentro tal como deseaba y me pregunto, como tú, qué propósito tiene la voluntad de Dios, que no obra sin objeto jamás.

Ben-Hur escuchaba con atención.

—Cuando hace años toda la familia estaba reunida y tu madre, hija Ester, vivía conmigo, bella como la aurora sobre el Olívete, hallándome un día junto a la puerta septentrional de Jerusalén, sentado al lado de las tumbas de los reyes, pasaron tres hombres, caballeros en camellos tan grandes y blancos como no se vieran nunca en la ciudad santa. El que iba delante de los extranjeros me preguntó: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarle». Sin entenderles les acompañé hasta la puerta de Damasco, y ellos hicieron la misma pregunta a todos, sin excluir al guardián de la puerta. Y todos se pasmaban, como yo. Olvidé luego el hecho, pero se habló de él, considerándolo un presagio del Mesías. Pero ¡somos tan niños, aun los más sabios! ¿Has visto a Baltasar?

—Me ha narrado lo que vio.

—Milagro fue —exclamó Simónides—. Y contándomelo señor, parecíame escuchar la respuesta que tanto esperaba del cielo Patente era a mis ojos el propósito de Dios. Pobre quiere aparecer el rey en este mundo, sin séquitos ni ejércitos, ciudades ni fortalezas Quiere fundar su reino por sí mismo y destruir el poder de Roma. Tú fuerte y diestro en las armas cargado

de riquezas, considera la oportunidad que te brinda el Señor. Tus propósitos han de ser los suyos. ¿Puede un hombre aspirar a mayor gloria?

Simónides ponía toda su energía en aquella férvida interrogación.

—Pero Baltasar —dijo Ben-Hur— sostiene que el reino lo será de almas.

El orgullo de Israel se patentizó en la desdeñosa respuesta de Simónides:

—Baltasar presenció cosas admirables y milagros que creo porque los vio en persona. Pero es hijo de Mizrain y no prosélito. No debe tener conocimientos especiales en asunto que compete sólo a Dios de Israel Los profetas recibieron la luz directamente del cielo, como él la suya. Pero son muchos contra uno, y Jehová siempre el mismo. Yo creo en los profetas Tráeme el Tora. Ester.

Y prosiguió, mientras la joven se alejaba:

—No puede menospreciarse el testimonio de todo un pueblo, señor. Desde Tiro, en la costa del norte, hasta Edom, en el desierto del sur, ningún lector de los libros, ni limosnero en el Templo, ni comedor del cordero pascual, te dirá que el remo venidero no ha de ser de este mundo y semejante al de nuestro padre David. Ahora verás en qué fundo esta fe.

Ester volvía cargada con rollos de papiro, envueltos en lienzos oscuros, con ricos rótulos dorados.

—Tenlos, hija, y te los iré pidiendo —dijo el anciano con la ternura con que siempre la interpelaba—. Largo sería citar todos los santos que han sucedido a los profetas, con los videntes, los predicadores que enseñaron en la cautividad, o los sabios que recibieron sus luces de Malaquías[93], último de su linaje. El Señor del rebaño, en el libro de Enoch, ¿no es el rey de que hablamos? Erígese su trono, conmuévese la tierra y se abaten los demás troncos reales. Las calamidades de Israel húndense en una caverna encendida, donde pilastras de llamas arden eternamente. Y dicen los salmos de Salomón: «Da, Señor, un rey a Israel, y sea hijo de David y gobierne a tus hijos… Y traerá los pueblos de los paganos y les uncirá su yugo para que le sirvan. Y será rey justo y criado en el temor del Señor… y gobernará la tierra, con las palabras de su boca, para siempre». Y Ezrá[94], seguidor de Moisés, en sus visiones nocturnas, habla con la voz del león que habla al águila, que es Roma, y dice: «Amaste a los que mienten y derribaste las ciudades de los que trabajan y arrasaste sus murallas, aunque daño no te hicieron. Huye lejos, para que pueda la tierra regocijarse, y esperar en la justicia y piedad de quien la hizo». Y desde entonces no se volvió a ver al águila. Estos testimonios debieran ser suficientes. Dame vino, Ester, y entrégame el Tora.

Después de haber bebido, preguntó:

—¿Crees en los profetas, señor? Sí, crees, porque creyeron tus progenitores. Dame el libro que contiene las visiones de Isaías, Ester.

Tomó uno de los rollos y lo leyó:

—«Y el pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz y ella resplandeció sobre los que moraban en la sombra de la muerte. Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado es sobre sus hombros. Y su imperio y la paz no tendrán límites sobre el trono de David y sobre su reino, y será confirmado en juicio y justicia desde ahora para siempre». ¿Crees en los profetas, amo mío? Dame, Ester, la palabra que del Señor vino a Miqueas.

Ella obedeció.

—«Y tú, Belén —leyó Simónides—, no eres la menor entre las poblaciones de Judá, porque de ti saldrá el que será Señor en Israel». Esto se refiere al niño que vio y adoró Baltasar en la gruta. ¿Crees en los profetas? Dame, Ester, las palabras de Jeremías.

Y leyó así:

—«Considera los días que han de venir… Dijo el Señor: promoveré a David en esos días una rama justa y de ella saldrá un rey que reinará y promoverá la justicia en la tierra. Judá salvará sus días, e Israel vivirá seguro; como un rey reinará». ¿Crees en los profetas? Dame, hija, el rollo de los dichos del hijo de Judá, en quien no hubo jamás mácula alguna.

Ester entregó a su padre el libro de Daniel.

—«Oíd, maestros —leyó—. Yo vi en la noche visiones y distinguí a uno, semejante al Hijo del Hombre, que llegaba sobre las nubes del Cielo… Y se le dio el dominio, y la gloria, y el reino, para que todo pueblo, y lenguaje, y nación le sirvieran. Su dominio será eterno, y no perecerá nunca y su reino no acabará jamás». ¿Crees en los profetas, amo mío?

—Basta. Creo —dijo Ben-Hur.

—Y bien —preguntó Simónides—, si el rey viene pobre, ¿no le dará mi amo de lo que le sobra?

—Hasta el último sido y hasta mi postrer aliento. Pero ¿por qué afirmas que ha de venir pobre?

—Dame, Ester, la palabra del Señor, tal como descendió sobre Zacarías —dijo Simónides.

La joven le dio un rollo.

—Oíd cómo entrará el rey en Jerusalén: Alegra tu corazón, hija de Sión, clama con regocijo, hija de Jerusalén. He aquí que tu rey vendrá a ti, justo, salvador y humilde, cabalgando sobre un pollino, hijo de *asna*[94a].

Ben-Hur dirigió la mirada a lo lejos.

—¿Qué ves, oh, amo mío?

—Roma —respondió él, abatidamente—. Roma y sus legiones. He vivido con ellas en sus campamentos. Las conozco bien.

—Tú —dijo Simónides— serás jefe de las legiones del rey y dispondrás de millones para poder escogerías.

—¡Millones, sí! —exclamó Ben-Hur.

Simónides quedó pensativo.

—Contemplabas al rey en su sencillez y te ha intimidado d recuerdo de las legiones del César, preguntándote qué podría hacer ese rey humilde.

—Eso he pensado.

—No sabes —dijo Simónides— cuán fuerte es Israel. La crees caduca y afligida, sollozando junto a las aguas de Babilonia, pero si en la próxima Pascua vas a Jerusalén, verás lo que Israel es. La promesa del Señor al padre Jacob se ha cumplido y nunca nuestro pueblo ha dejado de multiplicarse ni aun en la cautividad. Crecimos bajo el yugo egipcio, y la opresión romana nos es un saludable aviso. Somos todavía una nación y un conjunto de pueblos. Pero, para medir al rey, no debes fiar sólo en el crecimiento natural de población, sino de la fe que le llevará al confín de la tierra conocida. Ya sé que al hablar de Jerusalén la creemos toda Israel, como si un trozo de púrpura fuese toda la túnica imperial. Jerusalén es una piedra del templo, o el corazón de un cuerpo. No aprecies las fuertes legiones romanas en más de lo que son. Cuenta las huestes de los fieles que sólo esperan oír el antiguo clamor. «¡A las tiendas, Israel!». Cuenta los muchos que en Persia somos, hijos de los que no quisieron volver, y los que están en Egipto y las regiones remotas de África, los colonos hebreos de las ciudades comerciantes de España y las costas de occidente. Cuenta los que en Grecia conservan todavía la sangre pura, y los prosélitos del Egeo, y del Ponto, y los que en Antioquía gimen a la sombra de las impuras murallas romanas, los adoradores del Señor que moran en tiendas en los desiertos que nos rodean, allende y aquende del Nilo y en los que están en el Cáucaso y en las antiguas regiones de Gog y Magog[95]. Piensa en los que anualmente envían sus dones al santo templo en reconocimiento a Dios. Y cuando lo hayas tenido en cuenta todo, ¡oh, dueño mío!, y hayas enumerado los brazos útiles para la espada, tendrás la respuesta de lo que es Israel y de lo que puede llegar a ser el rey.

La alocución era ferviente y entusiasta.

—¡Si yo fuera joven! —exclamó Ilderín, poniéndose en pie, como si oyera un toque de clarín.

Ben-Hur continuó sentado. Aquello había sido una invitación a que consagrase su vida al servicio del misterioso ser que había llegado a erigirse en centro de todas las esperanzas para Simónides y el devoto egipcio. Varias veces había llegado a sus oídos la idea, ora oyendo a Malluch, en el bosque de Dafne, ora cuando Baltasar desarrollaba su concepto de lo que el Reino sería, en el Huerto de las Palmas. Pero ahora, un sabio maestro realzaba la idea y la exaltaba, presentándola brillante, santa y prometedora de resultados gloriosos.

Parecía que ante Ben-Hur se hubiese abierto repentinamente una puerta antes invisible, inundándole de luz deslumbradora y ofreciéndole el cumplimiento del ideal de su vida, con las satisfacciones del deber cumplido y las recompensas que habían de saciar sus ambiciones.

Poco le faltaba para quedar persuadido.

—Concedamos lo que afirmas, ¡oh, Simónides! —dijo Ben-Hur—. Admitamos que venga el rey y que su trono sea como el de Salomón. Estoy dispuesto a sacrificarlo todo, hasta mi vida, a esa causa. Admitamos, incluso, que debo cumplir la voluntad de Dios, manifestada en el curso de mi vida y en tu rápida y admirable acumulación de riquezas. Pero, dejando todo eso, ¿procederemos como ciegos al edificar? ¿Esperaremos que venga el rey o me haga llamar? Tú, que tienes edad y experiencia, buen Simónides, contesta.

Simónides replicó inmediatamente.

—No podemos elegir. Esta carta…

Exhibió el mensaje que Mésala había dirigido a Graco y dijo:

—Ya ves que es la señal para empezar las hostilidades. La alianza entre Mésala y Graco sería fuerte y quizá no pudiéramos contrarrestarla. Carecemos de influencia en Roma y aquí no contamos con fuerza suficiente para defendernos. Si aguardamos con los brazos cruzados, te matarán. Si quieres saber de misericordia miradme y juzgad.

Y Simónides se estremeció al terrible recuerdo de su tortura.

—Quisiera saber, señor —dijo, procurando sobreponerse—, si continúas firme en tus propósitos.

Ben-Hur no comprendió.

—Recuerdo —dijo Simónides— cuán agradable era para mí el mundo cuando yo tenía tu edad.

—Pero fuiste capaz de un gran sacrificio —dijo Ben-Hur.

—Por amor.

—¿Y no hay otro motivo más importante que ése en la vida?

Simónides, dubitativo, movió la cabeza.

—¡La ambición!

—Para un hijo de Israel la ambición está prohibida.

—¿Qué otra cosa si no? ¿La venganza?

Aquella palabra pareció caer sobre materia inflamable. El anciano contrajo los puños y sus ojos chispearon, al responder:

—¡La venganza es el derecho que tiene el judío! Es ésa su ley.

—Incluso un camello y un perro no olvidan una injusticia —vociferó a su vez Ilderín.

—Podemos hacer por el Rey algo que cabe solucionar antes de su venida. Ya sabemos que Israel ha de ser su brazo derecho, pero ahora no es más que lo que Roma desea, un brazo inerme. Se acerca el tiempo en que el pastor se vista la armadura y dejando sus rebaños, salga contra las alimañas, empuñando lanza y espada. Y entonces, ¿quién sino el que haya realizado esta obra, merecerá sentarse a la diestra del Rey?

—Te comprendo —respondió Ben-Hur con el rostro encendido—. Pero explícate mejor. Lo que hay que hacer es una cosa y otra distinta el modo de hacerlo.

El comerciante tomó un trago' del vino que su hija le ofrecía y replicó:

—El *sheik* y tú, amo mío, habéis de ser los ejes de este movimiento; yo permaneceré aquí, cuidando de que no se agote el manantial de la riqueza. Tú deberás dirigirte a Jerusalén y luego al desierto y te encargarás de numerar a los hombres de armas de Israel; formarás decurias o centurias, escogerás capitanes y les ejercitarás en las armas, escondiendo en sitio secreto el armamento que yo te vaya enviando. Se debe empezar por la Perea[96], después Galilea y por último Jerusalén. En la Perea, con el desierto a tu espalda, tendrás siempre a mano a Ilderín. Como él es dueño de los caminos, nadie ha de pasar por ellos sin que tú te enteres y podrá ayudarte de muchas maneras. Mi papel es solamente el de un subalterno. ¿Qué te parece?

—A todo el mundo le está destinada su copa de placer, que más pronto o más tarde, apura hasta las heces —dijo melancólico Ben-Hur—. A todo el mundo, menos a mí. Comprendo vuestras proposiciones y sé que, de aceptarlas, he de despedirme de cuantas esperanzas risueñas haya podido forjarme. He de renunciar a la vida del hogar, pues Roma está atenta y me perseguirá con sus proscripciones. Mi único refugio serán las tumbas o las cuevas de los montes lejanos.

Se interrumpió al oír un sollozo Todos se volvieron a Ester, que ocultó el rostro en el hombro de su padre.

—Ya no me acordaba de que estabas aquí —le dijo Simónides conmovido.

—Déjala —pidió Ben-Hur—. Es más fácil para un hombre soportar su suerte, sabiendo que alguien se apiada de él. —Hizo una corta pausa y continuó—: No me queda dónde elegir y como permanecer aquí es aguardar a una muerte innoble, prefiero ponerme en seguida a la obra.

—¿Os parece que nos comprometamos por escrito?

—Simónides no perdía sus hábitos comerciales.

—Yo confío en vuestra palabra —respondió Ben-Hur.

—También yo —dijo Ilderín.

Y con tal sencillez, quedó cerrado el trato que iba a cambiar el curso de la vida de Ben-Hur.

—Confiemos en la ayuda del Dios de Abrahán —dijo Simónides.

—Una palabra más, amigos —Ben-Hur parecía algo más alegré—. Con vuestro permiso quisiera permanecer libre hasta pasados los juegos. No creo que Mésala atente contra mí antes de recibir respuesta de Graco, lo menos siete días después de la expedición de la carta. Encontrarme en el circo con el romano será un placer del que no quiero privarme, aunque sea a riesgo de la vida.

Asintió Ilderín de buen grado, y Simónides añadió:

—En ese tiempo podré hacerte un buen negocio. Dices que recibiste una herencia de Arrio. ¿En bienes inmuebles?

—Una casa de campo cerca de Misénum y varias casas en Roma.

—Debes venderlas; yo colocaré el producto en sitio seguro. Dame una minuta de todo ello, que yo prepararé la documentación legal y mandaré a un agente. Al menos esta vez nos anticiparemos a los ladrones imperiales.

—Mañana te daré la minuta.

—Pues si no hay nada más, hemos concluido por esta noche —dijo Simónides.

—Muy bien —Ilderín, satisfecho, se acariciaba la barba.

—Vuelve a traer el pan y el vino, Ester. El *sheik* Ilderín nos hará el honor de permanecer con nosotros hasta mañana o hasta que quiera. Respecto a ti, amor mío…

—He de volver con los caballos —atajó Ben-Hur—, así que me voy al Huerto de las Palmas. A esta hora no me descubrirá el enemigo y «ellos» —dijo mirando a Ilderín— se alegrarán de verme.

Al amanecer él y Malluch se apeaban ante la tienda.

CAPITULO IX

ESTER Y BEN-HUR

A la noche siguiente, hacia la hora cuarta, Ben-Hur, en pie y con los brazos cruzados, contemplaba desde el terrado del gran almacén, un navío que llevaba anclas y en el cual marchaba un pasajero con la misión de disponer de las propiedades del *duunviro* Arrio.

Ester estaba a su lado y ambos permanecían silenciosos, como hechizados por el espectáculo que presenciaban a la luz de las antorchas que alumbraban a los cargadores, cuyas sombras recordaban a los genios de los cuentos orientales.

Pero el pensamiento de judío estaba lejos. Joven, hermoso, rico, con posibilidad de frecuentar la alta sociedad romana, el mundo tenía muchas seducciones para él. La lucha contra el César, la incertidumbre de lo referente al Rey y a su venida y, en contraste, los honores y dignidades a que podía aspirar en aquella época en que todo se conseguía con el dinero, y, sobre todo, la poderosa atracción que empezaba a sentir por la vida hogareña, de la que tan poco pudo disfrutar en su juventud. El mundo parecía susurrarle «no te comprometas», «busca tu interés», y ese mundo se concentraba aquella noche en la dulce Ester.

—¿Has estado alguna vez en Roma? —preguntóla.

—No, ni creo que me gustase ir.

—¿Por qué?

—Roma me da miedo —repuso con voz temblorosa.

Él la miró, bajando la vista para poder contemplarla, pues era poco más alta que una niña; quedaba semioculta en las sombras. Recordando a Tirza, se sintió embargado por una ternura infinita. ¡Pobre hermana! ¿En dónde estaría ahora? Volvió a fijarse en la causante de aquella evocación. Si no podía considerar a Ester como una hermana, tampoco había de tratarla nunca como

sierva, y porque realmente era su esclava, él se esforzaba en tratarla con doble ternura y consideración.

—Cuando pienso en Roma —siguió la joven— no puedo evitar compararla con un monstruo, devorador de los más bellos países, que atrae a los hombres para conducirlos a la ruina y la muerte. Dime…

—Continúa —viendo que la faltaba la voz, Ben-Hur procuró tranquilizarla.

—¿Por qué quieres hacerte enemigo de Roma? ¿Por qué no has de vivir con paz y tranquilidad? Después de haber sobrevivido a tantas desgracias y amarguras, ¿haces bien buscando nuevas pesadumbres?

Y acercaba a él su rostro infantil, con los ojos suplicantes; él, inclinándose, la preguntó con dulzura:

¿Qué quieres que haga, Ester?

—Entre tus propiedades de Roma ¿tienes alguna residencia?

—Sí.

—¿Bonita?

—Muy bonita. Es un palacio rodeado de jardines frondosos y cuidadas alamedas. Hay fuentes por doquier, a su alrededor collados con viñedos y abajo se ve el mar, profundamente azul y cuajado de velas. Cerca de ella tiene César una hermosa villa, pero se dice que la de Arrio es más encantadora.

—¿Y la vida allí es tranquila?

—No he visto nunca día de verano más apacible, ni noche de luna más dulce, mientras no hay huéspedes. Ahora, fallecido su propietario y estando yo aquí, nada interrumpirá su silencio; no se oirá, aparte de los criados, otra cosa que el murmullo de las fuentes y el canto de los pájaros. Si no es que muere una flor, mientras otra se abre, o vela el radiante sol alguna nubecilla… todo permanece inmutable. Podía haber permanecido allí muy apaciblemente, de no sentir la inquietud de comprobar que yo, que tantas cosas tengo que hacer, iba habituándome al ocio, que me ligaba con sus cadenas de seda.

Ella miró largamente al río.

—¿A qué se debía esa pregunta?

—Mi buen amo…

—No me llames así, Ester. Llámame amigo o hermano. Yo no soy tu amo; no quiero serlo. Llámame hermano.

La oscuridad no le permitió ver el sonrosado color que cubrió las mejillas de la joven ni el brillo de sus ojos, que se fijaron placenteros en las aguas, mientras decía:

—No sé cómo puedes preferir a esa vida de que hablas, otra llena de…

—De violencia, sangre y exterminio —concluyó él.

—Sí. Es incomprensible, pudiendo permanecer tranquilo en tan hermosa villa.

—Estás equivocada, Ester. Yo no tengo elección. La necesidad me obliga a obrar así. Si volviese a Roma moriría con una copa envenenada, un puñal asesino o la sentencia perjura de un juez. Gracias a los bienes de mi padre, son ricos Mésala y Graco y les interesa conservar la riqueza que consiguieron sin reparar en los medios. No es posible un convenio entre nosotros, pues ello implicar a una confesión que no pueden hacer. Y en el caso de que pudiera comprarlos, tampoco quiero hacerlo, Ester. No habrá paz para mí ni en la soñolienta vida del campo, lleno de aromas y refrescado por el Mediterráneo, bajo los pórticos de mármol de mi deliciosa villa; Allí no hay quien me ayude a llevar la carga de la vida, ni amor que me la endulce. No tendré paz, mientras no encuentre a mi familia. Y si logro encontraría y han sufrido injusticias, ¿seré feliz, mientras no castigue la maldad? Y si mi madre y mi hermana han muerto, ¿podré descansar, dejando que los asesinos escapen impunemente? Mi sueño está turbado por esos tristes pensamientos, y no podría entregarme ni al amor más santo, porque mi conciencia turbaría toda mi dicha.

—¿Tan angustiosa es tu situación? ¿No puede hacerse nada por ti? —inquirió ella con acongojado acento.

—¿Tanto te interesas por mí? \.

—Mucho —le repuso ingenuamente.

Su diminuta mano ardía, perdida entre las de Ben-Hur. Sintió éste que temblaba e inconscientemente, la comparó con la egipcia: alta, audaz, lisonjera e insinuante, de deslumbradora belleza y seducción… ¡Qué contraste con aquella niña…!

—Ester, has de ser para mí una segunda Tirza —y se llevó la mano a los labios, antes de soltarla.

—¿Quién es Tirza?

—La hermanita que me arrebataron los romanos y que he de encontrar, si quiero vivir dichoso.

Una repentina luz iluminó el terrado y al volverse, vieron que llegaba un criado, conduciendo a Simónides en su sillón. Se adelantaron los jóvenes para saludarle.

Los marinos se despedían de tierra y entre el sonido de sus voces alegres y el chisporroteo de las antorchas, la galera se puso en marcha.

Desde aquel instante Ben-Hur sintióse ligado para siempre a la causa del Rey que había de venir.

CAPITULO X

DISPUESTO PARA LAS CARRERAS

En un *khan* próximo al circo se dejaron los caballos y rebaños de todas clases, del árabe. Además de esto, se había recogido del Huerto de las Palmas cuantas cosas de valor poseía, así como criados, hombres de armas a pie y montados, las tiendas y demás enseres cargados sobre los camellos… Aquella salida del Huerto era una emigración. Al siguiente día de los juegos toda la comitiva estaría ya muy lejos, próxima al desierto, su verdadera patria. Se había levantado el aduar y en menos de doce horas estaría fuera del alcance de los enemigos.

Tanto Ilderín como Ben-Hur tasaban en lo que valía la influencia de Mésala, pero opinaban que la persecución no empezaría hasta después de la carrera. Si el judío le derrotaba era de esperar la peor de las reacciones del rencoroso romano, que ni siquiera esperaría a recibir ayuda de Graco. Por ello estaban preparados para ponerse inmediatamente a salvo.

Malluch les esperaba por el camino. No dio señal alguna de conocer lo ocurrido en casa de Simónides las noches anteriores. Después del saludo habitual, entregó un pergamino al *sheik*, diciendo:

—Ten. La proclama del organizador de los juegos. Puedes ver que se han admitido tus caballos para la carrera… y el orden en que ha de verificarse el espectáculo.

Mientras el *sheik* leía el programa, se volvió a Ben-Hur.

—Hijo de Arrio, ya no hay nada que te impida luchar con Mésala. Éste ha llenado las condiciones lo mismo que tú. Todo está en regla. El mismo empresario me lo ha asegurado.

—Mil gracias, Malluch.

—Tú tienes el color blanco y Mésala el oro y escarlata. Cientos de muchachos venden en estos momentos cintas blancas y mañana todo árabe o

judío de Antioquía las llevará como distintivo. Ya verás como de este modo el blanco compite con el escarlata y oro disputándose gallardamente las galerías.

—Las galerías sí, pero la tribuna de la Porta Pompae ya sabes que no.

—No. Con toda seguridad dominará allí el escarlata y oro. Pero… ¡cómo van a temblar los altos dignatarios si ganamos! Porque no dejarán de apostar y según el alto concepto que de sí mismos tienen y el desprecio que les inspira cuanto no es romano, apostarán por Mésala dos, tres y hasta cinco contra uno. Como él es romano… No sería muy adecuado que un judío que nunca retrasa su asistencia al templo, ponga su dinero en semejante albur, pero te digo en confianza que tendré un amigo muy cerca del cónsul que aceptará todas las apuestas a tres por uno, a cinco, a diez… Ante nada se detendrá la locura romana. Por ello he puesto a su disposición seis mil sidos.

—Me parece bien, Malluch, pero un romano sólo apostará en moneda del César. Intenta verle esta noche y pon a su disposición la cantidad que te parezca, en sestercios. Y dale instrucciones para que vea el medio de apostar con Mésala y sus secuaces, de modo que los animales de Ilderín aparezcan contra los de Mésala de una manera palpable.

—Lo interesante —dijo Malluch, tras unos momentos de reflexión— es atraer todo el interés sobre vosotros.

—Exactamente. Eso es lo que busco. Y si quieres complacerme, Malluch, procura que el público advierta el antagonismo entre Mésala y yo.

—Eso es fácil —repuso el otro con rapidez.

—Pues no dejes de hacerlo.

—Las apuestas serán enormes.

—¿No tengo yo derecho a buscar el equivalente de lo que me robó? ¡Si me fuera posible quebrantar su fortuna tanto como deseo herir su orgullo…! Ello no habría de ofender a nuestro padre Jacob. —Sus facciones revelaban su resolución—. Atiende, Malluch. Haz ofertas en talentos, también, si es que alguien se atreve a subir tan alto. Cinco, diez, veinte… hasta cincuenta talentos si es con Mésala.

—Tratándose de una suma tan grande son necesarias garantías…

—No te faltarán. Díselo a Simónides y añade que mi corazón se alegrará con la ruina de mi enemigo y que es tan prometedora esta oportunidad que no quisiera dejarla escapar. El Dios de nuestros padres está con nosotros. Ve sin pérdida de tiempo, buen Malluch.

—Se me olvidaba una cosa —dijo Malluch, que ya se había despedido para marcharse—. Aunque yo no he podido acercarme al carro de Mésala, di

el encargo y me han dicho que el eje es un palmo más alto, desde el suelo que el de tu carro.

—¿Tanto? ¿Es posible? —preguntó Ben-Hur con desbordante alegría, y en tono misterioso añadió—. Como tú eres un hijo de Judá, fiel a tu raza, te lo diré, Malluch. Procúrate un asiento en la galería sobre la Puerta del Triunfo, el que sea más cercano al balcón que hay frente a los pilares. Fíjate bien cuando vayamos a dar la vuelta alrededor de éstos, porque Dios me protege y quiero… No, permíteme que calle. Tú colócate allí y presta mucha atención.

—¡Por el esplendor de Dios! ¿Qué significa esto? —gritó en aquel momento Ilderín, y mostró a Ben-Hur la proclama, señalando las últimas líneas.

El programa, firmado por el prefecto como organizador de los juegos, informaba que, ante todo, se haría una procesión de singular esplendor, luego se le rendirían los honores de costumbre al dios Conso[97]; éste era el preliminar de las carreras a pie, concursos de saltos, de atletas, de pugilato, dando los nombres y nacionalidad de los contendientes, así como la escuela a que pertenecían, los juegos en que habían participado y los premios obtenidos. Por fin, indicaba los premios otorgados a los ganadores. Éstos aparecían en letras iluminadas. ¡Ya estaban lejanos los tiempos en que el vencedor romano se sentía orgulloso con la corona de olivo o laurel que había merecido!

En lo referente a las carreras de cuadrigas el organizador prometía un espectáculo nunca visto en Antioquía, en honor del cónsul. Los premios ascendían a cien mil sestercios y una corona de laurel. Los competidores sólo podían llevar cuadrigas —carros de cuatro caballos— y habrían de correr todos a un tiempo. Eran seis. Después se daban otros pormenores:

I. Cuadriga de Lisipo, el corintio, dos tordos, un bayo y un negro. En Alejandría y Corinto fueron vencedores al año pasado. Conductor: Lisipo. Color: Amarillo.

II. Cuadriga de Mésala, de Roma; dos blancos y dos negros. Vencedores en los juegos circenses del circo Máximo el pasado año. Conductor: Mésala. Color: escarlata y oro.

III. Cuadriga de Cleanto, el ateniense; tres tordos y un bayo. Vencieron el año pasado en los juegos ístmicos. Conductor Cleanto. Color: verde.

IV. Cuadriga de Diceo, el bizantino; un tordo, un bayo y dos negros. Ganadores en Bizancio este año. Conductor: Diceo. Color: negro.

V. Cuadriga de Admeto, de Sidonia; los cuatro tordos. Durante tres años han corrido y ganado siempre en Cesárea. Conductor: Almeto. Color: azul.

VI. Cuadriga de Ilderín, *sheik* del desierto. Todos bayos. Es la primera vez que corren. Conductor: Ben-Hur, judío. Color: blanco.

Ben-Hur miró a Ilderín, comprendiendo el motivo del enfado del árabe. ¿Por qué decía: «Conductor Ben-Hur, judío» en vez de llamarle Arrio?

En aquello se veía la mano de Mésala.

CAPÍTULO XI

LAS APUESTAS

El Onfalo, situado casi en el centro de la ciudad, se vio invadido, al anochecer, por turbas de gentes que salían en todas direcciones, pero principalmente, hacia el Ninfeo y hacia el Este y el Oeste, a lo largo de la columnata de Herodes.

Aquella noche, en las gentes que discurrían por las grandes vías, se notaba una particularidad. La mayoría usaban los colores de los conductores de cuadrigas de la próxima carrera. Era una manera de demostrar sus simpatías por uno u otro de los competidores. Predominaban los colores verde, blanco y la mezcla de escarlata y oro.

A aquellas mismas horas, el palacio de la isla estaba también lleno de jóvenes patricios y oficiales romanos. El diván, como siempre, ocupado por los perezosos y borrachos y las togas de los asistentes y en toda la estancia resuena el mismo alboroto de siempre, movido por los jugadores. Muchos de los asistentes paseaban de un lado a otro, haciendo observaciones insustanciales, tales como: «¿Mañana hará buen tiempo?». «¿No falta ningún preparativo para los juegos?». En total, lo que deseaban era entretener el tedio, pues los mozos romanos solían aburrirse mortalmente. Por ello, después de cumplidas sus obligaciones serias, en aquella ocasión habían buscado entretenimiento en cruzar apuestas, sobre las carreras de peatones, atletas, pugilatos… Habían apostado, sobre todo, menos en las carreras de cuadrigas. ¿Y por qué?

Porque nadie osaba arriesgar un denario en contra de Mésala. Nadie en el salón lleva otros colores que los suyos. Ni siquiera se ha pensado en la derrota como remota posibilidad. Sus admiradores dicen:

—¿No tiene una perfecta educación deportiva y gimnástica? ¿Sus caballos no han salido victoriosos en el «Máximo»? Y ante todo, ¿no es un romano?

Tendido en un diván de un rincón se encuentra Mésala, rodeado de sus admiradores, que le acosan a preguntas. Todas las conversaciones versan sobre el mismo tema.

Druso y Celio acaban de entrar.

—¡Por Baco! —exclama el joven príncipe—. ¡Qué cansado estoy!

—¿De dónde vienes?

—Del Onfalo y de calles más alejadas todavía. Nunca he visto tantas gentes en la ciudad. Dicen que mañana veremos el mundo entero reunido en el Circo.

—¡Por Pólux! ¡Qué idiotas! —rió Mésala despectivo—. Cómo se nota que no han visto nunca unos circenses en el «Máximo», dirigidos por un César. ¿Y qué pasa por ahí fuera, Druso?

—Nada.

—¿Es que ya no recuerdas la procesión de los blancos? —preguntó Celio.

—¡Extraordinario! —repuso Druso, recostándose en el diván—. Hemos encontrado un grupo de bancos con bandera y todo —explicó riendo.

—Druso, no seas cruel y prosigue —pidió Me ala.

—Mésala mío, no eran sino gentuza di desierto y comedores de calabaza, procedentes del Templo de Jacob, en Jerusalén. ¿Qué tengo yo que ver con ellos?

—Por lo visto Druso no tiene ganas de divertirse, pero yo sí —aseguró Cecilio.

—Pues habla —dijo Mésala.

—Detuvimos aquel grupo para…

—… para ofrecerles una, apuesta —completó Druso, burlón. Luego, riendo, continuó—. Un tipo que tenía menos carne en la cara que la imprescindible para cebar una carpa, se adelantó y aceptó. ¡Ja, ja, ja! Yo saqué mis tabletas y le pregunté: «¿Quién es vuestro hombre?». «Ben-Hur, el judío», repuso. «De acuerdo; ¿cuánto va!? Y él contesta: ¡Ja, ja…! ¡Por Júpiter…» —y no pudo proseguir a causa de la risa.

Todos parecieron impacientarse y Mésala miró a Cecilio, inquisitivo.

—Un siclo —dijo éste, acabando la explicación de Drusco.

—Un siclo, un siclo —exclamaron todos, entre risas burlonas y despectivas.

—¿Qué hizo Druso? —preguntó Mesala.

Pero antes de recibir respuesta, observó que todos se agolpaban a la puerta, formando gran alboroto.

—Mésala mío, el noble Druso —repuso Cecilio, encaminándose también a la entrada— guardóse sus tabletas sin responder y perdió un siclo.

—¡Un blanco! ¡Un blanco! —gritaron algunos.

—Que venga. ¡Adelante! Dejad pasar.

Exclamaciones como ésas llenaban todo el salón, los jugadores de dados se habían levantado de la mesa y los dormilones, frotándose los ojos, se apresuraron a sacar sus tabletas, corriendo hacia «el blanco».

—Yo te ofrezco…

—También yo…

—Y yo…

El personaje que merecía tal recibimiento era el venerable hebreo que fue compañero de viaje de Ben-Hur, desde Chipre. Apareció en el salón, parsimonioso y grave, con su túnica y turbante de inmaculada blancura. Sonriendo y haciendo inclinaciones de cabeza a uno y otro lado, se encaminaba lentamente hacia la mesa central. Recogió su manto con elegancia y sentóse e hizo con la mano un ademán para pedir silencio.

Una rica joya que resplandecía en su dedo, contribuyó en gran manera, a calmarlos a todos.

—¡Mis muy nobles romanos, recibid mi saludo!

—¡Por Júpiter! ¡Qué desparpajo! Y ¿quién es? —se interesó Druso.

—Un perro israelita. Se llama Sanbalat y vive en Roma. Tiene una gran fortuna, que debe a haberse dedicado a contratista de provisiones para el ejército, provisiones que no aparecen por parte alguna. Emplea su tiempo tejiendo malicias con redes más sutiles que las de la araña. ¡Por el cinturón de Venus, a ver si podemos atraparle!

Y levantándose, Mésala, en unión de Druso se encaminó al grupo de jóvenes que rodeaban al judío, el cual decía:

—En la calle me he enterado de que estabais muy disgustados en palacio porque no encontráis tomadores para las ofertas que hacéis sobre Mésala —y sacando sus tabletas, las colocó sobre la mesa—. Como los dioses deben tener sus sacrificios, yo estoy dispuesto a dejarme sacrificar. Mi color ya lo sabéis, así que vayamos a lo que importa. Dadme primero vuestras condiciones y luego hablaremos de la cantidad a apostar. ¿Qué ventajas me ofrecéis?

Aquel atrevimiento pareció haber dejado sin habla a los presentes.

—¡Bueno, apresuraos! Tengo una entrevista con el cónsul.

—Dos por uno —gritaron cinco o seis.

—¡Cómo! —y el anciano aparentó gran asombro—. Sólo dos por uno siendo el vuestro un romano…

—Bueno, pues a tres.

—¡Tres, nada más que a tres! Pero si el otro es un perro judío… Por lo menos cuatro…

—Está bien, cuatro —respondió un joven, ofendido por la ironía.

—Cinco, dame cinco —gritó Sanbalat sin hacerle caso.

Reinó un profundo silencio.

—El cónsul, amo vuestro y mío, me está aguardando. Decidid.

Nadie se movió.

—Dadme cinco. ¡Por el honor de Roma! ¡Sólo cinco!

—Vaya por los cinco —se oyó decir.

Entre una alegre aclamación, Mésala se adelantó basta Sanbalat.

—Sean los cinco.

Sonriendo, el hebreo se dispuso a escribir.

—Si mañana muriera el César —dijo—, Roma no lo habría perdido todo. Hay uno dotado del espíritu suficiente para sustituirle. ¡Tú me darás seis!

Repitióse la aclamación, con doble entusiasmo, al responder Mésala:

—Sean seis. Seis por uno como muestra de la diferencia que hay entre un judío y un romano. Y puesto que la hemos encontrado entre los dos, ¡oh, redentor de la carne de cerdo!, vamos a lo interesante. El importe de la apuesta. Y date prisa que el cónsul te aguarda y nosotros podemos prescindir de tu presencia.

Aceptando fríamente la mordaz ironía, Sanbalat se puso a escribir, entregando a los pocos momentos el escrito a Mésala.

—Lee, lee —pidieron todos a una. Y Mésala, leyó:

Memorándum. —Carrera de cuadrigas: Mésala, de Roma, apuesta con Sanbalat, de Roma también, asegurando que vencerá a Ben Hur, el judío. Importe Je la apuesta: veinte talentos. Sanbalat tiene la ventaja de seis por uno.

Hay testigos.

SANBALAT.

Se hizo un silencio sepulcral, que no interrumpió ni un suspiro ni el más ligero movimiento.

Todos se habían quedado inmóviles como estatuas, en la misma posición en que les sorprendiera la lectura. Mésala, con los ojos desorbitados, contempló el escrito, como dudoso de la cifra, y cuantos le rodeaban le observaban, pendientes de sus palabras.

Consciente de aquella expectación, no tardó en resolverse. Negarse a firmar era perder toda su superioridad, pero tampoco podía aceptar, pues toda su fortuna no ascendía ni a la quinta parte de los ciento veinte talentos que se iba a comprometer a pagar en caso de ser derrotado. El estupor le había paralizado el pensamiento y la palabra, haciéndole palidecer; mas no tardó en encontrar una idea audaz.

—Y tú, judío, ¿dónde tienes veinte talentos? Demuéstramelo.

Con una sonrisa provocativa Sanbalat respondió:

—Ten la prueba —y ofreció a Mesala un pergamino.

—Lee, lee —pidieron nuevamente.

Y el aludido leyó:

En Antioquía, Tammuz, 16.

El portador, Sanbalat de Roma, tiene a su orden, en mi poder, cincuenta talentos, moneda del César.

SIMONIDES.

—¡Cincuenta talentos, cincuenta…! —repitieron todos en el colmo de la estupefacción.

Entonces Draso, queriendo contrarrestar el efecto producido por el judío, exclamó cínicamente:

—Mienten el pergamino y el judío. ¿Qué otro que no sea César, puede disponer así de cincuenta talentos? ¡Que se marche ese «blanco» desvergonzado!

Era como un grito de rabia impotente, al que respondieron con otros los compatriotas del romano. No obstante, Sanbalat permaneció tranquilo, conservando su sonrisa, que les exasperaba por momentos. Al fin, Mésala dijo:

—¡Callad! Uno contra uno, compatriotas, para honor de nuestra Roma. —Y con aquellas palabra tan oportunas, recuperó su ascendiente—. Y a ti, circundado, te ofrecí el seis por uno, ¿no es eso?

—Eso es —contestó el judío, impertérrito.

—Pues permite que yo fije el importe de la apuesta.

—Con la condición de que si el importe es una menudencia, yo quedo en libertad de aceptar o rehusar.

—En lugar de veinte, apunta cinco talentos.

—¿Tendrás suficiente?

—¡Por la que engendró a los dioses! Podrás ver los justificantes.

—Está bien. Será suficiente la palabra de un romano tan digno. Lo anotaré.

En seguida cambiaron los justificantes.

Sanbalat se puso luego, en pie y miró a su alrededor con una irónica y desdeñosa sonrisa. Conocía perfectamente a aquéllos con quienes trataba.

—¡Romanos! Otra apuesta. ¿Os atrevéis? Cinco talentos contra cinco talentos a que gana el blanco. CE desafío a todos.

La sorpresa volvió a embargarles de nuevo.

—Pero, ¿se podrá decir mañana en el Circo —dijo, elevando el tono de su voz— que un perro de Jerusalén vino a palacio, lleno de romanos, entre los que se cuenta un retoño del César, y les ofreció una apuesta de cinco talentos, que no se ha atrevido a aceptar ninguno?

Aquel sarcasmo insoportable hizo exclamar a Druso:

—¡Basta, insolente! Anota esa apuesta y déjala sobre la mesa. Mañana me enteraré si tienes tanto dinero para arriesgar y, en ese caso yo, Druso, te prometo que será aceptada tu apuesta.

Volvió a escribir Sanbalat, y luego se levantó diciendo, con su voz habitual:

—Ahí está mi oferta. Druso. Mándamela una vez firmada, siempre que sea antes de dar principio las carreras. Estaré al lado del cónsul, ocupando un asiento sobre la Porta Pompae. La paz sea con vosotros.

Hizo una inclinación y marchó, haciendo caso omiso de las burlas con que los despechados romanos le despidieron.

La noticia de tan singulares apuestas corrió aquella noche por toda la ciudad y todos concentraron su interés en Ben-Hur y sus cuatro caballos que habían de luchar contra Mésala, quien se jugaba toda su fortuna en aquella apuesta.

Ben-Hur durmió profundamente.

CAPITULO XII

EL CIRCO

El Circo de Antioquía estaba situado enfrente de la isla, en la orilla sur del río y tenía las características corrientes en estos edificios.

Los juegos, según la costumbre imperial romana, eran una concesión al pueblo y por ello todo el mundo podía asistir. Éste era el motivo que hacía temer a las gentes, a pesar de la vasta capacidad de aquellos edificios, no encontrar puesto y desde la tarde del día anterior al espectáculo, invadían los alrededores.

Las puertas se abrían a medianoche y el gentío entraba como un torrente a ocupar la parte que 1: estaba destinada. Procuraban echar un sueño sobre los bancos hasta que llegaba el día, y allí mismo almorzaban. Al iniciarse el espectáculo se mostraban como si se encontraran despejados y descansados, tal era su avidez de ver y oír cuanto ocurría.

Las gentes de cierta posición tenían asientos fijos y llegaban al Circo a primera hora de la mañana, procurando, los más nobles o ricos, destacar per sus literas o séquito de siervos y criados. A la segunda hora de la mañana las gentes llegaban al Circo en inacabable y compacta procesión.

Cuando el reloj de sol de la ciudadela marcaba las dos y media, del Monte Sulpius bajaba la legión vistiendo la armadura y desplegando sus águilas y estandartes, y cuando la última cohorte desaparecía en el puente, podía decirse que Antioquía quedaba abandonada, no porque toda la población se encontrase en el Circo, sino porque todos iban a presenciar, por lo menos, el espectáculo que ofrecían los alrededores.

A orillas del río se agolpaba la muchedumbre para ver como el cónsul salía de la isla en una barca del Estado, siendo recibido por la legión.

Él Circo ya estaba lleno a la tercera hora y el toque de clarines que anunciaba el comienzo, imponía silencio. Un cuerpo del edificio que formaba

el costado oriental atraía, entonces, las miradas de los doscientos mil espectadores.

Era la Porta Pompae, sobre la cual y a bastante altura, se veía una magnífica tribuna decorada con insignias y estandartes de la legión. El lugar preferente de aquella tribuna de honor estaba ocupado por el cónsul. A ambos lados de la Porta, y al nivel del suelo, estaban las *cárceres* o cuadras. Sobre ellas había una comisa, rematada en sólida balaustrada, tras la que daba comienzo la gradería que iba elevándose en anfiteatro y se destinaba a los dignatarios, que en nuestros días representaríamos por las autoridades militares y civiles, ostentando magníficos atavíos. Esta parte del edificio ocupaba toda la anchura del Circo y estaba flanqueada por torres que, además de embellecerlo, servían para sostener la «velaría» o toldos purpúreos que proporcionaban fresca sombra a dicho lugar.

A ambos lados de la tribuna consular se abrían las amplias puertas principales, protegidas por verjas, que se abrían en las torres de los lados de la tribuna.

La palestra era una superficie llana, de considerable extensión, y la cubría fina y blanca arena. Allí se desarrollaban todos los juegos, excepto las carreras a pie.

No muy lejos de la tribuna se levantaba en la arena un basamento de mármol con tres pilares cónicos, de piedra gris, achatados y ricamente esculpidos. Todas las miradas se dirigían en ciertos momentos hacia ese pedestal, porque constituía la meta de donde arrancaba y finalizaba la carrera.

Detrás de aquel pedestal, pero con bastante espacio para un altar y un pasadizo, comenzaba una especie de malecón de diez o doce pies de anchura y la mitad de altura y, en el sentido del eje mayor del circo, medía ciento ochenta metros de longitud. En el extremo opuesto un pedestal análogo al descrito señalaba la segunda meta de la carrera.

Las paredes que limitaban la arena tenían quince o veinte pies, con una balaustrada. Esa balconada, tendida en torno a todo el circo, se hallaba perforada por dos salidas al norte, y una, llamada Puerta Triunfo, al oeste. Por ésta salían los vencedores, seguidos de un cortejo de honor.

Al extremo opuesto de la tribuna consular la balaustrada seguía el contorno de la muralla, asumía forma semicircular y sobre ella se alzaban dos grandes galerías.

Detrás de la balaustrada empezaba la primera hilera de asientos y detrás los demás en forma de teatro. Las galerías del oeste las ocupaba la gente común.

* * *

Sonaron las trompetas. La multitud, inmovilizándose al oírlas, guardó profundo silencio Por la Puerta Pompae sonaron voces e instrumentos músicos y apareció el cortejo que inauguraba las fiestas. El que los dirigía y las autoridades urbanas avanzaban ostentando largas túnicas y coronas de flores en la cabeza. Seguían las efigies de los dioses, ora en andas, ora en carros de cuatro ruedas. Y luego los gladiadores, con las galas que habían de lucir en el espectáculo.

El director de los juegos y sus acólitos correspondieron con sus saludos a las aclamaciones. Y a los que iban a participar en las competiciones se les vitoreó aún más entusiásticamente, porque raro era el espectador que no hubiese apostado por ellos al menos un *óbolo*[98].

Sobre los carros, tan espléndidamente adornados como las enjaezaduras de los caballos, aparecían, apuestos, los aurigas, vestidos con túnicas de fina lana, sin mangas y del color señalado en el programa. A cada uno le acompañaba un jinete, menos a Ben-Hur, que avanzaba solo y no se había cubierto la cabeza con el corriente casco.

Al pasar ante las graderías se alzaron, clamorosos, los espectadores y sonaron los gritos agudos de niños **y mujeres. Una lluvia de rosas cayó sobre las cuadrigas**. Los caballos parecían darse cuenta de que también a ellos se les ovacionaba.

Pronto se advirtió la predilección del público, porque casi todos los asistentes llevaban una cinta o distintivo en pecho o cabeza.

Había distintivos verdes, blancos y azules, pero predominaban dos colores: el oro y escarlata, y el blanco.

El bizantino y el sidonio tenían pocos secuaces, porque había pocos ciudadanos compatriotas suyos. Y los griegos eran muy numerosos, pero dividían sus colores entre el corintio y el ateniense.

La divisa de Mésala no hubiera predominado tanto de no ser porque los antioquenses, muy inclinados a la lisonja, solían adoptar los colores de sus señores. En cambio, los campesinos, con los sirios, judíos y árabes, en parte por la confianza que les inspiraban los caballos de Ilderín y en parte principal por su odio a los romanos, formaban el partido más numeroso y desde luego el que más vociferaba.

El entusiasmo se manifestó sobre todo en la segunda meta, donde predominaba la facción blanca. La gente, arrojando flores, atronaba el espacio con sus gritos.

—¡Mésala, Mésala!

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur!

Terminado el desfile, seguían adecuadas conversaciones.

—Ese hombre es muy gallardo —dijo una mujer, que, por los colores que ostentaba en sus cabellos, se manifestaba partidaria del romano.

—Y su carro magnífico —respondió otro hombre, con la misma divisa.

—Oro y marfil. ¡Así Júpiter le dé la victoria!

En el banco de detrás una voz aguda gritó:

—¡Cien sidos por el judío!

Un amigo intentó calmarle.

—Paciencia, hombre. Los hijos de Jacob no miran bien estos juegos, a menudo reprobables ante los ojos de Dios.

—Sin embargo, ¿has visto qué sereno y frío parece ese hombre?

—Y muy musculoso.

—¡Y qué caballos! —terció otro espectador.

—Se asegura —expuso alguien más— que es ducho en los ardides de los romanos.

Una mujer apoyó:

—Y es más apuesto que el romano.

El entusiasta repitió:

—¡Cien sidos por el judío!

—¡Calla! —apostrofó un antioquense—. ¿No sabes que han apostado cincuenta talentos contra él, a seis Contra uno, en favor de Mésala? Así, que guárdate tus siclos, no venga Abrahán y cargue con ellos.

—Deja de rebuznar, asno de Antioquía. ¿No sabes que quien los juega es el propio Mésala?

Y por todas partes se entablaban disputas y se cambiaban improperios. Pero cuando, concluso el desfile, Ben-Hur pensó en lo que sucedía, comprendió que había logrado el objetivo de que todo el oriente estuviera pendiente de su rivalidad con Mésala.

CAPITULO XIII

LA SALIDA

Cuando el sol pasaba tres horas del cénit, iba a empezar la competición de carros.

A una señal del director de juegos, se abrieron los vomitorios y muchos salieron a los pórticos, donde había toda clase de puestos de comestibles. Los que quedaron en las gradas consultaban sus tabletas. Ya no había disputas. Los bandos eran prácticamente dos: el de los perdedores y el de los gananciosos.

Otros espectadores, que sólo deseaban presenciar la carrera de cuadrigas, aprovechaban el intervalo para ocupar sus puestos sin obstáculo. Entre ellos figuraban Simónides y los suyos, que se instalaron juntó a la entrada principal del lado norte, frente a la tribuna consular. Cuatro robustos criados llevaban al mercader en su sillón, suscitando la curiosidad de todos.

Algunos que le conocían y pronunciaron su nombre, hicieron que éste corriera de grada en grada, porque las historias que circulaban sobre él eran del mayor interés en Antioquía.

Ilderín fue igualmente reconocido y aclamado, pero nadie pudo descifrar quiénes eran Baltasar y dos mujeres que llegaban, cubiertas con velos. Y aquellas mujeres, a las que el pueblo cedía respetuosamente el paso, eran Iras y Ester, quienes se sentaron en primera fila, sobre sendos almohadones y con los pies apoyados en taburetes.

Los servidores del circo comenzaron a tender una cuerda blanqueada con cal, de extremo a extremo de la palestra, enfrente de los pilares del punto de arranque. Seis servidores más, saliendo por la Puerta Pompae, se situaron junto a cada una de las *cárceres*, mientras en las gradas se elevaba un gran vocerío.

—¡El verde es el cuarto a la derecha! ¡Allí está el ateniense!

—¡Mésala es el segundo!

—El corintio…

—El blanco es el último a la izquierda.

—No; ése es el negro y el blanco el que le sigue.

—¡Ah sí!

Los seis sirvientes vestían el color correspondiente a cada conductor, y así todos comprendieron en qué *cárcer* estaba la correspondiente cuadriga.

—¿No conoces a Mésala? —preguntó la egipcia a Ester.

La hebrea, estremeciéndose, repuso que no. Pensaba que aquel enemigo de su padre debía serlo de Ben-Hur.

—Es hermoso como Apolo —dijo Iras, agitando su enjoyado abanico.

Ester pensaba si sería tan hermoso como Ben-Hur.

Y en aquel momento Ilderín decía a su padre:

—La cuadriga debe estar en el número dos.

La joven se ciñó más el velo y musitó mentalmente una breve oración.

Sanbalat se acercó al grupo. Ilderín le miró, acariciándose la barba.

—Vengo de los encerraderos, ¡oh, *sheik*! Los caballos están en perfecto estado.

—Si no vencen, Dios haga que no sea Mésala el vencedor.

Sanbalat sacó una tableta e interpeló a Simónides.

—Supongo que recordarás la apuesta cruzada anoche con Mésala. Una, te dije que quedó pendiente y te la entregaría, si la aceptaban, antes de empezar la carrera. Aquí está.

—Sí —dijo Simónides, examinando la tablilla—, un emisario vino a preguntarme si tenía tanto dinero tuyo en casa. Si pierdes, ya sabes… Pero, si ganas, ten en cuenta que querrán eximirse de pagar, y tú no debes consentirlo hasta que suelten el último sido. Lo mismo que ellos harían con nosotros.

—Ten confianza en mí —respondió el contratista.

—¿Te sientas con nosotros? —preguntó Simónides.

—Prefiero volver con el cónsul, para evitar que los jóvenes romanos que le acompañan lo tomen a mal. La paz sea con vosotros.

Sonaron los clarines y regresaron las personas que habían abandonado sus asientos. Unos sirvientes del circo subieron al muro que dividía la pista del anfiteatro y colocaron, en el extremo del oeste, cerca de la segunda meta, siete bolas de madera. En el pedestal opuesto otros auxiliares colocaban siete piezas de madera, que representaban delfines.

—¿Para qué son esas bolas y esos peces? —preguntó Baltasar al árabe.

—¿No has presenciado nunca una carrera?

—No, ni sé por qué he venido a ésta.

—Pues son para llevar bien la cuenta. Al fin de cada vuelta harán caer una bola y un delfín.

A una orden del director, un trompetero suntuosamente vestido, lanzó una clarinada. La muchedumbre guardó silencio. Todos fijaron los ojos en la parte oriental del circo, de donde debían partir los contendientes.

En el leve sonrojo de las mejillas de Simónides, se le notaba tan excitado como los demás. Ilderín seguía pasándose nerviosamente la mano por la barba.

—Fíjate en cuando salga el romano —dijo Iras a Ester, que sólo deseaba la aparición de Ben-Hur.

A un penetrante toque de trompeta, los *starter*[99] saltaron a la pista, dispuestos a prestar auxilio a la cuadriga que pareciese mal dirigida. Cada uno correspondía a uno de los carros.

Otro toque de clarín y los *janitores*[100] abrieron las puertas de las distintas separaciones. Presentáronse cinco ayudantes a caballo. Sólo cinco. Ben-Hur había rehusado tomar uno.

Se colocó en el suelo la cuerda pintada con cal para que aquellos hombres pasaran. Después, volvió a colocarse a la altura de un hombre. A la orden emanada del palco consular, un *starter* alzó la mano y los *janitores* gritaron:

—¡Fuera, fuera!

Como proyectiles salidos en tromba de otros tantos cañones, las cuadrigas se lanzaron a la pista. El circo entero se puso en pie, como electrizado, y un clamor inmenso llenó los ámbitos del aire.

Aquél era el momento esperado por todos.

—¡Mira! —exclamó Iras, señalando a Mésala.

—Ya le veo —respondió Ester, que sólo tenía ojos para Ben-Hur.

Le había caído el velo sobre los hombros. Por un momento, comprendió cómo los hombres son capaces de ejecutar hechos heroicos y, en el afán por ejecutarlos, se burlen de la muerte.

Los seis competidores estaban a la vista de casi todos los espectadores, pero la carrera, en rigor, no había empezado. Primero, tenían que tocar la cuerda para igualar el momento de la partida. Si la cuerda caía sobre los caballos podía producir confusión en tiros y conductores, pero, si se avanzaba con demasiada prudencia se corría el riesgo de retrasarse desde el principio y no gozar de la ventaja de correr junto al muro del coliseo, o parte interior de la pista.

Aquello lo sabía bien el público. El anciano Néstor[101], al entregar a su hijo las riendas de la cuadriga, acertaba advirtiéndole que no la fuerza, sino el arte gana el premio y que más vale la cordura que la ligereza. Así, todos esperaban con afán aquel primer resultado, que debía indicar lo que iba a ser la carrera.

La arena reflejaba cegadora mente la luz. Todos los conductores miraron la cuerda y la codiciada posición junto al muro. Dirigiéndose los seis al mismo punto a toda velocidad, parecía probable una colisión entre todos, y además, si al director de los juegos no le placía el comienzo de la carrera podía no mandar bajar la cuerda. Y la pista podía medir doscientos cincuenta pies. Se requerían buen golpe de vista, mano recia y decisión rápida. Una distracción podía costar que se soltase una de las riendas, y…

Puede imaginarse aquellos juegos sobre la arena cegadora, entre paredones de piedra oscura, a cargo de vehículos de ligeras ruedas, gráciles líneas y recargados adornos. Encima sus conductores, erectos a pesar del violento movimiento, mostraban la tersa piel y el tono sonrosado que los baños preparatorios habían provocado en su cuerpo. En la mano derecha, los acicates con que harían correr a sus caballos y en la otra, separadas y en alto, las riendas que se reúnen en la punía de la lanza del carro y van a parar a los hocicos de los animales. Y todos con la cabeza alta, dilatadas las narices, contraídos los vigorosos músculos y capaces de justificar la confianza que en ellos se pone al considerarlos ejemplo de gracia y vigor.

Procurando seguir los competidores la línea más breve hacia el muro, ceder era tanto como renunciar a la victoria. Ya lanzados a la carrera, era imposible, o poco menos, cambiar de propósito, y además el griterío de los espectadores había de producir en los aurigas un efecto electrizador.

Las cuadrigas llegaban en grupo hacia la cuerda. Cuando el clarinero que se hallaba junto al director, dio un vigoroso toque, los jueces, que no lo oyeron en medio del clamoreo, vieron el ademán e hicieron caer la cuerda El primero en pisarla fue uno de los caballos de Mésala.

El romano, alentado, sacudió su largo látigo, aflojó las riendas y, dando un grito triunfal, se lanzó hacia el paredón.

—¡Júpiter con nosotros! —gritaron los del bando romano.

La broncínea cabeza del león en que remataba el eje del carro de Mésala tropezó con el remo delantero de uno de los caballos del ateniense y lo arrojó, vaciló, sobre los otros, que, en la confusión siguiente, perdieron la ventaja que llevaban. Millares de espectadores enmudecieron, mientras los cercanos al cónsul aplaudían.

—¡Júpiter con nosotros! —decían todos, viendo la ventaja de Mésala.

Druso repitió frenéticamente el grito.

Sanbalat, con sus tabletas en la mano, se dirigió a ellos. Un crujido llegó de la pista y le hizo volverse.

Una vez que Mésala hubo pasado, el corintio disputaba la ventaja al ateniense, que procuraba gobernar su maltrecha cuadriga. Pero la rueda del bizantino, que estaba muy cerca de él, a la izquierda, chocó con la pieza posterior de su carro y, tras destrozarla, magulló un pie del ateniense. Entre un crujido del carro al destrozarse, sonó un grito de dolor y rabia y el desgraciado Cleanto cayó bajo los pies de sus propios caballos.

Ester se cubrió los ojos, horrorizada. El corintio, el bizantino y el sidonio pasaron sobre él. Sanbalat miró a Ben-Hur y se volvió a Druso y su grupo.

—¡Cien sestercios por el judío! —gritó.

—Aceptados —dijo Druso.

—¡Otros cien sestercios por el judío! —replicó Sanbalat.

Nadie le escuchaba. Aunque insistió en su oferta, nadie le atendió, absortos en la marcha de la competición.

—¡Mésala, Mésala! Júpiter está con nosotros.

Cuando Ester se atrevió a mirar de nuevo, varios servidores retiraban los caballos y el destrozado carro y otros se llevaban a Cleanto, desmayado.

De las gradas donde había griegos llegaban voces de indignación y venganza. Ben-Hur corría al lado del romana y les seguían el sidonio, el corintio y el bizantino.

La carrera se disputaba con ardimiento. Los corredores ponían en ella toda su alma y miles de personas se encontraban pendientes de sus maniobras.

CAPITULO XIV

LA CARRERA

Ben-Hur iba a la izquierda de los corredores al ocurrir el accidente en la disputa por el puesto privilegiado. Medio cegado al principio, como los demás, por la reverberación de la arena, procuró, empero, no perder de vista a sus contrincantes.

Miró a Mésala, a quien no veía como un mero antagonista en los juegos. Pero el joven aparecía impasible y su rostro era más bello que nunca, quizás a causa del yelmo que ostentaba. Mas Ben-Hur, en su aversión, creía ver retratada en él el alma negra, cruel, falaz y desesperada de aquel hombre.

Ben-Hur se afirmó en su decisión. Incluso a costa de la vida aniquilaría a su enemigo. Trofeos, apuestas, amigos y honores le parecían secundarios. Lo importante era su implacable propósito de venganza. Mas no se sentía poseído por el arrebato y la ofuscación imaginable. No creía en la fortuna, ni luchaba contra ella. Su plan estaba fríamente concebido, y fiando en los pormenores de la ejecución, se sentía dueño de sí mismo como nunca y no alterado por pasiones ajenas a su firme propósito.

Al ver arrancar a Mésala tuvo la intuición de que la cuerda caería de modo que le diese ventaja. Conociendo a los romanos, era natural que oficiosamente le ayudasen, tanto por favorecer a un compatriota como porque habían apostado toda su fortuna por él.

Sólo Mésala había lanzado a sus caballos contra el obstáculo sin refrenarlos, al contrario que sus antagonistas, Mésala debía saber lo que hacía.

Para no luchar en tales condiciones, Ben-Hur resolvió ceder el primer puesto a su rival. Cuando cayó la cuerda, todos los caballos, menos los suyos, se precipitaron a la carrera, impulsados por el restallido de los látigos. Desvióse un tanto a la derecha y lanzó sus árabes a toda velocidad, buscando un ángulo sabiamente calculado para perder el mínimo tiempo y ganar el

máximo espacio. Y, mientras los espectadores lamentaban la desgracia del ateniense y el sidonio, el corintio y el bizantino procuraban hábilmente evitar un choque, Ben-Hur les alcanzó, describió un diestro ángulo y se colocó junto a Mésala. Los espectadores enterados no dejaron de observar la habilidad de la maniobra. Ester y todos palmoteaban, gratamente sorprendidos. Sanbalat, sonriente, seguía apostando cien sestercios por Ben-Hur, sin que nadie aceptara el envite. Muchos empezaban a sospechar que Mésala había encontrado —¡y en un judío!— diestro competidor, si no maestro.

Los dos carros, separados por una corta distancia, se acercaban a la segunda meta.

Desde el oeste, el pedestal de los tres pilares aparecía en forma de muro semicircular, en exacto paralelismo con las paredes del circo y de la pista. Aquella vuelta se consideraba demostración palmaria de la habilidad de los aurigas. En una vuelta análoga cayó Orestes. El interés llegaba al más intenso grado. Los ojos se clavaban en los caballos, cuyos cascos no parecían tocar la arena. En el silencio que se produjo oíase por primera vez el rodar de los carros.

Mésala pareció por primera vez reconocer a Ben-Hur y su osadía se manifestó de modo imprevisto.

—¡Abajo Eros y viva Marte! —gritó.

Su ejercitada mano hizo restallar el látigo, dejándolo caer con fuerza sobre los generosos animales de Ben-Hur, no acostumbrados a tales tratos.

—¡Abajo Eros y viva Marte! —repitió, triunfador.

Los asombrados espectadores quedaron más silenciosos todavía. Los más audaces de los romanos contuvieron el aliento. La reacción no se hizo esperar. El pueblo prorrumpió en un inmenso y prolongado clamoreo ante aquel acto de traición, insólito en los juegos circenses.

Los cuatro árabes dieron un salto de espanto. Hasta entonces nadie les había puesto la mano encima sino para acariciarlos y, criados en el cariño de su amo, su confianza en la bondad del hombre era absoluta. Y al ser tan indignamente tratados no podían sino saltar al unísono, como si viesen la muerte ante sí.

Se precipitaron hacia delante, arrastrando el carro como una pluma. Y ahora podía utilizar Ben-Hur aquella mano de hierro que adquiriera manejando el remo contra el mar. Tampoco aquel brusco salto de su cuadriga fue gran cosa para 41, acostumbrado a los constantes balanceos de la galera.

No cayó, aflojó las riendas y con voz cariñosa habló a los corceles, procurando animarlos en la peligrosa vuelta. Antes de que el entusiasmo se

calmara, no sólo había recobrado el dominio de sus corceles, sino que, con aprobación de todos los no romanos, volvían a correr al lado de Mésala.

Éste, aunque arrojado, no se atrevió a desafiar por segunda vez la reprobación del público.

Ester vio de frente a Ben-Hur cuando éste daba la vuelta a la segunda meta La cara del joven, aunque palidecida, mantenía la serenidad.

Conclusa la primera vuelta fue quitada una bola de madera, a la par que en el otro extremo uno de los delfines, Y lo mismo sucedió en la segunda vuelta y en la tercera.

En la cuarta Mésala seguía conservando el lado interior y Ben-Hur corría a su lado. Los otros tres competidores les seguían. La carrera podía considerarse como una de las dobles corridas tan populares en Roma durante los últimos Césares.

El sidonio, en la quinta vuelta, alcanzó a Ben-Hur, pero pronto quedó retrasado. Y en la sexta las posiciones seguían iguales.

Los caballos corrían cada vez más de prisa y los conductores sé excitaban pensando en la prueba decisiva. Todos sabían que era necesario un esfuerzo supremo.

El interés, centrado desde el primer momento en el romano y en el judío, con acusada simpatía para este último, empezaba a cambiarse en ansiedad y desaliento. Los espectadores se inclinaban, mirando con afán a los conductores. Ilderín ya no se acariciaba la barba y Ester olvidaba sus miedos.

—¡Cien sestercios por el judío! —gritó Sanbalat a los jóvenes agrupados bajo el dosel del cónsul.

Nadie le contestó.

—¡Un talento, cinco, diez, o los que queráis!

—Acepto lo de los sestercios —dijo un joven romano, preparándose a firmar.

Un amigo le aconsejó:

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—Mésala no puede correr más deprisa. Se apoya en el borde del carro y lleva las riendas flojas. Pero fíjate en el judío.

—Sí —dijo el otro, un tanto abatido—. Ese perro parece que tira con todas sus fuerzas de las bridas. Si los dioses no protegen a nuestro amigo, el judío va a adelantarle. ¡Ah, no! ¡Júpiter nos ayuda!

Aquel grito, brotado espontáneamente de todos los pechos romanos, hizo que se agitase el «velaría» colocado por encima de la cabeza del cónsul.

Verdaderamente Mésala había llegado al máximo de velocidad sin lograr ventaja, y sus caballos comenzaban a inclinar la cabeza hacia tierra, a cuyo ras parecían galopar, en la tensión de su carrera. Las dilatadas narices mostraban las membranas inyectadas en sangre y les giraban los ojos dentro de las inflamadas órbitas. Se esforzaban todo lo posible, pero estaban al principio de la sexta vuelta.

Mas lo que motivó la sorpresa de los romanos fue que, al acercarse a la meta de las bolas, la cuadriga de Ben-Hur empezó a perder velocidad.

La facción de Mésala, entusiasmada, prorrumpió en clamores. Cuantas ofertas hacía Sanbalat le eran aceptadas.

Malluch, que se encontraba en la galería inferior, sobre la Puerta Triunfal, retenía a duras penas su satisfacción. Sin duda recordaba la vaga indicación que le hiciera Ben-Hur respecto a que algo sucedería al rebasar la meta occidental, pero cinco vueltas se habían dado sin que sucediera nada. Pensaba que la sexta indicaría el éxito, y era entonces cuando Ben-Hur empezaba a perder ventaja.

Simónides y sus amigos esperaban, serenos y silenciosos. El mercader, inclinado sobre la barandilla, no perdía un incidente de la competición. Ilderín se tiraba de la barba y entornaba los párpados hasta que sus pupilas parecían una mera chispa de fuego. Ester contenía la respiración, e Iras parecía satisfecha.

Concluyó la sexta vuelta con Mésala delante y Ben-Hur inmediatamente detrás. Podían recordarse los antiguos versos:

«Volaba delante Eumelo sobre sus caballos *fereceos*, y con los de Troya el atrevido Diomedes. Junto a la espalda de Eumelo dejaban oír su resoplido y era como si montasen con él en el carro, sus propios caballos. Y sentía en la nuca el ardiente hálito y veía las flotantes sombras de los caballos».

Llegaron a la meta de partida e iniciaron la vuelta. Temeroso Mésala de perder su puesto, se acercaba cuanto podía, rasando el muro con grave riesgo. Un pie más que se desviara hacia la izquierda hubiera representado que el carro se le hiciese astillas. Cuando terminó la sexta vuelta nadie, al mirar las huellas de los dos carros, pudiera haber dicho cuáles eran las de Mésala y cuáles las de Ben-Hur. Se confundían en una sola.

Ester vio la cara de Ben-Hur de nuevo, al doblar la primera meta, más pálida que al principio, y Simónides, más perspicaz que su hija, dijo a Ilderín en el momento que pasaban los corredores por delante de ellos:

Podré no ser buen juez de estas cuestiones, pero creo que Ben-Hur intenta un golpe decisivo. Mira su cara.

Ilderín contestó:

—Mira lo frescos y fuertes que van los caballos. ¡Por el esplendor de Dios, que parece que aún no han empezado a correr! Mirad, mirad…

En los pedestales sólo quedaban una bota y un delfín. En el aire vibró un rugido de miles de bocas que gritaban. Era el principio del fin. Fustigó el sidonio furiosamente sus caballos, que alocados por el dolor y el miedo se lanzaron desesperados, mas pronto cedieron. El bizantino y el corintio intentaron un supremo esfuerzo que no dio resultado. Prácticamente habían perdido la carrera. Así lo comprendieron todos los espectadores y de común acuerdo, todos, excepto los romanos, pusieron sus esperanzas en Ben-Hur.

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur! —gritaban.

De las graderías bajo las cuales pasaba en su carrera miles de voces aconsejaban:

—¡Rápido, judío! ¡Corre!

—¡Déjalos sueltos! ¡Pégales!

—¡Adelante en la curva!

Se inclinaban sobre la balaustrada a su paso, extendiendo los brazos hacia él, enrojecidos los semblantes, vociferando y suplicando su triunfo.

El judío seguía impasible sin poder hacer nada mejor hasta que llegara a la segunda meta.

Mésala tiró de sus caballos al dar la vuelta, lo que les hizo reducir velocidad. Sólo le faltaban setecientos pasos para alcanzar la fama, la gloria, para acrecentar su fortuna y ya sentía el gozo inefable de vencer a su odioso enemigo.

Malluch, desde la galería, observó que Ben-Hur daba toda la rienda a sus cuatro árabes. Sobre la cabeza de sus corceles silbó repetidas veces, como enorme serpiente, la fusta agitada por su vigorosa mano, pero ni una sola vez les tocó; no obstante, sintiendo la amenaza; los animales se lanzaron como un torbellino. Su conductor con el rostro encendido y los ojos brillantes, parecía querer infundirles una irresistible voluntad. Saltaron los cuatro al unísono, colocándose tras el carro del romano.

Alcanzaba ya Mésala la meta y al tiempo de iniciar la peligrosa vuelta, oyó algo, mas no osó mirar. De entre los ruidos de la pista sobresalía la voz de Ben-Hur que excitaba a los caballos en el idioma arameo, como lo habría hecho el mismo *sheik*.

—¡«Altair»! ¡Oh, «Rigel»! ¿Qué te ocurre, «Antarés»? No vayáis ahora a flaquear, mis buenos caballos. ¡Vamos, «Aldebarán»! Ya se oyen a las mujeres y niños cantando en las tiendas. «Altair», «Antarés…». Oídme todos.

¡Victoria…! ¡Muy bien! Mañana a casa, a vuestra tienda negra… A casa… La tribu y el amo os están esperando. ¡Ya, ya está! ¡Muy bien! ¡Está derribado el orgulloso! Yace en el polvo la mano que nos hirió… ¡Nuestra es la gloria! Animo. ¡Ya! ¡Basta! ¡Quietos!

El hecho fue tan sencillo como rápido.

En el momento en que Mésala iba a girar, Ben-Hur, si quería pasarle delante, debía inclinarse a la izquierda en un movimiento de extremada precisión. El público entero lo comprendió y observaron la señal dada a los caballos y su soberbia salida. La cuadriga de Ben-Hur giró, rozando casi la rueda interna del judío estaba a punto de tocar la parte posterior del vehículo del romano. De pronto un estallido sobresaltó al Circo entero y en la pista cayeron infinidad de astillas blancas y doradas, mientras el carro de Mésala se inclinaba sobre el costado derecho. Saltó varias veces, antes de caer completamente destrozado. Mésala se precipitó de cabeza hacia adelante.

El horror de aquella escena aumentó, cuando el sidonio, que corría tras Mésala, rasgando el muro, no pudo parar ni desviarse. Su cuadriga cayó sobre los restos de la del romano a toda velocidad, pasando sobre el cuerpo mismo de Mésala.

Los espectadores, como movidos por un resorte, saltaron en masa sobre los bancos aplaudiendo y gritando desaforadamente.

Algunos miraron brevemente hacia Mésala. Permanecía inmóvil y como muerto. La mayoría siguió a Ben-Hur en su triunfal carrera, mas no habían podido advertir cómo tiró diestramente de las riendas, inclinando su carro y alcanzando la rueda de Mésala con el férreo eje de su carro, destrozándola.

No habían advertido otra cosa que el ardor que enardecía el espíritu del judío, su resolución y la energía con que excitaba a sus cuatro árabes que saltaron como leones sobre su presa. Parecía que volasen.

Estaban aún el corintio y el bizantino en la mitad de aquel lado de la pista, cuando Ben-Hur daba la vuelta a la meta de partida.

«¡Acababa de ganar la carrera!».

Se puso en pie el cónsul, vociferó el pueblo hasta enronquecer y el director de los juegos bajó a coronar a los victoriosos.

El vencedor de pugilismo era un sajón de cabellos color de lino, cejas muy bajas y fisonomía tan bestial que atrajo la atención de Ben Hur. Aquél había sido uno de sus maestros en Roma y le había considerado su favorito. Miró luego hacia los espectadores; Simónides y sus acompañantes le contemplaban, y le dirigieron un saludo con la mano. Ester permaneció sentada, mas Iras levantóse para regalarle con una sonrisa y un saludo con su

abanico. Mucho halagaron dichos favores a Ben-Hur que ignoraba se habrían destinado a Mésala de haber sido el vencedor.

Se inició el cortejo y aclamados por la bulliciosa multitud atravesaron la Puerta del Triunfo.

La fiesta había acabado.

CAPITULO XV

UNA INVITACIÓN DE IRAS

Ben-Hur e Ilderín paseaban junto al río, en espera de la medianoche, momento en que pensaban ponerse en camino, siguiendo a la caravana que les llevaba treinta horas de ventaja.

El *sheik*, muy contento, insistía en hacer ricos presentes al joven, quien los rehusaba, satisfecho tan sólo con la humillación de su enemigo.

—Considera lo que has hecho por mí —argüía el árabe—. Desde ahora, en toda tienda negra, del Akaba al Océano, a través del Éufrates y más allá del mar de los escitas, aumentará la fama de «Mira» y sus descendientes y me ensalzarán a mí, sin pensar que ya estoy en el declive de la vida. Vendrán a mí los lanceros del desierto que no tienen amo, se multiplicarán mis hombres de espada y tendré el imperio del desierto. Esto me proporcionará magníficos tributos del comercio y el favor de los reyes. Esto puede otorgarme la benevolencia del César que mis mensajeros buscan… ¿Y no piensas aceptar nada? ¿Nada…?

—Nada, buen *sheik*. ¿No puedo contar con tu mano y tu corazón? Pues que esa multiplicación de tus bienes e influencias quede reservado para el Rey que ha de llegar. ¿Quién sabe si te los habrá proporcionado Dios para que lo emplees en su favor? Puede que algún día haga falta para la empresa proyectada y rehusándolo ahora, mañana tendría la libertad de pedírtelo.

Dos mensajeros les interrumpieron. Eran Malluch y un desconocido. El primero no dejó de mostrar su alegría por el triunfo.

—Pero vayamos a lo importante —dijo—. Simónides me encarga que os diga que en la reunión de los jugadores en Palacio, algunos han protestado por el pago de la prima.

Saltó Ilderín de su asiento, chillando con voz penetrante:

—¡Por el esplendor de Dios! Será el Oriente quien decida si la carrera se ganó legítimamente.

—Así es —repuso Malluch—. El director ha pagado el dinero.

—Muy bien.

—Cuando se quejaron de que Ben-Hur chocase con la rueda de Mésala, el director rió, recordándoles el latigazo que el romano asestó a los caballos, al dar la vuelta a la meta.

—¿Cómo está el ateniense?

—Ha muerto.

—¡Muerto! —exclamó Ben-Hur.

—¡Muerto! —corroboró Ilderín—. La suerte acompaña a esos monstruosos romanos. Seguro que Mésala salvó la vida.

—Sí, la salvó, *sheik*, pero esa vida será siempre una carga para él. Han dicho los médicos vivirá, mas no volverá a andar nunca.

En silencio. Ben-Hur alzó la vista al cielo. Imaginóse a Mésala amarrado como Simónides a un sillón, necesitando siempre de los criados para ser transportado. El mercader supo soportar tan terrible prueba, pero, ¿qué sería del altivo y ambicioso romano?

—Simónides desea que os diga también que Sanbalat ha tropezado con ciertas dificultades. Druso y los que se comprometieron con él a pagar los cinco talentos, han presentado el asunto al cónsul Majencio, quien lo ha elevado al César. También Mésala se niega a pagar y Sanbalat ha acudido también al cónsul, quien tiene aún el casó sin resolver. Los romanos honrados opinan que no se debe dispensar del pago a los que protestan. Toda la ciudad está escandalizada.

—¿Qué piensa Simónides? —inquirió Ben-Hur.

—El amo se ríe, satisfecho, diciendo: «Pagando, el romano se arruina y si se niega a pagar se deshonra. Ha de decidir la política imperial y mala estrategia sería, iniciar la campaña contra los partos ofendiendo al Oriente. Ofendiendo al *sheik* Ilderín conseguirán la enemistad del desierto, donde Majencio ha de establecer su línea de operaciones». Por eso Simónides dice que no os preocupéis, pues Mésala ha de pagar.

Recuperando su buen humor. Ilderín dijo, frotándose las manos:

—Pues vámonos, que el negocio ha de ir bien estando en manos de Simónides. La gloria es nuestra. Ordenaré que nos preparen los caballos.

—Espera —pidió Malluch—. Está aguardando un mensajero. ¿No deseas verle?

—¡Por el esplendor de Dios! Ya no me acordaba.

Malluch salió e hizo pasar a un gentil muchachito de agradables maneras.

—Iras, hija de Baltasar, me encarga felicite a Ilderín por el triunfo de sus caballos.

—Es muy amable la hija de mi amigo —agradeció el árabe con los ojos iluminados por la alegría—. Como prueba de la complacencia que me proporciona su mensaje le entregarás este anillo —y quitándolo de su dedo lo entregó al mensajero.

—Así lo haré, ¡oh, *sheik*! —respondió el muchacho—. Iras me encarga también que tengas la bondad de comunicar al joven Ben-Hur que ella y su padre irán a pasar algún tiempo al palacio de Iderneo, donde la egipcia recibirá al judío después de la hora cuarta de la mañana. Si el *sheik* Ilderín le hace esta merced ella le quedará muy agradecida.

El árabe contempló a Ben-Hur que estaba sonrojado de satisfacción.

—¿Qué vas a hacer? —interrogó.

—Si me lo permites, ¡oh, *sheik*!, veré a la egipcia.

Riendo, Ilderín, inquirió:

—¿No es lícito que un hombre disfrute de su juventud?

—Responde a quien te envía —dijo el judío al mensajero— que yo, Ben-Hur, iré al palacio de Iderneo, mañana a mediodía.

El muchachito saludó Con un ademán y marchó.

Ilderín emprendió el camino a medianoche, dejando un caballo y un guía que indicara a Ben-Hur el camino para reunirse con él, después de la cita con la hermosa hija del Nilo.

CAPITULO XVI

EL PALACIO DE IDERNEO

A la mañana siguiente, desde el Onfalo y siguiendo la columnata de Herodes, no tardó Ben-Hur en llegar al palacio de Iderneo, donde Iras le había citado.

Penetró en un vestíbulo flanqueado de leones alados y con escalinatas laterales, por el cual llegó a un pórtico. La arquitectura del lugar, con los leones, el pavimento y el ibis que a mitad de la escalinata esparcía agua en menuda lluvia, eran muestras de arte egipcio. Las gráciles columnas de mármol blanco del pórtico recordaban la arquitectura griega. Detúvose un momento el visitante a contemplar el delicado trabajo y luego penetró en el palacio.

Atravesando una puerta de dos hojas, se encontró en un pasadizo alto y estrecho. Pero el suelo y paredes, de un tono rojizo, eran bonitas por su misma sencillez. Caminaba Ben-Hur lentamente, recreándose en el solo pensamiento de encontrarse con la hermosa egipcia. Le deleitaría con sus historias y cantos, con su alegre voz y su inteligencia brillante, fantasiosa y original, y con aquellas miradas y sonrisas que hacían evocar toda la voluptuosidad oriental. Sentíase dichoso y se sumergía en la región feliz de los que sueñan.

Al final del pasadizo una puerta, cerrada hasta entonces, se abrió por sí sola, sin rechinar ni producir ruido alguno de cerrojos. El asombro que aquello le produjo pronto quedó olvidado al contemplar el espectáculo que je le ofrecía.

Veía el atrio romano de una vivienda de gran extensión y suntuosidad. El pavimento era de mosaico con pinturas representativas de temas mitológicos. Precisamente él ponía entonces los pies sobre una Leda que acariciaba un cisne.

Los ricos muebles se reflejaban en la terca superficie del pavimento; incluso las pinturas al fresco y los bajorrelieves de las paredes se podían contemplar en el suelo como en un espejo.

En los cuatro ángulos del *lucernario* llegaban dorados pilares que refulgían bajo el sol y su reflejo en el suelo parecía hundirlos en una insondable profundidad. No faltaban ricos candelabros, hermosas esculturas y jarrones magníficos. Aquel lugar era comparable a la célebre casa que Cicerón compró a Creso, situada sobre el Palatino, o mejor aún, a la villa Tusculana de Escauro, famosa por su lujo escandaloso.

El joven paseó silencioso por la estancia, embargado por aquel ambiente delicioso y dejándose llevar de la fantasía. Tardó en extrañar la soledad de la estancia. En las moradas romanas el atrio era el lugar destinado a recibir a los visitantes y Ben-Hur esperaba allí, diciéndose que cuando Iras estuviese preparada saldría o enviaría a una esclava. Dio tres largas vueltas a la habitación. Transcurría el tiempo y la egipcia no aparecía. Se retrasaba excesivamente… Con ánimo de entretenerse, intentó interpretar las historias mitológicas. No tardó ya en sentir una impaciencia que derritió todos sus adorables ensueños. Prestando más atención sintió sobresalto, observando el completo silencio en que estaba la casa. Sintió inquietud y desconfianza, pero no tardó en desecharlas, diciéndose:

«Iras estará acicalándose. Quizá se da la última pincelada a los párpados o me prepara una guirnalda. Ya no tardará y me recompensará de la larga espera su extraordinaria belleza».

Sentándose, observó un candelabro de filigrana. Era de bronce y representaba una sacerdotisa celebrando en un altar. Silencio. A su pesar aquello le inquietaba. Reinaba el mismo silencio que en una tumba. ¿Habría él cometido algún error? De ninguna manera. La egipcia le había enviado un mensajero y no cabía duda de que aquél era el palacio de Iderneo. Acordándose de la misteriosa manera en que se abrió la puerta, que había vuelto a cerrarse por sí misma, allí se encaminó.

Le alarmó el resonar de sus pisadas. Intentó en vano abrir aquella puerta; sentíase nervioso. Hizo un segundo esfuerzo, empleando todas sus fuerzas pero todo fue inútil. Sobrecogióse. Un presentimiento de peligro le invadió. ¿Quién en Antioquia podía desear perjudicarle? Mésala. ¿Qué significaba aquel palacio? ¿Por qué se encontraba él allí? El vestíbulo le había recordado a Egipto y a Atenas el albo pórtico, pero aquel atrio… era romano. Romano debía ser su propietario. Aunque el lugar céntrico en que el palacio estaba situado parecía hacer desechar todo temor; una violencia, aquello mismo se

avenía al carácter audaz de su enemigo. Y en aquel momento el lugar sufrió a sus ojos un repentino cambio y toda su elegancia y belleza quedó nublada por la sombra del te mor que no vio allí sino una trampa.

Irritado, intentó Ben-Hur abrir otras dos puerta: que debían conducir a los dormitorios, pero no tuve mejor fortuna que con la primera. ¿Debía llamar y hacer ruido para atraer a alguien? Se avergonzó di sus temores y dirigióse al lecho, donde se tumbó con ánimo de reflexionar.

Por lo visto era un prisionero. ¿Por qué motivo? ¿De quién? ¿Sería una maquinación de Mésala…? Un; sonrisa de desafío brilló en su rostro al mirar las armas que había en cada mesa. Pero, ¿no ha muerto de hambre más de un pájaro, ocupando dorada jaula…? No sería eso lo que a él le esperaba.

Mésala no podía ir en persona pues ya jamás podría sostenerse sobre sus piernas, pero sí podía enviar a otro. No habían de faltar quienes admitieran un precio por la vida del judío. Entonces hizo un nuevo intento por abrirse camino. Luego gritó y sintióse sobrecogido al escuchar su propio eco. Intentó calmar se y esperar aún, antes de forzar las puertas.

Después de un tiempo, Ben-Hur quiso convencerse de que se trataba tan sólo de un accidente o descuido. A alguien había de pertenecer aquel palacio; no podía faltar quien es ocupase de él y dicha persona llegaría al menos, al anochecer.

Imbuido de esta idea aguardó…

Al cabo de media hora la puerta por la que entrara abrióse y se volvió a cerrar de la misma manera que antes. Ben-Hur, sentado en el extremo opuesto de la habitación, no lo advirtió. Sobresaltóse al oír unos pasos.

—¡Por fin! Debe de ser ella… —y se puso en pie Mas sin tardar advirtió que eran sonidos pesados producidos por toscas sandalias. Los dorados pilares se interponían entre él y la puerta, impidiéndole ver. Silenciosamente se adelantó para observar desde detrás de uno de ellos.

Oyó voces masculinas. No entendía su lenguaje porque no era de Oriente ni del mediodía europeo. Los desconocidos, dirigiéndose a la izquierda quedaron a la vista de Ben-Hur Eran dos hombres extraordinariamente robustos y muy altos que vestían cortas túnicas. No parecían ni amo ni criados de la casa. Asombrábales cuanto veían y todo lo tocaban y examinaban. Su vulgaridad y grosería parecía profanar el atrio. Mas su seguridad y tranquilidad demostraban que les había llevado allí una finalidad determinada. ¿Cuál?

Cada vez se acercaban más al lugar en que Ben-Hur se escondía. En determinado momento quedaron situados a plena luz.

Un escalofrío recorrió la espalda del judío al reconocer a uno de ellos. Era vigoroso, de hombros hercúleos y miembros llenos de cicatrices: El mismo que el día anterior fue coronado como vencedor del pugilato.

Por lo visto se habían hecho los preparativos para un asesinato y no existía otra víctima más que él. Lleno de ansiedad, miró Ben Hur al otro hombre, un joven de ojos y cabellos negros, con aspecto de judío y vestido, como su colosal compañero, con la túnica apropiada para los púgiles en los combates sobre la arena. No cabía duda alguna; se le había atraído a palacio con un fin: Perecer sin que nadie pudiese socorrerle.

Mentalmente repasó todas las situaciones de su vida y se convenció de que acababa de entrar en una nueva fase. Anteriormente él fue siempre la víctima, mas en adelante se convertiría en verdugo. ¿No había ya inmolado el día anterior su primera víctima? Aquel pensamiento habría llenado de remordimientos a un alma cristiana, pero no a Ben-Hur que fue educado según las enseñanzas del primer legislador judío. Mésala recibía su justo castigo, no una injusticia. El Cielo le había permitido ganarle y sentía una fe ciega, esa fe que tanta fuerza proporciona en los peligros inminentes.

La nueva fase de su vida se le aparecía con una misión tan santa como santo era el Rey esperado; y en aquella misión la fuerza era un instrumento completamente legal. No debía, pues, atemorizarse al principiar su carrera. ¡Adelante!

E inmediatamente despojóse de la faja, descubrió su cabeza y se desprendió de todos sus distintivos de ludio, dejándose tan sólo la túnica, análoga a la dé sus enemigos. Estaba preparado. Apoyóse en el pilar y aguardó.

Los otros seguían su examen del lugar; el normando volvióse y observando la presencia de Ben-Hur, dijo algo en aquel lenguaje desconocido y los dos le miraron de nuevo y se adelantaron hacia él.

—¿Quiénes sois? —inquirió Ben-Hur en el idioma del Lacio.

La sonrisa con que le correspondió el normando no contribuyó en absoluto a disimular la bestialidad de su rostro.

—Dos bárbaros —repuso.

—Estáis en el palacio de Iderneo. ¿A quién buscáis? Responded —exigió con tono severo.

Detuviéronse y el normando inquirió a su vez:

—¿Quién eres tú?

—Un romano.

—¡Ja… ja… ja! —rió el coloso—. Una vez oí contar que un dios nació de una vaca que había lamido una piedra de sal, pero ningún dios puede convertir en romano a un judío.

Dejando de reír volvió a hablar con su compañero y ambos avanzaron hacia Ben-Hur.

—¡Deteneos! —les gritó—. Escuchadme.

Paráronse de nuevo.

—¡Escuchadme! —remedó el sajón, cruzando sobre su pecho sus descomunales brazos y con el rostro ensombrecido—. Una palabra. ¡Habla!

—Te conozco. Eres Thord, el normando.

El aludido abrió con asombro sus azules ojos.

—En Roma has sido *lanista*[102].

Hizo el otro una señal afirmativa.

—Y yo he sido discípulo tuyo.

—¡Por las barbas de Irmin[103]! Nunca he convertido a un judío en gladiador.

—Pienso probar lo que os digo.

—¿Cómo?

—Habéis venido a matarme.

—Es cierto.

—Pues permite que tu compañero combata conmigo y sobre él tendrás la prueba que te he ofrecido.

La ancha faz del normando se iluminó con una expresión de buen humor y después de hablar con su compañero en su lengua, con pueril e ingenua alegría, exclamó:

—No empecéis hasta que yo lo diga.

Acercando convenientemente uno de los lechos de reposo se tumbó en él y una vez bien acomodado les dijo:

—¡Bueno! ¡Empezad!

—Defiéndete —dijo Ben-Hur, avanzando hacia su enemigo.

El otro se puso en guardia.

Uno frente al otro, en posición académica, no existía diferencia entre los dos pugilistas que podían haber pasado por hermanos gemelos. El extranjero sonreía confiado, mientras Ben-Hur permanecía con toda seriedad. Estaban tos dos convencidos de que había de ser un combate mortal.

La mano derecha de Ben-Hur amagó un golpe que el otro paró; se guardó con la izquierda, adelantando ligeramente el brazo. Y sucedió algo imprevisto. Antes de que pudiera retirarlo de aquella posición, Ben-Hur le

agarró por la muñeca con su puño que tres años de remo habían hecho experto y terrible. La sorpresa fue completa.[1] Se lanzó entonces el atacante hacia delante, impulsó el brazo a la garganta y el hombro derecho del extranjero, hízole dar media vuelta para que quedase al descubierto su costado izquierdo y dio un tremendo golpe con su puño derecho tras la oreja, en la nuca. Aquellos movimientos, realizados con inaudita rapidez, se confundieron en uno solo, sin necesidad de repetir el golpe, el púgil cayó sin exhalar un gemido y quedó tendido, inmóvil como un cadáver.

—¿Cómo? ¡Por las barbas de Herminio! —gritó Thord con asombro. Y se incorporó, riendo—. Ni yo mismo podía haberlo hecho mejor.

Miró al vencedor de pies a cabeza y sin disimular su admiración, añadió:

—Has repetido mi treta. La he realizado durante diez años en las escuelas de Roma. Veo que no eres judío. ¿Quién eres?

—¿Recuerdas a Arrio, el *duunviro*?

—¿Quinto Arrio? Era mi patrono.

—Tenía un hijo.

—Sí —y en aquel momento las groseras facciones de Thord adquirieron una ligera expresión de inteligencia—. Conocí al hijo que podía haber llegado a ser un gran gladiador. El mismo César le ofreció su patrocinio. De mí aprendió ese golpe que tú has dado a éste; sólo con un brazo como el mío se puede ejecutar.

—Yo soy el hijo de Arrio.

Acercóse más el extranjero para examinarle con atención. Sonrió con ingenua alegría y le ofreció la mano.

—¡Ja… ja… ja…! Y me habían dicho que aquí hallaría a un perro judío, cuya muerte representaría un gran servicio a los dioses.

—¿Quién te dijo tal cosa?

—Él, Mésala…

—¿Cuándo?

—Anoche.

—Me dijeron que estaba herido.

—Sí, y nunca ha de volver a andar. Cuando me lo dijo estaba en la cama, gimiendo.

Por aquella vivida imagen del odio comprendió Ben-Hur que ahora debía temer doblemente al romano, que no hallaría otra dulzura en la vida más que la venganza. Por él había perdido gloria y salud y por Sanbalat la fortuna. Aquel inválido sería siempre un estorbo en la obra que se emprendería a favor del Rey futuro. ¿Por qué no emplear sus mismos métodos? Si el romano

alquilaba un hombre para matarle, él, Ben-Hur, podía hacer otro tanto. Bastaba con pagar mejor. La tentación era muy fuerte, pero no tardó en desecharla. Miró al enemigo caído.

—Dime cuánto te ha dado Mésala para que me mates.

—Mil sestercios.

—Aún podrás cobrarlos y yo añadiré tres mil más. Hizo el coloso reflexiones en voz baja.

—Ayer gané cinco mil; con los mil del romano suman seis mil. Si tú me das cuatro mil me tendrás a tu servicio, aunque el viejo Thord, mi tocayo, me mate con su martillo. Dame sólo cuatro mil, Arrio, y si lo quieres mataré al patricio Con ponerle una mano en la boca… así… —y puso la mano en su boca para dar una idea.

—Diez mil sestercios son un capital. Volverías a Roma para abrir una tienda de vinos junto al Máximo.

El placer iluminó la cara del normando al imaginar el soñado futuro.

—Te daré los cuatro mil sin que por ese dinero hayas de derramar una gota de sangre. ¿Verdad que tu compañero se parece a mí?

—Tanto como dos manzanas de un mismo árbol.

—Pues si yo me pongo su túnica y a él le visto con la mía y le dejamos aquí, marchando nosotros, ¿no podrás cobrar igualmente lo que te ofreció Mésala? Diciéndole que yo he muerto…

—¡Ja… ja…! —la explosión de risa de Thord hizo que le saltaran las lágrimas—. ¡Diez mil sestercios! Nunca se pudo ganar tal suma con más facilidad. ¡Una tienda de vinos junto al Máximo gracias a una mentira! Hijo de Arrio, dame tu mano y no te preocupes… Si vuelves a Roma en alguna ocasión no dejes de ir a la tienda de Thord. Te serviré el mejor vino, aunque hubiera de quitárselo al mismo César.

Se dieron la mano, cambiaron los vestidos y acordaron que un mensajero entregaría a Thord los cuatro mil sestercios aquella noche. Resuelto todo Thord llamó a la puerta que se abrió inmediatamente. En una habitación adyacente al atrio completó Ben-Hur su atavío con las groseras prendas del pugilista muerto. Al llegar al Onfalo se despidieron.

—Hijo de Arrio, no dejes de pasar por mi tienda de vinos. ¡Por las barbas de Herminio! ¡Cómo iba yo a pensar en ganar con tal facilidad una fortuna! ¡Los dioses te acompañen!

Ben-Hur marchó satisfecho, pues si Thord cumplía su palabra el engaño se mantendría en secreto eternamente, ya que el muerto tenía un extraordinario parecido con él.

Por la noche explicó en casa de Simónides lo sucedido y convinieron en que pasados algunos días se solicitaría de la autoridad que procediese a la búsqueda del hijo de Arrio. De ser necesario acudirían incluso a Majencio y si nada se descubría, dejarían en paz a Mésala y Graco que, creyéndose libres de su enemigo, se considerarían felices. A su vez Ben-Hur podría ir libremente a Jerusalén para hacer gestiones sobre el paradero de su familia.

Simónides despidió al amo en el terrado. Deseóle la paz y un buen viaje con paternal ternura. Ester le acompañó hasta la puerta.

—Si logro encontrar a mi madre, Ester, te llevaré con ella a Jerusalén y serás la hermana de Tirza —y la besó.

¿Era tan sólo un beso de paz?

Cruzó el río y cerca del último campamento de Ilderín encontró al guía. Sacaron los caballos.

—El tuyo es éste —le dijo el árabe.

Ben-Hur le reconoció en seguida. Era «Aldebarán», el mejor y más veloz de los hijos de «Mira», y el preferido del *sheik*, después de «Sirio». Hacer aquel regalo había costado, sin duda, un doloroso sacrificio al buen anciano.

El cadáver hallado en el palacio de Iderneo fue enterrado aquella noche, según órdenes de Mésala, que comunicó inmediatamente a Graco la muerte de Ben-Hur, para su satisfacción.

Poco después, junto al Circo Máximo, en Roma, se abría una tienda de vinos con un letrero: «Thord, el normando».

LIBRO SEXTO

¿Es ésta la muerte o quizá hay dos?
¿Es la muerte compañera de esta mujer?

La piel era blanca como la lepra.
pesadilla de la muerte en vida.
que la sangre congela en las venas.

Coleridge.

CAPÍTULO I

LA TORRE ANTONIA. - EL CALABOZO NÚMERO VI

Transcurrieron treinta días desde que Ben-Hur saliera de Antioquía para reunirse con Ilderín en el desierto.

En el lapso de tiempo sobrevino un acontecimiento que había de afectar la suerte del joven. Poncio Pilatos sustituyó a Valerio Graco.

Para ello hubo de gastar Simónides cinco talentos en moneda romana, entregados a Sayano que podía jactarse entonces del favoritismo imperial. Aquella sustitución tenía por objeto disminuir los riesgos a que Ben-Hur estaba expuesto en la búsqueda de su familia en Jerusalén.

El fiel servidor empleó en aquel pago las ganancias obtenidas sobre Druso y sus compañeros, que se hicieron enemigos de Mésala quien en poco tiempo quedó desacreditado en toda Roma.

En treinta días ya habían podido convencerse los judíos de que nada ganaban con tal cambio.

La cohorte que relevó la guarnición de la Torre Antonia entrando por la noche en la ciudad, plantó sus insignias militares en las murallas. Una multitud, exasperada por los bustos del Emperador, las águilas y globos, se dirigió a Cesárea para solicitar de Pilatos que retirara aquellos detestables símbolos del poder romano. Durante cinco días con sus noches esperaron a la puerta de su palacio, sin que el gobernador tuviera a bien recibirles; por fin se les citó en el circo y cuando les tuvo allí envió a sus soldados y los judíos, en vez de resistir se humillaron y ofrecieron sus vidas. Las imágenes e insignias que Graco tuvo la consideración de no poner nunca a la vista del pueblo israelita, Pilatos las hizo llevar a Cesárea.

La maldad del peor de los mortales puede quedar oculta bajo buenas acciones: eso hizo Pilatos. Ordenó que se inspeccionaran todas las prisiones

de Judea, averiguando los nombres de las personas recluidas e indicando los delitos de que se les acusaban. A aquella acción le impulsaba el temor de cargar con responsabilidades que correspondieron a su anterior. Pero el pueblo lo veía con buena voluntad sin darse cuenta, al principio, del motivo que le movía.

Se enteró de cosas asombrosas. Se libertaron a centenares de personas contra tas que no existía acusación y muchas a quienes se consideraba muertas desde mucho tiempo antes. En algunos torreones aparecieron seres que el pueblo ya no conocía y que las autoridades habían olvidado.

Uno de estos casos sucedió en la Torre Antonia.

Dicha torre, que ocupaba las dos terceras partes del Monte Mona, fue en un principio fortaleza edificada por los macedonios. Luego, Juan Hircano la transformó en ciudadela para defensa del Templo y se la consideraba inexpugnable; y Herodes la hizo fortalecer más, prolongando sus murallas. Su atrevido genio la convirtió en una gran construcción, dotada de cuantas dependencias eran oportunas para hacer de ella la plaza fuerte que soñaba. Tenía oficinas, cuarteles, armerías, vastos almacenes de provisiones, cisternas y prisiones para todas las clases sociales.

Así estaba la torre cuando los romanos llegaron allí y la apreciaron en todo su valor. En la época de Graco fue ciudadela romana y prisión formidable para los acusados de revolucionarios. ¡Pobre de quien en un día de revuelta era apresado por la cohorte y convicto de rebelión! ¡Pobre del judío que allí entraba, pues no había de ver más la luz del sol!

Cuando en la Torre Antonia se recibió la orden del nuevo gobernador se cumplió inmediatamente. El tribuno comandante de la Torre tenía el informe sobre la mesa, preparado para ser enviado a Pilatos. El ruido que hizo un manojo de llaves de un guardián que entraba en aquel momento atrajo su atención.

—¡Ah! ¿Eres tú, Gesius? Entra.

—¡Oh, tribuno! —dijo, haciendo una profunda reverenda y con una expresión de preocupación y disgusto—. Temo explicarte lo que me trae a tu presencia.

—Otro error; ¿no es así?

—No sentiría tanto temor si lo considerase un error tan sólo.

—¿Se trata de un crimen? ¿Una infidelidad…? Eso es peor, pues más de uno se ha burlado del César o renegado de los dioses impunemente. Pero no ocurre lo mismo si la ofensa es contra las águilas. Tú ya lo sabes, Gesius, sigue…

—Valerio Graco me nombró carcelero hace ocho años. Tomé posesión de mi cargo al día siguiente de un motín en que corrió la sangre. Murieron varios judíos y nosotros tuvimos algún herido. Por lo visto intentaron asesinar a Graco de una pedrada en la cabeza. El gobernador estaba sentado en el lugar que tú ocupas ahora y llevaba la cabeza vendada, el día que me comunicó mi nombramiento y me entregó estas llaves, numeradas con los mismos números que llevan los calabozos. Me recomendó que no me separase nunca de ellas, pues son las insignias de mi oficio. También me entregó un rollo de pergamino, diciéndome: «Éste es el plano de los calabozos de los dos pisos y la planta baja. Quedas encargado de su custodia. Y ahora que tienes llaves y plano, ve a enterarte de la disposición de los departamentos, visita las celdas una a una y observa sus condiciones. Puedes disponer lo que creas conveniente, siempre que sea para la seguridad de algún prisionero; a ningún otro has de dar cuenta de tus actos». Yo me disponía a salir, cuando él volvió a llamarme: «Se me olvidaba. Dame el plano de la planta baja». Se lo entregué y Graco lo extendió sobre la mesa. «Mira este calabozo, Gesius —y señaló el marcado con el número cinco—. En esta celda están encerrados tres individuos muy peligrosos que conocen un secreto de Estado. Están sufriendo la pena de su curiosidad —añadió con severa expresión— que en algunos casos es el crimen peor. Por ello han quedado ciegos y mudos y deben permanecer en su encierro toda la vida. No permitas que reciban otra cosa que no sea la comida y el agua que se les entregará por el ventanillo que hay en la pared. ¿Has oído bien?». Repuse que sí y él continuó, como amenazándome: «Aún he de encargarte otra cosa que espero no olvidarás, pues ese olvido podría costarte caro. La puerta del calabozo que te digo, el número cinco, no debe abrirse nunca ni por motivo alguno». «¿Y si muere alguno?», objeté yo. «En tal caso el calabozo será su tumba. Deben morir allí, olvidados del mundo. Es la celda de los leprosos. ¿Entendido?». Con esto me despidió.

Calló Gesius, mientras sacaba tres pergaminos que guardaba en el pecho y estaban sucios y amarillos por el tiempo y el uso.

—Éste es el piso bajo —dijo, extendiendo uno de ellos.

El tribuno contempló el siguiente plano.

PASILLO

V	IV	III	II	I

—Quisiera hacerte una pregunta, ¡oh tribuno! —dijo humildemente el carcelero.

Hizo el tribuno un ademán de asentimiento.

—En aquel caso, ¿no era mi deber considerar exacto el plano que te enseño?

—¿Qué otra cosa podías pensar?

—Pues resulta que no es exacto.

Su jefe le miró grandemente sorprendido.

—No es exacto puesto que no figuran más que cinco calabozos y en ese lugar hay seis.

—¿Cómo? Seis…

—Voy a mostrarte cómo me imagino yo que está dividido ese piso —y Gesius trazó el siguiente diagrama, entregándolo al tribuno, que lo examinó.

PASILLO



VI

—Has obrado bien. Ya te entregaré un nuevo plano, corregido. Mañana recuérdamelo —y el tribuno creyó concluida la cuestión.

—Tienes que oír más, ¡oh tribuno!

—Mañana será, Gesius.

—Lo que tengo que decirte has de saberlo sin dilación.

El tribuno se sentó pacientemente, tomándolo a broma.

—No he de entretenerte mucho. Permíteme otra pregunta. ¿No era mi deber creer a Graco en lo referente a los tres, prisioneros del calabozo número cinco?

—Naturalmente; debías creer que había allí tres: prisioneros de Estado ciegos y mudos.

—Pues tampoco eso era cierto.

—¿Cómo? —se asombró el tribuno, interesado ya.

—Escúchame y tú mismo podrás juzgar. Según se me encargó, registré uno a uno todos los calabozos respetando la orden de no abrir el número cinco al cual se ha pasado comida y bebida por el ventanilla durante ocho años. Por primera vez me acerqué ayer a la puerta con intención de ver a los desgraciados que contra lo que cabía esperar, aún conservan la vida. La llave

no pudo entrar en la cerradura. Al forzar la puerta, que cayó al primer empuje, vi que allí no había más que un hombre desnudo, carente de vista y lengua. Sus cabellos desgreñados le cubrían la espalda y tenía la piel apergaminada. Sus uñas habían crecido tanto que estaban retorcidas como las de un ave de rapiña Cuando le pregunté por sus compañeros hizo con la cabeza un movimiento negativo. Se registraron suelo y paredes sin hallar el menor rastro. Si ciertamente allí estuvieron tres hombres y dos habían muerto, ¿dónde estaban sus restos?

—Así que tú crees…

Que durante estos ocho años en la celda número cinco no ha habido más que un solo prisionero.

—Mide tus palabras —le reprendió severamente su superior—. Das a entender que Valerio Graco mintió a sabiendas.

—Quizá fue engañado —arguyó el carcelero.

—No. No estaba equivocado. Por tus palabras se deduce que no estaba equivocado ya que dices que en estos años se ha llevado siempre comida para tres.

—Todavía no sabes, ¡oh tribuno!, más que una parte de la historia. Cuando la acabe me darás la razón. A aquel hombre se le mandó al baño, se le cortó el cabello, proporcionósele vestido y quedó en libertad. Mas hoy ha venido con deseos de verme a toda costa y me dio a entender que deseaba volver a su celda. Cuando comprendió que se le llevaba allí nuevamente se echó a mis pies, besándolos y me inspiró una gran compasión. Indicóme a su modo que le acompañase al calabozo y fui con él. Una vez en el calabozo el pobre viejo me llevó hasta un agujero tan pequeño como el ventanillo por donde a él le pasábamos el alimento. Aunque un yelmo como el tuyo habría pasado por él, yo no había advertido aquel agujero. El hombre se acercó allí y aproximó la boca, lanzando un grito inarticulado, al que correspondió alguien con un débil gemido. Me quedé asombrado. Yo mismo hablé desde allí, pero hube de repetir mi llamada para obtener respuesta. «¡Alabado seas, Señor!». Asómbrate, tribuno, era la voz de una mujer. Cuando la pregunté quién era, repuso: «Una mujer de Israel a quien se ha enterrado aquí con su hija. Si no nos socorréis pronto, moriremos». Las animé, prometiendo ayudarlas y vengo a que me digas qué debo hacer.

El tribuno se puso en pie rápidamente.

—Realmente tenías razón, Gesius. El plano era tan falso como la historia de los tres prisioneros. No cabe duda de que hay romanos mejores que Valerio Graco.

—Tienes razón. El prisionero ciego me dio a entender que él entregaba a las mujeres el alimento y el agua diariamente.

—Todo eso se ha de hacer constar. Vayamos a ver a esas mujeres.

—Habrá que abrir una brecha en el muro. Encontré el lugar donde estuvo la puerta, ahora tapiada sólidamente.

El tribuno encargó a un escriba que llevase hombres con herramientas.

—Rápido y que todavía no se lleven el informe para el gobernador, pues hay que hacer rectificaciones.

Al poco se hallaban en el calabozo número cinco.

CAPITULO II

LAS LEPROSAS

Ocho años antes, la misma mañana del accidente, Graco había ordenado conducir a la Torre Antonia a la madre de Ben-Hur y a Tirza, su hermana. La torre estaba bajo la autoridad del gobernador lo que le permitía una buena vigilancia y eligió para ellas la celda número seis porque era inaccesible y particularmente porque, estando infectada de lepra, daba por hecho que llevarlas allí era procurarlas una rápida muerte, que había de guardar su secreto.

Por ello se las condujo al *ergástulo*[104] de noche y por esclavos a los que alejaron inmediatamente de la ciudad, después de tapiar la puerta. Con el fin de evitar acusaciones, en el caso más que dudoso de que aquello se descubriese, aparentaba someterlas a un castigo justo y no cometer un doble asesinato, prefiriendo que la muerte de las prisioneras sobreviniese de un modo natural. Por tanto eligió un condenado ciego al que arrancó la lengua, para tener la seguridad de su silencio y aquel desgraciado se encargó de pasar el alimento a las mujeres. El pobre hombre no podría jamás reconocer a las mujeres ni acusar a su juez.

Con este plan diabólico, sugerido en parte por Mésala, pudo confiscar toda la fortuna de los Hur, de la que no llegó ni la más pequeña fracción a las arcas imperiales.

Como complemento de sus precauciones, Graco separó de la torre al antiguo carcelero, que aunque no se enteró de nada de lo ocurrido, sabía cómo estaban dispuestos los calabozos en aquel piso.

Imposible imaginar la mínima parte de los sufrimientos de aquellas mujeres de delicados sentimientos y costumbres y de superioridad intelectual.

Los sufrimientos parecen más o menos intensos según el grado de sensibilidad de cada uno. Un espíritu depurado siente en más los goces y

alegrías. Por ello no es difícil comprender la desesperada situación de aquellos dos seres inocentes. La situación de su celda era como la describió Gesius. Muy espaciosa, pero sus paredes de roca viva estaban sin labrar lo mismo que el pavimiento.

Las celdas cinco, cuatro, tres, dos y una, habían sido excavadas en la roca, de la parte norte del castillo macedónico. La celda número seis lindaba con todas ellas, pero no tenía otra comunicación que la celda número cinco. El costado exterior del calabozo de las pobres mujeres limitaba con la parte exterior por una colosal muralla que en otro tiempo tuvo diversas aberturas para la ventilación, pero de las que Herodes, deseando reforzar la torre, había hecho desaparecer la mayor. Tan sólo una permitía un poco de paso al aire y la luz.

Estaban las dos mujeres muy cerca del agujero; una sentada, la otra apoyada en la primera. No había allí lecho, asientos, ni siquiera un montón de paja; tan sólo la desnuda roca. La escasa luz las da apariencia de espectros. Van desnudas, pues no tienen prenda alguna y tan sólo poseen su recíproco amor. Se agotan las ilusiones, pero el amor es imperecedero, porque el amor es el mismo Dios.

Comprendían que era de día cuando entraba claridad por aquel agujero y cuando empezaba a palidecer sabían que se acercaba la noche, para ellas tan larga y lúgubre.

Mirando aquel agujero pensaban en el mundo. ¡El mundo! Llevadas por la fantasía salían a él para preguntar la una por el hijo, la otra por el hermano y mientras sus cuerpos soportaban la trágica situación, buscaban al ser querido, imaginándole cada vez en un lugar distinto, errante, yendo siempre en busca de ellas.

El suponer que él no las olvidaba las llenaba de un tierno consuelo y ambas apoyaban en él sus esperanzas.

La madre había poseído gran belleza y la hija fue una linda niña. Ni el amor habría inspirado ahora esa idea. Su cabello largo y enmarañado está completamente blanco y ante ellas se siente una extraordinaria repulsión. Probablemente ahora sienten hambre, pues no han probado nada desde que el prisionero fue sacado de su celda el día anterior.

Tirza, apoyada en su madre, y abrazándola, solloza.

—Calla, hija. Ya vendrán. Dios es compasivo y nosotras no le hemos olvidado nunca, ni hemos dejado de rezar a cada toque de trompeta en el Templo. Todavía hay luz. Si el sol no se ha puesto no es ni la hora séptima. Ya vendrán. Confiemos en la bondad de Dios.

La madre hablaba a Tirza con esas sencillas palabras en un tono rebosante de afecto. Parecía dirigirse a una niña, aunque su hija ya no lo era, pues habían pasado ocho años desde que la separaran de Ben-Hur a los trece.

—Intentaré ser fuerte, madre. Más grandes han de ser tus sufrimientos que los míos y necesito vivir para ti y para mi hermano. ¿Dónde se encontrará? Nunca dará con nosotras.

El timbre de su voz tiene algo de metálico, de inhumano.

—Anoche soñé con él; le veía cómo te veo a ti. Los sueños son realidades y ya sabes que nuestros antepasados creían en ellos. ¡Cuántas veces les ha hablado el Señor por este medio…! Le «vi» en el Patio de las Mujeres, ante la puerta. Había muchas mujeres con nosotras y él, bajo el dintel, miraba a uno y otro lado. Yo sabía que nos buscaba y mi corazón latió con fuerza; corrí hacía él con los brazos extendidos y le llamé. Pero aunque me vio y me oyó, no pudo reconocerme. De pronto desapareció.

—¿Y no sería eso lo que realmente habría de ocurrir si fuéramos a buscarle?

—Hemos cambiado tanto… —la cabeza de la madre cayó sobre su pecho con abatimiento y su semblante se contrajo de dolor—. Pero nosotras podemos hacernos reconocer por él.

—Agua, madre —volvió a gemir Tirza, retorciéndose las manos—. ¡Aunque sea sólo una gota!

Miró la madre a su alrededor, en silencio, desesperada. Una sombra nubló la escasa luz y la hizo pensar en la muerte, tan cercana ya, que no esperaba otra cosa sino que su fe se extinguiera, para apoderarse de ella.

—Ten paciencia, Tirza. En seguida vienen. Ya están —hablaba así tan sólo por calmar a Tirza, pero en aquel momento creyó realmente oír sonidos tras la pequeña abertura. Era así. Al poco se oyó el grito inarticulado del mudo. También Tirza lo oyó y las dos se pusieron de pie.

—¡Loado sea Dios! —exclamó fervorosamente la madre sintiendo renacer sus esperanzas.

—¿Quién está ahí? —preguntaron luego—. ¿Quiénes sois?

Eran las primeras palabras que oían desde hacía ocho años y las produjeron el efecto de que pasaban de la muerte a la vida.

—Una mujer de Israel a quien se ha enterrado con su hija. Si no nos socorréis pronto, moriremos.

—¡Animo! Un momento que ahora vuelvo.

Las infelices sollozaron. Se las había hallado… llegaban a socorrerlas. Ahora se las pondría en libertad. Inmediatamente se restauraría su causa y

recobrarían cuanto perdieron; casa, amigos, propiedades y sobre todo… a él; el hijo, el hermano. Creíanse a las puertas del Paraíso y olvidando hambre y sed cayeron al suelo abrazadas y sollozando.

Y la espera no les pareció larga.

El carcelero había hecho un relato minucioso, pero el tribuno era diligente.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó.

—Nosotras —dijo la madre, puesta en pie, a través del agujero.

Y en seguida pudo oír que golpeaban incesantemente al otro lado del muro con picos de hierro. Atendieron guardando silencio, comprendiendo que se les abría el camino de la libertad. A cada instante eran más perceptibles los sonidos; caían constantemente fragmentos de roca; pronto llegaría la libertad. De pronto —¡oh, dicha!—, el rayo rojo de una antorcha brilló a través de una hendidura y en aquellas tinieblas que llenaban la celda, aquella luz fue hermosa como el lucero de la mañana.

—¡Es él, madre mía, es él! ¡Al fin nos ha encontrado! —gritó Tirza.

—Dios es bueno —respondió la madre con dulzura.

Empezaron a caer bloques más grandes dentro del calabozo y luego se desmoronó una gran parte del tabique… la puerta quedaba abierta.

Un hombre, blanco de yeso y polvo, pasó, se detuvo y levantó una antorcha sobre su cabeza. Otros le siguieron con antorchas y se hicieron a un lado respetuosamente para dejar paso al tribuno. Éste se detuvo cuando vio que las dos mujeres huían de él, no por miedo, sino por vergüenza. Desde la oscuridad del rincón en donde se habían refugiado surgieron unas palabras terribles y desesperadas.

—¡No os acerquéis! ¡Estamos impuras! ¡Impuras!

Los hombres que habían entrado temblaron, mirándose unos a otros.

—¡Impuras! ¡Impuras! —sonaba la voz en un gemido.

La dulce Tirza y su madre eran… ¡leprosas!

En aquel tiempo era horrible el significado de esta palabra, así lo confirma la sentencia del Talmud que dice: «Deben contarse entre los muertos al ciego, al leproso, al pobre y al que no tiene hijos».

Al leproso se le excluye de la sociedad, los que más le aman no se atreven a hablarle sino a larga distancia. Los derechos que pueden reclamar los demás no existen para él. El templo y la sinagoga le niegan sus ritos y le cierran sus puertas. Sólo cubren su cuerpo unos andrajos y vive en el desierto o en las tumbas abandonadas, convirtiéndose en espectro que vaga por el Hinnón y la Gehena[105].

Las llameantes antorchas iluminaban aquella triste escena.

El tribuno se adelantó hacia el rincón donde se habían refugiado.

—¡Impuras! ¡Impuras!

Aquellas palabras llenaron de terror al tribuno, pero no dio un paso atrás.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Dos mujeres moribundas. ¡No os aproximéis!

—Cuéntame tu historia y dime tu nombre. ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Quién te hizo encerrar y por qué motivo?

—Aquí en Jerusalén habitó un príncipe llamad/', Ben-Hur, a quien el mismo César llamaba su amigo. Yo soy su viuda y ésta su hija. Del por qué estamos enterradas aquí y desde cuándo, Valerio Graco podría decírtelo. ¡Ya ves a qué estado nos han reducido!

Debido al hedor y al humo de las antorchas la atmósfera era muy pesada, pero el romano llamó a uno para que se acercara y a esta luz escribió la respuesta detalladamente.

—Tendrás consuelo y justicia, mujer —dijo guardando sus tabletas—. Ahora te mandaré alimento y bebida.

—Y ropas y agua para lavarnos, te lo suplico, ¡oh romano generoso!

—Todo cuanto quieras —replicó.

—¡Dios es bueno! —dijo la viuda sollozando—. Que la paz sea siempre contigo.

—Ya no podré verte más, pero prepárate y esta noche estaréis libres en la puerta de la Torre. Ya conoces la Ley. Adiós.

En seguida salieron todos del calabozo.

Poco después, los esclavos llevaron a la celda un gran cántaro de agua, una jofaina y paños para lavarse. También llevaron pan y carne y por último dos vestidos, colocándolo todo al alcance de las prisioneras.

Más tarde fueron conducidas a la puerta y llévalas a la calle. De esta forma creyó cumplir el romano su obligación para con ellas. Y ambas quedaron libres en la ciudad de sus padres.

Dirigiendo sus miradas al cielo, en donde brillaban las estrellas tan alegremente como ocho años antes, no pudieron dejar de exclamar acongojadas:

—¿Qué será ahora de nosotras? ¿Adónde nos dirigiremos?

CAPITULO III

NUEVAMENTE JERUSALÉN

Mientras Gesius relataba aquel extraño asunto al tribuno de la Torre Antonia, un hombre ascendía pie por la vertiente oriental del Monte Olívete. El abrupto y polvoriento camino estaba limitado a ambos lados por la vegetación completamente seca, pues era época de sequía en Judea. Pero el viajero soportaba bien el abrasador ambiente porque era joven y robusto y se cubría tan sólo con una flotante túnica de lienzo.

Su paso era lento y dirigía repetidas miradas a derecha e izquierda como quien se dirige a un lugar amigo, tras una separación larga. Cercano ya a la cumbre de los montes Moab aceleró el paso y sin atender a su fatiga, ni volver una vez la cabeza, no tardó en llegar arriba. Desde allí con las pupilas dilatadas y enrojecido el semblante, contempló el espectáculo que se ofrecía a su vista.

El viajero era Ben-Hur que volvía a ver Jerusalén, la Ciudad Santa de Cristo, tal como la dejó Herodes. El joven se sentó en una roca y quitándose el turbante, contempló cómodamente la ciudad de sus padres.

Muy poco podía haber cambiado aquel paisaje montañoso desde que Ben-Hur fue alejado del país, pues la fisonomía de las montañas casi no se desfigura con el tiempo, cosa que no ocurre donde aparece la mano del hombre.

Para la vertiente occidental del Monte Olívete el sol es más benigno que para la oriental. Las viñas, árboles frutales y especialmente las higueras y viejos olivos se conservaban bastante verdes y frescos. Abajo, en el seco lecho del Cedrón la tierra verdeaba dando una agradable sensación. Aquél era el final del Monte Olívete y el principio del Moria. Allí terminaba la muralla de nívea blancura que levantara Salomó y Herodes completara. Desde la muralla la mirada ascendía hasta el Pórtico de Salomón que semejaba el

pedestal del monumento y cuyo plinto era el mismo cerro. Luego, la vista continuaba subiendo hasta el Patio de los Gentiles, el de los israelitas, luego al de las Mujeres y al de los Sacerdotes, todos con columnatas sobrepuestas de mármol blanco y gradas formando anfiteatro. Sobre estos patios resplandecía una maravillosa corona de grandes proporciones y rebosando oro.

Allí está la Tienda, el Tabernáculo, el *Sancta Santorum*. Ya no existe el Arca, pero para todo hijo de Israel era un dogma firmísimo que Jehová seguía allí.

Era una obra incomparable y no había otro templo ni monumento que pudiera competir con su superlativa magnificencia. Hoy no queda ni una piedra de toda aquella construcción. ¿Quién predijo su ruina? ¿Dios? ¿El Hombre Dios?

Ben-Hur seguía mirando cada vez más arriba hasta la cima del monte Sión que traía a la memoria los reyes ungidos y otros santos recuerdos.

Entre el Moria y el Sión, en lo más profundo se encontraba el Valle del Quesero, donde el Xistos regaba jardines y palacios que gozaban de delicioso frescor. Los pensamientos del judío se remontaron al gruño de edificios de la regia colina: la casa de Caifás, la Sinagoga Central, el Pretorio romano, el Hípico y los *cenotafios*[106], el Faselo, el Mariamno…

Entre ellos estaba el palacio de Herodes. ¿Cómo no pensar en aquel momento en el Rey que advendría, a quien Ben-Hur se había consagrado, dispuesto a allanarle el camino y proporcionarle el capital que pudiera precisar? Y se imaginó el día futuro en que el Rey tomara posesión del Moria y de su templo; de Sión con sus torres y palacios; de la oscura Torre Antonia; de la nueva ciudad de Bezeta, de los dos millones de israelitas que se reunirían con palmas y banderas y cantarían, regocijados por la llegada del Señor que les entregaba el mundo.

Ya se hundía el sol en el horizonte y la palidez de aquella hora varió el rumbo de los pensamientos de Ben-Hur, transportándolos a su antiguo hogar. Olvidando entonces sus ambiciones, tan sólo recordó los deberes que le llevaban a Jerusalén.

Habíase enterado de que Pilatos sustituía a Graco y estando éste ausente y Mésala inválido y creyéndole muerto ya no tenía nada que temer y era por tanto la ocasión de iniciar la búsqueda de su familia. Si él, en persona, no podía registrar las prisiones de Judea, daría el encargo a otro, *y si* daba con ellas, Pilatos no tendría motivos para retenerlas encerradas. En resumen, ya no quedaba ningún obstáculo que no se pudiese vencer con dinero. Cuando

las hubiera encontrado las conduciría a un lugar seguro y con la conciencia ya tranquila, podría dedicarse a la empresa para el Rey que esperaba.

Según lo que acordara con Ilderín, tres árabes le acompañaron hasta Jericó, donde los dejó con los caballos para proseguir él solo el camino a pie. Malluch iría a su encuentro en Jerusalén.

Creyendo prudente evitar todo contacto con las autoridades romanas, pensaba encargar al astuto y fiel Malluch de todas las investigaciones y permanecer él en la sombra.

Aunque su plan no estaba completamente definido, había ya trazado unas líneas generales. Pensaba que las primeras pesquisas debían hacerse en la Torre Antonia. La tradición popular hacía suponer que la parte baja de la Torre estaba repleta de lóbregos *ergástulos*, cosa que contribuía a mantener el terror en las gentes judías, que imaginaban muy posible un emparedamiento en aquella fortaleza. Recordaba perfectamente que al dirigirlas una última mirada en aquel fatídico día, vio como los romanos empujaban a su madre y hermana a lo largo de la calle que conducía a aquella torre. Aunque después las hubieran trasladado, si estuvieron allí, no sería difícil obtener algún detalle que sirviera de referencia para las siguientes averiguaciones.

Se aferraba especialmente a una esperanza que de ser realidad podría resultar de enorme utilidad. Se había enterado por Simónides de que Amrá, su nodriza, aún vivía. La fiel esclava habría logrado escapar de los soldados romanos, refugiándose en el palacio. Secretamente Simónides la había protegido y en la actualidad era la única habitante de la casa que Graco, a pesar de sus ofertas, no lograra vender a ningún precio. Los extranjeros no se decidían a comprarlo en cuanto se enteraban de la triste historia de sus legítimos dueños. El pueblo, cuando pasaba ante la casa, sentíase atemorizado y en voz baja, comentaba que estaba frecuentada por los espíritus, idea motivada sin duda porque habrían visto más de una vez la incierta silueta de Amrá a través de una ventana o en la azotea.

Tenía grandes deseos de llegar al lugar que tan dulces recuerdos tenía para él tanto por la ayuda que podría proporcionarle su nodriza en las investigaciones, como por abrazar a aquel ser tan fiel y querido.

CAPITULO IV

BEN-HUR A LA PUERTA DE SU HOGAR

Decidido a buscar primero a Amrá, después de la puesta del sol, Ben-Hur se dirigió a Jerusalén bajando por la vereda que lleva hasta el Cedrón. En el lugar de intercesión entre la villa de Siloán y los puentes de este nombre, se encontró con un pastor que llevaba carneros al mercado; entabló conversación con él y juntos entraron por Getsemaní, llegando a la ciudad por la Puerta del Pescado.

Era ya de noche cerrada cuando, separándose del pastor, embocó una callejuela hacia el Sur. Algunos le saludaron al pasar.

A ambos lados de la calle veíanse lóbregas casuchas, con sus puertas cerradas, todas en silencio, tan sólo se oía en los terrados alguna madre que reñía a su pequeño.

La soledad, la noche, el temor de no hallar lo que buscaba, todo, en fin, afectaba al recién llegado de un modo penoso. Llegó hasta la profunda piscina que se llama hoy Pozo de Betesda; levantó la vista y vio el lado norte de la Torre Antonia cuya silueta, negra y amenazadora, se destacaba sobre la escasa y opaca claridad.

Se detuvo Ben-Hur como si aquel colosal centinela le acabase de dar el alto. Consideró la enorme torre, asentada sobre inconmovibles cimientos y se dijo que era inexpugnable. Si estaban enterradas vivas en aquel lugar su madre y su hermana, ¿podría hacer algo por ellas? Por la fuerza, nada. Incluso un ejército entero y bien preparado se estrellaría contra aquella inerme y descomunal masa de piedra.

El enorme torreón del Sudeste parecía contemplarle burlonamente como lo haría un gigante con un pigmeo. ¿De qué habrían de servirle astucia e inteligencia? «Y Dios, el recurso de los desamparados, suele tardar tanto en acudir en nuestro socorro», pensaba Ben-Hur.

Se desalentaba con tan tristes meditaciones. Se internó en la calle que se extendía al Oeste enfrente de la torre y caminó por ella a paso lento.

Pensaba alojarse en un *khan* situado más arriba de Bezeta, mas antes, su corazón le impulsaba a pasar por su casa.

Las gentes seguían saludándole sin conocerle. Jamás una salutación le pareció más agradable, que las de aquella noche.

Por fin vislumbró la casa de sus padres.

Para quien hubo de abandonar el paraíso de su tierno hogar con lágrimas en los ojos, poder volver a aquella morada en que fue feliz, sería más grato que todos los éxitos y triunfos de su vida.

Ben-Hur se detuvo en el lado Norte del antiguo edificio. Aún se leía la inscripción sobre un pergamino: «Esta casa es propiedad del Emperador», cubriendo la juntura de las dos hojas de la puerta. Nadie había pasado por allí desde el día aciago del accidente. ¿Llamaría? Sería inútil, pero no pudo resistir la tentación. Quizá Amrá, oyéndole, miraría por alguna ventana. Cogió un guijarro, subió la ancha escalinata de piedra y golpeó tres veces. El eco se propagó por el interior, pero no obtuvo respuesta alguna. Llamó nuevamente y con más fuerza, pero sin resultado. Desde el otro lado de la calle examinó las ventanas en las que tampoco halló signo de vida; ni por la baranda que protegía el terrado superior pudo ver nada. Nadie se asomó para ver quién era el importuno que turbaba el silencio. Miró luego la fachada occidental con el mismo resultado negativo. Amrá no daba señales de vida.

Fue hacia la puerta Sur donde también seguía pegada la misma inscripción. La luna de agosto, cerniéndose sobre el Monte Olívete que había de llamarse luego Monte de la Ofensa, permitía ver claramente, la inscripción del pergamino que él leyó, impotente e indignado. Arrancólo con rabia y arrojó el papel a la zanja del camino. Sentándose en la escalera, rogó por el nuevo Rey, para que viniese pronto. Cuando se apaciguó, fue cediendo insensiblemente a la fatiga del largo viaje, en un día tan ardiente de estío, y apoyándose contra el muro quedó dormido.

Poco después dos mujeres se acercaron cautelosamente al palacio de Hur. Avanzaban con precauciones, deteniéndose para escuchar a su alrededor. Una vez que estuvieron junto al viejo edificio, una dijo a la otra en un susurro:

—¡Ésta es nuestra casa, Tirza!

Y Tirza, después de mirarla ansiosamente, se apoyó sobre el hombro de su madre, sollozando.

—Vámonos, hija mía; cuando amanezca —la madre hizo un esfuerzo para calmar su agitación— nos echarán fuera de la ciudad y…, ya no podremos

volver jamás.

Tirza cayó de rodillas sobre el empedrado.

—Sí —dijo entre sollozos—, por un momento había olvidado que somos leprosas y que no tenemos hogar.

La madre se inclinó y la levantó con dulzura, diciendo:

—Ya no hemos de sentir ningún temor.

Era verdad. Con sólo levantar su mano descarnada hubiese podido ahuyentar a toda una legión; ¡tan terrible era su contacto!

Deslizándose junto a la pared, llegaron hasta la puerta y se detuvieron al ver la inscripción que decía; «Esta casa es propiedad del Emperador».

Juntando sus descarnadas manos, la madre gimió con angustia indecible.

—Madre mía, ¿qué te pasa? ¡Me espantas!

—¡Ay Tirza, hija mía! ¡El pobre ha muerto!

—¿Quién, madre?

—Tu hermano. Se lo han quitado todo… ¡Hasta la casa!

—¡Pobre! —dijo Tirza con acento indefinible.

—¡Ya nadie podrá socorrernos!

—¿Qué haremos, madre?

—Buscaremos un agujero donde reposar, y…, pediremos limosna a la orilla de los caminos o…

Tirza se apoyó en ella, y dijo sollozando:

—Morir… ¿Qué podemos esperar sino morir?

—¡No! —dijo la madre con firmeza—. El Señor ha marcado nuestra hora y somos sus siervas fieles. Confiemos en Él en esta hora. Vamos.

Oprimió la mano de Tirza y se dirigió a la esquina occidental. Doblóla. La claridad de la luna iluminaba la fachada del edificio y la mitad de la calle.

Entonces se pudo advertir todo el horror de su triste estado: labios y mejillas carcomidos, ojos purulentos, manos y brazos apergaminados y escamosos, execrables mechones los cabellos, cubiertos, como las cejas, de una caspa blancuzca. Casi no se notaba diferencia de edad entre madre e hija, porque a las dos las había agostado la misma terrible dolencia.

—En la escalinata hay un hombre —musitó la madre—. Procuremos que no nos vea.

Pasaron al lado de la calle envuelta en sombras. La madre dijo:

—Ese hombre parece que duerme, Tirza. Voy a verlo.

Al acercarse al postigo el hombre suspiró y su cabeza, apoyada en la pared, quedó plenamente expuesta a la luz de la luna. Ella, mirándole, se

estremeció de pies a cabeza. Volvió otra vez los ojos a él, alzó las manos al cielo y corrió hacia Tirza.

—Como Dios está vivo, que ese hombre es mi hijo y tu hermano —dijo.

—¿Mi hermano Judá?

—Ven —propuso la madre, cogiéndola del brazo—. La miraremos una vez, una vez sola, y después, que Dios ampare a sus siervas.

Atravesaron la calle, silenciosas y rápidas como fantasmas. Cuando sus sombras se proyectaron sobre él, se detuvieron. Tirza quiso inclinarse para besarle, pero su madre la retuvo.

—¡No lo hagas, no lo hagas! ¡Impura, impura!

Tirza retrocedió con tanto espanto como si el leproso fuera su hermano.

Ben-Hur era varonilmente bello. Tenía atezada la faz por los vientos del desierto y, bajo su ligero bigote, sus dientes eran de nieve entre los encarnados labios. La barba, fina y corta, no cubría aún su redonda barbilla ni su garganta. ¡Qué hermoso aparecía a los ojos de su madre! Con las fuerzas que pudo darle su corazón de madre, reprimió el impulso de estrecharle entre sus brazos como cuando era niño. Por bien alguno de este mundo, aún a costa de su dicha y su salud, hubiera tocado con sus labios leprosos las mejillas del hijo.

Pero sentía la imperiosa necesidad de tocarle en aquel momento en que debía renunciar a él para siempre, precisamente cuando volvía a encontrarle. Sólo una madre podría comprender aquella situación y besó las suelas de sus sandalias, llenas del polvo del camino, poniendo toda su alma en aquellos repetidos besos.

Ben-Hur, volviéndose, extendió la mano y las dos le oyeron murmurar en sueños:

—¡Madre, Amrá! ¿Dónde estáis?

Y volvió a dormirse.

Tirza lo miraba, extática, la madre hundió la cabeza en el polvo, luchando para reprimir los sollozos, casi anhelosa de que despertara.

Judá preguntaba por ella y eso bastaba para su corazón de madre.

La infeliz, levantándose, hizo señal a Tirza de que le contemplaran una vez más y después volvieron a la zona de sombra. Allí se arrodillaron, como esperando alguna misteriosa revelación.

Aun dormía Judá cuando otra mujer apareció junto a las sombras del palacio. Era de estatura mediana, encorvada, de oscura piel, de cabellos grises. Vestía ropas de sirvienta y llevaba un cesto con legumbres.

Viendo un hombre en las gradas, la mujer se detuvo. Después subió resueltamente, empujó el postigo, metió en la casa el cesto y se volvió para mirar el rostro de aquel hombre, iluminado por la luna.

Desde su escondrijo Tirza y su madre oyeron a la mujer ahogar una exclamación, frotarse los ojos, como para ver mejor y, luego inclinarse con las manos juntas, para acabar cogiendo y besando tiernamente la mano de Judá. ¡La mano que hubieran ellas deseado devorar a besos y no se atrevían a tocar!

Ben-Hur, despertando, retiró instintivamente la mano, pero, al reparar en la mujer, exclamó.

—¡Amrá! ¿Eres tú?

La pobre mujer, sin acertar a pronunciar palabra, se precipitó sobre el pecho del joven, llorando de júbilo.

Él, suavemente, se desprendió de sus brazos y la besó en el rostro. Las mujeres del otro lado de la calle le oyeron preguntar.

—Amrá, dime que ha sido de Tirza y de mi madre. Habla, te lo suplico.

Amrá redobló sus sollozos.

—Tú las has visto, Amrá, tú sabes dónde están. Dime que están en casa.

Tirza quiso adelantarse, pero su madre la retuvo, murmurando a su oído:

—¡No te muevas! ¡Impuras, impuras!

Su corazón, destrozado, la impelía a él, pero se sobrepuso a todo su amor de madre.

Amrá, así acosada a preguntas, no hacía más que llorar.

—¿Ibas a entrar? —preguntó él, viendo el postigo abierto—. Me mintieron los romanos, así Dios les maldiga. Esta casa es mía. Levántate, Amrá, y entra.

Las dos desgraciadas quedaron ante la puerta que no debían volver a cruzar. Juntas, se tendieron en el polvo.

Habían cumplido con su deber.

Al amanecer siguiente los primeros que las vieron las expulsaron de la ciudad a pedradas.

—¡Fuera, fuera! Pues que pertenecéis a la muerte, andad con los muertos.

Y las dos huyeron, perseguidas por un griterío ensordecedor.

CAPITULO V

LA TUMBA DEL JARDÍN DEL REY

Para encontrar en Tierra Santa el lugar que todavía lleva el bello nombre de Jardín del Rey, ha de bajarse por las márgenes del Cedrón hasta el pozo de En-Rogel, de aguas cristalinas y dulces. Apoyándose en las piedras del brocal y sondeando la profundidad del pozo, cabe sonreír pensando en la forma primitiva en que se sacaba el agua en aquella época. Al norte se divisan las vertientes de los montes Moría y Sión. La una llega a Ofel[107] y la otra al lugar en que suele situarse el emplazamiento de la antigua ciudad de David.

Al fondo, perfilándose sobre el cielo, se vislumbran los restos de los antiguos sagrados edificios. De un lado, el Harán, con su graciosa cúpula; del otro el Hípico, de soberbias ruinas. El Monte de la Ofensa eleva a la derecha su abrupta majestad y a la izquierda se divisa el Cerro del Mal Consejo, el cual, según la historia sagrada y las tradiciones monásticas y rabínicas, no deja de suscitar cierto supersticioso terror.

Al pie del cerro se halla el infierno de la ortodoxia moderna, el infierno de fuego y azufre, antiguamente llamado Gehena y que aún ahora, como en tiempo de Cristo, está lleno de tumbas excavadas en la piedra y donde antaño residían los leprosos, no aislados, sino reunidos, formando la ciudad en que habitaban, de la que huían los demás, como maldita de Dios.

Dos días después de lo relatado anteriormente, Amrá se dirigió, temprano de mañana, al pozo En-Regel, junto al que se sentó sobre una piedra. Tenía la traza de una criada importante de familia rica. Llevaba un cántaro y un cesto cubierto con una servilleta blanca como la nieve.

Dejó jarra y cesto en tierra, se quitó el chal, cruzó las manos sobre las rodillas y contempló el paraje en que el cerro, casi cortado a pico, se levanta sobre el Aceldama y el Campo del Alfarero.

Era la primera en llegar al pozo, pero no tardó en presentarse un hombre con una soga y un cubo de cuero. Saludó a la mujer, sujetó el cubo a la cuerda y esperó la llegada de los clientes. Todos podían sacar agua del pozo, pero la módica cantidad de un *gerah*[108] bastaba para que aquel hombre sacase el agua que la más robusta mujer pudiese recibir en el más grande de los cántaros. Como Amrá callara, el hombre la preguntó cortésmente si deseaba que le llenase el cántaro.

—Todavía no —repuso ella, desentendiéndose luego del aguador.

Cuando ya la luz del sol brillaba sobre el Olívete, empezó a llegar la acostumbrada clientela. Amrá, sentada, miraba a lo alto del cerro.

Desde que quedó dueña absoluta en el palacio de Hur, era su costumbre ir por la noche al mercado. Siempre con el rostro velado, y con el mayor sigilo, visitaba las tiendas del Tiropeión, o las que se hallaban más allá de la Puerta del Pescado y al volver, tarde ya, de sus compras de carne y legumbres, se encerraba en la casa.

Inmensa era la alegría que experimentaba al ver a Ben-Hur en la casa de sus padres. El joven propúsola ir a vivir a un sitio donde tuviera más compañía, pero ella se negó. Ella, en cambio, le hubiera querido ver instalado en su palacio, pero el peligro de ser descubierto era muy grande. La prometió visitarla con frecuencia, y ella, cuando lo hacía, procuraba agradarle en todo lo posible. Sin reparar en que un hombre no podía tener iguales gustos que un niño, procuraba cuidarle como en su infancia. Recordando que le gustaban los dulces y no ignorando los platos que prefería, siempre se ingeniaba para tenerlos a mano. Por eso la noche anterior había ido al mercado de la Puerta del Pescado en busca de la mejor miel. Y allí escuchó a un hombre que narraba una cosa extraordinaria.

El hombre era uno de los que, antorcha en mano, presenciaran la entrada del tribuno comandante de la Torre Antonia, en la VI celda, donde se encontraban las mujeres de la familia de Hur. Todo se grabó en la mente del hombre, incluso las palabras de la viuda.

Puede imaginarse las sensaciones que aquello suscitó en la fiel Amrá. Hizo la compra y volvió a la casa como en sueños. ¡Cuánta sería la dicha de Ben-Hur al saber viva a su madre!

Mientras hacía sus faenas caseras, entre risas y llantos, ocurriósele un pensamiento que la dejó transida de horror. Decir a Judá que su madre y su hermana estaban leprosas, sería matarle. Nadie le impediría ir a la hórrida ciudad que se extendía al pie del Cerro del Mal Consejo. Buscaría a las

mujeres, tumba por tumba, aun a sabiendas de que el aire *mefítico*[109] del lugar le contagiaría.

Amrá se retorció las manos. ¿Qué podía hacer?

Como otras muchas mujeres, decidió según sus sentimientos y no su razón, y resolvió ir por la mañana al pozo de En-Rogel, adonde solían los leprosos ir de mañana a buscar el agua. Debían depositar sus cántaros a alguna distancia y esperar a que se los llenasen. Tirza y su madre harían lo mismo que todos, porque para la ley, inexorable, lo mismo era un leproso rico que uno pobre.

Amrá pues, quiso ir primero al pozo y enterarse de todo antes de hablar a Ben-Hur. La sed llevaría al pozo a las dos infortunadas, y si ella no las reconocía, ellas seguramente sí.

Aquel día fue Ben-Hur y los dos hablaron largo rato. Él había acordado ya iniciar las investigaciones para encontrar a su madre cuando al otro día llegase Malluch. Para contener su impaciencia salió a dar un paseo por los alrededores. El secreto oprimía a la buena Amrá, pero supo callar.

Preparó una excelente comida y al alborear, aun brillando las estrellas en el cielo, tomó un cántaro y, pasando por la Puerta del Pescado, se dirigió al pozo, al que llegó antes que nadie.

Al rayar el sol, mientras el aguador se atareaba más sirviendo a sus parroquianas, empezó a aparecer a la entrada de las tumbas la mísera población de la falda del cerro.

Pronto se formaron cerca grupos, algunos de niños en el más lamentable estado. Mujeres con cántaros sobre los hombros o tambaleantes ancianos apoyados en cayados, se detuvieron a considerable distancia del pozo. Había quienes tenían que sostenerse en otros. En las bocas de las cuevas se distinguían algunos que parecían verdaderos detritus humanos, tendidos sobre montones de paja.

Aún en aquella extremada amargura, el amor suavizaba tan dolorosa vida. La distancia atenuaba el horror de tal miseria y disminuía la repulsión que suscitaban los desventurados impuros.

Desde su asiento junto al pozo Amrá examinaba aquellos grupos de espectros ambulantes. Mas de una vez creyó distinguir a las que buscaba. No tenía la menor duda de que ellas se encontraban allí y no podría dejar de aproximarse, como las demás. Probablemente esperarían a que los otros se marcharan.

En lo más bajo de la base del cerro abríase una tumba que por las anchas dimensiones de su boca había atraído más de una de las miradas de Amrá

cerca se encontraba una piedra de gran tamaño. El sol penetraba y no parecía que dentro hubiese nadie, no siendo algún perro sarnoso que acudía allí en busca huesos. Y de aquellas cavernas vio Amrá salir dos mujeres, trabajosamente apoyadas una en otra. Las dos tenían el cabello blanquecino y parecían viejas, pero sus vestidos no estaban rotos ni sucios. Miraban a su alrededor como si el paraje les fuera desconocido y parecían estremecidas ante el conjunto horrible que las rodeaba.

El corazón de Amrá latía apresuradamente. No podía separar sus ojos de las desgraciadas. Tras un rato de permanecer indecisas junto a la piedra acercáronse temerosas, al pozo. Muchas voces les mandaron detenerse y el aguador cogió guijarros para lanzárselos. Las mujeres proferían maldiciones. Los otros enfermos gritaban, desde el pie del cerro.

—¡Impuras, impuras!

«Estas dos —supuso Amrá— son nuevas y no conocen las costumbres de los leprosos».

Salió a su encuentro, con el cesto y el cántaro. En el pozo la gente se había tranquilizado.

—Ésa es una loca —dijo una mujer—. ¡Mira que llevar alimentos a unas muertas en vida!

—A lo mejor viene de lejos —añadió otra.

Amrá avanzaba. ¿Y si se había engañado? Sentía el corazón en la garganta. A cada paso aumentaban su turbación y sus dudas. A cuatro o cinco pasos de distancia se detuvo.

¿Podría ser aquélla la señora cuyas manos besara tantas veces? ¿Y la otra Tirza a quien amamantara en su infancia? ¿La risueña niña de dulce rostro que cantaba a todas horas, alegrando la casa? ¿La bendición que Dios le prometía para consuelo de su vejez?

«Me parecen muy viejas —se dijo—. Más vale que me retire».

Y ya se volvía cuando una de las leprosas le llamó:

—Amrá.

La egipcia dejó caer el cántaro y volvió la cabeza temblando.

—¿Quién me llama?

Los pasmados ojos de la sierva se fijaron en el rostro de la que hablaba.

—¿Eres mi ama? —preguntó.

—Somos las que buscas.

—¡Ama mía, ama mía! ¡Al fin os encuentro! ¡Bendito sea el que me trajo aquí!

Y, arrodillándose, la pobre mujer quiso acortar la distancia hasta sus amas.

—No te acerques —mandó la madre—. ¡Impuras, impuras!

Amrá se postró en el polvo, sollozando de tal modo que hasta la gente del pozo la oyó.

Irguióse, al fin, y preguntó, entre lágrimas.

—¿Y Tirza? ¿Dónde está Tirza?

—Aquí, Amrá, aquí. ¿Quieres darme un poco de agua?

El hábito de la servidumbre no se desmintió. Amrá, levantándose, descubrió el cesto.

—Aquí hay pan y carne —dijo.

Quiso extender la servilleta en el suelo, pero su ama la atajó.

—No hagas eso, Amrá. Te apedrearían y nos negarían el agua. Deja la cesta, llena el cántaro, déjalo'y nosotras lo llevaremos a nuestra caverna. Ya has hecho cuanto podías. Date prisa, Amrá.

La gente, compadecida, abrió paso a la sirvienta y le ayudó a llenar el cántaro. Porque así de conmovida se mostraba la pobre mujer.

—¿Quiénes son? —la preguntó una mujer.

Amrá respondió apagadamente.

—¡Eran tan buenas para mí!

Púsose el cántaro al hombro y volvió hacia sus señoras. Sólo el grito de «¡Impuras, impuras!» la retuvo de llegar a su lado. Depositó el cántaro junto al cesto y se detuvo a corta distancia.

—Muy buena eres, Amrá —dijo su señora, tomándolo todo.

—¿Puedo serviros en algo más?

La mano de la madre, temblorosa por la fiebre, se apoyaba sobre el cántaro.

—Sí —dijo con firmeza—. Sé que ha vuelto Judá. Hace dos noches le vi, dormido en la escalinata de casa. Y observé cuando lo despertaste.

Amrá juntó las manos.

—¡Y no te acercaste, ama mía!

—Nuestro aspecto pudiera haberle matado. Nunca podré volver a estrecharle entre mis brazos. Pero sé el cariño que le tienes, Amrá.

—Sena capaz de morir por él —dijo la fiel servidora, volviendo a arrodillarse, llorando.

—Pruébamelo.

—¿Cómo?

—No diciéndole donde estamos ni que me has visto. Eso sólo te pido, Amrá.

—Pues os busca y sólo para eso ha venido a Jerusalén.

—No debe saber nuestro destino ni nuestro paradero. Desde hoy en adelante nos servirás como hasta ahora, trayendo lo poco que necesitamos para sustentarnos. Vendrás cada mañana y cada noche y…

La fuerte voluntad de la mujer no pudo evitar que su voz se quebrase.

—… Y nos hablarás de él. Pero no le dirás una palabra de nosotras.

—Muy duro me será oír que él, en cambio, se refiere a vosotras de continuo y se pasa la vida buscándoos. Mucho me dolerá contemplar el amor que os tiene y no poder certificarle que estáis con vida.

—Podrías decirle que estamos bien, Amrá.

La madre reflexionó.

—No; lo mejor es que calles por completo. Vete y vuelve a la noche. Saldremos a buscarte. Hasta luego, Amrá.

Amrá se postró otra vez, con la frente en el ya caliente polvo.

—El secreto va a serme insoportable y dificilísimo de guardar, señora.

La madre, mientras alargaba el cesto a Tirza, respondió:

—Peor sería verle como nosotras.

Y repitió:

—Hasta la noche.

Tomó el cántaro y las dos mujeres se dirigieron a su tumba.

Amrá esperó hasta que se perdieron de vista. Entonces se levantó y, muda y triste, inició el regreso.

Volvió por la noche, y así quedó establecida la costumbre de verlas dos veces diarias, llevándoles lo necesario, que no era mucho.

Aunque desolada y dura, la tumba no era tan triste como el calabozo de la Torre Antonia. El sol iluminaba la entrada con su luz alegre y tenían ante los ojos aire libre y el hermoso espectáculo de la naturaleza.

Bajo la inmensa bóveda del cielo no es tan espantoso aguardar la muerte como en un encierro.

CAPITULO VI

EL COMBATE

El quinto día del séptimo mes, por la mañana, llamado *tisú* en hebreo y octubre por nuestro cómputo, Ben-Hur se levantó de su lecho del *khan*, sintiéndose abatido y sordamente irritado contra el mundo.

Malluch, en cuanto llegó, tomó informes en la Torre Antonia. Se dirigió resueltamente al tribuno comandante de la fortaleza, refiriéndole la historia de los Hur, insistiendo en su inocencia en el accidente que casi costó la vida a Graco y procurando averiguar si quedaba vivo algún miembro de la familia para, una vez hallados, depositar a los pies del César la petición de que les restituyera su fortuna y el goce pleno de sus derechos civiles.

Sin duda la petición no dejaría de atenderse, ya que la familia Hur no temía una investigación judicial que demostraría, sin duda, su inocencia.

El tribuno le relató el caso de las dos desgraciadas de la torre y le autorizó a tomar copia de su declaración y consiguiente informe.

Obvio es decir el efecto que la historia de Malluch produjo en el joven. Quedó como anonadado, porque su dolor no era de los que se desahogan con lágrimas. Su intensa palidez fue la única prueba de la intensa tortura que le oprimía el corazón. Sólo de vez en cuando exclamaba:

—¡Leprosas, leprosas Tirza y mi madre! ¡Y desde hace cuánto tiempo, Dios mío!

Tan pronto se sentía desgarrado por una santa ira como albergaba proyectos de una venganza no menos santa.

Al fin se levantó.

—¿Dónde vas? —preguntó Malluch.

—Al único sitio donde las está permitido permanecer.

Muchas razones costaron a Malluch disuadir al joven de sus propósitos, pero aun así hubo de consentir en acompañarle hasta el lugar donde los

leprosos se reunían para solicitar la caridad de los caminantes. Llegaron juntos a la vertiente opuesta de la zona de las tumbas del Cerro del Mal Consejo, punto en que los leprosos se situaban a entrambos lados del camino, y pasaron muchas horas repartiendo limosnas, preguntando por las dos mujeres y ofreciendo una fuerte recompensa a quien descubriera donde se encontraban. De este modo continuaron haciendo averiguaciones el resto de aquel mes y del próximo.

En la doliente ciudad se notó por algunos días cierta efervescencia, debida a las grandes recompensas ofrecidas, las cuales eran un poderoso incentive para aquellos desgraciados que tantas privaciones soportaban. La tumba en que vivían las dos infortunadas fue visitada muchas veces por sus lamentables compañeros, pero ellas supieron guardar el secreto y desviaron todas las sospechas.

Así no se consiguió nada positivo.

Lo único que pudieron averiguar, ya muy tarde fue que, dos meses antes dos mujeres leprosas habían sido apedreadas, por orden de las autoridades en la Puerta del Pescado. Comparando las fechas y las señas Ben-Hur y Malluch comprendieron que debían ser Tirza y su madre. Faltaba saber adónde se habían dirigido y qué había sido de ellas.

Judá, en el colmo de su dolor, repetía:

—No bastaba que los seres más queridos para mi fueran leprosos, sino que además habían de apedrearlos en su propia ciudad. Probablemente mi madre a muerto o se han extraviado las dos en el desierto probablemente han muerto las dos. ¡Estoy solo en el mundo! ¿Para qué? ¿Cuánto tiempo, Señor de mis padres, dejarás subsistir a esta infame Roma?

Colérico, vengativo y desesperado volvió al *khan* si pensar más que en sus propósitos de venganza.

El patio lo encontró lleno de gente llegada duran te la noche última y, mientras almorzaba, escuchó las conversaciones y examinó el aspecto de todos. Un grupo de jóvenes atrajo especialmente su atención y sus modales revelaban la provincia de que procedían. Su talante, sus cabezas erguidas, la mirada recta y franca de sus ojos exhalaban una expresión de fiera independencia que no correspondía con el servilismo de los que, de la misma clase que ellos, habitaban en la capital.

Pronto se informó de que eran galileos que, yendo a la capital por diversos motivos, y en general para participar en la fiesta de las Trompetas, que se verificaba aquel día precisamente. En el acto Ben-Hur se sintió interesado por

ellos, porque le constaba que pertenecían a la región que más le convenía para la acción que iba a emprender.

Mientras los examinaba, se complacía en imaginarlos cubiertos con la armadura, sometidos a la severa disciplina romana y formando legiones como las que dieron a sus enemigos el imperio del mundo. Él haría de aquellos hombretones, formidables legionarios.

En tanto que así pensaba se precipitó en el patio un hombre que, presa de intensa agitación, parecía arrojar llamas por los ojos.

—¿Qué hacéis aquí? —increpó a los galileos—. Los ancianos y los rabinos han acudido a hablar con Pilatos. Daos prisa y acompañémoslos.

Todos le rodearon inmediatamente.

—¿Para qué vamos a hablar con Pilatos?

—Porque dice que el nuevo acueducto ha de pagarse con los tesoros del Templo.

Todos se miraron, indignados.

—¿Con el dinero sagrado?

—¿Con el tesoro del Señor? Que lo toquen, si se atreven.

—¡Vamos corriendo! —dijo el recién llegado—. Los ancianos pasan el puente en este instante. ¡Sigámoslos! ¡Daos prisa!

En un momento, y al unísono, se despojaron de toda ropa que no fuese la túnica descubierta y sin mangas que usaban para segar los campos, pescar o trepar por los riscos con sus rebaños.

—Ya estamos —anunciaron, apretándose los ceñidores.

Ben-Hur se acercó a ellos.

—Hombres de Galilea —habló—, yo soy de Judá. ¿Queréis que vaya con vosotros?

—Vamos a pelear —contestaron.

—Yo no seré el último.

A todos pareció bien la respuesta, y el mensajero dijo:

—Pareces fuerte. Si quieres, ven.

Ben-Hur, como ellos, se quitó el manto.

—¿Creéis que habrá lucha? —preguntó, mientras se ceñía la faja.

—Sí.

—¿Con quién?

—Con la guardia.

—¿Con los legionarios?

—¿En quién, sino en ellos, pueden confiar los romanos?

—¿Lleváis armas?

Callaron y le miraron.

—Haremos lo posible —dijo Ben-Hur—, pero convendría designar un jefe. Los legionarios tienen siempre quien les dirija y así pueden obrar como una cabeza y un solo brazo.

Los galileos le miraron como si aquello les pareciese extraño.

—Sea como sea —dijo Ben-Hur— iremos juntos, por lo menos. Yo ya estoy listo.

—Entonces, en marcha.

El khan estaba en Bezeta, la ciudad nueva, y para ir al Pretorio, como los romanos llamaban pomposamente al palacio de Herodes, en Monte Sión, el grupo había de cruzar las tierras bajas que se extendían al norte y oeste del Templo. Siguiendo descuidadas callejas pasaron junto al Akra, distrito de la Torre de Marianna, desde cuyo punto quedaba poco camino hasta la puerta grande abierta en la muralla que rodeaba las sacras alturas. Por el camino encontraron gente no menos excitada que ellos y exasperada por las noticias de aquel día.

Llegaron a la puerta del Pretorio. La comitiva de rabinos y ancianos había entrado ya, dejando junto a los muros una multitud clamorosa y enfurecida.

Un centurión custodiaba el acceso, con destacamento de legionarios armados de todas armas y situado en línea bajo la espléndida galería de mármol. El sol reverberaba sobre yelmos y escudos y, aunque era abrasador, los legionarios se mantenían firmes, indiferentes a ello y a los gritos e improperios de la turba.

Por la ancha puerta, cuyas hojas de bronce estaban abiertas de par en par, penetraba multitud de ciudadanos, mientras otros pugnaban por salir, aun cuando los últimos eran menos.

—¿Qué sucede dentro? —preguntó un galileo a uno de los que salían.

—Que los rabinos, a la puerta del palacio, están solicitando audiencia de Pilatos. Éste se ha negado a concederla y ellos le han enviado un emisario advirtiendo que no se moverán hasta que le vean. Ahora esperan la respuesta.

—Entremos —dijo Ben-Hur.

Hablaba con resolución. En su fuero íntimo pensaba que la causa de aquel alboroto no debía ser únicamente un desacuerdo entre el gobernador y los rabinos, sino que debía haber entrado en juego el amor propio y se trataba de ver quién impondría su voluntad.

Pasada la puerta comenzaba una frondosa alameda, con asientos a uno y otro lado. Por extraño que pareciera la gente evitaba cuidadosamente pasar

debajo de la sombra de los árboles. Y era ello porque la ley rabínica prohibía que dentro de los muros de Jerusalén creciese planta verde.

Dícese que, por eso, el rey sabio, cuando quiso un jardín para su esposa egipcia, se vio forzado a plantarlo fuera de las murallas, más arriba de En-Rogel.

Brillaba entre las frondas la fachada del palacio. El grupo giró hacia la derecha, para alcanzar una explanada rectangular, en cuyo lado occidental se alzaba la residencia del gobernador.

Una agitada multitud llenaba aquel ámbito. Todas las miradas convergían en una gran puerta cerrada bajo un pórtico donde formaba una centuria.

Tan densa era la muchedumbre que los que llegaban no hubiesen podido avanzar más, aun cuando hubiesen querido.

Quedaron, pues, detrás del gentío, observando lo que sucedía.

Cerca del pórtico podían observarse los altos tocados de los rabinos, cuya impaciencia se comunicaba a la masa agolpada tras ellos. De vez en cuando repetían gritos de este orden:

—Pilatos, si eres gobernador, ¿cómo no sales? Preséntate.

De entre la turba salió un hombre con el rostro encendido, más por la indignación que por el calor, exclamando:

—¡No se cuenta para nada con Israel! No somos más que unos perros de los romanos.

—¿Crees que saldrá?

—Ya se ha negado tres veces.

—¿Qué harán los rabinos?

—Igual que en Cesárea; esperar hasta que les den audiencia.

—No se atreverán a tocar el tesoro, ¿verdad? —dijo uno de los galileos.

—No sé. ¿No fue romano el que profanó el Tabernáculo? Nada hay sagrado para los romanos.

Transcurrió una hora más. Pilatos no se dignó dar respuesta, pero la multitud y los rabinos permanecieron allí. Al mediodía el aire del oeste produjo un chubasco, pero el gentío no disminuyó por eso. Antes bien aumentaba en número y en expresiones tumultuosas.

Los gritos eran incesantes:

—¡Que salga, que salga!

Y con frecuencia se añadían frases irrespetuosas.

Ben-Hur procuraba mantener a sus galileos en un grupo compacto, pensando que el orgullo de los romanos no tardaría en superar a su prudencia y que el desenlace de la situación no podía tardar en producirse. En realidad

Pilatos no esperaba sino que el pueblo le proporcionase pretextos para emplear la fuerza.

El desenlace, en efecto, no tardó en llegar, como Ben-Hur esperaba.

Se oyeron de pronto entre la multitud sordos golpes y grandes vociferaciones de dolor y rabia. Los ancianos que estaban junto al pórtico volvieron, aterrorizados, las cabezas. La gente que se hallaba a espaldas de los demás procuraba dirigirse al centro, y éstos, oprimidos por el empuje de los otros, forcejeaban por escapar. Miles de personas gritaban y nadie se entendía. La sorpresa amenazaba convertirse en pánico.

Ben-Hur no perdió la cabeza.

—¿Ves algo? —preguntó a un galileo.

—No.

—Ven.

Le asió de las piernas y le levantó.

—¿Ves ahora?

—Sí —repuso el hombre—. Unos cuantos individuos, provistos de estacas, están apaleando a la gente del pueblo.

—¿Qué son?

—Visten como judíos, pero por el Dios vivo que son romanos disfrazados. Descargan golpes sin compasión. No perdonan ni a los ancianos. He visto a un rabino caer al suelo de un golpe en la cabeza.

Ben-Hur posó al hombre en el suelo.

—Hombres de Galilea —dijo—, esto es una perfidia de Pilatos. Si queréis escucharme, vamos a entendernos con esos de las estacas.

Los galileos estaban muy animados.

—Vamos a los árboles de la puerta y veréis como, aunque contrarios a la ley, van a servir para algo bueno. ¡Venid!

Se precipitaron hacia los árboles y en poco tiempo, desgajando las ramas, se hallaron provistos de gruesos garrotes.

Volvieron al lugar del ataque. La multitud corría en confusión hacia la puerta. Con el fragor de los golpes alternaban los lamentos y las maldiciones.

—¡Pegaos a la pared y dejad pasar a esa gente! —gritó con voz de trueno Ben-Hur. Giraron hacia la derecha, apoyándose en la pared y luego, lentamente, avanzaron hasta el centro de la explanada.

—¡Juntos y seguidme!

Sin explicaciones, ya todos reconocían a Ben-Hur como jefe. Él se esforzaba en avanzar hacia el centro del tumulto y detrás le seguían todos los galileos.

Cuando los romanos, que apaleaban a mansalva al pueblo, entre grandes risotadas, se hallaron ante el compacto grupo de galileos, titubearon.

Aquellos hombres eran membrudos, llevaban iguales armas y parecían dispuestos a la lucha.

Hubo un gran vocerío. Llovieron rápidos y rotundos golpes. El choque fue tan impetuoso como el odio que a unos y a otros animaba. Nadie manejaba su arma con tanta destreza como Ben-Hur, a quien favorecía su pericia en el uso de las armas. Sus largos brazos y su vigor le abrían paso por doquiera y ante él caían los hombres como hojas secas arrastradas por el viento. Además su garrote era el más largo y pesado de todos. Bastábale con un solo golpe para derribar a un contrincante Primero entre los combatientes, se le veía, además, jefe nato de ellos. Estaba en todas partes, velando por sus amigos, y acudiendo a ayudarles en el momento preciso. Su grito de guerra animaba a los suyos y aterrorizaba a los enemigos.

Desconcertados por aquel enemigo que les igualaba en número, los romanos empezaron a retirarse y al fin, en declarada fuga, se refugiaron bajo el pórtico del palacio.

Los fogosos galileos les hubieran perseguido hasta la escalinata, pero Ben-Hur, prudentemente, les contuvo.

—Quietos, compañeros —dijo—. Ahora viene el centurión con la guardia. Traen espadas y escudos y no podemos competir con ellos. Se ha hecho lo que se podía. Retrocedamos y que cada uno se vaya por donde pueda.

Todos le obedecieron, aunque resultaba difícil, porque el suelo estaba lleno de caídos que se retorcían, gemían, pedían socorro o permanecían inmóviles como muertos.

Pero no todos los caídos eran judíos, y ello les consolaba.

El centurión, viendo que se alejaban, gritó:

—¡Esperad, perros de Israel!

Ben-Hur, hablando en latino, contestó:

—Si somos perros de Israel, vosotros sois chacales de Roma. Aguardadnos, que volveremos.

Los galileos aplaudieron y marcharon, riendo.

En el exterior encontró Ben-Hur una muchedumbre como nunca viera, ni siquiera en el circo de Antioquía. Los, terrados, las calles y las vertientes del cerro aparecían poblados de gentío denso y apretado, que esperaba y rezaba.

El grupo pasó muy cerca de la otra guardia sin impedimento alguno, pero al poco apareció el primer centurión que cargara contra ellos y llamó a Ben-Hur desde la puerta.

—Y tú, insolente, ¿qué eres, romano o judío?

—He nacido aquí y soy un hijo de Judá. ¿Qué quieres?

—Aguarda que nos veremos las caras.

—¿Tú solo?

—Como tú prefieras.

El judío rió con sorna.

—¡Qué bravo romano! ¡Digno hijo de Júpiter, el bastardo romano! ¿No has visto que voy desarmado?

—Ten mis armas —repuso el centurión—. Yo me armaré en el cuerpo de guardia.

Aquel diálogo llamó la atención del pueblo que escuchó en medio del mayor silencio. Hacía poco tiempo que Ben-Hur venció a un romano a la vista de toda Antioquía; bien podía ocurrir que venciese ahora a otro ante la expectación de Jerusalén entera. Un, triunfo así sería muy provechoso para la causa del futuro Rey, del Rey esperado.

Sin vacilar ni un momento acercóse al centurión diciendo:

—Yo estoy dispuesto. Préstame tu espada y escudo.

—¿También el yelmo y la coraza?

—Quédate con ellos; no me hacen falta.

Recibió en seguida las armas el judío y el centurión también se preparó en un momento.

Las apretadas filas de los soldados prestaban la mayor atención y guardaban silencio.

Cuando ambos contendientes avanzaron, la multitud se preguntaba: «¿Quién es?», y entre tantos miles nadie supo hallar respuesta.

La superioridad romana en el manejo de las armas tenía tres bases primordiales: la sumisión a la disciplina, la táctica de la legión y el hábil manejo de la espada ancha y corta que los romanos adoptaron de los españoles. No la empleaban para tajar o golpear, sino para dar estocadas, tanto en el combate como en la retirada y su blanco solía ser el rostro del enemigo. Ben-Hur conocía perfectamente todas aquellas cosas. Al emprender el combate, advirtió a su enemigo:

—Te he dicho que soy un hijo de Judá, pero ahora añado que también soy un lanista educado en Roma. Por tanto, defiéndete.

Se midieron uno a otro con la vista, mirándose furiosamente por encima de los escudos. Avanzó el romano, amagando una estocada baja, y el judío rió con ironía; dirigióle luego el romano una rápida estocada a la cara, pero con más rapidez saltó el judío vivamente a la izquierda. Y entonces, deslizó su

escudo bajo el brazo levantado de su enemigo, hasta que la espada y el brazo que la sostenían quedaron retenidos; otro paso más… el costado derecho del romano quedaba expuesto a la punta de la espada enemiga. Con un sordo ruido cayó pesadamente al suelo el centurión.

Ben-Hur acababa de vencer. Apoyó el pie sobre la espada del caído, alzó el escudo sobre su cabeza, siguiendo la costumbre de los gladiadores en tales ocasiones e hizo un saludo a los soldados que seguían impertérritos ante la puerta.

Viendo el pueblo la victoria del judío tuvo un arranque de desbordada alegría. Desde las más lejanas azoteas, situadas junto al Xistos, la multitud gritaba, agitando chales y pañuelos y aplaudiendo. Los galileos habrían llevado en hombros a su héroe, pero Ben-Hur no lo consintió.

Un subalterno llegaba entonces desde la puerta y el vencedor le dijo:

—Tu camarada ha muerto como soldado. No deseo apoderarme de sus despojos; sólo me interesan su espada y su escudo, que son míos.

Luego marchó con los galileos, a los que dijo:

—Os habéis portado bien, hermanos. Ahora debemos separarnos por si nos persiguen. En el khan de Betania nos veremos esta noche. Quiero haceros una proposición muy interesante para Israel.

—Dinos quién eres.

—Un hijo de Judá —respondió simplemente.

La multitud que le miraba ávidamente, se agolpó a su alrededor.

—¿Iréis a Betania? —inquirió él.

—Sí; iremos.

—Para que yo pueda reconoceros, llevad este escudo y esta espada.

Y sin más, desapareció entre la creciente multitud.

El pueblo, a instancias de Pilatos, se llevó con duelo y tristeza a sus muertos y heridos; mas la pena que sentían se mitigaba en parte con la sensación de sentirse victoriosos a través del triunfo del desconocido paladín a quien todos ensalzaban y buscaban por doquiera. El decaído espíritu nacional revivía en aquel hecho heroico. En las calles y hasta en el recinto del Templo, en medio de la solemnidad de la fiesta religiosa, se evocaban las antiguas hazañas de los Macabeos y miles de personas hacían halagüeñas reflexiones, diciéndose unos a otros.

—Con un poco de paciencia, hermanos, Israel volverá a ser lo que era. Tengamos fe y esperanza en el Señor.

De aquella forma consiguió Ben-Hur darse a conocer en Judea, preparando el camino del Señor que se esperaba.

LIBRO SÉPTIMO

Y, despertando vi una esbelta sirena que, envuelta en neblinas, sonreía en el distante mar.

Brazaletes de coral ornaban sus muñecas y una corona de lucientes algas ceñía sus cabellos.

Tomás Bailey Aldwich

CAPITULO I

JERUSALÉN VA AL PROFETA

Ben-Hur se reunió con los galileos en el *khan* d Betania y desde allí les acompañó a su tierra, dónde su comportamiento en la Plaza del Mercado de Jerusalén le procuró mucho nombre y no poca influencia Púsose al trabajo y, antes de que el invierno concluyese, había organizado tres legiones al estilo romano. La moral de aquel pueblo le hubiese permitido levantar dobles efectivos, pero la prudencia requería no despertar los recelos de los romanos.

Procuró disciplinar y adiestrar a sus tres legiones para el combate. Llevóse a los oficiales a las soledades de la Traconítide y los despachó a sus moradas des pues de instruirlos en el uso de las armas y la táctica especial de la legión.

Pronto tales ejercicios llegaron a ser la diversión favorita del pueblo. La paciencia, habilidad, celo, fe abnegación, que son cualidades precisas para influí en las masas, eran naturales en Ben-Hur. Pero, con todo, hubiera podido fracasar sin el apoyo de Simónides que le suministraba dinero y armamentos, y de Ilderín, que complementaba cuanto le era preciso y llevaba informes de las fronteras.

El carácter de los galileos favorecía su empresa.

Galilea abarcaba las cuatro tribus de Aser, Zabulón, Isacar y Neftalí, asentadas en las partes que de la tierra de promisión les habían correspondido. Los judíos nacidos cerca del Templo despreciaban a sus correligionarios del Norte, pero el Talmud ha dicho: «El galileo ama el honor y el judío el dinero».

Galilea detestaba a Roma tanto como amaba a su patria. En todas las insurrecciones eran los primeros en atacar y los últimos en retirarse. En la última guerra, contra Roma perecieron ciento cincuenta mil galileos. En las festividades religiosas iban a Jerusalén en grandes masas, que llegaban a acampar como verdaderos ejércitos. Liberales en sus opiniones, se mostraban

tolerantes con los gentiles. Consideraban sus prójimos a todos los hombres y deseaban la paz con ellos. Profetas como Oseas y poetas como el autor del Cantar de los Cantares contribuyeron a la gloria del pueblo galileo.

En pueblo tan vivaz, bravo y orgulloso la noticia de la llegada del Rey de Reyes había de producir una fuerte tensión, bastando para unir a todos, con Ben-Hur, contra Roma. Cuando él les agregó que el rey vendría con más poder que César y más pompa que Salomón, añadiendo que su imperio no tendría límites, la adhesión de los galileos fue completa en cuerpo y alma.

Al preguntarle la base de sus creencias les citaba a los profetas, y les hablaba de Baltasar, que esperaba en Antioquía. Entre ellos estaba muy arraigada la creencia en el Mesías y les entusiasmaba saber que ese rey había llegado ya.

Pasó el invierno, y vinieron las lluvias en alas de los favorables vientos del mar de occidente. Ben-Hur podía decirse y decir con orgullo a sus partidarios:

—Cuando venga el buen rey sólo tendrá que decirnos dónde lo asentaremos con espada y brazo.

Y ellos no le conocían por otro nombre que el de «Un hijo de Judá».

* * *

Una tarde que, en lo más áspero de la Traconítide, Ben-Hur se sentaba con sus hombres la entrada de la caverna que le servía de cuartel general, llegó un correo árabe como un mensaje para él. Rompió la nema y leyó:

Jerusalén, Nisán, IV.

Entre nosotros ha surgido un profeta que se dice que es Elias. Ha permanecido muchos años en el desierto y nos parece un profeta verdadero que, según él, precede a otro mayor, a quien está esperando en la orilla del Jordán. He ido a verle y me he persuadido de que aguarda al mismo rey que nosotros. Ven y juzga por ti mismo.

Toda Jerusalén ha salido a ver al profeta y tanta gente se reúne cuando predica, que aquello parece el Olívete en Pascua.

Malluch.

El semblante de Ben-Hur se encendió de júbilo.

Amigos míos, esta carta anuncia que nuestros deseos van a cumplirse. El heraldo del rey ha aparecido y presagia su venida.

Cuando hubieron escuchado la lectura del mensaje y regocijándose con las nuevas, Ben-Hur dijo:

—A primeras horas de mañana partiréis a vuestras casas y mandaréis que todos se preparen para cuando yo les avise. Entretanto iré a saber si se ha presentado el rey y os daré noticias de lo que averigüe. Seamos, mientras, dichosos con esta esperanza, amigos míos.

Sin demora escribió a Simónides e Ilderín, comunicándoles que, en virtud de las noticias recibidas, partía hacia Jerusalén. Expedidas las misivas esperó que llegara la noche y, orientado por las estrellas, sin otro acompañante que un guía, dirigióse al Jordán por el camino caravanero que enlaza Rabat Amón con Damasco.

El guía conocía la ruta y «Aldebarán» muy veloz. A medianoche habían dejado atrás las escabrosidades volcánicas y, por el llano, avanzaban hacia el Sur.

CAPÍTULO II

LA HIJA DE BALTASAR

Ben-Hur se proponía buscar cobijo al amanecer y esperar en él la noche. Pero, pese a su celeridad, el día les sorprendió en pleno desierto. El guía le prometió conducirle a un valle rodeado de altas rocas, donde había una fuente, moreras y pastos para los caballos.

El joven cabalgaba absorto en pensar en los grandes sucesos que debían producirse dentro de poco y que tan profundos cambios habían de introducir en el futuro de la humanidad, cuando, de pronto, el guía le hizo reparar en un grupo que les seguía.

Los arenales del desierto, más amarillos a medida que aumentaba la claridad del día, les hacían ver la aridez que por doquiera les rodeaba. A la izquierda se divisaba una cordillera baja que se perdía en el horizonte.

Ben-Hur esperó con inquietud, interrogando, solícito, al guía:

—¿Quiénes llegan?

—Un camello con viajeros y un hombre a caballo.

El camello era un animal blanco y muy corpulento. Recordaba el que, junto a la fuente de Dafne, llevaba montados a Iras y Baltasar. No podía haber otro igual. Ben-Hur disminuyó la velocidad.

Iras y Baltasar eran, en efecto, los que llegaban. ¿Debía Ben-Hur darse a conocer?

Ya el camello se acercaba con su largo paso silencioso. Tintineaban campanillas y veíase claramente al acompañante, que era un etíope.

Al acercarse a Ben-Hur, Iras alzó las cortinas de la tienda de viaje y miró al judío con sus grandes y deslumbradores ojos.

—La bendición del verdadero Dios sea sobre vosotros —dijo la trémula voz de Baltasar.

—La paz del Señor sea contigo y los tuyos —respondió Ben-Hur.

—La debilidad que los años han puesto en mis ojos no me impiden reconocerte como el hijo de Hur a quien conocí en la tienda de Ilderín el generoso.

—Y tú eres el sabio Baltasar, que con tus pláticas has contribuido a que me encuentre en estas soledades. ¿Adónde vas solo?

—Nunca va solo el que va con Dios —contestó gravemente Baltasar—. Pero íbamos con una caravana que va a Alejandría y, como camina despacio, porque lleva de escolta una cohorte romana, nos adelantamos esta mañana, sin temor a los bandoleros del desierto, porque llevamos un salvoconducto de Ilderín. De las bestias Dios nos protegerá.

Ben-Hur se inclinó.

—Poderosos son en el desierto los salvoconductos de Ilderín y rápido ha de ser el león que alcance a este rey del desierto.

Y acarició con la mano el cuello del camello.

—Pero —repuso Iras, con una sonrisa que no pasó inadvertida para Ben-Hur— mejor hubiera sido para él haber comido, porque también los reyes padecen hambre. Si eres el Ben-Hur del que habla mi padre, y a quien antes me hubiese complacido conocer, ten la bondad de señalarnos dónde podemos hallar una fuente a cuya vera nos sea dable desayunar.

Ben-Hur se apresuró a responder:

—Con un poco’ de paciencia, hermosa egipcia, no tardarás en hallar la fuente por la que preguntas y cuyas aguas te han de parecer tan dulces como las de la famosa Castalia. Si no lo encuentras mal, nos pondremos muy pronto en marcha.

—Una sedienta te bendice —respondió la egipcia—. Ofrézcote, en cambio, pan de ciudad y manteca fresca de Damasco.

—Te doy las gracias. Vamos.

Y Ben-Hur se puso en movimiento.

En breve alcanzaron un torrente hondo, por el que descendió el guía. La bajada era peligrosa, porque el terreno estaba reblandecido por las recientes lluvias. Las escarpadas vertientes amenazaban desprender sobre ellos enormes rocas de base socavada por las aguas que corrían, espumeantes, por el fondo. Pero, tras el angosto paso, vinieron a encontrarse en un deleitoso vallecillo.

Múltiples arroyuelos se entrecruzaban, dejando entre ellos islillas de verdor, sombreadas por espesos cañaverales. Grupos de olivos silvestres poblaban los lugares un tanto más elevados y una aislada palmera parecía la soberana de aquel reducido mundo. Crecían trepadoras en las laderas, enlazándose a rocas y olivos y a la entrada de un bosquecillo de moreras

corría el arroyo principal, cuya fuente estaba a la sombra de los árboles. Bandadas de perdices y otros pájaros de brillante plumaje se levantaban a su paso.

El manantial brotaba, de una grieta en la roca y alguien la había ensanchado y formado debajo una especie de pila. Sobre la roca, en caracteres sagrados leíase el nombre de Dios. Sin duda el que los grabó debió beber, alabar al Señor y permanecer algún tiempo en aquella espesura. El arroyo corría por una pradera cubierta de luciente musgo y saltaba a un diminuto lago, para, al fin, perderse en las sedientas arenas del desierto.

Nadie parecía haber cerca. Ben-Hur y su guía se apearon, dejando pacer libres a sus caballos y el etíope ayudó a sus señores a descender del camello, que se había arrodillado dócilmente. El anciano volvióse a Oriente y oró con devoción.

Iras habló al esclavo.

—Dame una copa —dijo con impaciencia.

Del fondo del *houdah* el etíope sacó una copa d cristal y la entregó a Iras, que dijo a Ben-Hur:

—Quiero servirte junto a la fuente.

Y, negándose a que él sacase primero el agua, se arrodilló en la hierba y puso la copa a refrescar en la corriente. Después la sacó y se la tendió a él primero.

Él rechazó suavemente la graciosa mano y miró los grandes ojos rasgados, medio velados por largas pestañas.

—Te ruego que bebas primero tú.

Ella insistió:

—Un proverbio de mi país dice que más vale ser[1] copero de un predilecto de la fortuna que ministro del rey.

—¿Predilecto de la fortuna?

—Los dioses nos indican, con el éxito, a quien protegen. ¿No fuiste vencedor en el circo?

Ben-Hur se sonrojó.

—Ésa fue una señal, pero también has matado, luchando con la espada, a un centurión.

Ben-Hur se puso más encarnado todavía. Le halagaba que ella siguiese así sus éxitos. Pero una reflexión acibaró un tanto aquel placer. Todos sabían lo el combate, mas, excepto Malluch, Ilderín y Simónides nadie conocía el nombre del vencedor del centurión.

¿Quién pudo manifestárselo a Iras? Ella, en meló del gozo y confusión del joven, se irguió y exclamó:

—Dioses de Egipto, os agradezco haber descubierto un héroe y que la víctima inmolada en el palacio e Iderneo no fue mi héroe. Por ello, dioses santos, debo en vuestro honor.

Vertió parte del contenido en el arroyo y bebió 1 resto. Al retirar la copa de sus labios rió viendo el rostro del joven judío.

—Hijo de Hur, ¿es común entre los valientes ser fácilmente derrotados por una mujer? Toma la opa y ve si en su fondo encuentras una palabra dulce jara mí.

Ben-Hur tomó la copa y se inclinó para llenarla.

—Un hijo de Israel no tiene dioses ante los que pueda hacer libaciones —dijo, procurando disimular u turbación, que crecía cada vez más.

¿Qué sabría la egipcia acerca de él? ¿Le habrían hablado de sus tratos con Simónides? ¿Y del tratado concluido con Ilderín? Alguien sabía los secretos de Ben-Hur, y ello le preocupaba. Iba a Jerusalén, donde aquellas noticias serían peligrosas para él y para los comprometidos en la causa común.

No obstante, ¿acaso era la egipcia un enemigo?

Pensó todo aquello en el breve espacio que necesitó □ara llenar la copa. Al fin dijo, afectando indiferencia:

—Hermosa egipcia, si yo fuese de tu país, o griego, o romano, diría…

Alzó la copa sobre su cabeza.

—Os agradezco, dioses, que persistan en el mundo los encantos de la belleza y las dulzuras del amor y debo en honor de la que mejor los representa: Iras, bella entre todas las bellas del Nilo.

La egipcia apoyó suavemente la mano en el hombro de Ben-Hur.

—Has pecado contra la ley. Debería denunciarte a los rabinos, porque has libado en honor de falsos dioses.

Ben-Hur rió.

—Pequeña acusación sería ésa en boca de una mujer que puede delatarme por cosas de mayor importancia.

—Voy a ir más allá y a delatar a la doncella hebrea que hace florecer las rosas del jardín del gran mercader de Antioquía. A ti te acusaré de impiedad y a ella…

—¿De qué?

—Repetiré lo que me has dicho con la copa en la mano y los dioses por testigos.

Ben-Hur calló, esperando que la egipcia continuara. Vio mentalmente a Ester al lado de su padre, leyéndole los despachos que recibía o mandaba expedir. Delante de ella refirió el joven lo sucedido en el palacio de Iderneo. Ester e Iras se conocían. Una conocía el corazón humano y la otra, sencilla e ingenua, debía resultar fácil de engañar. Simónides e Ilderín no podían haber faltado a su deber de guardar el secreto, porque su silencio, además de motivos de honor, redundaba en su propio interés. ¿Acaso Ester informó a Iras? La sospecha germinó en la mente de Ben-Hur con la rapidez con que todos sabemos que crecen las ideas perniciosas, aun contra nuestra voluntad.

Antes de que Ben-Hur pudiese contestar, Baltasar se acercó a la fuente y dijo, con su habitual talante grave:

—La hierba y sombra de este delicioso valle nos invitan a descansar junto a estas aguas. Te lo agradezca, hijo de Hur, mas has de sentarte con nosotros y comer nuestro pan.

—Permíteme, entonces, que te sirva.

Ben-Hur llenó la copa y la ofreció a Baltasar, quien alzó los ojos en acción de gracias. [4]

El esclavo aportó toallas y los tres, después de lavarse las manos, se sentaron, a estilo oriental, bajo la misma tienda que muchos años antes cobijara a los tres magos en el desierto. Y los así reunidos participaron de los manjares que les fue sirviendo el esclavo.

CAPITULO III

LA VIDA DE UN ALMA

Acabada la comida, dijo Baltasar.

—Cuando te encontramos, ¡oh, hijo de Hur!, ¿no es cierto que te encaminabas a Jerusalén?

—A la Ciudad Santa voy.

—Porque necesito ahorrarme inútiles fatigas quisiera saber si para ir allá hay camino más corto que el de Rabat Amón.

—Sí, por Gerara y Rabat Gilead, que es el que me propongo seguir. Pero es trabajoso.

—Impaciente me siento —dijo Baltasar— y ha tiempo que tengo pesadillas, o más bien un solo sueño, muchas veces repetido. Y en él oigo una voz que me dice: «¡Apresúrate! El que esperas hace tiempo, va a aparecer».

—¿El que ha de ser Rey de los judíos? —preguntó Ben-Hur.

Y miró al egipcio con asombro.

—Él mismo.

—¿Y aún no sabes nada de él?

—Las palabras que mi sueño me dicta.

—Nuevas tengo que te regocijarán tanto como a mí.

Ben-Hur puso en las temblorosas manos del egipcio la carta de Malluch.

Baltasar leyó en alta voz. Las venas de su garganta latieron, henchidas. Alzó los húmedos ojos, como para dar gracias al cielo, y oró.

Pero nada preguntó, porque no albergaba dudas.

—¡Bondadoso has sido para mí, señor! —exclamó—. Concédeme la gracia de ver a nuestro Salvador para que, después, pueda tu siervo morir en paz.

Aquellas palabras y la unción de la sencilla plegaria infundieron en Ben-Hur una imborrable sensación. Parecióle sentir al Señor sobre ellos.

La idea de que Dios pudiese enviar un Salvador en vez de un Rey surgió en Ben-Hur de un modo tan claro y tan conforme con la noción que él mismo tenía de Dios, que no lo pudo resistir y preguntó:

—¿Así, ¡oh Baltasar!, persistes en que Él ha de ser un Salvador y no un Rey?

Baltasar le miró afectuosamente.

—¿Qué puedo contestarte? El espíritu que en otro tiempo me guiaba no se me ha aparecido; es decir, no le he visto ni oído, aunque creo que la voz que me habla en sueños es la misma de entonces; aparte de esto no he tenido ninguna revelación.

—Sólo deseo recordarte —dijo Ben-Hur, afable— la diferencia de nuestras opiniones. Tú decías que Él había de ser un Rey, pero no a la manera de César; opinabas que su soberanía sería espiritual.

—¡Naturalmente! Y aún soy de la misma opinión. Tú esperas un Rey de hombres y yo un Salvador de almas.

Y siguió, después de una pausa:

—Si me permites, intentaré hacerte comprender con claridad mi idea. No sé desde cuando cree el hombre en la existencia del alma. Puede que al salir del Paraíso ya creyeran en ella nuestros primeros padres. ¿Por qué motivo ha de haber un alma en cada hombre o pueblo alguno que desease morir y dejar de existir por siempre? Nunca. Siempre en el fondo de su corazón el hombre espera y confía en algo mejor que esta vida. Este sentimiento explica el porqué de las estatuas y las inscripciones. El más glorioso de los reyes egipcios hizo tallar su efigie en un cerro de roca maciza; tenía sus mismas facciones y expresión; luego pensó, satisfecho: «Ya puede venir la muerte; yo seguiré vivo, representado por mi estatua». Mas, ¿ha de ser ésta toda la aspiración humana a una vida póstuma? ¿Ha de consistir tan sólo en un recuerdo entre los hombres o una gloria abstracta e impalpable? ¿Y qué ha sido entretanto del rey? Su cuerpo embalsamado permanece en la tumba real que consideró suya en vida; yace allí, probablemente, no tan hermoso como la efigie del desierto. Mas, ¿dónde está él? Era un hombre vivo hace más de dos mil años. ¿Desapareció acaso en la nada? Afirmarlo sería formular una acusación contra Dios. Después de esta vida hay algo más que un recuerdo en la memoria de los hombres; existe para el alma otra vida, una vida eterna con toda nuestra voluntad y conciencia: Te preguntarás ahora cuál es el plan de Dios. Algo tan grandioso como sencillo: Cada nacido recibe un alma y sólo su alma será inmortal. Esta creencia nos permite esperar a la muerte sin terror, sabiendo que nos está reservada otra vida mejor de la que perdemos.

Contémplame a mí, viejo como soy, débil y achacoso, quebrantado mi cuerpo y desfigurado por las enfermedades; Observa mi cara arrugada, mis entorpecidos sentidos, mi cascada voz… ¿Voy a preocuparme de la forma del alma, si come o bebe, si es alada o no? Sólo confío en la bondad de Dios. De Él procede toda belleza y perfección. Él es el hacedor de toda forma. Él es quien da armonía a toda la Naturaleza y ha organizado nuestra vida, imponiéndonos sus condiciones, que son, para mí, como garantía de lo futuro; por eso como un niño confiado me dejo en sus manos, porque sé que me ama como un padre.

Hizo el anciano una pausa para beber, y cuando acercó la copa a sus labios su mano temblaba de emoción, de la que participaron Iras y Ben-Hur que escuchaban. Éste comenzaba a comprender que debía existir un reino espiritual, mucho más importante para los hombres que ningún otro imperio.

—Debo preguntarte —añadió Baltasar—, si esta vida turbulenta y breve es preferible a la perdurable y perfecta destinada al alma. ¿Qué son cien años de vida terrena comparados a la eternidad con Dios? Pero fíjate en qué costumbres han caído las naciones, que viven solamente pensando en el momento actual.

Se detuvo unos instantes y prosiguió:

—Perdona, ¡oh hijo de Hur! que deje a tu propio juicio y reflexión la vida del alma y sus condiciones Esta vida futura ha llegado a oscurecerse tanto en la mente del hombre de nuestra época, que podemos compararla a una luz que se apaga. Si tú consigues encenderla en tu corazón, regocíjate. Entonces comprenderás que la necesidad que tiene el género humano del Salvador, es infinitamente superior a la necesidad que puede experimentar de tener un rey y te convencerás de que Aquél, a cuyo encuentro vamos, no vendrá como un guerrero, espada en mano Si persistes en creer que ha de ser un rey como Herodes, debe: aguardar hasta que tropieces con un hombre que vista púrpuras y lleve un cetro en las manos, pero Aquél a quien yo busco será pobre, humilde y el signo por el que yo le reconoceré no podrá ser más evidente. Me ofrecerá a mí, como a todo el género humano, el camino de la vida eterna, la bella y pura vida del alma.

En silencio esperaron los oyentes a que Baltasar concluyera.

—Levantémonos —dijo— y pongámonos en marcha. Todo cuanto os he dicho ha aumentado mi impaciencia por ver a quien hasta aquí siempre ha vivido en mi pensamiento. Sirva de excusa esta impaciencia para ti, hijo de Hur, y para ti, hija mía.

A una señal, el esclavo procedió a recoger la tienda y preparar los caballos y mientras guardaba los enseres en las cajas del *houdah*, fueron a lavarse al manantial.

En breve estuvieron cabalgando por el camino que les llevaría a Aquél a quien esperaban.

CAPITULO IV

BEN-HUR SOSPECHA DE IRAS

La caravana a la que se habían adherido Baltasar y los suyos, semejaba un perezosa serpiente arrastrándose por el desierto y pese a la paciencia de los viajeros, éstos decidieron proseguir solos el resto del viaje.

A Ben-Hur le encantaba la presencia de Iras. Cada vez que ella le dirigía una mirada, él procuraba acercársele y al hablar ella, su corazón latía más apresurado. Él deseaba serte lo más agradable posible y cualquier cosa adquiría interés si atraía la atención de ella; una golondrina negra que cruzaba el cielo y que Iras le mostró con el dedo, le arrobó como una aparición celestial. La púrpura de lejanas montañas le parecía magnífica si ella la designaba con una exclamación de elogio y al dejar caer las cortinas del *houdah* muy de tarde en tarde, para él todo el cielo y la tierra perdían su esplendor.

Predispuesto a tan dulce influencia ¿quién podría salvarle de los peligros que le acecharían en tan prolongado viaje al lado de la bella egipcia?

Iras conocía bien el poder que ejercía sobre Ben-Hur. Mezclados armoniosamente entre los rizos de su cabello negroazulado había colocado una redecilla de oro con moneditas pendientes de finas cadenillas. Cubrió de anillos sus dedos y colgó de sus orejas bellos diamantes y un collar de perlas al cuello; ceñían sus muñecas brazaletes, y un chal bordado de hilos de oro fino aprisionaba su busto, acariciando su cuello una gorguera de encaje, que graciosamente cubría a medias la garganta y los hombros. Y armada así, como de una armadura de combate, lanzaba a Ben-Hur las flechas de sus miradas y los dardos de sus palabras dulcemente lisonjeras, aguzados por las más embriagadoras sonrisas.

Con estratagemas semejantes fue alejado Antonio de la gloria; y la que labró su ruina no era, ni con mucho, tan bella como esta compatriota suya.

Se puso el sol tras unos picos del antiguo Basan. A orillas de un estanque de claras aguas en el desierto de Abilena plantaron la tienda y se dispusieron a pernoctar allí.

Correspondió a Ben-Hur la segunda guardia que efectuaba con la lanza al brazo cerca del camello. Pensaba en la egipcia representándose todas sus seducciones y preguntándose cómo habría podido sorprender sus secretos.

Cuando más absorto estaba, una mano se posó suavemente sobre su hombro y al volverse, Ben-Hur vio que ella estaba allí, sonriéndole.

—Creí que estabas durmiendo.

—Sólo duermen los viejos y los niños. Yo prefiero contemplar a mis antiguas amigas, las estrellas del Sur. Pero pareces sorprendido.

Ben-Hur tomó la mano que separó de su hombro y preguntó:

—¿He sido acaso sorprendido por un enemigo?

—¡Oh, no! La enemistad significa odio y esa enfermedad no ha de consentir Isis que yo la padezca. Debo decirte que de niña me dio un beso en el corazón.

—Por tus palabras se comprende que no participas de la fe de tu padre.

—Seguramente habría participado —respondió con una silenciosa risita— de haber visto lo que él. Puede que si llego a ser tan vieja como él también tenga esa opinión. Para los jóvenes no debía existir la religión, sino solamente la poesía que se inspira en el vino, en la alegría o en el amor, y no en filosofías incapaces de disculpar las locuras de su edad. Para mí es demasiado serio. Dios de mi padre. No pude hallarlo en el bosque de Dafne, ni hasta ahora se le nombró en los atrios de Roma… Pero… deseo una cosa, ¡oh hijo de Hur!

—¿Qué cosa es? ¿Puede haber quien se atreva a negártela?

—Deseo someterte a una prueba.

—Pues habla.

—Es sencillísimo. Quiero protegerte —y se aproximó un tanto.

Él, riendo, repuso sin querer darle importancia.

—¡Oh, Egipto! Iba a decir «querido Egipto». ¿No es tu patria el país de la esfinge?

—¿Por qué lo preguntas, si ya lo sabes?

—Tú eres uno de sus enigmas. Sé compasiva y al menos haz como Ariadna[110], dame el extremo del hilo que llega hasta el laberinto de tu alma. ¿En qué y de qué manera puedes protegerme tú?

Separando su mano del joven, volvióse iras hacia el camello y acariciando su enorme testuz, le habló cariñosamente.

—Incluso tú, el último, más veloz y magnífico ejemplar de los rebaños de Jacob, tropiezas a veces en el camino abrupto y pedregoso, bajo una carga excesiva. ¿Cómo con una simple palabra conoces el afecto y te muestras agradecido, incluso con una mujer? Tú, inteligente bruto, te haces merecedor de un beso de mis labios.

Y acercando al animal sus labios, rozó con ellos su ancha cabeza, al tiempo que decía:

—Ten; lo mereces por tu alma leal, que no recela.

—Tu reconvención llega directa al blanco, Egipto. Pero, ¿no puedes pensar que hay un compromiso de honor y que mi silencio garantiza la seguridad y la vida de otro?

—Es posible —y añadió enseguida—: Así es.

Él se sorprendió y preguntó con alterada voz:

—¿Cómo sabes que es así?

—¿Por qué no reconocen los hombres que los sentidos y el entendimiento de la mujer son más penetrantes y sutiles que los suyos? He tenido todo el día para poder observarte. Sólo con mirarte veía que tienes sobre ti una gran pesadumbre; recordar tu conversación con mi padre bastaba para saber lo que te oprimía. Hijo de Hur —su voz se hizo un susurro melodioso y se aproximó tanto a él, que su ardoroso aliento se esparcía por las mejillas del joven—, ¡hijo de Hur! Aquél a quien buscas ha de ser Rey de los judíos, ¿verdad que sí? —Los latidos de su corazón se aceleraron.

—Será un Rey de los judíos como Herodes, pero más grande —siguió la egipcia.

Dirigió él la vista a las tinieblas de la noche y observó las estrellas; luego sus ojos se clavaron en los de ella, como queriendo leer en el fondo de su alma; el hálito de Iras, tan cercana al joven, abrasaba los labios del judío.

—Los dos Hemos estado sonando desde esta mañana —siguió la mujer—. Si yo te explico mi sueño, ¿tú también me referirás el tuyo? ¿Qué? ¿Continúas callado?

Entonces rechazó la mano de Ben-Hur e hizo ademán de’ alejarse, mas él la retuvo, diciendo, anheloso:

—Quédate. No te marches y habla.

Volvió ella a acercarse y con la mano apoyada en su hombro se reclinó en él; Ben-Hur rodeóla la cintura, oprimiéndola estrechamente, como ofreciendo en aquella caricia la promesa que ella solicitaba.

—Cuenta, cuenta tus visiones, Egipto, querido Egipto… Tus peticiones sólo las habría rechazado un profeta, pero ni el Zisbita, ni el Legislador. Me

tienes a tu merced. Te pido que seas misericordiosa. ¡Apiádate de mí!

Sin aparentar atender a la suplica, dijo ella lentamente, abandonándose al abrazo:

—El sueño que he tenido era una guerra formidable, por mar y tierra, con gran fragor de armas, tal como si César y Pompeyo hubieran vuelto. El mundo entero estaba cubierto por una nube de polvo y Roma dejó de existir. El poder pasó a Oriente y cuando se disipó la nube existía otra raza de héroes que eran premiados con coronas más brillantes que las conocidas hasta entonces. Luego que la visión se hubo borrado me pregunté: «¿Qué no tendrá el que sirvió al Rey más pronto y mejor?».

Ben-Hur se estremeció de nuevo. Este sueño era su sueño, y esta pregunta la misma que se había dirigido a sí mismo por la mañana. Imaginaba ahora que poseía el hilo que le faltaba.

—Ya te comprendo —dijo—. Las coronas eran las cosas que querías ayudarme a alcanzar. ¡Ay, querida Egipto, todos esos premios eran de guerra! Y tú no eres más que una mujer, aunque Ibis te beso en el corazón; las coronas son cosas muy altas, a menos que no hayas encontrado un camino más corto que la espada para lograrlas. De ser así, ¡oh Egipto! muéstramelo que lo seguiré aunque sólo sea por tu amor.

Iras le separó suavemente su brazo y le dijo:

—Tiende tu capa en la arena, aquí, cerca del camello, para que pueda apoyarme en el, y te contare una historia que, tras seguir el curso del Nilo, llego a Alejandría, en donde yo la oí.

Obedeció Ben-Hur, clavando antes su lanza en el suelo, al alcance de su mano.

La egipcia empezó así:

COMO SURGIÓ LO BELLO EN EL MUNDO

Isis es la más hermosa de todas las diosas y Osáis, su esposo, que aunque poderoso y sabio, a veces se sentía lleno de celos. Él palacio de la divina esposa era de plata y estaba situado en la más alta montaña de la luna; muchas veces iba a visitar a su esposo al sol, en cuyo centro, manantial de perenne luz, tenía Osiris su palacio, demasiado brillante para que los hombres pudieran contemplarlo fijamente.

En cierta ocasión los esposos se encontraban sobre el terrado del áureo palacio y ella vio a Indra[111] *que pasaba por el confín del universo con un ejército de monos cabalgando sobre águilas. El dios Amigo de los Seres Vivos, como llamamos amorosamente a Indra, regresaba victorioso de la*

última guerra contra el horrible Raksakas. Llevaba en su escolta a Rama[112]*, el héroe humano y a Sita, su esposa que es la que sigue a Isis su hermosura.*

lsis se levantó, y desabrochando su cinturón bordado de soles, lo agitó saludando alegremente sólo a Sita. De pronto se interpuso un velo de tinieblas. Osiris había fruncido el ceño.

Su conversación era de un carácter tan elevado que sólo ellos podían mantenerla. Pero él acabó disgustándose y dijo majestuosamente a su esposa: «Vete; yo me pondré solo a la obra. Para crear un ser perfectamente feliz no necesito tu ayuda. ¡Vete!».

lsis se levantó y dijo sonriendo: «Hasta pronto, mi dulce señor». Era su aspecto el de la luna llena brillando entre argentada bruma en las noches serenas del estío. «Sé que no tardarás en llamarme —prosiguió—, porque sin mí no podrás hacer una criatura perfectamente feliz, mas cuando que tú mismo tampoco lo serás sin mi ayuda».

—¡Ya veremos! —dijo Osiris.

Ella volvió a su palacio de la luna y sentándose en el terrado se dispuso a hacer calceta y vigilar a su esposo.

La fuerza creadora de Osiris se agitaba en su pecho poderoso, tronando pavorosamente y con tal violencia que algunas estrellas se desprendieron del firmamento y se perdieron en el espacio. Y mientras duraba el fragor de la creación, ella seguía haciendo calceta sin perder ni un solo punto.

De pronto, no lejos del sol, apareció un vellón de niebla, que fue creciendo hasta hacerse como la luna, ella comprendió que Osiris pretendía crear un mundo, / cuando éste fue creciendo hasta tapar la luz del sol comprendió cuán enfadado estaba su esposo; mas siguió haciendo calceta confiada en que al fin la llamaría.

Así nació la tierra, que al principio no era otra cosa que una masa fría, abandonada en el espacio.

Después empezó a alterarse su superficie y fueron formándose los mares y las montañas, y a orillas de un río surgió «algo» y este algo se levantó y extendiendo sus manos al sol, le alabó en señal de gratitud. Había nacido el primer hombre. Brotaron a su alrededor los árboles y las plantas y se poblaron de pájaros y en las llanuras y montañas vivieron las besas y todo se vio invadido de insectos y animales de todas las especies. El hombre era feliz en su morada, negó. Isis oyó a través de los espacios la risa burlona de su esposo que la decía: «¿De qué me servías tú? ¡Ahí tienes un ser

perfectamente feliz!». Isis calló y continuó esperando tranquilamente, pues era tan paciente como Osiris poderoso.

Al poco tiempo la divina esposa observó que el hombre no era feliz. Parecía ensimismado, ya no miraba al cielo y cuando lo hacía su rostro mostraba hastío.

Y se decía que aquella criatura necesitaba algo, pero entonces se oyó el fragor de la voluntad creadora e Osiris y en un instante la tierra que hasta entonces era gris se cubrió de colores; los campos se tapizaron de verde esmeralda, salpicados de múltiples ores. El mar se volvió azul, las cimas de las montañas se tiñeron con los reflejos purpúreos de los crepúsculos y adquirieron las nubes el tinte caprichoso e los atardeceres. Saltó el hombre, palmoteando alegremente; de nuevo era feliz.

Isis se sonrió, diciéndose que no estaba mal, pero dudando que ésto bastase al hombre y siguió haciendo calceta.

Luego sucedió que la fuerza creadora de Osiris, dió movimiento a todas las cosas y surgió el viento que balanceaba suavemente los árboles y las plantas corrieron las nubes de acá para allá y las aguas de los ríos arremolináronse hacia el mar que hervía en graciosas olas.

Todo esto alegró al hombre, mas no tardó en suceder igual que antes. La vista de todas las cosas en movimiento pronto dejó de interesarle y quedó más apenado aún.

Isis pensaba: «¡Pobre criatura! ¡Es más desgranado ahora!». Y como si Osiris hubiese adivinado su ^pensamiento el estruendo de su voluntad estremeció al universo.

Miró Isis y no observando ningún cambio, pensó que la última creación de su esposo aún no estaba terminada, pero vio que el hombre se levantaba repentinamente y que parecía escuchar en torno suyo y le vio palmotear alegre porque por vez primera oía los sonidos. Murmuraron los vientos, cantaron los pájaros, susurraron los ríos y bramó el mar al besar los acantilados.

Isis quedó maravillada de la fuerza creadora de su esposo y de las cosas bellas que veía había hecho para el hombre. La obra de Osiris había concluido y ella se decía que si el hombre no era feliz Osiris tendría que acudir a ella. Sus dedos se agitaban vivamente al hacer calceta, pero el hombre seguía siendo feliz, como si no hubiera de cansarse nunca. Mas Isis estaba segura y esperaba sin hacer caso de las risas burlonas que venían del sol hasta que al fin pudo ver los primeros síntomas de hastío.

Los sonidos empezaron a hacerse vulgares para el hombre. ¿Qué le importaba el canto del grillo bajo un rosal, o el bramido del mar en un día de tormenta? Empezó a languidecer y buscando su acostumbrado lecho junto al río se tendió tristemente.

Por fin, Isis, llena de piedad exclamó: «Señor, tu criatura se muere de pena». Aunque Osiris lo veía, no respondió. «¿Quieres que te ayude?», le preguntó su esposa.

Pero Osiris era demasiado orgulloso para ceder.

Entonces, Isis cogió y atando el último punto de su tejido, hizo un rollo con todo él y lo lanzó al espacio con tal fuerza que fue a caer junto al hombre. Al oír éste el ruido de algo que caía a su lado levantó la cabeza y miró y entonces vio… a la primera mujer. Ella le alargó la mano; él la estrechó y levantándose fuese con ella y ya nunca más fue desgraciado.

—Ésta es la historia de lo bello, según la cuentan a orillas del Nilo.

—Una bonita leyenda, pero algo le falta. ¿Qué hizo después Osiris?

—¡Ah! —replicó Iras—. Llamó a su esposa para que fuese al palacio del sol y siempre han vivido juntos, siendo muy felices y ayudándose mutuamente.

—Y yo haré lo que hizo el primer hombre.

Se llevó a los labios la mano de la egipcia, exclamando:

—¡Oh, amor! —y su cabeza reposó sobre el seno de Iras.

—Tú encontrarás al Rey —dijo acariciando la cabeza de él— y le servirás, y su mejor soldado será mi héroe que conquistará preciosos dones.

Los dos rostros estaban muy cerca y en la inmensidad estrellada no hubo para él estrellas más brillantes que sus ojos. Y enlazando su cintura con sus brazos la besó apasionadamente.

—¡Oh Egipto! Si mi Rey tiene coronas que regalar, una será para mí y yo la pondré en el lugar que acaban de tocar mis labios. Tú serás reina… la más bella. Y yo siempre seré feliz.

—¿Me lo dirás todo y permitirás que te ayude? —dijo la egipcia, devolviéndole los besos.

Esta pregunta enfrió todo el entusiasmo de Ben-Hur.

—¿No te basta que te ame?

—El perfecto amor implica confianza absoluta. Pero ya me irás conociendo mejor.

Y rechazándole sus manos se puso en pie.

—Eres cruel —exclamó Ben-Hur.

La egipcia se detuvo junto al camello y rozó la frente del animal con sus labios.

—A ti, el más noble de tu especie. Toma este beso porque en ti no existe la desconfianza.

Un instante después había desaparecido.

CAPITULO V

EN BETABARA

A orillas del río Gabok sesteó la partida. Había allí más de cien hombres, la mayor parte de la Perea, que también reposaban con sus ganados. Era el tercer día de jornada.

Cuando se apearon, un hombre se acercó a ellos para ofrecerles bebida. Aceptaron con toda cortesía y el hombre les explicó:

—Vengo del Jordán. Se han reunido allí gente de las más distantes regiones, llegados en camellos, pero ni uno de los animales podía compararse al vuestro, ¡oh ilustres amigos! ¡Qué bello y noble ejemplar! ¿De qué estirpe procede?

Respondió Baltasar al hombre y Ben-Hur, movido por la curiosidad, inquirióle:

—Esas gentes ¿en qué lugar del río se han reunido?

—En Betabara.

—Nunca se frecuentó mucho ese vado. ¿Cómo atrae tanto ahora?

—Observo que sois de fuera y no habéis oído hablar de las buenas nuevas.

—¿Qué nuevas?

—Ha aparecido en el desierto un hombre muy santo, que predica cosas extraordinarias que a todos impresionan. Dice llamarse Juan, el Nazarita, hijo de Zacarías y ser el precursor del Mesías.

Todos escuchaban sus palabras y quien prestaba más atención era la egipcia. El extranjero prosiguió:

—Por lo visto Juan ha estado toda su vida en una caverna, más abajo de Ein-Guedi, viviendo en oración, más santamente que un esenio. Van a escucharle grandes masas de gentes. De allí vengo yo con éstos.

—¿Y qué predica?

—Una doctrina desconocida en Israel; dice que se trata de «arrepentimiento y bautismo». Los rabinos no saben qué hacer con él. Cuando se le pregunta quién es, si el Cristo o Elías, él siempre responde: «Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor».

Reclamaban entonces su presencia sus compañeros, mas antes de que se marchase, Baltasar con voz temblorosa de emoción, dijo:

—¿Crees, buen extranjero, que hallaremos a ese predicador en el lugar que tú le dejaste?

—Sí. En Betabara.

—¿Qué otra cosa puede ser ese nazarita, sino el heraldo de nuestro Rey? —comentó Ben-Hur con Iras.

Se había convencido de que en poco tiempo la hija se sentía más interesada incluso que su padre. Mas éste, con los ojos iluminados, se puso en pie, exclamando:

—Démonos prisa. Yo no estoy fatigado.

Ayudaron al esclavo a prepararlo todo y en poco rato estuvieron dispuestos a partir.

Por la noche acamparon cerca de Ramot Gilead, y tras corta conversación se retiraron a descansar.

—Debemos levantarnos temprano, hijo de Hur —aconsejó el anciano—. Podría aparecer el Salvador sin que nosotros estemos presentes.

—No ha de estar muy lejos el Rey de su heraldo —murmuró Iras.

—Mañana se verá —repuso Ben-Hur, besando su mano.

Al siguiente día, saliendo de Ramot, continuaron el viaje, siguiendo la base del Monte de Gilead y hacia la hora tercia llegaron a la estéril llanura, situada al Este del río sagrado. Tenían enfrente el límite superior de los terrenos plantados con palmeras de Jericó, que se prolongaba, hasta la parte montañosa de Judea.

—Congratúlate, buen Baltasar —dijo Ben-Hur con el corazón saltando de júbilo por saber que estaban cerca del vado—, casi hemos llegado.

Apresuró el etíope el paso del camello y no tardaron en ver gran número de barracas, tiendas y cabalgaduras con las patas trabadas; algo más lejos, en la misma orilla del río se agolpaba una gran multitud y lo mismo ocurría en la orilla opuesta. No cabía duda líe que el profeta estaba predicando y se dieron gran prisa por llegar. Mas en seguida, vieron que la gente se movía, empezando a dispersarse.

¡Habían llegado demasiado tarde!

—Quedémonos aquí —aconsejó Ben-Hur a Baltasar—. Quizá el nazarita venga por esta parte.

El anciano estaba compungido y se retorcía las manos.

La multitud, preocupada por cuanto había oído, discutía sin prestar atención a los recién llegados. Ya había desaparecido casi toda la multitud, cuando observaron en la orilla del río y no lejos de ellos, un hombre de tan peregrina apariencia que llamó su completa atención y se olvidaron de todo, para no fijarse en otra cosa que en la persona que se les acercaba.

Su aspecto era rudo y vulgar, casi salvaje, y su enjuto rostro tenía el color del pergamino viejo. Le caía hasta media espalda una enmarañada cabellera rizada y quemada por el sol. Una especie de camisa de pelo de camello, más basta y sucia que el lienzo de la tienda del beduino le cubría hasta las rodillas, ceñida a la cintura por una ancha franja de piel sin curtir Llevaba los pies desnudos y de su cintura pendía un zurrón de piel también sin curtir. Le servía de báculo un palo grueso y nudoso.

Andaba con rapidez y en sus movimientos, vivos e inquietos, parecía buscar de continuo a alguien, separando de sus ojos los indómitos bucles que le tapaban la vista.

La egipcia contemplaba con asombro, o más bien disgusto, al hijo del desierto. Inclinándose hacia Ben-Hur que cabalgaba muy cerca de ella, inquirió:

—¿Puede ser ése el heraldo del Rey?

—Ése es el nazarita —la respondió sin mirarla.

Realmente sentía cierta decepción Pese a estar familiarizado con los ascetas de Egandi, solitarios y harapientos despreciando la opinión ajena, y constantes en sus votos por los que sufrían martirios inimaginables; pese a estar advertido de que vería a un hombre que se llamaba a sí mismo, sólo: «Una voz del desierto»; pese a todo, el maravilloso sueño de Ben-Hur sobre la aparición del Rey perdió parte de su encanto al ver la salvaje figura que estaba ante ellos. No pudo evitar acordarse de los repelentes criados que él solía ver en los baños de las termas públicas de Roma. Y entre ofendido y avergonzado no supo dar mejor respuesta que:

—Es el nazarita.

Baltasar le veía de muy distinto modo. No ignoraba que los caminos del Señor son muy opuestos a los que acostumbran a seguir los hombres. Él contempló al Salvador, recién nacido en un pesebre y su fe le permitía adivinar, aun en lo más vulgar y rudo, los signos verdaderos de la presencia

divina. Conservó por ello su compostura y cruzando las manos sobre el pecho, empezó a orar en silencio. Él no esperaba un Rey terrenal.

Mientras cada uno de los viajeros sentíase movido por distintos sentimientos, otro hombre que había permanecido sentado en una piedra, quizá meditando en el sermón escuchado, se levantó para tomar una dirección que cortaba el camino que había seguido el nazarita, a pocos pasos de Baltasar.

Caminaron los dos hasta llegar muy cerca uno de otro, cuando de improviso, se detuvo el predicador como herido por una visión sobrenatural. Separó el cabello de sus ojos y alzó las manos como deseando detener a la multitud que iba desapareciendo. Y, en efecto, todos se detuvieron. Cuando reinó un completo silencio, el nazarita señaló con su bastón al extranjero.

Todas las miradas se dirigieron a él y Baltasar y Ben-Hur miraron a Juan, impulsados por una misma impresión, aunque en distinto grado en cada uno. Muy lentamente llegaba hasta ellos el desconocido. De estatura más que mediana, delicado y esbelto, de mansos ademanes, propios de un hombre dedicado a la meditación de cosas elevadas. Llevaba con prestancia el *talih*, o túnica que le llegaba hasta los tobillos y de largas mangas. El paño que acostumbraba a anudar en su cabeza, le pendía ahora del brazo izquierdo. Calzaba sencillas sandalias y no llevaba báculo, alforja, ni cinturón. Los tres espectadores no prestaron atención a esos nimios detalles, fascinados por el dulce aspecto de su faz, que atraía a cuantos le contemplaban.

De su cabeza descubierta caía una larga y abundante melena, ligeramente ondulada, de un color castaño claro, con reflejos dorados, al sol. La frente era ancha y despejada y bajo las larguísimas pestañas, poco frecuentes en un hombre, brillaban sus ojos de un azul intenso, con inefable ternura. La forma de la nariz y boca no eran comunes al tipo hebreo; y la ternura de sus ojos, la palidez del cutis y la finura de su barba y cabello le proporcionaban uña innegable hermosura. Un guerrero no le habría tenido por serio contrincante, ni mujer alguna hubiera desconfiado de él, ni un niño, el más tímido, habría vacilado en tomarle de la mano.

Sus facciones resplandecían con una expresión inexplicable, debida quizá al amor, la inteligencia, la piedad o la melancolía; era un alma inocente y elevada, sacrificada a vivir entre empedernidos y groseros pecadores. Mas no se leía en su rostro el menor signo de debilidad, pues las cualidades antes mencionadas, se deben a ja conciencia de la propia fortaleza para soportar los mayores sufrimientos y el saber evitarlos al prójimo con voluntad firme.

Con lentitud se iba aproximando a los tres.

Ben-Hur a caballo y con la lanza en la mano habría atraído la atención de un rey y los ojos del que llegaba se fijaron en él, y luego en Baltasar, mas no se preocupó ni un solo momento de mirar a Iras, cuya belleza causaba por doquier admiración.

Reinaba un profundo silencio.

De repente, Juan, que aún le señalaba con su bastón, dijo con grandes voces:

—¡Mirad al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

Casi todos los presentes sintiéronse temerosos y asombrados al oír tan extrañas palabras, muy por encima de su entendimiento. Baltasar quedó embargado por un sentimiento indescriptible. Volvía a contemplar de nuevo al Redentor de los hombres. Estaba aún viva en su corazón la fe que le llevó en otro tiempo a aquellas tierras y eso le concedía una facultad de visión superior a los otros que estaban con él; era la facultad de un alma a quien no se había despojado de las divinas relaciones que se le otorgaran en otro tiempo, como premio a una vida que era en sí milagrosa, en aquella época sin ejemplos de santidad. Tenía ante él al ideal de su fe, perfecto en todo. Y como si algo faltase para identificar al extranjero, el nazarita volvió a repetir:

—¡Mirad al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

Baltasar postróse en tierra. No necesitaba ninguna otra explicación y Juan, comprendiéndolo así, volvióse a los más cercanos, para decirles.

—«Este que veis es Aquel de quien os he dicho; después de mí vendrá un hombre que es preferido a mí, porque está por encima de mí». No le conocía, pero con el fin de que Él se manifestase a Israel, vine a bautizarle con agua. Y he visto que del Cielo descendía el Espíritu en forma de paloma y se ha posado sobre Él. No le conocía, mas Quien me envió a bautizar con agua, me dijo: «Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu, es el que bautiza con Espíritu Santo». «Y yo le vi y he dado testimonio de que es Este…». —Después de una pausa, señalando todavía con su bastón al extranjero de blanca túnica, añadió—: «Éste es el Hijo de Dios».

—Él es, Él es —exclamó Baltasar con lágrimas en los ojos, y embargado por la emoción, cayó sin sentido en tierra.

Durante este tiempo Ben-Hur había estado estudiando el rostro del desconocido, aunque con un sentimiento completamente distinto. No era insensible a la pureza y santidad que de Él emanaba, pero aún quedaba espacio en su alma para la duda. «¿Quién es este hombre?» —se preguntaba —. «¿Mesías o Rey?». Al ver su continente afable, su humilde calma, hubiese sido una profanación atribuirle ideas de guerra o conquista. «Debe ser

Baltasar quien tiene razón, y no Simónides», se decía. «No puede haber venido a reconstruir el trono de Salomón, ni tiene el carácter de Herodes. Puede que sea Rey, mas lo será de otra naturaleza y más grande que el de Roma».

Ben-Hur no hacía más que meras suposiciones, sin osar sacar una conclusión; pero vino a él un lejano recuerdo que se esforzaba en localizar.

«Probablemente he visto antes a este hombre, mas, ¿dónde y cuándo?».

Estaba convencido de que su aspecto sereno, amoroso y comprensivo ejerció, en alguna ocasión, una fuerte impresión sobre él; no tardó en iluminarse su espíritu; recordó la escena junto al pozo de Nazaret, cuando los romanos le arrastraban a la galera. Aquellas manos le acariciaron cuando estaba padeciendo de sed y su rostro quedó grabado en su alma. En la confusión de sus sobrexcitados sentimientos olvidó todo cuanto le rodeaba, menos aquellas palabras maravillosas que aún hoy estremecen al mundo.

—«Éste es el Hijo de Dios».

Saltó Ben-Hur del caballo, dispuesto a rendirle homenaje cuando le interrumpió Iras, que suplicaba:

—¡Hijo de Hur, ven a socorrer a mi padre! Se muere.

Deteniéndose, miró hacia atrás, y en seguida corrió para auxiliar a Baltasar que seguía sin sentido. Tomando una copa que Iras le entregó, fue con rapidez a buscar agua al río. Al regresar, el extranjero había desaparecido.

Recobró Baltasar sus sentidos y extendiendo las manos, preguntó en un débil susurro:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Iras.

—¡Él, el Redentor! ¡He vuelto a ver al Hijo de Dios! —exclamó el anciano ardorosamente, como si se hubiese cumplido su último deseo.

—¿Tú lo crees también así? —inquirió Iras con voz baja a Ben-Hur.

—Esperemos —fue la lacónica respuesta.

Escuchaban los tres al nazarita, al siguiente día. Cuando interrumpiendo su plática, exclamo con veneración:

—¡Mirad al Cordero de Dios!

Volviéndose hacia el lugar que señalaba, pudieron ver todos la delicada figura del varón, cuya hermosa y santa fisonomía, llena de mansedumbre, hizo brotar una nueva idea en Ben-Hur.

«Baltasar tiene razón y… puede que también Simónides. ¿Por qué no ha de poder ser el Redentor al mismo tiempo un Rey?».

Y dirigiéndose a uno que tenía cerca, le pregunto:

—Dime, ¿quién es aquel hombre?
Y el otro, riendo con sorna, le repuso:
—El hijo del carpintero de Nazaret.

LIBRO OCTAVO

¿Quién puede resistir en este mundo? Ella sumergió mi existencia en una atmosfera de ambrosia, embelleciéndola con sus áureos celajes. Como a niño de pecho me meció en cuna de rosas. La corriente de mi vida primera cambio de rumbo, y yo, arrobado, presté tierno homenaje a esta arbitraria reina de los sentidos.

«Endymion». John Keats.

CAPITULO I

HUESPEDES EN LA CASA DE HUR

«*Yo soy la resurrección y la vida*».

—Ester, pide al criado una copa de agua.

—¿No prefieres un vaso de vino?

—Que traiga vino y agua.

Los que dialogaban se encontraban en la estancia de verano del palacio de Hur, en Jerusalén. Estaba Ester llamando al criado, cuando otro entró, y saludándola respetuosamente, le dijo:

—Una carta para el amo —y entregó un pergamino envuelto en lino, atado y sellado.

Era el veintiuno de marzo; casi tres años después de la aparición de Cristo en Betabara.

Por encargo de Ben-Hur, que no podía soportar la soledad y desolación de la casa de su padre, Malluch la había comprado a Poncio Pilatos, haciéndola restaurar por completo. Reformada, no quedaba indicio en ella que recordase el trágico pasado y por la suntuosidad de muebles y objetos de gusto refinado, se adivinaba que el joven propietario había residido en la capital del mundo.

Públicamente no se había mostrado Ben-Hur como dueño del palacio. Ocupaba el tiempo en hacer preparativos en Galilea, aguardando con paciencia las declaraciones del Nazareno, que cada vez le parecía más misterioso y que por los prodigios realizados a menudo ante sus ojos, le tenía en un estado de ansiosa duda respecto al carácter de su misión. Solía ir a menudo a la Ciudad Santa y se alojaba en el palacio de Hur como huésped. Aquellas visitas no eran para él épocas de descanso. Habitaban en el palacio

Baltasar y su hija, la cual seguía ejerciendo sobre el judío el encanto fascinante del primer día.

Simónides y Ester habían llegado de Antioquía hacía poco. Fue un viaje muy incómodo para el anciano, que hubo de ser transportado en un palanquín, suspendido entre dos camellos. El buen hombre se extasiaba contemplando su país natal, aspirando el aire de las montañas, siguiendo el curso del río, rememorando su juventud… siempre con Ester a su lado que era el vivo recuerdo de Raquel, aquella que fue su único amor.

La luz del sol iluminaba a Ester, dejando adivinar sus delicadas formas de mujer ya formada, menuda, airosa, con facciones regulares, rosadas por la juventud y la salud, iluminadas por la inteligencia y embellecidas por la expresión de abnegada bondad que reflejaban. Era una mujer digna de ser amada, porque el amor era un hábito en su vida.

Contempló dos veces el pergamino, sonrojándose de placer; el sello era de Ben-Hur. Se acercó, rápidamente a su padre.

También Simónides miró el sello, antes de abrir la misiva, luego lo devolvió a su hija, diciendo:

—Lee.

Mientras hablaba, el padre la contemplaba fijamente, y una nube de tristeza turbó su serenidad.

—Veo que sabes de quien es.

—Sí. De nuestro amo —y aunque turbada, miró a su padre cara a cara con sincera humildad.

—Le amas, ¿verdad? —dijo gravemente, después de un momento de meditación.

—Sí —respondió la joven.

—¿Sabes lo que haces?

—He intentado no pensar en él más que como amo a quien estoy sometida por el deber, pero de nada me ha servido, sino para fortalecer mi amor.

—Eres muy buena muchacha, tan buena como tu madre —y quedó sumido en profunda meditación que interrumpió al oír abrir a su hija el pergamino—. Que el Señor me perdone si pienso que de haber conservado yo cuanto tenía, tu amor no sería vaho. ¡Tiene tanto poder el dinero…!

—Para mí hubiera sido muy triste lo que dices, pues me habría considerado indigna de sus miradas y tú no podrías sentir, como ahora, un justo orgullo… ¿Leo?

—Aguarda. Como prueba de cariño voy a mostrarte las cosas por el lado peor. Puede que si soy yo quien te prevenga, la cosa te resulte menos terrible.

Ya ha puesto su amor en otra.

—Estoy enterada —replicó Ester con calma.

—Ha caído en las redes de la egipcia, que une la astucia a la belleza. La belleza es un arma poderosa. Pero esa mujer, digna de su raza, no tiene corazón. La hija que desprecia al padre hará llorar al esposo.

—¿Desprecia a su padre?

—Sí. Ella se burla de Baltasar que, a pesar de set gentil, es un sabio a quien Dios ha favorecido extraordinariamente. Ayer, hablando de su padre, decía: «En los jóvenes son disculpables las locuras; en la vejez tan sólo la sabiduría es digna de admirar; cuando se pierde ya se está de más en el mundo». Palabras tan crueles sólo parecen propias de un romano. Yo pensé que cualquier día puede sobrevenirme una debilidad como la de su padre, pero sé que tú, Ester, no has de decir nunca: «Sería preferible que hubiera muerto». No, porque tu madre era una verdadera hija de Judá.

—Yo soy hija de ella —dijo Ester, besándole, con lágrimas en los ojos.

—Y también hija mía, y representas para mí tanto como para Salomón el Templo. Después que la egipcia sea su mujer —prosiguió tras un corto silencio—, pensará en ti, arrepentido, pues al fin, se dará cuenta de que se ha convertido en instrumento de la baja ambición de esa mujer, para quien Roma es el centro de sus sueños. A él le considera el hijo de Arrio, el *duunviro* no el hijo de Hur, príncipe de Jerusalén.

Ester no intentó disimular lo mucho que la afectaban aquellas palabras y exclamó, suplicante.

—¡Padre mío, sálvale! ¡Todavía está a tiempo!

—Es posible salvar a un hombre que se ahoga —replicó Simónides, sonriendo dubitativo—, pero no a un hombre enamorado.

—Tú puedes influir en él. Está sólo en el mundo. Tú puedes mostrarle el peligro, diciéndole qué clase de mujer es.

—Aunque eso le apartase de ella, ¿te amaría a ti? —Frunció el ceño, al añadir—. Soy un siervo como lo fueron mis padres y no puedo decirle: «Ahí está mi hija. Es más bella que la egipcia y te quiere más». Los años de libre independencia han influido en mi carácter. Pronunciar esas palabras sería abrasar mis labios; las piedras de las montañas se precipitarían sobre mí. ¡Nunca, Ester! Eso no.

La faz de la joven se cubrió de intenso rubor.

—No es mi deseo, padre mío, que le digas semejante cosa. Hablaba pensando en su felicidad, no en la mía. Ya que me he atrevido a amarle, debo

conservarme digna de su respeto, para excusar mi locura. ¿Leo ahora su carta?

—Sí. Lee.

Ester se apresuró a hacerlo, para poner término a aquella cuestión que tanto la turbaba.

Camino de Galilea a Jerusalén, Nisán 8.

El Nazareno se ha puesto en camino hacia Jerusalén; ignora que le sigo con una legión a mis órdenes y otra que viene detrás. La Pascua disimulará la aglomeración de tanta gente. Al marchar, dijo él: «Iremos a Jerusalén y cuánto escribieron sobre mí los profetas, se cumplirá».

Nuestra espera llega a su fin. Date prisa.

La paz sea contigo, Simónides.

Ben-Hur

Devolvió Ester la carta a su padre con el corazón angustiado. Ni una sola palabra para ella… Ni tan sólo un saludo… Fue la primera vez que se sintió atormentada por los celos.

—El día ocho —decía Simónides—. El día ocho *y hoy, ¿a* cuántos estamos, Ester?

—A nueve.

—Pues ahora, ya deben estar en Betania.

—Y quizá podamos verle esta noche —añadió la hija, sin disimular la alegría.

—¡Quizá, quizá! Mañana es la fiesta de los Azimos[113] y me alegrará celebrarla aquí lo mismo que el Nazareno. Y los dos podremos verle, hija mía.

Llegó entonces el criado llevando el agua y vino que Ester sirvió a su padre; al poco apareció allí Iras.

Nunca la hebrea la vio tan hermosa. Se cubría con una, nube de gasas y sus brazos y garganta resplandecían con esas joyas de oro macizo qué tanto atraen a las egipcias. Parecía contenta.

Se acercaba a ellos con paso ondulante, consciente de su encanto, pero sin ninguna afectación. Ester se estremeció y estrechóse contra su padre.

—La paz sea con Simónides y con la hermosa Ester. Si no ha de ofenderte la comparación, te diré que me recuerdas a los sacerdotes de Persia que al declinar el día suben a lo alto de los templos para dirigir sus plegarias al sol.

Si ignoras alguna cosa de este culto, mi padre, que es algo mago, podrá informarte.

—Tu padre, hermosa egipcia, es un hombre bueno que no ha de ofenderse si sabe que para mí, su ciencia sobre Persia es lo menos importante de su sabiduría.

Frunció ella los labios, irónicamente.

—Hablando como un filósofo, pues me obligas a ello, te diré que eso significa que estimas más en él otras cualidades. ¿Cuál es la rara cualidad que te has dignado atribuir a mi padre?

—La verdadera sabiduría siempre se dirige a Dios; el conocimiento de Dios es lo más puro; y ninguno de los hombres que yo conozco posee esa sabiduría en tal alto grado como Baltasar —y alzando la copa, bebió, dando por terminada aquella conversación.

Entonces Iras dirigióse a Ester y dijo con insolencia:

—Quien tiene tantos millones y tantos buques en el mar no puede hacerse cargo de las diversiones que buscamos las pobres mujeres. Dejémosle solo. Junto a aquel muro podremos hablar.

Y se acercaron precisamente al lugar en que años antes se desprendiera la loseta que cayó sobre la cabeza de Graco.

—¿Nunca has estado en Roma?

—No —repuso Ester con cierta reserva.

—¿Ni has deseado nunca ir?

—No.

—¡Inocente! Los pajarillos sin pluma que anidan en la esfinge de Menfis saben tanto como tú.

Al observar la confusión de Ester, añadió en tono amigable y confidencial:

—No te ofendas, que tan sólo era una broma. Permite que te bese para borrar mi ofensa. Lo que voy a decirte ni al mismo Simbel si me lo preguntase, ofreciéndome un loto de la corriente del río, habría de decírselo.

El inocente semblante de Ester reflejó sorpresa.

—El Rey va a venir. Ese Nazareno de quien tanto hablan nuestros padres y por quien Ben-Hur trabaja lince tiempo estará aquí mañana por la mañana y Ben-Hur esta noche.

Ester intentaba en vano conservar la serenidad. Se humedecieron sus ojos y las mejillas se encendieron descubriendo su secreto de amor. Estaba tan perturbada que no advirtió la expresión de triunfo que como un relámpago, pasó por el semblante de la egipcia.

—Mira, aquí lo dice —y sacó un rollo de su cinturón—. Alégrate conmigo, amiga Ester. ¡Ha de llegar esta noche! Me ha ofrecido una regia mansión que hay a orillas del Tiber, si accedo a ser su prometida.

En la calle se percibieron pasos acelerados. Iras se asomó para mirar y reconociendo al que llegaba, exclamó, juntando las manos y mirando al cielo:

—¡Loada sea Isis! Es él; Ben-Hur. Abrázame, Ester; dame un beso.

Miró la hebrea al cielo. Sus mejillas, estaban encendidas y su mirada colérica por vez primera. Su alma sufría un tormento insoportable. No era suficiente ver truncados sus sueños de amor, si no que había de oír a su rival jactarse de los éxitos y dulces promesas del hombre amado. Para ella, hija de un siervo, no tuvo ni el menor recuerdo, en tanto que aquella otra podía mostrarle una carta, permitiendo adivinar todo el amor que en ella se respiraba. Y sin poder evitarlo, murmuró:

—¿Tanto le amas? ¿O es acaso Roma lo que te atrae?

Retrocedió la egipcia, mas recuperóse en seguida, y mirándola con altivez, inquirió:

—¿Y para ti qué representa, hija de Simónides?

—Es mi… —La emoción la embargaba, mas se interrumpió a tiempo. Pensando en las palabras que estuvo a punto de pronunciar, tembló, y se puso muy pálida; mas recobrándose, concluyó—. Es el amigo de mi padre.

Su lengua se negaba a declarar su condición servil.

—¿Sólo eso? —rió Iras—. Por los dioses egipcios del amor, quédate con tus besos, que otros más deseables me están esperando y…, voy por ellos. La paz contigo.

Iras descendió por la escalera y entonces Ester, cubriéndose la cara con las manos lloró amargamente recordando las palabras que su padre le dijera: «… de haber conservado yo cuanto tenía tu amor no sería vano».

CAPITULO II

BEN-HUR HABLA DEL NAZARENO

Una hora más tarde conversaban en el gran salón del palacio Baltasar y Simónides, éste acompañada de nuevo por Ester, cuando aparecieron Iras y Ben-Hur.

Adelantóse el joven para saludar primero a Baltasar y luego a Simónides; ante Ester se detuvo un momento.

Cuando el corazón esta henchido por una gran pasión, difícilmente queda cabida para otros sentimientos, que suelen quedar ahogados y empalidecidos por la pasión dominante. Eso debía sucederle a Ben-Hur. Sus esperanzas en el Mesías, el porvenir de su patria, sus grandes proyectos y la influencia directa de Iras le habían hecho ambicioso en alto grado.

Al mirar a Ester se había detenido un momento, sorprendido al comprobar que era ya una mujer y muy hermosa, y mirándola, su conciencia le recordó los deberes que ya casi tenía olvidados. Por un momento se sintió conmovido, mas inmediatamente se recobró y dijo:

—La paz sea contigo, dulce Ester, y lo mismo contigo, buen Simónides. Que el Señor te bendiga aunque sólo sea por haber sido un buen padre para un huérfano.

Le escuchaba Ester con la vista baja y el padre repuso:

—Hijo de Hur, te digo, lo mismo que Baltasar. Se bienvenido a la casa de tus padres. Siéntate y háblanos de tus trabajos y del extraordinario Nazareno. ¿Quién es y qué piensa hacer? Habla que yo deseo saber.

Ester se apresuró a acercarle un escabel tapizado.

—Gracias —dijo afectuosamente.

Luego se dirigió a los hombres que se dispusieron a escucharle con suma atención.

—Voy a hablaros del Nazareno. Hace mucho tiempo que lo sigo con gran interés. He presenciado hechos de ese hombre en toda clase de circunstancias y comprobado que, además de ser un mortal como tú y como yo, es algo más.

—¿Qué es más que tú? —se interesó Simónides.

—Verás… —se interrumpió al ver a alguien que entraba y se puso en pie con los brazos abiertos.

—¡Mi querida Amrá!

Corrió la anciana a su encuentro y arrodillándose a sus pies, le abrazó las rodillas, besándole repetidas veces. Cuando logró el joven levantarla, besó con efusión sus arrugadas y oscuras mejillas y los grises cabellos.

—Dime, Amrá querida, ¿no sabes nada de ellas? ¿Nada? ¿Ni una palabra, ni un indicio…?

La esclava sollozó amargamente.

—Cúmplase siempre la voluntad de Dios —dijo el joven.

Habría deseado no verter las lágrimas que acudían a sus ojos varoniles. Cuando se calmó un tanto, volvió a sentarse y pidió a su nodriza:

—Siéntate a mi lado, Amrá. ¿No? Pues por lo menos a mis pies, porque tengo mucho que contar a estos amigos sobre un hombre maravilloso.

Ella se conformó con arrimarse a una pared y juntando las manos sobre las rodillas, poder contemplarle. Él hizo una inclinación de cabeza a los ancianos y reanudó su narración.

—Antes de responder a vuestras preguntas respecto al Nazareno quisiera contaros alguna de las cosas que le he visto hacer. Y siento doble interés por hacerlo puesto que mañana vendrá a la ciudad e irá al Templo, que Él llama la casa de su padre, y donde se dice que ha de proclamarse Rey. Tú, Baltasar, y tú Simónides, debéis estar allí mañana, lo mismo que toda Israel.

—¿Dónde podré verle? —preguntó Baltasar, frotando sus trémulas manos.

—Habrá una gran aglomeración de gente, por tanto opino que debéis ir al terrado, a los claustros o al pórtico de Salomón.

—¿Vendrás con nosotros?

—No. Debo acompañar a mis amigos en el cortejo.

—¿Cortejo? —se asombró Simónides—. ¿Acaso viaja como un rey?

Ben-Hur, conociendo las ideas de Simónides respecto al Redentor esperado, no dio una respuesta directa.

—Le acompañan doce hombres de lo más humilde y viajan todos a pie, sin temor al frío, el viento, la lluvia o el sol. Nada puede tener menos semejanza al noble cortejo de un rey. Mas cuando se ve que Él les dirige la

palabra no puede dudarse que es el Maestro. Pero, decidme, ¿qué opinaríais de un hombre que pudiendo ser rico con sólo transformar en oro las piedras que pisa con sus pies, prefiere vivir en la pobreza?

—Según los griegos sería un filósofo —medió Iras.

—Nunca un filósofo tuvo poder para hacer tales cosas, hija mía. Pero —continuó Baltasar, dirigiéndose a Ben-Hur—, ¿cómo sabes que puede hacer cosa tan extraordinaria?

—Le he visto transformar el agua en vino.

—¡Asombroso, asombroso! —exclamó Simónides—. Pero a mi entender no lo es mucho que prefiera vivir pobre.

—¿Es realmente tan pobre como dices?

—Nada posee, ni a nadie envidia su riqueza, más bien suele compadecerse del rico. ¿Y qué me diríais de un hombre que multiplicó cinco panes y dos peces para poder dar de comer a cinco mil personas, quedando aún cestos llenos? También ha hecho eso el Nazareno en mi presencia.

—¿Lo has visto tú? —dijo Simónides estupefacto.

—Así es; y comí de aquel pan y aquel pescado. Pero todavía hay algo más extraordinario. ¿Qué opinión os merecería un hombre que tiene tal virtud que el enfermo, sólo con tocar la orla de su vestido, queda sano? Y de eso he sido testigo muchas veces. Dos ciegos llamaron al Nazareno al salir de Jericó y él, tocándoles los ojos, les devolvió la vista. Le trajeron un paralítico y con que el Nazareno le dijera tan sólo: «Ve a tu casa», pudo marchar feliz y sano. ¿Qué os parecen estas cosas?

Tío obtuvo respuesta.

—Mas aún hay algo más maravilloso. Recordad esa maldita enfermedad que sólo cura la muerte: la lepra.

Al oír aquellas palabras, Amrá se incorporó, para escuchar con sumo interés.

—Un leproso, en Galilea, se le acercó, diciendo:' «Señor, si tú lo quieres, podré llamarme limpio». Él le atendió y tocando al desgraciado con sus manos, le dijo: «Sé limpio». Y al instante quedó el leproso tan sano como la enorme multitud que fuimos testigos de la curación.

Oyendo aquel milagro Amrá se levantó, turbada, separando de su rostro los grises cabellos, mas no pudo pronunciar una palabra.

—Un día —seguía Ben-Hur sin interrupción—, llegaron diez leprosos que se postraron a sus pies, suplicando: «¡Maestro, Maestro, ten piedad de nosotros!». Y él les repuso: «Id a mostraros al sacerdote como ordena la ley; antes de llegar a su presencia ya estarcís curados». Yo lo presencié todo.

—¿Y curaron?

—Completamente. Desapareció la enfermedad por el camino y sólo quedaron, para recordarlo, los vestidos manchados.

—Jamás se oyeron cosas semejantes en Israel. —La voz de Simónides sonaba opaca.

Sin que nadie lo advirtiera, Amrá había salido silenciosamente. Ben-Hur prosiguió:

—Fácilmente podéis suponer lo, que estos hechos han suscitado en mí, mas mis dudas no estaban por completo disipadas. Ya sabéis que los galileos son osados e impetuosos y tras tantos años de impaciente espera, están ansiosos por empuñar la espada. Solían decirme: «Es muy parco de palabras; debemos forzarle». También yo, impaciente, me decía: «Si ha de ser el Rey, ¿a qué esperar más?». Teníamos las legiones dispuestas y en una ocasión en que predicaba a orillas del mar, nos decidimos a coronarle, mas Él desapareció. Al poco vimos que se alejaba en una barca. Piensa, buen Simónides, que cuantos atributos atraen a los demás hombres, a Él no le atraen lo más mínimo.

Alzó el comerciante la barbilla, que descansaba hasta entonces sobre su pecho, y repuso con seguridad:

—El Señor vive lo mismo que las palabras de los profetas. El tiempo es aún prematuro. Esperemos a que llegue mañana.

—Así sea —corroboró sonriente Baltasar.

—Aún no he concluido —añadió Ben-Hur—. Hay algo todavía más asombroso que lo que hasta ahora os he narrado. Decidme, ¿conocéis a alguien que haya sido capaz de arrebatar a la muerte su presa, cuando ya era suya? ¿Quién podría hacer tal cosa sino…?

—Dios —completó el egipcio con solemnidad.

—Ese mismo nombre iba a pronunciar yo, sabio egipcio. ¿No es asombroso que un hombre en pocas palabras y con menos esfuerzo que el empleado por una madre para despertar a su hijo, deje fallida la obra de la muerte? Pues eso ocurrió en Naím. Cuando íbamos a pasar sus puertas, nos cruzamos con una gran multitud que llevaba un muerto. Detúvose el Nazareno para dejar paso al entierro y observando que una mujer lloraba, su rostro inundóse de compasión. Habló con ella y luego ordenó al amortajado: «Joven, yo te lo mando, levántate». E instantáneamente el que yacía muerto, se levantó y habló.

—Sólo Dios es grande —comentó Baltasar.

—Tened en cuenta que tan sólo he contado aquellas cosas de las que yo en persona, he sido testigo entre grandes masas de diversas gentes. Veníamos hacia aquí cuando ha hecho algo más asombroso aún. En Betania había muerto un hombre llamado Lázaro y llevaba ya cuatro días en el sepulcro, cuando llegó el Nazareno. Separaron la piedra y todos pudimos ver al hombre, envuelto en un sudario. Éramos muchos los presentes y todos oímos que el Nazareno decía: «Lázaro, levántate y anda». Imposible de explicar la sensación que experimenté al comprobar que el muerto obedecía aquella orden. «Soltadle» —pidió luego el Nazareno; y al descubierto su cara, la sangre coloreó sus mejillas y recobró el aspecto de salud. Sigue vivo y todos van a verle y preguntarle. Y ahora yo os digo lo que no es sino una repetición de lo que tú, Simónides, me preguntabas antes. ¿Es sólo hombre el Nazareno?

La polémica sobre aquella cuestión se prolongó hasta pasada la medianoche. Simónides se aferraba a sus creencias e interpretaciones de los dichos de los profetas y Ben-Hur aseguró que tanto Baltasar come Simónides tenían razón, puesto que el Nazareno era el Redentor esperado por Baltasar y por tanto el Rey prometido que Simónides soñaba para su pueblo.

—Mañana se verá. Paz a vosotros.

Y con tales palabras se despidió Ben-Hur que deseaba volver a Betania.

CAPITULO III

LAS LEPROSAS SE ALEJAN DE LA TUMBA

Al siguiente día, Amrá fue la primera persona que salió de la ciudad.

Con su cesta al brazo, bajó hacia el valle oriental, contemplando la vertiente del Olívete, de un verde intenso e invadido de tiendas, levantadas recientemente por las gentes que acudían a la fiesta. Pasado Getsemaní y las tumbas, donde coinciden los caminos de Betania llegó a la villa sepulcral de Siloán. Se tambaleaba a menudo su envejecido cuerpo e incluso hubo de sentarse una vez para recobrar fuerzas y proseguir el camino.

Una vez en el jardín del Rey amenguó el paso; ya estaba en la tenebrosa ciudad de los leprosos, al pie del Hinnón.

Tirza dormía, pero la madre estaba sentada a la puerta de la tumba. La enfermedad había progresado terriblemente en los tres últimos años. Consciente del terror que inspiraba, la desgraciada, conservando aún sus delicados instintos, ni delante de Tirza se descubría más de lo imprescindible. Sabiendo que nadie podía verla en aquel momento, tomaba el sol con la cabeza descubierta. ¡Cuántos destrozos la había causado ya la horrible enfermedad! El cabello blanco se tornó tau áspero, que ya casi era imposible peinarlo. Los labios, los párpados, las aletas de la nariz se habían reducido a fétidas llagas. La garganta desaparecía bajo una masa de escamas cenicientas. Se veía una de sus manos tan rígida y escuálida como la de un esqueleto¯ habían desaparecido las uñas y las articulaciones de los dedos quedaban cubiertas por costras rojizas. Esto da una idea de lo que sería el resto de su cuerpo.

Sabía la desgraciada que cuando el sol esparciese su dorada luz por la cumbre del Olívete y del Monte de la Ofensa, Amrá llegaría. Tomaría agua del pozo y después, sobre una piedra, colocaría el alimento y el cántaro de agua fresca. Aquella visita era lo único que la unía a su feliz pasado. La

anciana le proporcionaba noticias de su hijo; cuando por ella se enteraba que estaba Judá en casa permanecía el día entero sentada sobre una piedra, contemplando fijamente la lejanía, hacia el punto en que estaba enclavado el palacio que fue su hogar dichoso.

Nada agradable podía ofrecerla la naturaleza en aquel lúgubre lugar lleno de tumbas por todas partes, que le sugerían tétricos pensamientos; y la belleza del cielo azul y el sol resplandeciente ofendíanla, aumentando su sufrimiento, pues era la luz que iluminaba las bellezas de la naturaleza, la que también mostraba su propia deformidad. Ya, bajo la luz del sol, ningún sueño podía forjarse respecto a la pobre Tirza.

En ocasiones, la vida puede convertirse en una maldición.

¿Por qué motivo no puso término a su vida? Porque «la Ley lo prohibía». Aquella respuesta haría sonreír a un gentil, mas nunca a un hijo de Israel para quien la Ley era sagrada.

Ensimismada en sus sombríos pensamientos estaba la viuda, cuando vio aparecer en lo alto de la colina, una mujer con una cesta, que se aproximaba con pasos inseguros a causa del cansancio. «¡Impura, impura!», gritó con su voz ahora ronca y desagradable; pero Amrá, sin atenderla, se arrojó a sus plantas y entre lágrimas y protestas de cariño, besó mil veces las ropas de su ama en una demostración del amor que la profesaba y que hubo de contener durante tanto tiempo.

—¿Qué has hecho, Amrá? —exclamó su ama, cuando aquella explosión de afecto, disminuyó. No pudo alejarse a tiempo de su antigua esclava y ahora, preguntaba, anonadada—: ¿Desobedeciendo así, crees demostrarme tu amor? ¡Insensata! Te has perdido. Y también a él, a tu amo. Ya no puedes volver. No has de verle más.

Amrá, en el suelo, sollozaba.

—También tú estás ahora proscrita por la ley y no puedes volver a Jerusalén. ¿Qué será de nosotras? I ¿Quién nos traerá el alimento? Has sido mala, Amrá, mala… Nos hemos perdido todas.

—¡Piedad, piedad! —suplicaba la esclava.

—Debiste compadecerte a tiempo de ti y de nosotras. ¿Adónde ir ahora? Nadie nos auxiliará. ¿No bastaba la cólera divina?

Despertada por el alboroto, apareció Tirza. Su aspecto era horrendo, indescriptible… Cubierta de lívidas cicatrices, casi ciega, brazos y piernas deformadas por la hinchazón, nada, ni el menor residuo, quedaba de la gracia infantil de aquella criatura de angelical pureza.

—Madre, ¿es Amrá?

La sierva iba a acercarse también a ella.

—¡Detente, Amrá! —gritó la viuda imperiosamente—. Te prohíbo que la toques. Márchate antes de que te vean los que vengan al pozo. Pero… ¿qué digo? Ya es demasiado tarde. Debes quedarte aquí y compartir nuestra suerte. ¡Levántate!

Incorporóse Amrá, pero sólo hasta quedar de rodillas y con palabras entrecortadas por los sollozos, explicó:

—¡Oh mi dulce ama! Yo no soy mala, ni perversa. He venido a traer buenas noticias.

—¿De Judá? —inquirió anhelante la viuda.

—Sé que hay un hombre prodigioso que puede curaros. Devuelve la vida y la salud sólo con una palabra. Voy a llevaros a él.

—¡Pobre Amrá! —dijo Tirza, compasiva.

—¡No! —respondió la esclava con energía, percibiendo la incredulidad en la exclamación de Tirza—. Es tan cierto lo que digo como que Dios, el Dios de Israel, existe. Os ruego que me acompañéis sin perder tiempo, porque hoy ha de pasar por el camino que lleva a la ciudad. Ya se aproxima el día. Comed algo y marchemos.

La madre escuchó anhelante. Debía saber algo de aquel hombre que tantos prodigios realizaba y cuya lama se extendió por los más apartados lugares de Judea.

—¿Quién es ese hombre?

—Un nazareno.

—¿A quién has oído hablar de él?

—A Judá.

—¿Judá? ¿Es que está en casa?

—Anoche llegó.

—¿Es él quien te envía a que nos digas esto? —preguntó la viuda.

—No. El cree que las dos habéis muerto.

—Hubo una vez cierto profeta que sanó a un leproso —recordó la madre a Tirza—. Dios le proporcionó ese poder.

Y volviéndose a Amrá, preguntó:

—Y mi hijo, ¿cómo conoce a ese hombre singular?

—Ha viajado con él y visto a leprosos que le imploraban y luego han marchado sanos.

La madre permaneció pensativa, temblorosas sus manos, conmovida su alma. No dudaba de las palabras de su hijo que repetía la sierva, mas

intentaba comprender el poder de aquel hombre que podía realizar tales maravillas. Pero poco duró su vacilación.

—¡Debe ser el Mesías! —dijo a Tirza, con viveza, como una israelita familiarizada con las promesas de Dios para su raza.

—Hace años que en Jerusalén y en toda Judea se hablaba de su nacimiento. De ser cierta aquella historia, debe ser ya un hombre. Debe ser Él. No cabe duda. Te creemos, Amrá. Trae el jarro del agua y prepara el almuerzo. En cuanto comamos nos iremos.

Después de una breve colación, las tres mujeres emprendieron el camino. Tirza, se había contagiado por la misma fe de su madre y Amrá, y las tres ya sólo sentían el temor de no hallarle. La esclava dijo que el Nazareno llegaba de Betania y desde ese pueblo a Jerusalén, conducían tres caminos: uno desde la primera cumbre del monte Olívete, otro corría al pie del mismo monte y el último se encontraba entre la segunda cima y el Monte de la Ofensa. Aunque no estaban muy alejados entre sí, bastaba para que no encontrasen al Nazareno, si equivocaban la senda por donde Él había de llegar, Amrá conocía poco del país y menos de los propósitos del Nazareno.

—Podemos ir primero a Betfage —opinó la viuda— y si el Señor nos ayuda, allí sabremos lo que debemos hacer.

Llegaron hasta Tofet y el Jardín del Rey, y se detuvieron ante el hondo camino.

—Me atemoriza seguir esta senda. Hoy es día de fiesta y en las vertientes de esos cerros se ve mucha gente. Yendo a través de los campos o entre los árboles será más fácil evitarles. Vayamos por el Monte de la Ofensa.

Al oír aquellas palabras, Tirza, que caminaba con dificultad, se sintió desalentada.

—Hay una gran pendiente, madre. Yo no podré trepar.

—Recuerda que vamos en busca de la salud y la vida. Mira cómo nos ilumina el sol. Aquellas mujeres que van al pozo nos apedrearán. Sé fuerte, al menos esta vez.

—Apóyate en mí. —Y Amrá, sin pensar en las consecuencias, hizo que pasara un brazo por su cuello—. Aunque soy vieja, estoy fuerte y el camino no es muy largo. ¡Vamos!

Hubieron de atravesar canteras y ruinas de antiguas construcciones, mas cuando, una vez en la cumbre, se detuvieron a descansar, sentía la madre un ansioso deseo de vivir y al contemplar el hermoso panorama, dijo a su hija:

—¿No ves, Tirza, las hojas de la Puerta Bella? ¡Cómo reverbera en ellas la luz! ¿Recuerdas que solíamos ir allí? No muy lejos está nuestra casa. Por

encima de Ja Tienda del Tabernáculo casi puedo contemplarla. ¡Y allí está Judá para recibirnos!

Remprendieron la marcha. A pesar de los esfuerzos de Amrá por ayudar a Tirza, la pobre muchacha gemía sin cesar. Cuando se encontraban junto a la senda que corre entre el Monte Olívete y la cumbre central del Monte de la Ofensa, se desplomó en tierra, exhausta.

—Seguid vosotras; dejadme aquí —pidió débilmente.

—No, Tirza. ¿De qué me serviría sanar, si tú no curas también? ¿Qué le diría de ti a Judá, si te abandonase?

—Dile cuanto le he querido.

Se inclinó la madre sobre el extenuado cuerpo, con una mirada de desesperada resignación, reflejo de un alma ahíta de sufrimiento. Había sentido aquella alegría de vivir, pensando sobre todo en su hija, que era lo bastante joven para encontrar en la felicidad el olvido de tantos sufrimientos. En aquel momento vio un hombre que llegaba del Este por aquel camino.

—¡Animo, Tirza! Por allí viene uno que podrá darnos noticias del Nazareno.

—Olvidas, madre querida —dijo Tirza a quien Amrá ayudaba a incorporarse—, olvidas lo que somos. Ese viajero no se acercará a nosotras. Nos maldecirá y nos apedreará.

—Ya veremos. —No supo contestar otra cosa, conociendo el trato que se daba a los parias como ellas.

El extranjero seguía avanzando y si no se desviaba, forzosamente había de llegar al lugar en que ellas se encontraban; así sucedió. Pero antes de que se acercase demasiado, la madre, descubriendo su cabeza, según obligaba la ley, gritó:

—¡Impuras! —mas con infinita sorpresa, comprobó que el desconocido continuaba avanzando.

—¿Qué quieres? —la preguntó, deteniéndose a unos cuatro metros de ellas.

—Ya ves lo que somos. Ten cuidado.

—Mujer, soy el emisario de aquel que no necesita sino hablar, a un enfermo como tú, para curarle. No tengo miedo.

—¿Hablas del Nazareno?

—Del Mesías.

—¿Es cierto que hoy llega a la ciudad?

—Ahora está en Betfage.

—¿Por qué camino ha de venir?

—Por éste.

Ella juntó las manos, mirando al cielo con agradecimiento. Él, mirándola compasivamente, preguntó:

—¿Quién crees que es Él?

—El Hijo de Dios.

—Quédate ahí o mejor, súbete a aquella roca blanca y cuando le veas pasar no dejes de llamarle en voz alta y sin temor. Si tienes una fe tan grande como creo. Él te oirá, aunque truenen los cielos. Yo me he adelantado para advertir a Israel que Él se aproxima y se preparen a recibirle. La paz sea contigo y los tuyos, mujer.

—Tirza, ¿has oído? —preguntó la madre cuando el hombre se alejaba—. Vendrá por esta senda y nos oirá. Haz un esfuerzo más para llegar hasta la roca.

Ayudada por Amrá, púsose Tirza en pie, pero apenas había dado unos pasos, cuando dijo Amrá:

—Esperad que el hombre vuelve.

—Dispénsame —dijo al acercarse—. He pensado que el sol abrasará mucho hasta que llegue el Nazareno y esta calabaza de agua os será más útil que a mí. Animo y llamadle cuando pase.

—¿Eres judío?

—Sí. Y también soy algo mejor. Soy discípulo de Cristo, quien predica con la palabra y el ejemplo la caridad que el mundo conoce de nombre, pero que no entiende. Paz nuevamente y ¡ánimo!

Una vez el hombre se hubo alejado, continuaron ascendiendo a la roca. Desde allí podían divisar a cuantos pasaran. Sentáronse a la sombra de un árbol y después de beber agua, descansaron.

Tirza no tardó en quedar dormida y por no despertarla, las dos mujeres guardaron silencio.

CAPITULO IV

EL MILAGRO

El camino era cada vez más frecuentado y a la hora cuarta, en la cima del Olívete, apareció una enorme multitud y según se iban acercando, pudieron ver las mujeres que llevaban todos palmas recién cortadas.

Al poco, un enorme rumor de voces las hizo mirar hacia el Este. Entonces llamó la madre a Tirza.

—¿Qué pasa? —preguntó aturdida la joven.

—Vienen de la ciudad para salir a su encuentro. Los que se oyen por el otro lado son los amigos que le acompañan y no sería extraño que fuese aquí donde se encuentren.

—De ocurrir así no nos oirá llamarle.

La misma idea agobiaba a la madre.

—Amrá, ¿cómo dice Ben-Hur que los leprosos llamaron al Nazareno?

—Le decían: «Maestro, ten misericordia de nosotros».

—¿Eso únicamente?

—Sólo oí eso.

—¿Y era suficiente? —La madre parecía hablar para sí.

—Sí. Y Judá les vio irse ya curados.

Las gentes procedentes del Este ya ascendían lentamente y las leprosas distinguieron en seguida a un hombre que se destacaba en medio de ellos. Llevaba albas vestiduras y la cabeza descubierta. El color de su rostro era casi aceitunado y el cabello castaño claro y quemado por el sol.

No tomaba parte en la algarabía que le rodeaba, manteniéndose grave y melancólico. El sol arrancaba dorados destellos de su largo cabello, formando alrededor de su cabeza una dorada aureola.

—¡Está ahí, Tirza! Ven, hija. ¡Está ahí!

Y la mujer, acercándose al borde de la roca, cayó de rodillas. También la hija y la sierva se postraron de hinojos. Las gentes que venían de la ciudad detuviéronse entonces allí, agitando palmas y ramas verdes y cantando:

—¡Bendito sea el Rey de Israel que viene en nombre del Señor!

Y los que acompañaban al Nazareno, al unísono, repitieron lo mismo.

Entre aquel _ estruendo las voces de las tres mujeres eran tan imperceptibles como el gorjeo de un tímido gorrión.

Únicamente entonces tenían la oportunidad que buscaban y de dejarla escapar, ya no podrían sanar jamás.

—Más cerca, hija mía. Ven aquí.

Y ambas alzaron sus descarnadas manos y gritaron con todas sus fuerzas.

Al verlas, el pueblo se detuvo, aterrorizado de su espantable aspecto.

—¡Son leprosas! ¡Leprosas!

—¡Apedreadlas!

—Son malditas por Dios. ¡Matadlas!

Aquellos gritos de indignación se mezclaron con los «hosannas», mas los que rodeaban al Nazareno, conociendo mejor a Aquél a quien imploraban las desgraciadas, le miraron en silencio, como suplicando su dulce compasión.

Él se detuvo al llegar frente a las tres mujeres. Contemplaron ellas su sereno rostro, compasivo y hermoso y sus ojos llenos de ternura y benevolencia y pidieron:

—¡Maestro, Maestro, Tú que ves nuestra miseria y puedes hacernos limpias, compadécete de nosotras! ¡Piedad!

—¿Me creéis capaz de hacer eso? —inquirió.

—Tú eres Aquél del que hablaron los profetas. Eres el Mesías.

Los dulces ojos del Nazareno resplandecieron de alegría.

—Tu fe es grande, mujer —dijo afablemente—. Sea como lo pides.

Permaneció aún un instante allí y luego siguió su camino. Su divino corazón, único y, no obstante, tan humano, dotado de los más grandes dones terrenos, se acercaba a la más afrentosa y cruel de las muertes inventada por la maldad del hombre, tan sediento de amor como al principio. ¡Cuán precioso y consolador sería, pues, para Él la alabanza con que le despidieron las agradecidas mujeres!

—¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Bendito tres veces el Hijo que Él nos ha dado!

Las gentes que venían de la ciudad y las procedentes de Betfage, mezcláronse, rodeándole y haciendo demostraciones de alegría, y en

imponente cortejo, pasaron ante las leprosas. Cubrióse la madre la cabeza y abrazó a Tirza.

—Nos lo ha prometido, hija mía. Si es realmente el Mesías estamos salvadas. ¡Salvadas!

Seguían arrodilladas, mientras la procesión iba desapareciendo al otro lado del monte. Sus cantos eran casi imperceptibles cuando empezó a realizarse el milagro.

Sintieron que en su corazón se renovaba la sangre, circulando impetuosa y ardiente, haciendo vibrar sus maltrechos miembros con una dulce sensación de cura sin dolor.

Recuperaban gradualmente el vigor y aquellas oleadas de vida las exaltaban fervorosamente, y sentíanse como embriagadas por una dulce y beneficiosa bebida.

Además de Amrá, otra persona fue testigo de aquella cura o transformación.

Ben-Hur, que había seguido en todas las ocasiones al Nazareno, presenció la aparición de aquellas leprosas. Oyó sus ruegos, vio sus deformadas facciones, escuchó la respuesta del Nazareno y siempre interesado por aquellas maravillosas curaciones, quedóse a un lado del camino para observarlo todo. Buscaba en todo momento un incentivo para su fe en la misión espiritual de aquel misterioso hombre. Se ocultó allí cerca a esperar el resultado. Sus amigos le saludaban al pasar ante él. La mayoría eran galileos de sus legiones, que ocultaban bajo sus ropas cortas, anchas espadas. Entre los últimos iba un árabe que llevaba dos caballos; a una señal de Ben-Hur se acercó.

—Quédate aquí. Deseo llegar temprano a la ciudad y_ me hace falta «Aldebarán». —Y haciendo una caricia a su hermoso caballo, se encaminó a las mujeres, que no eran para él, sino unas extrañas en quienes esperaba encontrar ayuda para descifrar el misterio que envolvía al Nazareno.

De pronto, su vista se fijó en Amrá que hasta entonces quedaba medio oculta y se cubría el rostro con las manos.

«¡Por Dios vivo! ¡Si es Amrá!», se dijo.

Y apresuró el paso, cruzando ante su madre y su hermana sin reconocerlas. Se detuvo junto a la sierva, preguntando:

—¿Qué haces aquí, Amrá?

Cayó ella de rodillas, cegada por las lágrimas y turbada de gozo y temor.

—¡Qué bueno es tu Dios, amo mío! Tu Dios es mi Dios.

La fiel Amrá, oculto su rostro con las manos, estaba tan profundamente compenetrada con el dolor y el sufrimiento de sus queridas amas que era consciente, aun sin verla, de la transformación que en ellas se verificaba.

Ben-Hur sintióse sobrecogido por un presentimiento, como si su presencia en aquel lugar se asociase a la suerte de aquellas leprosas. Y volviéndose inmediatamente hacia ellas, Judá quedó mudo e inmóvil como una estatua. ¿Era acaso una alucinación? Nunca encontró mujer alguna que más se pareciera a su madre, tal como era cuando los romanos la apartaron de su lado. La única diferencia era que en su cabello se veían algunas hebras de plata; aquello podía explicarse por el tiempo transcurrido. Y la que estaba junto a ella, ¿no era Tirza, su querida hermana? Bella, perfecta, una mujer ya, pero conservando los rasgos característicos de su rostro.

Teníalas por muertas y pudo acostumbrarse a vivir sin ellas, aunque sin cesar de llorarlas; y ahora no se atrevía a creer lo que estaba viendo y tembloroso, pedía testimonio a Amrá.

—¡Amrá! ¡Son Tirza y mi madre! ¡Dime que es cierto lo que ven mis ojos!

—Amo mío, háblalas —fue la respuesta.

Sin dilación se dirigió a ellas con los brazos abiertos.

—¡Madre, madre! ¡Tirza! Estoy aquí.

Las dos le respondieron con una exclamación amorosa también; pero la madre retrocedió de pronto, pidiendo:

—Detente, Judá, hijo mío. No te acerques más. ¡Impuras, impuras!

Y profirió el consabido grito no por la fuerza de la Costumbre, sino por el temor, inspirado en su amor maternal, siempre previsor. Se sentían curadas, pero el contacto de sus ropas podía aún contaminar. Él no reparó en nada de esto.

Nada podía ya retenerle lejos de ellas. Se fundieron los tres en un estrecho abrazo, mezclando lágrimas y caricias.

—Hijos míos —dijo la madre, pasado el primer momento de emoción—. En estos momentos de dicha no hemos de olvidar a nuestro bienhechor. Adoremos a Aquél a quien tanto debemos.

Todos se postraron de rodillas, Amrá la primera, y la madre entonó un salmo, en prueba de agradecimiento y ciega fe. Tirza repetía las mismas palabras, pero no con la misma fe avasalladora.

—Ha nacido en Nazaret —dijo Ben-Hur cuando terminaron— y le llaman el hijo del carpintero. ¿Quién es?

Los ojos de la madre se posaron en él con la ternura de siempre, y sin la menor vacilación, repuso:

—Es el Mesías.

—¿Y de quién proviene su poder?

—Eso se puede saber por el uso que de él hace. ¿Ha causado algún daño en su vida?

—No.

—Pues ahí tienes la respuesta. Su poder proviene del mismo Dios.

Mas Ben-Hur persistía en su idea, respecto a la misión terrena del Mesías, porque es muy difícil arrancar en un momento todas las aspiraciones y esperanzas arraigadas profundamente en nosotros. El joven, como muchos hacen actualmente, medía a Cristo por lo que él mismo era.

¡Cuánto más valdría saber acomodarse a lo que es Él!

—¿Y qué hacemos ahora, hijo? ¿Adónde vamos?

Cercioróse de que toda huella de la horrible enfermedad había desaparecido y que al igual que Naamán[114] cuando salió del agua como un niño sonrosado y fresco, estaban ambas curadas. Se despojó de su capa, poniéndola sobre los hombros de Tirza.

—Póntela —ofreció sonriente—. Antes, un extraño se habría alejado de ti, pero ahora te ofendería con su mirada.

—¿Hay guerra quizá? —preguntó la madre al ver que del cinto de su hijo pendía una espada.

—No.

—Entonces, ¿por qué vas armado?

—Puede ser preciso defender al Nazareno —repuso, sin atreverse a confesar todo tal como era.

—¿Tiene enemigos? ¿Quiénes son?

—Sí, madre, y no todos son romanos.

—¿No es Él de Israel y hombre de paz?

—Nunca hubo hombre que amase más que Él, pero los rabinos y los maestros le acusan de un tremendo crimen.

—¿Un crimen?

—Predica una nueva dispensa. Según Él, el gentil no circundado es tan digno del favor de Dios como el judío más fiel cumplidor de sus deberes.

Y tras estas palabras quedó pensativo. Se encaminaron luego a la sombra del árbol y Ben-Hur, calmando sus deseos de llevarlas a casa y enterarse de la historia de su prisión, indicó la conveniencia de seguir la ley que regía en tales casos. Llamó al árabe y le ordenó que marchase con los caballos y

aguardase en la puerta de Betesda. Luego, los tres, seguidos por Arnrá emprendieron a pie, el camino del monte de la Ofensa.

¡Qué diferencia entre la penosa marcha de la ida y la rapidez y agilidad con que volvieron! Al poco se encontraron en la tumba recién abierta junto a la de Absalón, que cae sobre el fondo del Cedrón. Estaba vacía y las mujeres se posesionaron de ella, en tanto que Judá tomaba las medidas oportunas para establecerlas en su nueva condición.

CAPÍTULO V

PEREGRINOS PARA LA PASCUA

En la cima del Cedrón plantó Ben-Hur dos tiendas cercanas a las tumbas de los Reyes, y las acondicionó con todas las comodidades que tenía a su alcance. Allí condujo a su madre y hermana que debían aguardar a que un sacerdote las examinase para testificar su completa curación.

En los trámites que hubo de realizar para conseguir aquel procedimiento legal, tuvo tan serios choques en su actividad política, que se le excluyó de las ceremonias de las grandes fiestas, muy próximas ya.

Tampoco tenía entrada al último de los patios consagrados del templo y por necesidad, tanto como por gusto, se instaló en las tiendas con su querida familia. Tenían todos muchas cosas que contarse de sus respectivas vidas.

A medida que se iba enterando de cuanto ellas habían sufrido, su odio a Roma y los romanos aumentaba hasta llegar al más alto grado, transformándose su deseo de venganza en insaciable sed de sangre. En sus arrebatos de indignación, planeó con toda seriedad la insurrección de Galilea. Mas todas sus resoluciones iban a parar en el Nazareno, pensando que sus proyectos sólo serían realizables de conseguir una completa unión en Israel. Y eso podía lograrlo el Nazareno, presentándose abiertamente al pueblo como el Rey esperado.

Ansioso por realizar la obra soñada, Ben-Hur olvidaba la doble naturaleza del llegado.

Vio el milagro obrado en Tirza y su madre y creía en él, sin ningún género de dudas y pensando en el extraordinario poder del Nazareno, suponía que había de ejercer aquella facultad para levantar un trono inconmovible sobre las ruinas romanas. Proporcionar de ese modo la paz y alegría al mundo, ¿no era una misión digna del Hijo de Dios? ¿Cabría dudar de que el ser capaz de realizar aquella misión fuese el Cristo Redentor de la humanidad? ¿Y no

había de ganar' una gloria indecible, aun suponiéndole solamente un hombre? No habría mortal que rehusase esa misión divina.

Mientras, por todo el Cedrón, hacia el lado de Bezeta, y en particular por los caminos que llevan a la puerta de Damasco, todo se llenaba de tiendas de campaña y albergues para los que acudían a celebrar con ellos conversación y se regocijaba, calculando su enorme número. Había muchedumbres procedentes de las más apartadas naciones, desde las columnas de Hércules, del Occidente, hasta las ciudades comerciales del extremo Oriente, y meditando sobre ello, Ben-Hur se sentía lleno de una fe supersticiosa. No, no había juzgado equivocadamente al Nazareno. Lo que Este esperaba era estar lo suficientemente preparado. Y aquélla sería la ocasión de llevar a cabo el movimiento iniciado por los fieles galileos. Era el momento de coronar las sienes del Mesías, pues, ¿cuándo volverían a reunirse tantos millones de adeptos?

Hombres de tez oscura y apariencia resuelta, acudían a la tienda de Ben-Hur y sostenían con él misteriosas conferencias. Por ellos se enteraba de los pasos del Nazareno y los proyectos de sus enemigos, que ponían en peligro la vida del santo varón. Mas él no temía que nadie osara atentar contra Cristo. Nadie sería capaz de hacerlo y en caso contrario, Él, que tantos, milagros hacía en favor de los demás, ¿no realizaría uno en su propio beneficio?

Ocurría esto entre los días veintiuno y veinticinco de marzo, según nuestro calendario. Al anochecer del último día su impaciencia obligó a Ben-Hur a encaminarse a la ciudad, prometiendo no demorar su regreso.

Era la vigilia de Pascua. Las gentes se aglomeraban en la ciudad para inmolar los corderos que humeaban en los patios del Templo. Los sacerdotes recogían la sangre que brotaba de los animales y rociaban con ella el altar. Todo se realizaba apresuradamente para acabar antes de que apareciesen las estrellas, las cuales servían de señal para que terminasen las ceremonias y se pudiese empezar a comer el cordero entre cánticos de alegría.

Ben-Hur entró a caballo por la puerta norte y cabalgó por el centro de la ciudad, que se ofrecía llena de esplendor y gloria.

CAPITULO VI

LA SERPIENTE DEL NILO

Dejó Ben-Hur su caballo en manos de, sus servidores árabes, en el *khan* de donde hacía más de treinta años que salieran los tres magos, camino de Belén. Al poco, llegó a casa de sus padres. Tanto Malluch como el egipcio y el comerciante habían ido a presenciar la fiesta pascual. Le dijeron que Baltasar estaba muy débil y abatido. Ben-Hur se interesó en seguida por el buen anciano, deseando con aquel rodeo tener noticias de la hija.

En cuanto concluyó el esclavo que notificaba a Ben-Hur que su amo no estaba en la casa, se levantó la cortina del departamento de la egipcia, que apareció envuelta en flotantes nubes de gasa. Avanzó, hasta colocarse bajo la intensa luz irradiada por las lámparas del candelabro de siete brazos. La hermosa joven no temía la luz.

La excitación de los acontecimientos de aquellos días impidió a Ben-Hur dedicar su pensamiento a la egipcia. Cuando en algún momento de reposo la recordó, ella surgía en su mente como un lejano placer que aguardaba. Mas al tenerla cerca se precipitó a su encuentro, anhelante, para volver a detenerse de súbito. El cambio que observó en las facciones femeninas le causó un efecto desolador.

Siempre se mostró con él amorosa, deseando tenerle bajo el imperio de sus encantos; con cada mirada le invitaba a declararla su amor; cada ademán demostraba que ella le correspondía. Le halagaba constantemente embriagándole con lisonjas. Atenta siempre a seducirle, le narraba mil historias de amor de la voluptuosa Alejandría donde el premio al héroe era la belleza.

Iras se había mostrado así desde el paseo por el lago del Huerto de las Palmas. Pero ahora…

Ahora aparecía en la egipcia la doble naturaleza que su enamorado desconocía. Le recibía con repulsión. Frías y duras las facciones, los ojos rebosando odio, erguida la cabeza mirándole de arriba a abajo con desprecio. La hermosa saludó al joven con estas palabras.

—Hijo de Hur, llegas a tiempo de recibir mí agradecimiento por tu hospitalidad, pues desde pasado mañana, ya no tendré ocasión de hacerlo.

Hizo Ben-Hur una ligera inclinación, sin cesar de mirarla asombrado.

—Creo que los jugadores de dados —prosiguió ella— tienen una costumbre que les da buen resultado. Al final de la partida ajustan sus cuentas en la tableta, hacen una libación por los dioses y colocan una corona en las sienes del vencedor. Tú y yo también jugábamos una partida que ya ha terminado. Veamos a quien corresponde la corona.

—Nunca el hombre debe interponerse en los deseos de la mujer cuando ella quiere lograr algo.

—Dime príncipe de Jerusalén —preguntó ella burlona—, ¿dónde está ese hijo del carpintero de Nazaret que es también Hijo de Dios, y de quien tan grandes cosas se esperaban?

—¿Soy acaso su guardián? —repuso él, dando muestras de impaciencia.

Se acrecentó el gesto y la actitud desdeñosa de ella.

—¿Ya ha destruido el poder de Roma?

Él no hizo más que un ademán suplicante.

—¿Dónde ha establecido la capital de su reino? ¿Puedo yo ver su trono y los leones de bronce que lo adornan? ¡Sería tan sencillo erigir un palacio para quien devolvió la vida a un muerto! Con sólo pisar el suelo con sus plantas lograría hacer brotar de la tierra un palacio más grande y suntuoso que el de Karnak.

Podía haberse pensado que aquellas palabras no encerraban más que una broma inofensiva, pero el tono y la actitud de Iras no dejaban lugar a dudas. Él respondió, impaciente, deseando zanjar aquella enojosa situación:

—¡Por favor, Egipto! Aguarda un día o una semana más, hasta que Él quiera construir su palacio y todo lo demás.

—¿Qué haces con ese traje? —siguió ella, sin prestarle atención—. Yo esperaba verte ataviado como gobernador de la India o virrey de cualquier otro lugar. Lina vez quedé deslumbrada al ver al *sátrapa*[115] de Rages con turbante de seda y manto bordado en oro y el puño y vaina de su alfanje resplandeciente de piedras preciosas. Parecía que Osiris le hubiese prestado una aureola de rayos de sol… Muy deplorable sería que aún no estuvieses en posesión de tu reino… ese reino que yo había de compartir contigo.

—La hija de mi sabio huésped —replicó Ben-Hur con fría cortesía— es más amable de lo que ella misma supone; me está demostrando que Isis puede besar el corazón de una de sus favoritas sin hacerla mejor.

—Para ser judío —contestó Iras, mientras jugueteaba con el diamante que pendía de su collar de monedas de oro—, el hijo de Hur es muy listo. No he olvidado tu entusiasmo al imaginar a tu César entrando triunfalmente en Jerusalén. Nos hiciste creer que el mismo día se proclamaría Rey de los judíos y yo me lo imaginaba, bajando glorioso de la montaña sagrada, y una procesión le acompañaba con sus cánticos y agitando palmas en señal de victoria. Él era majestuoso, vestía de’ púrpura y cabalgaba en magnífico corcel, destacándose de todos. ¡Y que maravilloso hubiera sido ver a un príncipe de Jerusalén a la cabeza de una cohorte de seis legiones de Galilea! —y mientras hablaba, le miró con insultante desprecio que concluyó con una carcajada—. Y en lugar de un Sesostris[116] victorioso, de un César con yelmo y espada… ¡Ja, ja, ja!, no he visto sino un hombre con rostro femenino, a lomos de un pollino y con los ojos llenos de lágrimas. ¡Ése es el Rey! ¡El Hijo de Dios! ¡El Redentor de los hombres llorando como un niño…! ¡Ja, ja, ja!

Ben-Hur casi no podía reprimir la cólera.

—Pero no me marché, hijo de Hur. Esperé el desenlace. No me reí, ¡oh príncipe de Jerusalén! Pensé que al llegar al Templo se mostraría como conviene a un héroe que va a tomar posesión del mundo. Entró por la puerta de Susa y el Patio de las Mujeres y se detuvo en la Puerta Bella, todos invadían el Templo, impacientes. Yo esperaba su proclamación… ¡Ja, ja! ¡Oh, príncipe, por Salomón, te aseguro, que el Rey del mundo no dijo ni una palabra! Recogió su túnica como una mujer y siguió adelante… ¡Y yo que esperaba oír crujir los cimientos del pueblo romano…! Pero el viejo imperio del Lacio sigue todavía en pie.

Pensando en sus pérdidas esperanzas, la esperanza de un rey guerrero y conquistador y la de su venganza personal, el judío abatió humildemente la cabeza. No obstante repuso con dignidad.

—Sí es éste el juego de que hablabas, hija de Baltasar, te cedo la corona. Tuya es la corona y la victoria. Te ruego que no volvamos a hablar del asunto. Me doy cuenta de que tienes algún designio y éste es el que quisiera conocer para poder responderte. Dintelo que yo te escucharé, si sólo de eso hablas, y sí es preciso te olvidaré y continuaré sin ti mi camino.

Ella meditó un momento sobre lo que debía responder y al fin, dijo fríamente:

—Nada más tengo que decir. Tienes permiso para dejarme.

—La paz sea contigo —y Ben-Hur se encaminó a la puerta.

Pero cuando llegaba al umbral, ella le llamó.

—Una cosa más.

Él se detuvo, observándola.

—¿Has pensado en todo lo que sé de ti?

—¿Y qué es lo que sabes de mí, bella egipcia?

Posó Iras en él sus pupilas, como abstraída.

—Hijo de Hur; tú eres más romano que ningún otro de tus compatriotas.

—¿Tan distinto soy de ellos?

—Ahora los semidioses son romanos.

—¿Vas a decirme lo que sabes de mí?

—No soy indiferente a la semejanza que tienes con ellos. Eso podría inducirme a salvarte.

—¿Salvarme?

Acariciando suavemente su collar, se mostraba tan serena que sólo el suave rumor de sus sandalias de seda golpeando el suelo, daban razón de su nerviosismo.

—Un judío escapado de galeras —dijo en voz queda— mató a un hombre en el palacio de Iderneo.

A su pesar, Ben-Hur se estremeció.

—El mismo judío mató en Jerusalén, en la Plaza del Mercado, a un centurión; tiene tres legiones organizadas en Galilea para apoderarse, en un momento dado, del gobernador romano; ha, hecho alianzas para combatir a Roma; y uno de sus aliados es el *sheik* Ilderín.

Aproximosé más a él y dijo en un murmullo:

—Has vivido en Roma. Imagínate que alguien repite todas estas cosas a quien tú sabes. ¿Cambias de color?

Ben-Hur retrocedió como un hombre que, creyendo jugar con un gatito, advierte de repente que es un tigre.

—No desconoces las antecámaras de Roma, ni quién es Sejano. Si se le cuenta todo eso, ofreciéndole pruebas y añadiendo que ese judío es el más rico de Oriente… ¡no! del mundo… Es un arte difícil divertir at pueblo romano y más lo es buscar dinero para regocijarle, pero Sejano es hábil maestro en tales cosas. Los peces del líber le agradecerían poder comer algo más sustancioso de lo que hay en el fango y… ¡cuánto esplendor habría en las representaciones del Circo, oh, hijo de Hur!

Él no se sintió demasiado conmovido por la evidente bajeza de aquella mujer. Recordó la escena de la fuente cuando venía del Jordán, diciéndose

que era imposible que Ester le hubiese traicionado.

—Voy a regalar tus oídos, reconociendo tu astucia y confesando que estoy a tu merced. Y como creo que ello puede halagarte, confieso también sin temor alguno, que no te creo capaz de concederme gracia. Podría matarte, pero eres una mujer. El desierto me acogería y de la arena estéril brotarían lanzas para defenderme. Mucho le costaría a Roma dar conmigo… Voy a pedirte una cosa. ¿Quién te ha dicho lo que sabes de mí?

—Hay en mi país —dijo, suavizando sus facciones con una expresión de simpatía— artistas que hacen cuadros, recogiendo las conchas multicolores de las orillas del mar, recortándolas e incrustándolas en mármol. ¿No ves relación entre estos artistas y el que busca descubrir un secreto? Reuniendo detalles recogidos aquí y allá he podido construir el arma que puede aniquilar a… —golpeó el suelo con impaciencia y al fin concluyó— a un hombre del que no sé qué hacer.

—Eso no es bastante —dijo Ben-Hur que la observaba fríamente—. Decide lo que ha de ser mí y si he de morir ¿por qué no decirme tu secreto?

—Bien. De Ilderín supe algo cuando hablaba con mi padre en el Huerto de las Palmas. La noche era silenciosa y sutiles las paredes de la tienda. —Sonrió Iras, antes de añadir—. Otras pequeñas piezas de mi mosaico me las ha proporcionado…

—¿Quién?

—El mismo hijo de Hur.

—¿Y no te ha ayudado nadie más en tu obra?

—Nadie más.

—Gracias —repuso Ben-Hur, exhalando un suspiro de satisfacción—. No se debe hacer esperar a Sejano. Adiós. La paz sea contigo.

—Aguarda —e Iras alargó su mano como deseando retenerle.

—No desconfíes de mí ni me guardes rencor, hijo de Hur. Por Isis y todos los dioses egipcios te juro que me asusta imaginarte a ti, que tan bravo y generoso te crees, en manos de Sejano. Parte de tu juventud ha transcurrido en los atrios romanos y también te resultaría muy dura la soledad del desierto. Te compadezco y si haces lo que te pida, juro por la sagrada Isis no perseguirte.

Hablaba con seguridad, sabiendo el poder que ejercía su belleza.

—No hay vida perfecta para una mujer, si el amor no la llena; en cambio, el hombre encuentra la felicidad en la posesión de sí mismo. Y ahora, escucha, príncipe, lo que voy a pedirte.

Se mostraba locuaz y animada, irradiando fascinación.

—En tu infancia tuviste un amigo que por un accidente llegó a convertirse en enemigo. Al cabo de los años os encontrasteis en el Circo de Antioquía.

—¡Mésala!

—Eso es. Él es tu deudor, pero si quieres ser generoso olvida el pasado y devuélvele la amistad y la fortuna que perdió en las enormes apuestas que tú le forzaste a aceptar. Para ti seis talentos no representan ni una rama del inmenso árbol de tu fortuna, en cambio para él… ¡Oh, Ben-Hur, él ha de arrastrar para siempre un cuerpo inválido! Descender a semejante miseria debe ser para un romano como él, más odioso que la muerte. Tú puedes salvarle…

Pareciól e a Ben-Hur que la cabeza del inválido asomaba por encima del hombro de ella con una expresión de mofa, impropia de un mendicante o un amigo.

—¿Es Mésala quien te ha encargado esa petición, egipcia?

—No puedo contestar a esa pregunta. Cree lo que quieras.

—Si es digno de tu buena opinión y tanta amistad te une a él, responde, hermosa egipcia, ¿en mi lugar, haría él lo que tú me exiges a mí? ¡Por Isis, contesta en honor a la verdad!

—Es que él es…

—Un romano. ¿Ibas a decir eso? ¿Das a entender que no tiene los mismos deberes que me atribuyes a mí para con él? Como yo soy judío y él romana he de entregarle mi fortuna y perdonarle, ¿verdad? Acaba de una vez, porque si no logras calmar mi ira, temo olvidar que eres una mujer y una mujer hermosa. Te veré sólo como espía de un odioso amo, más repelente para mí, por ser romano. ¡Vamos, habla!

Ella retrocedió con una maligna expresión, reflejo de su depravado espíritu.

¡Miserable galeote! ¿Pensaste por ventura que podía amarte después de ver a Mésala? Hombres como tú sólo han nacido para ser esclavos de él. Él se contentaría con los seis talentos, pero ahora yo te exijo veinte más. ¿Me has oído? Así pagarás los besos que yo recibía con repulsión, consolada tan sólo por el pensamiento de que lo que hacía por él. Si te he fingido amor y he soportado tanto tu odiosa presencia, sólo por él lo he hecho, por servirle… Como mañana antes de mediodía no hayas ordenado a ese comerciante que me entregue a la orden de Mésala esos veinte talentos, ¡veintiséis!, tendrás que habértelas con Sejano… Obra con prudencia.

Ben-Hur la atajó el camino cuando ella se alejaba.

—Renace en ti el viejo Egipto —dijo—. Cuando veas a Mésala aquí o en Roma, dale este mensaje mío: dile que he recobrado la fortuna que él robó a mi madre; que sobreviví a la vida de galeras a que me condenó y que en la plenitud de mi fuerza, me complazco en su miseria y oprobio; que la invalidez que mi mano le causó se la ha impuesto nuestro Dios de Israel en sanción a sus crímenes; dile que mi madre y hermana a las que él denunció y que encerraron en la Torre Antonia para que se contaminaran de lepra, están libres y sanas, gracias al Nazareno que tanto desprecias tú; añades también, que cuando Sejano venga a robarme, nada encontrará, pues toda la herencia de Arrio, incluida la villa de Misénum, está vendida y asegurados sus valores; que esta casa y los buques y valores con que Simónides comercia están cubiertos por una salvaguardia imperial; Sejano se ha conformado con una ganancia módica, pero segura, que se le ha regalado espontáneamente, creyéndola preferible a los despojos ensangrentados que ofrece la violencia. Y si eso no bastase, me quedaría el recurso de comprar la protección del César. Dile que no quiero añadir a mi desprecio mi maldición con palabras; mas como prueba de mi odio implacable, le envío algo que le parecerá la síntesis de todas las maldiciones, y si en el momento que digas esto, clava en ti su mirada, ¡oh, hija de Baltasar!, añades que su penetración romana le dirá lo que quiero indicar. Vete ya.

La acompañó hasta la puerta y mantuvo la cortina levantada con ceremoniosa cortesía, hasta que la bella egipcia salió.

—La paz sea contigo —dijo al despedirla.

CAPITULO VII

BEN-HUR VUELVE A ESTER

Cuando Iras desapareció, Ben-Hur sentíase presa de un profundo desaliento; anduvo lentamente, cabizbajo, pensando que un hombre paralítico puede conservar un cerebro lo bastante sano para hacer daño. Y se sintió indignado, dándose cuenta de que todos aquellos años él y sus amigos habían estado a merced de aquella mujer, sin que el enamorado se apercibiese de nada.

«Es cierto —se decía— que no pronunció ni una palabra de indignación para el bárbaro romano de la Fuente Castalia. Y durante aquel paseo por el lago del Huerto de las Palmeras le alabó… ¡Ah, y la misteriosa cita en el palacio de Iderneo! Ya está todo claro».

Afortunadamente, sólo sentía herida su vanidad y ese mal no es incurable.

—Alabado sea Dios —dijo en voz alta— que no ha consentido que esta mujer me dominase por completo. Creo que nunca la amé realmente.

Sintiéndose más tranquilo, después de esa exclamación, se encaminó a la escalera que conducía al terrado, meditando.

«¿También Baltasar será hipócrita como su hija? No creo que a su edad… No, Baltasar es honrado».

Y deambuló por el terrado, reflexionando. En seguida apareció en su cerebro la imagen del Nazareno, su melancólica faz, casi femenina, en la que no había ni el menor rastro de instintos guerreros y Ben-Hur volvió a preguntarse: «¿Qué clase de hombre es éste?».

Mirando a su alrededor se fijó en que ya estaba el sillón de Simónides en el lugar acostumbrado.

«Ya ha vuelto. Si no duerme, hablaré con él».

Se acercó y mirando por encima del respaldo, vio que era Ester quien estaba’ allí, dormida. Su delicada figura quedaba cubierta por una gruesa

manta. Su cabello caía suelto sobre los hombros y frente y la respiración era irregular y afanosa, interrumpida de vez en cuando por suspiros.

«No voy a despertarla; ¿qué voy a decirla sino que ella representa todo mi amor? Es, como yo, hija de Judá y muy hermosa. ¡Qué diferente de la egipcia! En aquélla todo es vanidad y en ésta todo candidez, lo que en aquélla es egoísmo es en esta abnegación. La cuestión no está en si yo la amo, sino en si ella me ama a mí. Se mostró de mi parte desde el principio. ¡Qué ingenua e infantil! ¿Habrá olvidado aquel beso con que me despedí una noche en Antioquía? Yo lo recuerdo aún. ¡La amo…! Aquí no saben que he encontrado a mi familia. Me arrepentí de habérselo dicho a la egipcia, pero Ester se alegrará de su curación y las acogerá con amor. Sería una hija más para mi madre… La despertaré para decírselo, pero… ¿y la egipcia…? No puedo cometer una locura. Esperaré otra ocasión: esperaré a una oportunidad mejor. Me voy, querida niña, hija abnegada de Judá».

Y se alejó tan silencioso como había entrado.

CAPÍTULO VIII

¿A QUIEN BUSCÁIS?

Las gentes invadían las calles, alborozadas, yendo y viniendo de las hogueras donde se asaban los corderos. Sentíanse felices y entonaban alegres cantos.

En el ambiente flotaba el aroma de la carne asada y el humo de la madera de cedro. En aquellos días todos los israelitas considerábanse hermanos, dando muestras de cordial hospitalidad. Todos saludaban a Ben-Hur y le invitaban a celebrar con ellos la Pascua.

—Quédate; somos hermanos en el amor del Señor.

Mas él, dando las gracias, se alejaba presuroso, pues • tenía intención de volver al lado de su familia.

Para llegar al *khan* donde recogería los caballos, había de pasar por aquella vía que pronto sería inmortal. Ahora se celebraba en ella la festividad religiosa. A cierta distancia vio unas antorchas que ondeaban al viento como gallardetes; observó además que los cantos se iban interrumpiendo al paso de la comitiva y quedó estupefacto cuando, entre el humo, vio centellear las picas de los soldados de Roma. ¿Qué buscaban aquellos burlones legionarios en una ceremonia religiosa, judía exclusivamente? Era algo tan inaudito que Ben-Hur se detuvo para enterarse de lo que podía significar.

Aunque la luna brillaba con todo su esplendor y eran muchas las antorchas y hogueras, para alumbrarse mejor, muchos llevaban linternas; éstas y las antorchas, eran transportadas por esclavos, armados unos de mazas y garrotes y otros de jabalinas. Al tiempo que iluminaban el camino servían de escolta a dignatarios, ancianos, sacerdotes y rabinos de largas barbas, cejas gruesas y aguileña nariz. Pertenecían a la clase sacerdotal y al partido entonces dominante en los concilios de Caifás y de Anás. ¿Dónde irían a

aquellas horas? Al templo no, pues más bien parecían venir de él. ¿Y por qué iban acompañados de soldados, si su misión era pacífica?

Cuando estuvieron cerca, Ben-Hur prestó atención a los tres personajes del centro a quienes los esclavos trataban con todo respeto. El de la izquierda era uno de los jefes del servicio del templo, el de la derecha un sacerdote, pero no pudo identificar al del centro, que con la cabeza inclinada sobre el pecho, se apoyaba pesadamente en los hombros de los otros dos. Los dignatarios le trataban con cierta deferencia, como si fuera él quien dirigiera la partida, o al menos un guía, Ben-Hur se unió al cortejo, movido por la curiosidad; estaba deseando que aquel hombre levantara la cabeza por ver si le conocía.

Por fin, a la cruda luz de las linternas, pudo ver por completo su faz pálida y desencajada por el miedo o remordimiento, sus ojos hundidos y su barba hirsuta. En su continuo peregrinaje tras el Nazareno, Ben-Hur tuvo ocasión de conocer a los discípulos tan bien como el mismo Maestro. Aquel hombre era uno de ellos y el joven exclamó involuntariamente:

—¡Iscariote!

El aludido volvió lentamente la cabeza y fijó sus ojos en Ben-Hur; tuvo intención de decir algo, pero el sacerdote se interpuso e increpó a Ben-Hur.

—¿Qué quieres? ¡Fuera de aquí! —y alejó al intruso de un empellón.

Sin dar importancia al incidente e impulsado por la curiosidad, el joven siguióle a lo largo de la calle, desde el cerro Bezeta hasta la Torre Antonia; luego pasaron la piscina de Betesda, llegando hasta la Puerta del Carnero. Por todas partes se veían alegres gentes que celebraban la Pascua.

En atención a la fecha solemne las puertas permanecían abiertas toda la noche y los guardianes ausentes.

Una vez fuera de la ciudad se encaminaron a la garganta del Cedrón. El interés de Ben-Hur se reavivó. ¿Con qué objeto irían aquellos hombres al torrente?

Armando gran alboroto, llegaron a un huerto de olivos, separado del camino por un muro de piedra. Ben-Hur oyó de pronto voces acaloradas a la cabeza de la comitiva y una sensación de terror recorrió las filas, haciendo retroceder y caer a muchos; sólo los soldados se mantuvieron firmes.

Cuando logró salir de aquel tumulto, Ben-Hur se adelantó hasta la cabeza del cortejo y pudo ver, a través del portillo a un hombre de blanca vestidura con la cabeza descubierta y en cuya faz se reflejaba resignación y mansedumbre.

¡Era el Nazareno!

Sus discípulos estaban tras Él, demostrando gran indignación que contrastaba con la calma del Maestro. La luz de las antorchas iluminaba su rostro, prestando a su cabello tonos cálidos y su semblante irradiaba, como siempre, bondad y compasión. Frente a esta dulce figura, carente de toda marcialidad, estaba la turca sanguinaria, pero llena de supersticioso temor y dispuesta, al menor signo de cólera de aquel Hombre, a huir y dispersarse. Con una mirada Ben-Hur se hizo cargo de la situación. Allí estaba el delator y frente a él la víctima. Judas Iscariote había dirigido a los legionarios y esclavos contra su Divino Maestro. «¿Cómo se defenderá?», se decía Ben-Hur, influido por su idea de un Mesías puramente humano. En sus pláticas, el Nazareno siempre hablaba de paz y buena voluntad, de amor y sumisión; pero ¿obraría ahora según sus propias enseñanzas? ¿Quién era, Señor de la vida, que podía devolverla cuando se perdía o quitarla con un simple ademán?, ¿cómo emplearía su poder? Ben-Hur esperaba que en esta suprema circunstancia hiciera el Nazareno una demostración de su fuerza misteriosa y sobrenatural.

Pero el Cristo, con su dulce y clara voz, se limitó a preguntar:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret —repuso el sacerdote.

—Yo soy.

Estas sencillas palabras en las que no había pasión ni miedo, hicieron retroceder a la turba y muchos' cayeron al suelo, temblorosos. Puede que hubieran acabado por alejarse, si Judas no se hubiera aproximado, saludando:

—Salve, Maestro —y le besó.

—Judas —dijo suavemente el Nazareno—. ¿Por qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Como no recibiera respuesta, el Maestro se dirigió a la turba e inquirió de nuevo:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret.

—Ya os he dicho que yo soy. Si venís por mí sólo dejad que éstos marchen en paz.

Entonces los rabinos se adelantaron y los discípulos, adivinando la intención, rodearon al Maestro para defenderle; uno de ellos cercenó con su espada la oreja a uno de los aprehensores. ¡Ben-Hur no se movió! Ni siquiera cuando los sayones prepararon las cuerdas para atarle; ni al contemplar aquel maravilloso acto de mansedumbre, de sobrehumana caridad y misericordia.

—No sufras más —dijo Cristo al hombre herido y con el sólo contacto de su mano le curó.

Tanto amigos como enemigos quedaron atónitos.

«Estoy seguro de que no se dejará atar», pensaba Ben-Hur.

—Envaina tu espada. La copa que mi Padre me tiende he de apurarla hasta las heces.

Y después de amonestar así a su discípulo, dijo a sus perseguidores:

—¿Por qué venís a prenderme con espadas y garrotes como si fuera un ladrón? Todos los días estuve entre vosotros en el Templo y no levantasteis la mano contra mí; pero es vuestra hora.

Por fin se atrevieron a rodearle, y cuando Ben-Hur buscó a sus amigos, comprobó que todos le habían abandonado; todos habían desaparecido.

La rencorosa turba se arremolinaba alrededor del Maestro, gritando amenazadora; el joven pudo ver varias veces, a través del humo, el impasible rostro del prisionero y su corazón sintióse acongojado. No obstante, aún confiaba en que Él, en el último instante, anonadase a sus enemigos con un ademán, un suspiro o una simple palabra. Mas el Hijo del Hombre no hizo el menor intento por defenderse.

¿Qué copa era esa que el Padre le había dado a beber? ¿Y quién era ese Padre? ¡Cuánto misterio, qué inauditos enigmas!

La plebe emprendió el regreso a la ciudad, tras los soldados. Ben-Hur estaba inquieto y poco satisfecho de sí mismo. Aunque no veía al Nazareno sabía que iba en medio del grupo que llevaba las antorchas y sintió un irresistible deseo de acercarse a Él y hablarle.

Quitóse el manto y el paño que cubría su cabeza y se mezcló audazmente entre la turba. Haciendo grandes esfuerzos se fue abriendo paso, hasta llegar al hombre que llevaba los extremos de la cuerda con que ataron al Maestro.

Marchaba lentamente el Nazareno, con la cabeza abatida sobre el pecho y atadas las manos a la espalda; caíanle los cabellos sobre el rostro y caminaba más encorvado que de costumbre, al parecer, inconsciente a cuanto le rodeaba.

Delante de Él, a pocos pasos de distancia, iban los sacerdotes y los ancianos, hablando y volviendo, de vez en cuando, la cabeza para mirar al prisionero.

Estando ya cerca del puente, Ben-Hur arrebató la cuerda de manos del esclavo y acercándose a Jesús le dijo apresuradamente al oído:

—Maestro, Maestro; ¿me oyes, Maestro? Una palabra. Dime…

El siervo a quien había arrancado la cuerda protestó, queriendo recobrarla.

—Dime —seguía Ben-Hur—, ¿es tu voluntad ir con estos hombres?

La turba le rodeaba amenazadora.

—¿Quién eres tú? —gritaban—. ¿Quién es este hombre? ¿Qué quiere?

—¡Oh, Maestro! —se apresuró a decir Ben-Hur con voz ansiosa—. Soy un amigo. Dime, te lo ruego: sí te presto auxilio ¿lo aceptarás?

El Nazareno no dio la menor señal de haber oído.

Un sentimiento de decepción invadió al judío unos instantes, pero no tuvo ni tiempo de reflexionar, pues una docena de manos cayó sobre él, mientras cientos de voces aullaban a su alrededor.

—¡Es uno de ellos! ¡Prendámosle también! ¡Matadle!

La ira y la proximidad del peligro acrecentaron las fuerzas de Ben-Hur que se abrió paso, rechazándolos con un terrible molinete de sus potentes puños. Con la túnica desgarrada, casi desnudo, jadeante y sudoroso, logró al fin refugiarse en el barranco, poniéndose a salvo de las turbas linchadoras.

Pasado el peligro fue en busca del manto que se había quitado y así pudo volver a la ciudad. Una vez en el *khan* mandó ensillar un caballo y partió hacia las tiendas situadas junto a las tumbas de los reyes, pensando, durante el camino, volver al día siguiente para ver al Nazareno, sin sospechar que aquella misma noche sería juzgado en casa de Anás.

Tanta era la aflicción de Ben-Hur que aquella noche no pudo dormir; ahora veía con toda claridad, como un vano sueño, la renovación del reino de Israel. Para soportar serenamente el que todas nuestras esperanzas se derrumben se tiene que estar dotado de un temple superior. Ben-Hur, fijando sus miradas en el porvenir empezó a imaginarse una vida serena y bella, en un tranquilo hogar al lado de Ester, su esposa ya; pero una nueva crisis le asaltó; aquella crisis quedaría resuelta definitivamente cuando por la mañana se encontrase con el Mesías.

CAPITULO IX

CAMINO DEL CALVARIO

Dos hombres se presentaron a la mañana siguiente en la tienda con deseos de ver a Ben-Hur.

—La paz con vosotros, hermanos —dijo a sus amigos galileos—. ¿Queréis tomar asiento?

—No —repuso el de más edad—. No estoy tranquilo desde que sé que el Nazareno está condenado a muerte. Hijo de luda, levántate y acompáñanos. Ya se ha pronunciado la sentencia y la cruz va a ser plantada en el Gólgota.

—¿La cruz? —preguntó Ben-Hur con una mezcla de asombro y consternación. \.

—Le prendieron anoche y fue juzgado en seguida. Al amanecer le condujeron ante Pilatos, que por dos veces se negó a reconocerle culpable. Quería dejarle en libertad, pero al fin, lavándose las manos, les dijo: «Caiga sobre vuestra conciencia la sangre de este inocente», y ellos le contestaron…

—¿Quiénes le contestaron?

—Todos. El pueblo y los sacerdotes. Dijeron: «Caiga sobre nosotros su sangre; sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

—¡Padre Abrahán! —exclamó Ben-Hur—. ¡Un romano ha sido más benévolo que un israelita con un hermano de raza! ¿Quién podrá lavar la sangre que ha caído sobre ellos? Es la hora suprema.

Tomando una decisión, llamó al árabe, pidiendo:

—¡En seguida, los caballos! Y dile a Amrá que prepare mis vestidos y tú tráeme la espada. Llegó el momento de morir por Israel. Esperadme fuera que salgo en seguida.

Comió un bocado y pronto estuvo dispuesto a montar a caballo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el galileo.

—A reunir las legiones.

—¡Oh! —y el hombre levantó las manos.

—¿Qué pasa?

—Éste y yo somos los únicos que hemos permanecido fieles; todos los demás siguen a los sacerdotes.

—¿Qué buscan? —preguntó Ben-Hur.

—La muerte.

—¿La muerte del Nazareno?

—Tú lo has dicho.

La mirada de Ben-Hur se posó alternativamente en los dos hombres, dudando todavía. Volvía a resonar en sus oídos una frase del Nazareno: «La copa que mi padre me tiende he de apurarla hasta las heces». Y recordó también su propia pregunta al reo: «Si te presto auxilio, ¿lo aceptarás?». Y ahora se decía: «Es imposible evitar su muerte. Desde que empezó su misión camina hacia ella, consciente de que ha de llegar, pues se la ha impuesto un poder más alto que el suyo. ¿Y quién sino el Señor, puede habérsela impuesto? Si va a la muerte voluntariamente y Dios lo consiente, ¿quién podría impedirlo?». Y comprendió que cuantos esfuerzos hizo hasta el momento no representaron más que una lucha impía contra la Divina Voluntad.

—Adelante, hermanos —dijo, empuñando las riendas y sintiéndose lleno de dudas e incertidumbres. Sentía esa indecisión que ahoga todo heroísmo. No era capaz de tomar una resolución enérgica. Dijo tan sólo—: Vamos al Gólgota.

Por el camino se encontraron con gentes que, llenas de excitación, se dirigían como ellos, al Sur. En la parte occidental se veía un insólito movimiento. Pasada la piscina de Ezequías la multitud era tan densa que hubieron de apearse y buscar refugio tras una casa. La constante agitación de las gentes recordaba el flujo y reflujo de un río.

Más de media hora tardó en pasar ante Ben-Hur y sus amigos aquella enorme corriente de gentes. Todo un pueblo acompañaba a un hombre al suplicio. La mayoría eran hebreos procedentes de todos los países de Oriente y Occidente. Tenían las facciones qué aún hoy caracterizan a su raza, a pesar de su dispersión por todas las regiones de la tierra.

Hablando en diversas lenguas, se empujaban, atropellándose por ver morir al dulce Jesús, crucificado entre dos ladrones.

Engrosaban las filas de judíos, griegos, romanos, árabes, sirios, africanos, egipcios y persas. En aquella muchedumbre parecía estar representado el mundo entero, deseoso de presenciar la crucifixión.

Procedente de las grandes torres se oía el clamor de muchos hombres. Pronto el vocerío se percibió muy cerca.

—¡Ya vienen! —dijo a Ben-Hur uno de sus amigos.

Los clamores resonaban en todo el ámbito, cuando Ben-Hur vio a los criados de Simónides que transportaban a su amo en un sillón y a Ester, que caminaba a su lado. Les seguía una litera cubierta.

—La paz sea contigo, Simónides, y también contigo, Ester —saludó Ben-Hur, saliéndoles al encuentro—. Si os dirigís al Gólgota, esperad aquí hasta que acaben de pasar y yo os acompañaré después. Colocaos a la sombra de esta casa.

—Díselo a Baltasar —replicó el mercader—. Yo haré lo que él desee. Va en esa litera.

Alzó en seguida Ben-Hur, las cortinillas. El egipcio iba tendido y su rostro estaba pálido y demacrado como el de un cadáver. Inmediatamente preguntó con voz casi imperceptible.

—¿Le podremos ver?

—¿Al Nazareno? Sí. Pasará a pocos pasos de nosotros.

—¡Oh, Dios! Que Él me permita verle una vez más. ¡Qué terrible día para el mundo!

Aunque con grandes fatigas, salió Baltasar de la litera y permaneció en pie, sostenido por un esclavo. Ester y Ben-Hur rodearon a Simónides. Todos estaban tras la esquina de la casa y cambiaron pocas palabras, por temor quizá, a comunicarse sus lúgubres pensamientos.

Seguía el inmenso desfile y ya se distinguían las crueles palabras de escarnio.

—Cuánta gente viene ahora de Jerusalén —dijo Ben-Hur con amargura.

Unos chicuelos vociferaban abriéndose paso:

—¡El Rey de los Judíos! ¡El Rey de los Judíos!

Simónides, contemplándoles, dijo con voz grave:

—¡Qué desgracia para la ciudad de Salomón cuando estos chiquillos sean hombres!

Apareció una escolta de legionarios con brillantes armaduras, tranquilos e indiferentes.

Luego… EL NAZARENO.

Parecía casi un muerto. A cada instante tropezaba, a punto de caer.

Su manto desgarrado y sucio, pendía a jirones sobre la sencilla túnica. Sus pies desnudos dejaban huellas de sangre. Pendía de su cuello una tablilla con

una inscripción y una corona de espinas hería cruelmente sus sienes, de donde brotaba la sangre que se coagulaba en el rostro y el cuello.

Tenía las manos atadas. Durante el trayecto por la ciudad, agobiado por el peso del madero que según la ley debía transportar hasta el lugar del suplicio, aniquilado y exhausto, cayó varias veces. Un campesino le ayudo a llevar la carga.

Cuatro soldados le defendían de la plebe que no obstante conseguía llegar hasta Él y herirle con palos y escupirle.

Mas de sus labios no salía una palabra de protesta, ni un lamento, ni un gemido…

Al pasar ante el grupo formado por Ben-Hur y sus amigos levantó hacia ellos sus divinos ojos.

El inconmovible Simónides no pudo evitar un estremecimiento, su hija buscó refugio en su pecho y Baltasar se desplomó en el suelo, sin poder exhalar ni un grito.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Ben-Hur.

Como comprendiendo sus sentimientos, volvió el Nazareno su descompuesto semblante hacia ellos y les dedicó una inefable mirada. Todos la recordarían hasta la tumba. Él, olvidándose de sí mismo, pensaba en ellos, enviándoles con sus ojos casi carentes de vida, la bendición que sus labios no proferían.

—Pero hijo de Hur, ¿dónde están tus legiones? —inquino Simónides muy alterado.

—Si preguntas por ellos a Anás podrá responderte mejor que yo.

—¿Así que han sido traidores?

—Todos, excepto estos dos.

—Todo se ha perdido y el justo morirá…

Con el rostro contraído de dolor, el mercader abatió la frente. Había tomado parte en la obra de Ben-Hur y como él, sentía una angustia infinita, al ver truncadas sus risueñas esperanzas.

Tras el Nazareno iban otros dos hombres con cruces.

—¿Quiénes son? —preguntó Ben-Hur a los galileos.

—Dos ladrones que han de ser crucificados al mismo tiempo que el Nazareno.

Seguía un mitrado resplandeciente de oro y pedrería, revestido con los ornamentos de Sumo Sacerdote, y caminando con arrogancia. Le escoltaba la guardia del Templo y tras ellos iba todo el Sanedrín y una fila de sacerdotes, cubiertos con blancas túnicas sobre las que destacaban los sobrepellices.

—Es el yerno de Anás —notifico Ben-Hur en voz baja.

—Sí. Le he visto. Es Caifás —repuso Simónides—. Y ahora tengo la absoluta certeza de que Aquel que lleva la inscripción al cuello, es realmente lo que el rótulo proclama en plan de befa: EL REY DE LOS JUDÍOS. Nunca a un vulgar impostor o traidor se le ha tratado así. ¿No veis? Ahí están las naciones, ahí Jerusalén: Toda Israel le contempla. Mirad el efod, el manto azul, las borlas de oro y púrpura que no se han visto en la calle desde que Jeddo[117] salió al encuentro del Macedonio, son ésas las pruebas inequívocas de que el Nazareno es Rey. ¿Por qué no podréis levantarme y postrarme a sus pies?

Oyéndole Ben-Hur sintióse conmovido y hondamente apenado.

—Di a Baltasar que debemos partir. Ésta es la degradación de Jerusalén.

—¿Quiénes son aquellas mujeres que se acercan llorando? —inquirió Ester.

Mirando hacia el lugar que Ester señalaba, vieron que cuatro mujeres lloraban amargamente; una de ellas, que se apoyaba en el brazo de un hombre, te nía alguna semejanza con el condenado.

—El hombre es Juan el discípulo predilecto del Maestro, la que se apoya en él, es María, madre del Nazareno y las otras son mujeres de Galilea.

El ruido ensordecedor de la muchedumbre era semejante al fragor de las olas que se estrella en la costa en un día de tormenta. ¡Qué confusión de gentes de todas clases! Entre las multitudes de esclavos, camelleros, vendedores de fruta, prosélitos, extranjeros, criados y celadores del Templo, malhechores… se veían ancianos, escribas, rabinos, fariseos y saduceos. Eran éstos los que sugerían las frases que la turba repetía. Cuando las gargantas se cansaban de seguir pronunciando el mismo grito, inventaban otro.

—¡El Rey de los judíos! ¡Paso al Rey de los judíos! ¡El destructor del Templo! ¡Blasfemo de Dios! ¡Crucificarle!

Este último grito era el que más se repetía.

—Vámonos de aquí —dijo Simónides, cuando Baltasar se hubo repuesto.

Pero Ben-Hur no le oyó. La barbarie de aquellas gentes le recordaba por contraste la dulzura del Nazareno, su caridad infinita para las miserias humanas. Y de pronto apareció en su mente la época en que un romano le arrastraba a él mismo a una muerte casi tan terrible como la de la cruz, cuando, sediento y fatigado, cayó al suelo junto al pozo de Nazaret y Él mitigó su sed; e inmediatamente recordó también el milagro del Domingo de Ramos.

Y entonces se acusó de ingratitud. No había hecho todo lo posible; no vigiló bastante a los galileos, ni se aseguró de su obediencia; y ahora… era el momento de actuar. Un golpe oportuno dispersaría a aquella turba sanguinaria y podía dejar en libertad al preso, y al mismo tiempo podría Israel recuperar la libertad tanto tiempo soñada. ¡Dios de israel! ¡Aún no estaba todo perdido!

Viendo un grupo de galileos, Ben-Hur se abrió paso para llegar hasta ellos.

—Venid —les dijo—. Quiero hablaros. Yo os armé con espadas —siguió, cuando pudieron resguardarse tras una casa— y vosotros prometisteis luchar por el Rey que había de venir y por la libertad. Ha llegado el momento. Id a buscar a los demás y decidles que se reúnan al pie de la cruz del Nazareno, que hemos de libertarle. De prisa. ¿Qué os lo impide? El Nazareno es el Rey y si le dejamos morir la libertad morirá con él.

Miráronle ellos respetuosamente, mas no se movieron.

—¿No me oís? —les gritó.

—Estás equivocado, hijo de Judá. El Nazareno no es ni tiene espíritu de Rey. En el Templo rehusó el trono de David. No es el Rey y Galilea nada tiene que ver con Él. Que muera, puesto que así lo ha querido. Nosotros, hijo de Judá, estamos dispuestos a desenvainar la espada por la independencia e iremos a encontrarte al pie de la cruz.

¿Hubiese cambiado la historia de haber dado Ben-Hur una respuesta afirmativa? En ese caso la historia se debería a los hombres, no a Dios y eso no ha sido ni será jamás. El espíritu de Ben-Hur se vio inundado por las tinieblas de la indecisión, sin que él mismo comprendiera el por qué; más tarde se lo atribuyó al Nazareno. Después de la resurrección comprendió que la muerte de Jesús había sido necesaria para la fe cristiana. La turbación que nubló su espíritu le privó de la facultad de la decisión; vacilaba, sin poder pronunciar una palabra. Se estremecía todo su cuerpo en la lucha de su espíritu impotente.

—Te estamos esperando; ven —llamó Simónides por cuarta vez.

Ben-Hur se unió a ellos, caminando como un autómata, tras la litera y al lado de Simónides. Iba cabizbajo y entristecido.

CAPITULO X

LA CRUCIFIXIÓN

Baltasar, Simónides, Ester y los dos galileos llegaron al lugar del suplicio siguiendo a Ben-Hur que, sin • saber cómo, se abría paso entre las gentes apiñadas. Iba inconsciente, sin ver ni oír nada, sin un propósito ni pensamiento en su alma.

Era más impotente que un niño, para impedir el crimen que se iba a cometer. Los designios del Señor son oscuros, e impenetrables muchas veces, los medios de que se vale para ponerlos en práctica.

En la colina del Gólgota —calvario en latín y cráneo en castellano— había un espacio árido, polvoriento, sin huella de vegetación, circundado en aquella ocasión por una muralla de seres humanos, ávidos de presenciar el espectáculo. Los soldados contenían a aquella multitud tumultuosa. Desde el muro a donde le habían empujado, Ben-Hur podía presenciarlo todo.

Tres millones de almas se concentraban allí, dedicando todo su interés al Nazareno, sin prestar atención a los ladrones. Miraban al divino condenado unos con miedo, otros con odio o curiosidad, atormentando a Aquél que a todos abarcaba en su amor y que por todos iba a morir.

En lo alto de la colina, entre su brillante cortejo, destacábase la figura del Sumo Sacerdote. La multitud seguía, escarneciendo a Jesús. Unos soldados ofrecíanle ahora una caña, a modo de cetro real.

El clamoreo llegaba hasta El, como olas que se estrellaban en un escollo. Le dirigían maldiciones y aullidos y todos los ojos se fijaban en su persona.

Ben-Hur advirtió entonces que en su propia alma se estaba verificando un cambio. La concepción de una vida más pura, espiritual, aquella vida de que hablaba Baltasar, empezó a acogerse en su alma con toda convicción. Acudieron a su mente las palabras del Nazareno:

YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Y aquella frase adquiría un sentido nuevo y profundo. Con la vista fija en Aquel que iba a sucumbir, se preguntaba; «¿Qué es la Resurrección? ¿Quién es la vida?».

YO SOY

… parecía responderle sólo a él el moribundo; y al fin se sintió lleno de una paz nunca sentida; la paz que, acabando con la duda y el misterio, es principio de fe y amor.

Unos martillazos despertaron a Ben-Hur de su ensueño. Y entonces advirtió algo en lo que no se había fijado: soldados y obreros preparaban las cruces. Ya estaban dispuestos los hoyos para plantarlas y ahora ajustaban el madero transversal al vertical.

—Advierte a tus hombres que no se entretengan —dijo al centurión el Sumo Sacerdote—. Éste —y señaló al Nazareno—, debe morir antes de que el sol se ponga para no quebrantar la ley.

Un soldado ofreció de beber al Divino Reo, pero Él lo rechazó; otro, quitóle la inscripción que pendía de su cuello y la clavó en lo alto de la cruz.

Ya estaba todo dispuesto.

—Las cruces están a punto —dijo el centurión al pontífice, que repuso:

—El primero será el blasfemo. El Hijo de Dios con poder para salvarse a sí mismo… Vamos a verlo…

La muchedumbre que había presenciado todos los preparativos sin cesar de alborotar, calló repentinamente al llegar el momento supremo.

Se iba a clavar a los condenados.

Al poner los soldados sus impías manos sobre el Nazareno toda la multitud se estremeció.

—¡Qué sereno está! —dijo Ester entre sollozos, abrazándose a su padre; éste, recordando sus propias torturas, oprimió la cabeza de su hija contra su pecho.

—¡Ester, no mires, no mires! Sean inocentes o culpables, todos cuantos presencien su martirio serán malditos para siempre.

Baltasar se postró de hinojos.

—Hijo de Hur —volvió a hablar Simónides cada vez más excitado— si Jehová no tiende su mano a Israel, estamos perdidos… ¡no tenemos remedio!

Ben-Hur repuso, con sosiego:

—Acabo de tener un sueño, Simónides, y ahora sé cómo y por qué ha de cumplirse todo. Cuanto ocurre es la voluntad del Nazareno y de Dios. Imitemos al egipcio, orando y resignándonos.

Y nuevamente volvieron a zumbar en sus oídos las palabras:

YO SOY LA RESURRECCION Y LA VIDA

En la cumbre se completaba la obra de la Crucifixión. Despojaron de sus ropas al Nazareno, dejándolo completamente desnudo ante millones de espectadores. Su cuerpo estaba magullado y lleno de profundas señales, prueba sangrienta de los golpes recibidos. Tendiéronle sin compasión sobre la cruz, boca arriba y estiraron sus brazos sobre las ramas transversales. Los clavos eran agudos; con muy pocos golpes traspasaron las delicadas palmas, clavándose fuertemente en la madera. Pusieron luego sus pies uno sobre otro y los clavaron con un solo clavo. Resonaban lúgubres los sordos martillazos y el que oía o veía aquella infamia es estremecía de horror. Pero el Santo inocente no dejaba escapar una queja, una súplica, una palabra que hubiera de servir de burla a un enemigo o de aflicción a sus amigos.

—¿Hacia qué lado ponemos su cara? —inquirió un soldado.

—Hacia el Templo —respondió el pontífice—. Que pueda contemplar la casa sagrada que él quería destruir.

Cargaron con la cruz para trasladarla, con el mártir, al lugar en que había de quedar plantada. A una orden del pontífice la alzaron, colocándola en el hoyo; el cuerpo del Nazareno cayó pesadamente, pendiente de sus ensangrentadas manos, mas ni aun entonces exhaló queja alguna que demostrara su dolor; suspiró tan solo antes de pronunciar la petición más divina que lengua alguna haya podido hacer en un caso semejante: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

Cuando apareció la cruz, destacando su negra silueta sobre el fondo azul del cielo, fue acogida con un aullido de salvaje alegría y el aire se pobló con los repetidos gritos de: «Rey de los judíos. ¡Salve Rey de los judíos!».

El pontífice ordenó entonces que quitaran la tablilla clavada sobre la cruz con aquella inscripción, mas no se le atendió. Y el Rey, con el título que le correspondía, pudo mirar con sus ojos moribundos la ciudad de sus padres que se extendía a sus pies y que tan ignominiosamente había renegado de Él.

El sol, muy alto ya, teñía de oro y púrpura las montañas.

Súbitamente, un ligero velo descendió sobre la tierra, envolviéndola en prematuro crepúsculo que llegó a ser tan denso que atrajo la atención de

todos. Se apagaron las risas, se interrumpió el vocerío y todos se miraron, contemplando después el cielo entenebrecido; las montañas desaparecían entre sombras; la oscuridad quería velar al Universo la vista de aquella pérfida tragedia.

—No es más que una nube pasajera —decía Simónides a Ester—. En seguida pasará.

—No es nube alguna. —Ben-Hur tenía otra opinión—. Son los espíritus del aire, los santos, los profetas, que intentaban ocultar el oprobio de este espectáculo. ¡Por Dios vivo, Simónides!, te digo que Aquel que pende de la cruz es/el Hijo de Dios.

El mercader reflexionaba. Baltasar estaba cerca, de rodillas, y Ben-Hur se acercó a él.

—Óyeme, sabio egipcio. ¡Sólo tú tienes razón! ¡El Nazareno es, en verdad, el Hijo de Dios!

—Yo pude verle en el pesebre cuando era un tierno infante —le contestó Baltasar con un hilo de voz—; no es extraño que le haya reconocido antes que tú. ¿Por qué he debido yo estar presente en este día? ¡Felices Melchor y Gaspar! ¿Por qué no habré muerto antes, lo mismo que ellos?

—¡Animo! —le alentó Ben-Hur—. También ellos deben de estar aquí.

A pesar de que la oscuridad era cada vez más densa, no se interrumpió la sangrienta tarea en el monte. Fueron elevadas las cruces de los ladrones y plantadas en los hoyos. Seguían llegando hasta el Nazareno palabras, de mofa y escarnio.

—¡Vamos! ¡Sálvate, si eres Rey de los judíos! —gritó un soldado.

—Eso —añadió un sacerdote—, baja de la cruz y creeremos en ti.

Otros comentaban con toda seriedad:

—Podía redificar el Templo en tres días y no puede salvarse a sí mismo…

El Nazareno, que lejos de perjudicar al pueblo, lo había amado inmensamente, se veía ahora colmado d insultos y maldiciones. ¡Trágico contraste entre su alma desfallecida de amor y la del pueblo deleitándose en sus padecimientos y compadeciendo en cambio a los ladrones!

—Volvamos a casa, padre —pedía Ester que, come muchos de los espectadores más valerosos y fuerte que ella, estaba atemorizada por la creciente oscuridad—. Ésta es la amenaza de Dios. Tengo miedo. ¿Quién sabe las terribles cosas que pueden ocurrir…?

Pero Simónides era obstinado. Viendo que hacia la hora primera había disminuido mucho la multitud que rodeaba la cruz sugirió que se acercasen a la cima. Baltasar, rehusando el brazo de Ben-Hur, pudo subir la cuesta sin

dificultad. Sólo débiles gemidos dejaba escapar el Nazareno, mientras sus compañeros d suplicio, llenaban el ambiente de gritos e imprecaciones. Transcurrió la segunda hora como la primera. Horas de insulto, de provocación y de muerte lenta par el Nazareno. Algunas mujeres se habían arrodillado al pie de la cruz. Entre ellas estaba María, acompañad del discípulo predilecto. El moribundo levantó la cabeza, diciendo con infinita ternura a su Madre:

—Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Y al discípulo:

—Mira, ahí está tu madre.

A la hora tercera aún se agolpaban gentes alrededor de la cruz, pero ya aparecían más calmadas. Lo que pasaban junto al Nazareno le miraban en silenció. Incluso entre los guardianes, que poco antes habían echado a suertes las vestiduras del crucificado se observó aquel cambio. Soldados y oficiales formaban un grupo, atento solamente al moribundo. El suspiro de dolor o un movimiento de su cabeza le ponía en seguida en guardia.

La transformación que se operó en el Sumo Sacerdote y sus secuaces fue extraordinaria. Cuando la oscuridad fue completa empezaron a perder ánimo: Muchos de ellos eran versados en astronomía y al apagarse el sol y borrarse de la vista montañas y collados, se reunieron a deliberar. «Estamos en plenilunio —decía uno— no puede tratarse de un eclipse». Y no pudiendo interpretar aquel extraño fenómeno empezaron a considerar las posibilidades de relación entre la creciente oscuridad y la muerte del Nazareno, sintiendo todos un secreto pánico. Ocultos tras los soldados, vigilaban atentamente cada gesto y palabra del Nazareno, diciéndose en un murmullo:

—Pudiera ocurrir que fuese el Mesías y en ese caso…

Ben-Hur, invadido por aquel sentimiento de sosiego, rogaba al Señor que acelerase el fin. Observaba a Simónides que sostenía una lucha interior entre la fe y las dudas y veía que Ester trataba de sofocar su terror para atender a su padre.

—Fíjate bien y no tengas miedo —le decía. Simónides—. Aunque vivas dos veces más que yo, no volverás a ver nunca una maravilla mayor. Debemos esperar hasta el fin por si hay alguna otra revelación.

Durante la hora tercera se detuvieron ante la cruz central algunos hombres de la más baja estofa.

—¡Miradle! —gritó uno—. Es el nuevo Rey de los judíos.

Y los otros contestaron entre groseras risotadas:

—¡Salve, Salve. Rey de los judíos!

—Si realmente eres Hijo de Dios y Rey de los judíos, baja de la cruz.

Y uno de los ladrones, cesando en sus lamentos, dijo al Nazareno:

—Si tú eres Cristo, sálvate a ti y a nosotros.

Rió el pueblo, aplaudiendo aquellas palabras, pero antes de que el aludido respondiera, oyeron replicar al otro malhechor:

—¿No temes a Dios? Nosotros recibimos el castigo de nuestros crímenes, pero este hombre es inocente.

Y el silencio se intensificó cuando vieron que el desgraciado continuaba, dirigiéndose al Nazareno:

—¡Señor! Acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

Simónides se sintió recorrido por un escalofrío. ¡Tu reino! Aquélla era precisamente la duda que angustiaba su mente, la duda sobre la cual tantas veces discutieran con Baltasar.

—¿Oyes? —preguntó Ben-Hur—. Habla de un reino que no puede ser de este mundo. En el umbral de la muerte ese hombre da a entender que el Rey tomará posesión de su reino. Eso mismo he visto yo en mi sueño.

—¡Silencio! —ordenó Simónides, imperiosamente.

El Nazareno respondía al ladrón con su voz límpida y dulcísima:

—En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Entonces Simónides cruzó las manos, clamando:

—¡Basta, basta! ¡Dios mío! Han desaparecido las tinieblas de mi espíritu y como Baltasar, veo con’ los ojos de la fe verdadera.

Recibía entonces la recompensa a todas las torturas pasadas. No había de recobrar el vigor de su cuerpo y nunca olvidaría los tormentos, pero ahora esperaba una vida muy hermosa, incomparable a la mezquindad de aquí abajo. En el Paraíso había de encontrar al Rey soñado y por quien tantos esfuerzos realizara. Y se sintió invadido por una calma infinita.

Los doctores y sacerdotes sentían aún mayor espanto y consternación. El Nazareno estaba crucificado por decirse el Mesías y he aquí que, enclavado en la cruz y con más seguridad que nunca, se vindicaba y prometía el goce de su reino a un malhechor. Y hasta el soberbio pontífice tembló de miedo pensando en las consecuencias de su acto criminal.

Cada vez era más afanosa la respiración del Nazareno. Los suspiros eran estertores de la agonía que ya duraba tres horas.

Todos se repitieron que ya iba a morir. El viento se paralizó y un calor sofocante se añadió a la oscuridad.

Los tres millones de personas que estaban en las vertientes de aquella colina, aterradas, guardaban un silencio sepulcral. Los más cercanos pudieron

oír la voz desesperada, si no acusadora del moribundo.

—Padre, padre, ¿por qué me has abandonado?

Todos se estremecieron y Ben-Hur sintió una compasión infinita.

A poca distancia de la cruz habían dejado los soldados una vasija con una mezcla de agua y vino. Con una esponja sujeta al extremo de una caña podían humedecerse los labios de los condenados. Recordando el agua que junto al pozo de Nazaret recibiera de manos del inocente crucificado, Ben-Hur se acercó a la cruz, sumergió la esponja en el recipiente y corrió hacia Jesús.

—¡Déjale, déjale! —clamó el enfurecido populacho.

Ben-Hur, sin atender al griterío, humedeció los labios del Nazareno. ¡Demasiado tarde! En aquel momento el rostro que Ben-Hur viera magullado y cubierto de sangre y polvo se iluminó con sobrenatural esplendor. Los ojos del crucificado se dirigieron al cielo, pareciendo contemplar alguna visión que sólo a ellos estaba reservada. Y su voz, ahora regocijada y triunfal, exclamó:

—¡Todo se ha consumado!

De tal suerte celebran sus victorias los que caen en la realización de un hecho heroico. Apagóse la luz de los ojos de Jesús y lentamente su fatigada cabeza descansó sobre el pecho.

Ben-Hur supuso que había terminado la tragedia, pero el alma desfallecida del inmolado se reconcentró en sí misma y Ben-Hur y los que le rodeaban pudieron oír unas palabras postreras:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo atormentado, su boca exhaló un tremendo grito de agonía y su misión divina, a la par que su vida terrena, concluyeron definitivamente, al parecer, en aquella cruz. Porque aquel corazón tan lleno de amor estaba despedazado y sólo de eso murió Jesús.

Ben-Hur, volviéndose a sus amigos, dijo, escuetamente:

—Ha muerto.

Con inverosímil rapidez circuló la noticia de la muerte. Nadie lo decía en alta voz, sino que del Monte Calvario descendía un rumor, que sordamente repetía:

—Ha muerto, ha muerto…

Y eso fue todo. El populacho lograba su deseo y el Nazareno había sido sacrificado. Mas ahora todos se miraban, espantados, temerosos de que la sangre de aquel hombre cayera sobre ellos. Y en esto tembló el suelo y hubieron de apoyarse unos con otros para no caer. Desaparecieron los vapores de tormenta y lució el sol. Él terremoto hacía oscilar las tres cruces y los brazos del clavado en la del centro parecían alargarse y abarcar a la multitud

para luego elevarse y hacer inclinarse el mundo de uno a otro lado. Cada uno de los que se habían burlado del Nazareno y puesto su mano sobre él o deseado su muerte, que en aquel caso eran la inmensa mayoría, sintiéronse marcados individualmente entre los demás y directamente expuestos a las iras del cielo. Aterrados corrieron lejos de allí, en caballos o camellos, en carros o a pie, sintiendo en el alma el tormento del que sabe que ha cometido un crimen.

Pero el terremoto proseguía y a los pies de los fugitivo se desgajaban rocas y abrían abismos. Se golpeaban el pecho y prorrumpían en grandes voces. La sangre del justo caía sobre ellos. El nativo y el forastero, el sacerdote y el seglar, el mendigo y el saduceo, el fariseo y el escriba, eran atropellados en su confusa carrera y caían por tierra.

invocaban a Dios, pero la tierra les respondía con sus furores. Hasta el pontífice fue derribado en la general fuga y besó el polvo de la tierra, mientras sus vestiduras se ajaban y se maculaban sus tiras de oro. Como el resto del pueblo, la cólera divina descendía sobre él. Había caído sobre él la sangre del Nazareno. Únicamente, bajo el sol, permanecía en el Gólgota la madre de Jesús, las fieles mujeres de Galilea, el centurión y sus hombres y la familia de Ben-Hur. Todos estaban demasiado absortos en sí mismos para ocuparse de la huida de los demás.

—Siéntate —dijo Ben-Hur a Ester, dejándole sitio junto a Baltasar—. Tápate los ojos y confía en Dios y en el espíritu de ese Hombre insensatamente asesinado.

—Y desde hoy —añadió Simónides con solemnidad— hablaremos de Él como del Cristo prometido.

—Así sea —apoyó Ben-Hur.

En aquel momento se estremeció toda la montaña. Los ladrones, desde sus cruces, lanzaban gritos terribles. El aturdimiento no impidió a Ben-Hur distinguir a Baltasar caído en tierra.

Le llamó, pero no obtuvo respuesta. Aquel hombre bondadoso había muerto. Y Judá recordó haberle oído contestar al último grito del Nazareno, si bien entonces no reparó en ello. Y tuvo por seguro que el alma del egipcio había acompañado al Paraíso a su Maestro. Porque si Gaspar fue la virtud y Melchor el amor, Baltasar dio siempre, mientras vivió, ejemplo de fe, de amor y de buenas obras.

Lleváronse a la ciudad los despojos de Baltasar y fueron colocados en el aposento destinado a los huéspedes. Ben-Hur resolvió dar en persona a Iras la

noticia de la muerte de su padre. Porque era entonces, sola en el mundo, ocasión de compadecerla y perdonarla.

Agitó los cortinones de la entrada. Sonaron las campanillas que debían anunciar un visitante, mas nadie respondió. Descorrieron el cortinaje, Ben-Hur comprobó que Iras no estaba allí. Y en la terraza tampoco. Ningún siervo la había visto últimamente. Al fin, Ben-Hur, convencido de la ausencia de la egipcia, ocupó junto al cadáver de Baltasar el puesto velatorio que debió ocupar la hija.

Pasada la tristeza que produjo a los amigos el entierro del que había muerto, y cuando, cumplidos los nueve días rituales prescritos por la ley Tirza y su madre volvieron a su morada, nunca en aquel lugar volvieron a pronunciarse sino los dos nombres más sagrados que labios humanos pueden pronunciar:

DIOS PADRE Y CRISTO HIJO.

* * *

Habían transcurrido cinco años desde el día de la Crucifixión y Ester, esposa de Ben-Hur, se encontraba en su estancia de la hermosa villa de Misénum. En el caluroso mediodía primaveral el sol brillaba, ardoroso, sobre los mirtos del jardín. Todo allí era de estilo romano, como cuando vivía Arrio, excepto las vestiduras hebreas de Ester.

Tirza y dos niños jugaban sentados en una piel de tigre, en la misma estancia, y se comprendía, por el interés que poma Tirza en atenderlos, que los dos debían ser hijos de Ester.

Los años habían aumentado la belleza de la dulce hebrea, que, trocándose en dueña del corazón del amo de la villa, había realizado el más anhelado de sus sueños.

Un siervo interrumpió aquella plácida escena doméstica, anunciando:

—En el atrio está una mujer que desea ver a la señora.

—Hazla entrar. Aquí la recibiré.

Pasados unos instantes entró la extranjera. Al verla se levantó la hebrea para saludarla, pero se demudó y dijo, retrocediendo:

—Creo conocerte, mujer. Eres…

—Iras, hija de Baltasar.

Ester, procurando encubrir su desconcierto, mandó a un siervo que llevase un asiento. Pero Iras dijo, con frialdad:

—No es necesario. Me marcho en seguida.

Las dos mujeres se midieron con la vista. En Ester se veía lo que era: una mujer bella, una esposa contenta y una madre feliz. Pero la suerte no había demostrado la misma benevolencia con su antigua rival. Su talle, alto y flexible, conservaba mucha de su anterior gracia, pero la vida disoluta había modificado el resto de su persona. Tenía el rostro deformado, enrojecidos los ojos e hinchados los párpados. Sus mejillas estaban demacradas y pálidas, la marchita boca tenía una expresión dura y cínica y en toda su persona se notaba un aire de desidia que la envejecía. Su vestido, sucio y estropeado, daba indicios de haber realizado una larga caminata sobre el polvo y lodo.

Iras fue la primera en hablar.

—Estos niños, ¿son tuyos?

Ester sonrió.

—Sí. ¿Quieres hablarles?

—Puedo asustarles —repuso Iras.

Acercóse a Ester, que inició otro movimiento de retroceso, y la dijo:

—No temas. Traigo un mensaje para tu esposo. Dile que su enemigo ha muerto y que le he dado muerte yo para vengarme de las bajezas que me hizo sufrir.

—¿Qué enemigo era ése?

—Mésala. Y añade que, si he causado mal, tan castigada he sido que hasta tu esposo me compadecería.

Ester no pudo contener las lágrimas y quiso hablar, pero Iras se anticipó.

—No busco piedades ni lágrimas. Dile únicamente que he descubierto que ser romano equivale a ser un bruto. Adiós.

Hizo ademán de marcharse, pero Ester la detuvo.

—Espera. Mi esposo no te guarda rencor. Somos cristianos.

La egipcia se detuvo.

—No: he sido lo que quería ser y pronto habrá terminado todo para mí.

Ester titubeó.

—¿No podemos… no necesitas o deseas algo?

El rostro de la egipcia reveló una intensa emoción. La sombra de una sonrisa afloró a sus labios. Contempló a los niños que jugaban sobre la piel de tigre.

—Una cosa —dijo.

Ester, siguiendo su mirada, comprendió en un rápido relámpago de intuición lo que la egipcia quería, y dijo:

—Puedes hacerlo.

Iras se acercó a los niños y, arrodillándose en el suelo, besó a los dos. Se levantó lentamente, volvió a mirarlos y, encaminándose a la puerta, la cruzó sin pronunciar palabra y sin que Ester pudiera cumplir su propósito de retenerla.

Ben-Hur, al informarse de la visita, dio por hecho lo que sospechaba: Iras, después de la muerte de Baltasar el día de la Crucifixión, había ido a lanzarse en brazos de Mésala.

Empero, fue con sus siervos en busca de la egipcia, pero no logró nada. La azul bahía, risueña bajo 1 sol encierra bajo su azul tenebrosos secretos. Podría aclarar el del fin de la egipcia.

* * *

Simónides vivió hasta la edad muy avanzada. En el décimo año del reinado de Nerón dejó la dirección de u colosal negocio, el mayor de Antioquía, que continuamente siguió en auge bajo sus cuidados.

Una noche del año referido estaba en su sillón acostumbrado, hablando con Ben-Hur, Ester y sus tres nietos. En las aguas del río se balanceaba la única de sus embarcaciones que no se había vendido aún.

Sólo un gran dolor había turbado la vida de Simónides desde la muerte del Salvador, y fue el fallecimiento de la madre de Ben-Hur. Pero los consuelos le la fe cristiana pudieron aminorar hasta cierto punto su duelo.

La nave fondeada en el río había llegado el día antes, con noticias de la persecución de los cristianos decretada por Nerón y la familia discutía aquellas referencias, cuando Malluch, que seguía a su servicio, acercóse y entregó un rollo a Ben-Hur.

Éste lo examinó y, dirigiéndose a Simónides, dijo:

—Atiende.

Y leyó:

Yo, Tlderín, hijo de Ilderín el Generoso, y sheik de la tribu de Ilderín, a Judá, hijo de Hur.

Sabe, amigo de mi padre, cuánto él te amaba. Lee el documento que te incluyo y conocerás su voluntad y la mía porque lo que él te dio, tuyo es.

Cuanto los partos le arrebataron en la gran batalla en que murió, he podido yo recuperarlo, y entre ello el escrito que te adjunto. La

descendencia de Mira, la madre de tantas estrellas, otra vez pasó a mi poder.

Contigo sea la paz y con los tuyos.

Ilderín, jeque.

Ben-Hur desenrolló un papiro, ya amarillento por el tiempo, y leyó en él:

Ilderín, llamado el Generoso, sheik de la tribu de Ilderín, a mi hijo y sucesor:

Todo lo que poseo, ¡oh, hijo mío!, será para ti el día de mi muerte, excepto la finca que tengo en Antioquía y se conoce por el nombre de Huerto de las Palmas, propiedad que quiero legar al hijo de Hur, que tanta gloria nos proporcionó en el circo; y esta propiedad debe ser de él y de los suyos para siempre.

Haz honor a tu padre.

El sheik Ilderín, el Generoso.

Ben-Hur se dirigió a Simónides:

—¿Qué te parece?

Simónides, fijos los ojos en la nave, meditaba. Dijo al fin:

—Hijo de Hur, el Señor ha sido muy bondadoso contigo en los últimos años y le debes muy hondo reconocimiento. ¿No crees llegado el momento de dedicar a algo eficaz la gran fortuna que tienes en las manos?

—Eso lo he decidido hace ya muchos años. Y la cuestión se reduce a saber cuál es el modo mejor de utilizar nuestros medios en servicio de nuestra causa. Oiré con placer tu consejo.

Simónides respondió:

—Testigo soy de las muchas cantidades que has gastado en pro de la iglesia de Antioquía. Ahora, mientras recibes el legado del liberal *sheik*, nos informamos de las persecuciones de nuestros hermanos en Roma. Parece que se nos brida un nuevo horizonte. No debemos permitir que la luz de la salvación se extinga en la capital.

—¿Y qué podemos hacer para reavivarla?

—Voy a explicártelo. Los romanos, y Nerón el primero entre todos, sólo respetan dos cosas como sagradas: según informes: las cenizas de los muertos y los sepulcros. Si no puedes erigir templos al Señor sobre tierra, constrúyelos bajo su superficie y, para salvarlos de la profanación, entierra en ellos los cadáveres de los que mueran en la verdadera fe.

Ben-Hur se levantó, conmovido.

—La idea es muy grande y no pienso tardar en empezar a ejecutarla. Y el tiempo urge y la necesidad apremia. La embarcación que nos ha informado de los padecimientos de nuestros hermanos me conducirá a Roma. Mañana mismo me pondré en camino.

Y, dirigiéndose a Malluch, ordenó:

—Haz que la galera esté aparejada para mañana. Tú me acompañarás.

Malluch sólo respondió:

—Bien.

—Y tú, Ester, ¿qué dices? —preguntó Ben-Hur.

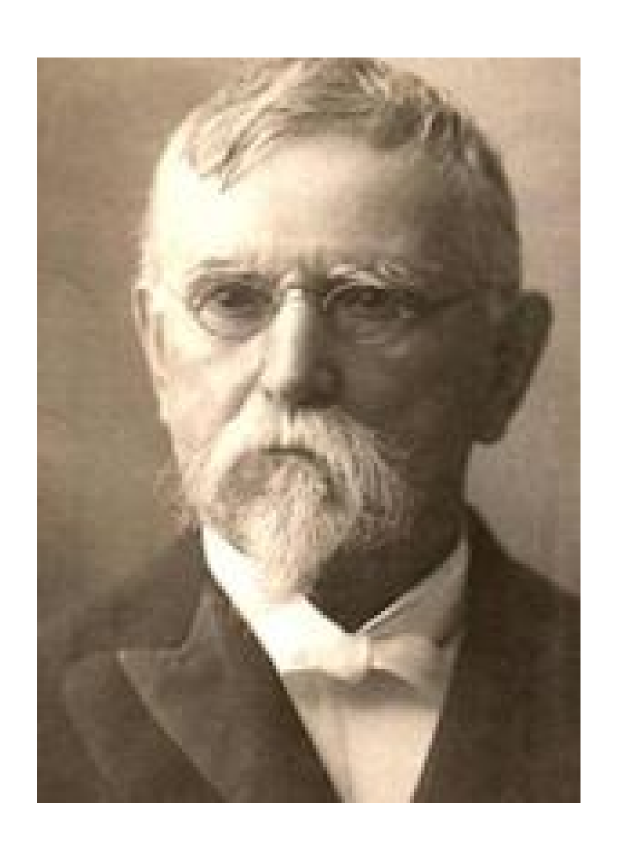
Ester se acercó a su marido, le puso una mano en el hombro y dijo con dulzura:

—Ése será el mejor modo de servir a Cristo, querido esposo mío. Ya sé que puedo ser un obstáculo para tus propósitos, pero quisiera ir contigo para ayudarte.



En Roma, las catacumbas de San Calixto, aún más antiguas que las de San Sebastián, confirman a qué dedicó Ben-Hur sus riquezas. De aquellas extensas tumbas había de salir el cristianismo para acabar imponiéndose a los Césares.

FIN



LEWIS WALLACE. Nació en Brookville, en el Estado norteamericano de Indiana, el 10 de abril de 1827 y murió en Crawfordsville, población del mismo Estado, el 15 de febrero de 1905. Fue el segundo de los cuatro hijos del Gobernador de su Estado natal, quien para contrarrestar su indisciplina y su espíritu rebelde, le obligó a interrumpir sus estudios a los 16 años. El joven Wallace se vio obligado a trabajar en diversos empleos modestos, incluyendo el de copista en las oficinas del condado. Al mismo tiempo leía todo lo que podía y acudía con frecuencia a la biblioteca estatal de Indianápolis, capital de su Estado. Estudió leyes, participó en la Guerra de México, y en 1846 y 47 fue director de un periódico desde cuyas páginas defendía la ideología del partido «Free Soil». Fue ayudante general de Indiana. En mayo de 1855 se casó con Susan Arnold. En 1856 llegó a senador y organizó en Crawford una compañía de soldados que tomó parte en la Guerra de Secesión entre el Norte y el Sur. Alcanzó el grado de mayor general y colaboró en la conquista de Fort Danielson. En 1864 rechazó al general J. A. Early, salvando así la ciudad de Washington. Perteneció al tribunal militar que juzgó a los asesinos del presidente Lincoln.

En 1873, cuando tenía 46 años, publicó su primera novela, *El Dios Justo*, sobre la leyenda de los aztecas, basada en *La conquista de México*, de W. H. Prescott. La novela tuvo muy poca aceptación entre el público. De 1878 a

1881 fue gobernador del territorio de Nuevo México, y entre 1881 y 1885 embajador en Turquía. En 1880 compuso *Ben-Hur,* la más célebre de sus novelas —realmente la única que alcanzó la celebridad—, que surgió como un desafío con el libre pensador Robert G. Ingersoll, cuyo belicoso ateísmo inclinó a Wallace a definir y expresar sus convicciones religiosas. *Ben-Hur* fue uno de los *best-sellers* de fines del siglo pasado y conservó su popularidad durante aproximadamente cuarenta años, hasta el punto que llegaron a venderse 2.500.000 ejemplares. También tuvo un enorme éxito en sus versiones teatrales y cinematográficas. Otras obras suyas son: *The Boyhood of Christ* (1888), *The Prince of India* (1893), novela sobre el judío errante, y *The wooing of Makkatoon* (1897), colección de poesía.

Notas

[1] Una *howdah, o houdah,* es un tipo de albarda, palanquín o litera que se coloca sobre el lomo de un elefante, u ocasionalmente sobre algún otro animal, como los camellos. Fue usado más a menudo en la Antigüedad con diversos propósitos, entre los que destacan el de símbolo de prestigio llevando gente importante durante las procesiones, el de protección para la práctica de la caza mayor, y el militar, ya sea como puesto de mando, atalaya o barricada móvil. Su ornamentación representaba también la riqueza o el poder de su dueño, y en consecuencia usualmente las *howdas* eran elaboradamente decoradas, incluso con gemas.. <<

[2] Misraim es el nombre hebreo y arameo para la tierra de Egipto, quizá refiriéndose a los dos Egiptos: Alto Egipto y Bajo Egipto.. <<

[3] Ilíada del Oriente: posiblemente se refiere al Ramayana, uno de los dos grandes poemas épicos de la India, y que al contrario del otro, el Mahabarata (y al igual que la Ilíada, tiene un héroe central).. <<

[4] Viasa es un escritor legendario de la antigüedad hinduista, cuyo nombre verdadero es Krishna-Dwaipayana. <<

[5] El sabio Kapilat: muy posiblemente una referencia a Buda, cuya ciudad natal era Kapilavatsu, en el noreste de la India. <<

[6] Hélade, es el nombre con el que identificaban su región los antiguos griegos. Comenzó siendo la denominación homérica de una región de Grecia continental (el centro de Tesalia) habitada por el pueblo de los helenos y luego se ampliaría para dar su nombre a todo el país. <<

[7] La nación *Pali-putra* parece ser creación del autor. Pali es el nombre de una lengua hermana del sánscrito en la que se escribieron muchos de los textos sagrados en los albores del Budismo. <<

[8] *mizraímica*: familia a la que pertenecian los antiguos egipcios. <<

[9] Según la mitología persa, el rey de los dioses, Ahura Mazda (también conocido como Ormuz) creó todas las cosas. Primero creó el cielo, luego el agua, la tierra, la vegetación, los animales, los seres humanos, y el fuego. Después de crear el cielo, el agua y la tierra, y haberla cubierto con plantas y flores, creó el Toro Primordial Gavaevodata. **<<**

[10] El Serapeum fue un edificio destinado como templo de Serapis, dios del Egipto tardío, y que luego fue unido a la famosa Biblioteca de Alejandría. <<

[11] Sión fue inicialmente el nombre de una fortaleza jebusea conquistada por el rey David y que se encontraba situada en la actual Jerusalén. <<

[12] Los jebuseos eran una tribu cananea que habitaba la región de Jerusalén. Fueron los fundadores de esta ciudad, en el 3000 a. C., que en las fuentes más antiguas se conoce con el nombre de Uru-Salem. El libro I Crónicas 11:4 afirma que Jerusalén era conocida como Jebús, cuando fue conquistada por David. <<

[13] El fez o tarbush es un sombrero o gorro masculino extendido desde el siglo XIX por varios países, específicamente en Turquía y el Norte de África. El nombre proviene de la ciudad de Fez en Marruecos, donde se elaboró el tinte, hecho de bayas de color carmesí, que se utilizaba para teñir el gorro. <<

[14] Pafos era una antigua ciudad chipriota. <<

[15] *sheik (shaij o sheij)* significa jeque. Un jeque es, entre los musulmanes y otros pueblos orientales, superior o régulo que gobierna y manda un territorio o provincia, ya sea como soberano, ya como feudatario. Popularmente, suele asociarse la palabra jeque a la imagen de los jefes beduinos o los potentados de la península arábiga. <<

[16] Modín: pequeña localidad entre Tel-Aviv y Jerusalén, donde comenzó la rebelión de los Macabeos en el siglo II a. C. <<

[17] Raffaello Sanzio (1483-1520),1 también conocido como Rafael de Urbino o simplemente como Rafael, fue un pintor y arquitecto italiano del Renacimiento. Además de su labor pictórica, que sería admirada e imitada durante siglos, realizó importantes aportes en la arquitectura y, como inspector de antigüedades, se interesó en el estudio y conservación de los vestigios grecorromanos. <<

[18] Emín: uno de los pueblos que antiguamente habitó lo que luego sería Moab; pertenecían a la raza de gigantes de los Anaquin. Los Hurritas, primitivos pobladores del sur del Mar Muerto, tuvieron gran influencia en toda el área del Próximo Oriente. <<

[19] La Torá, ley en hebreo, designa los cinco primeros libros de la Biblia. <<

[20] El ángel Gabriel se menciona por primera vez en la Biblia en el *Libro de Daniel*, (8:16) cuando se le aparece a este profeta a orillas del río Ulai, cerca de Susa, en Persia. <<

[21] *marah*: cobertizo para ganado lanar. <<

[22] Hilel o Hillel, y más conocido como Hilel el Sabio (70 a. C.-10 d. C.), fue un eminente rabino y maestro judío, el primer erudito que sistematizó la interpretación de la Torá escrita. Entre estas sectas, la más influyente era la de los fariseos que tuvo como jefe a Hillel, fundador de la célebre escuela, en la que se enseñaba que la fe sólo se debía a las escrituras. Según el Talmud, nació en Babilonia. Recibió su avanzada formación en Jerusalén, donde se convirtió en una autoridad sobre la ley judía, por lo que fue elegido jefe de su consejo religioso. Su énfasis en el cumplimiento de las normas éticas, en la piedad personal, en la humildad y en la preocupación por los demás fueron precursores de ciertas enseñanzas morales del cristianismo y el islam. <<

[23] La batalla de Filipos enfrentó a las fuerzas de Marco Antonio y Octavio (miembros del Segundo Triunvirato) contra las fuerzas de los asesinos de Julio César: Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, en el año 42 a. C., en Filipos, Macedonia. <<

[24] En la mitología griega, Ganimedes era un héroe divino originario de la Tróade. Siendo un hermoso príncipe troyano, fue raptado por el dios Zeus, quien lo convirtió en su amante y en el copero de los dioses. <<

[25] El oráculo de Delfos, situado en un gran recinto sagrado consagrado al dios Apolo, fue uno de los principales oráculos de la Antigua Grecia. Estaba ubicado en el valle del Pleisto, junto al monte Parnaso, cerca de la actual villa de Delfos, en Fócida (Grecia). La leyenda y la mitología cuentan que en el monte Parnaso se reunían las musas, diosas menores del canto y la poesía, junto con las ninfas de las fuentes, llamadas náyades. En estas reuniones, Apolo tocaba la lira y las divinidades cantaban. Originariamente tenía el nombre de Pita y alcanzó gran notoriedad en el mundo helénico desde mediados del siglo VIII a. C. **<<**

[26] Pythia: sacerdotisa de Apolo en Delfos (que supuestamente actuaba como intermediaria entre aquel dios y las consultas que se le hiciesen). <<

[27] Simeón: sabio y piadoso; es mencionado en los Evangelios (Lucas 2,23-35), con ocasión de la presentación del niño Jesús en el Templo. <<

[28] Sémele es un personaje perteneciente a la mitología griega. Su equivalente en la mitología romana es Stimula. Dentro de la tradición tebana, Sémele era hija de Cadmo, rey de Tebas, y de la diosa Harmonía. Elegida por el dios Zeus como amante mortal, concibió a Dioniso, que es el dios de la vendimia y el vino, en uno de los encuentros furtivos entre Zeus y ella. <<

[29] Escitia era la región euroasiática habitada por los pueblos nómadas desde el siglo XIII a. C. hasta el siglo II d. C. Su extensión varió a lo largo del tiempo, pero en general comprendía las llanuras de la estepa póntica desde el Danubio hasta las costas septentrionales del mar Negro. <<

[30] Fulvia (77-40 a. C.) fue una dama romana que vivió en el siglo I a. C. Fue la primera mujer no mitológica en aparecer retratada en las monedas romanas. Según Plutarco, Fulvia no tenía ningún interés en las labores del hilado, ni en el hogar ni en un marido que no tuviera como objetivo la vida pública. Quería gobernar, tenía ansias de poder y deseaba ser comandante en jefe. Habría de ser recordada en la historia de la República romana tardía por su ambición y su actividad política. El historiador afirmó que la reina Cleopatra VII de Egipto estaba en deuda con ella por haber enseñado a Marco Antonio a obedecer la autoridad de una mujer. <<

[31] Cuando Ulises parte a la guerra, lo primero que hizo fue encomendar a su amigo Méntor la educación de Telémaco, su hijo. La lección que nos ofrece la Odisea (siglo VIII a. C.) para un tiempo lleno de turbulencias como el actual es impagable porque nos ofrece las claves más modernas para la educación de nuestros hijos, estudiantes.. <<

[32] Átropo era la mayor de las tres Moiras, deidades primitivas hijas de Nyx (Noche) o de Zeus y Temis, llamadas Cloto, Láquesis y Átropo. Los antiguos griegos creían que el hado de la persona estaba fijado desde el momento de su nacimiento, y eran las Moiras, como personificaciones del destino, quienes lo decidían. Átropo elegía el mecanismo de la muerte y terminaba con la vida de cada mortal cortando su hebra con sus «aborrecibles tijeras». <<

[33] El rabino Gamaliel fue un fariseo reconocido doctor de la ley y prominente miembro del Sanedrín en la mitad del primer siglo, hijo de Simón y nieto de Hilel. <<

[34] Zorobabel personaje bíblico, nieto de Joaquín y líder de los judíos exiliados que retornaron de Babilonia. Según el Nuevo Testamento es uno de los antepasados de Jesús. En el reinado de Ciro, condujo el primer grupo de judíos (42.360 personas según la Biblia) que regresaron a Judá después del cautiverio babilónico, fue, también, quien puso los cimientos del Segundo templo en Jerusalén. Según el historiador musulmán Ya’qubi, Zorobabel recuperó la Torá y los libros de los Profetas, hecho que el judaísmo atribuye a Esdras. <<

[35] Sopherim es uno de los tratados menores del Talmud de Babilonia. El tratado se imprime normalmente al final del orden de Nezikín. Sopherim trata sobre las leyes relacionadas con los escribas, y sobre las reglas que éstos deben seguir para escribir correctamente un rollo de la Torá.. <<

[36] Bezaleel y Aholiab son los artesanos a quienes Moisés llamó para que hicieran el Tabernáculo. El propiciatorio era la tapa de oro que cubría el Arca de la Alianza.. <<

[37] Dédalo. Legendario artesano griego que dotó de miembros a las primitivas imágenes de los dioses y construyó en Creta un asombroso palacio, desde cuyo centro nadie podía escapar: el Laberinto. Trabajó en la región de Atenas, en la península del Atica, y de su labor surgieron los talleres de escultura de Corinto y Egina.. <<

[38] Fidias (500-431 a. C.) fue el más famoso de los escultores de la Antigua Grecia. Vivió en la época de Pericles, que fue su principal protector y le encargó la dirección de su gran proyecto de la reconstrucción de la Acrópolis de Atenas. Se encuadra en la etapa conocida como «primer clasicismo griego». Sus obras más célebres fueron la estatua de la diosa Atenea del Partenón (Atenea Pártenos) y la estatua de Zeus en Olimpia, ambas de madera revestida con fragmentos de oro y marfil, que se convirtieron en modelos de perfección de la representación de divinidades, pero también se le atribuyen otras estatuas, tanto criselefantinas como de bronce o mármol, que gozaron de fama, como la Atenea Promacos y la Atenea Lemnia. Pese a que no se ha conservado ninguna estatua original segura de Fidias, algunas de sus obras se conocen a través de descripciones que realizaron autores de la Antigüedad y se han relacionado con estatuas de época romana que sí se han conservado y que se consideran copias de originales de Fidias, como el Apolo de Kassel, el Anadumeno Farnese o las numerosas Atenea Pártenos.. **<<**

[39] El Tisbita es Elías, profeta de tiempos de los reyes (que siguieron a los Jueces). Su sirviente Eliseo le sucedió como profeta (Libro de los Reyes, capítulo 2).. <<

[40] Hilkiah fue un sacerdote hebreo en la época del rey Josías (reinó durante 641-609 a. C.). <<

[41] Lucio Tarquinio el Soberbio fue el séptimo y último rey de Roma, donde reinó según la tradición desde el año 534 a. C. al 509 a. C. Fue hijo, o posiblemente nieto, de Lucio Tarquinio Prisco y yerno del rey anterior, Servio Tulio, a quien asesinó. Ejerció un gobierno despótico. <<

[42] Siquem fue una ciudad de Canaán construida hace 4000 años. La ciudad se convirtió en una ciudad israelita de la tribu de Manasés y la primera capital del Reino de Israel. <<

[43] Judas de Gamala, fue un dirigente político-religioso judío que ofreció resistencia armada al censo que con propósitos fiscales había sido decretado en la provincia romana de Judea por el legado romano en Siria, Quirino, en el año 6 d. C. <<

[44] Cástor y Pólux, los *Dioscuros*, son figuras de las mitologías griega y romana, considerados como los hijos gemelos de Zeus o Júpiter. Son figuras semidivinas y se les atribuye el rol de salvar a los que están en peligro en el mar o en la guerra. Se asociaban especialmente con los caballos y los deportes. Estos hermanos tenían una conexión especial con Esparta, y tenían sus propios templos en Atenas y en Delos. Los *dioscuros* eran los patrones de los caballeros romanos y tenían un papel importante en las ceremonias marciales hasta la época imperial. <<

[45] La batalla de Preneste se llevó a cabo en el 487 a. C. tuvo lugar entre el ejército romano, dirigido por el cónsul Cayo Aquilio Tusco y los *hérnicos* (pueblo que habitó en el sureste del Lacio, entre el lago Fucino y el río Sacco). Los romanos ganaron la batalla. <<

[46] La batalla de Accio (Actium), se produjo el 2 de septiembre del año 31 a. C., entre la flota de César Octavio, comandada por Agripa, y la de Marco Antonio y su aliada Cleopatra, frente al golfo de Ambracia y el promontorio de Accio. La batalla se saldó con la victoria absoluta de Octaviano y la retirada de Marco Antonio y Cleopatra. <<

[46a] Duoviri o duóviro: Cargo público romano, que no magistratura, compuesto por dos hombres que aparece en muy diversos ámbitos de la administración. La más importante era la *duoviri iure dicundo*, magistratura ordinaria anual romana similar a la figura del consulado en la república, pero a nivel de colonias y municipios. <<

[47] Lucio Elio Sejano fue un político y militar romano, amigo y confidente del segundo emperador romano, Tiberio. Caballero por nacimiento, Sejano subió al poder a través de la guardia imperial, conocida como la guardia pretoriana, de la que fue prefecto desde 14 hasta su muerte en 31. Aunque la guardia pretoriana fue establecida y organizada por el primer emperador romano Augusto, Sejano, cuando fue nombrado prefecto del pretorio, introdujo una serie de reformas en el cuerpo que lo transformaron de un simple grupo de guardaespaldas a una poderosa rama gubernamental con gran influencia que participaba en la administración civil y en la seguridad pública. Los cambios introducidos por Sejano tendrían un gran impacto durante el Principado. <<

[48] El *trirreme* era una nave de guerra inventada hacia el siglo VII a. C. Los *trirremes* aparecieron en Jonia y se convirtieron en el buque de guerra dominante en el mar Mediterráneo. Fue utilizado por los romanos debido a su efectividad hasta el siglo IV.. <<

[49] La *liburna* es una embarcación que tuvo su origen en Liburnia, provincia de Dalmacia y que empleaban en la piratería. Con el auxilio de estas naves venció Augusto a Marco Antonio en la célebre batalla de Actium y desde entonces se les dio la preferencia en las armadas romanas. Las construían con las maderas de ciprés y del alerce y abeto y con clavazón de cobre con preferencia a la de hierro. <<

[50] *aplustro*: ornamento de la popa de los antiguos navíos romanos. <<

[51] *Vexillum purpureum*: estandarte púrpura. **<<**

[52] El hortador era, en una galera (barco con muchos remos), quien marcaba el ritmo entre los remeros para que ésta pudiera maniobrar y surcar los mares. <<

[53] Paestum es el nombre romano clásico de una importante ciudad grecorromana en la región italiana de Campania. Está situada al sureste en la provincia de Salerno, a 40 km al sur de la capital provincial y 92 de Nápoles. El sitio arqueológico de Paestum fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1998.. <<

[54] Cayo o Gayo Duilio fue un político y militar de la República romana que vivió en el siglo III a. C. y luchó en la primera guerra púnica. <<

[55] En la mitología griega, los *Dioscuros* eran dos famosos héroes mellizos hijos de Leda y hermanos de Helena de Troya y de Clitemnestra, llamados Cástor y Pólux.. <<

[56] Las Cícladas comprenden alrededor de doscientas veinte islas, siendo las principales (ordenadas por tamaño): Naxos, Andros, Paros, Tinos, Milo, Ceos, Amorgos, Íos, Citnos, Miconos, Siros, Santorini (antigua Tera), Serifos, Sifnos, Síkinos, Antíparos, Anafi, Kímolos, Folégandros y otras doscientas islas menores, de las cuales hay que destacar por su importancia histórica y arqueológica la isla de Delos. <<

[57] El *birreme* era un barco con dos filas de remos por cada lado y el *trirreme* tenía tres filas por lado. **<<**

[58] Antigua ciudad de la isla de Lemnos cuyos habitantes fueron mencionados ya en la Antigüedad por Heródoto. Se hallaba en la bahía de Pournia. Según el historiador, las ciudades de la isla de Lemnos, Hefestia y Mirina, estaban habitadas por *pelasgos*. Estos *pelasgos* habían prometido devolver la isla a los atenienses si en alguna ocasión las naves atenienses, empujadas por los vientos del norte, conseguían llegar en menos de nueve días desde Atenas a la isla. Muchos años después, los atenienses bajo el mando de Milcíades el Joven hicieron la travesía en la estación de los vientos alisios en ocho días. Los habitantes *pelasgos* de Hefestia abandonaron la isla pero los de Mirina se resistieron y fueron asediados hasta que se rindieron, en torno al año 500 a. C. Se han realizado excavaciones que han sacado a la luz restos de la antigua ciudad entre los que puede destacarse un teatro y un santuario dedicado a una deidad femenina. <<

[58a] El *barboquejo* es una cinta o banda que se acopla bajo la barbilla del usuario para mantener el casco en una posición correcta. Éste se fija al casco mediante los anclajes del barboquejo. <<

[59] fiesta militar que se celebraba anualmente en Roma en octubre para la purificación de las armas. Reunidas las legiones en el Monte Aventino eran revistadas, después de lo cual se ofrecía un sacrificio expiatorio por la prosperidad de los ejércitos y los celebrantes bailaban armados al son de las trompetas. <<

[60] Dafne es el nombre de una ninfa protagonista de una desgraciada historia de amor con Apolo, huyendo de él. En la mitología griega Dafne era una dríade (ninfa de los árboles), hija del dios río Ladón de Arcadia con Gea o del dios río Peneo de Tesalia con Creúsa, una ninfa de las aguas que además era sacerdotisa de Gea. Dafne fue perseguida por Apolo, a quien Eros había disparado una flecha dorada para que se enamorase de ella, pues estaba celoso porque Apolo había bromeado sobre sus habilidades como arquero, y también afirmaba que el canto de éste le molestaba. Dafne huyó de Apolo porque Eros le había disparado a su vez una flecha con punta de plomo, que provocaba desprecio y desdén. Durante la persecución, Dafne imploró ayuda a su padre, el dios Ladón, quien la transformó en laurel, árbol que desde ese momento se convirtió en sagrado para Apolo. <<

[61] El Imperio *seléucida* (312-63 a. C.) fue un imperio helenístico, es decir, un Estado sucesor del imperio de Alejandro Magno. El Imperio *seléucida* se centraba en Oriente Próximo, y en el apogeo de su poder incluía Anatolia central, el Levante, Mesopotamia, Persia, la actual Turkmenistán, Pamir y algunas zonas de Pakistán. Fue un centro de cultura helenística donde se mantenía la preeminencia de las costumbres griegas y donde una élite macedonia grecoparlante dominaba las áreas urbanas. La población griega de las ciudades que formaba la élite dominante fue reforzada por la inmigración desde Grecia. <<

[62] Se llama ninfeo a los monumentos consagrados a las ninfas, especialmente a las fuentes. Originalmente estos monumentos fueron grutas naturales, que eran consideradas tradicionalmente el hogar de la ninfa local. <<

[63] Onfalo: palabra griega que significa «ombligo» y que designaba a la ciudad de Delfos, considerada por los griegos antiguos como el centro geográfico del mundo. <<

[64] Un caravasar es un antiguo tipo de edificación surgido a lo largo de los principales caminos donde las caravanas que hacían largos viajes de muchas jornadas —de comercio, peregrinaje o militares— podían pernoctar, descansar y reponerse los viajeros y animales. Eran verdaderos antecedentes de los modernos hoteles y hostales de carretera. En Oriente medio a menudo se les llama por su nombre persa *khan*. **<<**

[65] Nehemías, al llegar a Jerusalén procedente de la corte persa, dedicó sus energías a reconstruir los muros y repoblar la ciudad; tradiciones de carácter legendario lo asocian con la invención del fuego sagrado y la colección de libros santos. El río Sorek es citado en la historia de Sanson como el lugar natal de Dalila; parece haber corrido por lo que ahora es Wadi el Sarar, un valle amplio y muy fértil. <<

[66] Natural de Sulem. Este nombre aparece en el Cantar de los Cantares para referirse a una joven. Se dice que Salomón usó dicho nombre para referirse a la belleza de la joven. <<

[66a] En la mitología griega Quirón fue un centauro inteligente, sabio y de buen carácter, a diferencia de la mayoría de los de su clase. Era hijo de Crono y de Fílira, una hija de Océano, y padre de Ocírroe con la ninfa Cariclo. Quirón vivía en una cueva del monte Pelión, en Tesalia, y fue un gran educador en música, arte, caza, moral, medicina y cirugía, y tutor de varios de los héroes más destacados en la mitología griega. <<

[66b] En la mitología griega, las *dríades* son las ninfas de los robles en particular y de los árboles en general. Surgieron de un árbol llamado «Árbol de las Hespérides». Algunas de ellas iban al Jardín de las Hespérides para proteger las manzanas de oro que en él había. Las dríades no son inmortales, pero pueden vivir mucho tiempo. Entre las más conocidas se encuentran notablemente Eurídice, ninfa de Tracia casada con Orfeo, y Dafne ninfa que fue perseguida por Apolo y los dioses la convirtieron en árbol de laurel. <<

[66c] *Pan* era el dios de los pastores y rebaños en la mitología griega. Era especialmente venerado en Arcadia, a pesar de no contar con grandes santuarios en su honor en dicha región. En la mitología romana se identifica a este dios como un Fauno. Pan era también el dios de la fertilidad y de la sexualidad masculina. Dotado de una gran potencia y adicto sexual, se dedicaba a perseguir por los bosques, en busca de sus favores, a ninfas y muchachas.1 En muchos aspectos, el dios Pan tiene cierta similitud con Dioniso.. <<

[67] En la mitología grecorromana, Aracne fue una tejedora que alardeó de ser más habilidosa que la diosa Atenea, que tiene su equivalente en la romana Minerva, diosa de la artesanía y la sabiduría. Minerva, ofendida, entró en competencia con Aracne, pero, según cuenta Ovidio, no pudo superarla. Además, el tema elegido por Aracne, los amores de los dioses, fue ofensivo, y Minerva la transformó en una araña. <<

[68] Abadón, es el ángel exterminador, aparece en la Biblia como dueño del abismo. <<

[69] Antíoco IV Epífanes (215-163 a. C.) fue rey de Siria de la dinastía *seléucida* desde 175 a 164 a. C. <<

[70] Daban el nombre de lacerna los romanos a una especie de capa que se ponía sobre la túnica y se aseguraba con un broche en el hombro. La lacerna tenía capucha y era usada entre el pueblo bajo, aunque se llegó a generalizar también entre los ricos. El emperador Teodosio prohibió que los senadores llevasen la lacerna por la calle. Las clases nobles la usaban de púrpura, los pobres de lana gruesa. <<

[71] En la mitología etrusca, Hercle era el hijo de Uni y Tinia. Venerado bajo el nombre de apa (padre), Hercle equivale al semidiós griego Heracles y al Hércules romano. Para los etruscos fue una de sus figuras legendarias preferidas, y su adoración en esta cultura tenía mucha relevancia, de tal manera que, a diferencia de su equivalente griego, Hercle era más que un simple héroe, era un dios al que no sólo se rendía culto en las esferas guerreras, sino que también lo hacían los trabajadores del campo. En efecto, según investigaciones recientes parece que Hercle fue considerado el protector de los pastores. Hercle también aparece como figura de culto ligada a los manantiales de agua. A él estaba dedicado un santuario en Caere (la actual Cerveteri), y su nombre es mencionado en muchas inscripciones etruscas en platos, vasijas y objetos votivos. <<

[72] En la mitología romana, Vesta era la diosa del hogar. Representa el arte de mantener el fuego del hogar y del templo interno. Está relacionada con las Vestales que eran reclutadas a la edad de diez años para mantener encendida la llama del templo dedicado a la diosa, como sacerdotisas del fuego eterno. <<

[73] Según el mito romano, los hermanos gemelos Rómulo y Remo fueron los fundadores de Roma. Al final sería sólo Rómulo quien la fundaría, y se convirtió en su primer rey.. <<

[74] Sarmacia: antigua región que ocupaba la llanura que bordea el Mar Negro y el Mar Azov. <<

[75] *Febo* es un apodo o epíteto del dios Apolo en la mitología clásica. Los poetas clásicos latinos también aplicaban el apodo Febo al dios sol, de ahí las referencias comunes en la poesía europea posterior a Febo y su carro como una metáfora del sol. <<

[76] Odín es considerado el dios principal de la mitología nórdica, así como de algunas religiones *etenas*. Su papel, al igual que el de muchos dioses nórdicos es complejo. Es el dios de la sabiduría, la guerra y la muerte, pero también se le considera, aunque en menor medida, el dios de la magia, la poesía, la profecía, la victoria y la caza.. <<

[77] Freya es una diosa de la mitología nórdica y germánica. Es descrita como la diosa del amor, la belleza y la fertilidad. La gente la invocaba para obtener felicidad en el amor, asistir en los partos y para tener buenas estaciones. Freyja también era asociada con la guerra, la muerte, la magia, la profecía y la riqueza. Las Eddas mencionan que recibía a la mitad de los muertos en combate en su palacio llamado Fólkvangr, mientras que Odín recibía la otra mitad en el Valhalla.. <<

[78] En la mitología griega, Memnón fue un rey de Etiopía, hijo de Titono y Eos, la diosa de la aurora, y sobrino de Príamo. Durante la Guerra de Troya, formó un ejército para la defensa de la ciudad, y murió por el guerrero griego Aquiles, como venganza por la muerte de Antíloco. Tras su muerte, su madre envió a sus hermanos, los cuatro vientos (el del Norte, Sur, Este y Oeste) a recoger su cadáver. Eos no cesó de llorar la muerte de su hijo en toda la noche, y sus lágrimas aún se pueden ver todas las mañanas de frío, en forma de rocío. Conmovido por el dolor de Eos, Zeus le concedió a Memnón la inmortalidad. <<

[79] En las mitologías griega y romana, las *oceánides* eran ninfas hijas de Océano y Tetis. Cada una de ellas estaba asociada a una fuente, a un estanque, a un río o a un lago; pero siempre se trataba de corrientes de agua dulce. Eran hermanas de los oceánidas, dioses fluviales y afluentes del río Océano.. <<

[80] Seleucia del Eúfrates, es una antigua ciudad de Comagene; actualmente ubicada en la provincia de Gaziantep de Turquía. Es un asentamiento histórico que está considerado entre las cuatro áreas más importantes del reino de Comagene. Recibió su nombre del puente de barcas o zeugma, que cruzaba aquí el Éufrates. Era parte de la provincia romana de Syria Euphratensis.. <<

[81] *serapeo*: monumental santuario para el culto de Serapis, fundado en el año 300 a. C. por Ptolomeo I Sóter y ubicado en la ciudad de Alejandría.. **<<**

[82] Majarshi Kapila o Kapila Muni (fl. siglo VI o V a. C.) fue un escritor y pensador indio que trató de explicar el mundo mediante el sistema ateo *sankhia* (enumeración), una lista muy minuciosa de todas las categorías del universo. Kapila, el fundador del Samkhya, ha sido un sabio muy venerado en varias escuelas de filosofía hindú.. <<

[83] Templos de Egipto. El de File (Philae) fue erigido durante los periodos ptolemaico y romano dedicados al culto a la diosa Isis que se propagó por todo el Mediterráneo, manteniéndose su veneración en el templo de File hasta que fue prohibido en tiempos de Justiniano I, el año 535 d. C. La isla de File quedó sumergida en el siglo XX bajo las aguas embalsadas por la presa de Asuán, aunque bajo patrocinio de la Unesco los templos fueron desmontados, trasladados y reconstruidos en el cercano islote de Agilkia.

En cuanto al de Karnak, durante siglos, fue el más influyente centro religioso egipcio. El templo principal estaba dedicado al culto del dios Amón, pero como en otros templos egipcios también se veneraba a otras divinidades. Existía también un lago sagrado, numerosos templetes y capillas de menor tamaño, y múltiples estancias y almacenes situados dentro de los muros que circundaban el recinto principal. <<

[84] bogar: remar, navegar. <<

[85] Aquí el traductor se refiere a Ramsés II que durante su reinado (siglo XIII a. C.) fue construido el templo de Abu Simbel, dedicado a su memoria. <<

[86] Hathor es una de las principales diosas de la religión del Antiguo Egipto que desempeñaba una gran variedad de papeles. Como deidad del cielo, era la madre o consorte del dios celeste Horus y del dios solar Ra, ambos relacionados con la realeza, por lo que Hathor era la madre simbólica de sus representantes terrenales, los faraones. Fue una de las muchas diosas que asumió el papel del Ojo de Ra, la contraparte femenina de Ra, y en esta forma tenía un carácter vengativo que lo protegía de sus enemigos. Su lado benefactor representaba la música, la danza, la alegría, el amor, la sexualidad y el cuidado materno, y actuaba como consorte de varias deidades masculinas y madre de sus hijos. Estos dos aspectos de la diosa ejemplificaban la concepción egipcia de la feminidad. Cruzó la frontera entre los mundos, ayudando a las almas fallecidas en su transición a la vida después de la muerte. <<

[87] Menes fue el primer faraón que unificó los territorios egipcios bajo su mando. La fundación de Menfis, a cientos de kilómetros al norte de Tinis, fue una demostración de poder sobre el Bajo Egipto, al que, según se desprende de la Paleta de Namer, veía como pueblo conquistado. El origen de este faraón fue la ciudad de Tinis, la capital del Alto Egipto, y estuvo casado con Neithotep, originaria de Naqada bajo Egipto, lo que indica que este matrimonio sirvió para sellar una alianza entre ambas ciudades. <<

[88] *trogloditas*: nombre que daban los geógrafos de la antigüedad a un pueblo que situaban al sudeste de Egipto. <<

[89] Varios autores elucubraron que los *macrobianos* radicaban en África. Heródoto, en el libro III de su Historia, narra acerca de un pueblo de etíopes longevos que habitaban en la costa del sur de Libia. <<

[90] El *ureo* es una representación de la diosa Uadyet con forma de cobra erguida. La imagen del ureo constituyó el emblema protector preferente de muchos faraones del Antiguo Egipto, quienes eran los únicos que podían portarlo como atributo distintivo de la realeza. <<

[91] *lucernario*: claraboya.. <<

[92] *simún*: viento extremadamente cálido y seco que sopla en los desiertos de Arabia, Sahara, Siria, Jordania e Israel en dirección al mar; sopla a rachas, es intenso y transporta partículas de arena y polvo en suspensión, provocando en ocasiones violentas tormentas de arena.. <<

[93] Malaquías fue un profeta judío cuyas revelaciones constituyen el Libro de Malaquías, común al Antiguo Testamento de la Biblia cristiana y a la Tanaj hebrea.. <<

[94] Ezrá, también llamado Esdras. Según la Biblia hebrea, volvió del cautiverio de Babilonia y reintrodujo la Torá en Jerusalén. El Libro de Esdras describe cómo condujo a un grupo de judíos exiliados desde Babilonia hasta su hogar en Jerusalén, donde se dice que les obligó a la observancia de la Torá, y a limpiar la comunidad de matrimonios mixtos. Esdras es una figura altamente respetada en el Judaísmo.. <<

[94a] *asna: Zacarías* 9,9.. <<

[95] Nombre de una nación, tierra o reino situado en los extremos del mundo conocido, vinculado a los eventos del Juicio Final. Suele ser mencionado en conjunción con Gog, nombre de su gobernante, como Gog y Magog.. <<

[96] Perea: Región del Este del río Jordán, donde Cristo habría de predicar en numerosas ocasiones.. <<

[97] Conso: uno de los dioses romanos más antiguos; se le honraba con carreras de carros y de caballos en libertad. Era dios de los campos.. **<<**

[98] El óbolo fue una moneda de plata acuñada en varias zonas del mundo griego desde el siglo VI a. C., cuyo valor era la sexta parte de una dracma.. <<

[99] *starter*: encargados de la salida, uno por cada cuadriga.. <<

[100] Los que custodian las puertas.. <<

[101] Néstor: el más joven de los doce hijos de Neleo y Cloris. En la guerra contra Troya adquirió gran renombre como hábil guerrero. Se le consideró el hombre más elocuente de su siglo.. <<

[102] El *lanista* era un mercader de carne humana. Obtenía sus gladiadores, en primer lugar, de los prisioneros de guerra. En segundo lugar, de los condenados por crímenes que a cambio podían estar destinados para luchar como gladiador y si conseguían varias victorias, podían obtener la libertad.. <<

[103] Irmin era un terrible dios guerrero celta; idéntico a Marte, era el emblema de la incertidumbre de la batalla. <<

[104] Un ergástulo era una prisión que existía en las ciudades de la Antigua Roma, donde eran encerrados los esclavos que desagradaban u ofendían al dueño de alguna manera, con el fin de castigarlos y corregir su comportamiento. También podían encerrar allí a los prisioneros de guerra que no habían sido vendidos y a los hombres libres que delinquían. Al prisionero allí encerrado se le llamaba *ergástulo*, y por extensión también se usaba esta palabra para denominar al conjunto de criados y esclavos de una casa. <<

[105] Gehena, en el Judaísmo, el infierno es un lugar de purificación para el malvado, en el que la mayoría de los castigados permanecen hasta un año, aunque algunos lo están eternamente. El nombre derivó de un valle cercano a Jerusalén, la cañada o barranco de Hinnón, identificada metafóricamente con la entrada al mundo del castigo en la vida futura. <<

[106] Un cenotafio es una tumba vacía o monumento funerario erigido en honor de una persona o grupo de personas para los que se desea guardar un recuerdo especial. Se trata de una edificación simbólica. <<

[107] Ophel es una colina al sur del Monte del Templo en Jerusalén. Está notablemente ocupado por las ruinas de la ciudad de David. Este cerro está ubicado en el centro de tierras elevadas de piedra caliza de unos 700 metros. <<

[108] *Gerah* es una antigua unidad de peso de la que se servían los hebreos para la fabricación de moneda. Correspondía a 16 gramos de cebada, la vigésima parte de un siclo, equivalente a 0,679872 gr. <<

[109] *mefítico*: que resulta perjudicial para la persona que lo respira. <<

[110] Minos y Pasífae reinaban en Creta. Tras la muerte de su hijo Androgeo, Minos decidió atacar Atenas y además lanzó una serie de maldiciones que provocaron que el territorio ateniense sufriera sequías y hambre. A cambio de la paz, los atenienses debían enviar siete hombres jóvenes y siete doncellas cada año para alimentar al Minotauro. Un año, Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, marchó voluntario con los jóvenes para liberar a su pueblo del tributo.

Ariadna se enamoró de Teseo a primera vista, y le ayudó dándole un ovillo del hilo que estaba hilando. Ariadna huyó entonces con Teseo, pero, según la Odisea, «no pudo lograrlo porque Artemisa la mató en Día, situada en medio de las olas, por la acusación de Dioniso». <<

[111] En la mitología hinduista, Indra es el rey de los dioses o devas y señor del Cielo y dios principal de la religión *védica* (previa al hinduismo) en la India. <<

[112] Rama, de la mitología hindú, es la séptima encarnación de Visnú. <<

[113] *fiesta de los Azimos*: días en que se comían los panes sin levadura, por no haber levadura disponible de la nueva cosecha. El primer día coincidía con la pascua, de ahí que la fiesta de los ázimos fuese desde el siglo VII, al menos, fiesta de la pascua. <<

[114] Naamán es el nombre de un general arameo del reino de Aram Damasco, o Siria en la traducción griega, cuya milagrosa recuperación de la lepra se relata en la Biblia. <<

[115] *sátrapa*: Gobernador de una provincia de la antigua Persia. **<<**

[116] Sesostris I fue el segundo faraón de la dinastía XII del Imperio Medio de Egipto, que gobernó de c. 1961-1915 a. C. Fue uno de los reyes más poderosos y eficientes de esta dinastía. <<

[117] Gran sacerdote de los judíos, a cuyos pies se prosternó Alejandro Magno, porque según dijo a Parmenión, se le había aparecido en sueños revestido de sus ornamentos, y le había prometido la conquista de Asia (siglo IV a. C.). <<


LEWIS WALLACE
BEN-HUR
Lectulandia